

LEAH  
FLEMING

La chica  
bajo  
el olivo

Creta, 1941

Un acontecimiento que cambió el mundo  
Un romance que lo cambió todo



Lectulandia

Mayo de 1941: la isla de Creta es invadida por un ejército de paracaidistas. Tras una feroz batalla, miles de soldados, entre británicos y aliados, se ven obligados a tomar las colinas o convertirse en fugitivos, ayudados por los vecinos de Creta. Sesenta años después, Lois West y su hijo, Alex, invitan a su tía Pen a una celebración especial en Creta con motivo de su ochenta y cinco cumpleaños, a sabiendas de que no ha visitado la isla desde la guerra. Penélope George —anteriormente conocida como Giorgidiou— no muestra el menor deseo de acudir, pero decidirá hacerlo ante la proximidad del 60 aniversario de la batalla. Es el momento de regresar y hacer el viaje que nunca pensó que se atrevería a emprender. A su llegada a Atenas, Penélope no tardará en revivir las experiencias de su pasado, desde sus días como enfermera en prácticas hasta esa época oscura en que fue la última extranjera en permanecer en la isla. Muy pronto se verá rodeada por algunos viejos amigos y familiares de Creta que han oído de su llegada, mientras Lois y Alex llevarán a cabo una épica peregrinación que permitirá a Penélope reencontrarse con una vieja amiga que creía haber perdido para siempre... y descubrir una secreta verdad que había permanecido oculta hasta entonces.

**Lectulandia**

Leah Fleming

# **La chica bajo el olivo**

ePub r1.0

Titivillus 28.09.16

Título original: *The Girl Under the Olive Tree*

Leah Fleming, 2013

Traducción: Lorenzo Luengo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Creta: isla de mis sueños y mis héroes.*

*Que tu prosperidad dure mucho tiempo.*

# PARTE 1

## PARTIDAS

«Creta no ofrece escapatoria para aquellos que han caído bajo el embrujo del montañoso corazón de la isla y de los corazones de la gente que allí habita».

*Flores de Rethymnon*

*LEW LIND*

## CRETA,

1941

*El ruido de artillería señaló el momento de la retirada a las profundidades de la oscura caverna, el momento de pegar la espalda a cada recoveco, esperando que aquello no fuese más que otra falsa alarma. La mujer se apretó cuanto pudo a la húmeda roca de la pared mientras la descarga de los disparos se volvía más y más ensordecedora, y las balas rebotaban en las latas y botes de metal. De pronto, la débil luz procedente de la entrada se vio bloqueada por la carga de las tropas que gritaban: «Raus... raus...», abriéndose paso como solo los conquistadores pueden hacerlo.*

*Echándose al suelo en un rápido movimiento, la mujer trató de ocultar su presencia, hacerse la muerta, mientras los soldados hacían salir a los camilleros y a los heridos para que formasen filas entre las rocas de afuera.*

*Cada segundo se le antojaba una hora, postrada como estaba entre las sombras, saboreando la arena salada, la gravilla y el hedor de la sangre reseca de sus labios, tratando de no temblar. Tenía la sensación de que solo era cuestión de minutos que la encontrasen, así que no era el momento de flaquear. Sé inglesa, sé valiente... Oh, al cuerno con todas esas bobadas, pensó. Lo único que sentía era una furia fría en el vientre. ¿Cómo iba a marcharse de allí, cuando todavía había tanto por hacer?*

*De improviso, un par de botas del desierto cubiertas de lodo aparecieron ante sus ojos, y una mano cubierta de cicatrices la levantó de un tirón. Esta era la prueba, el momento de la verdad, de desafiar el peligro. Si miraba al enemigo sin temor, su jugada, tal vez, podría funcionar...*

# STOKENCOURT HOUSE, GLOUCESTERSHIRE,

ABRIL, 2001

La pesadilla me despertó otra vez. Primero la pistola que apuntaba a mi cabeza, después el agua que envolvía mi cuerpo, mis brazos palmoteando entre las sábanas en busca de la ansiada superficie, los oídos a punto de explotar, los pulmones pugnando por una nueva bocanada de oxígeno, luchando contra los cuerpos que ya empezaban a hundirse, aferrándose a mí por arañar otros segundos de vida, pateando el aire, cansados ante tamaño esfuerzo, y mis ojos abriéndose de par en par entre el terror y la sorpresa. No era más que un sueño, pero mi corazón no cesaba de latir en mi pecho. Cada vez se hacía más difícil alcanzar la superficie. ¿A cuántos como este podré sobrevivir? No queda otra que levantarse y afrontar el día, decidí. Y entonces, llena de alivio, me di cuenta de que no estaba sola.

Descorriendo las doradas cortinas de damasco, me asomé a la ventana. El clima típico de los días de Pascua parecía decidido a concedernos una tregua, y un cálido sol de abril lanzaba sus destellos sobre las doradas piedras Cotswolds, en el muro sur de Stokencourt House. Los narcisos estaban a punto de marchitarse, pero había un atisbo de flores en los cerezos y en el aire flotaba el aroma de cuanto empezaba a nacer. Era el momento de dar un rápido paseo, todavía en camisón, por los herbosos lindes de la finca para ver lo que Oliver, nuestro joven jardinero, había dejado por hacer, dadas sus prisas por terminar la poda y salir al encuentro de su novia.

Me alegraba que Lois siguiese en la cama y permitiera que Alex se sentara ante el televisor, sin exigir que acudiese a entretenerla. Más tarde le ordené que saliese a correr alrededor del pequeño lago. Mi sobrina aún tenía ese aspecto pálido y descolorido que le subió al rostro tras el trauma de descubrir que su marido se había marchado de casa, y ansiaba un lugar en el que refugiarse. Para ser sinceros, me agradaba sobremanera su compañía durante las vacaciones. No es que las vacaciones sean mi época favorita: todos esos coches que bloquean la calzada, todos esos desconocidos que asoman desde el otro lado de los muros, dejando atrás restos de basura y excrementos de perro... Stokencourt siempre ha sido más acogedor cuando han resonado en sus intrincados pasillos y en las desgastadas losas de sus suelos los gritos de los niños, y nunca han resultado más placenteros sus mullidos alféizares que cuando encontraba en ellos los juguetes que Alex apilaba allí, cuando era poco más que un bebé. Los jóvenes crecen tan rápido hoy día...



Le gustaba llevarse a Trojan, el último de una noble estirpe de lanudos fox terriers, a sus paseos por el pueblo, donde nuestra familia ha vivido durante generaciones. Cuando Lois y Alex desaparecieran por la M4 en dirección a Londres, no tardaría en sentir el frío que siempre deja su ausencia.

No habían pasado más de dos horas cuando vi a través de los matorrales a Lois, saludando a duras penas la luz del día, y pude ver también a su madre, Athina, que a su edad conserva la esbeltez de líneas y la estatura propias de las mujeres de la familia Georgiou, mujeres que han trabajado al aire libre y cuya piel olivácea y cabellos rubios parecen labrados por el mismo sol.

—¡Feliz cumpleaños, tía Pen!

Me detuve, sorprendida, y entonces lancé un suspiro:

—Gracias, pero a mi edad los cumpleaños están de más. Ya es bastante con levantarte por la mañana y ver que todavía respiras.

En silencio, me maldije a mí misma. ¿Por qué siempre tenía que parecer tan circunspecta y desagradecida?

—Sabía que dirías eso, pero es todo un cumpleaños. Odiás que te lo recuerden, pero haces tanto por nosotros, permitiéndonos estar aquí. Desde que Adam se marchó...

Su voz se perdió en un murmullo, tan sumida estaba aún en el dolor del abandono.

—Querida, eres el único pariente vivo que tengo que no vive en el quinto pino. Que te tomes tantas molestias por una viejecita como yo es algo que nunca entenderé.

—No cambies de tema —sonrió Lois, manteniéndose firme—. Feliz cumpleaños con todo el amor de Alex y mío.

Sacó un sobre de su espalda y me lo colocó en la mano.

—¿Y esto qué es?

Eché mano de mis gafas de lectura, que llevaba en el delantal.

—Es una tarjeta y un folleto. Pensé que te gustaría venirte a pasar unos días con nosotros. He alquilado una villa en mayo, cuando Alex tenga las vacaciones del colegio.

Instintivamente, negué con la cabeza:

—Es una idea muy bonita, pero, definitivamente, no... Comer en el Royal Oak sería más que suficiente, si quieres recordarme lo viejísima que soy.

—Eso no es lo que haremos este año. Has sido como una madre para mí desde que mamá murió.

—Bueno, ¿y qué puede desear una vieja, si no es la compañía de los jóvenes? Eso es más que un regalo —repliqué. Y era verdad.

Me volví, y me arrodillé otra vez para proseguir con el irrefrenable impulso de limpiar los restos de basura dejados por el invierno:

—Estoy segura de que no te faltarán amigos con los que pasar las vacaciones. Alguien que pueda caminar a tu paso.

Lois no se dejó disuadir tan fácilmente y me puso el folleto ante los ojos:

—Míralo; ni siquiera sabes adónde te voy a llevar. La villa que he elegido está en la isla de Creta. Un tren de Eurostar nos llevará a París, y otro hasta Rímini y Ancona, y luego cruzaremos el Adriático en los ferris de la ANEK. Podemos parar en Atenas y llevar a Alex a que conozca la Acrópolis. Seguro que te encantará volver a visitar el Museo Arqueológico; por la noche podríamos seguir camino, del Pireo a Creta.

Al oír de nuevo el sonido de aquellas ciudades largo tiempo olvidadas mi corazón dio un vuelco en mi pecho: Italia, Grecia; no había vuelto allí desde la guerra.

—¿Y por qué crees que querría volver allí? —salté, desconcertada por las maquinaciones que Lois había hecho a mi espalda. Demasiado tiempo había vivido sola como para ser capaz de esconder mis emociones.

—Para enseñármelo a nosotros. Sé que ese lugar es para ti muy especial. ¿Por qué, si no, tendrías todos esos cuadros con olivares, montañas, esas alfombras y todos esos trozos de cerámica por la casa? Tienes que regresar allí y ponerte en paz contigo misma. Además, pensé que te gustaría acudir a la reunión que celebra el sesenta aniversario. Seguro que habrá alguien a quien conozcas...

Nunca me han gustado las sorpresas:

—Ni por asomo... Por el amor de Dios, toda la gente que conocía ya debe estar muerta —dije, cortante, esperando que eso diese por terminada la discusión.

—Tonterías, y lo sabes. Esa época ha sido siempre como un libro cerrado: la abuela le contó a mamá que cuando volviste de la guerra fue como si aquello jamás hubiera sucedido, no le contaste nada a nadie de cuanto ocurrió allí... y por supuesto, no es mi intención cotillear. Simplemente, se me pasó por la cabeza que tal vez pudiera apetecerte presentar tus respetos, eso es todo... pero también puede bastarnos con pasar unas vacaciones bajo el sol de Creta.

—¿Cuándo me has visto a mí despatarrada al sol? Hará demasiado calor, y para alguien de mi edad eso cansa mucho —repliqué, eligiendo responder a lo último que había dicho.

Lois estaba preparada para echar abajo cada una de mis excusas.

—Pero qué dices, si estás más en forma que yo. Caminas con Trojan kilómetros y kilómetros. Y no vamos a estar tomando el sol todo el tiempo, la idea es ver paisajes aquí y allá. Me encantaría que me llevaras a ver el palacio de Cnosos. Dime, ¿quién mejor que tú para servirnos de guía? Las vacaciones son un poco una pesadilla, por lo menos para mí —suspiró—. Alex echa de menos a Adam, que está en Arabia Saudí. Le he conseguido un permiso para que deje el trimestre antes de tiempo y pueda asistir a ese homenaje, que va a ser histórico. Van a hacer la Segunda Guerra Mundial en la historia...

—Lo tienes todo muy bien atado, ¿verdad? —dije, mirando de reojo a mi sobrina-nieta, cuyos oscuros ojos resplandecían ahora con el brillo de las lágrimas. Me incorporé con cuidado, esperando que mi cadera no me traicionase, sorprendida

por su absurda idea. No es que pretendiera entristecerla, pero, aun después de todos los años que habían pasado, no estaba tan segura de que me encontrase preparada para regresar a Creta—. Querida, la verdad es que no sé si hacer esto a estas alturas de mi vida sería sensato.

—¿Y cuándo has sido tú sensata, tía Pen? La abuela solía decir que siempre hacías lo que se te metía en la cabeza, y sé que causaste un gran revuelo en la familia cuando te marchaste.

—Puede que fuera así, pero ha pasado mucho tiempo. Mira, si de verdad quieres que pasemos juntos las vacaciones, podríamos ir a Escocia, y hacer un pequeño viaje a la isla Fair. Pero ir hasta Creta... me temo que no.

—Pero Alex debería conocer algo del legado de los Georgiou. —Contraatacó Lois, antes de cambiar de táctica—. Nunca te tomé por una cobarde...

No pude por menos de reírme ante aquel ataque tan directo. Los jóvenes no se andan con tapujos, y en cualquier caso, Lois no dejaba de estar en lo cierto. Si al menos hubiera sabido lo que una edad tan avanzada causaba en los frágiles miembros que me sostenían, robándome toda confianza si me alejaba demasiado de mi casa... ¿qué no podía temer, si me decidía a visitar mi peligroso pasado?

—Nuestros antepasados griegos se remontan al siglo XIX. Mi madre se aseguró de que fuéramos tan ingleses como una taza de té. Tengo que pensar en ello. Por favor, no me presiones.

—Vale, tú hazlo y, ya que has mencionado el té, pondré una tetera a calentar. —Lois se apresuró a dirigirse hacia la puerta de la cocina—. ¿Desayunamos en el jardín?

—Solo he dicho que lo pensaré... —exclamé—. Y también tenemos que pensar en Trojan.

Lois se detuvo para volverse hacia mí:

—Supongo que habrás oído hablar de las residencias caninas, y eso en caso de que tus amigos no puedan quedarse con él. Será solo durante dos o tres semanas.

—Si me voy de vacaciones lo dejaré en un hotel para animales de compañía —dije.

Los oscuros ojos de Lois relampaguearon con el brillo del triunfo cuando señaló hacia la casita de madera que había en un rincón del jardín:

—Llevaré el desayuno a la cabaña.

Las piernas, entonces, me empezaron a temblar. Tuve que descansar en el viejo asiento que asomaba al lago, bajo el cedro que alargaba su sombra por el jardín. Desde allí podía ver Stokencourt Place, la antigua casa familiar de los Georgiou, justo al otro lado del lago, convertida ahora en un edificio de apartamentos de lujo. Todo cuanto quedaba de la finca era la pequeña casita anexa, que se alzaba en las proximidades del muro que daba término al pueblo. Yo era el último de los tres descendientes que quedaba con vida. Desde que decidí retirarme del mundo quince años atrás, este era mi hogar, demasiado grande, demasiado vacío, demasiado lleno

de fantasmas. *Pero te verá partir*, decía una voz dentro de mí.

La buena de Lois poco sabía lo que su pequeña sorpresa estaba despertando en mí. Pero no podía decepcionarla. La madre de Lois, Athina, era muy joven cuando falleció, y ahora que Evadne, mi hermana, también había muerto, necesitaba apoyarse en alguien.

Alex también sufría. Los tres conformábamos el último vínculo con el clan George, y Lois me consideraba una especie de abuela. Era de lo más cruel negarle algo, y, con todo... ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para regresar a la isla, aunque hubiera pasado casi una vida entera desde entonces? ¿Cómo era posible que hubieran transcurrido ya sesenta años desde aquella época turbulenta?

Incluso ahora, el mero hecho de pensar en ese lugar despierta en mí las más terribles memorias. Era, sin duda, el mejor y el peor de los tiempos: la crueldad salvaje, el sufrimiento, el hambre, y, con todo, fue también la mejor época de mi vida, una época marcada por el júbilo del peligro y la abrumadora bondad de los desconocidos. Sucedieron muchas cosas entonces que jamás podría compartir con nadie.

Lois llamaba a Alex para que dejase de ver la televisión, mientras empujaba un carrito de desayuno con tazas y vasos a través del jardín, aunque ni así consiguió quebrantar mi ensueño. ¿Por qué me latía así el corazón al pensar en regresar a la isla, por qué aquella inicial reluctancia se iba debilitando a cada minuto?

*¿Por qué no compartir con ellos una parte de mi historia? ¿A quién más, si no, se lo puedo contar para que perdure? ¿Acaso queda alguien a quien le pueda hacer daño? Alguien debería saber lo que ocurrió realmente antes de que mis preciados secretos sean enterrados conmigo para siempre.*

A mi edad, cada día era un regalo que no debía desperdiciar. Aunque me mostraba reacia a la idea de compartir una porción de mi pasado, algo en mí me decía que era el momento de echar fuera aquello que había estado pesando en mi corazón durante años. Los jóvenes tenían derecho a saber cómo fueron las cosas entonces. Tuvimos que enfrentarnos a una época terrible pero también la abrazamos y aceptamos, y descubrimos una parte de nosotros que de otro modo jamás habiéramos conocido.

Chicos como Alex debían saber que la guerra no fue como un videojuego, todo explosiones y tiros a discreción. En realidad, fue un asunto repugnante y sangriento. Hombres y mujeres dieron la vida para que él pudiera vivir sin miedo; y eso es algo que debería saber. Muchos de mis amigos no han vivido lo suficiente como para disfrutar del confortable retiro que yo sí he tenido. La batalla por la defensa de Creta es un episodio de la historia que el mundo ha olvidado; una simple página en libros ajados, cubiertos por el polvo del tiempo.

¿Cómo voy a volver allí, y enfrentarme a todos esos fantasmas, a todas las emociones que se encierran en esa isla sagrada? ¿Cómo puedo sobrevivir al recuerdo, a las pesadillas... al sueño?

*¿No será, anciana chiquilla, que ha llegado la hora de dejarlos en libertad?,* me

espoleó una voz interior.

De modo que cogí el folleto y, lentamente, dirigí los pasos hacia la vieja cabaña de verano, entre cuyas sillas Lois me aguardaba.

Aquella noche él vino a mí de nuevo, el hombre de bronce de mis sueños, en el sombrío aspecto, ya apenas recordado, de su juventud. Llevaba una camisa negra, cruzada por una bandolera de cuero, un pantalón de montar y unas botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas, cubiertas de polvo. Atado a la frente llevaba un pañuelo de colores, y bailaba en sus labios ese acostumbrado gesto que siempre trocaba en una sonrisita sardónica. Su presencia parecía resplandecer en la niebla matutina, y de nuevo pude oler el romero y el tomillo de las veteadas rocas de las Montañas Blancas. Corrí hacia él con la pesadumbre del recuerdo, pero entonces su rostro cambió, y el estrépito de los disparos cayó como un manto sobre mis lamentos. El polvo y la arena parecieron espesarse, haciendo que cada vez me resultase más difícil verle. No podía alcanzarle... Y entonces desperté, con los ojos bañados por las lágrimas, y el único sonido que podía oír era el de las ovejas llamando a sus carneros en el aire de la mañana, a través de la ventana abierta.

¿Quién me llamaba a mí para que regresara a la isla, para que regresara al aroma de la salvia y los limoneros, para que regresara a la inmensa noche del Mediterráneo? «¿No tiene cada amor su propio paisaje?», leí alguna vez, no sé dónde.

Pero no fue ahí donde todo empezó, oh, no, suspiré, dejándome caer otra vez sobre la almohada. Para que aquel viaje tuviera algún sentido debía emprender otro antes, a un paisaje situado muy al norte, ondulado por los ríos que descendían desde las montañas y macizos de brezo, y recordar aquella primera visión tan poco prometedora de lo que un día habría de ser...

## BLAIR ATHOLL, ESCOCIA,

SEPTIEMBRE, 1936

Penny Georgiou estaba sentada sobre un mullido montón de húmedo brezo, oteando el paisaje con unos prismáticos en busca del viejo venado rojo que el guardabosques había marcado en la oreja para su sacrificio. A Penny le encantaba perderse entre los brezales y «mironear las colinas», como allí lo llamaban, oculta entre las ramitas con sus prismáticos en busca de alguna presa, igual que hacían los chicos que merodeaban por la cadena montañosa en los alrededores de Blair Atholl.

El sol estaba en lo alto y arrancaba a las colinas destellos de color púrpura, que se dispersaban en todas direcciones como un vasto mar de ondulantes olas más allá de donde alcanzaba la mirada. Disfrutaba Penny enormemente de la emoción de perseguir a su presa, de las empinadas cuestas que menudeaban por tan inclinados senderos, del difícil ascenso por los pedregales. Los chicos del lugar decían que sus pies eran tan ligeros y sus piernas tan largas que podía caminar más rápido que un hombre, pero cuando Penny mencionó a su madre aquel cumplido, esta no lo recibió demasiado bien:

—No te he criado para que vagues por las montañas vestida como un muchacho, así que quítate esas repugnantes prendas y ponte un poco presentable —le exigió.

Mecida por el aire de la montaña, Penny se olvidaba de las restricciones de la vida diaria: la escuela, las lecciones de danza, las interminables citas con sus costureras. Allí era libre para estirar las piernas, respirar el punzante aroma del brezo y olvidar que era una niña. E incluso así, era una tiradora de primera, mejor incluso que su hermano Zan.

Ahora, sin embargo, debía regresar; aquel día era simplemente de prueba. La mayor parte de los tiradores que se habían echado al bosque se debatían en un *Macnab*, el desafío de coger un salmón, disparar a un par de urogallos y a un venado en el mismo día, y eso era algo en lo que Penny no estaba invitada a tomar parte. Era la noche del Baile de las Highlands, y las mujeres se afanaban en vestir, en preparar para el baile y mostrar a su hermana, Evadne, ante sus futuros parientes, los Jefferson.

Era la segunda temporada de Evadne como debutante, y la madre de ambas, *lady* Fabia, había rondado por todos los salones de Belgravia, olfateando el aire en busca de una presa adecuada para su hija mayor, aunque en vano. La corte seguía llorando

la muerte del rey Jorge V, que había tenido lugar a principios de año. Evadne había insistido en vestir de negro en el baile que sus padres habían organizado en su honor. Era algo sumamente atrevido y sofisticado, y eso le había hecho embolsarse su propia recompensa en la forma de Walter Jefferson, un joven diplomático del Foreign Office, bien relacionado pero, para decepción de *lady* Fabia, sin título alguno. El compromiso de Walter Jefferson y Evadne se iba a anunciar aquella misma noche.

Al menos nadie molestaba a Penny, que se veía libre para merodear por el interior de la magnífica mansión, con sus escaleras colmadas de retratos de la noble familia Murray en cada una de sus generaciones. Encontró la biblioteca, cuyos muros resplandecían de toda aquella sabiduría forrada en cuero, libros profusamente leídos que habían pasado por muchas manos, al contrario de lo que sucedía con los vistosos tomos que pretendían pasar por literatura en el estudio del padre de Penny en Stokencourt. ¿Por qué todo el mundo pensaba que leer era una pérdida de tiempo?, se preguntaba. Papá leía el *Financial Times*, mamá recorría las páginas de *The Lady*, buscando servicio doméstico, y Evadne ni siquiera leía. Siempre estaba cabalgando con sus amigas, para cuya charla de mujeres Penny se antojaba todavía demasiado pequeña. A veces, sin embargo, deseaba parecerse más a su hermana, no solo en su aspecto físico sino también en su carácter. Quizá de ese modo su madre no la reprendería por encontrarla tan a menudo con la cabeza metida en un libro.

Penny regresó a la casa, saliendo disparada de la biblioteca donde aquellos magníficos bustos de Milton y Shakespeare parecían observarla desde lo alto. La educación de Penny, bastante frugal, había sido impartida por la pobre *miss* Francis, que había sido su tutora personal por un breve espacio de tiempo, pero ahora que Penny tenía dieciséis años y medio si algo se esperaba de ella es que conociera la manera adecuada de preparar un florero, supiera dibujar y recibiera lecciones de baile. Deseaba ardientemente poder ir a la universidad, y todo a causa de esa secreta pasión que nadie de su familia hubiera entendido jamás.

Todo empezó el día en que Albert Gregg, el viejo jardinero, le dio una punta de sílex que había encontrado en el jardín cuando la pequeña no tenía más de siete años. Le dijo que aquellas afiladas piedras habían sido utilizadas por el hombre hacía muchísimos años, como puntas de flecha para la caza. A Penny le entusiasmó poder tocar algo que tenía tanta antigüedad, y ese mismo día se lanzó a la búsqueda de nuevos tesoros. Su madre se enfadó enormemente al ver que, no contenta con llegar tarde al té, lo hacía cubierta de barro. La pobre Nanny fue quien se llevó toda la culpa. Sin embargo, aquello no arredró a Penny, que siguió buscando por los alrededores algún resto de la época romana, ya fueran pequeñas teselas o piezas de barro cocido, que después ocultaba en las cajas de los zapatos. En cierta ocasión encontró una moneda acuñada con la efigie del emperador. Se lamentó de no saber latín para comprender lo que decía. Fuera como fuese, aquel temprano interés en el pasado del mundo convirtió cada uno de sus paseos por los pardos campos de Cotswolds en una incitante incursión en la Historia.

Al menos *miss Francis* le permitía limpiar sus hallazgos y dibujarlos en su bloc personal. Aquello era algo en lo que la niña destacaba sin esfuerzo: dibujar a mano alzada, trazando los primeros esbozos con pluma y tinta. *Miss Francis* solía decir que tenía buen ojo para representar las cosas que veía, pero no para dibujar objetos imaginarios.

Allá en la biblioteca del castillo había todo un mundo de libros que casi olían a nuevo, entre los que se incluían uno sobre su tema favorito: *Desenterrando el pasado*, de *sir Leonard Woolley*. Había en su interior dibujos de yacimientos en lugares exóticos de tan remotos: Egipto, Persia y Grecia. Ociosamente, Penny se preguntaba si podría llevarse alguno prestado por un día o dos, pero su madre le quitó la idea de la cabeza diciendo con notable desdén:

—De verdad que eres la niña menos femenina que conozco. No te traje al mundo para ser una rata de biblioteca.

Penny se preguntaba muchas veces por qué su madre se había tomado siquiera la molestia de haberla traído al mundo, sin más. Ya tenían la parejita, Evadne y Alexander. Ella había llegado tarde, y, además, con el sexo equivocado. Las niñas resultaban mucho más caras de mantener, con lo cual no recibían la educación que un Zan, por ejemplo, ya tenía a su edad. Era tan injusto...

Una tarde consiguió zafarse de su carabina en Londres y acudió a una exposición en Burlington House, donde se mostraban algunos detalles del palacio de Cnosos, con reproducciones de sus frescos y lo que parecía un increíble mono azul. Convenció a Evadne para visitar juntas el museo Británico, y allí pasó incansables horas corriendo de una sala de Historia Antigua a otra, maravillándose ante las fascinantes reliquias de pasadas civilizaciones, mientras Evadne bostezaba de puro aburrimiento. Aquello hizo que Penny decidiera hacerse con un carné para la biblioteca de Cheltenham, el pueblo más próximo a Stokencourt, y proseguir con sus estudios en secreto. Sacaba todos los libros que podía sobre historia antigua.

En cierta ocasión, hubo un problema a causa de una multa que debía pagar por no haber devuelto uno de los libros a tiempo. Y su madre, como no podía ser menos, se enfureció como un basilisco:

—¿Qué significa esto, Penélope? ¿Estudiando a nuestras espaldas? Señor, ¿qué vamos a hacer para cortar de cuajo todas estas tonterías?

—No son tonterías. Quiero ir a la universidad. —Saltó Penny—. Voy a ser arqueóloga.

Todos los que se hallaban sentados a la mesa lanzaron un murmullo de sorpresa.

—¡No te atrevas a contestarme! Las mujeres de nuestra clase no hacemos... simplemente *somos*: y lo que somos es la futura compañera de los grandes y buenos hombres de este país. ¡Papá, díselo tú! Me casé con tu edad, Penélope, y jamás he leído un libro en toda mi vida. No es más que una pérdida de tiempo.

Fabia se volvió hacia su marido, que se escudó tras el periódico y se limitó a murmurar:



—Esta chiquilla tiene ideas propias. Dejemos que las use o hará algo de lo que todos nos arrepintamos.

Penny sabía que su padre estaba de su lado, pero nadie se atrevía a ponerse en contra de su madre cuando sacaba a relucir el hacha de guerra.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclamó Fabia—. Necesita aprender obediencia. Mírala, si es como un palo, y la manera en que camina, con los hombros caídos... ¿Para esto le he pagado todas sus clases de baile? Y para colmo está demasiado morena. —Se detuvo un momento, y miró de reojo a Penny con visible disgusto—. Pero supongo que a alguno de nuestros mocosos le tocaba heredar el color de tus ancestros griegos, Philip. Ponte derecha de una vez, niña. Vamos a tener que darte de comer hasta que esos huesos cojan un poco más de carne.

—No soy un pavo para Navidad. De verdad que me gustaría ir a la universidad y examinarme. No hablo de un curso. Y si es por los gastos, pensad en todo el dinero que os vais a ahorrar. Podré pagar mi propio sustento. *Miss Francis* dice que hay cursos...

—Ninguna nieta de *sir Lionel Dellamane* irá por ahí buscando trabajo. —Los labios de Fabia escupieron aquella palabra como si fuera veneno, y con eso dio por terminada la discusión. Se marchó del salón como alma que lleva el diablo, dejando a Penny irritada y frustrada, con los ojos arrasados por las lágrimas.

Su padre lanzó un suspiro:

—Mala suerte, pequeña, pero créeme: tu madre quiere lo mejor para ti.

—Lo que quiere es lo mejor para ella —murmuró Penny, con la voz lo bastante baja como para que nadie pudiera oírla. Su madre no era más que una esnob. El título de *Dellamane* podría remontarse a la época de las conquistas, pero todas sus riquezas procedían de la banca, y el éxito del abuelo griego del marido de *lady Fabia* en los negocios se debía al transporte marítimo, algo que ella prefería ignorar, britanizando su apellido siempre que podía. Penny era el recordatorio viviente de aquel linaje: una chica rubia, de cabellos oscuros, y los brazos del color de las avellanas.

Con todo, cambiar de apellido era una de las pocas concesiones con las que Fabia no había conseguido satisfacerse. Philip estaba orgulloso del nombre de su familia y se quiso asegurar de que sus hijos aprendían a hablar su lengua materna. Aquello había sido de gran ayuda a Zan durante sus estudios clásicos en Harrow. Penny había copiado algunas lecciones de los libros de texto de su hermano, pero era ciertamente difícil estudiar sin alguien que le animase a ello. *Miss Francis* solo enseñó francés a las niñas, por si era necesario, algún día, que terminasen sus estudios en las escuelas de Suiza...

Sonó entonces la campanilla que les recordaba a todos que era la hora de cambiarse, y Penny, a regañadientes, dejó nuevamente el libro en la estantería, jurándose a sí misma que volvería. En las habitaciones del piso de arriba, todo el mundo parecía haber enloquecido a causa del cabello de Evadne y de su maquillaje. Lo cierto es que estaba realmente hermosa, con su vestido de satén blanco, y tan

radiante como solo podía estarlo quien se hubiera bañado en polvos de tocador. No cabía duda de que Effy estaba enamorada. La boda debía celebrarse en primavera, y Fabia ya estaba haciendo planes para el ajuar y el vestido de boda. Penny iba a echar de menos a su hermana mayor, cuando esta se mudase a su propia casa, allá en Londres, pero siempre tendría la oportunidad de visitarla y escapar así de las enojosas tareas que su madre le obligaba a hacer: la oportunidad, también, de explorar todo cuanto Londres podía ofrecerle.

—¿Por qué no estás vestida? —Fabia dedicó una mirada colérica a su hija, que, cubierta de barro, seguía ataviada con sus aperos de caza—. ¿Quién te ha prestado esos pantalones? De verdad que estás pasándote de la raya, menudo chicozazo estás hecha. Cualquiera diría que te han arrastrado por unos setos. ¿Cómo vamos a adecentarte a tiempo para el baile? Gracias a Dios que para tu presentación en sociedad todavía queda un año —suspiró, señalando a la puerta—. O te metemos en cintura o acabarás convertida en la esposa de un granjero. —Fabia prosiguió con su discurso desde el otro lado de la puerta del baño, adonde Penny había sido conducida a regañadientes—. Esta noche te sentarás junto a otras jovencitas de tu edad, para que mires y aprendas.

Penny sumergió la cabeza en el agua para ahogar aquella voz estridente. Sus padres no sabían cómo era ella realmente por dentro. Eran Effy y Nanny quienes escuchaban sus problemas, los motivos de su llanto. No cabía duda, por otra parte, de que su padre intentaba entenderla lo mejor que podía, pero siempre estaba ocupado o fuera de casa. ¿Y qué había de malo en ser la esposa de un granjero? Si un día se casaba sería por amor, no para satisfacer las aspiraciones sociales de su madre.

El magnífico salón de baile brillaba con el resplandor de las velas y el de la madera recién pulida, pero también con aquella profusión de faldas y chaquetas de terciopelo negro, de damas en largos vestidos blancos, ceñidas por fajines de tartán, y de espadas y enseñas y retratos que atestaban el lugar. Los gaiteros llenaban el aire con sus canciones, y el humo de las pipas y cigarros ascendía en espesas volutas escaleras arriba, donde Penny observaba aquella escena como si se tratase de un cuadro que hubiera cobrado vida.

En el centro, Effy y su prometido ocupaban su lugar entre la concurrencia para anunciar formalmente su compromiso. En el dedo de Effy destellaba un macizo de diamantes y zafiros, a juego con el azul de sus brillantes ojos. Era su noche, su momento de gloria, y Fabia lo contemplaba todo desde la rígida quietud de su vestido de terciopelo color lavanda y su recogido de ondulantes rizos, dedicando a su hija una mirada de admiración y recibiendo los halagos y cumplidos con la solemnidad de una reina entre sus lacayos. También era su momento, pues había cumplido con aquella difícil misión: conseguir un futuro marido para su hija.

Penny observaba la escena a sabiendas de que, al menos en ese terreno, aquel

sería el último triunfo de su madre: ni por asomo iba ella a pasar por todo el jaleo que suponía encontrar pareja. Había leído suficientes libros de biología como para saber que todo consistía simplemente en copular con el macho adecuado a fin de obtener el mejor linaje para el futuro. Tenía que haber algo más en la vida que las bodas, las fiestas y las presentaciones en sociedad.

Se sentó con otras futuras debutantes, que no paraban de dar impacientemente con la punta de los pies en el suelo, ansiosas por salir a bailar con los gallardos hombres de robustas pantorrillas y amplios torsos que giraban y giraban cogidos a sus parejas, siguiendo el compás de una música que se aceleraba hasta límites descabellados. Pero había un protocolo, y no les tocaría su turno hasta bien entrada la noche. Penny pensaba en lo injusto que era que tuvieran que estar ancladas a sus sillas, sumidas en aquella educada charla, cuando todo el mundo a su alrededor se lo estaba pasando tan bien.

Fabia se detuvo tras ella, y señaló a un grupo de jóvenes que reían abiertamente, blandiendo unos vasos de *whisky* que resplandecían al recibir el destello del fuego.

—Esa debe de ser la chusma de los Balrannoch... Unos tipos ciertamente atractivos, pero todavía por civilizar. He oído que lord Balrannoch nunca consiguió controlar por completo a sus chicos —añadió, evaluándolos con los ojos como si fueran ganado—. El más alto es amigo suyo. Por su forma de hablar, uno diría que procede de las colonias —murmuró—. Fue expulsado de Eton, según me han dicho. —Levantó la nariz, y lo miró con sumo desprecio—. El otro hermano, Torquil, o Tormod, está en el ejército... Una pena que su madre muriese y no tuvieran a nadie que los metiera en cintura. Con todo, en el baile dejan ver un porte ciertamente elegante.

Una mujer con fajín de tartán, que se hallaba detrás de su silla, susurró:

—Fabia, ¿le has echado el ojo a uno de esos chicos para tu Penélope? Hay cosas peores...

Angustiada, Penny envaró la espalda para escuchar la respuesta:

—Aún no, pero me preguntaba si no tendrán una hermana...

—¿Para Alexander? Me temo que no, son todos chicos. Pero hay uno bastante callado que encajaría muy bien con Penélope...

Penny sintió que sus mejillas ardían de pura furia. No iba a permitir que le endilgasen una pareja así como así, y se levantó de la silla, aduciendo que necesitaba ir al baño, aunque en realidad estaba desesperada por respirar un poco de aire fresco. Los pasillos, iluminados tan solo por teas y antorchas, estaban casi a oscuras, pero para entonces Penny ya conocía de sobra el camino que llevaba a la biblioteca. Allí reinaba la tranquilidad, y hacía una temperatura agradable, pues las lámparas estaban encendidas y el fuego ardía alegremente en la chimenea. A solas consigo misma, Penny se fue directamente a por el libro de arqueología que con tan inusitado vigor había avivado su imaginación. Se dejó caer en una de las confortables sillas de cuero, consciente de que por un rato nadie la echaría de menos.

Desde allí, sus ojos tropezaron con un ejemplar del *Scottish Field*, y un catálogo de una exposición en el Ashmolean donde se exhibían algunas piezas de barro procedentes de una reciente excavación en el palacio de Cnosos. Oxford no quedaba tan lejos de casa. Si lo hacía con cuidado, podría sugerir a Effy salir de compras a la ciudad y, una vez allí, la convencería para acudir a la exposición. Merecía la pena intentarlo.

—No está mal...

Penny dio un respingo al oír aquella voz a su espalda.

—He visto algunas de esas reliquias con mis propios ojos. Tienen más de cinco mil años, aunque por su aspecto dirías que fueron fabricadas ayer mismo. ¿Te interesa todo esto?

Penny se volvió para ver quién le estaba hablando: aquel acento no se parecía a nada que hubiera escuchado antes, de tan profundo y abierto como sonaba. Se trataba de uno de los muchachos que había visto en la esquina, uno de esos salvajes de apellido Balrannoch.

—¿Dónde los viste?

Miró de hito en hito a aquel joven. Era más alto que Zan, y llevaba su espesa cabellera negra peinada con Brylcreem, y el lacito del cuello salpicado con algunos manchurroneos de salsa.

—En una isla en las proximidades de la costa griega: los sacaban con un cepillo del suelo. Luego lavamos los trozos y los fuimos uniendo pacientemente, o bueno, mejor dicho, lo hicieron los que tenían la preparación adecuada para ello... Yo me limitaba a mirar. Estuve un verano estudiando en Atenas, en la Escuela Británica de Arqueología: un lugar fascinante.

—Qué maravilla. Me encantaría hacer algo así —suspiró Penny. ¿Por qué los chicos se quedaban con todas las buenas oportunidades, como viajar a exóticos lugares del extranjero?

—También aceptan chicas, así que podrías solicitar una plaza... Es un trabajo realmente duro, con todo ese calor y ese polvo, y acabas con la espalda realmente hecha trizas: y, por supuesto, tienes que pagar por todo eso... Pero merece la pena. Podrías ir el año que viene.

Sonrió, como si aquello fuera la cosa más sencilla del mundo. Al hablar, sus radiantes ojos oscuros brillaban de puro entusiasmo, y Penny podía oler los vapores del *whisky* en su aliento. Nadie se había dirigido jamás a ella como si fuera un igual.

—¿De dónde eres? —preguntó—. No hablas como un escocés.

—Mis padres emigraron a Nueva Zelanda, pero me enviaron a estudiar aquí. Fue precisamente aquí donde conocí a Torquil y Tormod, ese loco par de gemelos... —rio de buena gana, y para Penny aquella risa sonaba como un rebato de campanas—. Estudio en Cambridge. Quiero ser arqueólogo, pero mi padre dice que debo unirme al ejército cuando termine mis estudios. ¿Dónde estudias tú?

—En ningún sitio —dijo Penny, y se sonrojó, avergonzada—. Mi hermana

Evadne se casa el año que viene... Después me tocará a mí entrar en sociedad —murmuró, como si tuviera que disculparse por ello.

—Así que *eres tú* la pequeña de los George... Hemos oído hablar mucho de ti.

Penny se envaró:

—¿Qué?

—Eres la que puede abatir un pájaro de una pedrada y correr más rápido que un chico, y un chico, además, mayor que tú. La cabra montés, te llaman —se rio de buena gana, y la miró con expresión divertida—. Me llamo Bruce. Bruce Jardine, con atuendo prestado, me temo. —Señaló su falda escocesa—. Los Jardine somos de las tierras de abajo. No tenemos un clan con falda propia, de manera que tomé prestada una del clan de Torquil...

—Me llamo Penélope George, pero por lo visto ya lo sabías —dijo tan elegantemente como pudo, y de pronto se sintió incómoda con el cumplido que aquello significaba. ¿Se estaba burlando de ella?

—Esta clase de antigüedades no son las cosas por las que pierden la cabeza las debutantes que conozco, pero bueno, supongo que es normal —añadió, echando una mirada de interés al libro que Penny sostenía en el regazo—. Mañana, si llueve, tenía pensado hacer una pequeña presentación sobre una excavación en Grecia.

—¿Dónde? —preguntó Penny, a pesar de sí misma.

—Aquí, por eso venía a echar un vistazo. Ya verás a qué me refiero.

—No voy a ser una debutante —anunció Penny, repentinamente.

—Me alegro por ti. ¿Y qué harás entonces? ¿Ir a la universidad?

—¡Estarás de broma! A mi madre le daría un ataque. Y nunca me darían la licenciatura. Pero si algo tengo muy claro es que no van a conseguir que forme parte de esa compraventa de ganado.

Tuvo que mirar a otro lado para que el joven no viese sus lágrimas de frustración. Bruce se sentó a su lado, con los ojos clavados en los de ella, simpatizando con su inquietud. Era cierto: la estaba escuchando con toda atención. Sacó su pipa y procedió a rellenar la cazoleta. Penny alcanzó a oler el denso aroma del tabaco. En casa nadie prestaba atención a sus palabras, sobre todo cuando se trataba de cosas serias. La verdad, se sentía tan segura con Bruce a su lado, el fuego crepitando en la chimenea y las lámparas titilando a su alrededor, a un mundo de distancia de la ruidosa sala de baile, allá en los pisos superiores... Penny se arrellanó en el sofá, con el deseo de que aquel momento durase para siempre.

—«Si deseas algo con todas tus fuerzas conseguirás que suceda», solía decir mi niñera. «Cuando encuentres algo que verdaderamente ames vuélcate en ello». Ese era otro de sus dichos. ¡Hasta mañana!

Entonces se marchó, y la habitación parecía de pronto tan vacía como si se hubiera apagado el fuego. Penny tembló de pies a cabeza. Era hora de que también ella regresara al salón de baile, antes de que su madre decidiera enviar en su busca una partida de caza. Sin embargo, Penny se reclinó en el sofá de cuero, reviviendo

una vez más aquel encuentro en su mente. ¿Por qué le molestaba tanto que la llamaran cabra montesa? ¿Por qué de repente deseaba estar en la pista de baile bajo la luz de los focos, como Effy, en lugar de vivir en los márgenes?

*Cuando encuentres algo que verdaderamente ames vuélcate en ello: para ti está muy bien, Bruce, ¿pero qué hay de mí? ¿Cómo puedo cambiar mi destino, desafiar los planes de mis padres, y brindarme a mí misma la única educación que me permitirá perseguir mis sueños? Tiene que haber una manera, ¿pero seré lo bastante valiente como para atreverme a dar ese paso en pos de mi libertad? Quizá haya una posibilidad, si estás de mi lado y crees en mí. Entonces, sí... Algo así sería posible.*

De pronto, la vida ya no parecía un lugar yermo y vacío, después de todo; y Penny se levantó de un salto, dispuesta a unirse a la fiesta.

Me desperté por la mañana sonriendo al recordar mi primer encuentro con Bruce Jardine: había pasado tanto tiempo y, pese a todo, aquella vieja nostalgia seguía despierta en mi interior, aunque también la vergüenza de ser una joven sin educación, ignorante de cuanto había en el ancho mundo. Recordé que la tarde siguiente ingresé subrepticamente en la oscuridad de aquella misma sala, donde las persianas echadas impedían el paso de la tiniebla otoñal, dispuesta a escuchar con toda atención su conferencia. Un puñado de invitados se congregaba allí, con la vista clavada en la sábana que se extendía en la pared opuesta, bajo el humo de los cigarros cuyas volutas se retorcían en una niebla azul ante el proyector.

Las imágenes presentadas por Bruce nos transportaban a otro mundo muy distinto del nuestro, un mundo solo similar al que los rollos Pathé dejaban ver en la pantalla de cine. Por allí desfilaron montañas cubiertas de nieve contra cielos de un azul diáfano, un puerto atestado de antiguas embarcaciones que Bruce Jardine llamaba *caïques*, y hombres vestidos con extraños atuendos (pantalones bombachos y botas de caña alta, y aquellos recargados chalecos), ataviados, además, con unos profusos bigotes que conferían un aspecto más inquietante a sus cicatrizados semblantes de guerreros. Había tomado fotos de los organizadores, los Pendlebury, un par de individuos que resultaron ser los comisarios de la Escuela Británica de Arqueología, con sede en Creta, un tipo alto con un ojo de cristal y una esposa bastante menuda, Hilda, que miraban a la cámara medio deslumbrados por el sol.

Después comenzaron a aparecer las primeras imágenes de los arqueólogos, tocados con sus respectivos salacots, en el proceso de desenterrar antiguos tesoros, barriendo de su superficie cualquier atisbo de polvillo y arena, lavando las vasijas de barro cocido. Chicas en pantalón corto, no mucho mayores de lo que yo era por entonces, dibujando rápidos esbozos de cada nuevo descubrimiento. Había pilas de cestillos llenos a rebosar de otros muchos hallazgos, preparados para ser etiquetados y catalogados. Escenas desde lo alto de las montañas, pícnicos junto a las cuevas de Creta. Tomas del grupo riendo con el entusiasmo puro de quienes se sienten en el lugar adecuado y de hombres desmadejando los miembros en extrañas danzas, y al ver aquello no podía por menos de sentir el fuego de los celos ardiendo en mi interior, pues envidiaba esa libertad que todos ellos tenían, y su resuelta vocación de estar haciendo algo de tan vital importancia. Parecía un lugar maravilloso. Pero era, también, un lugar tan lejano de mi monótona existencia que bien podía estar en la luna. Eran los chicos quienes tenían el privilegio de poder recorrer Europa, viajar sin llevar a cuestas a la carabina de turno, aprender idiomas foráneos. Yo apenas si podía poner a solas un pie en la calle. Siempre había alguien junto a mí, dándome órdenes,

comprobando las costuras de mis medias. Jamás había estado sola en un autobús o un tren, entrado en un bar o un hotel, ni siquiera se me había permitido regresar tarde a casa. A una chica como yo nunca se le permitiría formar parte de una expedición tan arriesgada, aun cuando Grecia fuera la tierra natal de los antepasados de mi padre y yo tuviera aunque fuese unos mínimos conocimientos de la lengua griega.

Una ardiente sensación de injusticia se apoderó de mí al pensar en lo ingrata que podía ser una infancia así, por privilegiada que en realidad fuera, y ahora me reía con todas mis ganas.

*Porque lo conseguiste, pequeña. Lo conseguiste de la manera menos directa posible. Oh, la arrogancia sin imaginación de los jóvenes... Ese iba a ser tu destino y volaste hacia él como Ícaro lo hizo hacia el sol, a despecho de lo que dijeran los demás... A despecho del peligro.*

Lancé un suspiro, sacudiendo la cabeza. Si la juventud supiera y la edad pudiera, como dice el dicho... Y qué gran verdad. Poco imaginaba yo que un paso tal exigiría una vida de entrega y servidumbre para poder pagar sus deudas.

El folleto que recogía el viaje a Creta seguía en mi mesilla de noche, todavía cerrado. Ahora me disponía a regresar a aquel lugar que tan especial había sido para mí, quizá para reunir los restos de mí misma que había dejado atrás, si es que, claro, podía aún encontrarlos. Tal vez si me enfrentaba a mi pasado podía encontrar respuestas a los misterios que todavía se ocultaban en esa isla de héroes y sueños.



## STOKENCOURT PLACE,

ABRIL, 1937

La boda de Evadne había llevado meses de preparativos. Tanto era así, que la inesperada abdicación del rey y la coronación en su lugar del nuevo rey Jorge no habían sido sino meros sucesos sin importancia en el calendario personal de Fabia. Tampoco los rumores de una posible guerra en Alemania turbaron un ápice su determinación de hacer que esa boda fuera la boda del año. Stokencourt Place iba a ser el escenario de una vasta recepción, con un menú preparado expresamente en Londres, tras el servicio que tendría lugar en la parroquia local.

El vestido de Effy había sido encargado al costurero de la sociedad inglesa Victor Stiebel, cuyo equipo exigía incontables arreglos y pruebas, lo que significaba viajar a Londres con asidua regularidad. Aquello dio a Penny la oportunidad de explorar la capital con ayuda de la principal dama de honor de Effy, Diana Linsley.

Diane, como prefería que la llamasen, acababa de ser «terminada» en Múnich y tenía a las hermanas George en ascuas con todas esas historias acerca de su fuga de la Alemania de Hitler. Describía al Führer y los enardecidos seguidores que este tenía desfilando por las calles como gallos en un corral. La enviaron de vuelta a casa sin miramientos, después de que la oyesen hacer una broma en una fiesta acerca del campamento de las Juventudes Hitlerianas al que había acudido junto a sus anfitriones.

—No se parecen en nada a los Boy Scouts, eso desde luego. Lo que hacían era realmente horrible: pateaban a los viejos en plena calle e insultaban a aquellos que se veían obligados a llevar una estrella amarilla en la chaqueta, no sin antes quitarles el sombrero de un manotazo y atormentar a sus hijos. Mis anfitriones no hacían más que pedir disculpas por aquel comportamiento, pero si algo entendí es que también ellos estaban asustados con lo que veían. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ellos —advirtió, pero nadie parecía interesado en tan siniestras noticias, y las charlas seguían versando en corpiños y vestidos de boda.

Diane era una especie de hermana espiritual de Penny que compartía con esta el sentido de la aventura, y no dejaba de encubrirla cuando la joven entraba en las librerías que se encontraban al paso y gastaba su paga en cualquier cosa de que pudiera servirse para llegar a ser algún día la arqueóloga que soñaba. Y fue también Diane quien mantuvo viva la llama que ardía en su interior al insistir en recordarle

que debían hacer algo útil en caso de que estallara la guerra.

—La Cruz Roja está impartiendo lecciones y clases, deberíamos apuntarnos — anunció, mientras la familia al completo se debatía en arreglar los vestidos de las damas de honor, que eran de satén bien ceñido y cortado al bies, en ese tono *eau de nil* que tan en boga estaba.

Fabia mostró su espanto al ver que también a Penny le estaban tomando las medidas.

—Su vestido tiene que ser de organdí, con faja y mangas ahuecadas —insistió, pero Effy se mantuvo en sus trece.

—Penny es más alta que Diane y Clarissa. Este estilo le queda perfecto. Y quiero que las seis se parezcan, no me gustaría ver que una destaca sobre el resto.

De buena gana Penny la hubiera abrazado, pero la familia George no se caracterizaba precisamente por sus muestras de afecto. Deseaba con todas sus fuerzas parecer una chica adulta y glamurosa, por si daba la casualidad de que cierto neozelandés se encontraba en la lista de invitados. Desde aquel encuentro en Escocia esperaba volver a verle otra vez y decirle lo mucho que estaba estudiando, pero sus caminos no parecían destinados a cruzarse.

Tampoco había olvidado Penny los ánimos que el joven le dio, y a veces soñaba que este esperaba encontrarse con ella en alguna parte. Era una estúpida forma de engreimiento, pero Penny no olvidaría jamás lo mucho que él la había ayudado. Y no iba a decepcionarle.

La ceremonia tuvo lugar en uno de esos maravillosos días de primavera que Cotswolds a veces parecía reservar para momentos así: los olmos que flanqueaban el camino a la iglesia estaban revestidos de un denso follaje verde que lanzaba destellos de sol, y los corderitos recién nacidos retozaban en el campo. El padre de Penny tenía un aspecto soberbio en su frac y Zan en su uniforme de oficial del ejército. Fabia había decidido mezclar unos tonos pálidos de azafrán en su vestido de seda.

Después, Walter hizo un discurso de agradecimiento bastante decente. El padrino, Angus Balrannoch, brindó por las damas de honor mientras hacía ojitos a Clarissa. Penny escuchó a alguien decir que Bruce Jardine se había marchado a otra excavación en Egipto o Grecia, y tuvo que hacer un esfuerzo para que la noticia no le arruinase el día. Confía en él para abandonar el país, pensó con melancolía.

La bomba cayó después cuando Walter anunció que tras la luna de miel —cuyo destino se mantenía en secreto— él y Evadne tendrían un nuevo destino, los Balcanes y Grecia.

Fabia estuvo a punto de desmayarse al escuchar aquello, mientras que el padre de la recién casada sonreía y palmeaba al joven Walter en el hombro:

—Un lugar realmente maravilloso, bien pensado, muchacho.

Diane rompió a llorar:

—¡Oh, Evadne...! ¡Qué lejos te vas!

Evadne mantenía su expresión bovina. Debía de haberle resultado terriblemente

difícil guardar el secreto.

—Todavía me queda mucho para irme. Está la coronación, y la casa que tendremos allí aún debe prepararse, pero podréis tomar el Orient Express y venir a verme cuando lo deseéis.

Penny no sabía si reír o llorar. Si le parecía malo que su hermana mayor se fuera a vivir a Londres, donde imaginaba que podría urdir las más variadas artes del engaño para visitar a los Jefferson y comenzar en serio sus estudios, ¿qué podía decir de Atenas? Apenas podría haberla encontrado en un mapa.

Mientras el sol se ponía sobre el lago y comenzaba a atenuarse el sonido de los brindis, las parejas se retiraron a inspeccionar los jardines y pasear por sus rincones para bajar el espléndido banquete. Penny y sus padres se sentaron en el pretil que había junto al lago. Fabia no lograba reponerse del golpe que le había supuesto conocer las noticias de la marcha de Effy.

—¿Cómo puede hacernos esto ese chico, llevarse de nuestro lado a mi querida hija? —gimoteó—. Y ahora que Zan está en Sandhurst lo más probable es que se enrede con alguna mujerzuela de baja clase, una de esas tarambanas de hoy día. ¿Por qué tenemos unos hijos tan desobedientes? —suspiró—. Evadne siempre ha sido tan sensata, tan comprensiva... Jamás en la vida se le hubiera ocurrido una cosa como esta —añadió, mirando en dirección a Penny—. Te toca a ti, jovencita. Esperemos que echés tus redes más cerca de casa.

—Me preocupa mucho más lo que está sucediendo en Europa... No quisiera que se viese atrapada en medio de algo desagradable —dijo el padre de Penny, con la mirada perdida en las aguas del lago—. Atenas no es el mejor lugar en el que te puede sorprender una guerra.

—Oh, espero que eso no ocurra. Sería terrible que Penélope se perdiera su entrada en sociedad porque los muchachos hayan tenido que alistarse. Deberíamos celebrar su fiesta mucho antes. Hablaré con *lady* March acerca de la posibilidad de alquilar su casa para la temporada.

«Ya veremos», pensó Penny, sonriendo para sí misma. Su madre podría hacer los planes que quisiera, pero ella tenía sus propias ideas. Las palabras de Diane en la costura aún reverberaban en su cabeza. Estaba claro que en una emergencia nadie se atrevería a negarle su derecho de hacer algo útil, llegado el caso.

Miró por un momento a los amigos de Walter y Evadne, que tomaban tranquilamente el sol, y luego el destello de las charreteras de oro del uniforme de Zan, que brillaba con esplendor marcial, y rezó para que no estallara la guerra, con su carnicería y todo el dolor que arrastraría. Ya nadie hablaba demasiado de la Gran Guerra, pero el monumento a los caídos que descollaba en el pueblo tenía grabados numerosos nombres, incluidos los de dos primos del padre de Penny. Deseaba con todas sus fuerzas que aquello no volviera a ocurrir, ¿pero y si era así, y aquello afectaba a los lugares adonde se dirigían los recién casados? Walter no iba a correr el riesgo de poner a Effy en peligro...

Pero, aun cuando todavía pesaba en el aire aquella inesperada noticia, en su interior Penny sentía el temblor de la excitación. Aquel guapo neozelandés que vestía una falda prestada había hecho una presentación realmente única, y además le había dicho que la Escuela Británica de Arqueología en Atenas aceptaba chicas. Si Evadne vivía allí con la seguridad que todos esperaban ella podría viajar hasta allí, por muchos impedimentos que las personas o las cosas quisieran ponerle. Tal vez sus sueños empezaban por fin a hacerse realidad.

Antes, sin embargo, tenía que conseguir cierta independencia, y apuntarse a las lecciones de la Cruz Roja era el mejor comienzo. ¿Quién sabía adónde la conduciría aquello?

No me preocupaba el viaje que había turbado mi sueño. Era la idea de que regresaba a un lugar que había enterrado deliberadamente en los cementerios de la memoria, como un cadáver incómodo. ¿Qué sentiría al verlo cambiado, como el rostro de un viejo amigo al que conocimos en plena juventud y que ahora está devorado por las cicatrices del tiempo?

*Deja de decir tonterías... ¿A quién le importa? A nadie, realmente. Porque nadie te conocerá.* Me dejé caer, repentinamente cansada, en mi sillón favorito, contemplando una fotografía enmarcada en plata: era el retrato de Evadne y Walter, que dedicaban a la cámara una sonrisa dichosa, rodeados de sol.

—Es culpa tuya, hermanita —susurró—. Poco sabíamos que el cargo diplomático de Walter iba a cambiar mi vida para siempre, estremeciendo la seguridad de mi pequeño mundo, lanzándolo a la deriva, sin control. Oh, esos eran los días de gloria, Effy... Si al menos hubiéramos sabido lo precioso y breve que era el tiempo que nos quedaba juntas...

## ATENAS, 1937

Fiel a sus palabras, Diane se apuntó a las clases de la Cruz Roja de primeros auxilios, y a Penny con ella; e incluso persuadió a la madre de esta para contribuir con su ayuda al comité local, organizando colectas y excursiones al campo para niños enfermos.

Las clases eran bastante profusas, y mucho más instructivas e interesantes de lo que Penny había esperado. Aprendió a detener una hemorragia, a entablillar huesos rotos con cualquier cosa que hubiera a mano, a vendar codos, y a hacer el boca a boca a los ahogados. Penny era la primera en presentarse voluntaria, ya fuera en el papel de paciente o en el de quien auxiliaba al necesitado. Tomó extensas notas, superó todos los exámenes y obtuvo su certificado. No tardaron en cogerle las medidas para hacerle un uniforme propio, y así vestida aguardaba orgullosamente junto a la ambulancia en las fiestas del condado, cruzando los dedos para que alguien se desmayase y requiriese sus servicios. En especial quería poner a prueba sus escrúpulos, por si alguna vez tenía que medirse con algo realmente desagradable.

Por la ciudad empezaba a hablarse de que los hospitales ya habían solicitado la ayuda de numerosos voluntarios como apoyo a su propio personal, temerosos de que la guerra estallase en cualquier momento. A nadie se le pasaba por alto esa sensación creciente de que las cosas estaban cambiando drásticamente en Europa, y que ese cambio nada halagüeño podría afectar también un día a Inglaterra.

Evadne partió rumbo a Atenas para unirse a Walter tras una luctuosa cena de despedida en la que hizo prometer a su padre que Penny y Diane irían a visitarla tan pronto como ella y su marido tuvieran su propia casa.

—Saber que vendrán me hará sentir menos aislada —rogó, con sus enormes ojos azules implorando directamente a su padre.

Con el paso de las semanas, las cartas de Effy, con sus coloridos sellos, llegaban a casa, relatando historias de fiestas diplomáticas entre verdes palmeras y densos olivares. Había fotos de ellos reclinados bajo enormes sombrillas, bebiendo exóticos cócteles, a lomos de mulas que enfilaban el camino a las colinas que alzaban sus imponentes picos en las afueras de Atenas para hacer un pícnic en los bosques, cuando no atravesando montañas o disfrutando de baños de mar. La nueva casa de Effy, la Villa Artemisa, parecía sacada de un decorado de Hollywood. Pero en ninguna de esas cartas se mencionaba invitación o fecha alguna para la prometida visita. ¿Tan pronto se había olvidado de ello?

Los planes de la madre de Penny para el debut en sociedad de su hija menor seguían adelante.

—Si al final hay una guerra, quiero que estés en el mercado antes de que la cosa

estalle de veras, así que espero que Neville Chamberlain haga algo para detener a ese hombrecillo, ese Hitler, antes de que nos arruine los planes.

Penny veía a Diane con harta frecuencia; era el vínculo que la unía a su hermana, a quien echaba terriblemente de menos. El nuevo novio de Diane acababa de enrolarse en la Marina. Zan estaba de maniobras en alguna parte de Devon. El verano de Penny consistía en dejarse arrastrar a todos aquellos lugares a los que acudía la alta sociedad hasta que llegase el momento de regresar a Escocia para la temporada de caza.

Justo cuando comenzaba a perder la esperanza de visitar Atenas llegó una carta a casa que lo cambió todo:

*A Penny le encantaría estar aquí para ver todo lo que Atenas puede ofrecer, porque el año que viene, bueno, podría haber una guerra. Diana va a venir un par de semanas, así que me figuro que podrían viajar juntas, por mi parte prometo cuidar de ella. Por favor, mamá, me vendría bien animarme un poquito, pues he perdido el color y me temo que estoy bastante enferma, aunque el doctor que me atiende aquí dice que para diciembre me sentiré mucho mejor. ¡Sí, el viaje de novios nos ha traído un bebé! No os preocupéis, volveré a casa para tenerlo en Inglaterra. ¿No es una noticia maravillosa?*

El anuncio puso en acción a la madre de Penny, que en cuestión de segundos se convirtió en un turbión de llamadas telefónicas, y la invitación de Effy pasó a ser un «hemos decidido que Penélope termine su formación en Atenas, donde por supuesto será supervisada por Evadne, ¿te he dicho que espera un niño para diciembre?, oh, sí, Penélope será un apoyo indudable para su hermana...». De manera que la invitación parecía idea exclusiva de Fabia. A aquello siguió un torbellino de citas con sastres y costureras para confeccionar a Penny un respetable vestuario tropical compuesto en su mayor parte por vestidos de algodón, lino y sandalias, y un ajuar de elegantes maletitas de cuero.

Evadne había enviado también una lista de cosas que quería recibir, entre las cuales incluía un enorme jarrón de bombones de licor, por los cuales tenía ahora un terrible antojo.

Penny y Diane se disponían a partir a finales de julio, antes de que los padres de la joven pusieran rumbo a Escocia, y tomarían el Orient Express en París. Casi sentía Penny que le faltaba el aliento ante tamaño viaje. Sentía que por fin daba comienzo su vida. Cogió todos los libros que pudo encontrar acerca de Atenas y su historia, y pidió a su padre que la ayudase con su oxidado griego. Quería estar preparada para todas las posibles contingencias: una nueva e interesante vida social entre los amigos de Effy y Walter, la posibilidad de estudiar arqueología o, al menos, de visitar los escenarios más famosos, y quizá, incluso, volver a encontrarse con Bruce Jardine, hicieron que por primera vez en su vida se tomase muy en serio lo que guardaba en su

equipaje.

El viaje desde Londres fue un caos de portaequipajes, máquinas de vapor y viajeros y maletas que iban y venían sin cesar. En el Gare de l'Est, en París, Penny miró con reverencioso asombro los coches cama, de un precioso color azul marino en el que destacaban sus letras de oro. Se sentía como una estrella del cine, y el corazón palpitaba en su pecho sin cesar. Diane seguía lamentándose por haber tenido que separarse de su nuevo novio, y solo esperaba que su barco anclase en Atenas para reencontrarse una vez más con él.

Después, contemplaron por un momento los campos de batalla de la Gran Guerra. Penny acertó a ver la catedral de Reims, hasta que por fin divisaron el afilado perfil de los Alpes. Los nombres de las estaciones por las que pasaban de largo desfilaban raudamente ante sus ojos: Estrasburgo, Karlsruhe... Era ciertamente divertido cenar en el coche restaurante vestidas con sus mejores galas, ya caída la tarde. Eran días maravillosos en los que reinaba el lujo y la buena vida, mientras un escenario que parecía salido de un libro ilustrado se descorría ante sus ojos, a medida que el tren avanzaba por Europa, lejos de las restricciones de Stokencourt Place. Era como despertar cada mañana en algún glorioso sueño, ocultas al mundo de fuera en su pequeño dormitorio de paneles de madera y presidido por aquellas dos camas que se plegaban para convertirse en sofás y transformar el lugar en un precioso salón, conscientes, sin embargo, de que pronto cambiarían de dirección en Nis para seguir su camino a Atenas, donde un mundo muy distinto las estaba esperando.

Diane practicaba su francés y su alemán con increíbles progresos, y lo cierto es que resultaba una compañera de viaje de lo más valiosa. Penny hacía lo propio con su griego elemental, estudiando el pequeño diccionario Berlitz que había comprado antes de partir. En todo ese tiempo la excitación no hacía más que aumentar y burbujear en su pecho. Evadne había hecho que aquello sucediese.

Mientras estiraban las piernas, preparándose para llegar a su último destino, Penny sintió la primera andanada de calor, como si alguien hubiera soplado aire caliente contra su rostro. ¡Así que de esta manera era como sentía uno Atenas! Por un momento Penny se vio aturdida por el ruido y el bullicio, el color y los olores, mientras sus ojos buscaban entre la multitud un rostro familiar. Entonces reconoció a Evadne y Walter, que agitaban la mano para hacerse ver, y entonces Evadne corrió entre el gentío para abrazarlas a las dos, besando sus mejillas, lo que pilló a Penny completamente por sorpresa.

—Vas a tener que acostumbrarte a besar a la gente en público. Aquí *todo el mundo* lo hace. Oh, me alegro tanto de veros... Sé que es el peor momento del año. No me atrevía a decirle a mamá el calor que hace aquí, porque de otro modo no os habría permitido venir. No os pongáis morenas o me *matará*. Ya sabéis la importancia que le da a mantener la tez pálida e interesante.

Penny nunca había visto a su hermana tan sofisticada. Llevaba puesto un vestido de lino blanco con mangas tres cuartos y puños y cuello de encaje. Su rostro estaba



oculto por un enorme sombrero de paja de color blanco y azul marino, con el ala hacia abajo. Aquel atuendo tenía un aire náutico y elegante al mismo tiempo.

Era como si nunca hubieran estado separadas, y, con todo, solo con poner un poco de atención al observar a su hermana, Penny se dio cuenta de que Evadne estaba muy pálida y que tenía las mejillas hundidas. Walter se mantuvo al margen para dejar que las jóvenes se saludasen con la efusión que merecía el momento, y luego las saludó estrechándoles formalmente las manos. Llevaba un arrugado traje de lino y un sombrero panamá. Las condujo hasta un sedán de techo abierto que los esperaba en la entrada de la estación y aguardaron a que las maletas fueran atadas a la parte de atrás.

—¿Has traído los bombones de licor? —Evadne se había dado media vuelta para preguntar a Penny—. ¡Ya puedes volverte a por ellos si no lo has hecho! Te juro que ya hasta sueño con ellos. ¡Vamos a pasarlo genial! No sabes las ganas que tengo de enseñarte todo esto.

—Debes vigilarla —avisó Walter a Penny—. Asegúrate de que descansa por las tardes y que no sale con todo el calor.

—No os preocupéis, ahora somos de la Cruz Roja —replicó Diane—. Nos dieron la insignia, ¿verdad?

Los primeros días pasaron volando, y Penny y Diane los emplearon principalmente en acostumbrarse al calor: por las noches, cuando el cielo se iluminaba con un maravilloso resplandor rosado, se dedicaban a pasear por las calles para cenar en los bulliciosos restaurantes nocturnos, donde los extranjeros departían con su propia gente. Había un aire de auténtica riqueza en aquellos lugares, al contrario de lo que sucedía en los barrios más pobres que divisaban desde la parte de atrás de la limusina.

Atenas era una ciudad pequeña y elegante cuya blancura relumbraba con la luz del sol: sus amplios bulevares se hallaban jalonados por plazoletas rodeadas de cipreses, naranjos y macizos de adelfas. Los cafés abrían en la calzada que rodeaba la plaza de la Constitución, donde podían sentarse a observar tranquilamente las prisas y el bullicio de las calles colindantes, cuando no disfrutaban de la opulencia que reinaba en el interior del hotel Grande Bretagne, allí donde los ricos holgazaneaban en todo su esplendor.

Penny se empapaba de aquel terrible calor pero también de los paisajes que anteriormente solo había podido ver en postales y dibujos aislados: el Partenón, la Acrópolis, las ruidosas calles de la Plaka, con su dudosa reputación, que las jóvenes recorrían escoltadas por los hombres de confianza de Walter, todos ellos reclutados entre los trabajadores de la embajada. Se sentaban luego a probar las mejores viandas, principalmente las *mezedes*: yogur con sabor a ajo y menta, carne de pulpo, salsa de tomate sazónada de judías y hierbas, un cremoso queso feta bien regado de aceite de oliva, y pasteles rellenos de natillas recién sacados del horno.

Por todas partes un festín de colores anegaba los ojos: geranios de un intenso rojo colgaban de enrejados balcones, glicinas lila se derramaban por los muros, el azul

tinta de las campanillas adornaba los páramos, así como las espumosas brácteas de las buganvillas, profusas en bermellón, púrpura y rosa. Frases que había olvidado hacía mucho regresaban a su mente, y Penny descubrió que, para su sorpresa, podía entender algún retazo de conversación escuchada al azar, o las voces que respondían con alguna orden, como si siempre hubiera conocido ese idioma. Leer, sin embargo, era harina de otro costal. Ojalá le hubieran enseñado un poco de griego formal, como a Zan, pensó con cierto rencor.

La casa de Evadne era fabulosa: se trataba de una villa de color rosa, pero en un delicioso tono crema de maizena. Sus suelos eran de frío mármol y sus techos altos, y el mobiliario de un elegante caoba. Las persianas estaban permanentemente cerradas. El sol era un enemigo irreductible durante el verano, que hasta llegaba a destruir los tejidos y la madera. Los ventiladores del techo giraban durante toda la noche para enfriar el aire. Penny dormía únicamente cubierta por una sábana y una malla, y despertaba con las primeras luces del alba, ansiosa por comenzar un nuevo día.

Qué diferente era aquello de la rutina que presidía su casa. Si planeaban una excursión, se levantaban a primera hora de la mañana, daban un paseo por la ciudad, se detenían a tomar un café bien cargado o un zumo de naranjas recién exprimidas, y luego enfilaban sus pasos hacia el mercado callejero antes de que cerrase, a eso del mediodía. Allí, sus sentidos se veían asaltados por el alboroto de los comerciantes ofreciendo sus mercancías. Puestos de pescado fresco, muchos de ellos con especies que Penny jamás había visto, relumbraban como espadas sobre esquirlas de hielo fundido. Los carniceros colgaban conejos de lanudas zarpas de los ganchos, corderos enteros y aves de corral. Los puestos de hortalizas y verduras eran un auténtico arcoíris de nuevas y exóticas formas. El ama de llaves de Evadne se levantaba con el alba para comprar los productos más frescos; las jóvenes, sin embargo, no acudían allí con la idea de adquirir nada, sino para deleitarse en la variedad de los productos, el bullicio de la gente y lo diferente que era todo aquello en comparación con los mercadillos de su propia ciudad.

A menudo comían con Walter y luego se echaban la obligatoria siesta. Tras lo cual, por lo general, se iban de compras o acudían a la casa de algún amigo que las aguardaba en sus frondosos y bien manicurados jardines, preparada la mesa bajo los limoneros con bandejas de limonada muy fría o té sin leche. Por último regresaban a casa para cambiarse y cenar, habitualmente tarde, en alguno de los clubes de moda, acompañadas de las amistades que habían hecho entre la comunidad inglesa.

Numerosos británicos vivían en aquel barrio. Su vida social consistía en acudir a fiestas, a pequeñas veladas antes de ir a cenar a algún restaurante de lujo o a bailar en clubes nocturnos. Penny se preguntaba si Evadne no se aburriría más pronto que tarde de su reducido círculo de amistades. Ella *sabía* que ocurriría.

Los viajes que emprendían a la costa eran una delicia, y para Penny no había nada comparable a aquellos pícnicos ante el azul inmenso del Egeo, cubiertos por enormes sombrillas. El cambio de dieta —y, todo hay que decirlo, demasiados pastelitos

recubiertos de miel— provocaron que Diane sufriese una fuerte gastroenteritis, un mal que muchos recién llegados al país se veían abocados a padecer. Se pasó todo un día metida en el baño, vaciando las tripas. Penny ejerció de oficiosa enfermera, tratando de poner en práctica sus escasos conocimientos sobre tan molesto mal.

Para su sorpresa, vio que se le daba bien hacer la cama y pasar la esponja por la frente de la pobre enferma, lo que no era poco, pues aquel olor a Effy le daba ganas de vomitar. Walter escapó a su oficina, lo que dejó a Penny a cargo de un par de inválidas. Cuando para Diane llegó el momento de la partida —pesando, además, unos cuantos kilos menos que cuando arribó en Atenas—, Penny no lamentó su marcha. Quería pasar todo el tiempo posible a solas con su hermana. Había unas tiendas preciosas para comprar ropita de bebé, intrincados encajes que llevar a casa y comidas y paseos por los maravillosos Jardines Nacionales.

El tiempo de estancia que todavía tenía por delante le daría la oportunidad de explorar mucho mejor el lugar. Y, además, tenía un motivo añadido:

—Recuerdas que mamá dijo que debía «terminar mi formación» aquí, ¿verdad? Bueno, pues me gustaría tomar algunas lecciones de arte. ¿Conoces a alguien que pueda enseñarme? —le preguntó a Effy un día, mientras tomaban un café helado y comían pastel de sirope.

Evadne dedicó a aquellas palabras una risita:

—Aquí no faltan artistas jóvenes que darían un brazo por arrancarte de mis manos, pero ninguno del que pueda fiarme... Veré lo que puedo hacer. Por lo que veo, no te apetece nada irte. —Hizo una pausa, y levantó las gafas de sol para mirar a su hermana con nuevo interés—. Has crecido mucho, hermanita, y estás muy esbelta. —Evadne sonrió mientras fumaba su cigarrillo—. Todo eso de la Cruz Roja te ha hecho más responsable. Nos sentimos muy orgullosos de ti cuando la pobre Di cayó enferma. Yo no podía ni acercarme a ella. Si finalmente estalla la guerra, ya sabrás muy bien lo que hacer. Espero que también yo pueda resultar útil...

—Pero tendrás al niño...

—Para eso está Nanny. No va a cambiarnos tanto la vida. Mira a mamá... ¿Acaso tener tres hijos le impidió hacer lo que quiso?

Evadne se reclinó en su silla, aliviada por aquel pensamiento.

—Pero nunca la veíamos, fue Nanny quien en realidad nos crio. Yo no querría eso para mi hijo.

Penny se inclinó hacia delante, y sorbió de la pajita que asomaba de su café.

—Tampoco nos hizo eso ningún mal. Si te hace tanta ilusión te dejaré empujar el cochecito cuando estemos en casa. No vamos a vivir aquí para siempre, aunque Walter dice que es relativamente seguro. A Hitler le da igual el sur de Europa. Eso se lo deja a Mussolini, que está bastante ocupado creyéndose César.

Penny se encogió de hombros. Resultaba divertido ver que Effy tomaba lo que Walter decía al pie de la letra, como si fuera la Biblia. ¿Era eso lo que hacían las casadas?

—Te ayudaré con el bebé cuando llegue el momento, pero antes de eso me gustaría ver la Escuela Británica de Arqueología. ¿Recuerdas tu fiesta de compromiso y la charla que hubo el día de después? Alguien que conocí aquella noche me comentó que aquí hay una escuela.

Penny no quería mencionar el nombre de Bruce Jardine por miedo a que Effy hiciera algo al respecto.

—Oh, sí, conocemos al director y a su esposa, y a algunos de sus estudiantes... Menuda banda. Las estudiantes, dicho sea de paso, son muy inteligentes, muy entusiastas, y diría que hasta impacientes por aprender. Son gente muy reservada, y siempre están escarbando en las montañas o llenándose de arena. ¡Es horrible el aspecto que pueden proporcionarte unas botas de goma y una faldita corta! —se burló Evadne.

—A mí me gustaría ser arqueóloga —suspiró Penny—. Supongo que ayudante es más realista, con lo poco que he podido aprender. Mis dibujos no son más que meros esbozos, al menos todavía, pero podría practicar mucho más si recibiera clases.

—Estoy segura de que mamá no tenía en mente proporcionarte una carrera académica. Pero no hablemos ahora de ello. ¿Adónde vamos hoy? Me siento infinitamente mejor cuando estoy contigo, y llena de energía.

Evadne se levantó de la silla, preparada para ponerse en marcha.

En su cabeza, Penny veía cada día que pasaba con creciente espanto. ¿Por qué resultaba tan lento el inicio de una visita y luego, cuando se avecinaba el temido regreso, todo parecía marchar más rápido? En septiembre tendría que regresar a casa vía Londres junto a los Boulton, una familia de diplomáticos cuyos hijos estudiaban en un internado de Cheltenham. Le aterraba pensar que llegaría un día en que vería de nuevo sus maletas, dispuestas para empezar un nuevo viaje. ¿De veras podría enfrentarse a la anodina vida inglesa, después de haber disfrutado aquí de todo ese bullicio, de esos colores y olores, de todas esas voces en griego? ¿Cómo iba a regresar, cuando tanto le quedaba todavía por ver? Effy se sentía a menudo cansada y no quería alejarse demasiado de la casa, pero tampoco Penny tenía permiso para merodear por ahí a solas.

Presa de la desesperación, rogó a Walter que le buscara un acompañante, y este apareció un día con una de las secretarías de la embajada, *miss* Celia Brand, que llevó a Penny a la ciudad y le mostró las tiendas más conocidas, y se pasó las horas muertas enseñándole todo cuanto de moderno y chic asomaba a los escaparates, lo cual, sin duda, no era lo que Penny consideraba «diversión».

Una tarde, cuando ya no pudo soportarlo más, consiguió burlar a Celia y, mientras paseaba a sus anchas, disfrutando de aquella independencia, terminó por toparse en una alejada calle con una manifestación nacionalista. Las calles estaban llenas de jóvenes vestidos como Boy Scouts y Girl Guides que, haciendo ondear enseñas y banderas, desfilaban marcialmente en tanto algunos viandantes se detenían para hacer el saludo del brazo en alto.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó el gentío, pero a Penny no le gustó lo que mostraban esos rostros ardientes.

—¿Qué es esto? —preguntó, y una mujer se encogió de hombros.

—Fascistas... El joven ejército de matones del general Metaxas —dijo, y acto seguido lanzó un escupitajo al suelo.

De pronto, aparecieron en los balcones un grupo de hombres que se deshacía en insultos. Penny dio un paso atrás cuando vio que varios individuos de camisas negras se separaban del desfile y corrían hacia las escaleras que conducían a aquella casa. Se oyeron gritos y ruido de refriega. De repente un hombre fue arrojado desde el balcón a la calzada. No se movía. Las mujeres prorrumpieron en gritos al tiempo que protegían al individuo de recibir más golpes, y, con todo, los jóvenes seguían desfilando impenetrables, con la mirada al frente.

Penny observó con horror cómo el grupo de rufianes se llevaba a rastras a cualquiera que se atreviese a levantar la voz y les propinaba humillantes y violentos golpes en la cabeza. Era consciente de que estaba viendo algo inexpresable, muy lejos de cuanto sucedía en el pacífico mundo de Villa Artemisa. Se sintió indefensa y llena de espanto, y comprendió que había cometido un grave error.

En cuanto la muchedumbre comenzó a dispersarse su único pensamiento era por dónde escapar de aquello. Hizo acopio de todo su coraje y de su capacidad de actuar con presteza. Se cubrió la cabeza con un pañuelo de seda, compró rápidamente una bolsa de naranjas, inclinó la frente y, haciendo lo posible por parecer una afanosa ama de casa griega, se escabulló por un callejón lateral y regresó desde allí a las calles principales.

Cuando, pálida y temblorosa, llegó hasta la embajada y describió lo que había visto, Walter se mostró terriblemente furioso con ella:

—Cuanto antes regreses a Inglaterra mejor, jovencita. Las chicas de nuestra clase no se dedican a andar por ahí como si nada. Ahora mismo no es nada seguro. Desde el golpe de Metaxa hay grupos fascistas desfilando constantemente por la ciudad, y a esos tipos solo les gusta montar jaleos. Me sentiré realmente tranquilo cuando Evadne esté en casa. Algo terrible está ocurriendo, y quién sabe cómo terminará todo esto.

Era la primera vez que Penny escuchaba expresarse a Walter con tanto pesimismo, pero en sus adentros se sentía orgullosa de haber regresado a salvo sin la ayuda de nadie.

Fue, sin embargo, la cuarta semana de su estancia allí cuando ocurrió algo que lo cambiaría todo. Una mañana de septiembre, todavía en plena canícula, Evadne se levantó quejándose de un molesto dolor de espalda. A medida que transcurría la mañana, Penny pudo observar la palidez creciente de su rostro, y el dolor se había intensificado. Fue cuando Effy intentó salir de la cama y Penny estaba alisando las sábanas cuando reparó en la sangre que había en ellas.

—¿Desde cuándo estás sangrando? —preguntó, tratando de aparentar la calma que en realidad no sentía.

—¿Estoy sangrando? —Evadne levantó las sábanas, sorprendida—. ¡Por el amor de Dios! —Levantó la mirada hacia Penny, con los ojos llenos de miedo—. ¿Qué está ocurriendo? Todo va a ir bien, ¿verdad?

De inmediato, Penny llamó a Calíope, el ama de llaves, para que avisase al doctor. Para cuando este llegó, la pobre Effy estaba encogida como un niño, llorando de puro dolor. Penny cogió un maletín y lo llenó con varios artículos de tocador, mientras el doctor examinaba eficientemente a Evadne y la acompañaba al coche para llevarla a su clínica privada.

Walter llegó con el semblante serio mientras Penny aguardaba frente a las habitaciones privadas de Effy sintiéndose impotente.

De pronto ya no había bebé, ni motivo alguno que explicase aquel repentino aborto.

—Son... cosas que pasan —explicó el doctor en su difícil inglés—. Nunca se sabe el porqué. Su mujer tiene buena salud y seguro que en el futuro le dará buenos hijos tan pronto se recupere.

Lo cierto es que, aunque el doctor trataba de confortarlos, para Penny aquello sonó tan frío como insensible. Si alguna vez soy enfermera y tengo que comunicarle a alguien una mala noticia, pensó, me sentaré con ellos en privado y les mostraré toda la empatía que pueda.

Más tarde, Penny se sentó junto a su hermana, y pudo ver que la luz había desaparecido de sus ojos. Parecía tan menuda como un niño asustado, no la Evadne que conocía, la amazona sin miedo que saltaba las más altas vallas, que servía como un hombre en el tenis y podía derrotarte con su demoledora derecha. Ahora estaba allí, indefensa, sin quejarse por nada, embotada y aturdida por dentro.

—Me lo han quitado todo... Ni siquiera he visto si era niño o niña... Me siento tan vacía...

No lloraba. Se limitaba a mantener la mirada fija, perdida en la ventana.

—Por favor, Penny, llévame a casa, solo eso... Llévame a casa —susurró.

En esas pocas horas fue como si un mundo de sufrimiento se hubiera abierto para Penny, un mundo del que nada había sabido en su privilegiada existencia anterior. Ya nada quedaba del sueño de su hermana. Calíope había empaquetado la ropa de bebé y la guardó allí donde nadie podría verla. Ahora solo quedaba una terrible decepción de la que nadie se atrevía a hablar. Flotaba en el aire, impronunciada, sin forma, y tanto más poderosa precisamente por eso. Nadie de su grupo de amigos acudió a la casa para hablar de sentimientos, y aún menos de las funciones más íntimas del cuerpo.

—Mala suerte, chiquilla. —Fue lo mejor que los hombres pudieron decir en los días que siguieron.

Penny solo sentía el deseo de abrazar a su hermana, pero por desgracia no podía devolverle lo que tan cruelmente le había sido arrebatado. Trasladaron a Evadne de vuelta a casa y la dejaron acurrucada en su cama, sin pronunciar palabra. Penny supo entonces que no regresaría con los Boulton, como estaba planeado, y se odió a sí

misma por sentir alivio en un momento tan terrible como aquel.

Walter se mostró no menos aliviado al saber que Penny se quedaría con ellos, y escribió a la familia para contarles el cambio de planes. Resultaba extraño pensar que aquella triste pérdida significaba la salvación de Penny. Ni siquiera su madre podría protestar por haber aplazado su regreso, y no pasaba un día sin que telefonease para preguntar por la salud de Evadne y amenazar con presentarse allí si su presencia era requerida, pero insistiendo en que fuera como fuese todos volverían a casa para las Navidades. Entonces, prometió, tratando de levantarles el ánimo, harían los preparativos para el baile de presentación en sociedad que tendría lugar en primavera, y que Penny compartiría con la hija de *lady Forbes-Halsted*, Clemency.

Fue un agradecido Walter quien insistió en que Penny no debía perder su interés en la arqueología y en dibujar en la Escuela Británica, y lo dispuso todo para que pudiera recibir lecciones de dibujo durante el otoño. Podía quedarse con ellos, haciendo uso de la villa como si de su propia casa se tratase, viviendo la vida de un expatriado. Penny apenas daba crédito a su buena fortuna: ser tratada por fin como un adulto y poder hacer uso de una libertad desconocida en su Inglaterra natal.

A medida que Evadne recuperaba las fuerzas, ya que no su optimismo, las dos hermanas fueron estrechando todavía más los lazos que las unían. Penny descubrió que el sufrimiento era el camino más directo hacia la madurez. No importaba tu edad, tu situación social, tu riqueza. Aprendió a ser útil e independiente, pero lo cierto es que hubiera deseado haber adquirido ese sentido de la responsabilidad y aquella bienvenida libertad de otra manera. El destino, sin embargo, había jugado una baza cruel, y allí estaba ella ahora, para bien o para mal.

**D**esperté de un respingo. Dormir por las tardes se estaba convirtiendo en un mal hábito, y la idea de regresar a Creta había empezado a atraer el pasado a mis sueños. *Querida Evadne, cuánto te debo por la libertad que me brindaste, y qué alivio sentimos todos cuando por fin recibiste tu merecida recompensa.* La preciosa hija de Effy y Walter, Athina, nació cuando la guerra había tocado a su fin: era una niña extraña, no muy distinta de mí, que nos trajo la mayor de las felicidades y, después, el mayor dolor, cuando sufrió aquella leucemia que acabaría con su joven vida.

Un tiempo realmente idílico se desplegaba como un abanico ante nosotros. Atenas tenía una energía propia que seducía mis sentidos y me atraía a conocer lo más profundo de su corazón. Pensé que aquella embriagadora época de aprendizaje e independencia nunca tocaría a su fin. Pero, inevitablemente, llegó el temido día en que debía tomar la más difícil decisión de mi vida, cortando para siempre con ello el sedoso lazo de las lealtades familiares y optando por abandonar todo cuanto había conocido a cambio del romance y la aventura.

¿Por qué demonios lo hice? A menudo me hago esa pregunta y la respuesta siempre es la misma. *Eras joven, y los jóvenes no sienten miedo. Solo aquella sed de libertad me dio el coraje que necesitaba para cambiar mi destino.*



## ATENAS,

1937-1938

*Miss* Bushnell llegó una mañana a la villa para darle a Penny el visto bueno. Jamás se comprometía a aceptar un alumno hasta que no veía por sí misma el compromiso de este con las materias que impartía. Disfrutaba de una beca en la Escuela Británica, otorgada por una escuela primaria para niñas en el norte de Inglaterra. Era alta, sus cabellos rubios habían adquirido un tono mucho más luminoso por aquellos continuos baños de sol, y llevaba unas gafas redondas. Era más o menos de la misma edad que Evadne, y ansiaba iniciar cuanto antes sus estudios de arqueología. Había sido recomendada a Walter por el propio director de la escuela. Observó con recelo a la joven que pretendían poner a su cuidado y Penny trató de mostrar el máximo entusiasmo. Era la entrevista más importante de su vida.

—¿Qué libros has leído? ¿Qué experiencia tienes? ¿Qué tal tu griego?

Penny cogió los dibujos que había hecho de diversas reliquias de museo y poco menos que los blandió ante las narices de *miss* Bushnell:

—*Ela.*

*Miss* Bushnell los miró atentamente, y levantó la vista con sumo interés.

—Tienes buen ojo, pero *nuestro* trabajo radica en la exactitud de líneas y sombras. Necesitas utilizar mejores plumas y lápices... No puedo proporcionarte el equipo. Bueno, sospecho que has visitado todos los museos de la ciudad...

Penny asintió, desconcertada por su áspero tono. No era, desde luego, un buen comienzo.

—Si te acepto, no quiero que perdamos el tiempo: nada de irte a fiestecitas cuando se te antoje. Mi tiempo libre es sagrado y no atiendo a excusas. Las chicas de tu edad pueden mostrarse muy aplicadas un día y al siguiente todo lo contrario, en cuanto ven que las tareas se van volviendo más duras. No halago fácilmente, solo cuando la gente se lo merece —prosiguió con insólita brusquedad, aunque su mirada era cálida, según advirtió Penny—. Reconozco que has hecho un buen trabajo si querías impresionarme, pero tenemos que empezar de cero si quieres dedicarte en serio a la ilustración arqueológica. Una reputación se gana o se pierde por la forma en que un hallazgo ha quedado plasmado en la página en blanco. ¿Alguna vez has estado en un museo estratigráfico?

Penny la miró sin decir nada.

*Miss Bushnell* sonrió:

—Latín y griego. Significa capas y dibujo. Es allí donde se limpia cada nuevo descubrimiento, donde se separan, registran y dibujan desde todos los ángulos posibles, para luego ser almacenados para investigaciones y referencias futuras. Lo primero que debes hacer es leer las obras de John Pendlebury, y, por supuesto, de Arthur Evans sobre Cnosos.

—Mi padre fue a cenar a Oxford un día y entre los invitados estaba él. —Fue la entusiasta respuesta de Penny.

—No me interesa tu vida social —espetó *miss Bushnell*—. Vas a tener que leer todo lo relacionado con tus materias, y enterarte de las cosas que han tenido lugar en la Escuela Británica de Arqueología. Puedo conseguirte un pase para la biblioteca Penrose, pero antes te pondré algo de trabajo para nuestras horas lectivas, y luego me iré a una excavación. Tendrás que hacerlo todo mientras yo estoy fuera. Si lo realizas correctamente, te pondré algo más. Oh, y debes también hacer una visita al museo Estratigráfico para que veas bien cómo es. También querré que acudas a una excavación y aprendas cuál es el procedimiento de conservación de las reliquias. La primavera que viene volveré a Creta con los Pendlebury. Creo que eso te dará algo en lo que pensar de cara al futuro.

La primavera que viene. Penny tragó saliva: Evadne y ella estarían en casa para las Navidades, pero aun así asintió con la cabeza.

—Sería maravilloso, pero por supuesto tendré que consultarlo con mis padres.

—¿Por qué? ¿Qué edad tienes?

—Tendré dieciocho para entonces.

—Y no has trabajado un solo día de tu vida, me atrevería a decir... De donde yo vengo hay chicos de trece años que trabajan a jornada completa en los molinos. Dudo que tus padres vayan a poner alguna objeción a tus estudios, por más que se trate de un trabajo sucio. No creas que vas a mantener esas uñas y esas manos tal y como están, y tu piel se volverá correosa por culpa del sol —le advirtió, inspeccionando mientras tanto las suaves manos de Penny y sus uñas pintadas.

—No es eso, lo que pasa es que ya tienen planes para mí.

—No me digas que vas a ser una de esas debutantes con un penacho de plumas asomando por detrás de la cabeza, y que patearás toda Buck House para hacerle reverencias a un pastel... Si es así, mejor que lo dejemos aquí.

*Miss Bushnell* hizo ademán de volverse por donde había venido.

—No, por favor —rogó Penny—. Yo no quiero ser una de esas. Preferiría quedarme aquí. Me encanta Atenas. Mis antepasados son griegos. Papá lo entenderá. Le escribiré y le explicaré todo. Si supiera los deseos que tengo de hacer carrera y ser realmente útil en algo que me llene por dentro... Alguien me dijo en cierta ocasión: «Cuando encuentres algo que verdaderamente ames vuélcate en ello», y eso es precisamente lo que trato de hacer —prosiguió.

—Ni yo misma podría haberlo dicho mejor —replicó *miss Bushnell*, volviéndose

de nuevo hacia ella—. ¿No has recibido ninguna instrucción, entonces?

—Me temo que no —suspiró Penny—. Nadie cree que sea necesario para las chicas de mi condición. No podemos elegir a nuestros padres, ¿verdad? Proceden de un mundo muy distinto del nuestro, y esperan que seamos exactamente igual que ellos.

—Comprendo —contestó *miss* Bushnell, y su mirada se suavizó—. Perdóname por haberte culpado de algo sobre lo que no tienes ninguna responsabilidad. Pero a partir de ahora las cosas pueden cambiar, si te atreves a tomar el control sobre tu vida. Eso sí, no esperes milagros, lleva años entrenar la vista para *ver* realmente y saber interpretar lo que tienes ante los ojos. Necesitarás confianza, libros de referencia y paciencia hasta límites insospechados. —*Miss* Bushnell le ofreció una mano reseca—. Te veré la semana que viene, Penélope. Al menos tus padres te pusieron un muy apropiado nombre griego.

—Gracias, *miss* Bushnell, pero prefiero que me llame Penny.

—Entonces llámame Joan, o *kyria* Joanna —rio.

Mientras Penny la observaba perderse por el sendero, sintió en su interior el calor de una nueva esperanza. Con mujeres como Joan supervisando sus estudios, estaba convencida de que podría triunfar. No iba a decepcionarla.

Evadne apareció repentinamente en el huerto de limoneros:

—¡Por Dios, menuda intelectualita! —exclamó, en tanto ambas miraban a Joan descender los peldaños con su larga falda y su sombrero desmadejado.

—Oh, no digas eso —replicó Penny, sintiéndose extrañamente protectora hacia su nueva profesora—. Adora su trabajo. Voy a visitar la Escuela Británica de Arqueología y su biblioteca —se jactó.

—Es un poco hombruna. Espero que no sea una de esas... bueno, ya sabes.

Penny sospechó lo que su hermana intentaba insinuar.

—Lleva un anillo de compromiso. Y déjalo ya: me gusta mucho. La semana que viene volverá por aquí. Me ha dado una lista de cosas que voy a necesitar.

—Genial, te vas de tiendas, pero mejor tú que yo —sonrió Effy, irónica—. Espera a que le diga a mamá que tienes una tutora... Ven, vamos a tomar una copita.

—No, Effy. —Penny la aferró del brazo—. Preferiría que no les dijese nada, al menos todavía, hasta que pueda mostrarles algo. Será una sorpresa. No quiero que piensen que me estoy tomando esto a broma. De verdad, quiero que sea un secreto entre las dos. ¿Me lo prometes? —rogó.

—Como prefieras, pero no olvides que nos iremos a casa por Navidad, y que no tardarás en estar bastante ocupada con tus preparativos...

«No, ni por asomo», pensó Penny, aunque aquella sorprendente idea no le produjo ningún alivio. Si permanecía en Grecia se desataría el infierno y culparían a Effy por haberla tratado con tanta manga ancha. Pero, con todo, la semilla de la rebelión, que ya había sido plantada en su mente mucho tiempo atrás, estaba firmemente arraigada.

Era su primera visita a la Escuela Británica de Arqueología, pero nadie puso ninguna objeción a que Penny recorriese el lugar a solas, aunque le dieron órdenes estrictas de que no hablase con nadie y de que tomase el tranvía allí mismo. Evadne estaba jugando al *bridge* con sus amigos, pero lo había dispuesto todo para encontrarse con ella más tarde, en Costas, para cenar juntas.

El edificio era impresionante. Situado en lo más alto de las ondulaciones del monte Lycabettus, descollaba sobre la grandiosidad de los edificios que se recortaban en el horizonte de la gran ciudad. La casa del director era de estilo clásico, y se hallaba rodeada por immaculados jardines, huertos e incluso una pista de tenis.

Penny se abrió camino hasta el pabellón de estudiantes, emplazado en un lateral y construido en el mismo estilo, y allí vio a Joan, que la aguardaba en la biblioteca Penrose. Sus paredes parecían estar cubiertas por todos los libros sobre historia antigua conocidos por el hombre. ¿Cómo iba a devorar ella tanta sabiduría? Por un agónico instante quiso huir de allí, temerosa de que su ignorancia suscitase las carcajadas de todo el mundo. ¿Quién era ella para pretender unirse a aquellos estudiantes? ¿Qué sabía ella que fuera digno de conocerse? Pero los estudiantes se limitaron a levantar la vista y sonreír en señal de bienvenida, y enseguida volvieron a sumirse en el trabajo que les ocupaba.

Un rostro, sin embargo, siguió observándola con una sonrisa de oreja a oreja pintada en los labios:

—¡Que me aspen si no es la «cabra montesa»! Así que al final lo conseguiste... Estaba seguro de que sería así. Podía ver esa mirada de férrea determinación en tus ojos.

Bruce Jardine mantenía aquella adorable sonrisa mientras seguía mirándola, el doble de alto y de guapo de lo que Penny recordaba.

Todas las miradas se volvieron hacia ella, como si los estudiantes aguardasen de Penny alguna respuesta. La joven sintió que enrojecía hasta las orejas, pero Joan intervino en su defensa, sosteniendo un puñado de libros contra el pecho que había estado espigando de las estanterías.

—No hagas caso a nuestro amigo el Kiwi... Siempre se muestra encantadoramente malicioso con los nuevos. ¿Conoces a ese sinvergüenza?

—Nos conocimos en un baile en Escocia... Hizo una presentación...

—Me alegra saber que se toma en serio sus estudios. *Miss George* acaba de matricularse para unas clases particulares este trimestre, así que no me la distraigas. —Le ladró a Bruce—. Vamos, Penny.

Bruce se levantó de un salto:

—¿Qué tal tu familia, Penny? ¿Te apetecería jugar al tenis uno de estos días?

—Penny está aquí para trabajar, no para perder el tiempo en la pista.

—¡Negrera! —susurró Bruce, aunque de manera suficientemente audible, e incluso Joan rio mientras conducía a Penny pasillo adelante.

—De verdad que este muchacho es de lo que no hay. Tiene a todas las chicas

comiendo de su mano, babeando cada vez que se pone sus pantaloncitos y deja ver sus musculosos muslos, pero a mí me deja totalmente fría —dijo, mirándose su anillo—. Mi prometido ha regresado a casa y planeamos casarnos cuando yo termine aquí mi beca.

Llegaron a otra sala en la que destacaban una enorme chimenea de piedra y unos amplios sofás: también allí las paredes estaban cubiertas de libros encuadernados en piel.

—Aquí es donde venimos a descansar por las tardes —dijo Joan, señalando a un cenador en el que se vislumbraban unas escaleras que conducían a los dormitorios. Penny estaba haciendo el recorrido completo del pabellón de estudiantes.

El estrecho dormitorio de Joan era tan espartano como la celda de un monje. No había espacio suficiente para dar las lecciones. Todo el lugar tenía un aura de estudio académico, y Penny sintió que perdía su confianza al preguntarse si realmente encajaría allí. Pero su impresión era que los estudiantes también obtenían su cuota de diversión. Parecían muy animosos, aunque también algo mayores que ella: profesores, investigadores, graduados de ajustado presupuesto.

—Todo el mundo lleva a cabo su propio proyecto y excavaciones sobre las que escribir, hallazgos que clasificar y teorías que discutir. Solemos organizar eventos de entrada libre en los que puedes conocer hacia dónde apuntan las últimas excavaciones. Nuestro director tiene una la semana que viene. Luego solemos salir a cenar, aunque sea tarde, a algún lugar animado y barato. Creo que a ti te encantará esa parte de la vida estudiantil, pero mantente lejos de Jardine. Es como un Boy Scout solo que algo crecidito. Te hará correr por las montañas como si no fueran más que pequeños alcores. ¿Qué significa eso de «cabra montesa»?

—No es más que una broma. Me gusta perderme por las colinas de Escocia. Disfruto mucho una buena caminata. En la ciudad me pudro.

—La gente de dinero vive en un mundo totalmente diferente. Todo es como un juego para vosotros, ¿verdad? —espetó Joan—. No sé por qué te tomas la molestia de tener una carrera. No necesitas trabajar, ¿no es cierto? Jardine es exactamente igual. Ninguno de vosotros estáis hechos para sufrir los vaivenes y altibajos de la vida. —Joan aspiró de su cigarro con aire malhumorado, mirando por la ventana—. No tenéis ni idea de lo duro que es para la gente corriente perseguir un sueño.

—Y tú no tienes ni idea de cuántas mentiras y pretextos he tenido que inventar solo para poder sentarme en este hermoso edificio y ver desde dentro un mundo al que nunca podré pertenecer —replicó Penny, abarcando con un ademán de los brazos los libros y retratos que cubrían la sala—. No somos tan diferentes. Por lo menos tú has recibido una buena educación y tienes un mundo al que regresar, mientras que yo dependo de los caprichos de mi familia. No soy capaz siquiera de valerme por mí misma. Para mí no hay otro futuro que el que pueda brindarme un buen matrimonio y una jaula de oro en la que vivir encerrada para siempre.

Penny sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos, y se dejó caer de pura

desesperación.

—Tranquilízate, no pretendía hurgar en ninguna herida —susurró Joan, colocando una suave mano sobre el hombro de Penny—. Lo siento mucho... Venga, sigamos recorriendo el edificio y vayamos después a la ciudad. Será mejor si hacemos nuestro trabajo en la villa, en privado. Vas a tener que endurecerte un poco, eso sí, ¿lo sabes?, si quieres vivir junto a nosotros en el mundo real, jovencita.

Penny trató de devolverle la sonrisa. Joan intentaba ser amable, pero lo que no entendía era el motivo por el que Penny envidiaba su vida, su libertad, sus conocimientos. Decidió no malgastar ni un minuto de aquella maravillosa oportunidad. Era lo que siempre había esperado, y sabía que difícilmente se le brindaría una posibilidad semejante en el futuro.

Las lecciones de Joan se convirtieron para Penny en el mejor momento del día. Effy sentía unos celos cada vez mayores al ver que su hermana pasaba las horas estudiando en vez de acompañarla a la playa o salir de compras con ella. Penny aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban y a menudo se hallaba en compañía de otros estudiantes, bebiendo café entre volutas de humo azul, haciendo girar una copa de anís y *meze*, arreglando el mundo, planeando cómo conseguir fondos para nuevas excavaciones, estudiando para sacar adelante sus exámenes en un mundo cada vez más desestabilizado... Todo el mundo pedía prestados periódicos ingleses para saber cómo marchaban los intentos de *Herr* Hitler y *Mr.* Chamberlain por alcanzar un acuerdo. Se hablaba de treguas, se hablaba del auge del fascismo... Penny recordó la violencia que había visto en las calles, a manos de aquellos tipos de camisas negras que blandían amenazadores carteles. ¿Y si aquellos ánimos exaltados comenzaban a propagarse? No tardó Penny en interesarse en los debates y en leer aquellos periódicos sobados y desgastados para conocer por sí misma tales noticias. Observaba a los graduados, a los profesores que habían sido trasladados allí, a los conferenciantes. ¿Qué sería de ellos si estallaba la guerra?

Bruce le propuso jugar al tenis para poder hacer dos parejas, acompañarla a casa para saludar a Walter y Evadne, pero las palabras de Joan seguían vibrando en sus oídos. Era demasiado mayor para ella, y sabía mucho más que Penny del mundo. Ahora se sentía intimidada en presencia de Bruce, nerviosa y demasiado insegura. Era un joven de piel atezada, y más rudo de lo que le recordaba, con aquellos rasgos angulosos y poco menos que pétreos. En los cafés se emborrachaba a menudo y hablaba en voz alta, y siempre se mostraba dispuesto a discutir y hacer chistes que Penny no comprendía. Después desaparecía en alguna montaña del Peloponeso, en alguna remota excavación, dejándola a solas con el deseo de poder unirse a los demás estudiantes en sus prospecciones, por más que Evadne no quisiera ni oír hablar de ello.

—Mira, las cosas son como son, y pronto tendrás que irte a casa. Debemos hacer planes, pero por otro lado no me gusta nada la idea de perderme el baile de Navidad en la legación. Tenemos que buscarte algo decente para que lo lleves ahí...

No tardó Evadne en sumirse en el inevitable monólogo sobre modas y ropa, y por suerte para Penny se dejó de lado el espinoso tema de su regreso. Pero Penny era demasiado consciente de que vivía en una especie de tiempo prestado.

Evadne nunca se estaba quieta: siempre estaba comprando, visitando a sus amigos o preparándose para recibirlos. Penny reparó en que, a medida que se acercaba la fecha en que el bebé de su hermana debía haber nacido, Effy se iba mostrando todavía más inquieta y suspicaz. Penny se estaba quedando allí más de lo debido, pero la idea de volver a casa se había vuelto ya insoportable. Ahora comprendía que la sensata demanda de Joan para que abandonase de una vez la sociedad de sus padres iba a ser un jarro de agua fría en los planes que su madre albergaba para ella en la temporada siguiente. A veces las palabras de Joan eran ciertamente desafiantes —«¿Por quién hace realmente todo esto, por ella o por ti?»—, pero a Penny le encantaba ver que era a ella a quien defendía con tanta pasión. A su madre le hubiera horrorizado el acento de Joan, pero se habría quedado muda de tener que enfrentarse a esa manera tan directa que tenía la profesora de decir las cosas. Se empezaba a convertir Joan en una verdadera amiga para Penny, de la que esta tenía además mucho que aprender: aprendía de ella cómo interpretar las esculturas y el arte, cómo estudiar los libros de texto y escribir detallados informes, cómo vivir con lo puesto, buscando las cosas más baratas en tiendas y mercados. La vida no era un lugar tan vacío cuando Joan estaba a su lado.

Penny se encaró a Evadne y le preguntó por qué tenía que ser presentada en sociedad, pero Evadne despachó sus argumentos con un gesto de la mano:

—Si yo he tenido que soportarlo también tendrás que hacerlo tú. No es algo tan malo, y de hecho eso fue lo que me permitió casarme con Walter y alejarme de las garras de mamá. Tendrás que poner buena cara y aguantarlo.

Sin embargo, tampoco Evadne parecía tener prisa por marcharse; le aguardaban muchas fiestas y eventos sociales durante las fiestas navideñas.

En uno de esos encuentros, en la iglesia anglicana de San Pablo, Penny sintió una repentina rigidez en la garganta, un dolor de cabeza cegador, y entonces la sala comenzó a dar vueltas. Para cuando la llevaron a casa y la metieron en la cama, comprobó que apenas tenía fuerzas para levantar la cabeza de la almohada. En cuestión de horas Walter se hallaba postrado en el otro dormitorio, y poco después Evadne solo podía caminar a cuatro patas, sintiéndose terriblemente enferma. Los tres habían contraído la gripe y no estaban en condiciones de viajar a ninguna parte. Las Navidades fueron canceladas.

Echados como estaban en sus camas, tan enfermos que deseaban morir, Joan llegó con algunas provisiones, y Calíope les preparó zumos de frutas para que recuperasen las fuerzas. Ninguno de sus amigos, que solo estaban para los buenos momentos, se atrevieron a poner un pie en la casa por temor a caer contagiados también ellos, aunque Bruce, que estaba en el norte, le envió a Penny unas flores y una tarjeta en la que le prometía llevarla a la Salutación del Agua en Año Nuevo. Aquella inesperada

sorprea contribuyó notablemente a su mejoría. Esperaba con ansia ese encuentro, esa nueva oportunidad de verse en compañía de Bruce. ¿Sería posible que le importase, al menos un poquito?

Recibieron entonces, procedente de Inglaterra, un furioso telegrama que solo hablaba de cómo las dos jóvenes habían arruinado los planes sociales de su madre y de la premura con la que Penny debía regresar a casa, ya fuera en avión o en barco. Tenía que ir a Londres a probarse un sinfín de vestidos para su presentación en sociedad o de lo contrario asistiría a su propia fiesta envuelta en el recargado organdí del año anterior.

Penny ni siquiera tenía fuerzas para responder, y aún menos para que aquello le preocupase lo más mínimo. Por una vez en su vida iba a ignorar las admoniciones procedentes de Stokencourt. ¿Para qué iba a volver a casa, cuando allí la aguardaban tantas y tan prometedoras cosas? Si al menos se hubiera sentido un poco mejor... Era aburridísimo estar tan enferma y débil, sin ganas de nada salvo de dormir.

Si Penny sentía las rodillas temblorosas y que los miembros le vacilaban al ver la hormigueante multitud que se congregaba en el viejo puerto del Pireo, estaba resuelta a no mostrarlo. Era la primera vez que salía después de caer en las garras de la gripe, y todavía se sentía como drenada por dentro; tanto era así, que las articulaciones aún le dolían y la cabeza no paraba de darle vueltas. En algún lugar de su mente sentía el temor de que su tiempo en Atenas estuviera tocando a su fin, y no quería perder un solo minuto por nada en el mundo. Empezaba a acostumbrarse a ocupar su tiempo de la manera en que ella decidía hacerlo, no de la forma en que se esperaba que lo hiciera. ¿Cómo iba a regresar a esa camisa de fuerza que era la vida en Stokencourt?

Y, además, estaba el delicado asunto de Bruce Jardine. Había ido a casa para ver cómo evolucionaban los enfermos, y consiguió camelarse a Calíope para que le brindasen un lugar en la cena. A Walter y Evadne les encantó su compañía. Hablaron sin prestar atención a Penny, enfrascados como estaban en noticias familiares. ¿Por qué la hacía sentir tan torpe, tan tonta, como si todavía fuera una colegiala? Le recordó Bruce entonces que seguía en pie su invitación para ir con él y sus amigos a la Salutación del Agua, y Effy se sintió más que encantada de darle permiso. De modo que ahora Penny aguardaba en el puerto, sintiéndose cada vez más débil y con un aspecto bastante distinto del que solía tener, perdida entre la hueste de curiosos.

—Vigila tu bolso, pónitelo debajo del brazo, hay ladrones por todas partes en medio de esta melé de *rugby* —gritó Bruce, tomándola de la mano como si fuera una niña. Bruce la condujo entre la multitud igual que si se tratase de su hermanita pequeña, insegura al principio, cuando no tenía tan claro dónde se encontraba, pero extrañamente irritada al cabo de un rato. Le vio flirtear con las otras estudiantes, bromeando y haciendo constantes chistes, pero con ella se mostraba irremediabilmente correcto y educado, dueño de un exquisito tacto. ¿Era porque



sabía de dónde procedía? ¿Acaso Walter había tenido unas palabras con él? ¿Podía ser Bruce su nueva carabina, su protector contra molestos intrusos? ¡Oh, qué degradante!

La multitud de atenienses se congregaba en cada posible ranura o rincón, y cuando no, se subían a las farolas para poder ver al arzobispo en sus vestiduras de oro mientras, en el clímax de la ceremonia, levantaba su enorme crucifijo sobre la dársena del puerto al tiempo que el gentío se santiguaba devotamente. Se escucharon los cánticos soterrados de aquella masa humana, momento que el arzobispo aprovechó para lanzar su precioso crucifijo de plata al agua. Un desmadejado grupo de muchachos y jóvenes de pecho desnudo se zambulleron en las gélidas aguas para recuperarlo. La multitud gritó y silbó de alegría al ver que un brazo asomaba en la superficie, «Como Excalibur al emerger en el lago», pensó Penny. El afortunado nadador salió del agua para recibir la bendición especial del sacerdote, que otorgaría al joven una inacabable buena fortuna durante aquel año de 1938.

—Limpiar el agua de malos espíritus es una ceremonia muy antigua, probablemente de origen pagano —susurró Joan. Era un alivio sentir cerca su compañía. Estaba intentando sacar algunas fotos con su cámara—. ¿Has visto lo supersticiosos que son aquí?

Joan no acudió a la iglesia de San Pablo. No tenía el menor interés por la religión organizada. Aquello desconcertó a Penny, que siempre había ido a la iglesia de San Marcos, en el pueblo de Gloucestershire. Era lo que uno debía hacer para mostrar su apoyo al pueblo, para dar ejemplo, pero cuanto más se mezclaba con la multitud de la metrópolis ateniense, más cuenta se daba de que la gente no respetaba el descanso del domingo, por ejemplo, sino que en su lugar acudía al café con el periódico enrollado bajo el brazo, comía bajo las moreras en pequeñas placitas, bebía y bailaba hasta la madrugada, mientras que ella tenía que estar de vuelta en Villa Artemisa antes de las once. Órdenes de Walter.

Los festejos de la Salutación duraron todo el día, y hubo bailes y cánticos en los restaurantes de la ciudad, acompañados de música *bouzouki*. Más tarde Penny oyó el sonido de las armas descargando por toda la ciudad, aunque no eran armas de guerra sino de júbilo y celebración, y siguió oyéndolas a medida que la fiesta seguía discurriendo por todo lo alto en cada avenida y cada calle.

Penny hubiera querido que aquel día no terminase nunca, por más exhausta que se sintiera. El plan era ir al café Zonar y después a un club nocturno para reunirse allí con el grupo de siempre.

Alexis, un robusto americano de origen griego, que llevaba varios meses de periplo sabático, presentó a una joven llamada Nikki, cuyo aspecto al estrechar manos por encima de la mesa resultaba tan glamuroso como el de una estrella de cine. Su inglés podía ser mediocre, por decirlo suavemente, pero su efecto sobre los hombres era tan inmediato como devastador. Al verla, todos ellos irguieron la espalda, se alisaron el pelo con la palma de la mano y trataron de sentarse a su lado.

Era como si aquella joven exudase un secreto pero hipnótico perfume en el aire.

No era exactamente bonita, pero tenía los ojos negros, del mismo color del cabello que se derramaba en densas ondas hasta la cintura, y había algo en la forma en que se movía y comportaba, en el modo en que se deslizaba por la pista de baile aferrada cada vez a un hombre distinto, que hacía que todas las miradas se volvieran a ella. Penny sintió en el pecho la puñalada de los celos cuando vio que Bruce respondía con su habitual encanto y que aquello creaba un efecto embriagador en la joven.

—¿Quién es esa? —preguntó Joan, sintiendo, como todos, aquel evidente cambio en la atmósfera—. Es toda una Mata Hari. Y tiene unos rasgos ciertamente exóticos... como de italiana, o turca. Pero mira a todos esos patanes, que van detrás de ella con la lengua fuera —rio—. Con ese cuerpo, me extraña que no sea bailarina.

—Es griega, y de buena familia. Si a alguno de los chicos se le ocurre pasarse de la raya van a tener problemas con sus tíos. Su familia tiene mucho poder en esta ciudad —musitó Sally, una de las estudiantes que ayudaban a Penny en sus trabajos estratigráficos—. Pensaba que tenían por regla no permitir que las chicas saliesen solas, así que deben de ser bastante modernos...

A Penny le daba igual quién era esa chica, lo único que deseaba era volver a casa, pero también sentía curiosidad por aquel ángel oscuro que iluminaba la sala. Intentó sentarse más cerca de ella, pero su camino se vio bloqueado por Bruce y los otros muchachos.

—Como polillas alrededor de la llama —observó Joan.

De pronto, Penny se sentía torpe, y lo que era peor, abandonada entre tanta multitud. Los esfuerzos del primer día le estaban pasando factura, y ya era hora de regresar a casa, pero no le apetecía nada caminar sola por todas esas calles desiertas. Había esperado que Bruce la acompañase a casa. Pero esa opción, ahora, resultaba cualquier cosa excepto viable.

—Me tengo que ir —anunció en voz alta. Nadie pareció reparar en ella ni siquiera cuando se incorporó para irse, y tuvo que limitarse a recoger su bolso y su orgullo. Bruce seguía inmerso en su conversación con Nikki, y uno de los oficiales de la legación trataba de meterse en medio.

—Ya he tenido bastante por hoy. Me iré contigo. No quiero que Evadne se ponga de los nervios. Contigo se comporta como una madre con sus polluelos —se ofreció Joan, levantándose para irse con Penny.

Penny no podía esperar ni un minuto más. Se sentía enferma y furiosa de que todo el mundo hubiera pasado por alto su marcha. ¿Acaso era invisible?

Ambas caminaron en el balsámico aire nocturno, guardando silencio. Joan, sin embargo, veía claramente el sufrimiento de Penny.

—Perdona si te digo esto, pero... este no es el mercado de ganado al que te tienen acostumbrada. Para estos chicos nada hay tan importante como avanzar en sus carreras o ganar algo de experiencia que les pueda ser útil, y, como quien dice, están

guardando la mies para cuando arrecie la lluvia. Se incorporarán al ejército antes de que termine el año, si las cosas siguen como hasta ahora. No les echés en cara que quieran divertirse. A ti te sobrará el tiempo para poder hacerlo...

Joan siguió hablando, pero Penny ya no escuchaba.

«No tengo todo el tiempo del mundo», pensó. «No me entiendes. Pronto tendré que volver a casa, ¿y entonces qué?».

Para cuando llegaron a las puertas de la villa, se sentía exhausta, y tenía un enorme peso en el corazón. Todo era culpa de Bruce Jardine. Si al menos la mirase como miraba a esa tal Nikki...

Mientras yacía dando vueltas en la oscuridad, Penny comprendió que habían sido casualidades de la vida lo que había permitido que prolongase su estancia en Atenas: un aborto y un brote de gripe. A causa de tan inesperados sucesos, había podido eludir su regreso. Pero no por mucho tiempo. Evadne estaba organizando el viaje de vuelta. Penny retornaría a tiempo de empezar la temporada y de ponerse al corriente en los asuntos de la familia. Partirían en febrero, justo cuando comenzaba la primavera, mientras los estudiantes zarparían rumbo a Creta, una isla de espectacular belleza, según Joan. ¿Cómo iba a dejar todos esos planes atrás? Sus estudios, las lecciones de Joan, pero, por encima de todo, su libertad. No podía depender de la nieve o las tormentas para cancelar su viaje de vuelta a casa. Si iba a hacer lo impensable, debía de asumir por sí sola la responsabilidad de las tempestades que se avecinaban.

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a venir conmigo? —Evadne casi se atragantó con su sopa de pasta.

Estaban sentados en el salón cuando Penny anunció sus intenciones con la voz ronca.

—Que no voy a volver. Quiero quedarme en Atenas y proseguir mis estudios.

—No seas pesada, está todo hecho. Nos vamos en dos semanas.

Arrancó un pedazo al pan.

—Pues entonces habrá que deshacerlo. Puedo quedarme aquí con Walter hasta que consiga algo por mi cuenta —prosiguió Penny, viendo que había conseguido atraer toda la atención de su hermana.

—Oh, no, nada de eso. No puedo quedarme aquí con una chica soltera. Tan pronto como Evadne se vaya también lo harás tú, y no hay más que hablar. —Saltó Walter—. No es apropiado.

—¿A quién le importa qué es apropiado? Quiero ser una estudiante, no una debutante.

—¿Y cómo piensas hacerlo si no tienes ingresos? ¿Vas a vivir del aire? —Walter atacó furiosamente su sopa con la cuchara—. Si no has ganado un penique en toda tu vida...

—Lo sé, ¿no es terrible, con la edad que tengo? Pero ya veré la manera de conseguirlo... No me voy y ya está.

—Ya veremos. Voy a telegrafiar a mamá ahora mismo. Insistirá en que regreses. No te hemos traído aquí para turbar la tranquilidad y el buen nombre de nuestra familia. Tienes que hacer lo que se espera de ti. No nos deshonres —le pidió Evadne—. No quiero pelearme contigo. Pensaba que ya eras lo bastante adulta como para entender cuándo hay que dejar atrás ciertas cosas.

—Siento decepcionarte, Effy, ¿pero es una deshonra que quiera vivir de lo que gane, que ejercite mi cerebro y sea útil, y no un simple ornamento? —Penny odiaba enfadar a su hermana, pero tenía que hacerle entender cómo se sentía realmente.

—Así que no soy más que un ornamento, que no valgo para nada... ¿Es eso lo que piensas después de todo lo que hemos hecho por ti, desagradecida señorita? —Evadne rompió a llorar—. ¿Pero qué te ha dado? Debe de haber sido la gripe. He oído que puede afectar al cerebro. No estás pensando con claridad, Penny. Te hemos dado toda la libertad que querías y ahora nos la tiras a la cara. ¿Cómo voy a regresar a casa sin ti?

—¿Pero es que no ves que estoy tratando de comportarme como un adulto? Viniste sola aquí, y he sido útil desde... —dudó, porque no quería seguir haciendo daño a su hermana—... desde que estuviste enferma. No pretendía quedarme tanto tiempo, pero así es como han ido las cosas. Y ahora lo único que puedo decir es que me encanta estar aquí. Es el lugar al que pertenezco, y he hecho amigos. ¿Cómo es posible que no seas capaz de verlo?

—Es ese Bruce Jardine, él está detrás de todo esto. Te ha llenado la cabeza con sus tonterías.

Walter volvió a arremeter con la cuchara en el plato, como si esa fuera la única manera que le quedaba para llamarla al orden.

Penny sintió que sus mejillas enrojecían.

—No, él no tiene nada que ver —replicó, pero aquello no sirvió para convencer a su cuñado y su hermana.

—Mira, comprendo que te sientas atraída por él —intervino Evadne, que creía percibir una grieta en la resolución de Penny—. Oh, hermanita, eso es normal a tu edad. Has vivido protegida toda tu vida. Y él es el primer muchacho que muestra cierto interés en ti, pero es un aventurero y no parece que vaya a sentar la cabeza con nadie en mucho tiempo, y de hacerlo será por lo menos con una condesa. Ya conozco a esos tipos: guapos, con aire atlético y cierta malicia masculina; la clase de hombre que te rompe el corazón. No lo tires todo por la borda, babeando detrás de alguien que nunca será tuyo.

Penny sacudió la cabeza:

—No entendéis nada. A Bruce no le importo lo más mínimo. —De alguna manera, decirlo en voz alta de pronto hizo aquella afirmación más real, más auténtica, y dolía—. Si me quedo es porque es aquí donde quiero estar, no pavoneándome por

algún estirado salón de Londres.

—Ya veremos —dijo la pareja al unísono, cambiando una mirada—. No estás en posición de discutir más —agregó Evadne—. Al menos déjanos terminar la cena en paz.

El ambiente en la villa se hizo cada vez más tirante en los días en que Evadne avanzaba en los preparativos para la partida y Penny se negaba a transigir con los deseos de su familia. Pasó todo el tiempo que pudo en el pabellón de estudiantes, leyendo, dibujando, tratando de ser útil en las necesidades del museo, lavando piezas de barro, cualquier cosa que la mantuviera ocupada y le impidiese pensar en lo que iba a ocurrir. No le habló a nadie acerca de su inminente marcha de Atenas, en especial a Joan, porque temía que aquello lo hiciera realidad. Cada mañana ocultaba algunas prendas y efectos personales en una bolsa de la compra y se lo llevaba consigo a la taquilla privada que tenía en el pabellón. Llegó a pedirle a Calíope que le lavase algo de ropa para el viaje y ella misma la iba retirando del tendedero, poco a poco, para meterla en la bolsa que utilizaba y llevársela junto con su material de dibujo a la escuela. Cada día desviaba allí alguna de las pertenencias que podía necesitar en el futuro: sus papeles, su agenda de direcciones... Era una locura, pero debía escapar antes de que fuera demasiado tarde. La noche anterior al día señalado para su partida fingió estar enfrascada en sus preparativos y aseguró que quería acostarse temprano, aprovechando que Walter y Evadne habían planeado una visita a la ciudad para cenar juntos por última vez en Atenas: añadió que por fin había recuperado el buen juicio.

Tan pronto como ambos se marcharon, Penny se sentó y escribió una carta a sus padres:

*Por favor, no culpéis a Evadne de mi decisión de quedarme en Atenas. No ha tenido ninguna participación en mis actos ni sabía nada de mis planes. Sé que os he decepcionado, pero quiero que os sintáis orgullosos de mí de otra manera.*

*Papá, tus antepasados fueron unos humildes mercaderes que, por medio del trabajo duro y la buena suerte, y, tal vez, un poco de astucia, hicieron su fortuna en esta misma ciudad. Siento que tengo mis raíces en Grecia. He aprendido bastante bien el idioma. Mi profesora de arqueología dice que tengo el ojo y la aptitud para conseguir lo que me proponga, y que no debo depender de mis contactos en las altas esferas.*

*Por favor, perdonad mi desobediencia a vuestros deseos: solo tenemos una vida y yo quiero vivirla a mi manera.*

*No estoy cogiendo el camino más fácil. Puede que viva sin un penique por primera vez en mi vida, pero en lo más hondo de mi corazón sé que este es el*

*único camino que puedo tomar, me lleve a donde me lleve.*

*Seguiré siendo la hija que tanto os quiere aunque me rechacéis y no queráis saber nada más de mí después de este acto que sin duda consideraréis una horrible traición. Tratad de entender mi decisión.*

*Siempre vuestra amantísima aunque desobediente hija,*

*Penélope Angélica Georgiou*

Aquel mismo día, Penny dejó una nota para Evadne, cogió su bolso de tela y una maleta y se dirigió a la Escuela Británica, donde dejó sus pertenencias con el conserje. Aún había algo de claridad cuando emprendió sus pasos por primera vez hacia el elevado monte del Lycabettus, en dirección a la capilla de San Jorge que se hallaba en su cima. Era un ascenso lento y largo, y cada paso la distanciaba más y más de su hogar y su familia. A mitad de camino se detuvo, presa del pánico, consciente de que debía regresar y decir adiós a Evadne y Walter, que sin duda se sentirían terriblemente confusos, enfadados y asustados por su marcha. Había estado más unida que nunca a su hermana durante los últimos meses, y echaría de menos su compañía. Pero el único rumbo que podía tomar era hacia delante, entre nubes de insectos, a través de los arbustos de tomillo y hierbabuena que le salían al paso, un poco más cerca cada vez de la pequeña capilla blanca. Una vez allí contempló el lugar con una especie de temor reverencioso, y observó cómo el sol se ponía lentamente sobre la vida que hasta entonces había conocido. La paleta de colores del cielo, a medida que el sol se posaba en el oeste, se hallaba entreverada por rayas de tonos lavanda, ocre, rosa y melocotón. Aquella visión tan hermosa le hizo derramar lágrimas de alivio y fascinación. ¿Cómo iba siquiera a pensar en dejar atrás un lugar tan bello?

Encontró una esquina tranquila donde sentarse y observar cómo las farolas de la ciudad se iban encendiendo a medida que la tarde dejaba paso a la noche.

A primeras horas de la mañana, llegó al dormitorio de Joan, despeinada y exhausta, tras haber pasado toda la noche sentada en la capilla, consciente de que ya no había vuelta atrás.

—Por el amor de Dios, ¿dónde has estado? No han parado de buscarte. Sinceramente, Penélope, tenía mejor concepto de ti. Tu hermana está muy preocupada. No puedes largarte y dejar a la gente así, sin más —la reprendió. Entonces, reparando en la figura encorvada de Penny, en su expresión de fatiga y miedo, se calmó—: Supongo que no habrás comido nada. Venga, cogeremos algo en la cocina. Mejor será que le des una buena explicación a Bruce, ya que estás aquí. Walter se le presentó en la puerta, convencido de que te habías fugado con él y que habíais ido a las montañas.

Penny se sentó en el borde de la cama de Joan:

—¿Se han ido ya? —preguntó, ansiosa.

—No lo sé. No es asunto mío, al menos no lo era. ¿En qué estabas pensando para vagar así por las calles? Te podrían haber robado, o algo peor. Hay gente muy peligrosa rondando por Atenas últimamente...

—Ascendí el monte Lycabettus para ver la ciudad desde lo alto y ya me quedé ahí hasta que amaneció. La aurora fue tan hermosa... Necesitaba pensar bien qué hacer. Y no voy a volver —dijo, llorando.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —preguntó Joan suavemente.

—Fuiste tú —replicó Penny, mirándola desde unos ojos bañados en lágrimas—. Me dijiste que mi existencia no valía la pena si no trabajaba y me ganaba mi propio sustento.

Joan levantó las manos, en señal de protesta:

—¡Espera! Yo nunca dije eso. No tires la pelota a mi tejado. Puede que te hubiera querido hacer ver el contraste entre tu situación y la de otros menos afortunados. Pero uno no da la espalda así como así a su familia, y menos después de lo que han hecho por ti. Sobre todo tu hermana.

—Si regreso a Inglaterra estoy acabada. Nunca me dejarán volver.

—¿Y tú qué sabes? No seas tan dramática. Tendrás que dar la cara y defender tu decisión. Huir no resuelve nada. —Joan se sentó junto a Penny—. Verás, a mi modo de ver, esto lo único que les demostraría es que sigues siendo una chiquilla que no puede enfrentarse a la decepción y a la ira que tus padres tienen que estar sintiendo. Han confiado en ti y te han dejado venir, y con tu conducta los has decepcionado.

Penny se incorporó bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Pero tú de qué lado estás?

—Del tuyo, por supuesto, pero si piensas dar este paso, hazlo apropiadamente y no vayas por ahí quemando todos tus puentes. La familia es importante, lo mejor es que busques un punto intermedio...

—Les he escrito una carta explicándoles mi decisión. No voy a volver.

—Entonces pídeles que confíen en tu decisión, pídeles que vengan a verte y que vean los pasos que estás dando para conseguir cuanto desees. Y será mejor que también te disculpes con Bruce por ponerle en una situación tan difícil.

—Esto no tiene nada que ver con él. —Saltó Penny.

—¿Ah, no? Bueno, yo pienso que él le añade un poco de atractivo a la ciudad. No estoy ciega, le sigues a todas partes como un cachorrito enamorado.

—Yo no... ¡Oh, cállate, Joan!

—No seas tan susceptible. Lo único que intento es ser razonable contigo. Venga, te haré el desayuno; veremos si podemos reparar alguno de los puentes que has quemado.

Más tarde, Penny encontró a Bruce lanzando algunas bolas sobre la red de la pista de tenis. Rio al verla curioseando por la alambrada:

—Así que por fin regresó el hijo pródigo —dijo, golpeando otra bola desde el fondo de la pista—. Menuda la que has montado. Media legación británica te ha estado buscando.

—Lamento que te vieses mezclado en esto, pero no tenían por qué ponerse así. Simplemente necesitaba pensar bien las cosas. Ahora me siento como una idiota.

—Walter parecía pensar que te había llevado a mi caverna —rio Bruce, pero en sus ojos se veía la preocupación—. Como si fuera a hacerlo, vamos. Eres una muchachita muy dulce, pero no busco ninguna relación romántica, y menos con la guerra en el horizonte. Regresaré a Inglaterra mientras pueda, terminaré mis estudios y luego me alistaré. Aquí lo vamos a tener muy complicado si las cosas se ponen feas, así que disfruta de tu estancia tanto como dure. El equipo de John Pendlebury zarpará muy pronto rumbo a Creta. Ven, vamos a tomar un café. Me figuro que te habrás pasado toda la noche en vela. No quiero que te dé algo.

La llevó a un lugar perfecto, una terraza bajo una morera en el pueblo de Kifissia. Penny se sentía exhausta pero aliviada de que Bruce todavía le hablase tras haberle dado calabazas, aunque fuera de manera indirecta. Se sentaron allí y compartieron una rebanada de pegajosa *baklava*. Penny se esforzaba de tal manera en que el sirope no le llenase los labios que Bruce no podía por menos de estallar en carcajadas. Entonces la miró directamente a la cara, clavando en ella aquellos penetrantes ojos oscuros.

—Mira, si estás decidida a quedarte aquí, tendrás que trabajar muy duro. Joan hará que estés a la altura. No estoy seguro de si todavía te darán permiso para acudir a alguna de las excavaciones, pero intenta aprenderte las montañas mientras estés aquí y mantente en forma, da largos paseos y haz alguna que otra escalada. La arqueología no es para vagos. ¿Conoces a Mercy Coutts, y a su amiga Marion Blake? Son increíbles en lo suyo. Mercy es tan ágil que incluso puede dejar atrás a John en sus paseos por la montaña. Pídeles consejo y te aseguro que no te arrepentirás.

—¿No me vas a impedir que lo haga? —preguntó Penny.

—¿Por qué iba a impedirte? Lo que hagas es cosa tuya. Estás siguiendo tus propios sueños, así que bien por ti. Lo único que espero es que tengamos todavía un tiempo de paz lo bastante largo como para que la escuela pueda seguir haciendo lo que mejor sabe hacer. No te imaginas cuánto odiaría que le ocurriese algo al trabajo que hemos hecho en nuestras excavaciones de Egipto y Grecia.

Sentados allí, a la sombra de la morera, miraban a los paseantes como cualquier otra pareja que simplemente había hecho en la terraza un pequeño descanso, pero Penny sabía que, en lo que a él respectaba, aquella jovencita que se sentaba a su lado no era más que un incordio, una chiquilla que se comportaba como la mayoría de niñas confusas a su edad. Bruce le había brindado su amistad y ella le había decepcionado, y ahora también él, a su manera educada, la estaba decepcionando a ella. Quería seguir su propio destino y Penny no formaba parte de él.

De pronto se sintió vacía y abatida, especialmente con las acusaciones de Joan



todavía resonando en sus oídos. Era cierto que ningún hombre antes que Bruce había excitado su imaginación e interés como lo hacía él, pero solo ahora se daba cuenta de que aquello no era más que una estúpida fantasía infantil. Bruce era un tipo seguro de sí mismo y bastante guapo, aunque de una forma algo tosca. Penny se había imaginado que era especial para él, pero ni lo era ni lo iba a ser jamás. Él había hecho estallar esa burbuja y ahora ella debía ocultar su desencanto. ¿Cómo era posible que algo pudiera terminar si en realidad nunca había empezado?

Mejor aprovechar al máximo aquel momento a solas con él, conservarlo en su memoria y recordarlo en algún lluvioso día del futuro, pensó suspirando, mientras metía por última vez la cucharilla en su pastel.

Solo una cosa importaba, y era la carrera que había escogido; la posibilidad de hacer algo de interés y resultar útil para el resto. Aprovecharía todas las oportunidades que se le brindasen y demostraría a su familia que Penny George estaba hecha para triunfar.

Penny se armó de valor para enfrentarse a un doloroso reencuentro con Evadne y una reprimenda de Walter, pero ninguno estaba en casa cuando ella volvió. Calíope le dijo que se habían marchado, tal y como tenían planeado, y luego le cerró la puerta en la cara. Ahora llevaba el estigma de la deshonra, y tendría que valerse por sí misma.

Curiosamente, las siguientes semanas estuvieron repletas de despedidas. Todo el mundo se marchó a las colinas, o zarpó a Creta, o regresó a casa para las vacaciones. Joan se marchó a Inglaterra y Penny encontró alojamiento en el hogar de *miss* Margery McDade, una profesora retirada que enseñaba música y en ocasiones ayudaba a limpiar y catalogar reliquias en la sala estratigráfica.

La expedición Pendlebury no necesitó sus servicios, así que tuvo que volver a limpiar la suciedad de las reliquias que habían extraído en las últimas excavaciones, practicar su mano con el dibujo y tratar de recordar todas las cosas que Joan le había metido machaconamente en la cabeza. El dinero era escaso, así que no podía sino agradecer los trucos que Joan le había enseñado para mantenerse a flote, aunque tuvo que vender su collar de perlas para poder seguir pagando su estancia en Atenas.

A principios de junio la ciudad se convirtió en un lugar abrasador, y fue un verdadero alivio reencontrarse con la frescura de los espumosos bosques del monte Lycabettus, adonde acudía con tanta frecuencia como le era posible. Visitó algunos emplazamientos, con Margery como guía, a la manera de cualquier turista: primero fueron los bosques sagrados de Delphi, al norte de Atenas, siguiendo los pasos de los peregrinos que miles de años atrás habían marchado allí para escuchar las profecías del Oráculo. Luego visitaron el templo de Apolo, situado en las colinas del Peloponeso y construido dos mil años atrás; siguieron después los serpenteantes y escarpados senderos que descendían a la costa de Mani, para seguir camino hacia la antigua ciudad de Micenas, donde la Escuela Británica estaba realizando algunas

excavaciones. Fue el turno de Penny para enseñar a Margery lo que sabía de aquel lugar. Las invitaciones a fiestas de los amigos de Walter habían dejado de llegar, y remitieron del todo cuando conocieron su deshonra. Estaba destinada a valerse por sí misma, pero aquello no le desagradaba lo más mínimo. Siempre encontraba un nuevo libro que leer, un museo que visitar, y montones de horas para reflexionar; si bien, pese a toda aquella libertad recién ganada, la vida, cuando pendía de un hilo, no era fácil de sobrellevar. Tenía que dar gracias a que no faltaba gente que deseaba aprender inglés, ni comida barata en los mercados. Margery era una experta en hacer que la comida de uno pudiera alcanzar a dos. Pero si alguna vez sentía hambre, Penny sabía que ese era el precio que tenía que pagar por su recién adquirida independencia.

El silencio procedente de Stokencourt Place resultaba desolador. En ocasiones, Penny pensaba que había cometido un terrible error, y las dudas se revolvían en su interior mientras luchaba por mantenerse a flote en los flecos de la cada vez más mermada comunidad de estudiantes, buscando cualquier distracción que mitigase su sensación de culpa; pero sin Bruce, ni Joan, ni nada de su círculo familiar, aquello no era lo mismo.

Había un joven que parecía tan apartado de la gente como la propia Penny. Se llamaba Steven Leonidis. Su madre era inglesa, procedente de una familia de terratenientes de Wiltshire, y su padre trabajaba en el cuerpo diplomático griego. Había estudiado en Oxford, había tenido tutores privados, había asistido a un colegio privado. Le interesaba todo lo concerniente a Grecia y la filosofía de la antigua sociedad griega. Le gustaba pasear por el monte y tomar el sol en la playa, si bien ataviado con el bañador más diminuto imaginable. Los demás estudiantes le evitaban, por motivos que Penny desconocía. En cuanto comenzó a exponer sus teorías políticas, los grupos se dispersaron, y Penny se vio allí sola, aferrando su café, sin saber cómo marcharse sin que aquello resultase ofensivo. Steven estaba solo y ella también lo estaba, así que era cuestión de tiempo que empezasen a salir juntos.

Steven procedía de una numerosa familia católica, con muchos hermanos y hermanas, y todo el mundo esperaba que se alistase en el ejército, pero también él, de momento, se resistía a regresar a casa. Penny y él adquirieron el hábito de comer juntos, nadar y dar largos paseos por las colinas. Al principio era una amistad basada en la compañía y los gustos comunes. Pero Steve se lo tomaba más en serio, y cuando un día la tomó de la mano, sugirió que regresasen a Inglaterra para conocer a su familia, y le preguntó si podría plantearse convertirse al catolicismo, Penny supo que había llegado el momento de enfriar las cosas.

Al menos, alguien la había considerado lo bastante atractiva como para declararle su amor, aun cuando ese «alguien» no fuera Bruce. Veía cómo aquellos ojos azules adquirían una inesperada dureza cuando Steven comenzaba a barbotar acerca de la maravillosa fortaleza que había mostrado Alemania al recuperarse de tan ofensivo tratado. Y, en su opinión, no era sino una buena noticia que el primer ministro griego, Metaxas, hubiera decidido seguir la estela de Hitler y transformar la economía del

país gracias a la adopción de un funcionariado público. Todo aquello lo decía como si estuviera subido a un proscenio, y poco parecía importarle siquiera que Penny se encontrara a su lado para escucharle.

—¿No sientes un hormigueo de emoción al ver que los nacionalismos empiezan a extenderse por toda Europa? —preguntó Steven, y Penny apartó la mirada hacia la playa, deseando estar en su casa leyendo un libro—. No sé ni cómo tienes ganas de salir con esos tipos de la Escuela Británica. —Hizo un despectivo gesto con la mano, como si con ello bastase para describir la clase de individuos a la que se refería.

—Pues por lo que veo no te importa tanto que te inviten a beber —espetó Penny—. Son mis amigos. ¿Qué hay de malo en ellos?

Steven se encogió de hombros.

—Tienen todo cuanto define a uno de esos decadentes petimetres, y no dudan en mezclarse con la peor clase de griegos, judíos, latinos...

«Y tú eres un pelmazo», pensó Penny. No había olvidado el desfile nacionalista y la terrible escena a la que meses atrás había tenido la desgracia de asistir. ¿Quién podía admirar gente así?

Aquella amistad se había terminado por convertir en una pesada losa para Penny. Ambos salieron de excursión al gran teatro de Epidauro para ver su anfiteatro y comprobar su perfecta acústica. Resultaba de lo más extraño susurrar alguna cosa en el epicentro a sabiendas de que era posible escucharla en cualquier lugar de la periferia. Era una maravilla de la arquitectura, y Penny se sintió orgullosa de que sus ancestros se remontasen a aquel tiempo remoto.

—¿Cómo puedes ser tan pálida y que descieras de griegos? Pensaba que eras inglesa auténtica —dijo Steven un día, cuando tomaban el sol.

—Soy como tú por parte de madre, pero bueno, quién sabe de dónde proceden los ingleses... —Penny rio, pero a Steven aquello no le hizo ninguna gracia.

—Yo no presumiría de otra cosa que del linaje de tu madre, si fuera tú. Esa mezcla de razas no es nunca una buena idea. Ya es suficientemente fastidioso tener que cargar para los restos con un apellido griego. Aun así, estás de suerte, porque la sangre más auténtica es la que procede de la madre —dijo, y añadió, tras un suspiro—: de modo que por ese lado estamos a salvo.

Lo cierto es que Steven decía las cosas más idiotas, pero sus atenciones servían para suavizar, al menos, la soledad de Penny. En ocasiones ascendían a lo alto del monte Lycabettus para ver cómo aquella enorme luna de color melocotón ocupaba su lugar en el cielo, y cómo las estrellas competían con el palpitar de las luces de la ciudad. Steven hizo algunos pobres intentos por despertar el deseo de Penny, a veces besándola ardientemente, otras acariciándola de tal modo que en su cuerpo despertaban las sensaciones más inusuales, pero su mente permanecía tan remota como indiferente. Aquello no era lo que Penny deseaba, al menos de él. Así que se veía obligada a detener sus avances de la manera menos dolorosa posible, ¿pero era posible echar hielo sobre aquel ardor y largarse como si nada, sin que tal cosa hiriese

sus sentimientos?

Comenzó entonces a poner una excusa tras otra para evitar sus invitaciones a pasear por la montaña o a tomar un café en la ciudad, pero no era tan fácil quitárselo de encima. Steven sabía dónde se hospedaba y que estaba emparentada con un diplomático, y también que impartía lecciones de inglés a los extranjeros. No dejaba de hacerle preguntas acerca de sus alumnos, y también sobre Walter y la gente de la Escuela Británica, en especial John Pendlebury, de quien le interesaban particularmente los lugares en los que excavaba.

—No tengo la menor idea de sus planes, de hecho apenas lo conozco. —Fue la respuesta de Penny. El verano distaba mucho de ser lo que había esperado, y lo peor era que Steven comenzaba a importunarla con interminables preguntas que se tornaban más y más indiscretas—. ¿Por qué me preguntas todas estas cosas? ¿Acaso los estás espiando? —le acusó, pero Steven se rio de sus temores. Penny incluso se planteó avisar a Walter acerca de aquella inexplicable curiosidad, pero desde su marcha se esforzaba sobremanera en evitarle. Seguía sintiéndose muy avergonzada por la manera en que había roto relaciones con su familia.

A medida que el calor del verano se iba haciendo más opresivo, el ánimo de Penny iba decayendo más y más. Se encontraba en su dormitorio, durmiendo la siesta, cuando la campanilla del piso de abajo resonó con fuerza. Si se trataba otra vez de Steven ahora sí que la iba a oír. *Miss McDade* no estaba en casa, de manera que Penny tuvo que bajar y abrir la puerta con un cortante: «¿Si?», pero no fue con Steve con quien se encontró, sino con un hombre tocado con un sombrero panamá.

Era su padre quien se hallaba ante el umbral. Penny se arrojó en sus brazos, perdiendo su británica compostura, aliviada de ver un rostro familiar.

—¡Oh, papá...!

Él la aferró con fuerza contra su pecho:

—¡Penélope, por fin! Si la montaña no va a Mahoma... ¿Te encuentras bien?

Penny rompió a llorar y su padre volvió a estrecharla contra su cuerpo:

—Límpiate esas lágrimas. ¿Pero en qué te has convertido? Ponte algo decente encima —le ordenó, mirándole las piernas desnudas bajo los pantaloncitos cortos—. Vamos, te invito a cenar.

Ambos atravesaron la fresca sombra de los soportales del hotel Grande Bretagne, en la plaza de la Constitución. Penny llevaba puesto su vestido de los domingos, con un sombrero de paja a juego y unas sandalias abiertas. Hacía meses que no se vestía con aquella formalidad. Cenaron a lo grande, como si se encontrasen en plena temporada londinense. El padre de Penny recalaba allí por poco tiempo, tras un viaje en barco.

—Venga, cuéntame qué es todo esto —le pidió—. Las palabras de tu hermana carecen del menor sentido.

Penny entonces lo contó todo, su ruptura con Evadne, sus estudios en la Escuela Británica, la vida que llevaba en Atenas, la frustración de los últimos meses al estar

allí sola, sin nadie en quien apoyarse...

—¿Significa eso que quieres volver a casa?

—No, no para las presentaciones en sociedad y todas esas cosas —confesó. Jamás en su vida había hablado tan abiertamente con su padre, y este la observaba entre la incredulidad y la sorpresa, como si de pronto se diera cuenta de lo mucho que había cambiado desde su partida a Atenas.

—Menuda señorita estás hecha. La verdad es que pareces de lo más griega —dijo, admirando su tez dorada y su cabello bruñido por el sol—. Ni tu madre te reconocería ahora —añadió, con un brillo en los ojos.

—¿Cómo está? —preguntó Penny, ansiosa—. ¿Volverá a hablarme alguna vez, después de lo que he hecho?

—Oh, lo superará —dijo el padre de Penny, mirando con auténtica hambre su sopa—. A sus amigos les ha dicho que sigues «puliéndote» en Atenas. Pero claro que se preocupa, los dos nos preocupamos por ti... ¿No estás un poco a la deriva?

¿Cómo podía responder Penny a una pregunta tan directa? Asintió, pero al instante negó con la cabeza:

—Sí, sé que desde fuera eso es lo que parece, pero lo único que siento es que aún no he encontrado lo que busco. Sé que estoy aquí por algo, pero todavía no sé qué es. Pensaba que mi destino era ser arqueóloga. No quiero que me malinterpretes, adoro la escuela y a los maravillosos profesores que tengo, pero no creo que esté hecha para esto, papá. Dibujar se me da bien, pero el resto de mi educación es demasiado endeble. —Penny hizo una pausa, asombrada por lo que acababa de decir. A lo largo de aquel interminable verano había tenido la sensación, cada vez más palpable, de que nunca sería como Joan o como Mercy Coutts, o como las otras mujeres consagradas a su trabajo. Ahora había expresado sus miedos alto y claro, ¿pero qué significaba eso para su futuro?

—¿Y tu griego? Veo que ahora es muy bueno. Te he oído hablar con uno de los camareros.

Penny sonrió ante aquel cumplido. Aquellas semanas trapicheando en las tiendas y los mercados, buscando las cosas más baratas, discutiendo con vecinos ruidosos, habían hecho milagros con su griego.

El rostro de su padre se ensombreció por un instante:

—Tengo que decirte algo. Evadne no va a volver a Atenas en mucho tiempo. Me temo que ha perdido otro bebé. Cierta hombre en Harley Street asegura que puede poner fin a ese problema. Volverá cuando se haya repuesto convenientemente, para estar con Walter. Y entonces tendréis que hacer las paces.

Penny inclinó la cabeza:

—Lo siento. Supongo que no he sido de mucha ayuda. No sabía que estaba...

—Evadne nos contó lo que hiciste por ella cuando se puso enferma. Sé que actuarás de la manera más adecuada. Walter está a la espera de que lo trasladen a casa definitivamente. Este clima le sienta muy mal a Evadne. Por favor, visítala y ayúdala,

Penny. Cuento contigo.

Alargó un brazo y apretó firmemente la mano de Penny.

—Se avecina una guerra, Penny. Chamberlain está haciendo lo imposible por garantizar la paz, pero sus esfuerzos no sirven de nada. Ni siquiera es que Grecia tenga algún valor estratégico para Hitler, pero por si acaso, como suele decirse, todo el mundo se está atando los machos. Zan se ha unido a los Dragones; su regimiento ha sido puesto en alerta. Quién sabe dónde terminará todo esto, pero viendo cómo marchan las cosas debes al menos prometerme que volverás a casa cuando llegue el momento; sin aspavientos ni histrionismos. —Le apretó la mano un poco más—. Siempre fuiste una niña llena de rarezas e ideas propias. ¿Recuerdas cuando huiste por el lago en un bote, sola, con todos tus juguetes en una funda de almohada, e intentaste llegar a aquella pequeña isla?

Penny sonrió. Lo que su padre relataba había sucedido después de que ella se hubiese peleado con su madre.

—Ningún argumento era suficiente para convencerte de que volvieses, y solo lo hiciste cuando se te cayó el remo y te viste obligada a esperar a que te rescatasen.

Rio a carcajadas al contar aquello, y Penny pudo ver las pronunciadas ojeras que ensombrecían sus ojos.

—Ya he crecido, papá.

—¿De veras? Eso espero. Cuento contigo para ayudar a Effy si... —hizo una pausa—... bueno, cuando tenga que ser. No me decepciones.

—Sé que te parecerá extraño, pero siento que ahora este lugar es mi casa. Los griegos también son nuestra gente. Si tienen que luchar, me gustaría pensar que aquí estoy yo para ayudarlos. No puedo explicarlo mejor, lo siento, pero prometo que no haré nada precipitado. Las últimas semanas han sido muy duras, y lo siento por Effy, pero tengo que aferrarme con uñas y dientes a mi independencia.

—Creo que te entiendo. Lo que quiero saber es que estás a salvo y que has encontrado la vida que esperabas. Eres diferente del resto. Mi abuela solía decir: «Tus hijos pondrán un día tierra de por medio». Tu pobre madre no te entiende, pero yo sí. Sé que un día harás que nos sintamos orgullosos de ti.

Penny quiso llorar, pero la grandeza del lugar en el que se encontraba la contuvo de hacerlo. Siempre había sabido que su padre la adoraba, pero hasta aquel día no había reparado en cuánto. Aquel buen hombre había desafiado a su esposa, había partido en su busca pese a estar separados por cientos de kilómetros de distancia, había escuchado sus problemas y reconocido algo propio en el corazón de su hija. Desde aquella conversación, no volvió a insistir en que volviese. Al contrario: cada día visitaban la ciudad y, orgulloso de su linaje, refería a Penny la historia de sus ancestros griegos. Penny lloró cuando vio zarpar su barco. Tenía su bendición y confiaba en ella para que honrase el buen nombre de su familia. Desde aquel día, Penny adoptó el apellido Georgiou.

En alguna parte del campo un perro ladraba, y su ladrido me arrancó de aquellos días lejanos, dispersando mis pensamientos en tanto la oscuridad me rodeaba. Penélope Georgiou... Había utilizado aquel apellido durante muchos años. Me salvó la vida varias veces. Más tarde, cuando el país se vio sacudido por el huracán político, me aconsejaron retomar su versión inglesa.

Qué hermosos son los recuerdos de aquel verano en Atenas, antes de que se viera devastado su gentil corazón y el hambre hiciera mella en sus habitantes. No descubrí, hasta mucho después, que mi padre estaba bajo cuidados médicos por una afección cardíaca. Si al menos me hubiera dicho lo enfermo que estaba, y que el propósito que le animaba a venir a verme era en realidad despedirse de mí, hubiera vuelto a casa con él. Jamás hubiera insistido en ser independiente, y mi vida habría seguido un rumbo muy distinto. No supe de su muerte en 1942 hasta que fue demasiado tarde. Mi madre jamás me perdonó que no estuviera en su funeral, pero por entonces no estaba en condiciones de regresar, ni siquiera aunque hubiese sabido que mi padre había desaparecido de mi vida para siempre. Es un peso que llevo en mi corazón recordar la forma en que mi padre me hizo creer que todo iba bien, particularmente para él; pero lo cierto es que solo me preocupaban mis propios planes.

Pasamos muy poco tiempo juntos, pero aquella visita está revestida en mis recuerdos con la misma luz del sol: porque no fue un encuentro entre dos personas, sino entre dos mentes. Su presencia nunca me abandona, y en ocasiones lloro solo de pensar lo testaruda y egoísta que debió verme cuando me visitó en Atenas.

Pero es ahora cuando sé que el verdadero amor es lo bastante amplio como para disculpar tales defectos y convertirlos en virtudes. De aquella tozudez proceden mi coraje y mi determinación, mi perseverancia y la fuerza de voluntad necesaria para soportar las torturas de la mente y del cuerpo. Y puedo afirmar que precisé de todo ello para soportar los más tenebrosos años de la ocupación. Pero no quiero adelantarme.

Todo estaba oscuro. Debí haberme quedado dormida más tiempo del que creía, se me había quedado un brazo dormido, pero me recliné para mirar por la ventana, reacia a moverme. Tantos recuerdos que aún giraban en mi ansiosa mente... Aquel último año antes de la guerra me dediqué a vivir en los márgenes de la vida social de la escuela, flirteando con la arqueología hasta que me di cuenta de que no tenía ni la aptitud, ni la disciplina ni el talento para matricularme en sus asignaturas más difíciles. Seguí impartiendo clases de inglés y acudía a la iglesia más por compañía que por convicción, donde no podía evitar ver el creciente número de uniformes que poblaban los bancos a medida que el año de 1938 se iba acercando. En los hoteles, en

los cafés, en las fiestas, aumentaba también la cifra de extranjeros que relataban su propia historia de expulsión y huida. Steven Leonidis desapareció un buen día, y no sé si se debió a que prefirió regresar con su familia o a que se enroló en el ejército; pero ya entonces había perdido todo interés para mí. Steven había supuesto un agradable interludio durante un verano excesivamente caluroso, una distracción para el dolor que atenazaba mi alma.

Uno tras otro, los jóvenes británicos se marchaban para unirse a filas, y así supe que también yo debía redirigir mi vida hacia un destino más significativo que aquel. No cabía duda de que me había «pulido», pero mi pasatiempo europeo había tocado a su fin, y era hora de que viviese de una vez en el mundo real. De nuevo, el destino tomaría esa decisión por mí, cierta tarde de primavera de 1939.



## PUERTO DEL PIREO,

1939

No fue tarea fácil para Penny despedirse de su padre desde el puerto. Por un segundo quiso saltar al *ferry* que le alejaba de la ensenada, pero la obstinación con la que sus pies se negaban a moverse del suelo la obligó a dar media vuelta y subir la colina rumbo, nuevamente, a la ciudad. Las lágrimas inundaron sus ojos. Ahora se sentía más sola que nunca.

Al regresar del puerto colina arriba, reparó en una multitud que se arremolinaba entre gritos entorno a lo que parecía ser una pelea. Penny se acercó un poco más. Un joven golpeaba frenéticamente la cabeza de un individuo bastante mayor que él mientras el gentío se deshacía en gritos y mofas, aunque había algunos pocos que intentaban separarlos. Cualquiera podía ver que se trataba de una pelea muy desigual. Aquella lluvia de golpes hizo que el hombre de más edad se desplomase en el suelo, y se escuchó claramente el crujido de un hueso. Mientras el individuo gritaba de dolor, la multitud se fue dispersando, mezclándose en el ajetreado bullicio que atravesaba el puerto y dejando al hombre herido y tendido en el pavimento. Penny parecía ser la única que escuchaba sus lamentos.

—¡Me ha robado mi dinero! Por favor...

Hablaba con un fuerte acento griego. Resollaba de puro dolor.

—No se mueva, no se mueva.

Penny se inclinó sobre él y vio la sangre que manaba de la pernera de su pantalón. La dislocación de la pierna bastaba para demostrar que la tenía rota.

El hombre intentó incorporarse, pero cayó de espaldas, desmayado por la sorpresa y el dolor.

—Hay que encontrar un médico —dijo Penny, mirando alrededor en busca de ayuda, pero no había nadie cerca que la escuchase. La multitud se había disuelto. Fue entonces cuando las lecciones que había aprendido en la Cruz Roja surgieron en su cabeza: «Página 14. Cómo actuar ante una extremidad rota».

Había que vendar la extremidad a la otra pierna y comprobar si asomaba el hueso. Si al menos pudiera hacer un entablillado con una tabla, o un palo... Miró a su alrededor. Se levantó la falda y desabrochó las medias de cada liga; menos mal que llevaba puestas unas medias, y que el cinto de su vestido de seda podía servirle para atarle al hombre los tobillos, pero, aun así, necesitaba ayuda.

Miró nuevamente alrededor y vio que una mujer con dos niños observaba con curiosidad la escena, así que le gritó en su áspero griego:

—*Ela!* ¡Venga aquí, por favor, ayúdeme! —Al oír a Penny pidiendo ayuda, un hombre salió de una tienda y se acercó a ella con un par de mangos de escoba, que Penny utilizó para entablillar las piernas del herido. Era cuanto recordaba de lo que había aprendido. «Asegúrate de que el paciente está cómodo. Procede luego a tratar el choque emocional».

—*Efharisto poli... despinis.* —El anciano volvía lentamente en sí—. Eres muy amable, *despinis*. Robó mi dinero. Prometió que me conseguiría los billetes que necesitaba para zarpar con mi familia a Egipto. Vine a por los billetes y se rio en mi propia cara. Tengo los papeles en regla pero no me puedo marchar.

Su angustia era evidente. El dolor que sentía daba a su tez una inquietante coloración gris.

Penny sabía que debían acudir a un hospital, y cuanto antes mejor.

—*Kyrie*, tiene la pierna rota. No puede irse a ninguna parte, a menos que sea a ver un doctor —le dijo.

—Pero debo hacerlo —musitó el hombre—. Mi esposa y mi hija me están esperando. Íbamos a marcharnos...

Comenzó entonces a farfullar en un lenguaje que Penny no comprendía, ni, al parecer, nadie de cuantos los rodeaban.

—¿Dónde vive? Iré a avisarlos —le dijo al oído. El hombre murmuró una dirección en la parte más pobre de la ciudad. Pero antes de acudir allí debía encontrar la forma de transportar al hombre, cualquier cosa que lo sacase de la polvorienta calle antes de que volviera a perder el conocimiento.

—Ayúdenos, por favor... —Se volvió hacia los desconocidos que la rodeaban—. ¡No podemos dejarle morir!

¿Qué había sido de la famosa hospitalidad griega? Se suponía que aquella era la tierra en la que nunca faltaba la bondad hacia los extraños, celebrada por su cortesía, y, sin embargo, nadie quería verse involucrado en aquel incidente.

Por suerte, un tendero y su esposa, al ver lo que estaba ocurriendo, cerraron su tienda y ofrecieron a Penny su carrito para que recostase en él al anciano.

—¿Dónde está el hospital? —preguntó Penny, pero la pareja solo sacudió la cabeza. Eran inmigrantes, y del griego solo conocían lo necesario. Penny volvió a preguntar, y alguien señaló hacia lo alto, colina arriba, donde por lo visto había una clínica.

Resultó una tarea ardua empujar el carrito por aquel camino escarpado. El anciano era menudo pero bastante robusto, y sus constantes gemidos de dolor no ayudaban en nada, aunque al menos mantenía la consciencia. La clínica no era más que una casa destartalada y bastante sucia, pero era el único lugar donde recibirían la ayuda que necesitaban.

—¿Es usted pariente? —preguntó el doctor que abrió la puerta, observando a

Penny con interés mientras escuchaba atentamente lo ocurrido—. ¿Sabe su nombre?

De nuevo, Penny negó con la cabeza.

—*Pos sas lene?* —preguntó al anciano, sonriendo—. Iré a buscar a su familia...

—Me llamo Solomon Markos. Mire aquí...

Señaló el pasaporte que asomaba de su bolsillo.

—Otro judío que trata de escapar —dijo el doctor, con un tono desdeñoso en la voz.

Penny sintió que la sangre le ardía en las venas:

—Lo engañaron. Había comprado billetes. Sus dracmas no son diferentes de los de cualquier otra persona, y mire, nació en Tesalónica. Es tan griego como usted —espetó Penny—. Lo único que hizo fue venir a recoger sus billetes y cuando el tipo que debía vendérselos se negó a entregárselos, *kyrie* Markos protestó y recibió una paliza. Vi todo con mis propios ojos.

—No me entiende, señorita —dijo el doctor, condescendiente—. Los judíos no son como nosotros. Así ha sido siempre. La gente se quiere largar y hay quien saca ventaja de ello. Tendrá que pagar mis servicios. ¿Tiene familia? No va a dejármelo aquí y marcharse sin más, sin un depósito.

—Tiene su pasaporte. Y puede quedarse mi reloj. —Penny se quitó el reloj de oro de su muñeca, dejándolo bruscamente sobre la mesa con visible disgusto—. Pero quiero que me dé un recibo. Ese es mi depósito, pero también puede telefonar a la embajada británica. Allí responderán por mí. Penélope Angélica Georgiou —replicó, con su más imperiosa voz inglesa.

—La hubiera tomado por una griega, *despinis*.

—Cúrele la pierna. Vendré después.

No estaba de humor para hablar con el doctor.

Mientras regresaba de nuevo a la ciudad, Penny deseó fervientemente que el hombre recibiera un buen tratamiento. Debía encontrar Othos Dimitris, la calle en la que vivía la familia Markos, y darles la terrible noticia. Agradecía que al menos todavía fuese de día, en tanto seguía el laberíntico recorrido de oscuras calles que atravesaban la Kokkinia, una de las zonas más depauperadas de la ciudad en la que las casas estaban divididas en pequeñas habitaciones, y donde uno se topaba constantemente con ropa tendida de despellejadas cuerdas. Perros de aspecto feroz ladraban el avance de Penny, que se veía asaltada además por el hedor de vegetales podridos y el de la basura acumulada. Aquel era un mundo muy distinto del de las villas de la avenida Kifissia, donde vivía el cuerpo diplomático. Donde ella había vivido también.

Preguntó a unas mujeres que se sentaban calladamente a la puerta de una casa por la familia Markos, pero estas se limitaron a encogerse de hombros, escupir en el suelo y señalar hacia un ático:

—Los judíos viven allí.

Penny arrugó la nariz al percibir el desagradable olor que procedía de las

escaleras: grasa, orina y el sudor de cuerpos sin lavar. Se afaná por subir la tambaleante escalera que conducía a los pisos superiores, donde dio con una baqueteada puerta con la pintura descascarillada. Estaba cerrada. Penny golpeó con firmeza.

—¿Quién es? —preguntó una voz, pero la puerta permaneció cerrada.

—Traigo noticias de *kyrie* Solomon Markos. Es importante.

La puerta se abrió ligeramente, y un par de ansiosos ojos la miraron desde las sombras.

—¿Quién es usted? ¿Qué tiene que ver con él?

—Por favor, ¿puedo pasar? Traigo noticias de su marido. El señor Markos ha sufrido un accidente.

Penny se internó en aquel sombrío hogar cuando la puerta se abrió un poco más. La mujer lanzó un grito:

—Está muerto. Su corazón no ha podido más. Lo sabía...

Una chica aguardaba en la penumbra: su pálido rostro estaba enmarcado por una trenza que se anudaba sobre su cabeza, y llevaba un delantal en la cintura como las doncellas que trabajaban en las casas de los diplomáticos.

—Oh, por favor, *kyria*, se equivoca. Estaba vivo cuando lo dejé. Ha habido un accidente en la calle y se ha roto una pierna. Está en la clínica del Pireo, cerca del puerto. Se la están curando.

Penny trató de confortar a la madre y la hija.

—Pero esta noche zarpamos hacia Egipto. Está todo dispuesto. Mi marido fue a comprar los billetes. Mire, hemos hecho las maletas para el viaje.

*Kyrie* Markos señaló con trágica desesperación los dos enormes bolsones que había en el suelo. Penny reparó de pronto en que las paredes habían sido despojadas de toda decoración y que la habitación estaba casi vacía.

La chica dio un paso al frente para tranquilizar a su madre:

—No te preocupes, podemos esperar. Papá nos necesita. Ya nos iremos en cuanto esté bien.

—Pero los billetes... ¿quién nos cambiará los billetes?

—Me temo que no me he explicado bien. No hay billetes. Su marido ha sido estafado y tuvo una pelea con el individuo que le engañó.

Penny no sabía bien cómo explicar aquello sin alarmar más a las dos mujeres.

—¡Oh, no! Solomon no tiene nada que hacer frente a las ratas de puerto. Le avisé, pero no me hizo caso, ¿verdad? —se lamentó, volviéndose hacia su hija—. No nos queda dinero y no podremos pagar más billetes...

—Tranquila, mamá. —Trató de consolarla su hija—. Aún podemos zurcir y coser, y yo podría trabajar en la tienda de Beulah Koen. Nuestros amigos nos ayudarán. —Alargó un brazo para estrechar la mano de Penny—. Gracias por todo. Ni siquiera sabemos su nombre.

—Penélope Georgiou. Soy estudiante... o al menos lo era. ¿Y tu nombre es...?

—Yolanda Markos. —Sostuvo a su madre por un brazo—. Hace seis meses llegamos aquí, procedentes de Tesalónica. Papá esperaba dar clases en la universidad, pero no ha sido posible. Demasiada gente para tan pocos puestos. Yo quería estudiar medicina, pero, como puedes ver... —Su voz se hizo algo menos audible—. Pobre papá, debemos ir a verle.

—Lamento haber traído tan malas noticias.

—No es culpa tuya, Penélope. Tenemos que traerle a casa. En nuestra comunidad hay buenos doctores que sabrán tratarle. Se sentirá más cómodo entre los nuestros. Somos judíos —dijo, con un destello en sus ojos oscuros, como esperando la reacción de Penny.

—Y yo inglesa —sonrió Penny, ofreciéndole de nuevo la mano.

—Entonces todos somos extranjeros en esta ciudad. Extranjeros que ayudan a extranjeros. Te agradecemos tu amabilidad. Ahora debemos irnos.

—Os acompaño —se apresuró a decir Penny, dudando de si contarles lo del reloj. Había sido un regalo de despedida de su padre, y no quería perderlo—. No es la mejor clínica del mundo, pero era la única que teníamos cerca. Estoy convencida de que allí le tratarán bien la pierna. Yo la entablillé antes...

—¿Eres enfermera? —preguntó Yolanda.

Penny se sonrojó.

—No exactamente, estudié primeros auxilios en Inglaterra con la Cruz Roja, pero de eso ya ha pasado mucho tiempo.

—Cuando consigamos establecernos yo también pienso hacerlo. Me temo que en breve van a ser necesarias muchas enfermeras. ¿Por qué no regresas a Inglaterra?

Una vez sentadas en el autobús que conducía al Pireo, Penny intentó explicarle el motivo por el que había ido a Atenas y las razones que tenía para negarse a marchar. Observaba fijamente a Yolanda. Su piel no tenía la carnosa cualidad de la juventud, y estaba demasiado delgada y enjuta, como si no se hubiera alimentado adecuadamente en mucho tiempo, pero conservaba una belleza equilibrada y serena. A Penny le encantaba ver la unión que había entre madre e hija, y cómo hablaban entre ellas con las manos enlazadas. Nada más lejos de la relación que Penny mantenía con su propia madre. Aquellas dos mujeres se habían visto sumidas en la miseria: cualquiera con ojos en la cara podía verlo. Y ahora, sus planes para huir a un mundo mejor se habían visto frustrados por la crueldad, la avaricia y la violencia de sus semejantes. Recordó el cariz tan extremo de las ideas nacionalistas que albergaba Steven, a la luz del sufrimiento que había visto en aquel anciano, de los golpes recibidos y el engaño al que había sido sometido. Era la primera vez que se veía impelida a considerar el peligro en que vivía la raza judía, y se sintió avergonzada de no haber pensado demasiado en sus penurias hasta entonces.

Sabía que en Inglaterra había hombres que aseguraban que los judíos estaban detrás de todos los problemas del mundo, hombres de camisas negras como los que desfilaron por Cable Street, en el East End de Londres, pero la población acabó por sí

misma con aquellas absurdas manifestaciones. Las noticias que se proyectaban en los cines y aparecían publicadas en los periódicos habían informado de lo ocurrido, pero los problemas políticos eran algo que parecía encontrarse a un universo de distancia de su cómoda existencia en los Cotswolds, y Penny no dedicaba un segundo de su tiempo a reflexionar sobre ello. Ahora se daba cuenta por primera vez de que personas como Yolanda y su familia eran terriblemente vulnerables, incluso en lugares tan cosmopolitas como lo era Atenas.

Penny condujo a Sara Markos y a su hija hasta la clínica. Solomon había sido sedado y su pierna estaba ahora convenientemente enyesada. El pobre hombre no iba a poder valerse por sí mismo durante unas cuantas semanas.

Su mujer lloró al verlo:

—Debemos llevarlo a casa. No tenemos dinero para cubrir su tratamiento. ¿Quién ha pagado esto?

El doctor señaló el reloj de oro y se encogió de hombros, mientras le devolvía el objeto a Penny.

—Ella dejó esto como garantía.

—Entiendo. —Yolanda sacudió la cabeza e introdujo una mano en su camisa, tras lo cual sacó un pesado reloj de oro en el que aparecía grabada una estrella de seis puntas—. Acepte esto —le pidió al doctor.

Penny protestó, a sabiendas de que aquel símbolo debía resultar muy preciado para la familia Markos.

—Puedo esperar para recuperar mi reloj, por favor, quedáoslo.

Pero Yolanda insistió en pagar al doctor con sus propios medios.

—Al menos deja que os pague un taxi —ofreció Penny—. Tu padre no está en condiciones de viajar de otro modo. Por favor, dele unas muletas —le rogó al doctor.

—Dale al hombre lo que pide la joven —ordenó el doctor a su enfermera, mirando a Penny con renovado respeto.

Mientras emprendían su amargo regreso al destartado apartamento en el que vivían los Markos, Penny comprendió que no podía abandonar a la familia en aquel estado... Entonces tuvo una idea.

—¡Desvíese hacia la avenida Kifissia! —gritó al taxista—. ¡Vendréis conmigo!

Aún guardaba las llaves de la villa de Walter y Evadne. A nadie le importaría que hiciese uso de ellas durante unos días. El lugar estaba bien amueblado y sus numerosas habitaciones seguían tan limpias como siempre. Podía explicarle a *kyria* Calíope que se iba a quedar allí por un tiempo con varios amigos. Nadie tenía por qué saber quiénes eran. En las horas que habían transcurrido desde su marcha del puerto se había visto inmersa en una inesperada tragedia, y por una vez en su vida sabía exactamente qué hacer. Ayudar a la familia Markos le hacía verse repentinamente útil, y tan resuelta como no se había sentido desde mucho tiempo atrás.

Lo único que ahora le importaba era hacer que la familia Markos se sintiese confortable y protegida, y además de ese modo podría pasar algún tiempo junto a

Yolanda. Admiraba la calma que había mostrado y el cariño que profesaba a sus padres, así como su decisión de seguir el camino que ella misma trazase. Había algo en aquella joven que merecía la pena conocer.

De qué extraña manera nuestras vidas pueden cambiar en cuestión de minutos, con que solo confluyan esos pequeños incidentes cotidianos ante los cuales comparecemos inicialmente como inocentes observadores. El encuentro de aquella tarde me empujó hacia otro mundo, hacia otros puntos de vista, y mi vida en Atenas tomó un rumbo completamente distinto. El descubrimiento de que podía pensar por mí misma, de que podía cargar con una responsabilidad tan seria sobre mis hombros y no dejarme llevar por el pánico supuso para mí una extraña revelación. Y además, atender a Solomon durante su convalecencia forjó una de las amistades más duraderas e intensas de mi vida. Yolanda y yo procedíamos de trasfondos religiosos y sociales muy distintos, y aun así nos complementábamos a la perfección: Yolanda era todas las cosas que yo nunca podría ser.

Ella me retaba a mirar en mi interior, a examinar críticamente mis prejuicios e ideas asumidas, solo con mostrarme su devoción y obediencia hacia sus padres. Cómo envidiaba la estrecha unión que madre e hija mostraban en sus cuidados y atenciones a Solomon hasta que este, por fin, pudo volver a ponerse en pie.

Durante esas semanas que pasamos en la casa de Evadne aprendí muchas cosas acerca de la religión judía. Fue una suerte que no profesasen una radical ortodoxia en la observación de su fe y que pudieran acomodar sus costumbres y tradiciones a las de cualquier hogar gentil. Me inculcaron un amor imperecedero hacia la cocina judía: desde la *pastela*, un sabrosísimo pastel de cordero que Sara aprendió de sus antepasados italianos de Sicilia, hasta los bollos de almendra que ellos llamaban *boskochs*. Cada fiesta tenía sus propias comidas. Traté de explicarles lo que cocinábamos nosotros por Navidad, pero como era nuestra criada la que cocinaba en Stokencourt, no supe ni preparar el más sencillo de los platos.

Sara no tardó en solucionar aquel problema, y me enseñó a cortar y remover, a medir bien y a hacer los platos más deliciosos con los ingredientes más baratos y sencillos que podían encontrarse. Ni sé —ni, a decir verdad, me importa— lo que *kyria* Calíope opinaba de aquel arreglo... o mejor dicho, no me importó hasta que recibí un escueto aviso de la embajada, advirtiéndome de que un diplomático necesitaba la casa y que debíamos abandonar el edificio a la mayor brevedad posible.

Cuando la familia Markos regresó a su casa eché de menos su ruidosa, colorida y adorable manera de vivir, y volví a mis habitaciones en el hogar de Margery McDade resuelta a dar un cambio a mi vida.

Todo cuanto Yolanda pudiera hacer, decidí, yo también lo haría, incluso mejor. Oh, sí, la rivalidad siempre estuvo ahí, bajo la superficie de nuestra creciente amistad. Éramos de lo más dispares, por más que vistiéramos el mismo uniforme de la Cruz



Roja, yo alta y pálida, ella menuda y de tez oscura... Pero, una vez más, me estoy adelantando.

Aprender el trabajo de enfermera en los días anteriores a la penicilina o a las modernas técnicas quirúrgicas no era tarea fácil. La disciplina, o ejercitarme en labores de discutible importancia, eran difíciles de asumir para personas como yo. Cuando terminas un día más con la espalda doblada, tirarte en la cama entre carcajadas con una amiga hace que cualquier cosa resulte soportable. En los años que siguieron, nuestra amistad se convirtió en esa roca a la que nos aferrábamos para sobrevivir. Difícilmente pasa un solo día sin que recuerde aquella época, una época en la que fregábamos suelos sobre nuestras rodillas, y buscábamos una esquina tranquila para fumar un cigarrillo en secreto. ¿Por qué ahora el pasado me parece tan próximo que casi puedo alargar un brazo y tocarlo? ¿Cómo voy a volver a Atenas sin pensar en Yolanda?

## ATENAS,

1940

Las dos jóvenes se hallaban sentadas en el oscuro auditorio observando la proyección en perplejo silencio. La nueva hornada de chicas que estudiaban para enfermeras de la Cruz Roja se congregaban en una densa hilera detrás de las estudiantes del año anterior. Todas ellas se esforzaban por soportar lo insoportable. La encargada de impartir la conferencia era una robusta monja irlandesa llamada Teresa McGrath, y se había ocupado de atender a las tropas británicas durante la Gran Guerra.

El intérprete se afanaba por descifrar su fuerte acento:

—La guerra es algo repugnante. Las armas no toman prisioneros: mutilan los tejidos blandos, los huesos, arrancan cabezas, destripan aquello que se encuentran en el camino.

»No quiero ni que pestañeéis cuando os pongan ante los ojos las heridas que estáis viendo aquí. Mejor verlas ahora y estar preparadas que fracasar en vuestra obligación de cuidar a los heridos. Me temo que la conferencia que me dispongo a impartir no será demasiado agradable... Sé que algunas desaprobaréis mis métodos... Pero esto es algo que hay que hacer. No puedo prepararos para el olor de los campos de batalla o el hedor dulzón y enfermizo de la muerte, que permanecerá a todas horas en vuestras fosas nasales. Eso lo tendréis que superar como mejor podáis. Resulta de mucha ayuda una mascarilla empapada en aceite de lavanda. Solo la experiencia y la disciplina os darán la confianza para soportar la visión de cuanto me dispongo a mostraros.

Procedió entonces a explicar cómo las heridas que quedaban sin tratamiento se convertían en gangrenosos globos de carne putrefacta. Penny se alivió de que al menos las fotografías no fueran en color. Luego aparecieron amputaciones limpias y otras terriblemente efectuadas, muñones sanos, otros infectados, heridas en el vientre y entrañas que colgaban por debajo del uniforme. Lo siguiente fue una serie de imágenes de cabezas y rostros. Rostros devastados y masacrados, sin narices ni ojos, desfigurados por el fuego. Al principio nadie se atrevió a formular una sola pregunta. Penny tembló de pies a cabeza al pensar que su hermano Zan estaba expuesto a sufrir tan atroces heridas. Era un alivio que al menos siguieran llegándole cartas de su casa, porque a través de ellas sabía que Zan seguía bien.

—Cada uno de estos jóvenes se entregó a la causa de su país. Algunos son ingleses, otros alemanes, otros franceses. Las armas no hacen distinciones, y tampoco nosotras debemos hacerlas. Este es el principio en el que se sustenta la labor de la Cruz Roja. Tratamos a todos aquellos que necesiten nuestra ayuda, independientemente de su lugar de nacimiento, su raza o su credo. Damos de comer a los hambrientos, no juzgamos ni cargamos sobre nuestros hombros la causa de nuestra propia nación, sino el sufrimiento de la humanidad.

Cuando la hermana McGrath terminó su arenga y se levantaron las persianas, Penny y Yolanda abandonaron tambaleándose la sala en busca de un poco de aire fresco.

En los seis meses que habían transcurrido desde que inició su instrucción, Penny había tenido suficientes oportunidades para comprender que no existía escondite alguno para el ojo de halcón de la enfermera jefe. Los vigilantes pasaban un minucioso examen dos veces al día en busca de cualquier muestra de condescendencia hacia las nuevas reclutas. El hospital había sido fundado por nada menos que la reina Olga de Grecia. Las veinticinco camas que albergaba en su origen habían aumentado progresivamente con el paso de los años y ahora se le consideraba uno de los mejores hospitales de Atenas.

Habían empezado por lo más bajo, fregando suelos, vaciando orinales, limpiando vómitos y sangre. Pero Penny se dio cuenta de que aceptaba cada labor con entusiasmo, a sabiendas de que aquello era un paso más en pos de la apropiada instrucción médica que tanto anhelaba.

Al final de cada turno tenía la espalda dolorida y las piernas hinchadas, pero regresaba a las habitaciones de Margery McDade con la satisfacción de que nadie podría volver a considerarla una mera polilla social. Aquel severo uniforme, con su grueso manto azul oscuro y su rígida cofia blanca, era casi como el hábito de una monja, pero se sentía orgullosa del emblema de la Cruz Roja que llevaba en el pecho.

Fue Yolanda quien la incitó a acudir a las clases. Había visto en Salónica una película sobre la vida de Florence Nightingale, y aunque en un principio quiso ser médico ahora, como Penny, se quejaba de la dureza de cada día y lamentaba no haber ido a ver una película distinta.

Penny sintió un enorme alivio al enterarse de que la familia Markos abandonaba Othos Dimitris para vivir junto con un rabino amigo suyo que tenía su hogar en el barrio judío. Esperaban todavía embarcarse rumbo a Creta, pero Yolanda se opuso a la idea, resuelta a quedarse en Atenas para terminar su aprendizaje. Vivía en la casa de otro rabino, rabí Israel, que tenía sus habitaciones cerca del hospital, y ayudaba a su esposa a educar a un puñado de revoltosos niños como pago por la comida y el alojamiento.

Por lo menos ahora estaban aprendiendo a vendar y coser heridas, a poner inyecciones y, en definitiva, a manejarse con las últimas técnicas. Para Penny suponía un gran paso adelante sentirse por fin como una verdadera enfermera, pero tras la

proyección a que habían asistido comprendió que tendría que acostumbrarse en primer lugar a llevar a cabo las tareas más sencillas antes de que les permitieran enfrascarse en cosas más complicadas.

Recibieron clases sobre higiene, anatomía y cuidado personal, tanto en lo que respectaba a niños como a ancianos y enfermos crónicos, pero, pese a sus obligaciones, Penny encontraba tiempo para leer lo que publicaban los periódicos sobre la guerra en Europa. La marcha de Italia a la frontera albana había causado un gran revuelo en los Balcanes, y de nuevo comenzó a recibir cartas procedentes de casa en las que se le decía insistentemente que tenía que regresar.

Con todo, Penny se sentía más segura en la ciudad de Atenas, desempeñando el trabajo que amaba. Nada podía erosionar el glorioso amanecer de la primavera y los primeros días del verano, particularmente cuando el calor todavía no era abrasador. Por todas partes se veían flores recién abiertas, que al menos sirvieron para levantar el ánimo de las dos enfermeras cierta tórrida tarde en que abandonaban el auditorio en pos del jardín botánico, tratando de digerir los horrores que acababan de presenciar.

—¿Crees que daremos la talla si alguna vez nos encontramos con algo como eso? —preguntó Yolanda—. Me siento mal... ¿Cómo se me pudo meter en la cabeza la idea de ser médico?

—Todavía podrías hacerlo —dijo Penny, pero Yolanda despachó su observación con un gesto desdeñoso de la mano.

—¡Puf! Soy mujer, y judía... ¿quién va a instruirme ahora? Ya sabes cuál es nuestra situación. No es una posibilidad, sino un sueño estúpido...

—Eso será *cuando* tengamos que enfrentarnos a una situación semejante, no *si* —replicó Penny, percibiendo la decepción de Yolanda—. Podemos sentir la tensión que se respira en el ambiente. En la legación entra y sale tanta gente que parece Piccadilly Circus. Han tenido que contratar personal de más para ayudar en el registro y la administración. Margery trabaja ahora allí. Vi a John Pendlebury con su uniforme delante del hotel Grande Bretagne. Solo tiene un ojo: me pregunto cómo ha podido pasar las pruebas médicas... ¿Sabes? Cuando miraba la proyección no podía dejar de pensar: ¿y si uno de esos chicos de las fotos fuera mi hermano? Ahora está en Francia, con el ejército. Espero que se encuentre a salvo.

Yolanda la miró con expresión grave:

—Deberías regresar con tu familia. No sé ni cómo puedes estar tan lejos de ella...

—No somos como vosotros, tenemos una forma de ser muy distinta.

¿Cómo podía explicarle lo lejos que los sentía ahora? Las cartas de Effy rebosaban de noticias acerca de quiénes se habían casado y quiénes se habían alistado en el ejército, qué fiestas se estaba perdiendo Penny en Londres y qué posibilidades había de que la temporada londinense se diera por terminada. Estaban a un universo de distancia de su propia vida.

—No podría soportar que les pasase nada a los míos. Estoy tan contenta de que

hayan podido ir a Creta. El tío Joseph cuidará de ellos. Mi padre teme por el futuro de nuestra raza si los nazis consiguen llegar hasta aquí, y tuve que prometerle que me iría con ellos si había problemas.

—Supongo que tú tienes más razones que yo para tener miedo —murmuró Penny sin pensar—. ¡Perdón! Ya sabes a lo que me refiero...

Yolanda sonrió, propinándole unos golpecitos en el brazo.

—Dicen que los judíos no pertenecemos a ninguna nación, sino a nosotros mismos, pero eso no es verdad. Soy griega, ese es mi pueblo —señaló a los paseantes—. Tengo que hacer lo que esté en mi mano por mi país. Ningún daño llegará hasta nosotros.

—Eso es lo que yo también pienso. Ahora esta es mi casa. Este es mi hogar, y no voy a abandonarlo.

\* \* \*

Penny estaba aprendiendo deprisa una importante lección: que, fuera cual fuese la emergencia que se desataba en un hospital, una enfermera debía siempre caminar y no correr, debía mantener la calma por el bien del paciente, al margen de lo que sintiera en su interior. No debía ni pestañear ante un paciente, y menos aún mostrar miedo o cualquier otra emoción, aunque la muerte estuviera rondando. Aprendió a lavar cuerpos y tenderlos según los diferentes ritos religiosos, aprendió que debía respetar a cada paciente y la jerarquía de los procedimientos hospitalarios. No debía hablar a menos que alguien le hablase primero, y su obligación era lograr prioritariamente el confort del paciente, escuchando si era necesario sus lamentos y sus miedos...

De todos modos, tampoco es que las enfermeras no se divirtieran después de sus turnos. Las onomásticas eran motivo de fiesta y en ellas no faltaban pasteles o vino, y flirteos con algunos de los más jóvenes doctores, que trataban de ganarse la atención de las enfermeras más guapas con su suave palabrería. Penny no quería comprometerse con nadie en particular y comprendió, ahora que había descubierto su verdadera vocación, por qué Bruce trató de evitar cualquier verdadera intimidad con ella. Siempre habían estado rodeados de gente y sus pequeños flirteos jamás fueron a mayores. Bruce tenía que pensar en su futuro. Penny se sonrojaba cada vez que pensaba en lo animosa que debió parecerle. No podía evitar preguntarse qué estaría haciendo ahora y si alguna vez volverían a encontrarse.

Yolanda era una buena influencia: tenía la cabeza metida constantemente en el periódico, y nunca dejaba de brindar información sobre la situación internacional, aportando su propia opinión sobre la política del momento, lo que hacía que Penny se sintiese como una idiota respecto a los asuntos más candentes. No había abierto un

libro en muchos meses; de hecho, cada vez que intentaba leer una página se quedaba dormida.

Yolanda insistía en que debían visitar museos y galerías de arte en los preciados días libres que tenían:

—Cuando llegue la guerra, todo esto desaparecerá —avisó.

Penny hubiera querido que la influencia de Yolanda se hiciese notar también durante los exámenes. Nunca en su vida había hecho un examen, y consideraba que aquella era una prueba realmente difícil. Había demasiado que digerir: detalles anatómicos, fármacos y su posología, química. A Yolanda parecía bastarle con echar un vistazo a sus notas para pasarlos sin esfuerzo, bendecida como estaba, al parecer, por una memoria prodigiosa. No era justo. Penny, sin embargo, tenía más energías, de tantas caminatas como daba por la ciudad. Yolanda no podía ni ascender una colina: siempre se quejaba cuando el camino se escarpaba aun ligeramente, a todas horas quería sentarse y descansar aunque fueran cinco minutos. Jamás había dado una caminata por el campo, o montado a caballo, o nadado en el mar. Sus padres preferían mantenerla cerca, apartada del mundo. Por lo general se reunían en la ciudad, nunca en la casa del rabino Israel.

—Lamento decir que son más estrictos en la observancia de la fe de lo que es mi familia —explicó Yolanda—. No aprueban que las mujeres no casadas trabajen fuera de casa, y menos aún para gentiles. Son muy amables, pero están demasiado anticuados. A todas horas espero que se saquen de la manga algún judío con el que esperan que me case, pero todavía no estoy preparada para la *chuppah* —se rio al ver la expresión perpleja de Penny—. Es el palio bajo el que nos casamos en la sinagoga. Algún día quizá, pero aún es pronto...

Sentía Penny que había tantas cosas que aprender de la vida de Yolanda... Una de las cosas que le encantaban de Atenas era esa mezcla de gentes, religiones, vestuarios e idiomas que bullían en calles y mercados.

Era un verano maravilloso aunque tórrido, en el que las dos amigas se pasaban las noches bajo las estrellas, mirando lánguidamente a los vencejos que sobrevolaban los tejados. Las noticias procedentes de Inglaterra, según Margery, eran realmente funestas. Francia había caído y el ejército fue evacuado desde Dunquerque. El correo ya no funcionaba tan bien, ahora que la guerra había llegado al Mediterráneo, de modo que Penny ya no podía saber si Zan estaba a salvo.

Los expatriados tenían que registrarse en la embajada, y allí se les entregaban documentos e instrucciones con los procedimientos a seguir en caso de evacuación, pero Penny, que acudió vestida de uniforme, comprobó que nadie reparaba en su presencia. Las noticias de Effy, cuando llegaban, eran ciertamente preocupantes.

*Zan está con nosotros en Stokencourt, herido. Llegó desde Dunquerque con su uniforme hecho jirones, como un vagabundo, y completamente desorientado. El pobre no comprendía cómo era posible que los hubieran*

*derrotado tan rápido, ni cómo habían podido perder tantos hombres y armas sin apenas darse cuenta de ello. Durmió profundamente durante tres días. «Solo el Canal y la RAF nos separan ahora de la derrota», dice insistentemente. Nunca lo he visto tan abatido. Así que es mejor que te quedes donde estás. Al menos uno de los nuestros estará a salvo. Nos prometiste que volverías a casa, pero ya nadie espera que lo hagas, aunque por mi parte te echo mucho de menos. Walter ha sido enviado a Egipto y permanecerá allí mientras dure la guerra, y Diana no deja de preguntar por ti. Se ha unido al cuerpo de enfermeras, las FANY. No tiene sentido que regreses a casa a menos que quieras unirte también a ellas.*

Pero Penny era consciente de que ya se había *unido* en la batalla por la justicia y el amor al seguir sus estudios como enfermera. Por entonces ya había tropas de diversas naciones estacionadas por toda la ciudad, el puerto rebosaba de barcos y las tropas griegas estaban de maniobras en las afueras de la ciudad, como esperando que algo ocurriese. Penny no ignoraba que solo era cuestión de tiempo que la necesitasen.

Descubrí que estaba temblando, y cuando desperté me vi sentada en mi silla, rígida, mirando el racimo de fotografías enmarcadas en plata. ¿Cuánto tiempo había pasado soñando?

Por un segundo me entró el pánico. ¿Dónde estoy? ¿He hecho las maletas? ¿He perdido el vuelo? ¿Sigue siendo todo esto un sueño?

Trojan se removía, inquieto, a mis pies, dándome con sus pezuñas para que le abriese la cristalera y le dejase salir, de modo que preparé el cuerpo y estiré los brazos, para enseguida sentir el aire de la noche refrescando mis mejillas, la fragancia de las reses empapadas en el rocío de la madrugada. Un zorro aulló en el soto.

Ahora que me marchaba no quería moverme del confort de mi chimenea. Allí estaba a salvo, segura de cuanto me rodeaba, relajada. ¿Qué me esperaba en la isla? ¿Qué fantasmas descenderían desde las neblinosas cumbres de la montaña para acecharme?

Vi con alivio que mis maletas ya estaban listas, y que todo se encontraba en orden. Me preparé un *whisky* y salí afuera para llamar al perro. Era todo tan pacífico, tan inglés... Las flores, como espectros de plata a la luz de la luna, acariciaban mis brazos. ¿Cómo se me podía haber pasado por la cabeza abandonar todo aquello en nombre de no sé qué tontería? Pero una promesa es una promesa, y no podía decepcionar a Lois a última hora.

Me senté bajo el cedro y bebí el *whisky* con un suspiro. La última vez que vi Atenas la ciudad estaba en ruinas: un lugar arrasado y mugriento solo apto para las ratas y las cucarachas. Me agradaba saber que la vería de nuevo, tras levantarse de sus propias cenizas. Además, lo que había aprendido allí me convirtió en lo que soy, me enseñó a sobrevivir y también me demostró que era mucho más dura de lo que creía. Pero, más que eso, me brindó los mejores amigos que hice en mi vida.

Regresé lentamente a la puerta y volví a sentarme en la silla. Al día siguiente dormiría muy lejos, pero ahora solo quería ver el alba y revivir las memorias de aquellos días dorados, recordar todo cuanto viví entonces.



## DICIEMBRE, 1940

Penny temblaba bajo su manto, intentando olvidar el entumecimiento de sus dedos mientras cortaba a tientos la manga congelada del uniforme del soldado. Ahora la infección era el enemigo. Las balas habían hecho su terrible labor, pero el trayecto desde la remota estación de salvamento hasta el tren en mitad de la nieve, transportando a los heridos en baldas improvisadas llenas de camillas, había durado tanto tiempo que solo era cuestión de horas que la gangrena reclamase su territorio en la carne vencida.

Miró el rostro ceniciento del soldado, consciente de que aquella vida estaba en sus manos.

Suspiró, recordando con qué orgullo el ejército griego había desfilado a través de Atenas en su camino hacia el norte para defender al país de la invasión. ¿Era aquel uno de los jóvenes dioses que habían marchado por las calles, recibiendo las flores que las muchachas arrojaban a sus camiones, saludándolos y enviándoles besos de la misma forma en que lo habían hecho con las tropas del padre de Penny en su camino a Somme, tantos años atrás? Ahora, aquel joven soldado yacía carcomido por la escarcha, perdido en su aturdimiento, como un deshecho de carne con los dedos ennegrecidos, envuelto en un harapiento uniforme que de poco le podía servir en los traicioneros campos de las montañas del Pindus, durante uno de los peores inviernos que habían tenido lugar en muchos años.

A todos aquellos atenienses que habían bailado hasta el amanecer, disparado salvas al aire para celebrar la resistencia que el primer ministro Metaxas había opuesto a Mussolini en octubre cuando dijo: «Óhi» a sus demandas, ahora les tocaba llorar. La Muerte estaba cosechando buena parte de sus jóvenes. Quizá las campanas estuvieran doblando por la cadena de victorias que empezaban a aplastar al enemigo—tan mal equipados, gracias a Dios, como ellos mismos—, pero el coste en vidas era demasiado alto.

Era terrible ver lo que el barro y el hielo podían hacer sobre un cuerpo humano ya destrozado por suficientes heridas. Algunos, congelados en la inconsciencia, eran devueltos a la vida mediante sopas calientes y bebidas fuertes si encontrábamos suficiente agua para fundir o combustible para encender los hornos. Las lesiones producidas por la congelación eran tratadas con aceite de trementina: para ello se envolvían las heridas en algodón y con ello calentaban poco a poco los miembros. Las infecciones eran regadas con una solución de Lysol y parafina líquida: los médicos amputaban lo mejor que podían.

Y con todo, soportando todo aquel dolor, los hombres sonreían a las enfermeras, las llamaban «ángeles piadosos», y les agradecían cada una de sus atenciones. A

veces Penny solo quería llorar de frustración al ver cómo la luz desaparecía de los ojos de aquellos muchachos. A lo largo de las semanas, los equipos médicos se afanaban en trabajar bajo lámparas provisionales y un calor que apenas duraba frente al avance de la nieve y el hielo, tratando de mantener a sus pacientes con vida el tiempo suficiente para trasladarlos a los grandes hospitales. Muchos no sobrevivían siquiera al trayecto desde el frente hasta las estaciones de salvamento.

Ahora que pertenecía al ala militar de la Cruz Roja, Penny no podía sentir sino un enorme alivio de haber asistido a las conferencias de la hermana McGrath tantos meses atrás, aunque ni eso la había preparado para la realidad: aquel sentimiento de indefensión y furia cuando se quedaban sin vendas, éter y las cosas más esenciales para el cuidado médico no era algo que se aprendiese en una charla. Y no era tarea fácil aprender a abrirse paso entre las hileras de camillas, marcando las que precisaban de un trato prioritario para dar así la oportunidad de vivir, frente a otras que solo servían para ofrecer un poco de comodidad a los moribundos sin esperanza. Penny era consciente de que a los más afortunados podrían curarlos, darles el alta, tal vez, y, en tal caso, regresarían a este infierno de vientos helados y tierras yermas que no perdonaban a nadie.

Con todo, la intensidad con que había que enfrentarse a los desafíos de cada día —limpiar a los hombres, despiojarlos y prepararles la comida— le daba a Penny una enérgica satisfacción como nunca había conocido en su joven vida. «Aquí soy útil, salvo vidas», pensaba. Estaba viva de un modo que nunca antes había experimentado: laboriosa y exhausta, sí, pero satisfecha de que su existencia, al menos, sirviera de pronto para algo.

Yolanda estaba perdida en alguna parte, desempeñando el mismo trabajo que hacía Penny. Era tan reconfortante tener una amiga cercana que supiera exactamente por lo que estabas pasando... Había una enorme camaradería en el grupo; los doctores, las enfermeras, los ayudantes y los camilleros no tenían tiempo para celos mezquinos. Intentaban coger un ratito de sueño cuando podían, vivían de lo que alcanzaban a comer, por poco que fuera, y trataban de protegerse de las pulgas calentando bolsas de agua caliente y metiéndolas debajo de las mantas. Era una batalla perdida, pero al menos el frío había acabado con los insectos de mayor tamaño, lo cual no podían por menos de agradecer.

Allá donde se montaban las tiendas y las estaciones de salvamento, la gente de los alrededores se acercaban ofreciendo abrigos, calcetines y bufandas para los soldados que había en el frente, gruesas mantas y comida que en realidad no les sobraba. Todo el mundo hacía sacrificios en aquella guerra. A veces las ventiscas y el hielo hacían que perdiesen el rumbo por aquellos caminos, pero aun así seguían atendiendo a los heridos, limpiándolos, dándoles de comer, a lo largo de enero y febrero de 1941.

Por lo menos, desde las islas llegaban nuevas tropas para darle el relevo al pobre ejército griego, que había combatido y vencido a los italianos, provocando su retirada hacia las colinas de Albania. Pero el precio pagado había sido muy alto. La victoria

en Ioaninna había supuesto una multitud de prisioneros de guerra que requerían también unos cuidados, patéticos bultos de harapos y hambre que llevaban grabada en el rostro la derrota. Algunos se sentían agradecidos de que les diesen de comer y los refugiaban en las tiendas de campaña, mientras que otros tenían que ser custodiados y vigilados a todas horas. Había tan poca comida para todos que los hombres comenzaban a sufrir la falta de vitaminas, y mostraban una terrible falta de fuerzas cuando eran desplazados a los campos del sur.

En los hospitales de la Cruz Roja no había enemigos, solo hombres asustados y exhaustos que se aferraban a sus últimos cabos de esperanza, agradecidos por cualquier pequeña bondad que se les pudiera mostrar. Penny comprendió enseguida que no había ganadores en aquella campaña. Solo perdedores.

Recibió con alivio la noticia de su permiso. La joven que había acudido al norte con toda inocencia regresaba ahora a Atenas convertida en una mujer bañada en la sangre de la batalla. Llegó allí con un único pensamiento en mente: encontrar una bañera en la que rebosara el agua más caliente y fragante y borrar de su cuerpo todos los horrores que había tenido que presenciar.

La ciudad hervía con la llegada de nuevas tropas: los británicos eran enviados al norte para reforzar las nuevas fronteras, para demostrar a los poderes del Eje que Grecia no estaba sola. Había chicos de azul destinados a las bases que las fuerzas aéreas inglesas tenían en Tatoi y Eleusis. Una vez más, la ciudad ardía de excitación y confianza, convencida de que habían alejado de una vez al enemigo. Pero Penny se sentía extraña a las celebraciones, pues sabía mejor que nadie en Atenas de las tensiones que se vivían en el norte. Si Italia había fracasado en sus intentos de conquistar a sus vecinos, ¿acudiría Alemania en su ayuda?

Había un curso de enfermería al que Penny debía acudir. En las emergencias, se había visto impelida a echar una mano cuando los hospitales carecían del personal necesario, pero había muchos vacíos en sus conocimientos. Ahora que era consciente de que tenía los arrestos para desempeñar aquella difícil labor, entendía que también era el momento de aprender cuanto desconocía en el terreno de las operaciones quirúrgicas.

Preguntaba allá donde iba si alguien había visto a Yolanda, pero nadie parecía saber nada de ella hasta que se encontró con un joven médico que señaló hacia una de las salas del hospital.

—La han trasladado allí.

—¿Está herida? ¡Oh, no!

Penny corrió por el pasillo embargada por el pánico para encontrarse, sin embargo, con que Yolanda avanzaba por la dirección opuesta con un brazo vendado en cabestrillo.

—¡Te he estado buscando por todas partes! Gracias a Dios que estás aquí, pero me han dicho que estás herida. ¿Qué te ha pasado? —saludó Penny.

—Nada, es solo un arañazo que terminó por infectarse. —Yolanda intentó quitarle

importancia al asunto, pero Penny advirtió que su rostro mostraba más cansancio de lo habitual—. Me han dado la semana libre.

—Entonces es algo más que un arañazo. —Penny la miró fijamente—. Ven, vamos por ahí a celebrar tu permiso.

—No puedo... estoy sin un céntimo... —Yolanda vaciló. Penny supuso que la mayor parte de su paga iba directamente a sus padres, que seguían en Creta.

—Invito yo. Me ha caído un dinero que no esperaba —mintió, aunque aún le quedaba en el bote unos cuantos dracmas de la suma que su padre le metió en el bolso disimuladamente antes de su partida. Había guardado esa pequeña reserva para emergencias—: Venga, tomemos unos pastelitos en el Zonar y vayamos luego al Argentina. Quiero bailar toda la noche. Es hora de que nos divirtamos un poco.

—Pero no tengo qué ponerme, y además, ¿qué le digo al rabino Israel? Hace nada que acabo de volver.

—Ojos que no ven, corazón que no siente. Venga, vamos a arreglarnos. Nos vestiremos bien, nos olvidaremos de nuestras ropas de monja y saldremos a pasarlo de miedo. Si alguien se merece eso sin duda somos nosotras.

Penny se sentía en la obligación de decidir por las dos. Habían visto tanto sufrimiento en los últimos meses que solo quería olvidar en los días que tenían por delante.

—¿No te alegras ahora de haber asistido a las presentaciones de la hermana McGrath? —preguntó Yolanda.

—¡Nada de hablar del trabajo, lo prohíbo! —gritó Penny—. Preocupémonos solamente de bailar hasta el amanecer.

—Cómo has cambiado —rio Yolanda.

—Hemos convivido con la muerte todos estos meses, al menos nos hemos ganado ver un poco la vida. ¿Quién sabe a dónde nos enviarán después? Vamos, las tiendas nos reclaman...

Llegaron a las habitaciones de Margery cargadas de paquetes; un vestido para Yolanda y unos zapatos muy bonitos para Penny, jabones con esencia de rosa, artículos de tocador y perfume. Comieron *tiropita* —pasteles de queso— y Sachertorte, riendo por todo y, por primera vez en muchos meses, deliciosamente relajadas.

—Probémosnos todo esto otra vez. Oh, esto es tan decadente —dijo Yolanda, inspeccionando su nuevo atuendo con sumo placer—. ¿Qué diría mamá si me viese con un vestido tan corto?

Era un vestido de seda con las mangas largas y motitas de color blanco y azul marino, y se ceñía a la cintura.

—Sí que estás guapa —le dijo Penny, y enseguida vio que a Yolanda se le subían los colores—. Deja que te cambie la venda del brazo. —Al retirar el vendaje, comprobó que la herida estaba en carne viva y llena de ampollas—. ¿Qué es esto?

—No es nada, solo una quemadura. Ya se me está curando.

—¿Y cómo te la hiciste? —preguntó Penny, curiosa.

—Me la hicieron. Un soldado enloquecido por la fiebre agarró un atizador ardiendo y se abalanzó sobre nosotros. No era su intención, pobre, y de hecho no tardó mucho en morir. Parece ser que tenía la rabia.

La herida era muy profunda y demasiado fea, y dejaría cicatriz. A Penny le hervía la sangre al pensar que Yolanda quedaría marcada de por vida a causa de un loco.

—Vamos a salir esta noche a la ciudad, Margery, no esperes que volvamos hasta que las suelas de nuestros zapatos estén gastadas de tanto bailar. Me llevo las llaves.

Por toda respuesta, Margery se limitó a sorber por la nariz, y se dispuso a pasar la tarde leyendo uno de los libros de su adorada Agatha Christie.

El Argentina estaba lleno a rebosar: las mesas habían sido tomadas por los oficiales y sus novias, pero Penny era una cliente habitual desde sus días de estudiante y no tardaron en acomodarla en la barra. Reconoció algunos rostros familiares de la legación inglesa, viejos amigos que llamaron de lejos a las enfermeras y les buscaron una silla para sentarlas a sus mesas. La orquesta estaba en plena forma y los oficiales salieron a bailar antes de lo habitual, haciendo girar a sus parejas por toda la pista. Se les invitaba a beber, especialmente si los soldados se enteraban de que aquellos hombres habían estado en el frente. Todo el mundo quería saber lo que se cocía en el campo de batalla. Aquello no era lo que Penny deseaba para pasar la noche, de modo que sugirió buscar otra mesa para poder hablar de sus cosas. ¿De dónde había salido toda esa confianza de la que antes carecía, especialmente en eventos sociales? Meses atrás ni siquiera se hubiera atrevido a acudir a un lugar así sin un hombre que la llevase del brazo, pero las cosas estaban cambiando, y para mejor. Empezaba a conocerse a sí misma un poco más, a medida que iba sobreviviendo a los rigores de la vida en el frente. Yolanda y ella se merecían un tiempo de asueto, y no tenían que sentirse culpables por ello. Pero no era tan fácil convencer a Yolanda.

—Si alguien me reconoce me veré en problemas —susurró Yolanda—. Esto no es lo que las chicas solteras hacen en mi comunidad. Espero que nadie le cuente una palabra a los Israel, y que estos escriban a mi madre. No podemos salir sin una carabina. La verdad es que me debería marchar.

—No, no lo hagas. ¿Por qué no vas a poder vivir tu propia vida? Si alguien merece un descanso, esa eres tú.

Al momento, una procesión de atractivos soldados y oficiales de las fuerzas aéreas las acompañaron a la pista de baile. Todos ellos se comportaron debidamente, pero a medida que el alcohol se les iba subiendo a la cabeza aumentaba la fuerza con la que apretaban a las jóvenes contra sus cuerpos, y no tardaron en pedirles su dirección. Cuando regresaron a las habitaciones de Margery, estaban cansadísimas pero relajadas. Yolanda decidió pasar la noche allí, para no molestar a los Israel.

Para sorpresa de Penny, Margery estaba todavía levantada, y en su rostro había una extraña expresión de pesar:

—Ha venido alguien a visitarte —anunció, mientras Penny se quitaba los zapatos con un suspiro de alivio—. Uno de los muchachos de la Escuela Británica de Arqueología... un tal capitán Jardine.

—¿Bruce? ¿Bruce Jardine? ¿Está aquí, en Atenas?

Penny se sintió desconcertada por un segundo. Había estado tan ocupada que no había pensado en Bruce en varias semanas.

—Al parecer se enteró de que sigues aquí y quería saludarte y ver qué tal te iba. Ha traído algunas cartas de tu hermana —dijo Margery, dejando caer un montón de sobres cerrados sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí? ¿Y en qué regimiento? —Penny se sintió emocionada porque hubiera acudido a buscarla después de todo ese tiempo, pero un poco decepcionada por no haberle visto.

—Calma, calma, ese joven es un cabeza loca... ¿pero quién no lo es, hoy día? Te dejó un número de teléfono. Pero llámale mañana, no ahora; es la una y necesito dormir un poco.

—Perdona que te haya mantenido despierta por esto, eres tan buena... —dijo Penny, con el rubor de la emoción en las mejillas.

—No podía dormir. El cable ha transmitido noticias bastante perturbadoras. Hitler está llevando tropas a Rumanía. Parece que pretende terminar lo que los *espaguetis* empezaron... Escucha bien lo que te voy a decir: como muy tarde, estará en Atenas para la Semana Santa. Es hora de que hagamos las maletas.

—Parece que vamos a tener que ponernos otra vez el uniforme. —Yolanda miró a Penny con preocupación.

—Por eso las tropas están aquí. Pero si Hitler se cree que los ingleses vamos a ser una bicocha, mejor que se lo piense dos veces.

Penny replicó con una confianza que en realidad no tenía.

—¿Y bien? ¿Quién es ese Bruce Jardine? —le preguntó Yolanda, cambiando de tema—. Con solo oír su nombre te han subido los colores a las mejillas.

—Oh, alguien que conocí cuando era estudiante —dijo Penny, sin querer entrar en detalles acerca de su infantil enamoramiento, tantos meses atrás. Ahora era una persona muy diferente de la que Bruce probablemente pensaba encontrar.

Yolanda durmió en una camita plegable en el dormitorio de Penny, mientras esta no hacía más que dar vueltas sin pegar ojo. Bruce había ido a visitarla. Si se hubiera quedado en casa le habría visto... pero no importaba, le llamaría y trataría de verle cuanto antes.

«¿Pero de verdad quiero verle?», se preguntó. «¿De verdad quiero remover los sentimientos de entonces?». Debía darle las gracias, al menos, por haberle traído el correo; eso sin duda era lo adecuado. ¿Pero era esa la única razón por la que le agradaba tanto la idea de verle? Era absurdo volver a despertar en su corazón lo que ya creía haber enterrado con el paso del tiempo. Seguro que por la mañana tendría las ideas más claras. Pero una cosa era cierta: Penny Georgiou tenía prioridades más

importantes en el presente, y la idea de que el ejército de Hitler se dirigía al sur no ayudaba tampoco a sentirse mejor. Agitándose en la cama, escuchó el ulular del búho bien entrada la noche, y después el saludo del gallo a la alborada, y solo entonces se quedó dormida.

En el número que Bruce había dejado no contestaba nadie. Por fin, la soñolienta voz de una mujer respondió. Penny quiso tirar contra el suelo el auricular, terriblemente decepcionada.

—¿Quieres hablar con Bruce? Querida, *todas* quieren hablar con Bruce... — Aquella voz de fuerte acento hizo una pausa y luego exclamó, lejos del receptor—: ¿Adónde ha ido?

Se escucharon unas voces distantes, entre ellas la de un hombre.

—Lo siento, no te puedo ayudar —le dijo la voz a Penny—. Parece que los han reunido urgentemente, no sé dónde. ¿Quién digo que ha llamado?

Penny colgó sin responder, y con menos ganas de escuchar el habla arrastrada de la resacosa amante de Bruce. Era el mismo Bruce de siempre: al menos en su atracción por las mujeres no había cambiado. Salió apresuradamente de la habitación, furiosa por haber alimentado la absurda esperanza de que aquella visita no hubiera sido únicamente para entregar el correo y cumplir con los deseos de Evadne.

Yolanda se marchó temprano para regresar con los Israel, dejando atrás su vestido nuevo como prueba de aquella última salida nocturna.

En la panadería, Penny escuchó que el general griego Papagos esperaba que sus tropas permaneciesen en Albania mientras los ingleses se dirigían al norte para apoyar las fuerzas apostadas en la frontera con Bulgaria. Pero en la tienda de comestibles oyó justamente el rumor contrario. Ella conocía el estado en el que se encontraba el ejército en el oeste y la extenuante valentía con la que había tratado de defender cada centímetro de territorio griego, pese a la escasez de equipamiento bélico y las pocas balas con las que contaban. El pueblo ateniense ignoraba lo peligroso que se estaba volviendo aquel conflicto.

Margery regresó a casa de su trabajo en la embajada, y dejó caer que estaban teniendo lugar una serie de reuniones de alto nivel en el hotel Grande Bretagne. Hasta al propio rey se había visto pasear por el vestíbulo acompañado de todo su séquito. El ambiente era cada vez más irrespirable, y había planes para evacuar a las tropas y a los residentes ingleses de los puertos del sur, por temor a que fracasase la alianza.

Penny se preparó para ser reclamada otra vez al servicio con el corazón en un puño.

Ni siquiera resultaba algo halagüeño unirse al mejor ejército del mundo. Al avanzar hacia el norte, esta vez Penny sabía bien lo que le aguardaba. Se tomó su tiempo para admirar la belleza salvaje de las montañas, el manto de flores salvajes — rojas, amarillas, blancas— en pleno brote. La gente de los pueblos lanzaban pan y

pasteles a los camiones, y vino, como si estuvieran celebrando alguna victoria. Su alegría no iba a durar mucho tiempo.

Comenzaron los primeros ataques sobre la ciudad y el puerto del Pireo. El *Clan Fraser*, un carguero que bogaba repleto de armas, explotó, destruyendo todos los barcos de las proximidades y muchos de los atracados en el puerto, sumando a ello una terrible cifra de pérdidas humanas. Después, a través de un paso de montaña llegaron las tropas de las divisiones de montaña alemanas, rompiendo fácilmente la línea de defensa griega. En cuestión de días, Salónica cayó y el segundo ejército griego se rindió a los alemanes. Solo Nueva Zelanda y las tropas británicas quedaron en pie para mantener la línea defensiva.

Penny volvió a atender a los heridos que eran trasladados en camiones otra vez al sur mientras las noticias se iban haciendo más preocupantes cada día. Los ingleses no aguantaban más. Ni del este ni del oeste llegaba ningún refuerzo, y la moral de las tropas comenzó a verse minada tan pronto tuvieron que replegarse y entregar los territorios ganados a tan alto coste. La Quinta División Cretense luchó con enorme valentía en Aliakmon, pero las fuerzas contra las que combatían eran mucho más poderosas y les superaban en artillería, soldados y equipo.

De pronto, la pesadilla de la retirada comenzó en serio, y buena prueba de ello eran los hombres de aspecto devastado que enfilaban el camino hacia el sur, bombardeados constantemente por aviones y artillería pesada. Los camiones eran engullidos por enormes cráteres que aparecían súbitamente en los caminos, y que se tardaba horas en cubrir con escombros y animales muertos. Se tardaba días enteros en cubrir unos cuantos kilómetros, en lugar de unas pocas horas. El avance era dolorosamente lento, la retirada de los soldados —con sus uniformes hechos jirones, sus rostros asolados por la fatiga y la derrota—, un asunto sangriento. Los heridos más graves eran escondidos en los pueblos o abandonados a su suerte, cuando ya no había nadie que pudiera trasladarlos.

El grupo de Penny se hizo cargo de todos los heridos que pudo. Yolanda, que no trabajaba muy lejos de ella, acudió con un médico a atender a los heridos que aún se mantenían en pie, y en ocasiones trasladaban a los hombres cargados a la espalda para llevarlos a un lugar seguro.

Un soldado rogó a Penny que no le tomase la temperatura, pues lo único que quería era levantarse y regresar al combate todavía a medio curar de su infección.

—Ya estoy bien, déjame volver. Los que están allí son mis amigos. ¿Cómo voy a mirar a los ojos a sus madres si no salgo a su encuentro?

Se habían acostumbrado a levantar campamentos improvisados para ayudar a los hombres que encontraban en el camino. Todo resultaba fácil de plegar y desplegar. Las camas, las sillas, los botiquines y las cajas con equipo médico, los hornillos de gas y las sartenes, eran cargados en mulas y desde allí trasladados a los lugares señalados temporalmente por las treguas.

Cuando llegaban a un río tenían que hacer uso de cuerdas y poleas, poca cosa, en



realidad, comparado con el esfuerzo de persuadir a los animales para que vadeasen sus aguas, y Penny, que guiaba a la primera mula del convoy, solo podía confiar en su capacidad para dirigir a las restantes tan bien como cualquier hombre. Intentaba imaginar que estaba otra vez en las colinas de Escocia, entre cañadas y mares de helechos. Qué simples y exuberantes eran aquellos días que ya quedaban tan atrás... Aquí se hallaban en un peligro constante, a causa de los aviones alemanes que avistaban sus campamentos. Al principio Penny supuso que nadie ignoraría los enormes signos de la Cruz Roja que portaban en los uniformes y en el techo de las tiendas de campaña, pero había quienes preferían no reparar en ellos y todo el mundo tenía que correr a las trincheras para cubrirse del fuego enemigo. Cuidaban de los heridos, fueran amigos o enemigos, pero a los soldados que montaban guardia algo así les resultaba difícil de digerir después de ataques semejantes.

Por la noche, las monjas se miraban las unas a las otras con gesto impasible, sin nada que decir. ¿Cómo era posible que Grecia estuviese cayendo tan rápido?

Un doctor sonrió y suspiró:

—Esperaba tener la cena de Navidad en Atenas, y así fue, pero solo Dios sabe dónde me comeré el huevo de Pascua...

La expresión de Yolanda se tornó más sombría cuando escuchó los crecientes rumores que hablaban de redadas de judíos en las fronteras. Se decía que algunos, apartados del resto, eran tomados como rehenes y otros, simplemente, morían ejecutados.

Aunque Yolanda tenía más razones que nadie para estar preocupada, al final todo era cuestión de poner un pie delante del otro cuando su camión se averiaba. Penny se preguntaba si alguna vez volvería a sentarse. Jamás en su vida se había sentido tan sucia: le picaba el cuero cabelludo, y tenía la piel irritada por las mordeduras de las pulgas, pero no había tiempo para autocompadecerse mientras los heridos se amontonaban pidiendo ayuda. ¿Cuándo terminaría aquel viaje?

Una a una, las líneas defensivas se fueron haciendo añicos: el río Aliakmon, las defensas del monte Olimpo y luego el famoso (y estrecho) paso de las Termópilas, donde el rey Leónidas y los espartanos resistieron el avance de Jerjes y las hordas persas. Las tropas británicas y neozelandesas seguían batiéndose en retirada, y los médicos y enfermeras de la Cruz Roja seguían retrocediendo con los heridos, en tanto los campamentos médicos eran ocupados o destruidos.

Penny llegó a la ciudad de Kifissia, en el sur, donde todo estaba sumido en el caos. Trataba de conseguir un lugar donde acomodar a los heridos: hoteles, tiendas, cualquier sitio en el que pudieran refugiarse y recibir tratamiento. Los soldados necesitaron siete días para regresar desde el norte, y para entonces los que habían recibido peores heridas se encontraban en una condición terrible. Las improvisadas salas que se levantaban en los hospitales de campaña eran poco más que un puñado

de tiendas abiertas al aire libre, refugios que protegían del sol y la lluvia. Las tropas griegas agradecían el trato, pero Penny se sentía inquieta. Había un esfuerzo constante por encontrar agua caliente, y, sin cuñas ni canales de desagüe, el lugar apestaba. El omnipresente estrépito de las armas que se escuchaba en la distancia hablaba a las claras de cuanto ocurría en la retaguardia, de la desesperación con que allí el ejército trataba de contener el avance enemigo.

Los prisioneros de guerra alemanes se mostraban intranquilos, y temían que los asesinasen antes de que su ejército pudiera liberarlos. Ofrecían sobornos, y el miedo y la inquietud eran sus compañeros durante el tiempo en que eran atendidos.

Las enfermeras trataban de mantener las rutinas higiénicas pero los soldados griegos seguían yaciendo envueltos en uniformes sucios, sin afeitar, cubiertos de piojos y pulgas, y con la moral tan baja que algunos terminaban pegándose un tiro. Los médicos se veían obligados a llevar un revólver durante sus turnos, ante la posibilidad de que se desatasen conatos de indisciplina. Era solo cuestión de tiempo que las enfermeras británicas fueran evacuadas a Egipto junto con los enfermos más graves que estuvieran en condiciones de viajar, pero los constantes bombardeos aéreos convertían en extremadamente peligroso cualquier intento de avanzar hacia los puertos.

El día de Pascua fue realmente sombrío, aunque todo el mundo trataba de hacer lo posible por festejar la más sagrada de las celebraciones. No había bailes en la ciudad, no cuando tantas mujeres habían enviudado y tantos niños habían quedado huérfanos. Y, con todo, a los ejércitos que se batían en retirada solo se les mostraba cortesía y preocupación:

—¡Nike! ¡Nike! —Las jóvenes les arrojaban flores y les deseaban lo mejor—. Volved pronto... Cuidaos... Que Dios os acompañe y esté con vosotros.

Daba auténtica lástima verlas flanqueando las calles, vestidas de negro. No cabía duda de que sabían que aquella retirada era algo más que una simple huida.

En medio de sus obligaciones, Penny recibió a un visitante de la embajada, el señor Howard, un oficial vestido con un traje de lino que había trabajado junto a Walter antes de su partida.

—Ya es hora de que regrese a casa, señorita George —le dijo el señor Howard—. Walter ha realizado las disposiciones necesarias para que zarpe en el próximo barco. Espero que tenga la maleta hecha. Es algo muy irregular, pero tenemos listos sus documentos de transporte. Solo necesita firmarlos.

Penny se detuvo y encendió un cigarrillo. Ciertamente, lo necesitaba:

—No tenía constancia de ello. Pero ya ve la situación que tenemos aquí. Soy enfermera. ¿Cómo voy a marcharme, sin más?

—Los heridos ingleses están siendo ya evacuados, y sus enfermeras con ellos. Las enfermeras y las monjas griegas se quedarán al pie del cañón. Señorita, lo que le pedimos es que esté preparada para cuando la llamemos.

Penny sintió de repente una andanada de rabia, al pensar en los esfuerzos que la

Cruz Roja había realizado para ayudar a todos los heridos posibles:

—Entonces debo abandonar aquí a los heridos griegos que estoy atendiendo, ¿no?

—Eso es problema de *su* gobierno. El nuestro es sacar de aquí a soldados y personal de relevancia tan pronto como podamos.

Penny sacudió la cabeza, dando a entender que ya había escuchado suficiente:

—Gracias por su ofrecimiento, pero tengo algunos pacientes que atender. Me quedaré aquí.

—No se comporte como una niña idiota, ¿quiere acabar encerrada por su condición de extranjera? Tiene pasaporte británico.

—Tengo apellido griego, puedo pasar por una enfermera griega —insistió.

—¿A quién pretende engañar, señorita George? Ahí dice que es menor de edad.

—En realidad es Georgiou. Y perdóneme, pero tengo que seguir con mis obligaciones. Me iré cuando me lo ordenen mis superiores, no antes.

El señor Howard se marchó como alma que lleva el diablo, murmurando entre dientes que había tenido suerte de que le diesen aquella preferencia. Pero lo que Penny no quería precisamente era un trato preferente. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel individuo se equivocaba respecto a su edad, que su vigesimoprimer cumpleaños había pasado ya sin pena ni gloria, sin siquiera un pastel o unas flores para celebrarlo. Había estado tan ocupada durante semanas, tan lejos de la ciudad... y el correo era tan errático. ¿Cómo podía haber pasado por alto algo así? Ahora era libre para decidir por sí misma, y acababa de tomar otra importantísima decisión al despachar de aquella manera al señor Howard. Cuánto había cambiado Penny en los últimos meses... Ya no reconocía su antiguo carácter, la desapasionada debutante, la adolescente de corazón roto... ¿pero cumplir veintiún años, y olvidar esa fecha? Bueno, ya se aseguraría de que todo el mundo celebrase su cumpleaños a la manera tradicional griega, con chocolates y pasteles, aunque era más fácil decirlo que hacerlo en medio de aquel caos.

Llamó a un camillero y le pidió que fuese a la pastelería local para comprar pasteles de miel y vino, con el fin de invitar al personal del hospital de campaña. En mitad de aquella carnicería era un capricho quizá absurdo, pero bien recibido por todos:

—*Chronia Polla*, ¡y que cumplas muchos más! —exclamaron tanto médicos como enfermos.

Más tarde, abrazados cada cual a su cacao, mientras observaban el cielo de la noche iluminándose con un sinfín de estrellas y escuchaban el lejano crepitar de las bombas, Penny decidió confiarle a Yolanda la visita que le había hecho el oficial de la embajada.

—Prometí a mi padre que volvería a casa si mi vida corría peligro, ¿pero cómo voy a irme ahora, después de todo lo que ya hemos pasado?

Yolanda miró hacia la ciudad, que se hallaba sumida en las sombras, y suspiró:

—Yo he estado pensando lo mismo. Le prometí a mis padres que me encontraría

con ellos en Creta. Cuando venga el enemigo estoy segura de que apareceré en alguna lista, si los rumores son ciertos, y puedes creerme: he oído rumores horribles... ¿Crees que debería marcharme ahora?

Penny sacudió la cabeza:

—Debes hacer lo que sea mejor para ti, pero te echaré de menos. Yo me quedaré hasta el amargo final. Tendrán que sacarme de aquí con una palanca. Todo el mundo está tan triste, tan desencantado... Hoy me encontré con un niño que se negaba a comer o beber. Me dijo, simplemente, que se quería morir. Otros quieren regresar a casa. ¿Quién los ayudará, si no lo hacemos nosotros? No puedo dejar de pensar que los estoy abandonando. Me sentiría avergonzada de ser inglesa si voy y lo que hago es saltar al primer barco para ponerme a salvo.

—Prométeme que me escribirás, pase lo que pase. —Yolanda sonrió, dándole una palmadita en el brazo—. Y feliz cumpleaños. Lamento que no sea gran cosa, pero quería que recibieses algo en este día tan especial.

Sacó un paquetito de entre los pliegues de su manto.

Penny abrió el paquete y dentro encontró un precioso pañuelo blanco bordado a mano, con sus iniciales enroscadas a una Y de color púrpura y una delicada flor.

—¿Lo has hecho tú? Dios mío, es precioso... No tenía ni idea de que hacías estas cosas, y el festón de encaje... —Penny sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Acabemos donde acabemos, siempre seremos amigas. Ojalá y también yo pudiera darte algo...

—Todavía no es mi cumpleaños, espera hasta octubre. —Yolanda señaló la flor de color violeta—. Ahora, cada vez que mires estas florecitas durante tus viajes te acordarás de mí, de nosotras. Amigas para siempre —añadió.

—Muchísimas gracias —susurró Penny, abrazándola con fuerza—. Siempre lo llevaré conmigo.

Dos noches más tarde, todas las enfermeras recibieron la orden de ayudar a las británicas a reunir a los heridos para su evacuación en camiones y ambulancias, y todo cuanto pudiera servir como medio de transporte. Las lágrimas bañaron los rostros de las británicas al tener que separarse de sus fieles ayudantes griegas, pues sabían que quedaban a merced del enemigo, ya a escasos kilómetros de la ciudad. Envueltas en sus mantos, Penny y Yolanda aguardaban junto a los enfermos y heridos que yacían en las camillas, comprobando las vendas y el pulso cardíaco mientras avanzaban lentamente hacia la playa al amparo de la oscuridad.

Al principio la retirada fue haciéndose ordenadamente, pero tan pronto los heridos fueron evacuados de los hospitales de campaña comenzaron los bombardeos, y los inevitables cráteres, camiones abandonados y ambulancias volcadas bloquearon aquel despacioso avance. Aquellos restos contaban la historia de una retirada violenta, apresurada: caballos muertos con un disparo en el cráneo, maletas saqueadas y abiertas de par en par, objetos tirados al albur de la huida, armas destrozadas. Había hileras humanas que se dirigían a una misma dirección, y allá en la distancia se veían

las tristes siluetas de naufragadas naves —barcos mercantes, buques de guerra, pequeños bajeles—, mientras que otras se mecían con vaivén incierto sobre las aguas de Nauplion.

Los muelles habían sido bombardeados de tal manera que casi era imposible reconocerlos: el hedor de la cordita y la carne putrefacta estaba por todas partes. ¿Acaso alguien creía posible embarcar en aquellas naves antes del amanecer? Sería un milagro, en tamaña confusión de hombre y maquinaria, pero alguien barbotó las primeras órdenes, y las hileras de refugiados se acercaron a la orilla, y procedieron a vaciar las camillas con sumo cuidado. Por suerte, el cielo estaba libre de aviones aquella noche, y el resplandor de la luna carecía de intensidad y de fuerza.

Penny contempló los barcos que rielaban en la bahía con un peso en el corazón. ¿Cuántos de ellos llegarían a salvo a sus respectivos destinos? ¿Qué sería de ellos cuando las tropas abandonasen la ciudad? De improviso, uno de los soldados que habían asignado a su cuidado comenzó a temblar de pánico. Fueron necesarias tres personas, Penny y dos de sus compañeros, para poder contener sus espasmos e inyectarle un sedante. Cuando por fin consiguió calmarse, la cola para embarcar había avanzado un poco más, de modo que al menos la evacuación se desarrollaba adecuadamente.

Yolanda estaba lejos del alcance de su vista, ocupada en atender a los heridos que aún podían mantenerse en pie, guiándolos hacia las naves que aguardaban en la zona de embarque. Penny prosiguió con los trámites administrativos, confortando cuando podía a los agitados hombres que avanzaban con pasos lentos hacia el final del muelle, esperando que Yolanda se uniese a ellos.

—¿Dónde está la enfermera Markos? —preguntó, media hora después. Ya casi era hora de regresar al hospital de campaña para recoger a los nuevos heridos, que llegaban en otra nueva ambulancia. Caminaba entre la multitud, buscando a su amiga. Nadie parecía saber dónde estaba, ni importarle siquiera, mientras seguían afanándose en sus obligaciones. ¿Qué significaba una sola enfermera, entre tantas?

Solo cuando comenzó a deshacer lo andado, Penny concluyó con alivio que Yolanda debía de haber sido trasladada en otro camión hacia el hospital. Subió a toda prisa las escaleras para examinar la sala de personal, el lavatorio, los pasillos del ala de operaciones y los aduares que rodeaban el edificio. Pero llegó la noche, y al ver que seguía sin tener noticias de Yolanda, a Penny comenzó a entrarle el pánico. ¿Por qué no estaba allí? No creía que se hubiera marchado sin decir una palabra a nadie.

Yolanda nunca hubiera abandonado sus responsabilidades. ¿Había ocurrido algo en el muelle, con aquel gentío? Muchos de los individuos que llegaron allí en busca de un pasaporte a la libertad eran tipos desesperados, algunos borrachos, y Yolanda era menuda y muy atractiva. Pero era imposible que alguien se atreviera a hacer daño a una enfermera con el uniforme de la Cruz Roja... ¿Se habría resbalado en la playa y caído al mar? La mente de Penny buscaba ansiosamente una explicación mientras recorría cada sala, cada pasillo, esperando que aquel rostro familiar apareciera en

alguna parte, con la expresión somnolienta de los últimos días.

Cuando aparecieron por el horizonte los primeros rayos de sol, Penny supo en su corazón que Yolanda se había marchado, dejándola allí abandonada y sola. Algo terrible tenía que haber pasado. Aferró con fuerza el pañuelo que Yolanda le había regalado, consciente de que pronto sería su turno de embarcar junto a los heridos. ¿A dónde los mandaban? ¿Volvería a encontrar alguna vez a su amiga?

En los días que siguieron, la desaparición de Yolanda inquietó y confundió a Penny. Se sentía aislada, repentinamente privada de toda compañía, y su decisión de permanecer allí comenzó a tambalearse, debilitándose a cada minuto que pasaba. «¿Qué ayuda podré prestar, si terminan apresándome?», se preguntaba. Por lo menos, si regresaba a casa por mar podría seguir ejerciendo su labor como enfermera. Después supo que los ataques aéreos habían sido retomados por el enemigo, y que los barcos que transitaban por el Egeo habían sido hundidos. Solo unos pocos pilotos de las fuerzas aéreas británicas trataron de cubrir la retirada de los heridos y los últimos movimientos en la retaguardia. Si Yolanda había embarcado de veras en el *Ulster Prince*, ¿dónde estaría ahora? Penny tenía miedo solo de pensarlo.

No tardaron en llegar las primeras noticias del hundimiento del vapor *Hellas*, rebosante de civiles que habían sido quemados vivos en el puerto del Pireo.

—Nosotros nos ocuparemos de ello, atenderemos a nuestros soldados. Tú regresa a cuidar a esos pobres jóvenes de tu país —insistieron las enfermeras griegas a Penny.

Permaneció en vela durante toda la noche, preguntándose si no estarían en lo cierto. Había prometido a su padre que volvería a casa, así que el problema no era agachar la cabeza y solicitar la evacuación con el orgullo herido. Pero si se iba, lo haría con infinito pesar.

El caos reinaba en el despacho de la embajada, y lo cierto es que Penny no fue precisamente bien recibida, después de haber rechazado el ofrecimiento de uno de sus oficiales.

—Es demasiado tarde, jovencita. Todo el mundo se ha marchado ya —le espetó el oficial—. Deberías haber venido anoche.

Al pasar junto a la cola, el señor Howard pareció indeciblemente satisfecho al verla allí. Su expresión petulante era más de lo que Penny podía soportar. Huir era de cobardes. ¿Y no acababa Penny de celebrar su entrada en la madurez, la libertad de que ahora disponía para elegir su propio camino? Haciendo acopio de fuerzas, irguiendo la espalda, Penny dio media vuelta y enfiló sus pasos hacia la puerta.

Deslumbrada por la luz cegadora de la tarde, Penny dio un traspie y tropezó a la salida de la embajada, pero un brazo apareció de la nada para evitar que cayese.

—¡Cuidado! —dijo un hombre vestido de uniforme. Y entonces exclamó—: ¡Por

el amor de Dios! ¿Qué haces todavía aquí?

Penny levantó la vista y vio el rostro de Bruce Jardine, quemado por el sol. Por un instante sintió una desbordante alegría al ver a alguien conocido y sonrió de oreja a oreja, pero entonces, temerosa de recibir una nueva reprimenda, se apartó de su lado, irritada.

—Parece que me voy a tener que quedar aquí mientras dure la guerra —replicó, sin ganas de charla.

—Pero si le pedí a Walter que te sacasen de aquí hace siglos. ¿Dónde has estado?

Penny le dedicó una mirada de profundo desprecio:

—He estado en la frontera albana desde enero con la Cruz Roja. Pensaba olvidarme de todo y volver a casa, pero, como siempre, parece que he llegado un poco tarde...

—¡Tonterías! Te sacaré de aquí, pero tienes que actuar aprisa y no hablarle a nadie de ello. Jerry está a escasos kilómetros de la ciudad. De hecho vine a verte...

—Lo sé, y llamé al número que dejaste, pero tu novia no sabía dónde estabas.

—Era Sadie, la amiguita de Dennis. Yo también he estado de acá para allá; no puedo decir dónde... Venga, deja que te invite a una copa, me da la impresión de que te vendrá bien. Estás terriblemente delgada, pero bueno, lo cierto es que siempre fuiste un poco palo. Es horrible lo que está ocurriendo, ¿verdad?

Al menos, tuvo la decencia de mostrar preocupación.

—Se podría decir así.

Penny no podía evitar mostrarse irritable, incómoda ante aquel inesperado encuentro y más aún al ver aquel rostro jovial y desenfadado. Como siempre, Bruce siguió hablando como si no hubieran pasado más que unos días de su último —y vergonzante— encuentro.

Sentados en aquella terraza, mientras bebían sus cócteles con un *meze* de frutos secos y nueces, Penny apenas podía creer que estaban en mitad de una guerra. A simple vista todo parecía normal: el estrépito de los tranvías y los gritos de los vendedores callejeros que colocaban sus mercancías sobre las mesas, peleándose con los carros tirados por burros que, repletos de pasajeros, se alineaban como taxis al sol... la calma que precede a la tormenta. Aquella noche, Penny se sentía por fin a salvo, y todo gracias a que había acudido a la embajada en el momento justo. Parecía tan irreal...

—Debería quedarme. Me necesitan —dijo, con un suspiro.

—Los griegos se encargarán de sus propios problemas, aunque ahora necesitan que luchemos junto a ellos y, probablemente, que regresemos un día. Supongo que les habrás escuchado gritar: «*Nike...* Victoria...», mientras esos pobres diablos trataban de llegar a la ciudad, vencidos y derrotados. Y aun así, no le van a poner las cosas fáciles a esos bastardos.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó Penny.

Bruce se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Donde más nos necesiten, donde atraque nuestro barco. No tienes que preocuparte por eso. Cogemos un taxi e iremos a por tus cosas. No voy a perderte de vista, te guste o no. Evadne me mataría si no logro que su hermanita vuelva a casa de una sola pieza.

El rostro de Bruce, reseco y correoso de tanto sol, se surcó de arrugas mientras elaboraba una sonrisa.

¿Por qué de pronto Penny se sentía mal, culpable? Hubo un tiempo en que habría visto a Bruce como su caballero andante, montado en un blanco corcel, que acudía a rescatarla, pero ahora estaba haciendo que su decisión de marcharse fuera demasiado fácil. Y, con todo, ¿era aquel inesperado encuentro una señal de que ya había llegado la hora de abandonar la península? Resultaba ciertamente extraño que sus caminos insistieran en cruzarse, y nada parecía vacío cuando Bruce aparecía en escena, ¿pero quería Penny embarcarse en otra aventura en la que Bruce tuviera el control sobre las cosas, o era mejor dar un paso al frente y labrarse su propio camino? ¿Y cómo podría actuar así ahora? ¿Adónde le llevaría aquello, y lo más importante de todo, sobreviviría? La embajada se había lavado las manos respecto a lo que pudiera sucederle, así que quizá no había una opción mejor, pensó, esforzándose por agradecer la ayuda que Bruce esperaba brindarle. Si al menos Yolanda hubiera estado allí... Oh, ¿cómo se las apañaba Bruce Jardine para que siempre le hiciera sentir tan confusa?

El convoy de diplomáticos, acompañados de sus familias y una escolta de soldados, se dirigió al atardecer hacia el puerto de Monemvasia. Las familias de los diplomáticos viajaban en un yate vapor, el *Iolanthe*, mientras que la huida de Penny, algo más sutil, tendría lugar en una pequeña nave griega, acompañada de algunos políticos griegos y personal de la embajada que escapaban de Atenas con sus mujeres e hijos. La nave había sido alquilada a un farero que conocía las más remotas islas del Egeo.

—Solo podemos viajar bajo el manto de la oscuridad —explicó Bruce.

Penny temblaba, y agradeció estar cubierta con su manto de la Cruz Roja y el traje de campaña color caqui que le había proporcionado una de las enfermeras del ejército, despidiéndose de ella entre lágrimas. También le regaló un medallón de San Cristóbal para que la protegiese durante el viaje. ¿Cómo era capaz de abandonar a aquella buena gente? Pero, con todo, sabía que su mera presencia bastaría para ponerlos a todos en un riesgo mucho mayor, pues serían acusados de amparar a una extranjera.

Avanzando por aquellos baqueteados caminos, ahora tan familiares, Penny dedicó una mirada a la plomiza sábana que era el mar. Parecía muy en calma, pero el peligro acechaba bajo el agua, desde los submarinos, o muy por encima de ella, si tenían la mala suerte de verse asaltados por las bombas que llovían desde el cielo. Rezó por no



estar ocupando el asiento de otra persona, si bien Bruce le aseguró que había suficiente espacio en el bajel para rezagados de última hora. El *Amalia* parecía un barco sólido y en buenas condiciones para navegar, que era más de lo que podía decirse de su capitán. El tipo se asemejaba más a un pirata, con aquella barba negra, y daba tumbos por toda la cubierta, tan borracho que resultaba asombroso que aún se mantuviese en pie. Bruce y sus amigos lo arrojaron a la bodega, asqueados de su presencia.

—¿Alguien sabe mover este trasto? —gritó.

Dos neozelandeses de piel morena, con pantalones andrajosos, aguardaban en la playa a que les permitiesen subir al barco, y enseguida se ofrecieron para ponerse al mando de la tripulación griega, que parecía nerviosa. Hasta que pudieran espabilar al capitán, aquella variopinta tropa iba a ser la encargada de conducir el barco.

Lentamente, en silencio, comenzaron a abrirse paso aguas adentro. El *Iolanthe*, que había zarpado unos minutos antes, ya solo era una pequeña mancha en el horizonte. Acunada por el temblor de los motores, Penny se recogió bajo su manto, intentando coger el sueño. El peligro rondaba bajo aquellas aguas y nadie osaba musitar una palabra, y aún menos al observar los humeantes restos de los barcos que yacían en las profundidades. Penny contemplaba las oscuras aguas con expresión abatida, oliendo el olor delator del aceite y la goma quemada, con sus tenebrosos pensamientos por toda compañía.

Todo había sucedido tan deprisa... Encontrarse con Bruce, hacer la maleta, recoger su uniforme y sus papeles, decir adiós: todo en una sola tarde. A medida que el buque se alejaba de la costa, Penny pensó en Yolanda, y no podía sino preguntarse dónde estaría ahora, y sobre todo si seguía aún con vida. Pronto, el entumecimiento y el aturdimiento de la fatiga, y una buena dosis de vino tinto, lograron asentar su revuelto estómago.

Despertó con las primeras luces del alba, con los miembros rígidos y mucha hambre, consciente de que ahora serían perfectamente visibles desde el aire. Bruce había ordenado que no se dejasen ver ni hombres, ni armas, ni cascos ni uniformes. Había una lona bajo la cual podían ocultarse, en caso de que sucediese lo impensable. Penny apenas se daba cuenta de que contenía el aliento en su constante otear el horizonte, buscando la presencia del enemigo ya fuera en el cielo o bajo el agua. Nadie hizo el menor ruido cuando, minutos después, escucharon un lejano rumor de motores. El destino jugaba en contra del grupo de evacuados, pero nadie se dejó llevar por el pánico. Era el momento de poner en marcha la estrategia de Bruce.

—¿Estás bien, Pen? ¿Sabes lo que debes hacer? —le preguntó, mientras se agachaba para no ser visto.

Penny asintió, intentando no temblar mientras se despojaba del manto y los pantalones y se embutía en un par de pantalones cortos, que recogió para dejar ver sus largas piernas. Las mujeres griegas llevaban unos diminutos vestidos y habían extendido un mantel sobre el que aparentaban tomar el sol. Penny pudo ver el

*Messerschmitt* volando a baja altura: luego, tras pasar de largo, hizo un brusco viraje y enfiló de nuevo el barco, preparado para bombardearlo. Con el corazón en la garganta, Penny se soltó el cabello y mostró sus bronceadas piernas:

—Enseñad vuestra piernas, chicas —ordenó, esperando que obedeciesen y aquella treta sirviera para engañar al piloto—. ¡Y salud! ¡Como si estuvierais de vacaciones!

Penny sintió que el corazón le iba a estallar en el pecho cuando levantó la vista y agitó un libro en el aire, tratando de sonreír con todos los dientes apretados, esperando que aquello funcionase.

Entonces, para su inmenso alivio, el piloto hizo otro viraje, les devolvió el saludo desde la carlinga, y se alejó a toda prisa para buscar otra presa, dejando a las chicas con la mirada perdida en el cielo, temblando de pies a cabeza tras haberse visto tan cerca de la muerte.

—Bien hecho, Pen. Sabía que podía confiar en ti cuando las cosas fueran mal. —Bruce sonrió al grupo de mujeres—. Quedaos donde estáis, chicas, todavía no ha pasado el peligro. Ahora desviaremos nuestro rumbo hacia la primera isla deshabitada que encontremos.

Penny avistó un macizo de rocas emergiendo lentamente de la neblina del horizonte, y se dirigieron hacia los bajíos de la ensenada, donde el *Iolanthe* ya había atracado. Parecía una isla paradisíaca, con aquellas arenas blancas y esas tranquilas aguas de color turquesa. Los árboles de la orilla arrojaban una espesa sombra, y con verlos se recrudecían los deseos del grupo de volver a sentir bajo los pies la seguridad de la tierra firme.

«Puedo escalar una montaña pero el mar me supera», pensó Penny, mientras saltaba a la orilla para unirse al grupo, que ya comenzaba a extender los manteles sobre la arena y abrir algunas cestas de pícnic. Los niños se desfogaban jugando al que te pilló o al escondite, con órdenes estrictas de ocultarse apropiadamente si veían aparecer aviones en el horizonte.

El *Iolanthe* tenía una ametralladora Lewis a bordo, y munición suficiente, pero había sufrido daños al sacarla del puerto, y la tripulación y algunos oficiales se afanaban ahora por tratar de repararla.

Penny se acercó a Judy Harrington, a quien había conocido en cierta ocasión, en una de las fiestas de la embajada a las que tiempo atrás había acudido en compañía de Evadne, y se sentó junto a las otras esposas del personal de la embajada para tomar ginebra y lima bajo la sombra de los árboles, reclinando la espalda mientras se preguntaba si todo aquello no sería más que un extraño sueño. Escucharon entonces el bocinazo procedente del vapor, y las mujeres corrieron a recoger a los niños y buscar un lugar donde esconderse. Esta vez no iban a representar ningún papel: les bastaba ver los tres bombarderos que rugían entre las nubes para ser conscientes del peligro que corrían. Horrorizada, Penny vio cómo el *Iolanthe* volaba en pedazos sobre el agua, arrojando una enorme llamarada de fuego que sacudió al *Amalia*. De

inmediato, Bruce y los soldados neozelandeses remaron hacia la nave en llamas pese a que la munición seguía explotando. En aquel caos de gritos y humo, las mujeres chillaban aterrorizadas tratando de encontrar un refugio para sus hijos. De pronto, aquel mar en calma se agitaba con fuerza, arrastrando escombros y aceite quemado, y el insoportable olor de la carne quemada.

Sacaron a los supervivientes del agua. Era una visión terrible, en un lugar tan hermoso como aquel, pero no había tiempo siquiera para pensarlo. Alejaron a los niños de la orilla, mientras las mujeres gritaban presas del horror, incapaces de saber quiénes se contaban entre los fallecidos.

El cerebro de Penny dejó de ver la ginebra como bebida y empezó a verla como desinfectante. ¿Qué podía utilizar para improvisar un hospital de campaña? Alcohol para limpiar, agua salada, vendas, camillas, madera para usar como combustible.

—Necesitaré camisas limpias, enaguas, cualquier cosa que esté limpia, seda, algodón. Rompedlo en tiras —ordenó. Si les daba a las mujeres algo que hacer mantendría el estupor y el pánico a raya.

Los primeros a los que sacaron del agua no tenían remedio, y examinó a los otros: según había podido leer en alguna parte, las quemaduras producidas por el agua salada sanaban mejor que las producidas en seco. Esperó que fuera cierto, y, con sumo cuidado, trató de arrancar los restos de tela de la piel quemada.

Habían muerto nueve hombres —tripulación, oficiales y dos soldados—, y seis habían sufrido quemaduras de tercer grado; otros dos habían perdido la consciencia. Decidió poner a aquellos hombres al cuidado de Marisa y Elpi, las jóvenes griegas del *Iolanthe*.

Bruce tenía algunas quemaduras superficiales en los brazos, pero no había recibido el impacto de ninguna explosión. Estaba impaciente por comenzar a reparar el barco, sacar a todo el mundo de la isla y esconderlos en otra parte, por si los bombarderos Stuka regresaban para terminar el trabajo. El capitán, al que la tragedia de la mañana parecía haber hecho recuperar la sobriedad, sabía adónde tenían que ir para alcanzar un puerto seguro y conseguir ayuda para los heridos.

Al caer la noche, todo el mundo se afanó en enterrar a los muertos. El grupo que partió hacia Kimolos no podía resultar más dramático. Bruce permaneció en el puerto con rostro lúgubre, vendados los brazos con la camisa de Penny.

—Lo siento, Pen, no era mi intención mezclarte en este horror, pero desde luego no puedo lamentar que hubiera alguien en ese barco que supiera lo que estaba haciendo.

La miraba con absoluta admiración, y Penny sintió que enrojecía hasta las orejas. Qué extraño resultaba que se hubieran conocido tanto tiempo atrás en uno de los más refinados salones de Escocia, vestidos con sus mejores galas, y ahora se encontraran envueltos en harapos, quemados y exhaustos, en medio de una guerra.

—Quizá es que tenía que estar aquí... ¿Qué va a ocurrir ahora?

—Vendrán por nosotros, no sé cuándo. Aunque tenemos a bordo demasiados

tipos importantes como para que nos pasen por alto. No sé lo que hubiéramos hecho sin ti.

—¿Adónde nos dirigíamos cuando todo esto ocurrió? —preguntó Penny.

—Sobre este mar oscuro como el vino tinto al lugar de nacimiento de Zeus, a la isla donde Teseo venció al Minotauro —musitó Bruce.

Penny estaba demasiado cansada como para entenderlo, y se limitó a mirarle sin cambiar la expresión de su rostro.

—A Creta, lo que hoy es el último refugio del rey de Grecia —prosiguió—. El espectáculo debe continuar, y ya se están preparando para una nueva carnicería. Tú, por supuesto, embarcarás en el primer convoy con las esposas de los diplomáticos y los niños.

«Eso es lo que tú te crees», pensó Penny, mirando aquellas aguas azules que se extendían hasta el horizonte. Había conseguido ser útil, y si había logrado salvar todas esas vidas era gracias a sus conocimientos. Una vez más, el destino conspiraba para señalarle el camino. No dudaba que allí, ahora más que nunca, le aguardaba un nuevo cometido. Con el alma en un puño, Penny comprendió que no iba a volver a ver Inglaterra en mucho, mucho tiempo.

«**Y** allí estabas tú, chiquilla, a la deriva, entre un montón de extraños. Pero no por mucho tiempo». Recordando aquello, sonreí, y apuré mi *whisky* cuando la mañana ya comenzaba a clarear tras las montañas. Miré el vaso de cristal: el *whisky*, al igual que el vino, era un gran consuelo para los solitarios.

La luz de la mañana iluminaba el dormitorio cuando escuché la alarma del reloj, y supe entonces que debía hacer un esfuerzo y abandonar el estupor en el que me encontraba. Ya habría tiempo para los recuerdos más tarde. Sin embargo, me senté un rato más, reacia a dejar de lado la memoria de aquellos vibrantes días en que me sentía llena de juventud y de esperanza, aun cuando las bombas caían hora tras hora sobre nuestras cabezas. ¿Cómo explicarle a los jóvenes lo maravilloso que entonces era sentirte vivo?

«Coge bien las riendas, chiquilla, y deja de soñar despierta. Venga, levanta, levanta de una vez. Tienes ante ti una lista bastante completita de cosas por hacer, y no querrás que Lois tenga que esperarte, ¿verdad?».

## PARTE 2

### CRETA

«Rojo brilla el sol, estate alerta, Puede ser que mañana no nos sonría más. No hay vuelta atrás, camarada, no hay vuelta atrás, Oscuras nubes nos rodean desde muy lejos, al oeste».

*Rot scheint die Sonne* («Himno de los paracaidistas»), 1941

## MAYO, 2001

Un anciano contemplaba desde la cubierta el puerto del Pireo, entretenido en observar los preparativos para la partida del *ferry*: el traqueteo de los camiones que entraban en la bodega, los mochileros que llegaban a última hora, abriéndose paso como podían por el puente. Era un extranjero entre extranjeros: había elegido la manera menos directa de llegar a la isla para aquel regreso largamente aplazado, en lugar de hacerlo por avión, que hubiera sido lo más sencillo. Su compartimento era adecuado a sus fines, ni exuberante ni lujoso. A aquellas alturas de la vida sus necesidades eran de lo más simples: una sólida cama, un cuarto de aseo a mano, un lugar privado al que retirarse con un buen libro, cuando el bullicio de a bordo se le antojara insoportable y su pierna le diese guerra.

Había disfrutado enormemente de su reencuentro con Atenas. Los grandes edificios no habían cambiado tanto: le resultaban familiares, si bien, en cierto modo, extraños. Grecia estaba forjando su propia historia desde la época de la ocupación, desde la guerra civil, el *coup d'état*, y se alzaba lentamente de las cenizas de la guerra mundial, tratando de llegar a un nuevo entendimiento de su propia esencia, tal y como lo había hecho Europa desde la caída del Muro de Berlín.

Tras unos cuantos días callejeando por la ciudad sintió que sus rincones y avenidas le iban mostrando capas de su antigua existencia: su carrera académica, el abandono de sus estudios, sus matrimonios... de vuelta al centro de aquellos gloriosos días juveniles en los que había creído fervientemente en las tareas que les habían sido ordenadas: asegurar y defender las costas mediterráneas, las reservas de petróleo y las rutas navieras. Cómo les habían engañado. Con qué inocente entrega se habían confiado a tan imperfecto liderazgo. Ah, suspiró, la sabiduría que otorga la experiencia y la arrogancia de la juventud... con los años hemos buscado tantas excusas, por más que nada cambiara lo que sucedió entonces... Uno tiene que vivir con lo que ha hecho, vivir con los éxitos y los fracasos, pensaba ahora, distraído por el avión que descendía sobre su cabeza.

«Pero no todo fue tan malo; aquellos vertiginosos días iniciales de la victoria, la camaradería entre hombres que habían llegado hasta el último sacrificio en nombre del deber y el honor. ¿Cómo podría olvidar alguna vez la valentía de mis amigos?».

Siguió mirando cómo las luces del puerto del Pireo se perdían lentamente en la distancia, y observó por última vez la majestuosidad de la Acrópolis en las montañas. Tenía por delante una larga noche y un largo viaje. ¿Cómo podría olvidar aquella última vez que cruzó el mar durante la guerra, la épica visión del Egeo y la misión que tuvo lugar después? Suspiró de nuevo. La misión en la que se había embarcado ahora tenía un cariz muy diferente:

«¿Quién dijo aquello de que los nuevos reclutas tenían el coraje de la ignorancia, ajenos a los terrores que les aguardaban cuando saltaban desde el cielo?».



## MAYO, 1941

Rainer Brecht estaba sentado junto a los demás oficiales en la sala de baile del hotel Grande Bretagne, adaptando los ojos a la oscuridad reinante y tratando de enfocar la mirada en la pantalla en la que colgaba aquel enorme mapa de Creta. Sonrió ligeramente, pues reconocía su alargada forma de los días que había pasado allí como estudiante. Tan solo se escuchaba la voz del general Student, que señalaba uno por uno los tres aeropuertos de la costa norte donde el grupo de soldados sería lanzado desde el aire.

Su regimiento debía tomar Maleme, próximo a la antigua capital veneciana, Chania. Lo cierto es que él hubiera preferido Heraklion, pues recordaba una visita a aquella ciudad y un viaje a Cnosos para ver las excavaciones. La isla estaba dividida por una cadena montañosa, los puertos protegidos por viejos fuertes y arsenales turcos, y el resto no era más que olivares, matojos y maravillosas playas de arena blanca.

—Los ingleses se han retirado y su presencia ya es prácticamente nula: no hay más de cinco mil tropas, y eso a lo sumo. Muchas han marchado hacia Egipto. Están exhaustas, rendidas y mal equipadas. Su moral es muy baja. Y en cuanto a los cretenses, sabemos que ni siquiera se defenderán, y que incluso en ciertos lugares se nos recibirá con agrado. Su hospitalidad es legendaria.

Rainer estaba perplejo. ¿Hablaban de veras de la misma nación que había combatido contra los turcos por su libertad, cuyas brigadas habían luchado con recordada entrega en la campaña albana? No era cosa de rebatir, no obstante, la inteligencia oficial obtenida sobre el terreno, de manera que prefirió guardar silencio.

Había conocido un buen número de cretenses en sus viajes, todos buenos bebedores, de puño fácil, que guardaban antiguas rencillas durante generaciones y cuya idea de una buena boda pasaba por secuestrar en primer lugar a sus novias. Una educación clásica le había enseñado muchas cosas acerca del pueblo griego, y en ese sentido, los cretenses eran una raza aparte.

Cuando concluyó la reunión, Rainer salió a la calle, deslumbrado por el sol de la tarde. La Operación Mercurio, que era el nombre que había recibido el operativo, debía mantenerse en alto secreto hasta el último minuto posible, y ni siquiera sus hombres podían conocerla. Los jóvenes podían ser poco cautelosos en sus brindis y demasiado entusiastas en sus borracheras. La excitación se había apoderado de ellos, después de tantos meses de preparativos, soñando con un poco de acción. Rainer se sentía enormemente orgulloso de lo que habían aprendido sus chicos: un puñado de voluntarios elegidos por su coraje, su portentoso estado físico y su capacidad de liderazgo.

Tras un paseo por el jardín botánico, que se hallaba en su mayor esplendor —unas flores de color púrpura se descolgaban por aquellas avenidas flanqueadas de árboles, y las rosas, los lirios y las hierbas crecían entre las ruinas incendiadas de los bombardeos, recordándole que la naturaleza era más fuerte que el hombre—, Rainer se sentó a beber su *ouzo*, observando la expresión contrita y preocupada de los paseantes que reparaban en su uniforme.

No faltaban, por supuesto, los golfillos callejeros, que se le acercaban con la mano tendida. A Rainer le gustaba lanzarles las monedas y ver cómo se arrojaban sobre ellas como nerviosos monitos, luchando entre sí por conseguir alguna ansiada pieza. La vida iba a resultarles muy dura a partir de entonces; solo los mejores sobrevivirían. Aquel pensamiento le hizo recordar que debía regresar cuanto antes al campamento provisional de Topolia y asegurarse de que no faltaban provisiones. Tendrían que estar preparados en cuestión de horas.

Mientras conducía en dirección a la base, mirando distraídamente el ancho mar, Rainer reparó en que solo unas ciento sesenta millas de mar los separaban de sus objetivos. El águila encastrada a una esvástica que llevaba en la manga no era un símbolo cualquiera: era un emblema que se ganaba con la resistencia física, con el coraje que exigía saltar desde un avión en marcha hasta la tierra con la suficiente precisión como para caer sobre un objetivo señalado. Muchos eran los llamados pero pocos los elegidos, y aquellos que protestaban por la dureza de los entrenamientos eran despachados sin contemplaciones. Rainer había abandonado el regimiento de caballería para alistarse como voluntario, imponiendo su coraje a sus miedos. Asumir riesgos era lo que le hacía sentir vivo. Buscaba los mismos rasgos en sus hombres. Algunos se habían endurecido tras pasar varios años en las Juventudes Hitlerianas: tipos de sangre caliente, a los que no les costaba nada montar en cólera. Prefería a los raros, los excéntricos, los aventureros que adoraban el peligro, que marchaban los primeros en el frente. A sus veinticinco años, se sentía viejo, comparado a aquellos muchachos de apenas dieciocho: estudiantes, granjeros o, en algunos casos, hijos de la vieja aristocracia.

¿Quién no iba a estar orgulloso de esa unidad, con su inconfundible uniforme, que era un imán para las chicas bonitas? Bueno, tampoco es que a él le hubiera servido de mucho. Rainer era tímido con las chicas. Lo que él buscaba era una igual, no una *Hausfrau*, sino alguien con mirada inteligente y buen juicio, pero hasta el momento no había tenido suerte en su búsqueda. Lo cual no era mala cosa, teniendo en cuenta la peligrosidad de su misión. Mejor esperar y ver cómo marchaba todo cuando la guerra tocase a su fin, y él pudiera retomar como vencedor sus estudios académicos.

Pero ya había soñado suficiente, y ya había tomado suficiente sol. Sus breves vacaciones habían concluido. Era muy entrada la tarde y estaban aún a cuarenta grados, y sus hombres reposaban a la sombra de los olivos, preguntándose con inevitable curiosidad por los preparativos, que ya comenzaban a desarrollarse en serio.

Era hora de comprobar los contenedores de madera que iban a ser lanzados con ellos desde el aire. Habían intentado no dejar nada fuera de la lista: pan, salchichas, chocolate, tabletas de cafeína, cigarrillos, tabletas de sulfuro y glucosa, botiquines (que guardaban en sus propios contenedores), y un pañuelo de seda en el que habían impreso un mapa de la isla. Cada contenedor tenía su propio color, para así distinguir más fácilmente sus contenidos. Luego estaban los paracaídas, empacados en gruesos bultos, dos por cada soldado: se tenía la esperanza de que el segundo paracaídas acelerase su camino al este, rumbo a Chipre, una vez Creta fuera asegurada.

—Señor, ¿eso es Creta? —preguntó su sargento—. Estamos apostando a si es Chipre o Creta.

Rainer sonrió. Era demasiado pronto para contarles la información que les habían suministrado en el cuartel general.

—Limitaos a comprobar que vuestros paracaídas están en perfecto estado y listos para el lanzamiento. Y llamad a los comandantes de vuestra sección.

Recogió sus mapas y las fotografías de reconocimiento aéreo y colocó todo ello sobre la superficie de uno de los contenedores de madera.

Sus líderes de mayor confianza, Schulze y Genz, se inclinaron junto a él, y observaron las fotos que se desperdigaban allí. Miraron el mapa, y luego a Rainer:

—¿Entonces es cierto?

La noche anterior a que comenzase la misión se envió desde intendencia más cerveza y coñac de lo habitual, y mientras los jóvenes se relajaban al calor de las hogueras, Rainer escuchó cómo entonaban guturalmente el himno de batalla, *Rojo brilla el sol*. Le costó mucho conciliar el sueño, sabiendo que despegaban al día siguiente.

Por la mañana hizo que todo el mundo preparase las armas. Un paracaidista no valía de nada sin su armamento.

Observó aquellos rostros ansiosos por agradar, excitados y esperanzados, y por un segundo el corazón se le encogió en el pecho. Nadie sabía lo que les esperaba en cuanto pusiesen un pie en tierra. Deseó que los oficiales estuvieran en lo cierto y recibiesen una cálida bienvenida por parte de los cretenses.

Antes del despegue llevaron a cabo el último operativo. Cada uno de los hombres guardó en su respectivo contenedor sus efectos personales, junto con un testamento y una última carta a casa. Rainer llenó su contenedor con varios libros: Platón, Thoreau, las obras de William Shakespeare y los poemas de Goethe. Introdujo también algunos regalos que enviaba a los hijos de su hermano, unos lazos para su madre y su hermana, Katerina, cigarros para su padre y su última carta. Si no regresaba, al menos aquellas cosas les confortarían.

Pensó entonces en los preceptos del regimiento: mantener la calma y ser prudentes, fuertes y resolutivos, en el valor y el entusiasmo. Ataca sin cuartel y no dudes que prevalecerás en el combate. ¿Pero acaso iba a ser tan fácil? Se disponían a sobrevolar una isla fortificada, y solo Dios sabía cuántos regresarían con vida. Su

deber era hacer que sus hombres corrieran el menor peligro posible, guiarlos en el combate lo mejor que pudiera. Rezó para estar a la altura de lo que se esperaba de él.

Había visto suficiente como para saber que el emblema de «Dios con Nosotros» era una maldita broma. Nadie encontraría a Dios en aquella guerra, pero eso era algo que no debía compartir con nadie.

A primera hora de la mañana, observaba cómo el primero de los Junkers despegaba de la polvorienta pista, cegando a los aviones que marchaban detrás. La visión de los planeadores de madera que arrastraba la cola le llenó de inquietud, pues era consciente de que una docena de hombres estaban allí, atados con correas en aquellos contenedores repletos de equipación militar, tolvas y chalecos salvavidas, por si tenían la mala suerte de caer en el mar.

Justo entonces, un mensajero le entregó una orden que ya tenía dos años, y Rainer la leyó, incrédulo:

*Contrariamente a como suponíamos tras las primeras valoraciones, las fuerzas del enemigo estimadas en unos 12.000 hombres han sido reconsideradas y actualmente ascienden a más de 48.000.*

Rainer sintió un gélido escalofrío recorriendo su cuerpo. Enviaban a 4000 de sus mejores hombres, apenas armados, contra un ejército atrincherado en una fortificación cuya artillería apuntaba a todas direcciones. Se sintió enfermo al pensar que, si aquella información era cierta, estaba enviando a la mitad de sus hombres, y a él con ellos, a una muerte segura.

## MAYO, 2001

El vuelo desde Londres no tenía escalas, y pudimos pasar la noche en el hotel Grande Bretagne, en la plaza de la Constitución. El lugar estaba tan atestado... La última vez que visité la plaza había un emplazamiento de artillería, y colas de ingleses rogando que les diesen los documentos necesarios para poder viajar y consejos para saber dónde ir, impacientes por abandonar aquella ciudad que tantos momentos maravillosos les había proporcionado no mucho tiempo atrás.

No podía dejar de mirar los aviones que se dirigían a Atenas, aquellas aves de plata llenas a rebosar de felices turistas. ¿Cómo no iba a recordar, al verlos, a los negros halcones que se precipitaban hacia la tierra, disparando sobre nuestras cabezas, en los últimos días que en 1940 pasé como enfermera? ¿Cómo pude sobrevivir a aquel peligro?

Recordé entonces la última vez que visité Atenas. Era un lugar en ruinas, al igual que yo: una ciudad devastada, reducida a escombros y basura, solo apta para las ratas y las cucarachas. No quería pensar en aquel tiempo. Cuánto me alegraba volver a verla, levantada de sus cenizas. Pero no podía ignorar el pasado. Lo que viví entonces sirvió para convertirme en lo que hoy soy: una superviviente. Nuestro *ferry* esperaba en el puerto del Pireo, lleno tanto de turistas como de lugareños: estudiantes de pantalón corto pegados a sus teléfonos móviles y sus reproductores de música, familias cretenses que regresaban de un día de compras por la ciudad... Nadie podía pasar por alto aquellos ojos oscuros, almendrados, o a esos bebés cuidados por jóvenes *yiayias* de cabello corto, con sus mechchas de color marfil y bermellón, o a aquellas viudas de vestidos oscuros que jugaban a las cartas y departían con aquel gutural acento que yo apenas recordaba.

Había un grupo de viejos soldados británicos, con los emblemas propios de los regimientos a los que habían pertenecido, rememorando, sin duda, los viejos tiempos, anticipando ya la ceremonia que iba a tener lugar. ¿Serían sus recuerdos como los míos? Fogonazos en sepia, desvanecidos y envejecidos por el paso del tiempo... Las imágenes del pasado comenzaban ya a alzarse en mi mente.

Era difícil pegar ojo con todos aquellos ruidos: los motores del barco, el traqueteo de las cañerías, los niños que correteaban por los pasillos... Mejor sería levantarse temprano, antes de que el barco atracase en la bahía de Souda.

Me quedé en la cubierta, envuelta en un chal, dejándome acariciar por la brisa mientras la medianoche de aquel oscuro mar se mezclaba con el tumultuoso turquesa de las profundidades, y el sol se alzaba por entre los picos nevados de las Montañas Blancas, tiñendo su lustre como si de mechchas doradas sobre un manojito de cabellos grises se tratase. Oh, sí, sentía mis pulmones abriéndose a aquel fragante aire, en

tanto veía aquellas casitas cúbicas aparecer en la costa. Sonreí. El pasado regresaba abruptamente a mí: los colores de Creta, que habían dado luz a mis sueños durante años.

## CHANIA,

MAYO, 1941

Con las primeras luces del día, la isla lentamente adoptó una forma en los recovecos de la niebla que se alzaba entre el mar y el cielo: una serie de picos montañosos cubiertos de nieve parecían precipitarse sobre el agua, mientras el *Amalia* se abría paso entre la artillería que flanqueaba el fuerte apostado en lo más alto de la bahía. El sol se alzaba en el cielo, tiñendo la cima de las montañas con una luz cítrica. Más allá se hallaba el puerto, con su embarcadero encorsetado entre barcos de guerra, barcos y yates; una triste flota de bajeles procedentes del norte, que había servido para trasladar lo que quedaba del ejército británico: hombres de expresión devastada que oteaban el horizonte sin esperanza, apelotonados tras los pasamanos de borda. Por todas partes flotaba el olor de la cordita, el humo y la goma quemada, pruebas palpables de los recientes bombardeos aéreos.

Los niños del bajel apenas podían musitar palabra, asustados todavía por lo que acababan de vivir. Las mujeres se acurrucaban contra la borda, abrazadas entre sí, sin saber qué les aguardaba allí. El mar estaba en calma, pero sus aguas tenían un lustre gris y arrastraban una especie de cieno y herrumbre, lo que hablaba a las claras de todo cuanto habían tenido que sufrir los vencidos.

—Te quedarás con nosotros en Chania —insistía Judy Harrington—. Necesitas descansar, y los niños se llevan bien contigo. Gordon ha dispuesto ya todo lo necesario para que puedas encontrarte en la villa a tu gusto. Gracias a Dios que se fue antes que nosotras... La pobre Angela está deshecha por haber perdido a Edmund y no haber podido siquiera recuperar su cuerpo...

—Debo quedarme con los heridos. Lo primero es atenderlos.

Penny no quería comprometerse hasta que supiera a qué atenerse. Ahora no era ni una cosa ni otra, ni una enfermera del ejército ni una simple ordenanza, pero alguien podría necesitar sus servicios.

—¿Hay algún hospital aquí? —le preguntó a Bruce, mientras tomaban un sorbo de té que les habían dado nada más desembarcar. Había una mezcolanza de tropas, trabajadores del puerto, lugareños, ambulancias, carros, camiones... Judy se arrojó a los brazos de su marido con infinito alivio, dichosa de que su ordalía hubiera acabado. Angela se quedó atrás para recoger a los niños, con el rostro pétreo, pálido. Su ordalía acababa de comenzar, o eso se temía Penny.

—El hospital de campaña está al oeste de la ciudad, por la costa. Está atestado. Y no es lugar para una jovencita —respondió el marido de Judy, Gordon, tras mirarla de arriba abajo.

—Querido, te aseguro que para nosotros ha sido la mismísima Florence Nightingale. La mitad de estos hombres habrían muerto de no ser por ella. —Saltó Judy, en su defensa.

—Puedo ser útil. Estos hombres necesitan cuidados —replicó Penny.

—No eres una enfermera oficial —prosiguió Gordon—. Pronto traerán las que sean precisas.

—Me parece que sí lo soy, Gordon. ¿Crees que se negarían a hacer uso de un buen par de manos?

—¿Otra vez se está poniendo cabezota? —interrumpió Bruce, dirigiéndose al grupo—. Evadne se pondrá furiosa si no regresa a casa de una pieza.

—No soy ninguna niña. No me des órdenes como si fuera uno de tus soldados. Cuidaré ahora de estos hombres, después ya os veré.

Penny se alejó airadamente.

—¡Pero no sabes dónde estaremos...! Te recogeré después, y eso sí que es una orden —le gritó Bruce, pero Penny ya no podía escucharle.

Habían agradecido su ayuda en el barco. Así que no iba a perder el tiempo en ninguna lujosa villa, bebiendo cócteles y limitándose a aguardar el barco que los llevase a Egipto, cuando había tanto trabajo que hacer.

Saltó al interior de la ambulancia, y miró desde la parte trasera aquel organizado caos que tenía lugar en el puerto. Hombres terriblemente fatigados sacaban de la bodega cajas de carga, descalzos y apenas sin ropa, pese al terrible sol que caía a plomo sobre el puerto. La propia Penny se sentía sucia, cubierta de sudor, ansiosa por tomar un baño, pero primero debía tomar la temperatura a los heridos y cambiarles las vendas. Estaba convencida de que dos habían sufrido infecciones. Meter la pata era uno de los peligros en los que podía verse cualquier enfermera. Los baños diarios y la muda de prendas, que debían hacerse dos veces al día, eran un lujo del pasado, y no ya una prioridad, pero todavía podía soñar con ello en momentos como estos.

La enfermera que conducía el camión era una australiana con traje de campaña, y sabía bien qué camino debía tomar al cruzar las serpenteantes y estrechas calles de Chania. Penny comprobó las posesiones que tenía en el bolso y apretó su manto con afecto. Había sido sucesivamente una pantalla, una manta, un improvisado sudario, un uniforme y un escudo, y no quería separarse de él.

Sintió una inusual andanada de libertad al verse en aquella ciudad extranjera, tan diferente de Atenas. Se extendía desde Souda, al este, en una línea recta que seguía la costa. Las pequeñas casas cúbicas de techo plano que flanqueaban las polvorientas calles tenían las persianas cerradas a causa del calor, y las líneas que conformaban los edificios se veían a su vez quebradas por densos macizos de naranjos, limoneros y olivos. Las calles recibían la sombra de enormes avenidas de plataneras y otros



árboles que Penny era incapaz de reconocer.

Avanzaban lentamente en un convoy, detrás de varios carros tirados por burros y mulas cargados de alforjas. Por todas partes les sonreían rostros felices y animados: mujeres con pañuelos negros atados a la cabeza, niños descalzos que corrían junto a los carros, y perros que ladraban y gruñían a las ruedas. A medida que se acercaban al centro de la ciudad, las casas se iban haciendo más grandes: sus fachadas estaban revestidas de estuco y sobresalían balcones con las persianas pintadas, residencias para los prohombres de la ciudad construidas al estilo clásico, con ventanas elegantes y robustas puertas forjadas. Giraron entonces a la izquierda y ascendieron por las calles principales hasta un alto promontorio, y luego descendieron en dirección a una rocosa línea costera donde varias casas y cabañas en las que ondeaba la bandera de la Unión anunciaban que su destino estaba cerca.

La playa de Gálatas tenía un aspecto prístino: las tiendas percutían en aras de la brisa, distribuidas entre el camino y el mar en mitad de varios salientes rocosos que las protegían del viento. Algunos cipreses y olivos los cubrían con su sombra, pero el lugar estaba atestado por los nuevos heridos y los camilleros, situados en fila, recibían las primeras órdenes. Penny solo llevaba su pasaporte, su uniforme y sus emblemas, el reloj de oro y el preciado pañuelo de Yolanda, ahora cubierto de sangre, pero no dudaría en dejar caer algunos nombres importantes —contactos de Walter en la embajada, si fuera preciso— en caso de que le negasen la entrada.

Tuvo suerte. Los condujeron hacia un hospital de campaña donde un grupo de enfermeras neozelandesas apuntaban nombres y rango, y limpiaban las heridas para aplicar los primeros tratamientos.

En otro tiempo aquel hubiera sido un lugar incomparable para tomar el sol y bañarse en el mar, con esa suave pendiente de arenas blancas, y las maravillosas vistas de la bahía de Chania. Penny solo deseaba quitarse aquellos pantalones rasgados y su improvisado uniforme, correr a aquel brillante mar de jade y sentir sus aguas salinas recorriéndole la piel. Pero había trabajo que hacer. Debía dar cuenta de su presencia allí y ponerse manos a la obra con cuantas labores fuera necesario desempeñar.

Una monja tomó sus efectos personales, y cuando escuchó el nombre de Arta, el del hospital Kifissia y en particular la experiencia de Penny, ordenó que le entregasen un uniforme limpio y alojamiento en las tiendas, dando por sentado que se quedaría allí hasta que algún barco acudiera a sacarla de la isla.

—Haremos un servicio de Acción de Gracias esta misma tarde. Me gustaría que nos acompañase.

—¿Para qué? —preguntó Penny con la mayor inocencia. No se le ocurría qué podían agradecer, viendo lo ocurrido durante los últimos meses.

La hermana parecía perpleja:

—Debemos estar agradecidos de haber podido evacuar a tantos hombres y ponerlos a salvo. Seguimos aquí, querida. Una amiga muy apreciada estaba en el

*ferry Hellas*, tratando de sacar de aquí a cuantos civiles y heridos fuera posible. No consiguieron zarpar del mismo puerto. Murieron quemados.

Penny tembló, pensando en Yolanda, casi completamente convencida de que estaba muerta.

Durante el servicio, envolvieron una roca con la bandera de la Unión. Las dos jarras de miel que acicalaron con algunas flores silvestres y colocaron frente a la roca casi lograron que Penny se echara a llorar. Se habló de esas aguas que quedan entre las piedras cuando el mar se retira, se habló de libertad y prados abiertos, no de tiendas de campaña, ni de muerte, ni de desinfectantes.

Cuando el crepúsculo comenzó a aparecer en el horizonte, Penny se unió a Sally y sus amigos, y dieron con un apartado rincón de la playa: allí se desvistieron y corrieron a zambullirse en las gélidas aguas, chapoteando y nadando. Era todo un alivio poder dejar apartadas sus responsabilidades aunque fuera unas pocas horas.

—Disfrutemos mientras podamos —dijo Sally—. Iremos a la ciudad. Tienes que ver el puerto, o al menos lo que queda de él. Hay una placita en la que venden los mejores helados del mundo, justo al lado de la catedral.

Apenas le quedaba en el bolso nada a Penny que no hubiera sido empleado ya para hacer vendas. La ciudad hervía de gente en las estrechas avenidas que rodeaban el puerto. Los daños producidos por los bombardeos habían sido terribles, pero la gente seguía paseando entre los escombros como si nada, tratando de vivir como si nada ocurriese, e incluso algunas tiendas se mantenían abiertas y abastecidas de toda clase de productos. Penny se compró una preciosa blusa de lacitos para sustituir la camisa que había tenido que deshacer en tiras. Deambularon sin rumbo por el entoldado ágora, y compraron almendras y nueces, jabón y aceite, hasta que los amigos de Penny decidieron llevarla al callejón del Cuero, al otro lado de la calle Halidon, donde enseguida le asaltó el olor del cuero y el betún. Allí, los zapateros remendones y los talabarteros exponían sus mercancías en el estrecho pasaje. Era allí donde los soldados cretenses compraban sus botas de cuero, tan altas que les cubrían hasta las rodillas; botas que Penny había tenido que cortar a menudo para poder acceder a las heridas de sus pacientes. Regateó para comprar un pequeño bolsito con correa de cuero, lo bastante espacioso como para guardar sus papeles, algunos soberanos que ocultaba en sus zapatos, una petaca de plata para coñac, su reloj de oro y el preciado pañuelo. Era un truco que las enfermeras de mayor edad le enseñaron en Atenas, en caso de que necesitase subir los ánimos o un dinero para emergencias.

Las enfermeras llegaron a la tienda de helados que había en la plaza y dejaron el tiempo pasar mientras el cielo se oscurecía. Al menos durante una hora pudieron relajarse en el tibio calor de una tarde de verano, y compartieron sus experiencias como enfermeras mientras observaban el rápido vuelo de los vencejos por encima de sus cabezas. Penny explicó lo que supuso para ella haber sido instruida en sus conocimientos por la Cruz Roja griega, y luego relató su viaje hasta allí desde la península.

—Habíamos creído que eras una oficial —dijo Sally, pasando sus cigarrillos al resto del grupo y ofreciéndole uno a Penny—. Y tu griego es muy bueno.

Penny negó con la cabeza; no tenía ganas de fumar:

—Solo soy voluntaria, pero estuve en el frente albanó —añadió, intentando hacerles saber con ello que no se encogía ante las más difíciles responsabilidades.

Las enfermeras asintieron, simpatizando con sus sentimientos. La retirada que habían vivido junto a los neozelandeses bastaba para saber lo terrible que era aquello.

—Dicen que los soldados cretenses siguen atrapados en el norte. Que Dios ayude a los pobres civiles de esta ciudad si vuelven otra vez los bombardeos. No creo que imaginen siquiera lo que les espera. Ya habrás visto el estado de nuestras tropas: no creo que entre todos sumen más de un arma y un pobre par de botas. Es un caos. No puedo decir que no esté contenta de haber salido de allí —suspiró Sally—. Y en Egipto nos necesitan. Tampoco allí las cosas son un lecho de rosas.

—¿Y quién se va a quedar aquí para atender a los heridos? —quiso saber Penny.

—El personal masculino y los camilleros. Las mujeres nos vamos. Órdenes son órdenes —replicó Sally.

«Pero si acabo de llegar», pensó Penny. «¿Por qué tendría que irme? Yo no estoy bajo sus órdenes. No he visto apenas la isla o a su gente, ni sus famosos sitios arqueológicos, salvo en los libros...». Pensó entonces en la Escuela de Arqueología con amarga nostalgia, y se preguntó qué sería ahora de sus estudiantes. Pero no dijo nada. Allí el protocolo era estricto, y la disciplina militar todavía más. Nada de mezclas. Entendía perfectamente que las enfermeras fueran alejadas todo lo posible del frente.

—Acabo de acordarme de que les prometí a algunas de las mujeres del barco que iría a visitarlas —dijo, poniéndose en pie—. ¡Buena suerte! Nos vemos luego en el campamento.

Era mejor no quedarse con las enfermeras por si se veían repentinamente inmersas en la evacuación hacia Egipto. Necesitaba tiempo para pensar. Quizá debía dirigirse a la casa de Judy Harrington, en el distrito diplomático de la ciudad, y quedarse allí un tiempo. Era mejor, tal vez, no dejarse ver demasiado, tomarse un pequeño asueto y aprovechar para arreglar su uniforme de la Cruz Roja griega, o lo que quedaba de él, por si acaso. ¿Quién sabía cuándo le volvería a ser útil?

Recogió sus cosas, subió a un carro tirado por un caballo y enfiló el camino hacia Halepa, y de allí en pos del distrito en el que vivían los Harrington: pagó al cochero y siguió a pie el camino, oteando con la mirada para buscar la Villa Stella Vista. Encontró una enorme y elegante casa situada en lo alto de un arrecife, con una maravillosa vista de la península de Akrotiri y la bahía de Chania al completo.

En cuanto abrió la puerta forjada de hierro, Gordon llegó apresuradamente para recibirla:

—Bien, finalmente has venido. Ve a ayudar a Judy, por favor... Angela se encuentra en un terrible estado. Debes darte prisa... Hay cosas que hacer, hay muchas

cosas que hacer...

Angela estaba sentada acunando un vaso de *whisky*, con una expresión pétrea en el rostro.

—Los niños no dejan de preguntar qué le ha pasado a su padre. ¿Qué les puedo decir? ¿Y qué será de nosotros?

Se mecía adelante y atrás en su silla, temblando.

—Espero que se lo hayas preparado bien fuerte —le dijo Penny a Judy, señalando el vaso—. Sigue conmocionada. ¿Dónde se aloja?

—Aquí, con la niñera. Como todos. Hay diez habitaciones —replicó Judy—. Será mejor que estemos preparados. Nos embarcarán en cuestión de días, así que espero que hayas hecho la maleta y estés lista para irte.

Penny sonrió, y le mostró su raído bolso:

—Me temo que esta bolsa es todo mi armario. ¿Cómo está la tripulación?

—Los dejaron en el hospital. Bruce se encarga de ellos. Ese chico actúa bien en medio de tanto caos, ¿verdad? Me dio la impresión de que os conocíais.

Penny creyó entender hacia dónde apuntaban las especulaciones de Judy:

—Es amigo de Walter y Evadne, mi hermana y su marido —le dijo—, pero no tengo ni idea de en qué regimiento está. Siempre aparece como de la nada.

Judy sonrió, y se dio unos golpecitos en la nariz:

—No lo sabemos, así que... qué podemos decir. Tiene uniforme extranjero, y no es que cuente gran cosa. Su griego resulta aquí muy útil: no es tan bueno como el tuyo, desde luego, y además eres tan morena que podrías pasar por una chica de aquí. ¿Qué tal marchan las cosas en el hospital?

—Se están preparando para trasladar a las enfermeras y a los heridos más graves. La arena es terrible para las heridas, las moscas abundan y el polvo está por todas partes. No va a quedar nadie después.

Algo más tarde, en la habitación a la que Judy la condujo, Penny se asomó a la bahía. Era todo tan hermoso... y con el lujo que suponía un buen baño y una cama con sábanas de algodón bajo una mosquitera, la guerra le parecía algo más remoto de lo que se le había antojado en muchas semanas. Se recostó en la cama para escuchar los ruidos nocturnos: el viento, el ulular de un búho entre los árboles, el llanto de un niño en los dormitorios de arriba... De pronto, sus miembros se convirtieron en plomo y se sumergió en el sueño sin sueños de la extenuación.

Despertó con el estrépito de los motores, el silbido de las bombas y el detonar de la artillería pesada. Abrió las persianas, y para su sorpresa vio una formación de Stukas volando a baja altura al otro lado de la bahía, en dirección a Souda, donde los cañones antiaéreos disparaban en respuesta al fuego enemigo.

—Este es el aviso habitual, puntual como siempre. Lleva a los niños al sótano y que jueguen al *ping-pong* —ordenó Gordon, tomándose a la ligera los ataques aéreos.

Penny estaba preocupada por Sally y sus amigas, las enfermeras de la playa de Gálatas. Pero los alemanes no se atreverían a bombardear un hospital, ¿verdad? En

cualquier caso, nadie la iba a dejar salir para averiguarlo hasta que los bombardeos tocasen a su fin.

La mañana pasó en un suspiro, afanados como se vieron en preparar comidas y entretener a los niños, en medio de un constante fluir de gente que acudía al cuartel general británico, emplazado en la antigua residencia del primer ministro.

Judy decidió que haría té para las tropas que se refugiaban en los olivares, junto al muelle.

—Están tratando de matarnos poco a poco: desmoralizando a los lugareños y a las tropas, y haciendo la vida más difícil para todos al cortar los suministros —dijo—. Creo que deberíamos guardar todos los alimentos que podamos y protegerlos bien, por si nos quedamos aislados aquí.

Judy, siempre tan práctica, intentaba que todo el mundo estuviera ocupado y apartara sus pensamientos del peligro. Incluso Angela se sumaba a sus esfuerzos. Era el momento perfecto para que Penny regresase sobre sus pasos hasta la playa de Gálatas y se uniese al grupo de enfermeras.

Había cogido su manto y ya se preparaba para marcharse cuando Gordon regresó con Bruce, ambos cubiertos de humo y ceniza.

—Hemos estado quemando papeles en el cuartel general, como precaución. No queremos que los alemanes o cualquier colaboracionista lea nuestros informes. Bruce tiene buenas noticias. Mañana vendrá un barco a evacuarlos, así que preparémonos para un nuevo viaje por mar.

—Querido, no hay nada que preparar —replicó Judy—. Pero quizá tengamos tiempo para hacer un rápido viaje a la ciudad y comprar cosas para los niños, mientras las tiendas sigan abiertas.

—Mejor entonces que salgamos cuanto antes —dijo Penny, dirigiéndose a la puerta, pero Gordon se interpuso en su camino.

—No tan deprisa, jovencita: esto también va por ti.

—Lo siento, pero tengo que cumplir las órdenes del hospital. Y debo hacer mi trabajo.

—Harás lo que se te dice —replicó Gordon—. Ahora estás bajo las órdenes del consulado.

Le apartó de un empujón, decidida a escapar, pero Bruce corrió tras ella y la tomó de un brazo.

—No estamos para juegos, Penélope. Las cosas están empeorando mucho. Y cuando el espectáculo comience no va a ser lugar para mujeres.

—Díselo a las mujeres cretenses. ¿Dónde se esconden?

—Sus familias se encargarán de ellas, en las colinas. No es cosa tuya.

Penny se mantuvo incólume:

—Pertenezco a la Cruz Roja. Los civiles son también cosa mía.

—No vayas de mártir, esta no es tu guerra —dijo Bruce, con los ojos brillantes.

—¿En serio? Soy medio griega, y enfermera por estudios y experiencia. La Cruz

Roja no entiende de bandos, ¿recuerdas?

—¿Y crees que eso importará en el fragor de la batalla? Empieza a madurar de una vez, Penny. Eres un lastre. Las *mujeres* sois un lastre...

—¡Escúchate a ti mismo, pedazo de asno pomposo! ¿A que no éramos un lastre en el *Amalia*, o en la isla? ¿Acaso ya has olvidado quién cosió tus heridas? No me voy a ir aún, hasta que no reciba órdenes al respecto. Hay trabajo que hacer en los hospitales, y ya estoy cansada de huir. Me iré cuando ya no sea útil. Así que le puedes decir a Gordon que le dé mi billete a alguien que lo necesite. Y no me vengas con órdenes nunca más.

Bruce le dedicó una sonrisa:

—Estás maravillosa cuando te enfadas. Venga, deja que al menos te invite a comer en algún sitio. Creo que necesitas pensarte esto con un vaso de vino en la mano.

—No, ya debería estar de vuelta. Llego tarde.

Penny vaciló, consciente de que el trabajo era lo primero, pero no sabía cuándo iba a volver a verle... si acaso volvía a verle alguna vez. Su compañía, por lo menos, la ayudaría a olvidarse de lo que le esperaba, y le debía que ahora estuviese allí y no en Atenas.

—¿Tarde para qué? Si en realidad no eres oficial, ¿verdad? ¿Hay algún registro de tu labor? Venga, conozco un lugar donde podemos tomar un estupendo pescado local. Después me encargaré de que regreses a salvo; los caminos no son precisamente prístinos. No creo que vaya a tardar mucho en irme, así que un par de horas tampoco van a cambiar mucho las cosas.

No era lo más inteligente dejar que Bruce sacudiese su sedosa tela en la que Penny estaba atrapada. Siempre tenía aquel efecto sobre ella. Pero una breve pausa no haría ningún daño, ¿verdad? Bruce condujo a Penny hasta un camión abierto de dos plazas y enseguida pusieron rumbo a la costa, siguiendo un camino lleno de surcos. Penny sentía el viento en la cara, y el cabello le ondeaba grácilmente como un pañuelo.

Se dirigían hacia la costa de Akrotiri, a través de una red de estrechas carreteras, puestos de guardia y baterías antiaéreas flanqueadas por olivares y monasterios de piedra, y alguna antigua torreta que resplandecía bajo el fiero sol de mayo. Llegaron entonces a un cruce de caminos donde descollaban unas pequeñas casitas; un recoleto *kafenion* ofrecía algunas sillas en la propia calle.

Bruce le presentó a *kyria* Chrystoulaa, y esta les enseñó el pescado que su marido había pescado la mañana anterior, poco antes de que su bote casi fuera tiroteado en plena mar.

Chrystoulaa preparó el pescado rebozándolo en sal gorda y lo sirvió con aceite de oliva y zumo de limón, junto a un plato de hierbas de la montaña recién recogidas. Mientras ambos devoraban aquel simple pero delicioso plato, bien regado con vino casero, Penny se sintió más tranquila de lo que había estado en muchas semanas,

como si la guerra hubiera tocado a su fin.

Miró a Bruce y sonrió:

—Gracias, pero esto no cambia las cosas. Mi decisión está tomada. Ya nadie me va a dar órdenes.

—No seas tan difícil, Pen. Esto no es lo tuyo.

—¿Qué derecho te crees que tienes para decirme qué es lo mío y qué no?

—Me preocupo por ti. Me siento responsable de haberte metido en esto —replicó Bruce, levantando una desafiante ceja.

—¡No seas tan engreído! —saltó Penny—. Cuando me negué a marcharme de Atenas con los amigos de Effy y Walter sabía que hacía lo correcto, y que quería servir de algo. No voy a rendirme ahora. No tengo miedo.

—Eso es lo que me asusta. Deberías tener miedo. No sabes el horror que te espera aquí, ni tú ni nadie, ni tampoco cómo terminará todo. Me aterroriza pensar que puedas acabar en un campo de prisioneros, detrás de una verja... o peor. Sería horrible.

—Arta fue lo bastante horrible, ¿o has olvidado ya el invierno pasado? No, créeme, ya he visto cuanto tenía que ver... Sabré enfrentarme a ello. Esto de aquí me lo dice —murmuró, dándose unos golpecitos en el pecho—, para esto nací, para ayudar a los heridos y los enfermos. No puedo explicarlo, pero venir a Atenas para ser libre no cambió nada hasta que empecé a estudiar enfermería. De pronto, es una cuestión de vida o muerte, y aquí, en Creta, lo es mucho más. Este es mi viaje, mi vocación, mi destino, y no me arrepiento de nada... Es mi guerra tanto como la tuya.

Guardaron silencio, como si aquel arranque los hubiera dejado a ambos sin fuerzas. Bruce le apretó la mano.

—¡Entonces buena suerte! La necesitarás.

—Y tú también —le dijo Penny, colocando su otra mano sobre la de él—. Las cosas han cambiado mucho para ambos, desde aquel baile en las Highlands...

—Parece que te estoy viendo, sentada en la biblioteca, con aquel horrible vestido.

—Era de lo más espantoso, tan recargado... ¿Adónde irás ahora? —quiso saber Penny, que sentía que la intimidad entre ambos iba creciendo.

—Adonde me envíen... no puedo decir mucho, pero ahora me ves, ahora no me ves. ¿Quién sabe dónde estaré mañana? Ten cuidado, Penny, no confíes en los desconocidos si ocurre lo peor y somos derrotados. Tu presencia aquí ya se habrá hecho notar. Vigilan los puertos y los cafés para ver quiénes son los recién llegados y quiénes no. No es difícil reconocerte. Intenta hacerte pasar por griega, perfecciona tu acento. Di que eres de Atenas y no te ocurrirá nada. Mézclate con la gente, no te dejes ver demasiado, tíñete el pelo, vístete como una más y haz lo que hacen los griegos. Eres más alta que la mayoría de las mujeres de por aquí...

—¿Qué intentas decirme, Bruce?

—Pues que si las cosas van mal, necesitarán enfermeras en las colinas con los *francs-tireurs*, los luchadores por la libertad —susurró—. Mira las colinas. Eres una

«cabra montesa», emplea tus piernas y tu cabeza y busca las montañas si ocurre lo peor.

—¿No crees que podamos ganar la guerra? —preguntó, sorprendida.

Bruce guardó silencio, y miró alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiera escucharle.

—No lo sé, sinceramente, no creo que nuestros hombres tengan suficiente energía, armas o cañones para lograrlo, pero no vamos a dejar la isla en la estacada. Es lo único que puedo decir. —Miró su reloj de pulsera y suspiró—. Creo que ya es hora de llevarte a la base.

El viaje de vuelta lo hicieron sumidos en el silencio, cada cual con la mente puesta en sus propios pensamientos. Cualquier idea romántica que Penny hubiera creído percibir se había visto aplastada por el pesimismo de Bruce. Como soldado, se dirigía de lleno al peligro; fuera lo que fuese lo que se disponía a hacer, saltaba a la vista que era un asunto clandestino, una misión secreta que no quería discutir. Le había dicho lo suficiente como para que Penny supiera que debía llevar a cabo también sus propios planes, y se preguntó si, después de todo, no sería más útil trabajar junto con las otras enfermeras a bordo de un buque hospital. Una cosa era ser valiente y osada, y desear fervientemente servir al prójimo, pero otra muy distinta era poner a los demás en peligro si se veía obligada otra vez a huir. Si descubrían que era una extranjera, los lugareños que la acogiesen podían ser fusilados por su culpa.

Bruce la dejó junto al puesto de guardia que daba acceso a la playa. Penny le dijo adiós con la mano, y escuchó el chirrido de las ruedas, con los ojos nublados por la arena, preguntándose cuándo aparecería en su vida de nuevo. Su compañía se le antojaba deliciosa, y no pudo por menos de suspirar. ¿Sería ese por fin el comienzo de una nueva relación entre ambos?

Había algo distinto ahora en aquel lugar. Todo parecía mucho más tranquilo, y no había tantos hombres postrados en la línea de la costa. Se dirigió hacia los barracones y allí se encontró con el oficial médico Douglas Forsyth, su superior.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué estás haciendo aquí? —gritó.

—Me presento para desempeñar mis funciones, señor. Lamento haber llegado tarde. Hubo un ataque aéreo...

—Olvida eso... ¿qué haces que no estás en el barco?

Miró a Penny con una expresión perpleja en su rostro atezado.

—¿Qué barco?

—Se han marchado sin ti, enfermera. Todos embarcaron clandestinamente, subieron a bordo a los peores casos y a todo el personal femenino y pusieron rumbo a Egipto. Dios Todopoderoso, no estabas aquí, ¿verdad? Has perdido el maldito barco.

La resolución de Penny se vino abajo al oír aquella noticia. Escapar de la isla ya no era una posibilidad. Se había quedado sola, abandonada a su propia suerte. Oh, sí, una cosa era decidir quedarse, pero otra muy distinta que la decisión no corriera de su parte. De pronto, el verdadero significado de luchar por su independencia la golpeó



de lleno. «Lo has conseguido», suspiró, con el corazón latiéndole con fuerza, y por un instante perdió todo su coraje, pero logró sobreponerse a su pánico y respiró hondo.

—Me alojo con la familia de uno de los cónsules. Pertenezco a la Cruz Roja.

—Lo mejor que puedes hacer es marcharte con ellos. No puedes quedarte aquí: una mujer, frente a cientos de soldados... No es apropiado.

—Señor, aún puedo servir de ayuda. Ya conoce mi experiencia. —Las enfermeras no debían discutir con los médicos, pero Penny no tenía tiempo para formulismos—. Creo que un par de manos siempre es un par de manos.

—Es el resto lo que resulta un problema. Va contra las reglas. ¿Dónde harías tus necesidades? No va a ser con los camilleros... Eres una oficial. No puedo tener miramientos contigo.

Justo en aquel instante el doctor Ellis, segundo al mando, llegó junto a ellos:

—Otros dos idiotas con insolación... Enfermera George, ¿podría acercarse a tratarlos? Tengo cinco casos de disentería que debo mantener aislados si no quiero que todo el campamento se contagie. Doug, ¿tienes un momento? Me gustaría que echases un vistazo a un soldado. No me gusta el aspecto que tiene su espalda.

Penny salió como una flecha, adelantándose a la reacción de Forsyth. Ya se encargarían luego de discutir la logística. Marchó a recoger los tubos para practicar a sus pacientes los correspondientes enemas, una transfusión de sal y glucosa, y de seguido ordenó que le trajesen agua fría del pozo. Aquellos soldados de piel pálida se volvían locos con el sol, sin tener la menor idea de lo peligroso que era tomarlo y no ponerse ni un minuto a la sombra.

Penny aceleró el paso, consciente de que al día siguiente debía formalizar su posición con las autoridades, por irregular que fuera aquello. Podían protestar, sí, pero Penny pertenecía a la Cruz Roja griega; si era necesario, la podían transferir a los hospitales locales. Que el barco se hubiera marchado sin ella era una señal. La decisión había sido tomada por ella. Allí era donde debía quedarse, y allí se quedaría.

—Lo sé, suena bastante improbable, Lois, ¿verdad? Yo, la última enfermera británica que quedó en la isla. «Ya lo has conseguido», pensé. Una parte de mí era consciente de los riesgos que estaba asumiendo. Pero otra parte de mí no terminaba de creérselo, al menos al principio, y no paré de buscar a Sally y a las demás chicas por todas partes. Seguro que alguien más se había escondido, o había sido olvidado, y no escuchó la llamada para regresar al campamento. Pero no. Yo era la única loca, al parecer, la única que se había aferrado firmemente a sus principios, y sentí que el estómago me daba vueltas —dije, mientras nuestro coche alquilado marchaba por la autopista nacional, dejando atrás la bahía de Souda para dirigirnos en dirección este a nuestra villa. Teníamos un folleto con algunas instrucciones impresas—. Pero al final me quedé en mi puesto y seguí desempeñando mi trabajo, hasta que las cosas cambiaron.

—Una mujer y miles de hombres, ¿cómo pudiste hacerlo? —preguntó Lois, mientras, con las manos sobre el volante, se concentraba en la carretera.

—Me traían la comida y tenía una habitación propia. Al principio nunca salía, solo para hacer mis rondas. Luego, cuando las cosas se pusieron peor, bueno, los formulismos se fueron al garete. Pero eso ya es otra historia.

Abandonamos la carretera y nos dirigimos hacia la costa, allí donde las villas flanqueaban la bahía, y luego procedimos por un serpenteante camino que desaguaba en un pueblecito, en cuyo centro se alzaba una iglesia de brillantes colores. Tomamos por último otro camino que reptaba hasta una casa de piedra de dos plantas, con un balconcito en el primer piso. Había a un lado un pequeño olivar, un patio cubierto por la espesa sombra de los árboles cercanos y un camino de grava para el coche. También contaba con una piscina de aguas centelleantes, que Alex vio de inmediato y salió precipitadamente para examinarla. No reconocía nada de todo aquello, aunque el nombre de la villa, Kalyves, me sonaba de algo, pero no recordaba bien de qué.

—¿Te gusta? —Lois deseaba ardientemente una respuesta positiva—. Pensaba que te gustaría algo con personalidad.

—Creo que esta casita es encantadora. Y podemos ir al pueblo a pie para hacer la compra.

—¿Entonces conoces el lugar?

—No estoy segura. Tengo la impresión de que el mar no está lejos, y que habrá tiendas. Me parece que aquí estaremos bien, pero insisto en que ni tú ni Alex dependáis de mí. Llévale a dar algún que otro paseo. Yo puedo hacer que alguien me lleve en coche cuando lo necesite, pero de momento me basta con una habitación fresca y una bebida.

Dentro hacía incluso frío, pese al sol. El vestíbulo tenía suelos de mármol con dibujos geométricos, y un ventilador oscilando lentamente en el techo. Había cortinas, alfombras y muebles limpios y sencillos, pesadas mesas de madera oscura y sillas, alzapuños y manteles, tapices y viejos grabados.

—Tienes que elegir tu habitación, tía Pen —insistió Lois.

—La que esté más cerca del baño me irá bien. —Reí.

—He contado doce santuarios cuando veníamos aquí —intervino Alex—. ¿Por qué en ellos hay tantos cuadros y lámparas?

—Porque así recordamos que la vida, a veces, es breve y brutal, y la memoria demasiado duradera. La lámpara arde como una oración por los muertos para que no se olviden, así como sus fotos ayudan a mantenerlos vivos. Creo que es una bonita costumbre.

—Cuando te mueras, ¿quieres que pongamos una tuya en el jardín?

—¡Alex! —exclamó Lois, perpleja.

—Sería un verdadero honor, pero no creo que la gente que compre la casa quiera encontrarse mi horrible careto en medio de sus flores. —Reí.

—¿Puedo ir a nadar?

—Solo si estamos la tía o yo para vigilarte —le advirtió Lois—. Luego saldremos de exploración y haremos nuestros planes. Aquí dice que hay una escuela de navegación cerca, podríamos apuntarnos y recibir algunas lecciones.

—Guay —respondió Alex, y corrió escaleras arriba para explorar la casa.

Yo también me retiré al piso superior y enseguida elegí mi habitación. Desde la ventana obtenía las más gloriosas vistas de las Montañas Blancas de las Apokoronas, todavía con los picos cubiertos de nieve, pese al calor de los últimos días.

Me sentía cansada pero llena de emoción. Después de todos aquellos años de ausencia, ¿por qué tenía la impresión de que volvía a casa, y también a las peligrosas semanas que viví en aquel lejano mayo de sesenta años atrás? A decir verdad, percibí una extraña conexión desde el momento en que nos adentramos en la bahía y divisé el puerto, y llegó a mí el olor del humo del diésel y de la aceitosa agua de mar, y escuché aquel brusco acento gutural. También tuve la extraña sensación de que mi llegada era el comienzo de algo importante. Era difícil explicar lo que sentía dentro de mí.

Me asomé por la ventana principal. A lo lejos podía ver a la gente afanada en sus asuntos, vestidas con vaqueros y camisas negras, montadas en motos y ciclomotores, y turistas con ropa ligera y pantalones cortos. Una parte de mí esperaba ver que la gente seguía vistiendo sus prendas tradicionales: los bombachos, los mantos, los pañuelos atados y las botas blancas. Las costumbres habían cambiado, y Europa estaba ahora más cerca. Y entonces una anciana, inclinada sobre un bastón, cubierta de pies a cabeza con ropas de luto y con un pañuelo negro atado a la barbilla, se perfiló bajo la ventana, y su visión me trasladó al instante a aquellos remotos días que precedieron a la matanza. Una matanza que comenzó el 20 de mayo, fecha que

ninguno de nosotros olvidaríamos fácilmente.

Levanté la vista hacia aquel cielo azul tinta, casi esperando ver lo que vimos entonces, y temblé sin poder evitarlo, escuchando otra vez el grito de aquella niña:

—¡Kyria, mira! ¡Ven a ver esto! ¡Unos hombres están cayendo del cielo sujetos a paraguas!

Rainer Brecht seguía con la mirada perdida en el balcón de su hotel en Platanias, bebiendo una botella de cerveza Mythos que había cogido del minibar.

El taxi, que había acudido a recogerle en el puerto, había enfilado la carretera de circunvalación en dirección oeste, hacia Chania, para marchar rumbo a un centro vacacional todavía en proceso de construcción, a juzgar por los camiones hormigonera que bloqueaban la calle principal. El conductor del taxi puso a prueba su excelente inglés y su no menos excelente alemán tras comprobar si su pasajero hablaba algo de griego.

Cuando el anciano alabó sus conocimientos de ambos idiomas, el joven le sonrió y le dijo que su familia había vivido un tiempo en América:

—Ahora estamos en casa.

Rainer se sintió aliviado de que el muchacho no le hubiera hecho la pregunta más obvia: «¿Estuvo usted aquí durante la guerra?», si bien permanecía de alguna forma flotando en el aire. Rainer tenía la edad adecuada para ser un veterano de guerra.

El trayecto los condujo por muchas rutas conocidas, aunque los olivares se habían agostado y muchos de ellos ya ni siquiera existían, reemplazados por torvos edificios de cemento. Chania seguía extendiéndose en dirección a las colinas, y sus casitas conformaban un perfil que Rainer deseó que nunca cambiase, pero los carros de burros y mulas habían sido trocados por coches baqueteados, bicicletas y autobuses. La inversión inmobiliaria comenzaba a desarrollarse en aquel lugar retirado del mundo, pero aquí y allá seguían divisándose las inevitables chozas y casuchas. Las viejas cabañas estaban empequeñecidas por torres de apartamentos y hogares de puertas y ventanas protegidas por hierro forjado bajo techos planos, preparados para que les añadiesen una nueva planta. Era un mundo muy distinto de aquel en el que Rainer había caído en 1941.

Allá en la bahía podía verse una lejana isla alzándose desde aquella centelleante mar aguamarina. El mar nunca mudaba su atractivo, ni rendía su secreta reserva de huesos. Había elegido aquel hotel por su insulso anonimato. Difícilmente se mantenía en pie, tenía tres estrellas, y era tan limpio como carente de alma. Se percibía el olor de la pintura, preparada para encapar el lugar una nueva temporada, y había nuevos caminos abiertos para acceder a la playa de guijarros. Aquello era un peregrinaje personal, un tiempo de reflexión. Podía oler el olor de las barbacoas y escuchaba una música procedente de algún lugar impreciso. Esperaba que el ruido no le molestase mucho, o tendría que cambiar de hotel. No había alquilado un coche —ya no podía

confiar en sus ojos—, pero para sus viajes al interior tomaría taxis.

Las fotografías que había ido adquiriendo a lo largo de los años no hacían ninguna justicia a los colores de Creta. Había llegado tarde para admirar los famosos prados llenos de flores de la primavera, pues el calor ya los había agostado. En la cartera llevaba un montón de fotos en sepia de sus viejos compañeros de armas, y las alineó sobre la cama. Qué tranquilos se les veía, sonriendo bajo el sol, en aquellas fotos tomadas en alguna olvidada playa antes de que partieran a su campaña, sin saber ninguno de ellos lo que les aguardaba. Rainer no tenía nada para honrarlos salvo los fogonazos de la memoria, y sus rostros eternamente juveniles, aquellos fantasmas silenciosos que hechizaban sus sueños, aquellos valerosos jóvenes que no vieron ya un nuevo amanecer. Había acudido allí para presentarles sus respetos y homenajear a cada uno de ellos.

¿Cómo podían haber sabido lo que les esperaba allí mismo, en el mar, en las colinas, en los olivares, en las propias cunetas del camino?

Ninguno sabía que se precipitaban a ciegas hacia las destructoras mandíbulas del fuego del infierno, ni que su sacrificio cambiaría el rumbo de la historia militar.

## 20 DE MAYO, 1941

Los aviones de transporte despegaron con la primera luz del día rumbo a Creta, en formación, rozando el agua y luego alzándose sobre las montañas, enfilando los objetivos que aguardaban en el oeste y aterrizando por fin en la pista de aterrizaje occidental en Maleme. Sentado frente a sus hombres, Rainer tuvo tiempo de examinar los impacientes rostros de los soldados, enfundados en jerséis de lana llenos de bolsillos y tocados con cascos nuevos, carentes de montura. Algunos sonreían de oreja a oreja, rebosantes de confianza, otros, con el semblante lúgubre, se afanaban en comprobar arneses y equipo, sumidos en el silencio y perdidos en la incomodidad del vuelo. La tez bronceada les hacía parecer tan jóvenes... Sintió una puñalada de miedo por todos ellos.

Se escuchó el estruendo de los cañones antiaéreos tan pronto se aproximaron a su objetivo, y vio entonces que la tensión regresaba a las facciones de sus soldados, mientras los Junkers viraban bruscamente, atronadores, en su ruta. El operador de radio gritó:

—¡Preparaos, Creta!

Rainer vio su forma, que tan familiar le resultaba por los informes, aproximándose bajo la luz de la mañana. Con una sacudida el avión inició el descenso, y de nuevo levantó el morro para evitar ser alcanzado. Sintió que el estómago le daba vueltas mientras aparecía su objetivo.

Algunos hombres comenzaron a cantar el himno de los paracaidistas para templar los nervios: «Ningún camino atrás...», vibró en sus oídos. Era el momento de que sus instintos primarios y lo aprendido durante los meses de entrenamiento tomaran el control y les impeliesen a examinar los arneses y comprobar sus paracaídas. Rainer debía ser el primero en saltar para mostrar el camino hacia el objetivo: los demás saltarían después, dejándose abrazar por el viento en la postura cruciforme de la caída libre.

Era una sensación de lo más extraña precipitarse así desde el cielo, con las venas llenas de fuerza y adrenalina. Luego venían los inevitables segundos de pánico, esperando que se abriese el primer paracaídas. Sintió el tirón y el alivio de la pérdida de peso, la ingravidez repentina, pero el alivio se convirtió en terror al ver que uno de sus muchachos se quedaba atrapado en la parte posterior del avión; al instante, su arnés se desgarró y el joven cayó como una piedra a la tierra.

De pronto, el frondoso valle se extendió ante ellos, y Rainer alcanzó a ver el lago. Estaban cerca del complejo de prisiones que debían asegurar para convertir en su base de operaciones. Los cajones que transportaban su munición flotaban sobre sus aguas, así como sus provisiones, enjaezadas a paracaídas de diferente color: tenían

que dar con ellas antes de que lo hiciesen sus enemigos. Estaban allí, en alguna parte, vigilando desde las sombras y aguardando el momento adecuado para atacar. Rainer debía hacer que sus hombres se pusieran a cubierto y se armaran tan aprisa como fuera posible.

Aterrizó sin contratiempo, pero vio que algunos de sus hombres caían en los árboles, y escuchó el lejano rumor de las armas de fuego y el rugir de unas voces airadas. De pronto se desató el infierno, y Rainer vio con horror cómo sus hombres eran disparados uno por uno mientras caían del cielo, como si fueran patos. El fuego envolvió sus paracaídas, y allá arriba se sacudían como indefensas marionetas, jóvenes soldados que ardían y morían sin haber siquiera alcanzado el suelo. Por un segundo Rainer sintió que la ira y el odio se apoderaban de él, al ver tal falta de caballerosidad, pero enseguida comprendió que aquella no era una batalla convencional, en la que te limitabas a situar tus líneas y marchar hacia delante. Para ellos, la llegada al objetivo era ofrecerlos como prácticas de tiro para las tropas que esperaban en tierra.

Gritó para que sus hombres se ocultasen en los olivares y en el lecho seco del río. Todo el mundo se dispersó para evitar los disparos de los francotiradores, en aquel terrible juego del ratón y el gato con el enemigo. Hacía calor, y el uniforme resultaba demasiado pesado. Rainer perdió su cantimplora en la refriega con un soldado británico, que le alcanzó desde la rama de un árbol. Lo derribó de un disparo que le atravesó la cara. No sintió ninguna piedad. Era matar o morir. Consiguió zafarse como pudo del peligro, evitando la línea de tiro. Alcanzó a escuchar un terrible intercambio de disparos en alguna parte, hacia el oeste. El cielo oscureció de aviones y hombres, pero nada estaba marchando según los planes, y no había tampoco nadie para recibirlos, como les habían asegurado, a excepción de aquella salva de tiros. Era cierto que no había camino atrás...

—¡Aquí los tenemos! ¡El cielo se ha ennegrecido con todos esos bastardos! —gritó el camillero escocés que estaba ayudando a Penny a alejar a los heridos y a ponerlos a cubierto. Las armas no habían dejado de bramar contra la plaga de negros avispones que habían estado descargando sus balas desde la primera luz del día. Los tiros llegaban en oleadas sobre sus cabezas. Habían recibido órdenes de trasladar a los heridos que aún pudieran moverse a las trincheras.

—Poneos los cascos. ¿Pero es que no ven el símbolo de la Cruz Roja en la maldita arena, por amor de Dios? —exclamó Douglas Forsyth—. ¡Enfermera, apártate de la línea de fuego!

Penny fingió no haberle oído y siguió conduciendo a los hombres desde las tiendas entoldadas hasta las trincheras defensivas que acababan de excavar. Era una labor turbadoramente lenta, y el ruido procedente del cielo resultaba aterrador.

La noche anterior había deambulado por aquel lugar, preguntándose dónde podría encontrar un espacio mínimamente protegido. Fuera quien fuese el que diseñó aquel emplazamiento para montar un hospital de campaña debería ser fusilado, pensó

Penny. Lo único que consiguió encontrar para tal fin fue una red de cavernas, y enseguida sugirió a los doctores que llevasen el equipo útil hasta allí a sabiendas de que las cosas todavía podían ponerse mucho más serias.

El doctor Ellis la despachó con un desdeñoso gesto de la mano:

—¿Has visto el estado en que se encuentran esos asquerosos agujeros? Están a rebosar de mierda de cabra y cosas peores. No metería ahí ni a un caballo.

—Pero son oscuros, y la temperatura es suficientemente fría. Podemos limpiarlos. Al menos estaremos lejos del alcance del fuego enemigo. —Rebatió. Pero en vano. ¿Quién iba a escuchar a una enfermera?—. Hay cuatro que parecen lo bastante decentes, y se adentran en la roca lo suficiente. Podríamos almacenar allí las provisiones. Mejor que estar en esas endebles tiendas tan expuestas...

—Por el amor de Dios, mirad hacia el oeste. ¿Es eso lo que creo que es? —Ellis señaló a los centenares de paracaídas amarillos, rojos y verdes que empezaron a caer desde el cielo con una lentitud sobrenatural, en cuyo extremo parecían pender unos peles que de pronto se agitaron y cobraron vida.

—Una lluvia de alemanes —dijo Forsyth, y guardó silencio por un segundo antes de devolver la atención a su paciente.

Penny observó al grupo de soldados flotando sobre el mar, hundiéndose y sumergiéndose entre las olas. Los edificios bombardeados que flanqueaban la costa ardían como un horno crematorio, y algunos de los paracaidistas enemigos tuvieron la mala fortuna de que el aire los arrastrase allí y se vieran devorados por las llamas. Tras ellos llegó otra oleada de paracaidistas que se sacudían en el extremo de sus cuerdas como jinetes fantasma: unos, con suerte, caían en el lecho del mar, mientras que los menos afortunados lo hacían sobre las rocas, rompiéndose en pedazos sanguinolentos que eran arrastrados a la lejana costa. Era una visión terrible pero de la que resultaba difícil apartar los ojos: la visión de una muerte segura para aquellos hombres que se veían atrapados entre el fuego y el mar.

Como respuesta, las balas procedentes de los aviones que sobrevolaban la playa abrieron fuego contra las tiendas y los barracones del hospital. Todo aquel que podía empuñar un arma comenzó a disparar a los invasores, pero aun así los aviones no cesaban de llegar.

—¿Qué ocurrirá si aterrizan aquí? —preguntó Penny, pero nadie respondió.

Vio aviones envueltos en llamas estrellarse contra el horizonte, y hombres que pugnaban por llegar a nado hasta la orilla. ¿Y si alguno de ellos era su hermano Zander? Impotente, vio también hombres que se ahogaban entre las olas, aunque uno o dos consiguieron llegar exhaustos hasta la costa. No tardarían en ser tomados prisioneros. Entonces, para su horror, vio que unas siluetas armadas abandonaban a toda prisa el pueblo, y se precipitaban a matar a los invasores como si fueran reses en un matadero. Penny gritó a los guardias que les tomasen prisioneros, pero nadie escuchaba. Cada uno de aquellos muchachos era el hijo de alguien, el marido de alguien: la única diferencia era que estaban cumpliendo con lo que les habían



ordenado. Ella había prestado juramento como enfermera de la Cruz Roja para ayudar a los soldados heridos, fuera cual fuese el ejército al que pertenecían, pero ahora vestía uniforme de guerra y colores británicos, y se debía al ejército inglés. Se sentía como partida en dos, entre su afán de ayudar a los caídos y su obligación de cuidar a los heridos en el hospital, que no cesaban de pedir auxilio. Tuvo que apartar los ojos de aquella terrible escena: no podía soportar ni un segundo más tamaña carnicería.

La cifra de heridos comenzaba a ascender, a medida que se incrementaban los cuerpos apilados en la playa, y algunos paracaidistas fueron trasladados hasta el hospital con las más horribles heridas, tras sufrir los irracionales golpes por parte de los habitantes del pueblo, furiosos por los bombardeos y la invasión. Algunos tenían la piel quemada, otros estaban ciegos o traumatizados por la experiencia: jóvenes la mayoría de ellos, aterrados por que los fusilasen allí mismo, y no pocos se meaban en los pantalones mientras gritaban de puro pánico. Ellis y Forsyth se debatían por salvar a cuantos pudieran.

—Llevadlos a las cuevas y ponedlos a salvo —ordenó Ellis, señalando hacia las rocas—. Esto no va a terminar hoy, ¿verdad?

El hospital comenzaba a parecerse a un matadero, y la confusión reinaba por todas partes.

De pronto se escuchó en las cercanías el estrépito de las armas de fuego, y unos gritos en alemán igual de próximos, en tanto un grupo de paracaidistas atravesaba a la carrera el perímetro del hospital, ordenando a aquellos que aún pudieran caminar que se levantasen y avanzasen por delante de ellos en dirección al sendero principal. Penny, cuyo pánico le impedía siquiera respirar, se separó del grupo sin ser vista y se ocultó junto a los prisioneros que escondían en la cueva, mientras los alemanes obligaban a los médicos a avanzar frente al grupo de soldados, empleándolos como escudo humano. Los prisioneros alemanes gritaron a sus camaradas para explicarles que se encontraban a salvo en las cuevas, y así fue como Penny, escondida entre ellos, no fue descubierta.

Durante varias horas Penny desempeñó a solas su extenuante labor, aterrada por lo que estaba ocurriendo ahí fuera, sin atreverse a mirar o siquiera imaginar cómo iba a terminar todo aquello. «Quédate en tu puesto, cuida de estos hombres, no importa lo que suceda... No debes hacer nada que no sea lo mejor que puedas hacer». *Courage mon brave*, rezó, pidiendo la fuerza que necesitaba para mantener la calma y enfrentarse a la muerte si las cosas llegaban hasta ese extremo. Si aquel iba a ser su fin, que así fuese.

Sin duda, fue el día más largo de toda su vida. No cesó de tragarse el miedo y el pánico que subía a su garganta como la bilis, pero había demasiados heridos a los que atender como para permitirse el lujo de preocuparse por sí misma. «Cuando tenga tiempo ya me preocuparé», pensó. Después se escuchó el estrépito de nuevos disparos, y, cuando aquel ruido se desvaneció, vio a los médicos que regresaban de vuelta al hospital, acompañados por algunos neozelandeses, reconocibles por sus

tocados flexibles. Penny sintió tal alivio al verlos aparecer que quiso lanzarse sobre ellos y abrazarlos con todas sus fuerzas, pero tuvo que contenerse, a sabiendas de que una enfermera debía conducirse con la debida dignidad todo el tiempo.

—Gracias a Dios que estás viva —dijo Forsyth, saludándola con el estetoscopio—. Les hemos dado una dosis de su propia medicina.

El doctor Ellis le explicó que los paracaidistas habían sufrido una emboscada desde la retaguardia y que el hospital estaba a salvo... de momento. De inmediato, regresaron a sus labores como si nada, aunque les llegaban rumores de que el enemigo estaba enviando refuerzos sobre Maleme.

—Todo ha terminado —dijo uno de los camilleros, sonriendo, aunque era más su deseo el que hablaba que la convicción de que aquello fuera cierto.

—A mí no me lo parece. —Forsyth se limpió con la mano su rostro cubierto de cenizas—. Esos hombres están bien armados y tienen toda la intención de lanzar un terrible ataque. Vaya follón de mil demonios. Aquí estamos, en tierra de nadie, entre el aeropuerto y Chania, en medio de la línea de fuego, como patos dispuestos a que los desplumen.

Se volvió hacia Penny y, encogiéndose de hombros, sonrió:

—Esas cuevas, sinceramente, ahora mismo me parecen el Dorchester, y por cierto, enfermera: has actuado con suma inteligencia trasladando a los prisioneros allí. Debes evitar que te vean, jovencita, y no deberías estar aquí —dijo, levantando una mano como para hacerla desaparecer—. Pero que me corten el cuello si no me alegra que estés...

Bajo el manto de la oscuridad, examinaron cada cueva por turnos, ataviados con máscaras quirúrgicas para debilitar la fuerza del hedor, que era insoportable.

—Cualquier puerto vale cuando hay tormenta, ¿eh? —dijo Forsyth—. ¿Tú qué opinas, Ellis?

—Opino que la enfermera George está en lo cierto: las cuevas están protegidas del viento, el sol y la lluvia, y podemos ocultar las entradas con sábanas y mantas. Esta nos la quedaremos nosotros y pondremos aquí la mesa de operaciones, la otra será para los pacientes, y mejor que coloquemos en esta las provisiones: o lo que queda de ellas. Nos estamos quedando sin lo básico, ¿pero cómo esterilizamos este maldito lugar?

—Podemos pedir a las tropas que nos ayuden a limpiar esto con agua de sal... Y tal vez sería buena idea colocar tabloncillos por el suelo. —Penny hablaba según pensaba—. Hicimos algo así en Arta, cuando el viento desgarró nuestras tiendas.

—Por todos los infiernos, ¡un hospital en el interior de una cueva! Mira que he escuchado los planes más insensatos, ¿pero qué alternativa tenemos? ¿Marchar al interior de la península y empezar de nuevo? Iré al cuartel general —dijo Forsyth.

—Esperemos al menos que los nuestros los mantengan lo bastante lejos, se apoderen de la pista de despegue y los devuelvan a Atenas —dijo un joven camillero escocés, con los ojos llenos de pánico—. Vamos, hermana, hora de pillar por banda a

todo el que lleve muletas y nos ayude a limpiar toda la mugre posible antes de que los alemanes vuelvan a por el desayuno.

Penny se remangó para unirse a él, con la espalda dolorida y los oídos zumbándole por el ruido de las bombas y el fuego de artillería. El cielo seguía negro de aviones, y no se veía una sola estrella. Estaban atrapados en la playa, bien a la vista, superados en número y temerosos por cuanto pudiera ocurrirles, pero no había tiempo para lamentarse. Tenían trabajo que hacer, un trabajo bastante apestoso, pero podía salvar a sus pacientes de una muerte segura. Puede que Penny fuese la única mujer que quedaba en la playa, pero era tan capaz como cualquier hombre de manejar una pala. Era algo que había hecho desde niña. Sonrió para sí pensando en Héctor, su poni, y los establos de Stokencourt. Poco imaginaba entonces que un día acabaría aquí. De pronto, sintió que su corazón se llenaba de valor. Nada como el sudor y un buen propósito para conservar las fuerzas. Ahora eran un solo equipo, y trabajaban codo con codo contra la peor de las suertes. Y eso hacía que Penny se sintiese muy bien.

Una chica cubierta por un pesado manto se abría camino entre los escombros, avanzando lentamente por entre el humo y el vidrio roto, los restos desperdigados de las casas, en busca de supervivientes, sin dejar de levantar la vista de vez en cuando por temor a que se reanudasen los ataques aéreos. Tenía que llegar a la cima de Halepa. Ya llegaba tarde a su trabajo, como aquellos que hubieran sobrevivido a las bombas. Podía oír el llanto de las mujeres que buscaban entre las piedras, lamentándose por sus familias. Los fragmentos de cuerpos humanos comenzaban a pudrirse a causa del calor. El pestilente hedor del campo de batalla había llegado a Chania aquella mañana. Debía darse prisa, había tantas heridas que tratar... ¿pero quién trataría los corazones rotos, la angustia, el miedo a lo que sobrevendría? Para su alivio, aquella parte de la ciudad no había sufrido el castigo de las bombas, y ya se formaba una cola en el exterior de la clínica de la Cruz Roja.

—¡Enfermera, enfermera! —gritó una anciana, agarrándola del brazo—. Venga, por favor, busque a mi marido, venga y ayúdeme a encontrar mis pajaritos.

La mujer estaba medio loca de dolor.

—Enfermera, debe ayudar a mi esposa. Está dando a luz, no deja de sangrar...

Un joven que vestía una camisa reducida a harapos sostenía a su esposa, que parecía a punto de desmayarse.

Ayudó al hombre a incorporar a la joven y con un poco de esfuerzo consiguieron abrirse camino entre la multitud:

—Dejen paso —ordenó la enfermera. Era una suerte que la clínica estuviera cerca. La puerta se abrió y los tres cayeron en el vestíbulo.

—Gracias a Dios, lo ha logrado, enfermera. Necesitamos más gente —dijo el doctor, limpiándose las manos empapadas de sangre en su chaqueta blanca—. ¿A

quién tenemos aquí?

Yolanda explicó al médico la situación de la paciente mientras la llevaban a la sala de tratamiento y cerraban la puerta a su espalda. Pero cuando la dejaron en la mesa, se dio cuenta de que la pobre chica estaba muerta.

Yolanda quiso llorar por lo injusta y cruel que era aquella suerte, pero no había tiempo siquiera para algo semejante. Mientras cubrían el rostro de la mujer y acompañaban al sollozante marido hasta la puerta, escucharon sobre sus cabezas el silbido de las bombas. Debían llevar otra vez a cubierto a sus pacientes.

Se sentó junto a sus pacientes en el sótano hasta que lo peor del ataque de la mañana sobre el puerto de Chania tocó a su fin. Sin embargo, su mente no estaba puesta en su trabajo, sino en si sus pacientes estarían seguros en la cueva que había bajo la imprenta del tío Joseph. Todas las alarmas habían cundido entre buena parte de las familias locales y estas habían huido a sus pueblos natales, si es que no habían encontrado un refugio seguro y de confianza. La calle Kondilaki, con su barrio judío, estaba a solo unas cuantas calles del antiguo puerto, el *limani* veneciano, donde destacaban sus almacenes, sus depósitos y su ingente arsenal de armas: los hijos del tío Joseph habían acudido allí, en vano, para rogar que les diesen más rifles con los que defenderse si sufrían alguna invasión por mar.

Desde su inesperada llegada, Yolanda apenas había salido del barrio. Sus padres se sentían tan aliviados de tenerla otra vez con ellos que habían insistido en acompañarla y presentarla a las otras familias de la comunidad sefardita. La imprenta se había dedicado casi exclusivamente a imprimir periódicos para las tropas británicas. El padre de Yolanda se afanaba en traducir el *Diario de Creta* del inglés al griego, a fin de que los maquetadores pudieran montar el texto correctamente.

El uniforme de Yolanda había estado colgado tras la puerta de su dormitorio, inútil y sin uso, desde su llegada. Cada vez que hacía el intento de ponérselo su madre no dejaba de llorar.

—Ya has hecho bastante por Grecia. Te necesitamos aquí, ahora podemos ser otra vez una familia. Tengo muchos planes.

¿Cómo podía decirles que estaba allí solo por accidente? Mientras ayudaba a un soldado herido a que saliese del *Ulster Prince* a través del puente, el hombre de pronto cayó desmadejado a sus pies, aferrándose a Yolanda para salvar la vida, de modo que la joven ya no tuvo otra opción que sostener su mano y acompañarle de nuevo al interior del buque hospital. No había nadie más para informar sobre su estado. Solo al oír los motores nuevamente en marcha y sentir el movimiento del barco se dio cuenta Yolanda de que se alejaban del puerto bajo el manto de la oscuridad. Ya era demasiado tarde para subir a cubierta y rogar que la dejaran salir.

A medida que transcurrían las horas, su pánico había ido dando paso a una hastiada resignación. Nadie iba a regresar por una simple enfermera, y además allí la necesitaban. Al menos, la alivió saber que se dirigían rumbo a Creta. La decisión de quedarse o no en Atenas había sido tomada por ella, aunque no podía sino

preocuparse por sus compañeras, en especial por su amiga Penny. ¿En qué pensaría? ¿La estarían esperando para que se presentase a su puesto? ¿Y si Penny había embarcado en otra nave? La travesía no había carecido de peligros... ¿Seguiría aún con vida? Yolanda se sintió tan culpable como aliviada cuando escuchó el rumor de que los otros barcos habían sido hundidos, y tuvo la terrible sensación de que jamás iba a ver de nuevo a su amiga con vida. Atenas se le antojaba ahora un lugar indeciblemente remoto. No tenía documentos, solo sus credenciales de la Cruz Roja y la convicción de que su madre y su padre no estaban lejos y vendrían por ella.

En cuanto su madre la abrazó y lloró contra su pecho, fue como si una suave manta de amor la envolviese por completo, acallando cualquier intención que tuviese de presentarse a su puesto inmediatamente. Con qué presteza aquella manta se había convertido en un asfixiante capullo. En aquella comunidad, tan estrechamente unida, de apenas trescientas almas, Yolanda fue bien recibida, pero también se esperaba de ella que fuese la hija obsequiosa y obediente que sus padres se merecían, y viese con buenos ojos que alguna astuta casamentera le encontrase un buen marido.

Cuando comenzaron en Chania los ataques aéreos, algunos griegos ortodoxos se marcharon en pos de pueblos y colinas, dejando atrás sus tiendas cerradas a cal y canto, pero el barrio judío siguió activo y solo se reforzaron las ventanas con listones cuando las bombas rodearon a sus habitantes de humo y fuego. Pero ya no había judíos ni gentiles cuando las asustadas familias emergieron de entre las ruinas, pidiendo que alguien vendase sus heridas o enterrase cuanto antes a sus muertos. Yolanda se puso su uniforme, se envolvió en su manto y se apresuró a llegar a la clínica: no iba a esconderse cuando su presencia era tan necesaria.

—¿Cómo puedes abandonarnos otra vez? —se lamentó su madre.

—Tengo que ir a ayudar a esa gente. No creo que te niegues a que salve las vidas que pueda.

Aquellas palabras no recibieron respuesta; muy al contrario, Solomon le propinó unas palmaditas en el brazo y se limitó a decirle:

—Ten cuidado y regresa pronto.

Ahora, refugiada en el sótano de la clínica, oyendo el silbido de las bombas y las sordas explosiones que detonaban en derredor, mirando a aquellos padres que trataban de sonreír a través del dolor y abrazaban con fuerza a sus aterrados hijos, Yolanda comprendió que estaba haciendo lo correcto. Solo había salido un momento, ante la insistencia de un hombre que buscaba a su esposa. No pudo por menos de mirar con espanto la devastación que la rodeaba: tejados rotos en pedazos, mulas y burros muertos y destripados en la calzada, y aquel terrible hedor de la muerte que Yolanda empezaba a conocer demasiado bien. Era una búsqueda infructuosa, y solo sirvió para que al regresar recogiese a los rezagados que daban vueltas sin rumbo entre los escombros, presas de un anonadado estupor.

En cuestión de minutos, todo el mundo se afanó en hacer vendas provisionales: soldados, civiles, cualquiera con un par de manos que pudieran funcionar. Cada vez

que llegaban nuevos heridos también lo hacían nuevos rumores procedentes del exterior: «Los ingleses los han hecho retroceder... No, los ingleses han sido derrotados. Están llegando al aeropuerto nuevas tropas... no, vienen por mar. Mañana estarán en Chania».

Yolanda estaba demasiado cansada como para preocuparse si algo de aquello era cierto. Sintió como si hubiera pasado años en los hospitales de campaña, no meses, y sabía que todo el mundo en la isla estaba unido para defender el lugar del asalto que procedía del cielo.

—Si toman la ciudad, ven a las colinas con nosotros —le dijo Andreas Androulakis, un joven doctor que parecía haber salido de un libro de piratas, pues ni siquiera le faltaba el parche en el ojo—. Si de veras se creen que los cretenses les van a abrir sus puertas y darles *raki* y galletas, se van a llevar una buena sorpresa. ¿Qué vas a hacer? —le preguntó con gesto lúgubre, lleno de preocupación. Habían trabajado codo con codo durante tres noches. Andreas hubiera formado parte de la División Cretense, destinada en la península, de no haber sido por su ojo ciego.

Yolanda se encogió de hombros:

—Mis padres viven cerca de la calle Kondilaki, con mi tío. No me parece que tengan pensado marcharse.

—Sácalos de allí y llévalos a uno de los pueblos de la colina. Tu comunidad va a ser mirada con lupa —insistió—. He oído rumores acerca de... ciertas redadas.

No necesitaba explicar más.

—Me quedaré aquí junto a la Cruz Roja —dijo Yolanda, sonriendo.

—Eres muy buena enfermera, pero te lo ruego, cámbiate de nombre y consigue nuevos documentos. Mejor asegurarse...

Andreas quería lo mejor para ella, y a Yolanda le halagaba su preocupación, ¿pero cómo iba a abandonar el nombre de su familia? Algo semejante significaría renunciar a su religión, a su raza. Jamás podría hacer algo así. ¿O quizá no? El tío Joseph había asegurado a sus padres que Creta era un buen refugio para los judíos. Allí su comunidad llevaba viviendo miles de años. Pero nadie había podido imaginar aquel repentino ataque. Fuera lo que fuese lo que ocurriera después, jamás dejaría a sus padres, y además su experiencia y capacidades eran muy necesarias. No iba a abandonar su puesto solo por salvar su pellejo, pero si realmente sus padres estaban en peligro quizá tendría que pensarlo mejor.

## GÁLATAS, 23 DE MAYO, 1941

Vivir en una cueva era un desafío constante. Penny estaba tan cansada que ni siquiera tenía fuerzas para comer. Las cuevas eran frías y húmedas, y le reconfortaba que al menos su fiel manto la ayudara a conservar su calor tanto como servir de camuflaje por la noche, cuando salía a la oscuridad, yendo a duras penas de una cueva a la otra.

—Tenemos que detener los bombardeos. Las líneas de piedra que formaban una cruz en la arena ya hace tiempo que han sido borradas. ¿Alguna idea, Penny? —dijo Doug, mientras trataba de descansar sobre las tablas.

En la intimidad de aquellas cuevas toda formalidad había quedado atrás. Solo quedaban Penny y los dos doctores, Doug y Pete:

—¿Tenéis algo de color rojo? Creo que deberíamos fabricar una bandera roja y alertar de nuestra posición —sugirió.

Se hicieron con varias sábanas blancas y encontraron un enorme mantel de brillantes colores con las franjas cretenses, que Doug había comprado como recuerdo a su novia, Madeleine. Uno de los habitantes del pueblo les dio una manta de lana de color rojo, algunas agujas e hilo. Cortaron las telas en forma de cruz y comenzaron a coser la bandera a la luz de las lámparas de aceite. Aquello, al menos, sirvió para que los aburridos y atemorizados pacientes tuvieran algo entre manos, pues además sabían que una bandera de la Cruz Roja contribuiría a protegerlos.

Penny asomó a la oscuridad con el corazón en un puño, y vio el cielo iluminado por las llamas que ardían en la ciudad de Chania. Solo un día atrás se había encontrado en el puerto, tomando un helado, admirando las mansiones venecianas que flanqueaban el lugar, con sus dinteles taraceados y sus balcones turcos, con tejadillos de madera. ¿Cuántos de ellos habrían sido reducidos a cenizas?

Cuando por fin terminaron la bandera, la izaron sobre un promontorio de hierba silvestre en la parte superior de las cuevas, y luego la reforzaron con varias piedras. Nadie podría pasar por alto aquel emblema, ya fuera desde la costa o desde el cielo. Permanecieron allí un rato, admirando su trabajo:

—Esto servirá —dijo Pete.

Penny esperaba que estuviera en lo cierto, pues su situación era realmente desesperada. Habían recibido noticias de que Maleme había sido tomada.

—No es más que un accidente... un problema pasajero. —Trató de reconfortarla Pete Ellis, ante su grupo de pacientes.

Habían aislado a los prisioneros alemanes por su propia seguridad, y la mayor parte de ellos estaban demasiado enfermos como para causar problemas. Otros incluso se habían ofrecido a coser con los demás la bandera, agradecidos de que los

mantuvieran a salvo en las cuevas. La Lutwaffe respetaría el emblema de la Cruz Roja, le dijo un oficial herido a Penny en perfecto inglés.

Doug era el encargado de controlar sus cada vez más ínfimas provisiones, de modo que trajo algunas jarras *pithoi* de *tsoukoudia*, una bebida alcohólica similar al *raki* hecha con zumo de piel de uva, que, fermentada en un poderoso brebaje, era empleada como hisopo y desinfectante.

—Si los vendajes se pasan de fecha y sentís que vais a vomitar por el olor que desprenden las heridas, os sugiero un par de buchitos antes de retirarlas y atacar el pus. Oh, y dos buchitos después —dijo, con rostro pétreo.

—¿Sobre la herida? —preguntó Penny con la mayor inocencia.

—En tu puñetera garganta —bramó. Entonces, al ver que ponía un gesto de repugnancia, dijo—: oye, no me seas tan remilgadita. Te he oído jurar en un griego muy colorido... ¿dónde aprendiste a jurar así?

—Aprendimos un montón de palabras nuevas en la frontera albana —dijo Penny con una sonrisa—. Y otras cosillas más —añadió.

Y era verdad. Uno no vivía en las peores calles de Atenas sin aprender a sacudirte la sospechosa atención de la gente, impedir que te robasen el bolso o que un ancianito inocente te quitase el puesto en una cola. Penny daba gracias a Dios por que su madre no estuviera allí para ver el color de su piel y escucharle decir tamañas groserías. Sus modales y su acento inglés podrían a veces recordar a los de una debutante inglesa, pero no le importaba ir por el campamento en pantalón corto en su tiempo libre, ignorando los silbidos de los muchachos. Si se fijaban en sus largas piernas era que los pacientes ya estaban casi curados.

Al día siguiente no hubo más bombardeos, lo que les dio ocasión de organizar un entierro y reunir todo cuanto resultara útil de la ruina a que había sido reducido el hospital. Enviaron las sábanas de lino a los pueblos más próximos para que los vecinos las lavasen y trajeron naranjas recién cogidas. Todo el mundo actuaba como si aquello fuera lo más normal, pero el rugir de los cañones nunca quedaba demasiado lejos. La batalla que se dirimía entre ambos bandos tenía por propósito conquistar la pista de aterrizaje, de modo que solo cabía esperar, pasara lo que pasase. Los heridos no estaban en condiciones de hacer demasiado excepto salvarse si el campamento sufría un nuevo ataque.

A Penny le embargaba tal sentimiento de protección por sus pacientes que parecía una tigresa defendiendo a sus cachorros. Quizá era así como su madre se sentía hacia sus chicas: bueno, hacia Effy al menos.

Llegaban a intervalos civiles heridos en busca de ayuda que traían naranjas, limones y vegetales como pago por sus servicios. Había cientos de hombres a los que alimentar, y el almacén estaba casi vacío.

—Ojalá y supiéramos cómo va la guerra —susurró al final de su turno, en tanto ella y Doug se sentaban a tomar zumo de frutas recién hecho mezclado con *raki*: era mejor que el champán, sobre todo bajo aquel cielo cuajado de estrellas.



—Pronto sabremos si va mal. Tomarán nuestro puesto en minutos, pero no opondremos resistencia. Pondremos a todo el mundo a cubierto, y tendremos cuidado de que no aparezcan ni rifles ni cascos a la vista. La idea es mantener la más estricta neutralidad.

Uno de los camilleros, que los había escuchado, exclamó:

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados. Algunos de nosotros todavía se pueden llevar a unos cuantos por delante.

—Si lo haces, Barnes, yo seré el primero en pegarte un tiro. Dale a estos pobres diablos la posibilidad de vivir, aunque sea en un campo de prisioneros alemán. Dispara y estaremos todos muertos. No todos son bárbaros. La Convención de Ginebra nos protegerá.

Surgió otra voz desde la arena:

—Díselo a mi amigo Corky. Lo sacaron desangrándose de una acequia y le pegaron un tiro como si fuera un perro.

—Les hemos disparado según caían del cielo, vieron cómo sus compañeros eran asesinados a golpe de hacha nada más tocar tierra, según he oído, a manos de unas simples ancianas. La guerra es un asunto bastante asqueroso; el miedo provoca que hagamos las cosas más crueles. Venga, volved a vuestra cueva.

Doug se incorporó y esperó a que se alejasen lo suficiente como para no ser oídos.

—Un solo tipo con la sangre demasiado caliente puede causar problemas. El miedo es como un virus que se extiende fácilmente entre las masas. He oído las cosas más horribles por parte de ambos bandos. Yo me limitaré a coser a quienes nos traigan, sean amigos o enemigos. Si los aviones regresan, tengo otro as en la manga... Un seguro, si quieres llamarlo así, para protegernos de los bombardeos.

—¿De qué se trata? —preguntó Penny con curiosidad.

Doug desapareció unos instantes, para regresar con una bandera doblada en cuyo centro había una visible esvástica:

—Es un truco que aprendí de mi padre, que combatió en la Gran Guerra. Si colocamos esto allá arriba nos dejarán en paz, y lo más probable es que incluso nos arrojen algunas provisiones. —Le guiñó un ojo—. Pero guarda esto bien. Te juro por Dios que espero no tener que utilizarlo. Si los alemanes se enteran, tendremos problemas.

Penny levantó los ojos al cielo de la medianoche, tachonado de estrellas hasta donde alcanzaba la mirada. El rumor de los disparos hizo que sus pensamientos tomasen otra dirección. ¿Dónde estaba Bruce? ¿Habría sido evacuado junto con los Harrington? ¿Cómo estarían Angela y las chicas? ¿Seguirían en pie la casa de los Harrington, o Villa Artemisa, el hogar de Evadne y Walter en Atenas, o se habrían visto reducidos a una pila de cenizas y escombros humeantes? ¿Quién atendería a la población civil herida en la ciudad en llamas?

Era como vivir en el interior de un extraño sueño: cansada hasta la médula, y

mientras el *raki* obraba su particular efecto, se preguntó qué estaba haciendo en aquella isla. ¿Pero por qué, entonces, se sentía más viva que nunca? Lo que estaba a punto de suceder era algo sobre lo que Penny no tenía el menor control, pero sentía la emoción de estar en manos del destino. Lo único que podía hacer era observar, aguardar y rezar.

—Esto es cada vez más intrigante, tía Pen. —Lois estaba sentada junto a la piscina, observando cómo Alex se zambullía una y otra vez en el agua—. Recuerdo que mamá me dijo en cierta ocasión que en todos los papeles había algo... algo acerca de la «Enfermera de la Cueva», que era como la llamaban. Había un recorte en el buró de la abuela. Mamá solía decir que aquello casi hizo que la abuela te perdonase por tu espantada de tantos años atrás. ¿Qué ocurrió con Doug y Peter, los médicos?

Me disponía a continuar cuando escuchamos el frenazo de un coche en el camino de entrada, y, poco después, alguien tocó la campanilla. Lois se envolvió en el albornoz de baño al ver que un individuo de elevada estatura, abrazado a un portapapeles, asomaba sobre la puerta y echaba un vistazo hacia la piscina.

—Hola, perdonen que les moleste —se disculpó. Llevaba unos pantalones cortos de color crema, una camisa abierta en el cuello, y unas sandalias que dejaban ver sus bronceados pies—. Soy Mack, de Retiros Insulares, su guía y representante. Venía para presentarme y asegurarme de que está todo a su gusto.

Era un hombre de unos cuarenta años largos, y tenía uno de esos semblantes trabajados por la vida y el sol. Sus cabellos rubios estaban salpicados de canas, pero se conservaba muy bien: era delgado, y de porte atlético, militar. Resultaba un poco mayor para ser un simple agente vacacional, pero me gustó su aspecto, y le invité a pasar.

—Venga, entre y tome una copa con nosotros.

Cuando estoy de buen humor, soy de lo más sociable.

—Pero no puedo quedarme mucho tiempo —dijo sonriendo, y dedicó una mirada a Lois que apenas escondía su interés en ella.

Lois alargó el brazo:

—Me llamo Lois Pennington y esta es mi tía abuela, Penélope George, y mi hijo, Alex. Por favor, siéntese.

Reparé en que no protestó cuando acercamos las sillas bajo la sombrilla.

Se preocupó de comprobar que estábamos satisfechos con nuestro alojamiento, y nos entregó una lista con varios números de emergencia y los datos del hospital más próximo:

—Cuando quieran pueden reservar con nosotros viajes y excursiones por la isla.

Me preguntaba cuándo se le empezaría a resquebrajar la coraza:

—También podemos darles una lista de las tabernas de los alrededores, pero no podemos indicarles una en especial. Pregunten por la ciudad y seguro que no tardan en decirles cuáles son las más frecuentadas —sonrió—. Si quieren dar un paseo por la vieja ciudad de Chania, hay una excursión el sábado por la mañana. He de admitir

que en cierta ocasión realicé el viaje como turista y ya ven, aquí me tienen, trabajando en la isla. La vida tiene a veces estas cosas. Deben visitar el palacio de Cnosos, y los acantilados de Samaria, que están en el sur, pero solo si se encuentran en forma...

Miró hacia donde yo me encontraba, y quise decirle que solo unos años atrás hubiera podido hacer aquel largo viaje colina abajo llevando un soldado herido a la espalda, si hubiese sido necesario, y que muchos de mis pacientes tuvieron que hacerlo durante la guerra. Pero no dije nada.

—No dejen de ir a Creta alguna que otra noche para bailar. Es una gozada, tengan la edad que tengan...

—Si estamos aquí es por un motivo muy especial —le interrumpió Lois—. Vamos a acudir a los homenajes por la batalla de Creta.

—¿Están interesados en la historia de la isla? —preguntó el hombre.

—Yo formo parte de esa historia. —No pude evitar replicar—. Trabajé aquí como enfermera.

—¿De verdad? Qué interesante. ¿Saben los organizadores de su presencia en la isla?

Me dedicó una mirada curiosa, como si en realidad estuviera observando a un antiguo espécimen conservado en una vitrina de cristal.

—No, es una visita privada. No tengo intención de formar parte de ello.

Se hizo un repentino silencio, y el hombre se incorporó para marcharse, como si algo de lo que habíamos dicho le hubiera puesto nervioso.

—Muy bien, confío entonces en que disfruten de unas maravillosas vacaciones. Si necesitan algo, no duden en llamarme. Esta es mi tarjeta. Naturalmente, les veré por aquí. La isla no es demasiado grande. Bueno, debo irme...

Lois y Alex agitaron la mano en señal de despedida:

—Pensaba que quería algo más que vendernos sus viajes —suspiró Lois, mientras recogía los folletos publicitarios—. Es un trabajo realmente maravilloso en verano, si eres soltero. Venga, comamos algo y vayamos después a la playa. Estoy segura de que a tía Pen le apetece una siesta.

—Hay un sitio que me gustaría visitar después, una playa que está un poco más al oeste. ¿Os importa? —pregunté.

—Claro que no, especialmente si nos cuentas algo más de tus aventuras como la Enfermera de la Cueva.

Aquel apodo, que la prensa tuvo a bien otorgarme años después, siempre me había avergonzado. No era más que un pequeño episodio del tiempo que pasé allí. Nadie pareció comprender jamás lo complicada que se había vuelto mi vida a causa de aquello. Nunca protestes, nunca expliques, suele decirse, pero si regresar aquí puede brindarme un poco de paz, será tras revivir aquellos peligrosos días que tuvieron lugar antes y después de la caída de Creta. Además, hay secretos de esa época que nunca he querido compartir con nadie, secretos que he guardado a lo largo

de los años. ¿Acaso había llegado la hora de quitarme aquel peso de encima, de una vez por todas?

Brecht se encontraba en una de las calles del pueblo, impaciente por asistir al homenaje que se celebraba en la iglesia de Gálatas. Los recuerdos afluían en su cabeza al subir por aquella empinada colina, apoyado en su bastón. Los escombros de las viejas casas se habían visto literalmente transformados y recobraban ahora su aire prístino, y hasta el *kafenion* era exactamente como lo recordaba. ¿Cómo podía ser que aquel pueblecito ahora tan pacífico hubiera sido testigo de una batalla de tal ferocidad?

Aquellas calles habían sido tomadas y perdidas una vez y otra. Los más valientes soldados de ambos bandos habían muerto sobre sus adoquines, sacrificando sus vidas por una posición estratégica o por un olvidado arsenal. La marea de aquella épica lucha se retiró, creció y por fin avanzó para estrellarse contra las cabezas de soldados y civiles por igual, si bien Brecht no pudo hacerse acreedor de la victoria cuando esta tuvo lugar. Era hora de rehacer aquel terrible viaje una vez más.

## 25 DE MAYO, 1941

**D**urante varios días después de su aterrizaje, lo que quedaba de su batallón patrullaba la relativa seguridad de los gruesos muros del complejo de prisiones de Agia: hicieron incursiones a los olivares y limoneros de las proximidades, contactaron con los pocos miembros de los distintos batallones que se ocultaban en el lugar y los unieron a su grupo, recogieron a los heridos y enterraron a los muertos. La moral no podía estar más baja aquellos días, y parecía estarlo más aún con el resonar de aquellos cascos contra el tocón de las cruces de madera. La devastación los rodeaba: árboles caídos, animales muertos, paracaídas rotos, el detritus de una operación fracasada. Hasta los hombres más duros palidecían ante aquella carnicería.

Fue entonces cuando, para algunos, el dolor se convirtió en cólera. Rainer no siempre estaba allí para detener las represalias sobre algún habitante del pueblo que había salido a desafiarles rifle en mano. Pueblos enteros fueron arrasados por las llamas: hombres, mujeres y niños sacados a rastras de sus casas para ser ajusticiados sin mediar palabra. Sin juicio, sin piedad. A Rainer le disgustaba profundamente aquella justicia sumaria, pero sabía de dónde procedía. Lo que habían sufrido fue terrible, brutal, de modo que las represalias no podían sino estar a la altura.

Aquella hosca manera de tratarlos, los francotiradores apostados entre los olivos, el mero hecho de que hubieran cobijado a soldados británicos en sus hogares y se ufanasen en romper los panfletos que les habían lanzado desde el aire advirtiéndoles de las consecuencias, significaba problemas. Después era esa mirada de profundo desprecio en los ojos de unos hombres que se enfrentaban a la eternidad, muy erguidos ante el pelotón de fusilamiento, entonando guturalmente unos himnos que hablaban de libertad y muerte. Rainer no había visto jamás tal valentía. Le inquietaba comprobar que, cuantos más hombres mataban, más aparecían para ocupar sus puestos. Temía las consecuencias por los suyos, si finalmente perdían la guerra.

Fuera quien fuese el que había enviado los boletines de inteligencia en los que se hablaba de un caluroso recibimiento a los alemanes... bueno, ese sí que debería ser fusilado, pensó Rainer. Nadie les arrojó flores y acanto sobre las cabezas, tal y como se hubiera esperado de quienes recibían a los héroes conquistadores, sino balas, puñaladas por la espalda, incluso piedras. Pero órdenes son órdenes y estas debían ser obedecidas. Los luchadores por la libertad no estaban sujetos a la Convención de Ginebra. La represalia instantánea enviaba un mensaje inconfundible a la resistencia de cada pueblo, advirtiéndoles de que si persistían en su actitud serían aplastados y destruidos.

Acababan de recibir nuevas órdenes para asegurar el camino desde la pista de aterrizaje de la ciudad de Chania y el pueblecito de Gálatas, allá en las montañas.

Tenían que cubrirse constantemente a causa de los barridos de los Dorniers, y el primer ataque, al menos, había concluido con éxito. Habían asegurado las casas, pero entonces tuvo lugar un intento de recuperar el pueblo. Dos tanques habían aparecido de la nada, pero pronto acabaron devorados por las llamas, perdidos e inútiles, y de su interior surgieron un grupo de soldados neozelandeses con sus pantalones cortos y sus cascos de metal, buscando un lugar a cubierto pese a sus terribles heridas.

Había llegado el momento de dirimir la última batalla en lo alto de la colina. Rainer se sentía extrañamente tranquilo, aunque sabía que solo los más fuertes conseguirían llegar vivos al final del día. Sentía como si estuviera adentrándose en un extraño túnel de concentración. Matar o estar muerto, su único propósito era obedecer las órdenes de sus superiores.

Vio hombres levantarse y caer, levantarse y morir, y aun así el enemigo no dejaba de llegar por todas partes. Siguió adelante, con los sentidos alerta, esperando que apareciese por algún lugar lo inesperado, pero la granada que cayó junto a él lo pilló por sorpresa. Al principio no sintió dolor, mientras una mano lo arrastraba para buscarle un lugar protegido, lejos del peligro. Vio lo que ocurría a su alrededor como si fuera una película a cámara lenta.

Reparó después en los maoríes de tez oscura que gritaban en una lengua extraña, un bramido que hizo que sus tropas recularan y se retiraran, dejándolo a merced de las tropas enemigas. Sintió que su vida se le escapaba de entre los dedos como si fuera arena. Ya no había esperanza, y se sintió extrañamente en paz, simplemente aguardando su final...

Despertó y vio una botella de agua cerca de sus labios, y un torniquete en su destrozada pierna. Lo subían colina arriba sobre un tablón, que hacía las veces de camilla de emergencia. ¿Había sido hecho prisionero o eran sus médicos quienes trataban de ponerle a cubierto? Estaba demasiado aturdido como para que le importase.

Las manos que sostenían la tabla eran tan brunas como el cuero. No sentía miedo, solo sorpresa de que no le hubieran rematado en plena calle. Ya había visto a más de un soldado que recibía el *coup de grâce*. ¿Lo llevaban a Maleme para que lo enviaran de vuelta a Atenas, o a un buque hospital anclado en la bahía? No podía pensar que su guerra hubiera terminado justo cuando acababa de empezar. El dolor que atenazaba la herida de su pierna comenzaba a extenderse por todo su cuerpo, y aquello le hizo fluctuar constantemente al borde de la inconsciencia. Se escuchó a sí mismo gritar: *Wasser, Wasser*, desesperado por trasegar la botella de un trago.

¿Dónde estaban sus hombres? ¿Seguía dirimiéndose la batalla? Cerrando los ojos, vio una vez más a su superior y al resto de sus soldados derribados por un solo golpe, algunos de ellos hasta el punto de quedar colgados de un árbol como racimos de uvas. Era un caos, un auténtico caos. Aquellos muchachos elegidos por su valía para tomar

la isla no merecían morir como perros. La Operación Mercurio... imposible olvidar aquel nombre maldito. Poco podía hacer Rainer ahora salvo soportar el dolor. Supo que estaba soñando cuando una mano de esbeltos dedos aferró su muñeca para tomarle el pulso. Abrió los ojos y vio una mujer vestida de color caqui mirándolo fijamente. El sol había dorado sus cabellos, y aun así tenía los ojos más oscuros que había visto nunca.

Se volvió a tender con alivio, consciente de que podía dormir durante cien años si lo que le despertaba era un rostro como aquel.

«Esto es imposible», pensó Penny, enjugando la frente de Doug Forsyth mientras este se afanaba por coser una compleja amputación a la altura del muslo. Habían trasladado la mesa de operaciones hasta las cercanías de la entrada de la cueva para recibir tanta luz como fuera posible. Para los pies las condiciones eran terribles: el suelo estaba resbaladizo por la cantidad de fluidos y lodo, y para colmo el hedor de éter e infección no hubiera podido resistirse sin un buen trago de *raki*, y las moscas, que llegaban de todas partes, no dejaban de atormentar a los heridos.

Los camilleros ayudaban a los heridos a aliviar sus intestinos en latas metálicas, mientras que otros terminaban de dar cuenta de sus últimas reservas: unos téis endulzados con leche condensada.

—Me parece que ha llegado la hora de poner en marcha el plan B —susurró Penny al oído de Doug cuando, un rato después, tomaban lentamente su última ración de té. Se sentía sucia, sudorosa, envuelta en el traje de guerra y sus amplios pantalones, pero aquellas prendas la protegían de las mordeduras de los insectos y del fiero sol que caía como una losa sobre el campamento, aparte de que le permitía pasar prácticamente desapercibida entre sus colegas de sexo masculino.

—Esperaba no tener que recurrir a esto —dijo Doug—, pero por nuestros pacientes debemos intentar lo que sea.

—Yo lo haré —se ofreció Penny, a sabiendas de la reluctancia que el médico mostraba a asumir aquel riesgo.

—No, es idea mía. —Saltó. Su rostro adquirió el color de la ceniza, a causa de la tensión y la fatiga.

El plan B de Doug consistía en hacer ondear la bandera del enemigo. Era una treta bastante peligrosa, pero tenían mucho trabajo por delante y apenas tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de sus actos.

—Esperemos al anochecer, ¿de acuerdo? Y lo hacemos juntos —sugirió Penny, y Doug asintió. Entre los dos estiraron dos banderas con la esvástica de las que habían conseguido apoderarse junto a la de la Cruz Roja, que hasta el momento había servido para mantener a los contendientes lejos del hospital. Unas horas después del amanecer, un Dornier lanzó varias cajas de equipamiento médico y comida sobre el lugar, suficientes para salvar muchas vidas.



Heridos de ambos bandos llegaban sin cesar a las tiendas de campaña. Los pacientes debían esperar su turno, tendidos al sol, gruñendo o soñando en voz alta. Los que aún conservaban la consciencia levantaban los ojos para observar, aliviados y no poco sorprendidos, a la mujer que con tanto cuidado trataba sus heridas. Un joven soldado, entre delirios, gritó: *Mutter, Mutter!*, cogiéndola con fuerza de la muñeca como si aquella mujer fuera realmente su madre, que acudía a velarlo.

Penny se acuclilló y puso una mano sobre la suya: sentía cómo el pulso de aquel joven se iba debilitando lentamente, y siguió allí, esperando, hasta que los latidos desaparecieron por completo. Lo cubrió con la manta y guardó silencio por unos instantes; a su espalda, la voz de un oficial alemán dijo en un vacilante inglés:

—Eso ha sido muy amable por su parte, enfermera.

Penny examinó el profundo corte de la pierna del oficial sin pronunciar palabra, asintió, cortante, y comprobó su sucio vendaje para cambiarlo por uno nuevo, consciente de que el oficial no tardaría en ver que se trataba de vendajes alemanes, no ingleses. Pero el hombre no hizo ningún comentario al respecto.

Sus ojos no abandonaban el rostro de Penny, como si tratase de buscar las razones que la impelían a ayudar a sus hombres, preguntándose, sin lugar a dudas, qué hacía una mujer a tan solo medio kilómetro del campo de batalla.

Penny no sabía por qué, pero consideró de la mayor importancia no hablar con él, de modo que pidió a un camillero que concluyese aquella labor por ella; por su parte, continuó examinando la interminable fila de los recién llegados, separando a aquellos que más necesitaban tratamiento. Al oficial lo trasladarían junto a los otros prisioneros de guerra en la cueva más lejana y recibiría la apropiada vigilancia. ¿Habría reparado en las banderas alemanas? Lo más importante para todos era no seguir sufriendo bombardeos. Obviamente, el oficial no podría poner ninguna objeción a algo semejante, pero si lo hacía y terminaban por capturarlos, posiblemente serían fusilados. Penny apartó tan inquietantes pensamientos de su mente.

Aquella tarde se detuvo a contemplar uno de los maravillosos crepúsculos de color azafrán que reinaban en el lugar: era un bálsamo para el alma, sobre todo tras un día tan terrible como había sido aquel. Penny se había tumbado bocarriba, intentando sacar fuerzas de flaqueza para enfrentarse a nuevas operaciones, cuando escuchó el motor de un vehículo médico acercándose al complejo. Penny levantó la vista y vio que le devolvía la mirada un rostro familiar, perteneciente a alguien que se acercaba a ella a grandes zancadas. Su expresión de furia lo decía todo:

—Sabía que eras tú, pero tenía que ver con mis propios ojos quién era esa loca que según dicen blasfema como un marinero griego. ¿A qué demonios te crees que estás jugando? —gritó Bruce Jardine.

—Yo también me alegro de verte —ironizó Penny, demasiado cansada para contestarle—. ¿No ves que estamos ocupados?

Hizo intención de marcharse.

—No tan rápido —exclamó Bruce—. ¿Qué diablos estás haciendo en pleno campo de batalla?

—Lo que me enseñaron a hacer. Déjame y podré seguir haciéndolo.

—Tenemos órdenes de trasladar este hospital, los médicos y el instrumental desde Chania a las tierras interiores de la península, un lugar llamado Neo Chorio. Hacia las once en punto llegarán varios camiones para recoger a los heridos y ponerlos bajo escolta. Espero que tengas la sensatez de obedecer órdenes. Sinceramente, Penny, esto es de locos... ¿Es que no tienes idea del peligro en el que te encuentras?

—¿Qué está ocurriendo?

—No me preguntes, solo hago lo que me indican, pero no tiene buena pinta. Quiero que te marches de aquí en el primer camión.

Bruce echó un vistazo a su alrededor, y contempló en silencio aquel terrible caos. Llamó al resto del personal y repitió las noticias:

—Necesitaremos tiempo para desplazar a los peores casos —dijo Doug—. Y hay algunos prisioneros de guerra.

—Tendrán que apañárselas por sí mismos. Por lo que he podido saber, no tardarán en recibir las atenciones de sus propios médicos. El aeropuerto de Maleme ha caído y en cualquier momento llegarán las tropas de reemplazo. Nuestros muchachos no podrán aguantar mucho tiempo, por más que estén empleándose como auténticos valientes. La enfermera será evacuada antes que el resto.

—Puedo asumir los riesgos —replicó Penny.

—Harás lo que se te ordena. No me hagas sacar a relucir mi rango —dijo Pete, espantándose las moscas de la cara.

—Terminaré mis rondas. Aún tenemos por delante varias horas. ¿Qué hacemos aquí parados como estatuas? —Penny se volvió hacia los camilleros—. Nosotros decidiremos quiénes pueden viajar y quiénes no. Algunos de los heridos no podrán sobrevivir ni a una mera sacudida. No voy a ser la responsable de muertes innecesarias.

Mientras los demás se desperdigaban para llevar las noticias al resto, Bruce cogió a Penny de un brazo:

—Prométeme que tomarás el primer transporte. Ya has hecho más de lo que debías. Has estado maravillosa, y tu ejemplo nos ha subido a todos la moral. Tus padres estarán realmente orgullosos de ti, pero solo si sigues con vida. Déjate ya de heroísmos. —Bruce tiró de ella hacia sí—. El peligro acecha por todas partes... Por favor, Penny.

Penny sintió el intenso poder de su mirada atravesando la suya, y su resolución volvió a flaquear. A Bruce le importaba, y la manera en que la miró hizo que su pulso se acelerase. Penny asintió:

—Me iré cuando se vayan el doctor Forsyth y el doctor Ellis, pero de momento me necesitan.

De pronto, el campamento era un hervidero de actividad: recogían a los heridos

que podían caminar, vendaban a aquellos que podían mantenerse en pie y se afanaban en guardar el instrumental, las pertenencias del personal y los registros médicos. No había tiempo para pensar, solo el alivio de que en breve escaparían de aquel pozo de pulgas.

Los camiones llegaron a tiempo con una escolta militar, y la evacuación comenzó en serio. «Solo los heridos que puedan caminar», ordenó el oficial al mando de la evacuación:

—No podemos llevar camillas. Que suban a los camiones. Si pueden sujetar un arma...

—Si cogen una pistola o incluso un casco, el convoy será tiroteado. La cruz roja del lateral no significará nada para el enemigo.

Barnes, el camillero, rebatió las palabras del sargento, y este le dedicó una mirada desdeñosa:

—Bueno, supongo que también podremos llevar a mariquitas como tú.

El camillero Barnes hizo ademán de lanzarle un puñetazo, pero Penny se interpuso entre ellos.

—¿Qué hay de los otros heridos? ¿Quién vendrá a por ellos?

—Enviarán otro camión a las tres horas. Venga, hermana, ahora usted. El capitán Jardine habló de una mujer...

La examinó de arriba abajo con visible interés.

—Yo iré en el siguiente camión, debo preparar a los otros —replicó, ignorándole, y luego hizo un gesto con la mano para indicar a los hombres que se podían marchar.

El equipo médico trabajó durante toda la noche, etiquetando a cada uno de los pacientes. A Penny le preocupaba que algunos apenas estuvieran conscientes, tras la terrible dureza de las operaciones, mientras que otros sufrían fiebre e infecciones.

Cuando llegó el momento, Penny se alegró al ver que los minutos pasaban y el convoy seguía sin arribar al complejo, pero empezó a inquietarse al ver que el alba rompía en el horizonte y el camión no daba señales de vida. Algo había salido mal.

—¿Crees que se han olvidado de nosotros? —preguntó a Doug, que estaba guardando una caja con instrumental para operaciones.

El médico se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que está ocurriendo allí?

Ya habían desistido de seguir esperando cuando apareció en el camino un solitario camión. Bruce saltó de la cabina, con una incongruente expresión ufana en el rostro.

—Podemos llevar a los médicos y algunos camilleros junto con la hermana George para su evacuación a la costa sur.

—Pero tenemos cientos de hombres aquí, esperando ser trasladados. ¿Dónde está el convoy? —preguntó Penny.

Bruce observaba el campamento, y no se volvió para mirarla:

—Lo siento, pero tendremos que dejarlos aquí. Los alemanes ya saben lo que hay. Recibirán un trato justo. Tú te vienes conmigo. Y ahora.

En aquel momento, los allí presentes se dieron cuenta de que todo estaba perdido. El ejército iniciaba la retirada y evacuaba la isla, dejando a los heridos allí, para ser convertidos en prisioneros. Para Penny la elección era agónica: «¿Me voy o me quedo y permito que me capturen?».

—Tengo que coger mis cosas —replicó, retirándose a su rincón en la cueva. Necesitaba tiempo para pensar... pero no había tiempo. Bruce la mantendría a salvo, era su caballero de blanca armadura que acudía a rescatarla, ¿pero era eso lo que ella quería? ¿Por qué no sentía ningún alivio al pensarlo? ¿Por qué algo con lo que había soñado durante años ahora no carecía de la menor importancia? ¿Por qué nada de lo que estaba ocurriendo marchaba conforme a lo planeado? De pronto, los sentimientos que albergaba hacia Bruce estaban demasiado mezclados, y aquel no era ni el momento ni el lugar para examinarlos.

Solo había una cosa que podía hacer. Se quitó el pantalón y rebuscó en su bolsa para sacar la ropa limpia, su manto, su tocado y sus emblemas. Salió entonces de la cueva vestida con el uniforme de la Cruz Roja. Los camilleros se hicieron a un lado, como sobrecogidos por aquella repentina transformación: del traje de combate a las vestiduras formales de su uniforme, manchado de sangre.

—No puedo abandonar a estos hombres. Sirvo a la Cruz Roja Helena, no al ejército británico. Las órdenes que obedezco son las de su ala militar, de modo que no debes preocuparte por dejarme aquí —anunció, con el mentón levantado.

—Ni por todos los infiernos voy a hacer algo así. Vas a venir conmigo... —Bruce hizo ademán de agarrarla del brazo.

Doug dio un paso al frente:

—Ya ha oído a la enfermera. Esa es su decisión. La hermana Georgiou es uno de los más valiosos miembros de nuestro personal, y si ha decidido quedarse como miembro de la Cruz Roja no podemos ordenarle que se vaya. Creo que ella conoce las consecuencias.

Hubiera podido besar a Doug allí mismo, pero recordó que debía mantener el decoro y actuó como la solemne monja que tenían que pensar que era. Bruce sacudió la cabeza, disgustado:

—Habrà alguien que pueda ocupar su puesto, ¿no? ¿Algún médico?

Su rostro adquirió una expresión de furia al ver que los médicos se hacían a un lado, y acudían a aligerar el acceso de los camilleros al transporte.

Bruce apartó a Penny para que nadie pudiera oírlos:

—Estoy terriblemente decepcionado contigo, aunque no me sorprende tu actitud. Siempre has sido más terca que una mula, pero recuerda lo que te dije en cierta ocasión. Si quieres atender a los alemanes es cosa tuya, pero hay otros pacientes que necesitan tu ayuda. Pacientes *británicos*. A los que han resistido la invasión de los pueblos cercanos les han ocurrido cosas terribles. Espero que sepas bien lo que haces.

Se marchó con impacientes zancadas, saltó al asiento del conductor y aceleró sin mirar atrás.

Penny era consciente de que aquella no era la manera de terminar su amistad, con todo lo que Bruce había hecho por ella. Había arriesgado la vida por rescatarla y ella se negaba a aceptar su ayuda. ¿Qué demonios estaba haciendo? Por un instante, Penny perdió el valor. Una parte de ella deseaba correr detrás de Bruce y gritar que parase, que la llevase a algún lugar seguro, pero sus pies se negaban a reaccionar. Había tomado una decisión: era demasiado tarde para reflexionar si era o no lo correcto. Ahora estaba sola y llegar al final de aquella ordalía era cosa suya. De pronto, le sobrevino una extraña calma. «Debo de estar volviéndome loca», pensó, pero no iba a cambiar de opinión por ello.

—Deberías haberte ido con él. Me figuro que ya lo sabes —susurró Pete.

—No empieces tú ahora... —saltó Penny, y se alejó de allí, a sabiendas de que había quemado todos sus puentes por un acto irreflexivo. Que no se dijera que era la clase de persona que no terminaba lo que hubiera empezado. Bruce estaba en lo cierto: en su personalidad había una vertiente demasiado contumaz que se negaba a rendirse a la debilidad. ¿Le costaría aquello su libertad, o incluso su vida?

Saltar a ese camión con él hubiera significado rendirse a su deseo de volver a estar a su lado, de darle al amor una oportunidad de germinar.

«Oh, ¿por qué no te has ido?», se dijo para sí, hecha un mar de lágrimas. «Porque eso era lo que Bruce esperaba que hiciese. La evacuación era lo más fácil. Quedarse era un deber, cuidar de que mis hombres recibieran el trato adecuado era sin duda más importante que marchar hacia las colinas junto a alguien que no sabrá devolverte el amor que le des», pensó. Claro que siempre existía esa pequeña duda acerca de los verdaderos sentimientos de Bruce, si bien este no era el momento de ponerle a prueba.

Se sentó abrazada a sus rodillas, y con el único confort que suponía pensar que, en la guerra, el deber estaba por encima de cualquier deseo personal, independientemente de cuáles fueran las consecuencias.

Rainer yacía en aquella repulsiva cueva observando a los demás hombres, que parecían no tener fuerzas salvo para contemplar el techo en absoluto silencio. Otro paracaidista había muerto durante la noche y lo habían arrastrado al exterior, sumando su cadáver a la pila de cuerpos que esperaban a ser enterrados. Allá en el hospital era imposible no reparar en la fragilidad del cuerpo humano: la lucha por respirar, el sudor, las confesiones. Se hacía raro ver que en la muerte los uniformes ya no importaban lo más mínimo, pues ahora todos yacían en una mezcolanza indeterminada, similares a conchas vacías, igualados por la proximidad del fin.

No podía reprochar nada del tratamiento que recibían. Comían las mismas escuálidas raciones que los ingleses, bebían el mismo odioso té. Por la mirada preocupada de los camilleros comprendía que era solo cuestión de tiempo que el poder basculase de los ingleses a sus tropas y no tardaran en ser liberados. No se le

había pasado por alto la agitación de la última noche, ni el hecho de que varios soldados ingleses hubieran sido trasladados a otra parte. Solo habían dejado allí a los casos más graves.

La herida de su pierna resultó no ser tan terrible como habían sospechado al principio. Una vez le hubieron sacado la metralla y le hubieron limpiado la herida, sentía la extremidad rígida y dolorida, pero le habían permitido salir con unas improvisadas muletas a respirar aire fresco. Quería ver qué tal se encontraban sus hombres.

Sus ojos buscaron a la enfermera que le había atendido, pero solo había una mujer vestida con el inconfundible uniforme de la Cruz Roja. Era alta, iba muy tiesa de acá para allá, y parecía tan eficiente como silenciosa. Costaba interpretar lo que pensaba en sus paseos entre los heridos, pero los trataba con idéntica profesionalidad, ya fuera asintiendo o negando con la cabeza. Parecía satisfecha con el progreso de Rainer. Intentó conversar con ella, pero sus oscuros ojos eran inescrutables, y no tardó en convencerse de que se trataba de la misma joven que había visto con el uniforme del ejército.

La oyó gritar a unos soldados griegos que holgazaneaban al sol. Llegó a la conclusión de que no sabía más que un poco de inglés y nada de alemán, pero luego la vio conversar a lo lejos con los médicos ingleses como si fueran viejos amigos. Y cuando la veía sonreír, su rostro se le iluminaba de tal modo que Rainer no podía dejar de sentir una punzada de envidia que hasta a él mismo le sorprendía.

Durante todo el día los aviones no dejaron de cruzar el cielo. Para llegar a salvo a cada cueva, la enfermera tenía que arrastrarse cuerpo a tierra sobre las rocas y evitar así las balas perdidas, pese al despliegue de banderas alemanas que hasta el propio Rainer podía ver. Hubiera dado cualquier cosa por saber su nombre. Alguien le dijo que se llamaba George, pero no podía ser verdad. ¿Cómo era posible que una mujer hubiera llegado a estar sola con tantos hombres? No parecía una prostituta. A Rainer no se le pasaba por alto que incluso sus propios hombres la respetaban, y ni siquiera se atrevían a tocarle la falda, o a silbarle cuando pasaba cerca. Había algo típicamente monjil en su dedicación, una distancia sabiamente marcada que desalentaba cualquier intimidad. Pero había también una extraña energía a su alrededor que a Rainer le hacía volver los ojos constantemente hacia ella. Sabía que corría el peligro de fantasear con la idea de enamorarse de aquella hermosa enfermera, una noción estúpidamente romántica que le hacía avergonzarse. Y, con todo, había algo inalcanzable en la joven que le intrigaba. Ese era el problema de disponer de demasiado tiempo libre, propio de quienes se veían obligados a reponerse de sus heridas.

¿Por qué iba ella a reparar en él, el enemigo, un prisionero que nada importaba salvo para sus propios soldados? Él era el ingrato invasor, el asesino mezclado entre asesinos. Se maldecía por haber decepcionado a los suyos al caer herido, y lo peor era que no tenía la menor idea de dónde se encontraban, o si su campaña estaba

progresando como esperaban. No, no era ninguna sorpresa que la joven no le dedicase una sola palabra. Pero tampoco podía olvidar la forma en que había sostenido la mano de aquel soldado moribundo. En su rostro había tristeza, sí, pero también piedad, y ternura, al cubrirle el rostro con la sábana.

En una vida distinta ambos habrían podido cruzarse en una calle de Atenas sin mirarse siquiera a la cara, como perfectos desconocidos, pero esta era ahora su vida: ambos vivían al borde mismo de la muerte, asomados a un precario abismo de incertidumbre. Rainer solo deseaba conocer su nombre...

No hubo aviso previo. Los tiroteos se aproximaban, demasiado como para que Penny pudiera concentrarse en recoger el equipo mientras iniciaban una apresurada retirada. Los gritos y un nuevo intercambio de disparos anunciaron el ataque, y el zumbido de las balas reverberó por los muros de la caverna. No había tiempo para otra cosa que no fuera lanzarse al suelo, rostro en tierra, en tanto las botas trepidaban al paso de los gritos de *Raus, raus...*, atronando como solo sucede con los conquistadores.

Se apretó contra el suelo, intentando ocultar su presencia, a la vez que cruzaba los dedos para que hubiera algún oficial capaz de controlar a aquella manada de lobos que empezaba a sacar a los camilleros a la fuerza y los alineaban contra la fachada de la caverna.

Cada segundo le parecía una hora, tendida allí en la penumbra, saboreando la arena salada, el polvo y el hedor de la sangre reseca en sus labios, y también el miedo, intentando no temblar. Tenía la impresión de que era cosa de minutos que la descubriesen, así que no era el momento de flaquear. «Sé valiente, sé inglesa...». Oh, que se fueran al cuerno todas esas tonterías, pensó. Lo único que sentía era una furia ciega en su ser. ¿Cómo iba a marcharse de allí, cuando todavía quedaba tanto por hacer? No era así como esperaba acabar...

De pronto, un par de botas cubiertas de lodo se detuvieron ante sus ojos, y una mano tiznada por el sol la levantó de un tirón. Esta era la prueba, el momento de la verdad. Si se enfrentaba al enemigo sin temor, su jugada podría funcionar...

Rodeaban a los médicos, blandiendo contra ellos sus armas, y cuando alguien llegó ondeando las banderas con la esvástica Penny supo que los problemas no habían hecho más que empezar.

De pronto, aquellas botas cubiertas de arena se detuvieron ante ella:

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué tenemos aquí?

Una poderosa mano tiró de ella, y el alemán la examinó con sorpresa. Vio a Doug y a Pete tensando sus miembros, preparándose para defenderla si alguien le causaba el menor daño, pero Penny se limitó a sacudirse la arena del uniforme con la mayor

tranquilidad, recompuso su manto sobre sus hombros e irguió la espalda cuan alta era, mirando al hombre directamente a los ojos. Pronunció su nombre y su posición en la Cruz Roja en un rápido griego, y no pudo por menos de reparar en la expresión de sorpresa que embargó el rostro de Doug. Dedicó a los doctores una mirada de alerta, conminándoles a no intervenir.

El oficial, que no entendió una palabra, pareció divertido, pero entonces el oficial herido que habían tratado en la cueva avanzó como pudo para traducir sus palabras, interrogándola en un vacilante griego. Dijo que la joven se había quedado allí para cuidar a los heridos más graves y que había cuidado a las tropas capturadas con enorme dulzura.

La miraba con absoluta admiración, y Penny notó que sus mejillas se enrojecían. Por un segundo se preguntó si no habría reconocido en ella a la enfermera de uniforme británico que le trató inicialmente, pero por lo visto parecía aceptarla como griega. El otro oficial la ignoró y se volvió hacia Doug.

—¿Por qué motivo han hecho uso de esta bandera? —espetó, blandiendo la bandera alemana ante su rostro.

De nuevo, Penny dio un paso al frente, y se volvió al paracaidista para que tradujese sus palabras: en griego, explicó que aquella idea había sido cosa suya.

—Se nos estaban acabando los víveres y vuestras bombas dificultaban que pudiéramos cuidar a los pacientes de todas las nacionalidades, incluida la vuestra. Es importante salvar vidas, ¿no es cierto? —Le miró fijamente a los ojos, sin saber si el oficial podría traducir todo aquello de manera adecuada—. He jurado cuidar a los enfermos, independientemente de su país o religión —añadió.

El oficial herido tradujo todo aquello lo mejor que pudo, mirándola a los ojos constantemente para confirmar que sus palabras eran correctas. El otro oficial hizo chocar los talones y dedicó a Penny un saludo militar:

—El capitán dice que hemos tenido suerte de que haya dado muestras de tanto valor, señorita. La repatriaremos con los prisioneros heridos para que sirva en otro hospital.

Su inglés era lo bastante bueno como para que los amigos de Penny pudieran entenderlo y sentirse aliviados por ello.

—¿Fue ordenada monja, señorita? —preguntó el capitán, perplejo. Penny no respondió—. No tema, su uniforme la protege. La Cruz Roja es respetada y honrada allá donde está cuando sus símbolos no son utilizados como camuflaje.

Se volvió hacia los soldados y estos abrieron un pasillo para Penny.

Solo cuando estuvo suficientemente lejos, Penny se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las rodillas. Gracias a Dios que había guardado silencio, y habían creído que era griega y no inglesa. Su guerra habría acabado cuando la evacuasen a la península. El uniforme la había salvado: eso, y su conocimiento del idioma griego.

Su alivio se convirtió en preocupación al pensar en todos esos soldados australianos y neozelandeses que ahora se encontraban a merced del enemigo. ¿Qué



sería de ellos?

—Los has engañado, Penny. ¡Bien hecho! —Doug se inclinó hacia ella para hablarle en voz baja.

—A todos no. El capitán herido de Gálatas me vio con el uniforme inglés, aunque nunca hablé con él.

—Bueno, no ha dicho nada. Te alabó ante su superior por socorrer a sus hombres. Dijo que le salvaste la vida. Sé suficiente alemán como para haber captado lo que decían —replicó Doug.

—No le salvé la vida. Nunca corrió peligro. Exagera...

—Te llevarán a Atenas con los casos más graves y podrás seguir cuidándolos allí.

—Me iré cuando vosotros lo hagáis, no antes. Pero antes me aseguraré de que los suban a ese avión —insistió Penny, mientras recogía las cosas que habían sido desperdigadas por las tropas.

Necesitaba tiempo para pensar en todo aquello. ¿Qué había hecho? ¿Facilitarse las cosas a sí misma? Recordó la expresión de furia que había en el rostro de Bruce cuando este se alejó con el camión. Había otras alternativas. «Dirígete a las colinas», le había sugerido solo una semana atrás. ¿Cómo habían podido cambiar las cosas tan deprisa? ¿De verdad que había luchadores por la libertad deseosos de continuar la batalla si los británicos se retiraban? Si podía seguir haciéndose pasar por griega y escapar de allí, ¿adónde iría? Había visto las octavillas rotas que amenazaban con una muerte instantánea a los ciudadanos que se resistiesen. Ese sería su destino si seguía el camino a las montañas y tomaba las armas.

¿Por qué el oficial herido había dado la cara por ella? ¿No había reconocido su disfraz? Penny pensaba que sí, y no quería estar en deuda con el enemigo, ni siquiera en la derrota. La lucha debía continuar, ¿pero cómo?

«Solo tengo tres opciones: quedarme y ser evacuada; escapar y encontrar a Bruce, unirme a la retirada por las colinas; o luchar aquí... pero no sé cómo. Oh, Dios mío, ¿qué hacer?». ».

## CHANIA,

28 DE MAYO, 1941

Yolanda Markos se refugió en el sótano de la clínica de la Cruz Roja durante varios días en que los bombardeos no cesaron. Distrito a distrito, Chania estaba siendo reducida a escombros. Las enfermeras vivían en un mundo subterráneo, tan solo iluminado por velas y lámparas de aceite, intentando calmar a los aterrorizados ciudadanos que se amparaban allí junto a soldados de ambos bandos, demasiado enfermos como para quejarse de las condiciones.

Entonces, por fin, llegó la mañana en que callaron misericordiosamente los cielos. Atreviéndose apenas a esperar que los ataques aéreos terminaran, el personal médico abrió cautelosamente la puerta del sótano. ¿Quedaría algo en el mundo que todavía estuviera en pie?

Lo único que Yolanda quería era marchar a la ciudad y buscar a sus padres en el barrio judío. Durante los ataques aéreos no había habido un solo día en que no rezase por ellos.

El doctor Androulakis subió las escaleras para comprobar los daños, que, para sorpresa de todos, no eran tantos: solo algunas ventanas rotas, polvo, vidrio y una cola que ya empezaba a formarse de pacientes de rostro ennegrecido que poco a poco abandonaban sus bodegas y cuevas para ayudar a sus heridos. El distrito de Halepa seguía prácticamente intacto.

Yolanda salió al exterior tras el doctor, casi cegada por la luz del sol.

—Menos mal que ya no somos pájaros enjaulados. —Lloraba una mujer, al tiempo que se persignaba; las lágrimas corrían por sus mejillas—. Pero han acabado con nuestras iglesias y nuestras casas. ¡Dios se vengará de ellos! —gritó a quien quisiera oírlo, pero la mayor parte de la gente seguía sumida en el aturdimiento, y no dejaban de mirar el cielo con alivio. Posiblemente Halpea se había librado de las bombas, pero por el horizonte se veía el avance de las llamas, y el sofocante humo de la destrucción brotando de entre los muros de la ciudad.

—Debo encontrar a mis padres —le dijo Yolanda a Andreas Androulakis—. Creerán que he muerto.

El hombre asintió y sonrió:

—Hazlo, pero ten cuidado. Te necesitamos aquí.

Androulakis había pasado toda la noche trabajando.

A lo largo de los últimos cuatro días, algo más fuerte que el trabajo y el respeto había hecho que se encontrasen enormemente unidos. Pese a la oscuridad, el peligro y la destrucción, trabajar al lado de Androulakis había hecho que Yolanda se sintiese atraída por él como no se había sentido atraída por ningún hombre. En el rostro del doctor había una incansable expresión de ternura cuando se dirigía a sus pacientes, y una tranquila confianza en sus modales que inspiraba esperanza.

—Recuerda, te necesito más que nunca —insistió el doctor—. No apartas la vista cuando tienes que vértelas con las heridas más terribles, ni siquiera lo haces cuando caen las bombas. Las enfermeras más jóvenes recurren a ti cuando tienen miedo y no saben qué hacer. Les das confianza al mantener la calma.

Yolanda sintió una andanada de orgullo al escuchar sus alabanzas:

—Solo quiero estar segura de que mamá y papá están a salvo, luego regresaré —dijo, cubriendo su cabeza con un pañuelo y saliendo a la adoquinada calzada. Cuanto más se acercaba a los muros de la ciudad, en el distrito Kastelli, peor era la devastación. Había barriles de vino con su contenido derramado por los adoquines, las ratas desfilaban a plena luz del día, el aceite de oliva que escapaba de las vasijas rotas ardía y llenaba el aire de un pestilente olor, y por todas partes se veían cadáveres sin enterrar que se pudrían al sol. Los niños rondaban por los escombros buscando algo que comer, llamando a sus mascotas, mientras las mujeres contemplaban aquellas ruinas con el cuerpo vencido, hundidas sobre sus rodillas. Allí donde antes hubo elegantes casas venecianas, ahora solo se veían negruzcas vigas y escombros humeantes.

Yolanda avanzó con premura, sin detenerse un momento. La mañana era preciosa. El mar resplandecía en la bahía: aguas de un azul zafiro que se mezclaba con la tonalidad de las perlas y las esmeraldas. ¿Cómo era posible que hubiera tal devastación en un día tan hermoso?

Nadie sabía bien qué hacer con Penélope Georgiou. Por lo visto, parecía ser una ciudadana griega, no una enfermera del ejército británico, que había realizado sus estudios en Atenas, donde tenía una dirección verificada. Ella mantuvo aquella fachada y para respaldarla aseguró que sus documentos personales se habían perdido en el mar, y de momento el truco estaba funcionando. Solo un auténtico griego hubiera encontrado fallos en su acento. Contó que había recibido su educación de una tutora inglesa, lo que explicaba su óptimo conocimiento del idioma. Aseguró que su pudiente familia le había dado la espalda cuando decidió consagrarse a la enfermería. Nadie cuestionó aquella retahíla de medias verdades. Los doctores que había en el campamento confirmaron que se incorporó tarde al grupo, y que había sido enviada allí a través de la Cruz Roja local para enseñar lo que sabía a las mujeres del lugar.

Era el capitán herido quien se encargaba de traducir sus palabras, y no cesó de acompañarla por el campamento en sus intentos por encontrar enfermeros que la

ayudasen con los prisioneros. Cuando Penny expresó su interés en la historia de Creta, el capitán le refirió que él mismo era un estudioso de la arqueología, y pareció entusiasmarle que compartiesen aquel interés común. Aquello hizo que Penny bajase la guardia y le refiriese sus lecturas en la Escuela Británica de Arqueología, las conferencias a que había asistido, y el capitán aprovechó entonces para preguntarle si había leído algo acerca del palacio de Cnosos. Le recomendó varios libros sobre las excavaciones de Schliemann en Micenas, pero Penny se negó a que entre ambos se gestase la intimidad a la que todo aquello apuntaba.

La notoriedad de su posición como única mujer en las cuevas, consagrada, además, al cuidado de hombres de ambos bandos, despertó la curiosidad general, que no era menor entre los oficiales de más alto rango. Querían entrevistarla para darse una buena publicidad: su rol era un ejemplo de la cooperación entre Grecia y el Tercer Reich. Pero lo último que Penny deseaba era captar toda aquella atención, pues sabía que eso terminaría por delatarla. Le ofrecieron un vuelo a Atenas junto a soldados heridos y sus colegas médicos, con la promesa de que allí la entrevistarían para un artículo periodístico acerca de sus experiencias y que después podría seguir cuidando heridos en la ciudad. Resultaba tentador, pero su corazón estaba en Creta, y Penny había decidido permanecer en la isla. En los pocos momentos en que se encontraba a solas con Pete y Doug, antes de la partida de estos, Penny les pidió encarecidamente que no revelasen a nadie ni su paradero ni su origen inglés.

Siempre cabía la posibilidad de que Bruce estuviera aún en Creta, y Penny podía encontrar un trabajo de utilidad en el hospital local. Quizá, sin embargo, lo habían despachado ya a otra parte con los oficiales más relevantes, que era a lo que apuntaban las habladurías. Miles de soldados en fuga habían alcanzado Esfaquia, al sur del país, donde eran rescatados por la Marina inglesa: al menos una parte de ellos, como indicaba la llegada diaria de nuevos prisioneros. Se veían obligados a retirarse una vez más a las montañas, descalzos, hambrientos y desmoralizados, solo para ser devueltos al hospital, que había sido convertido en un campo de prisioneros.

Penny recibió entonces la inevitable invitación al cuartel general, donde conocería al personal de más alta jerarquía, médicos con rango de oficiales que iban a decidir su destino, y ella no podía sino mostrar la deferencia de acudir allí. No se encontraba en posición de rehusar. Para su horror, enviaron un coche oficial en su busca, y el capitán se ofreció a acompañarla a la ciudad. Penny sentía que la estaba vigilando, pero no alcanzaba a saber sus motivos. El capitán la había visto trabajar como enfermera militar... ¿por qué no la había delatado? ¿Acaso se creyó las mentiras que había contado? No cabía duda de que tenía que haberla reconocido, pero se negaba a decir nada. Resultaba inquietante.

Por si fuera poco, sucedió algo no menos turbador, cuando uno de sus pacientes regresó al campamento. Enfermo por las mordeduras de los insectos y los baños de sol, levantó una mano para saludarla, pues la había reconocido al instante:

—Sabía que aún estaría aquí. Hola, enfermera, qué contento estoy de volver a ver

su carita inglesa.

—No hay nada inglés en mi cara. —Saltó ella, en un inglés vacilante—. La mayor parte de las griegas somos rubias —añadió, y se alejó de su lado, no solo por no ver la expresión sorprendida del soldado, sino también por la preocupación que le causaba pensar que su acompañante alemán hubiera podido escuchar aquel intercambio de palabras.

Mientras atravesaban la humeante ciudad aquella soleada mañana, Penny solo quería apartar sus ojos de todo cuanto la rodeaba: los niños de mirada triste, las puertas y columnas rotas, las mujeres de luto buscando entre los escombros sus sartenes y cazos. Se sentaba con la espalda rígida, terriblemente tensa en el interior de su uniforme recién lavado, sin rastro alguno de suciedad o sangre. ¿Cómo iba a convencer a los alemanes para que la dejaran quedarse allí y demostrar lo que podía hacer?

El oficial no dejaba de mirarla y la inquietud de Penny crecía por momentos. No cesaba de acosarla a preguntas, tratando de ahondar en su vida personal.

—Ha sido usted muy valiente al quedarse sola, y en estas circunstancias... Me sorprende que las autoridades médicas permitiesen algo semejante —dijo.

—No tenían elección. Me enviaron allí. El trabajo era incesante. Mi barco se hundió —respondió lentamente en griego.

—¿Qué piensan sus padres de su carrera? No es la clase de trabajo que una chica respetable decidiría desempeñar. Al menos en mi país.

—La más alta vocación que una mujer puede tener es ayudar a los enfermos. —Saltó, apartando el rostro para no mirarle—. Incluso la reina apoyó nuestro hospital de Atenas.

Quería gritar: «Cierra el pico y déjame salir de aquí, déjame sola, por lo que más quieras...». Pero su instinto le decía que lo mejor era no despertar su peor cara. Aquel capitán podía ser clave para escapar de allí.

«Muéstrate educada, pero no demasiado próxima. Dale esperanzas, hazle creer que lo ves casi como un igual, pero no demasiadas esperanzas... De vez en cuando hazle ver que has hecho un juramento de absoluta entrega a tu profesión, y que por ese motivo llevar una vida familiar normal o simplemente permitirte una aventura romántica no forman parte de tus planes».

Llegaron al distrito Halepa, no muy lejos de Stella Vista y el barrio de las embajadas. Dejaron atrás el colegio de monjas francés, prácticamente intacto pese a los bombardeos, y Penny rezó por que ninguna de aquellas pequeñas que había visto antes de la invasión, corriendo por el patio de la escuela detrás de las mariposas, hubiera sufrido daño alguno.

Se sintió anonadada al ver la bandera alemana ondeando sobre el palacio Venezelos. El cuartel general británico había caído ahora en otras manos. El corazón le latió con fuerza cuando entró en aquel hermoso edificio: el enorme recibidor era ahora un hervidero de administrativos alemanes que se afanaban por cambiar el

mobiliario y adornar las paredes con carteles que proclamaban las virtudes del Tercer Reich.

La llevaron a un amplio despacho. El médico que aguardaba en el interior la contempló con altivez:

—Señorita Georgiou, no hemos dejado de oír hablar de sus hazañas. Es la honra de su vocación. Por favor, siéntese.

Intercambiaron las cortesías de rigor y, con ayuda del capitán, Penny explicó las razones por las que se consideraba adecuada para trabajar junto con el personal de la Cruz Roja de Creta.

—¿No desea regresar a Atenas? —Pareció sorprendido—. Una mujer de su talla no encontrará aquí otra cosa salvo campesinos y forajidos.

—Había pensado en regresar hasta ahora mismo, pero, al pasar junto a la escuela que hay en el camino, San José creo que se llama, recordé que debo impartir mis conocimientos. La Cruz Roja necesita jóvenes a las que instruir dado que buena parte de su personal regresará con sus familias, ahora que las hostilidades han cesado. —Miró a su acompañante, que se afanaba por traducir—. Me gustaría trabajar con mi gente.

—Pero usted no es cretense —dijo el doctor, escupiendo aquella palabra como si su sabor le repugnara.

—Creta forma parte de la nación griega desde hace muchos años. —Penny sonrió, mirándolos primero a uno y luego al otro—. Pero debo confesar que tengo otro motivo algo más egoísta para quedarme aquí, y es que me interesa mucho la arqueología minoica. Ojalá y algún día me concedan permiso para visitar sus más famosos emplazamientos, bajo escolta, por supuesto.

Había dejado caer aquello pensando en su intérprete.

El doctor pareció impresionado:

—Realmente esconde usted muchas facetas. ¿Pero dónde la alojaremos?

—He pensado en ello, señor. Hay un hostel anexo al convento. Después de todo, no dejo de pertenecer a la Cruz Roja, y un convento es el lugar más adecuado para alguien que, como yo, se dedica al cuidado de los enfermos.

—Una solución ciertamente razonable. Muy bien, vivirá usted bajo su techo y tendrá una compañía constante, y si ocurre algún problema la mantendremos al margen de cualquier peligro. Podemos hacerlo por usted, pero con una condición: no hará nada por ayudar a la resistencia local o británica que se opone a nuestro gobierno en la isla. Lo que esperamos es que nos sea leal.

—La Cruz Roja es un organismo neutral —replicó Penny, sin responder a la pregunta directamente. Pero aquello pareció satisfacerle.

El capitán dudó un momento cuando Penny ya abandonaba la oficina:

—¿Desea que la deje en la escuela? Cuando las cosas se calmen y sean más seguras en Heraklion, permítame que la lleve un día a Cnosos. No puede estar en Creta y no ver esa maravilla.

—Estoy segura de que es una maravilla, pero primero debo volver por mis cosas y esperar que su comandante mantenga su palabra.

De momento todo marchaba como Penny deseaba, y apenas se podía creer que su plan hubiera salido bien. Pero debía tener los pies en el suelo: ¿cuánto tiempo tardaría en perder su buena estrella?

Regresaron de vuelta a la ciudad sumidos en un profundo silencio, hasta que se toparon con un destacamento de soldados que desfilaban ondeando banderas alemanas.

—Son los hombres de Von der Heydte. Se dirigen a la plaza... ¡Conductor, sígalos!

Lo último que Penny quería era viajar con un oficial alemán por un dédalo de calles flanqueadas de testigos silenciosos. Por todas partes el rojo, el negro y el blanco de las banderas ondeaban en lo más alto. Y ahora seguían el desfile como si fueran parte de él.

Penny quería encogerse en el asiento, cubrir su rostro, volverse invisible, pero lo único que podía hacer era subir el cuello de su vestido hasta la frente, si tal cosa era posible. Cuánto echó de menos entonces su adorado manto...

El ruido de las botas al desfilar se hacía más y más intenso a medida que Yolanda se acercaba a la plaza de la ciudad. Allí, una multitud de soldados heridos en uniformes de color verde-gris aguardaban apoyados en las fachadas de los cafés, llenando las calles con sus vítores. Le resultaba imposible cruzar la plaza sin llamar la atención, y tanto el número de soldados, como su arrogancia, como aquello en lo que creían, le parecía terriblemente inquietante. Por todas partes se escuchaban las sacudidas de las banderas en aras de la brisa, ya fueran las ventanas de algún edificio o la aguja del minarete de la antigua mezquita.

Se apretó contra la fachada de una tienda en ruinas, y pasó como pudo las crecientes masas de paseantes curiosos. Marchó entonces por la plaza un batallón de los más zarrapastrosos paracaidistas, desfilando con aquel paso firme y confiado que solo otorga la victoria. Al frente avanzaba un individuo alto, con pantalón corto y un pañuelo en la cabeza a modo de improvisada gorra, y las piernas quemadas por el sol. Más parecía un vagabundo gitano que el líder militar de aquella horda.

Los oficiales locales, vestidos de traje, dieron un paso al frente, como aceptando su rendición, pero parecieron sumamente perplejos al ver al comandante que tenían ante ellos. Si algo podía recibir el calificativo de «insultante» era aquello, y la sensación se recrudeció cuando el oficial hizo chocar los talones. Increíblemente, ni siquiera se había molestado en vestir de manera adecuada para la ocasión. La ciudad había caído, y ni los sacerdotes que intentaron hacer de la derrota una ceremonia

decorosa pudieron evitar la humillación. Yolanda no podía soportar ver aquel desfile de prisioneros británicos que aparecieron lentamente ante sus ojos, con el semblante transido por la extenuación y la derrota. Tras ellos, camiones cargados de heridos se veían seguidos por otros oficiales alemanes que viajaban en coches descubiertos, conformando una cabalgata victoriosa que atravesaba las tristes ruinas de lo que en otro tiempo fue una ciudad orgullosa de su historia.

Reparó entonces en que en uno de los coches viajaba una mujer vestida con el uniforme de enfermera que Yolanda tan bien conocía, mirando al frente. Era su toca blanca lo que destacaba entre tantas ropas de camuflaje y uniformes de color verde oliva. Por un instante la mujer volvió la cabeza hacia ella y se quedó mirándola. Yolanda casi dio un paso hacia la calzada para mirar mejor. No, por supuesto que no... no podía ser, ¿verdad? Corrió para avanzar a la par del coche, solo por asegurarse. Creyó que se le venía el mundo encima cuando alargó el cuello contra toda esperanza, deseando que solo estuviera sufriendo visiones. La mujer que viajaba en aquel coche junto a un oficial nazi no podía ser Penélope, su amiga Penny... ¿con todo lo que habían sufrido en la península? Era un error, debía de tener una doble. Pero entonces vio que la enfermera volvía una vez más la cabeza. Y sus miradas se cruzaron, en un terrible instante de reconocimiento.

Lentamente, el vehículo enfiló las calles. La gente los observaba con frialdad, y Penny deseó saltar del coche en marcha y esconderse muy lejos, en cualquier parte. Aquello no era lo que esperaba. Avergonzada, apartó los ojos un segundo y vio un rostro conocido. —Oh, demasiado conocido— entre la multitud. Un rostro que hubiera reconocido en cualquier parte; aquellas mejillas hundidas, aquella nariz prominente, aquellos cabellos negros cubiertos por un pañuelo de flores... Sus ojos se encontraron por un instante. Era Yolanda, no cabía duda de ello. Yolanda estaba viva, y en Chania, y la miraba a los ojos como si acabara de ver un fantasma, pero en su expresión nadie hubiera encontrado la alegría del reconocimiento que Penny habría esperado, sino una perpleja incredulidad y un no menos intenso desprecio. Penny sintió que la sangre se le helaba en las venas al considerar lo que su querida amiga de otro tiempo pensaría de ella, pero no podía hacer nada al respecto. Tenía que proteger su fachada.

Yolanda intentó seguir el ritmo del coche para asegurarse de que lo que había visto era real. Tenía que haber un error. Ninguna enfermera inglesa hubiera confraternizado con un oficial alemán, y menos todavía lo hubiese demostrado de aquella ostentosa manera. Debía de ser el calor y la confusión de aquel día horrible lo que le estaba haciendo imaginar cosas. Pero en el fondo de su alma supo de inmediato que aquello no era un error. Era Penélope, su amiga. Después de todo lo



que habían pasado juntas, ¿cómo iba a olvidar el rostro de su amiga? ¿Acaso ella se había convertido también en el enemigo?

Penny advirtió aquel instante de reconocimiento y sorpresa, y tuvo que apartar la mirada para no gritar y llamar la atención sobre ambas. Se vio obligada a mirar hacia delante y no mostrar ninguna emoción. Sin sonreír, intentando no temblar, luchando por no mirar atrás. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Ahora todo tenía sentido. Los padres de Yolanda habían ido a Creta para vivir con sus parientes. ¿Cómo no iba a seguirlos su única hija? Y ahora, en lugar de reunirse ambas en medio de la dicha y la felicidad, Yolanda la había mirado como si fuera una repugnante chaquetera. ¡Qué lío, qué terrible lío!

Yolanda escapó del ruido y la confusión a través de los callejones traseros que conducían al barrio judío, bajo la muralla del casco antiguo, evitando los huecos en llamas y los escombros derruidos en lo alto de la calle Kondilaki, rogando que las casas que rodeaban Portou siguieran en pie. Pero para su horror Biet Shalom, la sinagoga, así como sus alrededores, habían sufrido un ataque directo.

El humo y el polvo cegaron su camino, pero debía seguir adelante, aunque solo fuera para confirmar sus peores sospechas. Al principio no vio a nadie. Luego vio algunos rostros asomando a través de las ventanas rotas. La calle adoquinada se encontraba desierta, y solo los perros iban de acá para allá, olfateando el aire en busca de comida. Tragó saliva, sintiéndose tan dichosa como aliviada, al ver que la casa del tío Joseph seguía en pie, agujereada por la metralla y baqueteada hasta sus cimientos, pero todavía visiblemente sólida. Llamó impacientemente a la puerta y unas caras asomaron por la mirilla.

—¡Yolanda, bendita seas, estás viva!

La hicieron pasar a una casa repleta de parientes y niños, y todos ellos la abrazaron como para asegurarse de que era real, y la miraban como si no pudieran creer a sus propios ojos. Su madre reía y lloraba de felicidad al mismo tiempo:

—Has vuelto... ¡Mi pequeña está viva!

Entonces comenzaron las preguntas:

—¿Es cierto? ¿Entonces el enemigo está aquí?

—Están en la plaza, con el alcalde. Oí que se había rendido para que detuviesen los bombardeos —dijo, viendo la expresión de preocupación en sus rostros.

—¿Has venido sola? ¿Te han acompañado? ¡Que Dios nos ayude, cuatro noches sola! —dijo la tía Miriam, corriendo al recibidor para ver quién había llegado—. ¿Quién se casará ahora contigo? Traeré comida, estás delgadísima.

—Estoy bien —dijo Yolanda, pero nadie la escuchaba—. No malgastéis las provisiones; la mitad de las tiendas han ardido hasta los cimientos. Es así en todas partes.

Su madre se abrazó a ella y Yolanda sintió de nuevo esa sobria preocupación suya por las cosas más nimias. Sus ropas estaban limpias, pese a que carecían prácticamente de agua. A lo largo de las horas siguientes, los visitantes acudieron a ver por sí mismos el milagroso regreso de la hija de la familia Markos.

Cinco días más tarde, sentada ante la mesa, en el sabbat, se dio cuenta de lo limitadas que eran sus fuerzas: ni siquiera hubiera podido dar un paso más allá de la puerta si su madre volvía a sumirse en aquellos terribles raptos de dolor que la hacían casi desfallecer.

En su mente, además, no dejaba de estar presente la imagen de Penny en el vehículo de aquel oficial alemán. *Era Penny*. ¿Había estado allí varias semanas, y no se había puesto en contacto con ella? «¿Pero cómo hubiera sabido que me encontraría aquí?», razonó. «A menos que crea que deserté de mi puesto, aproveché la oportunidad de embarcar a Creta y escapé para reunirme con mis padres...».

«Por eso me ignoró». Una vez y otra veía en su mente aquella extraña mirada. ¿Se sentía Penny avergonzada de conocerla, al pensar que era una desertora, de la misma manera que ella se sentía avergonzada de considerar a Penny como una traidora? ¿Cómo podía pensar eso de una amiga? ¿Pero entonces que hacía en un coche oficial alemán? Si de veras podía haber algún alivio después de tamaño tormento, Yolanda debía conocer la verdad. Debía averiguar algo más. Si al menos le permitiesen salir de casa sola...

Seis días después de la rendición de la ciudad, Yolanda recibió una visita. El doctor Androulakis estaba en la calle, tras haber conseguido averiguar dónde se hospedaba. Miriam no le dejó pasar, pues no estaba segura de sus intenciones, pero Yolanda se apresuró a saludarle con visible alivio y le invitó a entrar. Nadie pudo evitar mirar el parche que llevaba en el ojo.

—Al ver que no regresabas pensé que te había ocurrido lo peor —explicó, aferrado a su baqueteado sombrero Panamá.

—Como verás, estoy bastante bien. Mi familia ha tenido mucha suerte, pero mi madre me necesita. Mamá, este es el doctor Androulakis, uno de nuestros médicos oficiales de la clínica. Fue él quien me dio permiso para regresar a casa, pero me temo que me he quedado más de la cuenta.

En silencio, le dedicó una mirada suplicante a la que el doctor respondió con nobleza.

—Contamos con poca gente en la clínica y la enfermera Markos es nuestra interna más experimentada. No sé cómo hubiéramos podido salir adelante sin ella. Es un ejemplo constante para las voluntarias más jóvenes, que tienen mucho entusiasmo pero poco conocimiento...

Fue su padre quien llegó para interrumpirlos, y miró al doctor con suspicacia:

—A Yolanda la necesitamos aquí.

—Pero papá, sigo bajo sus órdenes. No puedo desobedecer, sin más.

—Ya has cumplido con tu deber. Tu lugar se encuentra en esta casa, en esta comunidad.

Yolanda sintió que se sonrojaba de la vergüenza. ¿Cómo iba a discutir con su padre frente a un extraño, un gentil? Andreas percibió su angustia y reaccionó con premura:

—Señor, entiendo lo importante que es para usted tener a su hija cerca en tiempos tan terribles como estos, pero en las afueras de la ciudad siguen librándose las contiendas más sangrientas. Los ingleses mantienen una línea defensiva firme cerca de Souda, mientras el ejército escapa por las montañas hacia la costa sur. Han quedado atrás numerosos heridos que necesitan nuestra ayuda.

—No dudo que tendrá otras enfermeras. —Rebatió el padre de Yolanda.

—Pero si se van, ¿quién quedará aquí para cuidar a nuestra gente? El hospital general rebosa de heridos. Necesitamos tantas enfermeras como sea posible. La señorita Markos podrá instruir a otras para que ocupen su lugar.

—Debo regresar, papá, por favor.

Al ver que el anciano sacudía la cabeza, Andreas intervino de nuevo:

—Tan pronto como los caminos estén despejados y regrese el orden a nuestra ciudad dejará de haber ataques aéreos, señor. Y su hija estará en disposición de volver a casa.

Solomon levantó las manos en señal de protesta:

—Pero es sumamente importante que nos mantengamos juntos. El rabino teme que seamos registrados como hebreos y que nuestras direcciones lleguen al conocimiento de los alemanes. ¿Quién sabe lo que sucederá después? Lo que creo es que en Creta estaremos a salvo, pero de momento somos doblemente prisioneros, primero como judíos y luego como habitantes de una isla.

—No te preocupes —dijo Miriam—. Nuestros vecinos son buenos cristianos y cuidarán de nosotros.

Yolanda podía ver el miedo y la preocupación en sus rostros. El pobre Solomon había creído que los traía a un lugar seguro. Con qué crueldad el destino le había demostrado lo contrario.

—No creo que las cosas lleguen tan lejos, señor. —Andreas intentó calmar a todos los presentes—. De siempre los cretenses han vivido codo con codo junto a gente de todas las naciones. Su comunidad es una de las más antiguas que hay en la isla, más antigua todavía que la de los turcos. Al menos ahora habrá ley y orden, por más que sea de un modo... draconiano. La enfermera Markos estará a salvo, se lo garantizo personalmente.

—Agradezco sus buenas intenciones, joven, pero no sabe ni una palabra de lo que esto puede significar para nosotros. Hemos vivido en Salónica y Atenas. Mi hija debe permanecer junto a su comunidad, por su propio bien y por hacerse respetar.

—¡Papá! —Yolanda estaba furiosa. Su padre la trataba como a una niña—. Discutiremos todo esto más tarde, ahora acompañaré al doctor Androulakis hasta la puerta.

Temblaba de frustración y decepción. ¿Qué pensaría Andreas de ellos? Su padre se había mostrado brusco y descortés. Ni siquiera le había ofrecido algo que beber. Se sentía profundamente avergonzada.

—Lo siento, Andreas —dijo, mientras le acompañaba a la puerta—, temen por mi reputación. Mi tío es muy tradicional. No le gusta ver que una mujer que no se ha casado aún trabaja fuera de casa.

—Comprendo perfectamente, pero te necesitamos. Yo te necesito —musitó, y Yolanda tembló con una andanada de amor hacia su sinceridad—. También yo tengo mis planes. Y esperaba poder confiar en ti para llevarlos a cabo.

—¿Nos dejas...?

Su corazón se encabritó ante aquella inesperada noticia.

—No exactamente, pero de vez en cuando puede que desaparezca en las montañas. Se dice que existen numerosos rezagados obligados a ocultarse. Muchos han caminado casi cien kilómetros sobre las rocas sin zapatos, otros han muerto en plena marcha. Han disparado sobre ellos, se han quedado sin agua y sin comida, se esconden en los olivares y los acosan para que asomen la cabeza. Puedes imaginar que un ejército en huida no es algo agradable de ver. Han sido centenares los hombres que no han llegado a la playa y han tenido que quedarse atrás, para defenderse por sus propios medios. Necesitan nuestra ayuda.

—Parece peligroso —musitó Yolanda, pues oyó a su madre rondando por el pasillo.

—Estaré tranquilo si sé que estás en la clínica supervisando a las voluntarias. Puedo verme obligado a desaparecer sin previo aviso, y si es así tendría que llevarme el instrumental médico. No diré más. Eres la última persona a la que poner en compromisos...

—¡Yolanda! ¿Se ha ido ya el doctor? —gritó su madre.

—Un segundo, mamá —exclamó Yolanda en respuesta. Después se volvió hacia Andreas—: Dame unos cuantos días, para ganármelos...

Andreas le apretó las manos entre las suyas y sonrió. No había necesidad de palabras. Algo maravilloso pasó entre ellos en aquella interminable despedida. Yolanda cerró la puerta a su espalda y suspiró. Ahora, nada ni nadie iba a impedirle regresar.

## PLAYA DE GÁLATAS,

2001

La playa de Gálatas recibía la luz de un glorioso atardecer: el sol se adentraba en el mar como una bola de fuego. Aparcamos en el atestado camino principal que procedía de Chania y descendimos unos peldaños hasta la arena, dejando atrás una pequeña taberna. Había olvidado por dónde se tenía que girar para llegar a los antiguos barracones del hospital, pero ahora había un *camping* entre los árboles, y más allá, en la distancia, alcanzaba a divisar una diminuta capilla blanca. Quizá siempre había estado allí y lo había olvidado. Las cuevas se encontraban exactamente donde recordaba, y tenían el mismo aspecto poco atractivo con que las veía en mi memoria.

Lois quería que Alex sacase algunas fotos, pero yo me negaba a actuar allí como un turista más. Era difícil explicar que no se sacaban fotografías en un cementerio. Quería recordarlo como una vez fue. Ahora no era más que una playa arenosa, como tantos otros rincones soleados del mundo... La vista a la isla Theodori no había cambiado lo más mínimo, y nada hacía sospechar lo que aquel lugar había sido en el pasado, solo sus paisajes.

Había temido regresar aquí mucho tiempo, y ahora lo único que quería era pasar página para poder disfrutar del resto de las vacaciones sin más pensamientos sombríos. El lugar arrancaba de mi interior imágenes y fogonazos de viejas escenas que me había esforzado en enterrar durante toda mi vida.

Todo aquello a lo que tuve que asistir durante los días finales resultaba una visión infernal. Aquel terrible e inesperado encuentro en plena calle... podía sentir cómo mi pulso se aceleraba:

—Necesito un buen trago —anuncié, pero Lois ignoró mi ruego y me tomó de la mano.

—Espera, ven conmigo, que quiero que veas este manto de flores que se descuelga sobre las rocas... Tienen los colores del arcoíris. Seguro que tú sabes sus nombres. En ese aspecto yo no tengo remedio.

Había flores y amapolas de todos los colores: blancas malvas, hortensias de plata, amarillos narcisos, púrpura acebo y pequeñas, rosáceas jaras. Qué extraño que tantas de mis plantas perennes del jardín de Stokencourt crecieran sin el cuidado de nadie, sin límites ni restricciones, en este mismo lugar, y nunca me hubiera enterado de ello.

¿Pero quién tenía tiempo de reparar en tales cosas durante un ataque aéreo?

El mar tenía el color del jade, las montañas seguían cubiertas por la nieve, incluso a finales de mayo.

—Dadme un minuto —dije, alejándome de ellos para buscar un momento de intimidad.

Alex estaba aburrido. No había nada que le gustase en aquella isla desierta. Él no veía lo mismo que yo: tropas alemanas clavando estacas y colocando cables metálicos, convirtiendo mi hospital en una enorme prisión para los soldados capturados trasladados allí durante la rendición de Chania. Había torretas de vigilancia idénticas a las que pueden verse en cualquier película de guerra. Como campamento, quedaban en pie pocos servicios básicos, tan solo unos toldos y tiendas andrajosas, unas pobres letrinas y estrechas trincheras, baqueteadas sillas y diversos utensilios tirados por la arena. ¿Cuántos soldados heridos perdieron el deseo de vivir, metidos en aquel corral podrido de bichos y ya lo bastante lleno de enfermedad y basura?

Abandonar a mis pacientes fue uno de los momentos más crudos y sombríos de mi vida. Cosas mucho peores ocurrieron después, pero nunca me sentí tan sola. Revivía ahora la angustia de haber desertado de mi puesto, de haber dejado a aquellos hombres debilitados a merced de un ejército indiferente que buscaba vengarse por sus propias pérdidas. Yo tenía mis propios problemas. Debía tomar decisiones respecto a mi propio futuro, y la presión que sufrí procedería, además, de la fuente más inesperada.

Pensé de nuevo en aquel oficial, mi paciente alemán, mi rescatador... oh, aquel tiempo invade mi mente como la música que resuena en época de guerra. Fue aquí donde pensé desembarazarme de él, pero él tenía otras ideas...

## PUERTO DE CHANIA,

2001

El Limani Ouzeria era un buen lugar para ver cómo pasaba el tiempo. Era viernes y las familias habían decidido salir a disfrutar de la noche, respirar el aire puro que procedía del puerto. Una a una, las luces se iban encendiendo en cafés y restaurantes, y los hosteleros salían con sus menús, a la caza de turistas a los que persuadir con su palabrería.

Aquel lugar se adaptaba perfectamente a los gustos de Rainer: ofrecía una impresionante vista de la antigua fortaleza turca, convertida ahora en el museo Naval. Un lugar que, pese a todo, no tenía el menor deseo de volver a visitar.

La mayoría de las antiguas casas del puerto habían sido reconstruidas a lo largo de los años. Había restaurantes y tiendas de regalos. Una o dos todavía eran un montón de ruinas necesitadas de un buen arreglo, como dientes cariados a los que hiciera falta un buen empaste, pero eso le añadía, curiosamente, cierto encanto al lugar. Rainer acababa de visitar la librería del puerto, que contaba con una amplia selección de novelas y mapas en inglés, alemán y francés, y compró un detallado mapa del noroeste de Creta para refrescar su memoria y planear su próximo viaje a las montañas. Su memoria para los nombres, especialmente de lugares, le fallaba a menudo en aquellos días, pero algunos todavía perduraban en su mente como grabados a fuego: Kondomari, Kandanos, Alikianos.

Bebió tranquilamente su *ouzo*, observando cómo el agua se nublaba con el alcohol, saboreando un plato de *meze*: calamares, *tirópita*, salchichas, bolas de queso.

Chania era ahora un destino turístico de lo más solicitado, una ciudad vibrante y llena de vida. Las familias del lugar caminaban por el puerto bien vestidas, empujando cochecitos de bebé, y había ancianas *yiayias* congregadas alrededor de las mesas con sus ropas enlutadas, y cabellos teñidos en todos los colores, y la gente reía y gritaba como solo los griegos pueden hacerlo.

Había escogido aquel lugar en honor a los viejos tiempos, y al volverse para mirar los oscuros recovecos de la taberna, vio a algunos ancianos afanados en jugar al *backgammon*, fumando y discutiendo, sin reparar lo más mínimo en él. ¿Cuántos de aquellos ancianos habían combatido y sufrido los rigores de la guerra en el pasado? ¿Cuántos le estrecharían la mano ahora, si supiesen quién era?

El cielo, cargado de vencejos, trepidaba con sus graznidos a medida que la

oscuridad descendía, y jóvenes de todas las naciones salían vestidos con sus mejores galas: estudiantes africanos de esbeltos miembros vendiendo cedés piratas; jóvenes asiáticas con bandejas de pedrería; niños romanos que ofrecían rosas a los paseantes desprevenidos; militares americanos de la base de la OTAN, aprovechando sus permisos para pasear por la ciudad con sus pantalones cortos y sus gorras de béisbol... Había chicas escandinavas de imponente belleza, de cabellos casi blancos y vestidos cortos que dejaban ver sus largas piernas, y hombres de la misma procedencia, con sus cámaras fotográficas y sus corpulentas esposas. Qué diferente era todo desde la última vez que estuvo allí: aquella pulsante masa de humanidad que dejaba su estela de olores, perfumes y lociones solares, mezclados entre sí.

Ninguno de aquellos turistas recordaría siquiera los días del pasado. Rainer apenas había bebido, estaba solo, no hablaba y necesitaba compañía, pero no había nadie ni de su edad ni de su país sentado en las proximidades. No cesaba de fluir en su mente el recuerdo de la primera vez que se había sentado allí, casi en el mismo lugar, y lo único que podía sentir era el dolor de ser joven y tener sobre sus hombros aquella responsabilidad. ¿Por qué las obligaciones siempre tenían que chocar con los deseos personales durante la guerra?



## JUNIO,

1941

—No has perdido mucho tiempo, Rainer —se burló Helmut Krayse, dando buena cuenta de su cerveza—. Te has quedado con la mejor enfermera antes de que los demás pudiéramos echar un vistazo al cesto de la fruta. Y encima es toda una heroína...

—Cállate.

Rainer sentía que las mejillas le ardían debido al *krassi* que había bebido.

—No te preocupes, no es mi tipo, es demasiado delgaducha, como un pescado, ¿no te parece? A mí me gusta que mis conquistas estén bien maduras, como fruta al sol.

Rainer hubiera querido hacerle tragar los dientes a patadas ante tales insultos, pero ambos estaban tan borrachos que ni siquiera merecía la pena pelear.

Habían decidido beber en una taberna que se alzaba junto a la plaza de la catedral ocupando los mejores asientos de la terraza, y no pararon de cantar, gritar y echar el ojo a las mujeres que pasaban de largo, las cuales apartaban la mirada en un valiente intento por fingir que su paseo vespertino por el puerto no se iba a ver arruinado por la ruidosa presencia de los militares. Los alemanes no eran bienvenidos, pero sus dracmas sí.

Pasaron el día asegurándose de que los cadáveres desperdigados por el lugar eran enterrados con honores militares, y toda la posible inteligencia reunida y preservada. Era un trabajo de lo menos agradecido; a nadie podía sorprenderle que todo el mundo quisiera suprimir cualquier rastro de los restos de sus camaradas, pudriéndose allí a pleno sol. Rainer no estaba de humor para dejarse tomar el pelo por su vida privada, ni siquiera si quien lo hacía era amigo suyo.

Miró a su alrededor para ver lo que quedaba de sus hombres, otrora tan presuntuosos y seguros de sí mismos. Ahora mostraban un visible hastío, la fatiga había borrado cualquier brillo de sus ojos, y sus rasgos habían adoptado la misma expresión que ostentaban los prisioneros británicos del campamento del viejo hospital que habían visto a su llegada.

Los soldados eran todos iguales. Pensó Rainer en todos aquellos contenedores de madera cargados de efectos personales que justo entonces se estarían enviando a Alemania, y en las familias que apenas comprenderían el infierno en que aquel lugar

se había convertido.

En cuanto a la enfermera Georgiou, era todo un misterio. Tan formal y a la vez tan alerta en presencia de Rainer, sin mostrar la menor intención de responder a sus indirectas... Y, con todo, cuanto más ignoraba aquel obvio interés que Rainer le mostraba, más insistente se volvía él. La enfermera se estaba convirtiendo en un desafío, una distracción frente al cansancio que suponía barrer hasta las últimas virutas de resistencia local. Se estaba quedando sin excusas para visitarla, ahora que la habían incorporado a las filas de la Escuela Católica Francesa, pero dado que Rainer era católico, al menos esperaba encontrarse con ella en la iglesia.

Le daba la impresión de que a la enfermera le aliviaba verse liberada de su compañía, aunque siempre se había mostrado educada:

—Gracias —le dijo, recogiendo su bolso y asintiendo secamente al conductor, cuando la dejó en su destino.

—¿Qué hay del viaje a Cnosos que mencioné antes? —ofreció Rainer, inclinándose hacia ella.

La enfermera dio un paso atrás y levantó la mano:

—Lo siento. Gracias, pero de aquí en adelante me dedicaré a mi trabajo —le contestó sin mirarle, y luego se retiró a las profundidades del convento sin mirar atrás.

Se decía que estaban enviando paracaidistas en el desierto norteafricano, pero hasta que se recuperase de sus heridas, Rainer tenía la orden de permanecer allí para erradicar cualquier problema y acabar con los ingleses que quedasen en las colinas.

Rainer aborrecía su obligación principal: la destrucción de los dos pueblos cuyos hombres habían opuesto resistencia al descenso de los paracaidistas y, junto con ellos, la de un destacamento de soldados griegos. Si aquello era a lo que se iba a reducir su labor, lo cierto es que prefería no hacerlo, pero órdenes eran órdenes, y estas llegaban directamente de Berlín. El castigo debía administrarse sin juicio ni jurado: las ejecuciones se llevarían a cabo sin más, y los pueblos debían ser arrasados por el fuego. De diez a cuarenta cretenses por cada paracaidista asesinado. Sin piedad.

¿Cómo explicarles a un montón de ignorantes granjeros que todos ellos eran responsables colectivamente por cada acto de resistencia que tenía lugar en su pueblo, y que eso afectaba a sus familias, niños incluidos? Ordenó a individuos de ambos sexos reparar caminos y pistas de aterrizaje sin demora, ya fueran jóvenes o ancianos, para aliviar así a sus soldados del calor y el trabajo extenuante.

No podía conciliar el sueño por culpa de las miradas de incompreensión de los niños, al ver cómo los soldados alineaban a sus padres y les disparaban bajo los olivares, prohibiendo, además, que nadie regresara por sus cuerpos hasta que hubieran pasado varios días. Había soldados, endurecidos y furiosos, que aceptaban con especial deleite encargarse de aquellas órdenes: que contaban cabezas, y bromeaban, y saqueaban casas en busca de armas, o pegaban fuego a las camas y sábanas simplemente por puro disfrute, cuando no destrozaban cultivos o talaban los

olivos simplemente porque podían hacerlo.

En su mente Rainer sabía que había que llevar a cabo aquella terrible labor para asentar su autoridad en la isla, pero en su corazón tamaña crueldad resultaba un peso demasiado difícil de sobrellevar. Jamás había apretado el gatillo contra una mujer o un niño, pero sí que había ordenado a otros que lo hicieran. Desde entonces no había podido dormir como era debido.

Tampoco tenía sentido reunirse con los oficiales cretenses. No confiaba en ellos. Bebían demasiado *raki*, y siempre le aseguraban que no crearían más problemas, pero sus protestas entre dientes y sus miradas de reojo le hacían sentir no poca inquietud.

Mientras tanto, allí estaban, condenados a vivir en aquella isla; un lugar clave como paso desde el Mediterráneo a Oriente Medio, un punto estratégico para enviar suministros al norte de África y al ejército de Rommel.

El ánimo revanchista con que habían asolado los pueblos de los alrededores se estaba viendo vengado mediante ataques inesperados, emboscadas y sucesivas desapariciones de soldados que se hallaban de guardia. El campo de prisioneros instalado en la playa era un caos, hasta que la brigada de las Juventudes Hitlerianas se encargó de él y comenzó un reinado de terror, pero aquellos que se encontraban en condiciones lograron escapar bajo el manto de la noche e incluso a plena luz del día. No había respeto alguno por su autoridad, por más que impusieran los más terribles castigos o se afanasen en reducir las raciones de comida.

Rainer había sido aleccionado en las más útiles ideas acerca de cómo sacar de sus escondrijos a los soldados enemigos que se ocultaban en las colinas, pero no podía evitar compadecerse de sus desdichas. Si las tornas hubieran cambiado, ¿no habría hecho él lo mismo?

Habían adquirido nuevos intérpretes y agentes, lugareños que podían oler a un colaboracionista, pero incluso aquellos individuos eran sometidos a un cuidadoso escrutinio. ¿Y si se trataba de informadores secretos? ¿Cómo podían confiar en nadie que no fuesen sus propios hombres?

Así que, ¿por qué desperdiciar el tiempo, como lo hacía Rainer, babeando detrás de una enfermera extranjera? ¿Era por su esbelta figura, por sus largas piernas, por sus cabellos bañados por el sol y sus ojos color chocolate, o algo más potente que todo eso era lo que embriagaba sus sentidos? No era como ninguna de las mujeres que hubiera conocido: era como él, en todos los aspectos, pero había algo inalcanzable en ella que le fascinaba. Era como si aquella joven fuera la victoriosa y él el derrotado: una fantasía ciertamente ridícula. No podía existir una confraternización realmente seria entre ambos, y menos aún un romance. Si necesitaban aliviarse, las tropas de todo rango tenían permiso para acudir a los burdeles, ya fueran los que se situaban detrás del puerto —para los soldados principalmente— o las casas de lenocinio más discretas y distinguidas que utilizaban los oficiales. Siempre era así.

Y, con todo, nada podía paliar la admiración que sentía hacia la enfermera. Había

salvado vidas y soportado experiencias que incluso resultarían difíciles de arrostrar para un hombre hecho y derecho. Quizá le resultaba difícil olvidarse de sus miedos y su desconfianza, después de cuanto había tenido que ver. «¡Dios! Si yo fuera de aquí, tampoco a mí me hubiera gustado presenciar todo esto», pensó, a sabiendas de que aquellos pensamientos eran considerados por los suyos alta traición. ¿Cómo podía dudar de las políticas que afirmaban que eran ellos los que tenían el derecho de gobernar el mundo durante mil años?

De momento, tal cosa solo había traído muerte y sufrimiento para sus hombres, pero Rainer debía creer que sus líderes sabían lo que estaban haciendo, que su presencia allí era de una importancia estratégica suma, y que sus sacrificios eran puentes que tendían hacia la última y más suprema meta.

Rainer engulló su bebida y cruzó entre tambaleos la plaza hasta el puerto, con la vista clavada en el viejo faro veneciano. Era consciente de que había llegado el momento de sacarse de dentro aquel estúpido enamoramiento, antes de que se perdiese a sí mismo el respeto. Debía recuperar el vigor, enfriar su infantil ardor y quitarse de encima toda resistencia al reglamento nazi. En su vida no había lugar para las estupideces románticas. La enfermera Georgiou era el enemigo.

## CHANIA,

2001

—No te imaginas lo que hemos visto en nuestra excursión por la ciudad, tía Pen, jamás hubiera imaginado la cantidad de historias que hay en ella —anunció Lois, mientras llegaba calle abajo para encontrarse conmigo, tocada con un sombrero de paja y unas gafas de sol, y con los hombros bronceados en su precioso vestido veraniego—. Nos reunimos con el señor Fennimore en el monumento de «la mano» y nos condujo por unas calles hasta la casa donde nació El Greco, y luego pasamos junto a un taller de tapices. Allí nos encontramos con Michaelis. Tienes que ver sus trabajos... Oh, y luego paseamos por los callejones traseros para ver los palacios y la arquitectura veneciana. Incluso vimos una pequeña sinagoga, la última que queda en toda Creta. Como es sábado supongo que estaría cerrada para los oficios. Hay tanto que ver... Y Alex se lo está pasando en grande, ¿verdad?

Alex estaba demasiado ocupado mirando un escaparate lleno de cuchillos como para responder.

—Nos llevó hasta el callejón del Cuero y luego a la calle del Mercado. Y adivina con quién nos encontramos allí. Con Mack, nuestro agente, que estaba de compras, y aprovechó para decirnos que había un mercado al aire libre. También nos comentó que hay una taberna al otro lado de la calle donde sirven un delicioso *souvlaki*. ¿Te parece si nos encontramos con él allí?

¿Qué podía hacer yo, salvo sonreír durante todo aquel monólogo, como si nunca hubiera visitado aquellas calles? No tardamos en vernos cargados con bolsas de naranjas, tomates y cerezas. Alex se encargó de llevar la miel de tomillo, el queso cocido y los melones.

Mack ya estaba esperándonos en el lugar convenido, con un aire sumamente relajado: vestía unos pantalones cortos, de los que llegan por las rodillas, y una simple camiseta, y nos ofreció sentarnos a la sombra de unas enramadas. Pidió que nos sirviesen una cerveza Mythos bien fría, y para Alex cerdo al estilo *souvlaki*, como si en realidad fuéramos una de esas familias felices que pasan juntas las vacaciones. Mack observaba a Lois con visible interés, y ella, por fin, comenzaba a mostrar la tranquilidad que no había parecido tener hasta entonces.

Yo decidí dar un paseo por el puerto, y de allí me dirigí a la calle Halidon, donde hubiera jurado que sesenta años atrás se asentaba una elegante librería. Me protegí

del sol tras la catedral. Cuando hago las cosas a mi propio ritmo me siento bien, así que rodeé con pasos tranquilos la enorme ágora, saboreando aquellos olores a pescado frito, pollo, tabaco y queso que tan bien conocía.

Ya era mediodía, y el mercado al aire libre cerraría en breve para que sus dueños disfrutasen de una buena siesta. El calor y la sensación de pesadez me hacían sentir una renovada nostalgia. Cuántas historias podían contar aquellas calles: historias de desesperación y coraje, de astucia y valor. Todas las ciudades del Mediterráneo tienen su propio mercado: ese es el centro neurálgico de su comunidad.

Me quedé extasiada al ver todos aquellos colores y percibir todos aquellos olores, la variedad y la abundancia de cuanto se ofrecía. Había repisas cargadas de legumbres y verduras: ramilletes de perejil fresco, menta, hierbas de la montaña, espinacas, alcachofas... Podías ver gallinas y conejos encerrados en jaulas, preparados para saltar a la olla, bolsas repletas de caracoles, bandejas de plateados peces colocados primorosamente sobre hielo fundido, tomates tan grandes como bolas de billar, tanques rebosantes de quesos locales, tarros de miel y botellas de *raki*.

Las esposas de los granjeros y las *yiayias* se sentaban bajo enormes paraguas, y desde sus puestos observaban a sus hijos, que reclamaban la atención de la multitud. Por todas partes llegaban afanosas matronas con sus carritos colmados, viudas apoyadas en su viejo bastón, abriéndose paso lentamente entre el gentío, inclinándose ante sacerdotes de largos cabellos que empujaban carritos de niños, y bellezas de melena flamígera acudiendo al lugar desde todos los callejones posibles, y que eran miradas y remiradas por los granjeros.

Sentí que me invadía una súbita ternura al ver que la vida seguía su curso. De pronto, estaba de nuevo en las adoquinadas calles que había pisado tantos años atrás, y veía a mi yo más joven reflejado en los escaparates, envuelta en su vestido gris y en su manto, como una monja. ¿Cómo pude hacer para mostrar tanta valentía y resolución en mitad de aquella carnicería? ¿Cómo pude hacer lo que hice?

## JULIO, 1941

Penny se acomodó a la vida del convento de San José fácilmente, aliviada de verse lejos del tumulto de los últimos días en la playa de Gálatas, de tener que tratar día tras día a los prisioneros de guerra, por no hablar de la cautela que debía mostrar ante el capitán alemán. También se sentía reconfortada de encontrarse por fin entre compañía femenina, y de poder cuidar de los niños que habían quedado huérfanos en la improvisada guardería que habían creado al efecto.

La quietud colmaba el interior de aquellos muros. Cuando las puertas se cerraban, Penny y sus compañeras se olvidaban de que existía un mundo allá fuera. No se había dado cuenta de lo exhausta que se sentía; hubiera podido dormir durante horas, de no ser por la disciplina que exigía la vida religiosa.

Las monjas conocían bien su situación. Penny había tenido que confesar a la madre superiora que pedía santuario por ser protestante, una extranjera sin papeles, y para poner tierra de por medio entre ella y el oficial alemán que la perseguía, cosa que no dejaba de ser una exageración pero que contribuyó a concitar las simpatías hacia su causa.

Si a la madre Veronique le inquietaba la responsabilidad de tener a su cuidado a una fugitiva, lo cierto es que no la mostraba, y tampoco la compartió con nadie. Escuchó pacientemente la historia de Penny, y, cuando hubo terminado, dedicó a la joven una amplia sonrisa desde su asiento:

—Has llegado aquí por un motivo, hija mía. Nos podrás ser muy útil. Tuvimos que enviar al hospital de Heraklion a buena parte de nuestras hermanas, y mucho me temo que ya no regresarán. Así que tu llegada ha sido providencial para nosotras. En la maternidad hay mujeres en serias dificultades. Desde los bombardeos, solo hemos conocido penurias: niños que nacían muertos, abortos...

—No soy una comadrona —replicó Penny no sin congoja, pues pensaba en Effy y en todo lo que había tenido que pasar. Nunca había ayudado a traer al mundo un bebé.

—Mira y aprende, querida. Por lo general, la naturaleza hace su trabajo, pero en ocasiones hay complicaciones y fiebres. Estoy segura de que ya has tenido que vértelas con cosas así.

Una vez más, Penny recordó aquellas terribles horas cuando, en Atenas, su hermana sufrió un aborto. ¿Habría conseguido Effy hacer realidad su sueño? Oh, cuánto deseaba que en Stokencourt hubieran tenido que desocupar una habitación para uso de la niñera. ¿O quizá su familia habría tenido que regresar al campo, lejos de los horribles bombardeos que por lo visto habían tenido lugar en Londres, si lo que afirmaban jactanciosamente los soldados alemanes en los cafés de la ciudad era

cierto?

Tocar fondo le había servido a Penny para aprender más rápido de lo que hubiera sido normal en otras circunstancias. Qué lejos se le antojaban ahora Stokencourt Place e Inglaterra, incluso su propia familia. Era como si se hubiera convertido en una completa extraña para aquel tipo de vida. ¿Pasaría también ella alguna vez por tan indigno proceso como dar a luz?

Le dieron un vestido gris, sin ningún adorno, un delantal de servicio y una cofia de novicia, y sus dificultades con el francés hacían que fuera tratada con mayor ternura. Penny no era una de ellas, y nunca lo sería. Por más que respetase su vida de observancia y devoción religiosa, ninguna de sus ceremonias le llegaba al corazón. Durante los servicios su mente vagaba por el mundo que había al otro lado de los muros. ¿Dónde estarían Bruce y Zander? ¿Había sido realmente Yolanda a quien vio aquel día, en la multitud? Ya no podía confiar en sus pensamientos. Su esperanza radicaba en que el capitán se hubiera marchado de Chania y que las autoridades ya se hubieran olvidado de ella.

Su parte favorita del día era cuando le daban permiso para jugar con los huérfanos que llevaban a la guardería. Se sentaban como dóciles animalitos, con los ojos abiertos de par en par, callados, demasiado para ser solo unos niños. Hubiera querido Penny llevárselos con ella para jugar en la playa, pero, salvo que se tuviera un pase, el acceso a la costa estaba prohibido. Incluso pescar era una tarea harto complicada, a menos que se hiciera bajo la debida vigilancia.

Alrededor del convento había un terreno propio, donde el huerto hacía las veces de almacén. A medida que menguaban las provisiones, Veronique pidió a un grupo que saliese a buscar fruta al mercado. Penny acompañó a la hermana Clothilde y a otra novicia al viaje. Era la primera vez que salía en muchas semanas, y se sintió como una niña a la que dejasen salir del colegio. Se levantaron temprano y se dirigieron a la ciudad, con la idea de llegar cuando el mercado abriese sus puertas. Caminaban en fila india.

Clothilde no era una de las monjas con las que Penny se sentía más cómoda. Tenía mala cara, y su tez era tan pálida como indefinible su edad, y a través de unas gafas de montura metálica observaba el mundo con unos ojos menudos a los que nada escapaba. Solía mirar a Penny con sumo recelo, horrorizada por el hecho de que nunca hubiera recibido la comunión, y llena de curiosidad de que fuera así. Corregía cada uno de los errores que cometía al hablar en francés, y no podía evitar una notoria envidia ante la perspicacia que mostraba como enfermera y el respeto que inspiraba en las otras hermanas.

El mercado le resultó a Penny decepcionante. Solo había unas cuantas mesas.

—¿Dónde está el pescado fresco? —quiso saber Clothilde.

El pescado se lo ha quedado el ejército invasor, le dijeron.

—¿Dónde está la fruta? —preguntó, dirigiéndose entonces a las mesas vacías. Pero no había fruta. Los árboles habían sido destruidos por los aviones y el fuego, y



las cosechas habían sido saqueadas durante la noche, o arrasadas como represalia por los intentos de granjeros y lugareños de resistirse al avance de la ocupación. Muchos granjeros estaban demasiado asustados como para acudir a la ciudad, y la mayoría había muerto.

—Creo que es una desgracia que tan pocos de ellos hayan hecho siquiera el esfuerzo de aprovisionarnos —espetó Clothilde a uno de los comerciantes.

—Sí, hermana, pero esto solo puede ir a peor. Todo el mundo trata de hacerse con lo que puede y esconderlo antes de que llegue el invierno. Si quiere, tenemos algunos caracoles en este cubo...

Lo levantó, ofreciéndoselos a la monja.

—No me parecen demasiado frescos —replicó esta.

Avergonzada, Penny se alejó para ver si había algún otro puesto doblando la esquina, pero solo vio algunas mesas que exponían ropa de segunda mano. La gente se echaba encima, como si se tratase de prendas de lujo.

Una joven dio media vuelta y casi chocó de bruces con Penny:

—*Signóme* —dijo. Levantó la vista y miró de nuevo, como si no pudiera creer a sus propios ojos. Ambas dieron un respingo de sorpresa al reconocerse. A Penny le dio un vuelco el estómago, y dio un paso al frente, temblando de emoción por tan inesperado encuentro.

—¿Yolanda? ¡Oh, gracias a Dios, eres tú! Estás viva... —Penny la llamó, pero Yolanda reculó unos pasos, y tropezó con un cajón en su intento por huir de ella. Penny corrió a ayudarla—. Vamos, ven, que no soy un fantasma... Por favor, tenemos que hablar.

Yolanda se incorporó, frunciendo el ceño:

—No tengo *nada* que hablar contigo.

Se volvió para marcharse, pero Penny corrió a interponerse en su camino e impedirle que siguiera andando. Los tenderos se quedaron mirando a las dos mujeres, esperando, sin duda, una pelea.

—Bueno, pues yo sí que quiero preguntarte algo. ¿Dónde has estado durante todo este tiempo? Te he estado buscando. ¿Por qué nos abandonaste sin decir palabra, desertaste de tu puesto y nos dejaste en la estacada? —le gritó a Yolanda en la cara.

—¿Cómo puedes pensar eso? —replicó Yolanda, con los ojos relampagueando de pura ira—. Yo podría preguntarte a ti qué hace una enfermera inglesa en un coche oficial alemán. Te vi... no has perdido el tiempo. —Escupió Yolanda en respuesta.

Penny sintió una andanada de indignación en sus venas:

—¿Cómo te atreves a insinuar algo así? Me estaban trasladando de regreso al campamento de prisioneros, que fue nuestro hospital militar antes de que nos viéramos invadidos por los alemanes. No tuve ninguna elección, ninguna.

—Y yo estaba demasiado ocupada atendiendo a los heridos y enfermos de un buque hospital como para darme cuenta de que había soltado amarras. Por suerte para mí, se dirigía a Creta. Os envié una postal para explicaros lo ocurrido. —Al decir

aquello hizo una pausa, y su voz se suavizó—. ¿No la recibisteis? Estoy trabajando aquí con la Cruz Roja. —Se quedó de brazos cruzados, esperando la explicación de Penny. Ambas se miraron como duelistas al sol.

Penny sacudió la cabeza:

—Abandoné Atenas en barco. Lo volaron en pleno mar y acabamos en una isla. También yo terminé llegando a Creta... Parece que ninguna de las dos tuvimos otra opción.

La multitud, que había estado aguardando una pelea, se dispersó despacio.

De pronto, se miraron fijamente a los ojos y sus labios temblaron de emoción. Penny lanzó los brazos al aire, totalmente incrédula:

—Oh, diablos... Todo este tiempo hemos estado las dos en Creta, trabajando sin saber que... Yolanda, lo siento muchísimo...

Penny sonrió, y ambas se echaron a los brazos de la otra con aliviada alegría, llorando de puro placer.

—Y yo aquí pensando que nos habías abandonado o que estabas muerta, y tú pensando que me había unido al enemigo. ¿Cómo pudiste pensar algo así, con lo que hemos tenido que pasar? —Penny rio—. Oh, me alegro tanto de verte, y de saber que estás a salvo...

—¿Pero entonces dónde estás tú? —le preguntó Yolanda, con lágrimas de alegría rodando por sus mejillas—. Ha pasado tanto tiempo...

—Estoy en un convento. ¿No has visto acaso el precioso uniforme que llevo? —susurró Penny.

—¿Has tomado los votos? —le preguntó Yolanda, asombrada.

—¿Te parece que soy de esas?

Ambas rompieron a reír a carcajadas, y solo cuando comenzaron a recobrarse advirtieron que la hermana Clothilde estaba a solo unos pasos de distancia, mirándolas con recelo. Tenía los brazos en jarras, lo que anunciaba que no estaba demasiado contenta de ver aquella exhibición de emociones en público.

—Enfermera, tenemos que irnos. Hemos venido para nada; no perdamos más tiempo aquí.

La hermana Clothilde se volvió y enfiló sus pasos hacia donde aguardaba la novicia, que sostenía las cestas vacías.

—Si queréis vegetales, sé de alguien que puede conseguir provisiones, pero solo por la noche —musitó Yolanda.

—¿El mercado negro?

—No exactamente. Les quita a los alemanes lo que les sobra, por decirlo así: las provisiones que antes nos han quitado ellos a nosotros. Llamémoslo recuperación...

—Oh, ten cuidado. Si te cogen...

—No hablo de mí, estoy demasiado ocupada instruyendo a las nuevas. Ven con nosotros. Me alegra tantísimo verte. Mamá y papá se sentirán muy felices de ver que estás a salvo. Ven a cenar en casa el viernes, ¿vale? Por el sabbat. Tenemos

habitaciones en la calle Portou. Es una casa de puerta verde oscuro, en la calle bajo el muro que da a Kondilaki. Es un desastre el lugar, pero al menos nuestra casa aún conserva su techo.

Penny la tomó del brazo:

—No puedo creerlo. Creía que... —vaciló cuando iba a repetir lo que realmente pensaba—. Creía que estabas muerta. Tengo tantas cosas que contarte.

—Y yo también. —Yolanda se despidió de ella, y su collar dorado brilló a la luz del sol cuando se apresuró a pasar entre Clothilde y la novicia, calle abajo.

—¿Me ha parecido ver la estrella de David en el cuello de esa chica? —se apresuró a decir Clothilde.

—Ni me he dado cuenta —replicó Penny—. Es amiga mía, la conocí en Atenas, y trabaja como enfermera en la Cruz Roja. Oh, estoy tan contenta de que haya conseguido llegar aquí. Se ahogaron muchas enfermeras...

—Enfermera o no, es una judía. No nos mezclamos con esa clase de gente.

«Pues yo sí», pensó Penny, desafiante, pero no dijo nada, y ocupó su lugar en la fila para emprender el camino de vuelta. Tenía esperanzas de ver otra vez a la familia Markos, pero primero debía pedir permiso para abandonar el convento. Por primera vez en varias semanas, sintió las restricciones del lugar que había escogido como refugio. «Toda elección tiene un precio», suspiró.

El viernes por la mañana, la madre Veronique mandó a llamarla al patio de recreo donde Penny estaba enseñando a las niñas a jugar al «Se abren y cierran las campanillas escocesas». Los niños bailaban entrando y saliendo de un círculo formado por los brazos alzados de los demás compañeros, mientras Penny marcaba el ritmo de la canción golpeando una lata de aceite vacía, y todo el mundo trataba de cantar en inglés, francés y griego, entre ruidillos de pura alegría. Le pidieron que acudiera al estudio de la madre superiora, quien le dijo que tenía permiso para ir a visitar a la familia Markos, aunque debía hacerlo acompañada por lo menos hasta el barrio judío, y con órdenes estrictas de regresar antes de que oscureciese. Penny intentó explicar que el sabbat comenzaba al atardecer, y que de obedecer no tendría mucho tiempo para cenar con la familia de Yolanda.

—Me temo que estás aprovechándote de nuestra hospitalidad —dijo Veronique—. Para eso, quizá sería mejor que te alojases con tu amiga.

—Lamento causar tantos inconvenientes, sobre todo teniendo en cuenta lo generosas que os habéis mostrado conmigo. Me temo que me he acostumbrado a mi propia libertad.

Penny pensó que ni la educación que había recibido, ni su vida posterior, habían labrado el camino necesario para que llevase una existencia conventual.

Veronique asintió:

—Eres una influencia demasiado perniciosa para algunas de las muchachas más jóvenes. La hermana Clothilde...

Penny no escuchó el resto. La pobre, necia y petulante Clothilde no era más que

una mujer celosa, suspicaz y prejuiciosa. Era hora de que Penny abandonase el convento y se encontrara con Yolanda en la clínica o el hospital.

El convento de San José le había dado refugio cuando no tenía una dirección con la que satisfacer a sus captores. Le había ofrecido un santuario cuando más exhausta y confusa se sentía, le habían dado de comer e incluso le habían devuelto la confianza en sus habilidades, además de permitirle aprender muchas más. ¿Qué significaba una despreciable monja, entre tanta adorable ternura?

Se arrodilló para pedir la bendición de la madre superiora:

—Madre, me has devuelto las fuerzas, el coraje y la dignidad. Tu convento ha sido una roca a la que aferrarme, y nunca olvidaré tanto amor, pero estás en lo cierto. Es hora de que vuelva al lugar al que pertenezco y emplear allí mis talentos, en lugar de esconderlos. Conozco mi destino. —Penny sonrió—. Espero que aceptes mi más profunda gratitud y perdones mi impulsiva manera de obrar.

Veronique le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Levántate, jovencita. Has sido una brisa de aire fresco entre nosotras: tus correteos, tus enseñanzas, tus bailes con los niños. Algún día serás la mejor de las madres. Tienes un corazón enorme, Penélope. En este mundo te quedan muchas cosas por hacer. Ve a encontrarte con tu amiga, y yo rezaré para que el camino que te aguarda carezca de obstáculos. Quédate con nosotras hasta que sepas adónde se dirige ese camino.

Con aquella bendición resonando en sus oídos, Penny parecía tener muelles en los talones cuando descendía la colina rumbo a las ruinas de la ciudad junto a la hermana Irini, que llevaba algo de comida a un anciano matrimonio argelino a los que la enfermedad había condenado a no poder salir de su habitación.

En cada esquina, brotando de las tabernas que aún se mantenían en pie, se hallaba el ejército de ocupación en su inconfundible uniforme gris verdoso: los pasos de los soldados retumbaban por las calles, en filas de tres, y estos se abrían camino empujando a los lugareños para apartarlos de su lado, gritando, jactándose de su poder y disfrutando de aquel benévolo sol, mientras echaban el ojo a las muchachas que pasaban junto a ellos.

Penny se sintió aliviada de poder pasar desapercibida gracias a su hábito y su toca, aun cuando sacara una cabeza a su compañera. Ningún soldado se iba a tomar la molestia de mirarla, y eso le hizo saber que, solo con tener sus papeles en regla, podía viajar sin que nadie la turbase. Ya no tenía la menor duda de que las colinas la llamaban. Cada mañana las había mirado con una ineludible sensación de nostalgia. Le recordaban a Escocia, y la libertad que tenía entonces de vagar por las montañas. ¿Qué es lo que se veía desde ellas?

No había olvidado el consejo de Bruce de hacerse pasar por una lugareña y desaparecer. Era importante que Penny pudiera justificar el motivo por el que se había enfrentado a él y había decidido quedarse. Fue en uno de esos momentos cuando, levantando la vista y encontrándose con las cimas nevadas de las montañas,

estuvo segura de cuál iba a ser su próximo destino. No tenía ni idea de cómo ni cuándo, pero esa certeza palpitaba en su estómago. Era hora de avanzar.

Había una enorme aglomeración alrededor de la mesa. El sol acababa de ponerse, y la casa del tío de Yolanda estaba llena de invitados que habían perdido sus casas durante los bombardeos. La sinagoga había perdido el piso superior, pero quedaba lo suficiente en pie como para permitir el acceso de los judíos que acudieran a rezar. Ahora, a medida que se encendían las velas y comenzaban las oraciones alrededor de la mesa, Penny guardaba silencio: era la invitada de honor en aquel banquete más bien escaso. La gallina había recibido su silenciosa muerte de acuerdo a las costumbres, y silenciosa porque ahora era ilegal matar animales a la manera *kosher*. Se había dado la orden de que fueran entregados los cuchillos rituales, y todos los que perteneciesen a residentes judíos, pero, como siempre, alguien había logrado esconder o «perder» los suyos, y en una ciudad célebre por la fabricación de cuchillos, siempre había repuestos que podían ser limpiados y bendecidos para cumplir con los ritos.

Qué diferente era aquello de las cenas que habían celebrado en Kifissia. Sara tenía mala cara y parecía cansada, incluso drenada de toda emoción. Solomon había envejecido terriblemente, y ahora tenía el cabello blanco, y se había dejado crecer una larga barba. Penny intentó acompañar los gestos y palabras de Yolanda, y escuchó aquel hebreo clásico que brotaba incluso de los labios de los más pequeños.

Hablaron de las recientes órdenes, leídas por el rabino, para que los tenderos pusieran un enorme cartel en sus escaparates anunciando: «Este es un negocio judío... Los alemanes tienen prohibida la entrada».

—Quieren arruinarnos, pues ¿quiénes sino los alemanes tienen hoy día dracmas que gastar? —dijo la tía Miriam con ojos cautelosos, mirando en derredor de la mesa en busca de apoyo. La gente se encogió de hombros.

—¿Y qué podemos hacer, salvo obedecer? —dijo alguien—. Hemos oído que el rabino se ha visto obligado a entregar una lista con todos los judíos que hay en Chania, junto con sus direcciones y sus edades correspondientes, en la casa consistorial. ¿Qué significa eso?

—Significa que tenemos que registrarnos, nada más, así que cálmate, madre. Un cartel en el escaparate, un nombre en una lista, no quieren decir nada. Si tras todo esto hubiera algo realmente serio, Giorgos ya me hubiera dado el aviso —interrumpió Joseph—. Mantendremos la cabeza gacha y no haremos nada que nos atraiga una indeseada atención. Los niños van a la escuela, tienen buenos amigos, y mientras nos mantengamos unidos...

—Te equivocas, Joe. Deberíamos dirigirnos a las colinas, lejos de los lugares donde seamos conocidos, esperar al primer barco y marcharnos de aquí —replicó un joven de gruesas gafas—. No olvidéis el viejo dicho: «Gota a gota el agua desgasta el

mármol. Una a una las leyes nos destruyen a nosotros».

—Es una manera un poco derrotista de ver las cosas, Mordecai. Yo no pienso hacer nada de eso. El Todopoderoso nos ha salvado, tenemos una vida y debemos vivirla como Él ordene. Los judíos hemos vivido en paz por más de mil años en esta isla. Él no dejará que su congregación se vea destruida.

Cuando los formulismos de la cena tocaron a su fin y Mordecai hizo el intento de hablar con Yolanda, esta aferró a Penny del brazo y se dirigió a la puerta:

—Salgamos de aquí para que podamos charlar tranquilamente. No quiero que Mordo se forme una idea equivocada. He visto que su madre y la mía empiezan a hacer planes...

—Parece un joven agradable —susurró Penny.

—Justo, agradable pero sin chispa —sonrió Yolanda, y le dio un suave codazo a su amiga—. Ya sabes lo que quiero decir. Me quedo fría cuando miro a Mordo. —Se dio un golpecito en la entrepierna—. Y más fría aquí.

—Yolanda Markos, ¿qué bicho te ha picado? No eras así en Atenas.

Penny le devolvió el codazo y ambas se rieron como niñas.

—Es que aún no había conocido a Andreas Androulakis —susurró.

Yolanda contó entonces a Penny todo lo concerniente a su amigo el doctor, que trabajaba para las fuerzas opositoras, sospechaba, pasándoles provisiones a los soldados que habían conseguido escapar de los campos de prisioneros. Había tanta ternura cuando hablaba de él...

—La semana pasada llegó tarde a su turno. Dijo que había tenido que ir a visitar a un paciente. No sé adónde fue realmente, pero cuando volvió tenía las botas sucias y estaba cubierto de manchas de sangre. Dicen que se había ido a las colinas para tratar a los heridos... Cuando trabaja en su turno, los párpados se le caen de sueño. Es tan valiente... Me encantaría que me llevase con él.

—¿Qué piensan tus padres de ese amigo tuyo? —quiso saber Penny.

—Mejor que no sepan nada de él. Mi padre me trata como si fuera una niña. Ha cambiado muchísimo desde que llegó aquí. Ha vuelto a retomar su fe y ahora es más estricto que nunca. Teme que los abandone. Si supiera que estoy saliendo con un gentil... No pueden entender algo así.

—Eres todo lo que tienen, te necesitan —replicó Yolanda, a sabiendas de que no era eso lo que Yolanda esperaba oír.

—Lo sé, pero vivimos tiempos muy extraños. Debo seguir mi propio camino. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?

Penny envidiaba la pasión que relampagueaba en aquellos ojos oscuros, por peligrosa que fuera. Cuando pensaba en Bruce, solo podía sentir frustración, ansiedad, pero no excitación o pasión. Ya no. Esa parte de su vida había tocado a su fin. No le quedaba energía que dedicar a una aventura amorosa. Le contó a Yolanda que sus días en el convento habían acabado, y que echaba de menos el hospital de campaña, incluso en las terribles condiciones en que habían tenido que vivir.

—Debo estar loca para echar de menos las cuevas, y todas esas guardias para atender a los heridos, pero la acción se te mete en la sangre. Ahora me siento entumecida, inútil.

Explicó entonces lo ocurrido en el convento, y el interés que el capitán alemán había mostrado en ella.

—Creo que sospecha que no soy griega, pero no dice nada. Espero que ya se haya marchado de Creta.

—¿Era el hombre al que vi en el coche oficial? Tenía un aspecto aterrador... bueno, como todos los nazis —susurró Yolanda.

—También a mí me da miedo... No quiero pensar en él. Estoy tan contenta de que volvamos a ser amigas. Saber que estás a salvo y con tu familia es lo único que ahora me importa. Pero ya es hora de que me vaya.

—Puedes quedarte aquí conmigo; no te vayas todavía —dijo Yolanda.

—Debo hacerlo. Mi acompañante, la hermana Irini, me espera en la plaza. Creo que tienen miedo de que me convirtáis de la noche a la mañana —bromeó Penny—. Ahora debo entrar y darle las gracias a tu familia por la hospitalidad que me habéis mostrado.

Se despidió de todo el mundo y Yolanda la acompañó de nuevo a las calles cubiertas de escombros.

—Me has dado que pensar... Prometí a Bruce que me haría pasar por una joven griega, y que iría a las montañas. Parece que allí podría ser útil, pero necesito una tapadera, documentos de identidad y alguien que me lleve allí. La llegada de un extranjero a cualquier pueblo pequeño nunca tarda en ser noticia. Y ni siquiera tengo un mapa —confesó Penny.

—Deja que le pregunte a Andreas en cuanto regrese. Él sabrá qué hacer —replicó Yolanda.

—Bruce me dijo que me tiñese el pelo. ¿Cómo lo hago?

—Eso déjame a mí. Lo haremos en una noche.

Se detuvieron al final del puerto y allí se abrazaron:

—Te envidio, Penny. Tienes el privilegio de la libertad y la posibilidad de decidir, yo solo tengo esto —suspiró, señalando los edificios destruidos.

Penny sacudió la cabeza y la despidió con la mano al ver que se alejaba:

—También tienes una familia que te quiere, fuertes arraigos, una vocación y un hombre al que adoras con todo tu corazón. Desde mi punto de vista, la privilegiada, en realidad, eres tú.

El mercado comenzaba a vaciarse. Los perros saqueaban la basura en busca de restos de comida. El olor a cerdo *souvlaki* era tentador, y me senté a soñar con mi querida Yolanda y la última cena que compartí con su familia en Chania. Reencontrarme con ella fue lo que me ayudó a conservar la cordura durante aquel primer tórrido verano. La guerra tenía el hábito de separar a la gente, dividir a familias y amigos, arrancar a los amantes de los brazos del otro.

Aquellos que pudieron huyeron a las colinas, y encontraron refugio en cuevas y cabañas de piedra como animales que buscasen refugio del calor o la nieve. Otros, como era el caso de la familia Markos, se arracimaban en sótanos, a cubierto de las miradas del enemigo. La seguridad estaba en la multitud... o eso pensaban.

—¿Verdad que te alegras de haber venido? —Lois interrumpió mis pensamientos—. ¿La escuela esa que señalaste es la misma en la que estuviste cuando te encontrabas en Halepa?

Asentí:

—Ahora es un instituto. Me alivia saber que no fue destruida.

—¿De veras fuiste monja? —Alex me miraba intensamente.

—Eso mismo me preguntó Yolanda —musité, aún sumida en el recuerdo del pasado.

—¿Nos encontraremos también con ella? —preguntó el chico.

—No.

—¿Por qué no? —Alex podía llegar a ser muy insistente.

Sacudí la cabeza.

—No hablemos de eso en un día tan hermoso como este —dije—. Venga, llevadme a casa.



## PARTE 3

### RESISTENCIA

«Todas las buenas cosas del mundo están escritas en tinta Pero la Libertad reclama un guión escrito con sangre de nuestro propio corazón».

Adagio cretense extraído de *Los años de cielo sombrío de la Segunda Guerra Mundial*, de KIMON FARANTAKIS, traducido al inglés por P. DAVID SEAMAN.

El taxi que llevaba a Rainer enfiló en dirección este por el viejo camino que conducía a Heraklion y Rethymno, y luego torció hacia las colinas de Vrisses, para subir a los pasos de montaña y el llano de Askifou a través de un estrecho y sinuoso sendero flanqueado por metálicos quitamiedos que asomaban a un vertiginoso paisaje de piedra. Resultaba todo tan distinto a aquella época de caminos de cabras, polvorientos lechos de ríos y precipicios en los que aquel viejo veterano había combatido tantos años atrás...

—No puede perderse el Kriegsmuseum, situado en las colinas —le dijeron en el hotel—. Georgos hace que todo el mundo se sienta como en casa, y no hay nada que se le pueda asemejar en toda Creta.

Mientras descendían el camino que se iniciaba en el pueblo de Kares, Rainer se preguntó adónde había llegado en realidad. Se trataba, sin duda, de un museo de guerra bastante único, a juzgar por la oxidada maquinaria que se alzaba a la entrada misma del viejo edificio. Un individuo con camisa negra y pantalones de montar se presentó como Georgos Hatzidakis, propietario de una heterogénea colección de armas e ingenios bélicos.

Rainer entró entonces a un pequeño recibidor asediado por diversas piezas: desde carteles a equipamiento de campaña como no había visto en sesenta años, radios, instrumental médico, binoculares, cascos de todas las nacionalidades, gorras, pistolas... Se trataba de una profusa colección que Georgos y su familia habían ido reuniendo desde 1941, cuando, siendo un niño de apenas diez años, la batalla de Creta llamó a su puerta.

La familia de Georgos había sido testigo de la retirada del ejército inglés, la persecución a que les sometieron los alemanes, la captura de lo que quedó de ellos y su regreso desde las montañas como prisioneros de guerra.

—Mí vio todo —explicó dificultosamente Georgos a una pareja de ingleses que visitaba el museo.

Los tres recorrieron las salas y sus recuerdos, asombrados de lo totalizador de aquella colección: motocicletas, cruces de hierro, incluso un equipo de instrumental para dentistas; fuera cual fuese el material, de alguna manera había terminado allí.

—Esta es mi familia, y no tener favoritos —bromeó el comisario, mientras servía a los visitantes unos vasitos de *raki* y galletas—. Y usted, mi amigo, ¿estuvo aquí? —preguntó.

El veterano asintió.

—Pero no durante la evacuación. No, fui herido —dijo, palmeándose la cadera como para excusarse de cualquier cosa que aquel individuo pudiera relacionar con

ese tiempo—. Pero después sí. Por entonces no había caminos, solo sendas abiertas al puerto de Sphakia y la costa del sur.

—Nos llevaba dos días viaje hasta Chania, ahora solo una hora. La isla se encogió, pero las memorias son largas —dijo Georgos.

—Ocurrieron muchas cosas terribles —replicó Rainer: mejor ser el primero en decirlo.

Georgos se encogió de hombros a la manera griega.

—Aquí no tomamos partido. Solo quedan testigos, y soy yo pedazo viviente de historia. —Se levantó el *sariki* para mostrar una enorme cicatriz—. Metralla de bomba. Mató a mi tío y hermano... Bum, bum, venían de cielo. Tenga, mi amigo, otro *raki* y otro galleta. *Siga, siga...* no camine deprisa que hay calor. Muchos soldados vienen aquí a recordar.

Se alejó entonces, para que los visitantes pudieran leer tranquilamente los documentos que colgaban de las paredes, los periódicos y fotografías, el trágico detritus humano que sufrió en sus carnes aquella lucha por la libertad. Eran demasiadas cosas que asimilar de una sola sentada.

Sintió Rainer que el *raki* hacía su efecto y tuvo que sentarse en la sombra. El conductor del taxi estaría en el *kafenion*, esperando el viaje de regreso. Sentado allí, en aquel banco que asomaba a la llanura y las colinas, los recuerdos comenzaron a aflorar en su mente.

Kares parecía tan pacífico... Cosechas de maíz, casas pulcramente pintadas, jardines llenos de geranios y rosas. Rainer debió de pasar por aquel mismo lugar en los primeros meses: tenso, desconcertado, todavía conmocionado por la batalla que habían librado para tomar la isla. Fue una época difícil y turbadora; y ahora solo le quedaban malos recuerdos que digerir. Desvió la vista hacia la pila de oxidadas armas que en otro tiempo brillaron con perversidad y amenaza: ¿Por qué siempre acaba todo *así*?

La campaña que tuvo lugar en las colinas a finales del verano sirvió para hacer que los soldados allí escondidos asomaran la cabeza, pues los alemanes eran conscientes de que muchos se refugiaban en los pueblos que coronaban las Montañas Blancas. Rainer se sorprendió enormemente al descubrir las condiciones poco menos que primitivas en las que vivían aquellos orgullosos cretenses: a menudo lo hacían en una sola habitación, sobre un suelo de tierra, y cocinaban sobre una simple hoguera, y extraían el agua que bebían de un pozo artesiano situado bajo tierra. Sus hombres supusieron que se trataba de campesinos ignorantes y los trataron con desdeñoso desprecio.

Y, con todo, aquella gente no solo poseía hermosas facciones, sino que por añadidura eran fuertes y trabajaban muy duro, inspirados por tradiciones llenas de colorido y por las más profundas y arraigadas supersticiones. Los grupos de hombres y mujeres a los que encadenaban para trabajar en los caminos doblaban el espinazo sin protestar —al menos delante de ellos— durante las horas más calurosas del día. Tenían una mirada orgullosa, y a menudo cantaban en plena labor, mezclando extrañas rimas y canciones populares; mantras, pensaba Rainer, que ponían en apuros su griego elemental, palabras que cambiaban de un día para otro. A juzgar por las carcajadas y las miradas que reptaban en su dirección, sus hombres eran el objetivo de aquellas palabras que pronunciaban, aunque naturalmente no podía demostrarlo.

Cuanto más avanzaban hacia el interior de las montañas, menos seguro se sentía Rainer entre las descollantes rocas y las estrechas gargantas, y cada paso que daba temía resbalar sobre aquella gravilla afilada como una cuchilla, cosa que sucedía más a menudo de lo que hubiera deseado. La amenaza de sufrir una emboscada estaba siempre presente, y provocaba que aquellos soldados empapados de sudor se mostraran demasiado recelosos, preparados para disparar sobre cualquier cosa que se moviera en la distancia.

Los aviones vigía barrían las montañas y las llanuras, mientras las patrullas armadas aseguraban los caminos de herradura, a la caza de fugitivos. Ya se habían granjeado incluso los servicios de algunos hombres del lugar —no precisamente de confianza, pensaba Rainer— que conocían los mejores escondrijos y los trucos para almacenar y ocultar víveres, pese a la orden expresada por los alemanes de que no podían hacerlo. Pero tenía que haber lugares tan solo conocidos por pastores y cabreros que desafiarían a los mejores exploradores. Rainer no confiaba en los chaqueteros que mostraban esa facilidad para vender a sus vecinos por un puñado de dracmas, pero en la guerra cualquier ayuda que uno recibiese siempre era poca.

Fue en la llanura de Askifou donde los perros trataron de seguir el rastro de un

camino que conducía a un pedregal de acceso casi imposible. Los animales y las tropas ascendieron cuanto pudieron y desde su posición lanzaron un aviso, y al instante una reata de individuos andrajosos corrieron a guarecerse. La escaramuza que siguió provocó la muerte de dos soldados de Rainer, y heridas de consideración a varios de los emboscados. Schiller, jefe de patrulla, un individuo enjuto y nervudo que carecía de humor —y eso en el mejor de los casos—, perdió los estribos ante aquella inesperada resistencia y condujo a sus hombres hasta las cuevas, y a punta de pistola hizo salir de allí a los más patéticos miembros del ejército inglés, envueltos en meros trapos, hambrientos, algunos heridos y otros apoyados en muletas. Se rindieron sin plantar más batalla.

Detrás del grupo asomó un soldado de frondosa barba, cubierto de arriba abajo de mordeduras de mosquitos, arrastrando una pierna herida. Rainer los examinó atentamente. Algunos habían tratado de hacerse pasar por residentes de la isla. Por todos los cielos, pensó Rainer, aquel remedo de ejército estaría mejor en un campo de prisioneros... La comida que les quedaba estaba compuesta por poco más que unas cuantas botellas de agua y una bolsa de caracoles. No iban a sobrevivir mucho tiempo en aquellas condiciones. ¿Cómo no sentir compasión por un puñado de orgullosos soldados que habían acabado en tan lamentable estado?

El sol cretense no mostraba la menor piedad hacia ellos: apretaba con fuerza mientras los hombres descendían renqueando aquel pedregoso camino en pos de la base de operaciones alemana, donde tendrían que enfrentarse a un profuso interrogatorio.

Quedaba por delante una larga caminata, y los prisioneros rogaron que les brindasen al menos un rato para descansar. Schiller estaba cualquier cosa excepto contento; quería que marchasen por delante de sus soldados, temiendo que hubiera francotiradores en los olivares y los pinos. Quería atormentarlos y castigarlos por la muerte de sus amigos. Pero Rainer sabía que un soldado bajo presión era una olla a punto de explotar, de modo que insistió en que el grupo descansase bajo la sombra de los olivos, donde incluso las ovejas se arremolinaban bajo una nube de moscas. Los prisioneros recibieron agua.

Rainer se alejó para aliviar su vejiga, luego fumó un cigarrillo y se preguntó qué demonios estaba haciendo en aquella montaña, cuando sus conocimientos eran más necesarios en Egipto o en el frente oriental. Aquello era parte de su rehabilitación para volver a poner en forma sus ateridos músculos, para recuperar la fuerza a base de largas marchas.

Al incorporarse para regresar junto a sus hombres oyó un disparo. Se apresuró a volver a los olivares y vio que los prisioneros rodeaban el cuerpo de un hombre con el boquete de un disparo en la cabeza. Tenía varios moratones por el cuerpo, de las patadas que había recibido.

—¿Quién ha hecho esto? —bramó Rainer.

—Señor, no quería levantarse. Era hora de marchar. Se negó a hacerlo —dijo

Schiller, con una expresión de profundo desprecio en los ojos.

—Estaba enfermo, pedazo de cabrón —gritó uno de los ingleses, en realidad un australiano, a juzgar por su acento—. ¡Estaba enfermo!

Rainer observó atentamente al hombre, y no tardó en darse cuenta de que se trataba del pobre diablo que había visto en la cueva, con el pelo color canela, cubierto de mordeduras de mosquitos y gravemente herido. Una ira incontrolable ardió en sus venas al ver que aquel acto de venganza había tenido como víctima a un hombre indefenso, que apenas había sido capaz de dar un paso tras otro. Schiller había aguardado pacientemente, hasta tener la más mínima oportunidad de darle una buena tunda al enemigo. La expresión de triunfo que había en su rostro se convirtió en una sonrisita petulante y luego en sorpresa al ver que Schiller le apartaba a un lado.

—¿En qué diablos pensabas? Ese hombre estaba desarmado —espetó.

—Esos cerdos dispararon a mis camaradas.

—Pero no ese, y tú lo sabes muy bien.

—¡Todos ellos son unos cerdos! —rugió Schiller.

—¡Habla cuando así te lo indique, cabo! —le ordenó Rainer, pero Schiller no atendía a razones.

—Deberíamos dispararles a todos... cabrones, asesinos... —Schiller desenfundó su arma.

—Y también a ti, cabo. Disparar sobre un hombre a sangre fría, enfermo y desarmado... No voy a permitir ese comportamiento en mis hombres.

Con un rápido movimiento, sacó su Luger de la funda y disparó a Schiller en la sien. Su cuerpo cayó bruscamente al suelo, como un árbol golpeado por el hacha, y a su alrededor se hizo un perplejo silencio.

—Esto va por todos vosotros —gritó Rainer, recorriendo lentamente a sus hombres con la mirada, y viendo en sus rostros la consternación y la sorpresa—. Somos soldados alemanes, no una maldita chusma. Enterrad a esos hombres. Ahora —ordenó.

Fue cuando ya habían marcado las tumbas con piedras y cascos, y la patrulla regresaba en silencio a la base entre el grupo de prisioneros, que Rainer comprendió lo que había hecho al matar a uno de sus propios hombres. Pero era demasiado tarde para lamentarse. ¿Era el miedo, la frustración, la furia de saber que su obligación ahora pasaba por explicar sus acciones, lo que le había llevado a administrar tal castigo?

Debía haber unas normas de comportamiento para el ejército vencedor: decencia, humanidad. ¿Acaso no era cierto que unos médicos ingleses le habían rescatado del fragor de la batalla, y le habían concedido la oportunidad de vivir en aquel callejón de Gálatas? Al menos Rainer sentía que ahora había devuelto favor por favor. Escribiría un prolijo informe, aun a sabiendas de que su comportamiento no sería bien recibido por sus superiores. Por extraño que se le antojase, tampoco se arrepentía.

Mack se estaba convirtiendo en un visitante asiduo de nuestra villa: a menudo acompañaba a Alex y Lois a sus incursiones en la playa o sugería pasar el día en las colinas, allá en el antiguo asentamiento romano de Lappa, para terminar la jornada con una merienda ante las cataratas de Argypolis. Nos habíamos acostumbrado al calor y queríamos pasar la mayor parte del tiempo allí, pero en lo que a mí respectaba, me producía una profunda inquietud regresar a las colinas, aunque solo fuera como una simple turista.

Lo cierto es que Mack comenzaba a caerme bien, pero sospechaba que sus poco disimuladas atenciones hacia Lois podían ser una treta que empleaba habitualmente para seducir a mujeres solteras. ¿De veras estaba de ligoteo? Esperaba que no, pues Alex se mostraba cada vez más entusiasmado con su presencia. Mack estaba divorciado, y tenía hijos en Inglaterra; eso, al menos, era lo que había conseguido entresacar de su conversación, y más que nada por su franca obstinación en mostrarme las fotografías de sus pequeños. Mencionó como de pasada que su padre había servido en la Marina Real, en el destacamento mediterráneo de submarinos, durante la guerra. Era el más pequeño de cuatro hermanos y apenas tuvo la oportunidad de conocer a su padre, que había muerto muchos años atrás. Aquello le había inculcado un deseo imposible de aplacar —el deseo fascinado, se podría decir— de rehacer el viaje de su padre, y Creta era el puerto perfecto que emplear como base de operaciones.

Cuando nos ofreció llevarnos hasta el pueblo de Lappa para pasar el día, interpreté su gesto como un indicio de su genuino interés en Lois, que durante el año anterior había tenido más que suficiente como para sentirse precavida ante los avances de cualquier hombre. Quizá un romance veraniego haría milagros con su autoconfianza.

Las casitas que se amazotaban en las adoquinadas calles de Lappa fueron para mí como una revelación. En realidad, fue como regresar violentamente al pasado. No cesaba de preguntarme cómo habían podido hacer para vivir durante el tiempo de la ocupación. Los edificios, ciertamente, no habían sufrido daños provocados por las bombas o los continuos incendios. ¿Cuántos nazis habían desfilado por aquellas mismas calles que ahora recorríamos nosotros, admirando sus imponentes columnas, la prodigiosa arquitectura, la vista que la vieja muralla ofrecía de la lejana costa? Aquellos que hubieran recalado allí, entre tantos árboles frutales, tenían que haberse sentido realmente seguros, reflexioné.

Mientras avanzábamos por una urdimbre de revueltas y caminos de tierra flanqueados por flores y tojos, ascendiendo hacia otro de los pueblecitos cercanos, el

paisaje se fue volviendo más y más familiar. Pensé en aquel primer viaje que emprendí en el invierno de 1941, aquella aciaga incursión en el corazón de una ciudad disfrazada.



## NOVIEMBRE, 1941

A medida que se acercaba el invierno, las monjas del convento de San José y de las congregaciones ortodoxas de los distritos cercanos se prepararon para recoger y guardar provisiones, para lo cual enviaron a Penny y a un grupo de voluntarios a los pueblos de los alrededores para conseguir vegetales, fruta y granos con los que ayudar a alimentar a los huérfanos que acudían al colegio, ya lo bastante necesitados de ropa y refugio. Su misión consistía también en buscar a los parientes de aquellos niños para que pudieran congregarlos en la relativa seguridad de los pueblos más próximos. ¿Quién iba a saber que aquello era parte de una artimaña, y que a aquella mujer de aspecto inocente la impulsaban otros muchos motivos? El convento había seguido siendo su casa. Le había resultado muy útil para mantener la fachada que ahora ofrecía al mundo.

A lomos de su fiel mula, Penny aprendía de memoria cada ruta y sendero, cada lecho de río y puente aún en pie, y descansaba a la sombra de los olivos, buscando por su cuenta los *kafenions* que debía evitar, así como la hospitalidad de los voluntariosos sacerdotes. Todo ello se convirtió en el cotidiano paisaje que observaba desde el pie de los Apokoronas; los visitantes que acudían regularmente a los pasos fronterizos podían atravesarlos sin mayores complicaciones solo con mostrar sus documentos de identidad a los guardias y a los policías. ¿Quién iba a saber que el hábito de Penny ocultaba un buen montón de suministros médicos, y que llevaba cartas de importancia vital atadas al pecho? Incluso pudo pasar un surtido de instrumentos dentales que, a petición de Andreas, debía dejar cerca de Vafes para uso futuro.

Penny aceptó por sí sola aquel riesgo: ocultaba panes, cigarrillos, y todo lo que pudiera ser transportado en sus ligas o zapatos, para uso del creciente número de ingleses y luchadores por la libertad que habían conseguido escapar a las montañas del yugo nazi.

Yolanda le había pedido que ayudase a su amante, y en cuanto Penny conoció al animoso doctor, prometió que podían contar con ella para realizar entregas en los lugares designados, que cambiaban regularmente para impedir que les robaran otros grupos distintos.

Pronto descubrió que lo que podría calificarse como la radio macuto de Creta era mucho más eficiente que el mismísimo correo inglés. ¿Por qué ocurría que el día de la entrega había siempre un amistoso jefe de policía patrullando el lugar escogido, que la dejaba pasar sin siquiera cachearla, o una puerta que misteriosamente se quedaba abierta, y los perros guardaban silencio en la cabaña del pastor?

Una noche, Yolanda salió a hurtadillas por su ventana con una botella de zumo de

avellana, y con la cual, ayudándose de un peine, tiñó el cabello de Penny, para después atárselo con un pañuelo hasta que quedó bien seco. Su melena suelta, con aquel aire tan inglés que tenía, se vio sustituida por una severa trenza. También le tiñó las cejas, y Penny no pudo sino maravillarse al mirar su propio rostro en el espejo; lo cierto es que el cambio era convincente. Con aquel grueso pañuelo ocultando sus rasgos, vestida con un peto negro y unas medias que no dejaban ver ni un centímetro de piel, podía parecerse a cualquiera salvo a aquella enfermera alta y rubia que todo el mundo conocía. Era un disfraz inmejorable.

El viento era cada vez más frío, y Penny pasó muchas mañanas aprendiendo a ovillar la lana y a tejer calcetines, chales y pañuelos junto a sus alumnas. Las monjas se reían de la torpeza de sus dedos y sus frecuentes errores, y le tomaban el pelo diciéndole que carecía del menor conocimiento de las habilidades domésticas. Penny se preguntaba qué hubiera pensado su madre de su aspecto actual, sus manos ásperas y su piel correosa. Inglaterra parecía muy lejos, casi como perteneciente a la vida de otra persona, y lo cierto es que no lamentaba su decisión de permanecer en Grecia.

Cuanto más viajaba por los alrededores, más apreciaba a toda aquella gente. Aceptaban que era una enfermera ateniense, soltera y religiosa. La presentaron a madres, a *yiayias*, a jovencitas que sacaban a relucir sus pesares en cada conversación, para debatir sobre ellas tomando té y *glyka*, una cucharadita de mermelada, que le obligaban a tomar pese a que era un bien muy preciado, habida cuenta de lo escasas que eran sus provisiones. Todo el mundo quería saber las noticias procedentes de Chania. ¿Qué había en las tiendas y en los mercados? ¿Cómo trataban los soldados a aquellas buenas personas? ¿Quién había muerto, quién había sido disparado, y cuándo acudirían los ingleses a rescatarlos de aquella pesadilla?

¿Qué podía Penny decir, a excepción de que vivía en un claustro y apenas oía gran cosa de lo que sucedía más allá de sus muros? Era la fachada perfecta para sus actividades encubiertas. Por todas partes había quejas acerca de las provisiones: o bien cortaban el suministro, o había saqueos, o sabotajes, o represalias. Cada pueblo tenía sus héroes, sus villanos, sus traidores, sus peligrosas habladurías. Algunos se dedicaban a responder agravio por agravio, pero al final eran hombres como el padre Gregorio y su resistencia pasiva a la opresión quienes llenaban a sus parroquianos del coraje necesario para desafiar la prohibición de dar cobijo a las tropas en fuga.

Muy a menudo las distancias eran demasiado grandes para un solo viaje, y Penny, junto con la hermana Martine, una monja de más edad que se había convertido en una buena amiga, se quedaban a pasar la noche en casa del maestro local, el médico o el sacerdote, y su familia. Era consciente de que todos y cada uno de sus movimientos eran observados atentamente desde el instante en que se adentraban en un pueblo. ¿Se trataba de una espía, de una agente alemana? La reputación del doctor Androulakis la precedía, y la información que corría entre la gente dejaba a las claras que se trataba de una enfermera ateniense de toda confianza. Según sus documentos se llamaba Athina Papadopouli. Penny sabía que jamás debía preguntar a la gente por sus

nombres de familia. Cuanto menos supieras, menos tenías que contar, si ocurría lo peor.

Poco antes de las Navidades de 1941 las dos mujeres realizaron un último viaje a las colinas, que ya estaban cubiertas por completo de nieve. Las tropas de montaña alemanas habían estado rastreando las Montañas Blancas en busca de los soldados que seguían dados a la fuga. Los refugios para pastores, reconocibles por sus piedras con forma cónica, estaban llenos de soldados fugados, algunos necesitados de tratamiento médico, y el doctor local se había quedado sin suministros.

A Andreas ya le habían avistado demasiadas veces como para arriesgarse a seguir haciendo entregas, y por entonces se empezaba a escuchar que los oficiales británicos escondidos en las colinas habían recibido órdenes precisas para establecer un canal de comunicaciones con El Cairo. Penny y la hermana Martine se ofrecieron voluntarias para emprender un último viaje.

Con las alforjas cargadas de provisiones, la vieja mula enfiló una vez más el escarpado sendero que tan bien conocía, y Penny marchó por detrás, protegida del frío gracias a su manto monjil y a sus botas recién arregladas. Los suministros médicos estaban cosidos a sus enaguas como si de un corsé se tratase, provocando con ello que su cuerpo semejara más grueso, al tiempo que ralentizaba sus pasos. La pobre hermana Martine no estaba hecha para las alturas y se sentía enferma, pero juntas abrieron un paso a través de la nieve acumulada en pos del primero de los pueblos, que parecía haber sido excavado en la propia roca. La verdad es que era un alivio poder respirar aire puro, y avanzar por aquel campo abierto como Penny había hecho en Escocia durante tantos años: los pulmones le dolían por aquel esfuerzo, pero su compañera carecía de sus aptitudes de cabra montesa y tropezaba con cada piedra que le salía al paso. Debían encontrar refugio, y pronto. Los gélidos copos de nieve que se arremolinaban en torno a ellas impactaban en sus mejillas como alfilerazos, y la sensación era más angustiosa a medida que avanzaba la tormenta. Gracias a Dios, la vieja mula conocía bien el camino y las llevó a salvo hasta la entrada del pueblo, donde tomaron refugio bajo los olivos antes de emprender una última caminata al café de la plaza que se alzaba junto a la iglesia. Allí, *kyria* Tassoula las condujo al interior y las ayudó a sentarse, y acto seguido procedió a lavarles los pies con agua caliente para evitar que se congelasen. Después les dio un masaje con aceite, y Penny quiso llorar de gratitud ante tamaña bienvenida.

—*Po... po... po...* Es demasiado peligroso enviarlas tan lejos, pero ustedes, mis queridas hermanas, son verdaderos ángeles de misericordia —dijo Tassoula entre lágrimas, poniéndoles un tazón de leche de cabra bien caliente en las manos.

La hermana Martine tosía y estornudaba; tenía las mejillas rojas de pura fatiga, y posiblemente un principio de fiebre, según observó Penny:

—Debo hacer mis oraciones —dijo, y tan pronto como se incorporó cayó redonda al suelo.

Tassoula ayudó a Penny a llevarla hasta la cama, y allí la hermana Martine

empezó a gemir, retorciéndose entre las sábanas:

—Esto no es un resfriado, hermana —dijo Tassoula con un suspiro, y Penny supo que no podrían regresar mientras la hermana Martine estuviera enferma y el clima no acompañase.

Las dos hijas de Tassi, María y Eleni, ayudaban en la cocina a preparar la comida para el *glendi* de la noche.

—Luego os presentaré a nuestros restantes invitados —sonrió Tassi, mostrando solo tres dientes en su boca reseca—. Vendrán cuando caiga la noche para ver si pueden llevarse algo caliente. Ya los veréis.

Mientras Martine luchaba contra la fiebre, Penny ayudaba a las muchachas a preparar una magra cena compuesta de raíces y judías secas. Lo prepararon en el propio fuego, y enseguida el aroma de la última de sus judías perfumó el aire.

El marido de Tassi, Yiannis, las observaba atentamente, en silencio, pasando las cuentas de un rosario entre los dedos. Los hombres de las montañas, o de la ciudad, tanto daba, no ayudaban a hacer la comida, ni a lavar la ropa, ni a cuidar de los niños o de los asuntos de la casa. Eso era trabajo de mujeres, así como arar el terreno, bordar y tejer, coser, rezar... Penny había observado aquellas costumbres a lo largo de sus viajes durante los últimos meses. Las mujeres se agostaban rápidamente al sol y envejecían muy pronto a causa de la dureza de sus labores cotidianas. Resultaba muy injusto.

Tassi era una mujer muy enérgica y de buen corazón:

—Eres nuestra invitada, así que no debes hacer nada —insistió, señalando una banqueta, pero Penny respondió con firmeza:

—Cuando llegue la noche y la nieve nos impida salir, seremos vuestros huéspedes, y un huésped debe pagar. No tengo dinero, de modo que he de trabajar. Así son las órdenes de mi convento. Espero que no quieras ponerme en problemas; la hermana Martine dirá que soy una vaga...

—*Po, po, po...* —Tassi levantó las manos, desesperada. El primer asalto lo había ganado Penny.

Más tarde, cuando las judías burbujaban en la olla, varios hombres entraron en el café de uno en uno, sin afeitarse, apestando como mil demonios, vestidos con viejos uniformes que pretendían hacer pasar por harapos de campesinos, y los pies envueltos en trapos o cubiertos con sandalias de madera. Saltaba a la vista que unos cuantos eran ingleses o de las antípodas, a juzgar por sus cabellos rubios, pero hacían lo que podían para que los tomaran por cretenses.

Penny los observaba de reojo desde una esquina del café. Nadie debía reconocer en aquella solterona de cabellos oscuros, vestida de negro, con su aspecto desastrado, a la enfermera Penélope George. Nadie debía saber que estaba en las colinas cumpliendo una misión: también ella era una proscrita inglesa.

Las dos muchachas llevaron a los hombres estofado y unos trozos de pan. Ellos, en lugar de comerlo de una sola sentada, se afanaban por saborear hasta el último

bocado. Qué cansados se les veía, qué tristes, qué vencidos... Aquellos eran los pobres restos de un ejército otrora orgulloso, que ahora dependía de la caridad de aquella gente de las montañas para obtener calor y comida en una noche tan fría como esa.

A medida que fluía el *krassi*, un fuerte licor local, comenzaban también a soltarse las lenguas, y arrancaron a sonar entonces los sones de la tierra inglesa: *Roll out the Barrel*, *Waltzing Matilda*, *Good King Wenceslas*, y Penny sintió una andanada de nostalgia que la trasladó de repente a Stokencourt, a Evadne, a los recuerdos de sus Navidades infantiles, cuando el coro de la iglesia entonaba villancicos en el vestíbulo ante un enorme árbol de Navidad. Quiso Penny llorar por todos aquellos hombres, náufragos de la guerra, perdidos entre la derrota y la memoria. Estaban en una tierra hostil, muy lejos de casa, a merced de los desconocidos... aunque al menos las cosas no estaban marchando tan mal aquella noche.

El café se vio finalmente atestado de soldados heridos, y enseguida circularon rumores que hablaban de barcos enviados expresamente para trasladarlos de la isla hasta Egipto, siempre y cuando pudieran evitar al enemigo y alcanzar las costas del sur.

Penny quiso advertirles que era mejor cerrar la boca, pues no sabían si entre ellos se contaba algún colaboracionista. Andreas le había explicado que no todos los cretenses recibían con los brazos abiertos a aquel batiburrillo de invasores que gorroneaban sus posesiones, en especial aquellos que habían visto sus casas arrasadas por el fuego, sus pueblos incendiados y a sus parientes fusilados como represalia por las ayudas prestadas a los soldados aliados.

Como en todas las reuniones que tenían lugar en Creta, alguien sacó un laúd, y comenzó a sonar la música. Los más ancianos del lugar bailaron la clásica danza *syrtos* una y otra vez, empujando a los jóvenes a que se uniesen al círculo que formaban con sus pasos, mientras un pastorcillo hacía cabriolas por el aire como una gacela. Todo el mundo aplaudía y silbaba a medida que la música sonaba más alto y más rápido.

María y Eleni se sentaron en un rincón, observadas por el ojo atento de su progenitora. Se abrió entonces de par en par la puerta que daba a la calle, y entró de golpe una gélida ventolera cargada de revoloteantes copos de nieve. Por un instante todo el mundo se quedó donde estaba, hasta que el individuo que había entrado en el café se sacudió de encima la nieve que cubría su *kapota* de pastor.

—¡Panayotis! Ven, siéntate y caliéntate con nosotros, amigo mío. ¿Qué tal hace por ahí? —gritó Yiannis, dándole un abrazo de oso.

—Es el maldito Ártico —dijo el hombre en un perfecto inglés, antes de replicar en griego. Había algo terriblemente familiar en aquel acento, un atisbo del deje neozelandés. Penny observó a aquel hombre de elevada estatura, envuelto en el traje típico cretense, mientras este se retiraba el pañuelo que cubría su semblante y dejaba ver una espesa barba. Sintió Penny entonces que todo su cuerpo se helaba hasta los

huesos, y se encogió en el oscuro rincón que ocupaba para rehacerse. Oh, por todos los santos, ¡era Bruce Jardine, vestido con ropa de pastor! Penny apenas podía creer que Bruce estuviera todavía en la isla, después de tanto tiempo... Aquello fue toda una sorpresa, pero qué alivio saber que era libre... Sintió una oleada de alegría al descubrirle a salvo, aunque mezclada con la exasperación que le producía comprobar que siempre aparecía en los momentos menos convenientes.

Ajeno a la presencia allí de Penny, Bruce se sentó para calentarse, lanzando un guiño a las dos niñas que ocupaban la esquina:

—María, Eleni, mis hermosas damiselas de las montañas.

Ambas corrieron para buscarle comida y vino y Bruce comió con notable placer. Echó una mirada en derredor, examinando los rostros, sonriendo y reconociendo cada uno de ellos antes de volcar toda su atención en Penny, mirándola con interés mientras un par de ancianos se levantaban de sus sillas y entonaban un desafiante himno acerca de tomar las armas del enemigo y acudir a la ciudad para acabar con él. Era una tonada triste y desgarradora, en un ambiente ya de por sí lo bastante sombrío, pero, entonces, como para animar el lugar, Bruce se puso en pie, y urgió a cuantos tuvieran sangre escocesa a que se levantasen de sus asientos y les mostrasen al resto cómo se bailaba en las Highlands.

Los jóvenes tomaron un par de cayados y los colocaron en forma de cruz sobre el suelo mientras otro individuo, sacando su armónica, se arrancaba a interpretar los sones de Escocia, a lo que Bruce respondió intentando ejecutar un salto típico de las Highlands. A aquello siguieron risas y silbidos, conversación y vino, y el *raki* corrió también de boca en boca, logrando así que la fiesta se animase mucho más.

La animación seguiría durante toda la noche, pues los soldados evadidos debían ocultarse durante las horas del día, regresar a sus cabañas y cuevas, alejarse de la vista de los lugareños. Cualquier pequeño trayecto que decidiesen hacer debía ser emprendido a la luz de la luna, y con pastores de paso tan seguro como el de las cabras montesas por toda guía.

Aquella noche, al menos, nadie iba a salir al exterior con la que estaba cayendo. Se hallaban atrapados en el café. La nieve dejaba pistas que conducían a sus escondrijos, y producía además congelaciones, fatiga extrema, hambre, y atraía el peligro y el hastío; aunque por suerte también mantenía a los alemanes en el interior de sus barracones.

Lo único en lo que Penny podía pensar era en escapar antes de que su fachada fuera descubierta. Subió la escalerita de madera que conducía al pequeño cuarto en el que la hermana Martine dormía profundamente. Comprobó Penny que la fiebre de la joven había empeorado, y que en sus condiciones no podría abandonar el lugar en un tiempo relativamente largo. La tapadera que tenían para hacer valer su presencia allí era que estaban buscando a los parientes de una niña huérfana llamada Elefteria Matakí, pues sospechaban que se encontraban en la zona. Las posibilidades de encontrar a sus parientes eran casi nulas, ahora que el tiempo había empeorado. Sus

documentos no tardarían en expirar, y tendrían entonces que enfrentarse a un montón de preguntas y principalmente a una: por qué seguían allí.

—¿Quién es ese tal Panayotis? —le preguntó a Tassi, curiosa por saber qué sabían los lugareños de Bruce.

—¿Panayotis? Oh, es un oficial británico regresado de El Cairo con armas y explosivos, según nos han contado. Viaja de pueblo en pueblo, contando el número de ingleses que hay allí... Es una tarea ciertamente peligrosa para alguien que viaja sin uniforme... Es bastante guapo para ser extranjero, ¿no te parece? —Tassi lanzó una risita—. Hará buenos hijos.

Penny se sonrojó, sacudiendo la cabeza.

—Ten cuidado, si tú sabes esto también lo sabrán otros. Seguro que ya hay habladurías... —le advirtió.

—Nadie hablará esta noche. Los hombres dormirán junto al fuego entre mantas de lana y pieles de oveja. Para cuando hayan digerido todo el *raki*, no tendrán fuerzas para nada y se olvidarán de cuanto hayan podido escuchar entre estos muros. Es Navidad, tiempo de bailar y cantar. Ningún alemán va a osar interrumpir nuestro día de fiesta.

Resultaba muy difícil estar tan cerca de Bruce, mantenerse en el anonimato, tener que permanecer oculta a las miradas de todos esos jóvenes que hablaban inglés. Penny se agitaba y se removía mientras la hermana Martine roncaba. Bruce, al menos, estaba vivo y a salvo, y seguía en la isla. Recordó la comida que tuvieron en Chania, cuando Bruce sugirió que podía ser útil en las montañas. Tampoco era capaz de olvidar la discusión que mantuvieron en la playa. ¿Estaría orgulloso Bruce si pudiera observarla y saber lo que hacía? A Penny aún le importaba la buena opinión que el joven pudiera tener de ella, pero sería mejor mantenerse al margen y no atraer la atención ni sobre ella ni sobre la misión que estaba llevando a cabo. No le apetecía recibir otra reprimenda.

Bruce era el vínculo que tenía con su hogar, con su antigua vida en Atenas. Verle despertaba en ella tanta nostalgia de aquel tiempo pasado, cuando la vida no parecía tan complicada... Le desgarraba por dentro el deseo de saber qué tal se encontraba, pero, con todo...

La hermana Martine se estiró en el lecho: necesitaba otra infusión de hierbas de montaña para calmar su fiebre. Penny abandonó lentamente su cama para ver si quedaba agua caliente en los rescoldos del fuego. El suelo estaba cubierto de soldados que roncaban con un sueño ávido, llenando el lugar de un hedor animal en el que se mezclaban el sudor, el tabaco, el vino y el ajo.

Penny se dirigía a la escalera para regresar con la hermana Martine cuando oyó que una voz susurraba a su espalda:

—*Despinis, pos sas lene?* ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Athina —musitó en respuesta, sin volverse, inquieta por la proximidad del cuerpo de Bruce.

—¿Cómo es que no te he visto antes por aquí? —insistió.

Penny sacudió la cabeza, y se reprochó a sí misma no haberse puesto un pañuelo sobre su cabello teñido:

—Iba a visitar a un amigo de la familia —replicó, ansiosa por que se marchase.

—¿En esta época del año, y vestida como una monja? —Penny percibió el tono de suspicacia que había en su voz—. No eres de aquí.

—Soy de Chania, de la escuela francesa, y he venido junto con la hermana Martine a buscar a los parientes de un huérfano. La hermana está enferma, y debo regresar a su lado.

—No tan rápido.

Penny sintió ahora más próxima la presencia de Bruce: su aliento le acariciaba la nuca.

—Las monjas no se distancian tanto de sus conventos, y por aquí nunca he visto ninguna francesa.

—Las monjas vamos a donde nos envían cuando se trata de buscar un hogar para los niños que se han quedado sin padres —respondió, volviéndole la espalda. La copa tremolaba en su mano.

Bruce pronunció unas palabras en francés, a las cuales Penny no pudo responder.

—Bueno, creo que si fueras francesa me habrías pegado una buena bofetada por lo que acabo de decir de los antepasados de tu madre. ¿Quién eres realmente, y por qué estás aquí, entre todos estos hombres? —Su voz se endureció—. ¿Por qué no empiezas por decirme quién te ha enviado a espiarnos?

La aferró del brazo, y aquello hizo que a Penny se le cayese la copa al suelo.

—¡Muy bien, mira lo que has hecho! ¡No te atrevas a tocarme! —Se revolvió como pudo, mientras Bruce le retorció el brazo contra la espalda y la obligaba a dar media vuelta.

—¡Mírame, maldita sea!

Penny no tuvo otra opción que volverse por completo hacia él, y Bruce examinó sus rasgos con una sonrisa irónica:

—Así que *eres* tú —susurró—. Enseguida vi algo sospechoso en ti, desde el momento en que entré por esa puerta y te refugiaste en la esquina. Por el amor de Dios, Penny. No sabes cuánto me alegra que estés a salvo. Habíamos oído que te habían capturado y que estarías de regreso en Atenas, pero yo no dudaba que habrías desobedecido las órdenes y conseguido escapar.

—Calla, ahora soy Athina, enfermera griega. Solo hablo griego —barbotó aquellas palabras, dedicando a Bruce una mirada de desesperación.

Este la aferró del brazo:

—¿Cómo te encuentras?

Tassoula apareció de pronto, como surgida de la nada:

—Por todos los santos, no habéis perdido el tiempo.

Los miró con asombro, sin dar crédito a sus ojos.



—No —espetó Penny, apartándose de Bruce—. He reconocido a Panayotis. Fui enfermera en una clínica de la Cruz Roja. Él era uno de nuestros pacientes.

Bruce asintió.

—Era muy estricta con nosotros, pero aun así se portaba muy bien, y no he conocido una enfermera mejor. ¿Sigues aún en la clínica, Athina?

—No, ahora estoy en un convento junto con la hermana Martine, cuidando de madres y niños, buscándoles un hogar —respondió, sin mirarle.

—Nunca me hubiera imaginado que la enfermera Athina se metería a monja, pero por lo que veo ya cogen allí a cualquiera —dijo Bruce entre carcajadas.

Penny se alejó como pudo hasta el lecho en el que Martine descansaba. Se dio cuenta de que estaba medio despierta:

—¿Te encuentras mejor? Tenemos que irnos —le ordenó—. Aquí hay demasiada gente y es peligroso.

Martine se dejó caer en el colchón:

—Estoy muy enferma, no puedo ni moverme...

—Y es Navidad, Athina —dijo Tassi, que la había seguido—. Hay muchas cosas que preparar y pocos ingredientes con los que cocinar, pero nos las apañaremos. Debes ir a la iglesia, encontrarte allí con el padre Gregorio y no hacerle más ojitos a Panayotis. Deberías avergonzarte, ¡toda una esposa de Dios! —bromeó Tassi, y le dio una palmada en las nalgas—. Ese chico es para una de mis hijas.

—Y así es como pasé aquí mis primeras Navidades... y si no aquí, al menos muy cerca —dije, mirando en redondo la plaza y la iglesia pintada de blanco—. Eso fue el comienzo de una historia bastante increíble. Y a todo esto, ¿qué queréis tomar?

Lois y Mack me miraban con la boca abierta, como si fuera la primera vez que me veían.

—Nunca antes mencionaste a ese tal Panayotis...

—Oh, claro que sí, pero no me escuchabas. En realidad era mi amigo Bruce Jardine... El amigo de Walter y Effy: ese que tantos años atrás me llamaba «cabra montesa», allá en Escocia. Todo el mundo adoptaba nombres falsos: era la única manera de protegerse.

—¿Era tu amante? —Lois me guiñó un ojo—. Diablos, tía Pen, eres toda una yegua salvaje.

—No seas tan bruta —le dije, pero sonreí para que viese que también yo estaba bromeando—. Una dama no pregunta esas cosas y menos aún puede esperar una respuesta sincera. No siempre tuve esta cara de pasa arrugada. Tuve mis momentos... —repliqué, sin saber cuánto de esa parte de mi historia estaba dispuesta a compartir.

—Oh, por favor, sigue, esto es fascinante. —Lois se inclinó hacia mí.

—A lo mejor tu tía no quiere que la escuche alguien de fuera —dijo Mack.

—Eso es muy considerado, Mack. —Mi estima hacia él había aumentado en los últimos días—. Pero es hora de comer, y yo quiero vino rosado muy frío. Bien, ya habéis escuchado el principio de mi historia, el plato principal vendrá más tarde, cuando esté preparada para compartir el resto. Y no antes.

Más tarde, para combatir el calor del día, nos sentamos junto a las frescas cataratas de Argryroupolis: el sol brillaba en los destellos de la espuma como un manojo de diamantes, y el agua se estrellaba contra las rocas, a la sombra de los pinos, con la misma fuerza con que mis pensamientos manaban de mi mente.

Hay momentos muy hermosos en la vida de un individuo, pero también los hay demasiado dolorosos como para compartirlos con otros. Sin embargo, algunos recuerdos son fuentes de paz, y te alimentas de ellos en esas oscuras noches del alma en las que el sueño se vuelve más elusivo.

Había vivido tantas cosas allí... algunas muy felices, y otras muy trágicas, y al final decidí ir apartándolas de mis recuerdos. Aquellos primeros meses de paz y libertad en el convento tocaron a su fin cuando partí a las montañas para cumplir mi misión. De pronto, todo cambió.

## DICIEMBRE, 1941

La hermana Martine estaba lo bastante recuperada como para acudir a la iglesia del pueblo en la víspera de Navidad: allí los fugitivos se mezclaban con los habitantes del pueblo, que los miraban con interés y escuchaban la animada charla que mantenían entre susurros, y así fue hasta que el sacerdote les ordenó que guardasen silencio. Por unos días el recuerdo de la ocupación pareció desvanecerse: la comida fue sacada de cada escondite, y las sillas quedaron relegadas a un rincón para dejar espacio a los cantos y los bailes. El vino corría a espuestas. Era como si todo el mundo disfrutase a conciencia de la fiesta, como si la vida fuera de nuevo normal. Los soldados australianos y neozelandeses que quedaban en la montaña se arriesgaban cada noche a unirse al festival y así mantener el cuerpo caliente.

Tras aquella breve conversación con Bruce, Penny esperaba encontrar un momento mejor para hablar con mayor libertad, pero Tassi no dejaba de mirarla con recelo, temiendo sin duda por su virtud. Penny sonreía irónicamente cuando servía la comida a aquellos soldados hambrientos. Si al menos confiase lo suficiente en ellos para confiarles el verdadero propósito de su misión... pero las lenguas de aquellos hombres se aflojaban fácilmente con el exceso de vino, y Penny no había tardado en comprender que a la mayoría de los cretenses les costaba enormemente guardar un secreto.

Con el tiempo, el clima se suavizó lo bastante como para que Penny y la hermana Martine pudieran regresar al convento y explicar los motivos de su larga ausencia. No había motivos para quedarse allí por más tiempo: las provisiones que habían llevado en secreto fueron recogidas de sus respectivos escondites bajo el manto de la oscuridad.

¿Cómo podía hacer para que Bruce se enterase de que tenía que marcharse, acompañada como iba de esa bandada de matronas que se dirigían, como ella, a Chania y sus mercados, a bordo del baqueteado y viejo autobús de línea que avanzaba como una tartana por uno de tantos caminos de cabras que hacían las veces de autopistas? No le fue fácil marcharse sin decir adiós, pero la hermana Martine estaba impaciente por volver, ansiosa por explicarle a la madre Veronique el motivo de su retraso.

Penny subió al autobús con un peso en el corazón. Tan cerca, y a la vez tan lejos... Comprobaron sus identificaciones, y su preciado cargamento de nueces y aceitunas fue cuidadosamente guardado en cestas de pan. Tassi guardó las últimas galletas y pastelitos de Navidad en el bolsillo de Penny, para que tuvieran algo que comer durante el viaje, y lo cierto es que en su rostro solo traslucía el alivio que le suponía ver que las dos monjas, por fin, abandonaban la casa. Cuántos riesgos habían

decidido asumir las hermanas en sus intentos por ayudar a los fugitivos...

Mientras el viejo motor tosía y escupía nubarrones de gas en su ascenso por el paso de montaña, los ojos de Penny se iban cerrando lentamente, mecida la joven por las sacudidas y el ronroneo de su maquinaria. Pero de pronto una sacudida la sacó de aquel suave ensueño: el autobús había dado un brusco frenazo que provocó que la mayor parte de la gente fuera lanzada hacia delante en sus asientos, así como los cajones y las cestas que habían sido depositados en el portaequipajes superior.

Un pastor les hacía señas con su cayado; llevaba la cabeza cubierta con un pesado manto:

—¿Qué demonios...? —gritó el conductor, devanándose después en maldiciones.

—¡Bandidos! —gritó una pasajera, persignándose con fruición—. Nos van a matar a todos...

Penny lanzó un suspiro de alivio al saber que no se trataba de una patrulla alemana que registraría el autobús y se quedaría con todos los posibles suministros que encontrase en él. No toda la gente que había en él era de Creta. Al igual que ella, uno de los fugados llevaba un disfraz: se había vestido como un campesino y se sentaba junto a una anciana *yiayia*, provisto de documentación falsa. Sería extremadamente sencillo detectarlo tan pronto como empezasen a interrogarlos.

El pastor subió al autobús de un salto:

—Necesitamos a la enfermera, la enfermera ateniense. Ha habido un accidente. —Señaló hacia las rocas—. ¿Está aquí la enfermera de Chania?

De inmediato, Penny se levantó de su asiento:

—Sí. ¿Qué sucede?

—Se ha caído un hombre. Necesita un doctor, pero tendrá que ayudarlo usted —explicó el individuo, con voz áspera.

—¿Dónde se encuentra?

—En la cueva, venga aprisa, *kyria*.

No había tiempo para pensar. Penny se apresuró a enfilarse por el pasillo del autobús, pero la hermana Martine la agarró del brazo:

—Iré contigo.

—No, solo la enfermera —insistió el pastor.

—Pero no puedes ir sin alguien, estarás sola entre hombres. —La hermana se aferró a ella—. Por favor, Athina, piénsalo bien. No es lo correcto. ¿Qué voy a decirle a la madre Veronique?

—No te preocupes. No pasará nada. Estaré protegida. Tengo que irme.

—Pues a mí sí que me pasará algo si le digo a la madre Veronique que te dejé sola en las montañas. —La hermana Martine rompió a llorar—. Y es culpa mía que nos retrasáramos tanto.

—Fue la voluntad de Dios lo que nos trajo aquí. —Rebatió Penny, apartándola suavemente para poder pasar—. Ahora me tiene reservada otra ocupación a la que debo responder en estas montañas, ¿quiénes somos nosotras para cuestionar o ignorar

Sus órdenes? Él me protegerá, y yo podré regresar en el siguiente autobús.

—Pero no habrá otro autobús hasta dentro de una semana, y si el tiempo empeora...

Penny no escuchó las llorosas protestas de Martine al descender del vehículo: se limitó a despedirse con la mano de la turbada mujer, que la miraba horrorizada desde la ventanilla, y luego se volvió hacia el pastor con una sonrisa:

—Tu acento responde por ti, joven.

El hombre sonrió bovinamente:

—Perdone, señora, tenía órdenes de hacerla bajar de ese autobús.

Enseguida, Penny reconoció en las facciones de aquel individuo las de uno de los fugados australianos: su cabello estaba cubierto por un manto de pastor.

—No tardará en extenderse por toda Chania la noticia de que me han secuestrado unos bandidos. ¿Qué demonios está pasando? —espetó en inglés Penny, para sorpresa del hombre y también de ella. El joven, como todo el mundo, había dado por sentado que trataba con una monja griega.

—Uno de nuestros compañeros está en muy malas condiciones, allá en la cueva. Necesita ayuda.

—Entiendo —replicó Penny lentamente, recuperada de su propio asombro; intentó hacer ver que el inglés era su segunda lengua.

—Perdone, señorita. Aquí las órdenes siguen siendo órdenes. Intentamos que el grupo se mantenga unido. No es tarea fácil, y cuando uno de los nuestros se resiente de algún mal...

¿Órdenes? ¿Qué órdenes obedecía aquel joven para tener que sacarla de un autobús público a plena luz del día? Penny guardó silencio y dejó que aquel individuo precediese sus pasos: subió por un terraplén y desde allí se dirigieron a un barranco lleno de excrementos de cabra y nieve fundida. El camino concluía en un pedregal cubierto de matojos, tras el cual se advertía la entrada a la pequeña cueva: no era más que un agujero en la montaña, oculto tras un improvisado telón de ramas secas.

Penny entró como pudo en la cueva, y trató de adaptarse cuanto antes a la oscuridad reinante. Había allí reunido un pequeño grupo de hombres, y todos ellos la contemplaron en silencio al verla entrar. Una lámpara de aceite parpadeaba débilmente junto a un jergón de paja, sobre el que descansaba un soldado al que Penny no recordaba haber visto antes. El soldado levantó la vista y la observó, visiblemente sorprendido.

—Este es mi compañero Bluey, está enfermo, lo vomita todo. Queremos ir al sur y buscar un barco. La gente dice que algunos submarinos están enviando barcos hacia aquí. Lo único que queremos es largarnos de esta isla perdida de la mano de Dios. ¿Qué le pasa a mi amigo? —dijo el pastor australiano, mostrando una franca preocupación.

—No soy médico; lo que necesita es un doctor —respondió Penny, arrodillándose junto al soldado para examinarlo con atención.

—El médico del pueblo tiene espías por todas partes, y Bluey no está en condiciones de ir hasta allí para que le vea.

—Necesito un poco más de luz —dijo Penny—. ¿Cuánto tiempo hace que tiene los ojos de color amarillo?

Entre dos hombres trasladaron al soldado hacia la luz; el joven lanzó unos gemidos de puro dolor.

Penny le palpó el hígado y observó atentamente su piel:

—Diría que tiene una ictericia muy fuerte, el hígado está hinchado. ¿Qué ha comido últimamente?

—Pues caracoles y hierbas de la montaña, como todos los demás. Le hemos traído cosas de la taberna, pero no aguanta nada en el estómago.

—Dadle agua limpia hasta que se recupere. Está muy enfermo. También os puedo dar un poco de infusión. La gente de por aquí la considera un reconstituyente milagroso. No puedo hacer más por él. Lo que necesita es tiempo para reponerse. ¿Qué os hizo pensar que me encontraríais en ese autobús?

Una voz profunda procedente de un rincón de la cueva soltó una carcajada:

—En estas condenadas montañas no ocurre nada de lo que no nos enteremos tarde o temprano: las noticias viajan más rápido que un águila en pleno vuelo. —Bruce Jardine abandonó las sombras. Por un momento, Penny mostró su sorpresa. Enseguida, sin embargo, decidió mostrar una visible impermeabilidad ante su presencia.

—Me encantaría que dejases de aparecerte en mi vida por las buenas. No eres la Sombra Roja —espetó, recordando al héroe de *La canción del desierto*—. Y yo no puedo hacer nada por vuestro Bluey, como bien sabrás.

—Por supuesto, pero no es Bluey el único que necesita de tu mirada experta. El médico de Chania llama demasiado la atención. Y, por otra parte, tampoco me apetecía que volvieras a desaparecer en el pueblo, sabiendo que estarás mucho más segura aquí. Tenemos que hablar, pero mejor donde nadie nos escuche. —Con un gesto, Bruce señaló hacia la entrada de la cueva.

—Este hombre tiene que acudir a un hospital. Estaría mejor en un campo de prisioneros —añadió Penny, tratando en lo posible de hacer ver a los demás que era de origen griego. Cuanto menos supieran de ella, mejor para todos.

—Es evidente que la enfermera no ha visto el estado de los campos —replicó Bruce—. El pobre chico no duraría allí ni una semana. Aquí, al menos, no le falta aire fresco ni agua pura.

—Quizá es que el agua no es tan pura. Deberíais hervirla antes de tomarla. No puedo darle otra cosa que hierbas y remedios locales; cualquier madre del pueblo podría hacer tanto como yo. Debo volver al pueblo cuanto antes.

—¡No tan rápido, Penny! —susurró Bruce, acercándose a ella.

—Athina, mi nombre es Athina... —siseó Penny.

—No desaparezcas. Tu presencia dará aliento a los hombres, sabrán que no los

han olvidado, y a mí me confiere mucha fuerza saber que estarás a salvo aquí, aunque sea por un tiempo. Tú y yo tenemos que ponernos al día de muchas cosas... —Bruce le dedicó una de sus sonrisas lobunas—. Fui uno de sus pacientes —explicó a los curiosos que se habían detenido a mirarlos—. Ladra más que muerde. —Se encogió de hombros, mirando a sus hombres, y la condujo fuera de la cueva.

Penny suspiró. De nuevo era como estar en el hospital de campaña: una mujer entre muchos hombres desesperados. Quizá fuera para bien. Bruce había ido en su busca, le había dado algo distinto, un rol entre su ejército de tropas ocultas. Una parte de ella se sentía halagada, sorprendida y aliviada de verle de nuevo.

—Sabes que no me puedo quedar aquí sola, habría habladurías —dijo, en tanto dejaban a los hombres en el interior de la cueva y salían sin ser vistos por el resto; se sentaron en un bancal cubierto por el tomillo, donde la nieve se había fundido, y desde allí contemplaron la inmensidad del valle.

—No si te vestimos como al resto: con pantalones —sugirió Bruce, mientras se acercaba un poco más a ella. Penny podía sentir su aliento en la oreja.

—No, no quiero volver a usar ese truco... Ya fue lo bastante malo ponerme el traje de campaña en el hospital —replicó, y no pudo dejar de preguntarse cuándo volvería a vestirse con ropa decente. De pronto, sintió una profunda nostalgia de su vestido de seda azul y sus bonitas sandalias.

—Eres alta, has perdido peso... Ahora tienes un aire un poco chico... Si te cortases el pelo...

—Mi pelo se quedará como está. Todo lo que me pongo es feo y oscuro. Nadie repara en mí —insistió—. Ahora este es mi uniforme. Estas ropas se adaptan a mi cometido, están llenas de bolsillos y repliegues —prosiguió, sin mirarle.

Bruce la aferró de un brazo:

—Esto no es ninguna charada, Penny. Todavía hay cientos de soldados que no pueden salir de aquí. Va a ser un invierno de perros. Si puedes vigilar su salud, buscarles acomodo si empeoran, reunir información, y hacer algunos de los encargos del doctor, estarás haciendo maravillas por nosotros. Ya sabes, eres mi cabra montesa, mi chica sin miedo... —rio, y su rostro quemado por el sol se arrugó como el cuero.

—Razón de más para parecerme lo más posible a una campesina oprimida cualquiera. Pero no soy una maldita cabra. Soy una mujer, por si no te has dado cuenta —espetó Penny, incapaz de reprimir su frustración por más tiempo—. ¡Y no tu botones!

—¿Que no lo sé? ¡Si eres la mujer más valiente y dura que he conocido! ¿Quién, si no, iba a pasarse todo ese tiempo en una pútrida cueva, cuidando a unos pobres hombres, negándose a marchar hasta que los propios nazis tuvieron que sacarte casi a rastras de allí? Todo el mundo sabe lo que hiciste. Me sentí tan orgulloso de ti... Impidieron que un barco zarpase para que pudieras escapar en él hasta Sphakia, pero yo sabía que no lo harías. No, mi Penny no... Cuando todo esto termine el mundo entero sabrá lo que hiciste por tus pacientes.

—Solo cumplía con mi deber, y recuerda que debes llamarme Athina. Penny George no existe.

—Para mí sí. —Bruce sonrió, y la atrajo hacia sí—. Y tiene que estar a salvo. Se lo prometí a Evadne, y no soportaría verte en un campo de prisioneros. ¿Mi preciosa gacela? No, nunca...

Bruce la besó en la frente con suma ternura, y ella levantó el rostro, atónita, sin dar crédito a la dulzura que le mostraba: y separó los labios mientras ambos caían sobre la hierba, besándose lentamente, lánguidamente, como si ante ellos se abriera una vida entera de amor. Penny se sumergió en el cuerpo de Bruce como si aquello fuera lo más natural del mundo, aquel hacer el amor en la ladera de una montaña con el viento silbando alrededor, o la llamada de aquella águila de negro plumaje que volaba en círculos sobre sus cabezas, o la maravillosa infusión de hierbas que crujían bajo sus espaldas y perfumaban el aire. ¿Cuánto tiempo había esperado Penny aquel momento...?

Pero Bruce se apartó bruscamente de ella:

—Lo siento, Penny, perdóname, ha sido muy poco profesional. No quería que...

—Pero yo sí. Yo también lo quería —respondió Penny, casi sin aliento, sorprendida por aquella repentina cautela—. Somos seres humanos, tenemos nuestros sentimientos, nuestros deseos...

—Pero no en la guerra, y menos aquí, y ahora. Tengo una tarea que desempeñar. No estoy en posición de ofrecerte nada... —Bruce se incorporó—. Lo siento.

Penny levantó la mirada hacia él, asombrada:

—¿Por qué? Ni la guerra, ni la tempestad, ni el fuego ni la lluvia pueden detener los sentimientos que brotan sin obstáculos.

—En la guerra, el amor es una distracción. Nos impide asumir riesgos si lo que prevalece es el interés en nosotros mismos, nos aparta del peligro. Oh, maldición, creo que lo mejor hubiera sido no pedir que fueran a buscarte...

—Ya es suficiente. —Saltó Penny, terriblemente enfadada—. He recibido el mensaje alto y claro, pero no te entiendo, Bruce, nunca te he entendido. No eres ni frío ni calor. ¿Qué tiene de malo encontrar un poco de cariño mutuo en los tiempos que corren? ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? Mejor tener recuerdos que nada de nada. —Penny sacudió la cabeza—. Pero no te preocupes, también yo soy una profesional. Dime quién es el siguiente paciente al que debo atender. —Se giró en redondo y se sacudió las briznas de hierba que había en su falda, sin atreverse a mirarlo para que no viese las lágrimas que brotaban de sus ojos—. Pero no esperes que obedezca órdenes tuyas a partir de ahora. Límitate a buscarme un lugar donde me pueda quedar.

—Hay una red de casas en las colinas. Y te librarás de mi presencia en breve: pronto tendré que regresar al cuartel general. Venga, será mejor que volvamos; los hombres empezarán a sentir curiosidad por nuestra ausencia. Y nuestro trabajo no debe verse comprometido. Tengo mis razones para mostrar tanta... sensibilidad.



«Sensibilidad... Qué palabra más estúpida», pensó Penny, y se sintió enferma y confusa mientras regresaban de su lugar de encuentro. ¿Qué quería decir Bruce con lo de «comprometido»? ¿Por qué tenía tanto miedo de mostrar abiertamente sus sentimientos? Ella le había dado todas las señales posibles a lo largo de los años. Y el cuerpo de Bruce se había sentido tan violentamente arrastrado a una increíble pasión como el suyo propio, en el instante en que sus labios se fundieron. ¿Por qué tenía tanto miedo, cuando era ella la que más perdía con aquello?

Sintió Penny que su irritación y su rabia aumentaban, produciéndole casi ahogos, en tanto avanzaban por aquel sendero de piedra. ¿Cómo se atrevía Bruce a jugar así con sus sentimientos, a darle esperanzas para al momento siguiente distanciarse de ella? Lo natural era que ambos quisieran llevar su pasión al terreno de lo físico. ¿Quién sabía cuándo volverían a encontrarse de nuevo, y eso en el caso de que tal cosa sucediera?

Para Penny, aquello había sido un sueño que había alimentado durante mucho tiempo, de modo que aquel rechazo, aquel abandono, le resultaba hartamente más difícil de digerir. ¿Qué había en ella tan malo que provocaba en Bruce aquella reacción?

Ahora estaba perdida en lo alto de las Montañas Blancas, a merced del clima cambiante, del terreno y de la impredecible hospitalidad de los extraños. Nunca se había sentido tan confusa ni tan sola. Ojalá y Yolanda estuviera allí para compartir con ella sus sentimientos. Pensaba que así podría enfrentarse mejor a la realidad.

Pero ahora solo estaba el viento, el salvaje viento de Creta, que giraba a su alrededor como las frustraciones que desgarraban su triste corazón. Penny se detuvo un momento para aspirar aquel gélido aire y calmar sus nervios.

«Tú elegiste este difícil camino cuando permaneciste al lado de esos hombres, en la cueva. Ahora un viaje nuevo y peligroso ha dado comienzo, y quién sabe a dónde te llevará...».

## PRIMAVERA, 1942

Yolanda no había recibido noticias de Penny durante varias semanas. Quizá el clima la había dejado aislada en las colinas, por encima de la línea divisoria que la nieve marcaba entre las montañas y la costa. Andreas le había contado algunos rumores escuchados en la clínica, según los cuales un grupo de bandidos había secuestrado a su amiga cuando esta viajaba en un autobús hacia Chania, pero el médico quiso creer que su amiga estaba ayudando a los soldados aliados perdidos en las colinas. Le preocupaba más que hubiera espías entremezclados con ellos, tratando de convencerlos para que se rindiesen.

La dureza de aquel primer invierno tras la ocupación empezó a suavizarse. No se promulgaron más medidas restrictivas contra la pequeña comunidad judía salvo las que se habían impuesto acerca de sus tratos comerciales. Ningún judío podía vender nada a las fuerzas de ocupación, solo a los lugareños, que además no contaban con demasiado dinero. El invierno había traído el hambre incluso a las zonas costeras. No había demasiado jabón que vender, ni joyas, ni libros, pero todo el mundo sabía que el mercado negro vendía sus suministros en las más escondidas callejuelas. ¿Cómo no iban a pasar hambre cuando el enemigo les había robado las primeras cosechas de trigo? Pero, como siempre, la comunidad pudo prosperar apoyándose en su vieja inventiva.

El zapatero cambiaba su trabajo por servicios prestados, ya fuera en forma de comida o de información. El rabino y su esposa iban y venían por las casas pidiendo alimentos para los niños que pasaban hambre en el puerto. Los ricos mercaderes comenzaron a vender sus piezas de arte y joyería, conscientes de que todos ellos iban a ser despojados de sus fantásticas casas para que fueran ocupadas por los oficiales alemanes. Ahora tenían que buscar acomodo en propiedades mucho más humildes, cuando no mudarse a vivir con sus parientes. El barrio judío se estaba convirtiendo en un lugar inquietantemente masificado.

Había, no obstante, un asunto más inmediato y delicado que se cernía sobre el futuro de Yolanda. Percibía que sus padres tramaban buscarle un joven marido entre la comunidad sefardita.

—No somos más jóvenes ahora que hace diez años. Debemos ocuparnos de tu bienestar y asegurarnos de que tengas nietos antes de que... —Solomon Markus suspiró, en uno de esos extraños momentos de reflexión compartida, inspirada por el dolor de cabeza que había sufrido desde que decidió acudir a una fiesta la noche anterior.

Abram Carlos había ordenado que le tejiesen a mano un sudario de seda para su enterramiento, y, según la costumbre, pasó la noche reunido con sus amigos,

mostrándoles su calidad con la ayuda de *raki* y pastelitos suficientes como para hacer que su futuro velatorio resultase del todo innecesario.

Yolanda pensaba que ver a un viejo bailando con su propio sudario en la cabeza era algo ciertamente morboso, pero era una antigua y honorable costumbre entre los judíos haniotas. La noche seguramente resultó muy agradable para buena parte de los invitados, pero al padre de Yolanda le dejó en el pecho una profunda amargura:

—¿Quién sabe cuándo podremos ser libres para volver a Palestina? —Fue su último lamento—. Ya tienes edad suficiente para vivir en tu propia casa, y hay muchos jóvenes interesados en ti, y si los mirases dos veces te darías cuenta de ello. A tu madre le darías una alegría si le dices que puede empezar a bordar tu ajuar de bodas y a coser monedas de oro a tus faldas —sonrió.

Yolanda sabía que su pobre padre solo pretendía que su resolución de permanecer soltera la hiciera sentir culpable.

Toda su familia estaba anclada en el pasado. Nadie tenía dinero para ofrecer una buena dote u organizar un verdadero banquete de bodas. Los escasos casamientos que habían tenido lugar en fechas recientes resultaron más bien modestos, casi anodinos. A los hombres de negocios se les antojaba ciertamente difícil tener que ver cómo sus ingresos caían en picado, cómo sus casas eran tomadas por la soldadesca, cómo sus propiedades eran confiscadas, cuando no saqueadas. Buena parte de los miembros de la comunidad judía conseguían malvivir haciendo labores de costura, sirviendo mesas, rogando que se les concediese algún trabajo venial, o incluso vendiendo lo mejor de sus joyas como si fueran cacahuetes. No era el momento de pensar siquiera en casarse, y además, nadie lograría conmovier el corazón de Yolanda como lo hacía Andreas Androulakis.

—Querido papá, no es el momento para casarse. Nuestro mundo se está cayendo en pedazos, ¿acaso no te das cuenta? El matrimonio puede esperar... —Fue la respuesta de Yolanda. Sus padres tenían buenas intenciones, querían su felicidad en tiempos tan oscuros como esos. Las mujeres trabajaban duro, eran más independientes, exigían recibir una educación y hasta elegir con quién se casaban. Pero también había cosas positivas, pensó Yolanda, sintiéndose culpable.

Echaba de menos a Penny, pues ella sabría mejor que nadie reafirmar su decisión. ¿Cómo iba a decirles a sus padres que jamás se casaría con un hombre al que no podría amar? Si al menos aceptasen a Andreas como su yerno... pero Yolanda no ignoraba que estaba pidiendo un imposible.

Debía seguir mostrando la resolución que había exhibido hasta entonces. No sería tarea fácil. El tío Joe y la tía Miriam estaban también detrás de aquella conspiración para casarla cuanto antes.

Lo que más le preocupaba a Yolanda era que, en el fondo, vivía un tiempo prestado. Un tigre no regresa por su propio deseo a la jaula cuando ha disfrutado de la libertad de la jungla, pensaba. Era mejor no casarse que pasar una vida entera encadenada a un hombre al que no respetaría ni podría amar. Pero desobedecer así,

negarse en redondo a hacer lo que se le pedía, haría que recayese una profunda vergüenza sobre sus padres. ¿Cómo iba a hacerles daño? Yolanda era lo único que les quedaba ahora, la única esperanza de futuro que tenían. Oh, ¿por qué había tenido que estallar la guerra, una guerra que lo destruía todo?

Las preocupaciones afectaban a su trabajo en la clínica, distrayéndola. La mañana siguiente a la charla que mantuvo con su padre, Yolanda derramó el preciado líquido que usaban para desinfectar heridas, tropezó y se hizo daño en una rodilla; rompía a llorar a la menor contrariedad, hasta el punto que las demás enfermeras terminaron por quejarse de su comportamiento: para ellas, la enfermera Markos padecía alguna enfermedad, pero no sabían cuál.

Andreas la encontró llorando en el almacén:

—¿Qué demonios te pasa? —le gritó—. Mi mejor enfermera, llorando como un recién llegado durante su primer día en el depósito de cadáveres.

Yolanda se lo contó todo: sus miedos, su preocupación, su frustración... Lo mucho que echaba de menos a Penny y el miedo que tenía de que algo terrible le hubiera sucedido, el pánico que sentía de volver a casa y descubrir que Mordo y los padres de este la aguardaban allí para felicitarla.

—¿Quién es ese tal Mordo? ¿Quieres casarte con ese tipo? —le preguntó Andreas, encendiendo su pipa y evitando deliberadamente cruzar sus ojos con los de ella.

—No. Es un buen hombre, pero no. No está hecho para mí. No tengo planes de boda —replicó Yolanda, secándose los ojos y sintiéndose como una idiota por llorar en el trabajo.

—Me alivia saberlo, no me gustaría perder a una de mis mejores enfermeras. Pero si cambias de planes, no dudaré en secuestrarte y fugarme contigo un día de estos. Al estilo cretense, por supuesto, en medio de la noche, y por la ventana —dijo, manteniendo imperturbable su semblante.

Yolanda levantó la vista, completamente cogida por sorpresa; apenas podía creer lo que estaba escuchando:

—¿De verdad?

Andreas no hizo ademán de volverse, sino que siguió introduciendo algunos instrumentos médicos en una caja:

—Quizá haya llegado la hora de que extiendas tus alas un poco, ahora que no puedo contar con Athina. Tengo una idea. Si ocupases tú su lugar, y llevases por aquí y por allá, sin salirte del barrio, algunas provisiones...

—Mis padres nunca permitirán que me aleje de casa sin compañía. —Trató de explicarle.

—Es una cosa o la otra, querida: o la libertad o la jaula.

—Haces que parezca hasta fácil.

—Trabajar de correo es una tarea muy peligrosa, pero las mujeres son las mejores en este terreno. Las detienen mucho menos que a los hombres. Empezaríamos con

unos pequeños encargos, pero primeramente dejaríamos que los guardias que hacen sus rondas por la calle te viesen a la luz del día, cuando estuvieses de regreso a tu casa. Tus padres se acostumbrarán muy pronto a ver que te ausentas más tiempo de lo normal. Es un trabajo vital. Ya encontrarás la forma de hacerlo.

Yolanda se sonó la nariz:

—Puedo intentarlo. Supongo que podré presentarlo de manera que parezca una extensión de mi trabajo en la clínica...

—Muy bien, ¿ves como puedes hacerlo? Me uniré a ti cuando pueda, pero todavía no... Te he hablado completamente en serio, Yolanda. Completamente. Para mí eres la mejor. —Andreas la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la mano—. Así que no llores más. No podrás casarte con el señor Mordo si ya te han pedido como esposa, ¿verdad?

—¡Oh, sí, por favor! —rio Yolanda, e hizo acallar las risas de Andreas con un beso.

## MALEME,

2001

Rainer Brecht contuvo el aliento, sentado en un banco del cementerio de guerra alemán, en las proximidades del viejo aeródromo de Maleme. Miraba más allá de las ondulantes colinas, en dirección a la bahía. Había retrasado aquella visita desde que salió de Atenas, aunque sabía que tarde o temprano llegaría la mañana en que tendría que enfrentarse a los bancales de aquel jardín y pasear por entre las hileras de rígidas lápidas como muestra de respeto.

Ahora era un lugar pacífico y silencioso, pero en otro tiempo había sido el escenario de una frenética batalla por la supervivencia conocida únicamente como Colina 107. Ahora era cuidado y protegido por nada menos que George Psychoundakis, uno de los grandes héroes cretenses surgidos durante el conflicto, que había decidido concluir la labor de su vida haciendo las paces con sus enemigos de la única manera en que podía hacerlo: cuidando el jardín y las lápidas con el esmero de quien ha sabido perdonar y ser perdonado.

A medida que el veterano desfilaba por entre las lápidas, algunas de ellas apenas grabadas con una fecha y un nombre, en su mente surgieron los recuerdos de los viejos días de combate: las tropas paracaidistas cayendo del cielo, las refriegas en las colinas, las ejecuciones... Se detuvo un instante para secarse las lágrimas. Aquellos pobres muchachos no habían tenido la oportunidad de vivir una vida en paz, cosa que él, al menos, sí tuvo ocasión de hacer.

Un torrente de emociones brotaba de su interior, emociones que se había encargado de reprimir durante muchos años, enterradas bajo las exigencias de su vida pasada: su carrera académica, su familia, el cuidado de sus hijos, que habían crecido pacíficamente, de una manera que él no hubiera podido siquiera soñar... En ocasiones le daba la impresión de que aquella carnicería no había ocurrido nunca, pero ahí tenía la cruda realidad. ¿Cómo podía ser Rainer el mismo hombre que un día se sentó bajo el sol para pintar cuanto de bello le ofrecía el sol de Creta, ansioso por que sus heridas curasen y así escapar de la isla, cruzar el mar de Libia y seguir luchando? Aquella isla había mantenido cautivos tanto a los vencedores como a los vencidos.

## VERANO, 1942

En el cuartel general de Chania empezó a reparar en un intérprete. Perteneía a los barrios de las afueras, a un pueblo cerca de Vrisses, que era conocido por los problemas que sus vecinos causaban. Era el más inteligente de los agentes colaboracionistas: de ojos intensos y perspicaces, astuto, encantador y prodigiosamente despiadado. Había un buen número de agentes que prometían mucho y daban más bien poco, al menos poco de valor: tipos ansiosos por vender a sus amigos y parientes a cambio de privilegios, dinero, o la oportunidad de vengar una vieja rencilla, pero este era distinto. Había conseguido forjar una amistad con un conocido sospechoso a fuerza de darle fragmentos de información, de ganarse su confianza. Era solo cuestión de tiempo que aquella relación se tradujese en arrestos.

La mayoría de los agentes eran tipos más bien débiles, y Rainer los despreciaba y se despreciaba a sí mismo por no ser capaz de conseguir que le transfiriesen de nuevo al servicio activo. Sus cualidades hubieran servido mejor al propósito de ayudar a Rommel en su campaña en Egipto. En cuanto los británicos sucumbiesen a lo que se había convertido en toda una carnicería, su sostén en Oriente Medio se habría asegurado. Creta proporcionaba las condiciones necesarias para servir a las tropas con todo cuanto precisaban en su ruta a Oriente, desde combustible a suministros. Los tanques de gasolina eran vigilados día y noche para evitar ataques, y el propio Rainer estaba al mando de las tropas estacionadas en las proximidades.

La herida de la pierna le había dejado como secuela una rigidez bastante molesta en los músculos del muslo, y por más que se daba baños de mar y seguía los tratamientos indicados para rebajar el dolor, aquello seguía restringiendo sus movimientos. Rainer comenzaba a darse cuenta de que iba a quedar lisiado de por vida, condenado a desempeñar un trabajo de segunda categoría. Su futuro resultaba bastante desolador, de modo que decidió volcar todas sus esperanzas en cierto doctor de Chania. Merecía la pena intentarlo, dado que los médicos que le atendían habían ofrecido los cuidados más elementales por todo tratamiento, pero tampoco tenía muchas expectativas de conseguir una cura.

El lugar donde el médico atendía no era demasiado prometedor: se trataba de una simple habitación con una camilla, muy cerca del hospital de la Cruz Roja. La primera visita consistió en poco más que una serie de preguntas realizadas por un doctor tuerto que tendría más o menos su edad, a lo que siguió el examen de sus heridas —cómo Rainer movía y doblaba la pierna, básicamente—, y de su musculatura.

—La herida está curada, pero el lateral está completamente contraído y el miembro tiende a volverse hacia el lado opuesto, lo que complica el equilibrio del

cuerpo. ¿Ha oído hablar de la manipulación osteopática? —preguntó el joven médico.

Rainer se encogió de hombros. Nunca antes había precisado de tratamiento alguno.

—Creo que en cuatro sesiones conseguiríamos ciertos progresos, siempre que pueda tomarse un tiempo libre y dejar su unidad.

Rainer dio algunos detalles acerca de su trabajo actual, con cuidado de no dar demasiada información a aquel extraño.

—Estar sentado ante un escritorio no le va a servir de mucha ayuda. Necesita corregir el daño sufrido mediante ejercicios y largas caminatas. Y también mucha natación.

—¿Pero y el dolor?

—Ah, el dolor... Si conseguimos restablecer la ubicación del hueso y equilibrar el cuerpo, el dolor se irá mitigando. El dolor muscular es a menudo un estado mental, causado por las tensiones y los esfuerzos de las responsabilidades adquiridas.

El doctor Androulakis despachó sus problemas como si carecieran de importancia, pero Rainer sentía una curiosidad lo bastante intensa como para aceptar llevar a cabo un par de sesiones con él. Para su sorpresa, las sesiones fueron muy breves, y consistieron básicamente en resituar su espina dorsal y sus pasos: tenía que hacer ejercicio todos los días, aparte de llevar un calzado distinto con el que se suponía que iba a bascular el peso de su pierna herida, estirándola cuan larga era.

Conseguir una cita con aquel doctor, siempre afanado en sus obligaciones, no era tarea fácil, pues trabajaba en una clínica de la Cruz Roja y viajaba por todo el distrito con un pase especial. Había adquirido sus conocimientos de osteopatía en Atenas. Rainer se sintió impresionado por la eficiencia y dedicación que volcaba en su trabajo. Pasaba muchísimas horas en el hospital, y en alguna ocasión Rainer llegó a preguntarse si aquel doctor no tendría trabajando en la clínica a la enfermera que le atendió en la cueva. Pensaba a menudo en ella, pero no había oído ninguna noticia de su paradero desde que decidió entrar en el convento meses atrás. Cuando Rainer pasaba por delante de aquel convento se daba cuenta de que ralentizaba deliberadamente la marcha ante sus puertas, por si acaso la joven se hallaba a la vista; pero los muros eran demasiado altos, y de todas maneras tampoco había ningún indicio de su presencia en las calles, ya fuera comprando o acompañando en sus paseos a los huérfanos que habían sido acogidos en el convento.

—Recuerdo a cierta enfermera ateniense, muy alta, muy rubia... se llamaba Penélope. ¿Trabaja para usted en esta clínica? —preguntó Rainer, mientras la parte inferior de su espalda recibía un duro masaje.

—No —respondió Andreas, con una sonrisa—. Creo que hubiera reparado en una chica alta y rubia de haberse mezclado con mis enfermeras. ¿Qué tal lo nota?

—Mucho mejor durante los últimos días —replicó Rainer.

—¿Por qué tiene tanta prisa en abandonar el trabajo de oficina? Diría que el cuartel general es bastante agradable.



¿Acaso el doctor trataba de sonsacarle información? Fuera o no así, lo cierto era que Rainer se sentía tan relajado que no se reprimió en compartir con él sus deseos de abandonar la isla y unirse a las unidades que combatían al otro lado del mar.

—¿No le gusta entonces nuestra hermosa isla? Muchos la llaman la tierra de los comedores de loto —replicó el doctor, y Rainer no sabía si el hombre hablaba en broma o en serio. Era una pregunta que se respondía a sí misma, sobre todo con él allí tendido, en una postura tan vulnerable.

—Veo que ha perdido un ojo. ¿Fue en combate? —preguntó Rainer, ansioso por cambiar de tema.

—Fue a causa de un estúpido accidente con un arma cargada que sufrí de joven. Por otra parte, prefiero coser gente que volarla en pedazos. —Aquella observación sumió a ambos hombres en un prudente silencio—. Bueno, por lo demás, si sigue así le aseguro que en poco tiempo retomará las armas, pero le aconsejo que no tenga prisa. Le ha costado varios meses recuperarse, puede esperar un poco más. Todavía tengo que seguir trabajando esa pierna.

No tardó Rainer en disfrutar de aquellas sesiones, que le permitían relajarse y comprender que habían sido las tensiones del año anterior las que habían causado tan violenta reacción en su cuerpo. Sentía que sus articulaciones se aflojaban y recuperaban la fuerza, y el dolor ya no era tan intenso.

Durante aquel segundo año de la victoria habían tenido lugar numerosos cambios: la llegada de los oficiales de la Gestapo, unos tipos fríos, asépticos y eficientes, encargados de tamizar la información que les facilitaba cierto agente conocido solo por el nombre de «K». Sabía que acababa de ponerse en funcionamiento un telégrafo en las Montañas Blancas, que transmitía los detalles de todos los movimientos navieros que afectaban a la bahía de Souda. Varios convoyes de apoyo habían sido atacados en rutas estratégicas, pero las fechas y las horas eran demasiado precisas como para que los ataques fueran fruto de la casualidad. El agente K. contaba con la completa confianza del líder de la resistencia local, y los planes para lanzar un ataque sorpresa sobre el grupo de resistentes estaban bien definidos.

Otro motivo de fastidio para los hombres de Rainer era la evidencia de que unos trescientos soldados fugados seguían en libertad, acogidos y abastecidos por los rebeldes de los pueblos vecinos y guiados hasta la costa del sur por pastores y oficiales británicos llegados de El Cairo. Conseguir que abandonasen sus escondrijos no iba a resultar una tarea tan sencilla como al principio habían pensado.

Los más melifluos intentos de engañarlos con voluntarios de sus propias filas que tuvieran parientes ingleses o pudieran pasar por sudafricanos que fingían ser también ellos soldados fugados habían fracasado, y el resultado había sido un buen número de ejecuciones sumarias. Ellos mismos se traicionaban con deslices de lo más estúpidos: ya fuera empleando un argot desfasado, o ignorando los nombres de los jugadores de cierto equipo de fútbol, o no sabiendo algo tan simple como preparar un té, o incluso las letras de una sencilla canción romántica. Ahora, habían decidido que obtendrían

un resultado mejor si enviaban falsos oficiales griegos y policías a engañar a los lugareños que habitaban las colinas.

Pese a aquellos pequeños contratiempos, la moral seguía alta. Rommel estaba convirtiendo la campaña en el norte de África en un verdadero paseo y la resistencia en Creta estaba cada vez más debilitada. Y una cosa sí que podía decirse en favor de la isla: nadie podía convertir a un grupo de bandidos cretenses en un ejército sólido y compacto. Había demasiadas facciones rivales, subordinadas a los egos de aquellos rufianes de las montañas, aquellos tipos bravos pero testarudos como ellos solos.

Era hora de disfrutar de las frutas veraniegas y del sol, y no hacer otra cosa que observar a los destacamentos de logística construir caminos y fortificaciones. A medida que Rainer sentía crecer sus fuerzas, también sentía que su ánimo se hacía más fuerte. Pronto se marcharía de aquella maldita isla. Lo único que hacía era ver pasar el tiempo hasta que tal cosa ocurriese.

Cierta tarde, Rainer paseaba tranquilamente por el puerto, contemplando aquellas oscilantes aguas con el corazón lleno de esperanza. Había unas cuantas tabernas todavía abiertas muy cerca del bombardeado Arsenal Veneciano, y allí vio a su doctor cretense, sentado bajo la sombra de un toldo junto a dos mujeres. Una de ellas era menuda y de piel oscura; la otra era alta, vestía de negro, y tan pronto le vio aparecer, se levantó y desapareció por un callejón. Había algo en su silueta que a Rainer le resultaba familiar. De hecho, hubiera reconocido aquella esbelta figura en cualquier parte. ¿Por qué le había dicho Androulakis que no conocía a la enfermera de la cueva? Solo había una manera de conocer la verdad.

Dirigiéndose hacia la pareja, Rainer saludó haciendo chocar los talones:

—*Herr Doktor*, como ve sigo haciendo mis ejercicios. Me complace ver que sabe disfrutar de su tiempo libre.

El doctor se incorporó, sonrojándose:

—Por favor, siéntese, capitán Brecht. Estábamos haciendo un breve descanso. Le presento a mi prometida.

Rainer vio que la joven también se sonrojaba y tocaba al médico en el brazo.

—Andreas, por favor... todavía no es oficial.

La chica vestía un uniforme de la Cruz Roja, pero por lo demás tenía ese inconfundible perfil aguileño de las judías más bellas. Rainer advirtió que se sentía incómoda en su presencia, pero no era ella quien le preocupaba.

Desvió la mirada hacia el callejón:

—Y en cuanto a la otra damita que he visto que salía corriendo por esa calle... ¿acaso la he asustado?

—¿Athina? Ah, llega tarde a su turno. Me temo que va a tener problemas.

—Qué lástima. Me recuerda a alguien que conocí aquí. Penélope, la enfermera de la que le hablé el otro día. Pero debo estar equivocado.

Vio que la joven fruncía los párpados al oír el nombre, pero se recobró muy deprisa, al tiempo que se incorporaba.

—Discúlpenme. Tengo que hacer algunas compras antes de que cierren las tiendas...

—Qué chica más atractiva. ¿Vive por aquí? —Rainer se inclinó hacia delante, observando a Yolanda con interés mientras esta se alejaba.

—Es de Atenas, y sus padres son muy estrictos... no debí decir que es mi prometida. De momento, es un secreto —murmuró Andreas, echando un vistazo a su reloj.

Y tanto que debía serlo, no fuera que las leyes raciales que habían sido impuestas en Europa llegaran también allí. Estaba prohibido que los soldados alemanes se casaran con judías o mujeres extranjeras, pero evidentemente eso no parecía haber calado en la población griega:

—Su secreto está a salvo conmigo, doctor.

Rainer se levantó y siguió su paseo. Qué interesante, el doctor y su amante... y si la otra joven era Penélope, ¿por qué desempeñaba su labor bajo el nombre de Athina? Sí, qué intrigante era todo aquello... ¿Qué otros secretillos se ocultarían en el lugar?

Penny corrió a ciegas por el ruinoso callejón que conducía a la plaza Splanzia, alejándose lo más posible del puerto, tropezando con aquellos cascotes que jalonaban el camino en su desesperada huida del oficial alemán. ¿La había reconocido, aun vestida como una viuda? No podía arriesgarse a ser vista, y menos ahora, cuando estaba tan inmersa en sus actividades con la red de soldados fugados. ¿Por qué se había dejado tentar para regresar a Chania? Había sido muy estúpido por su parte pensar que pasaría desapercibida entre la gente. Su intención había sido dejar en el convento una carta de disculpa a la madre Veronique por desertar de su puesto, además de visitar a Yolanda y recoger varias cartas de manos de Andreas. Sentarse con ellos en el café no había sido más que un intento por normalizar las cosas, ponerse al día y recibir instrucciones, pero había bastado un vistazo hacia el individuo que cruzaba la calle y verle sonreír en su dirección para correr como alma que lleva el diablo.

Penny ansiaba un poco de compañía, eso era todo. Necesitaba el bullicio de la ciudad, pero ahora había puesto la operación en peligro. ¿Por qué seguía allí el maldito capitán? Había dado por sentado que se encontraba lejos, en cualquier otra parte, pero no allí. En su imponente porte había algo que a Penny le turbaba sobremanera. Y si ella era capaz de reconocerle a lo lejos, sin duda también él debía de haberla reconocido a ella.

Tenía que marcharse en el primer autobús, sin falta: cualquier autobús que se dirigiese al sur, aunque se saliera de su camino y tuviera que caminar un montón de kilómetros para llegar a su destino.

Bruce la había colocado en casa de un mercader, Ike, y su esposa, Katrina, haciéndola pasar por una niñera para sus dos hijos, Olivia y Taki. Ike acababa de

regresar de América, de Chicago, justo antes de la ocupación, y su inglés resultaba muy útil con los fugitivos. Su enorme villa era un santuario para los soldados que, heridos o enfermos, se ocultaban en el sótano. Katrina procedía de una antigua familia de soldados cretenses y podía blandir una pistola o un cuchillo tan bien como cualquier hombre. Por si acaso, nadie se llamaba por su apellido. Cuanto menos se supiera de uno, mejor para todos, pero había una cosa que sí compartían: la ubicación de una vieja cueva funeraria oculta en un olivar en la parte posterior de la casa, un lugar donde podían refugiarse, si todo lo demás fallaba.

En cuanto se acomodó en el hogar de Ike, Penny caminaba regularmente la distancia que la separaba de la cueva de Bluey para comprobar su estado. El soldado debía permanecer allí hasta que Penny le viese lo bastante fuerte como para ir a refugiarse con los otros en el escondite subterráneo que había entre los olivos. Lo que el hombre necesitaba eran legumbres frescas y el calor que desprendían las piedras, pero al menos sus amigos le visitaban a menudo para animarle en su convalecencia. Penny era la chica del grupo, a la que muy frecuentemente la gente veía bajo la sombra de los olivos jugando con el pequeño Taki. Nadie sabía que llevaba comida y bebida al paciente que mantenía oculto en aquella cámara mortuoria minoica. Era una treta perfecta.

Los compañeros del soldado habían decidido llevarle últimamente incluso vino, algo que ella tenía prohibido. Pero tratar de evitar que los australianos dejaran de beber era una tarea inútil. Sus estentóneos cánticos resonaban por todo el valle en la madrugada, hasta que Bruce amenazaba con echarlos de allí a patadas si se les ocurría seguir llamando la atención sobre su posición. Penny se había reunido con él varias veces bajo los olivos, pero nunca a solas, y nunca habían repetido el apasionado encuentro sucedido junto a las cuevas. Por más que ella lo deseara.

Penny regresaba ahora a la villa, saboreando su breve reunión con Yolanda. Le había gustado mucho ver a su amiga tan visiblemente enamorada. No tenían la más mínima oportunidad de charlar en privado ni, obviamente, de poder confesarle lo desgraciada que se sentía tras aquel momento de pasión vivido junto a Bruce. Sabía que estaba formando una resistencia junto con varios de los lugareños con el fin de proteger el telégrafo que habían instalado en las proximidades de la granja. Todo el mundo conocía los riesgos que aquella familia de valientes estaba asumiendo al enviar señales tan cerca de la costa. Que Dios los ayudase si los descubrían.

Katrina pasaba el día ocupada en preparar conservas con sus escasas raciones de azúcar, y recogía cuantos vegetales y hierbas podía para saltearlos y secarlos. La mayor parte de las provisiones las escondían bajo tierra, por si sufrían nuevos ataques aéreos. Enterraron un paquete de aceite y judías en un agujero, bajo los olivos. Si las tropas alemanas llegaban allí para saquear sus armarios lo harían sin previo aviso, y destruirían todo a su paso por el mero hecho de disfrutar de ello.

Un día llegó a la villa una patrulla alemana. El oficial observó cómo uno de sus hombres se hacía con un antiguo icono de la Virgen María, que había pertenecido a la

familia de Katrina durante muchas generaciones. También ella tuvo que limitarse a mirar cómo lo arrancaban de la pared sin murmurar una sola palabra de protesta, pero sus negros ojos relampagueaban de pura cólera. Cuando los alemanes se marcharon, Katrina encendió una vela, se clavó un alfiler en un brazo, mezcló su sangre con la cera y apretó el crucifijo que llevaba al cuello en la mixtura, en tanto murmuraba un hechizo:

—Él y los suyos lamentarán el día en que se llevaron eso de mi pared. —Escupió.

Lo que más preocupaba en el pueblo era ver que la mayoría de la gente era llevada a la fuerza para trabajar en los caminos y canteras, de modo que no tenían tiempo para cuidar de sus olivares y sus cosechas, regar sus cultivos o dar de comer a sus animales. Así que dejaban aquellas tareas a los niños, que hacían el trabajo lo mejor que podían. Numerosas escuelas habían tenido que cerrar tras sufrir intensos bombardeos y los profesores eran condenados a trabajos forzados como cualquier prisionero de guerra, pero algunos soldados australianos asumieron el riesgo de ser descubiertos y, vestidos como los muchachos del lugar, se encargaban del trabajo de campo o ayudaban a ordeñar cabras y a hacer queso en las cabañas de piedra de los pastores. Corrían a ocultarse en agujeros preparados para tal efecto si veían que por el horizonte aparecían los soldados alemanes.

El servicio telegráfico cretense seguía emitiendo en secreto, siempre con un detallado y preciso informe de los movimientos de cada patrulla. Solo en la semana anterior, tres oficiales alemanes habían visitado la casa de Ike para tomar un refrigerio, mientras los compañeros de Bluey seguían todavía en la casa. Penny sirvió a los oficiales manteniendo la compostura, mientras Katrina sonreía y actuaba como la perfecta anfitriona, enfundada en su vestido de algodón americano que acentuaba su prominente pecho, y ninguno de los alemanes se percató lo más mínimo de que por encima de sus cabezas tres australianos apenas se atrevían siquiera a respirar.

Bien entrado el verano, los hombres se congregaban en grupos allá en lo alto de las colinas, planeando ataques y emboscadas cuando obtenían armas suficientes para lanzar un ataque. Cuando pasase el otoño y llegase el invierno, habría menos oportunidades para atacar. No había indicios de que los aliados planeasen un rescate en la isla. Estaban demasiado ocupados en intentar que Rommel retrocediese en el norte de África. El telégrafo había transmitido la terrible noticia de que Tobruk había caído.

Bruce había explicado lo importante que era que la resistencia detallase los movimientos de las tropas y de los convoyes. El enemigo dependía de las provisiones que les llegasen desde Creta, y los fugitivos dejaron escapar su alegría cuando recibieron noticias de que un ataque aéreo sobre los tanques de combustible en las afueras de Chania había destruido miles de litros de gasolina destinados a llenar el depósito de los tanques alemanes. Durante varios días el cielo se cubrió de un espeso manto de neblina. Fue una victoria, por más que decenas de rehenes perdiesen la vida en ello.

Sentada en el autobús que regresaba en dirección este hacia Heraklion, Penny observaba aquellas ruinosas casas, aquellos rebaños dispersos y olivares en llamas, entre los cuales podían verse los restos de los aviones británicos derribados por los alemanes, y no pudo sino preguntarse si alguna vez volverían a tener algo parecido a una vida normal, aquella vida sin aparentes problemas de la que había disfrutado en Atenas. La casa de campo familiar de Stokencourt se le antojaba ahora tan remota... ya ni siquiera podía considerarse ella misma inglesa.

Y pensar que tiempo atrás de lo único que debía preocuparse era de resistirse a los planes de su madre para convertirla en otra de las debutantes londinenses... Ahora se sentía terriblemente anciana, sacudida, llena de moratones, pero al menos mantenía inquebrantable su orgullo de seguir prestando batalla. Había muchos en peor situación que ella: mendigando por las calles, privados de todo, sin un hogar al que poder volver. Ella, a fin de cuentas, tenía un techo, un buen alojamiento. Hasta ahora, podía considerarse afortunada. Pero ver al capitán Brecht tan cerca de ella había turbado su autocomplacencia.

Para cualquiera que posase los ojos en ella, Penny no era más que otra campesina sacudida por la guerra, con sus manos callosas y su rostro tostado por el sol, pero por debajo de aquella fachada su corazón palpitaba con fuerza. De ahora en adelante, se dijo, no volvería a asumir más riesgos que pudieran hacerla ver como una fugitiva británica, especialmente si la encontraban en alguna de las casas del pueblo. Había en Chania un oficial alemán que ya recelaba de ella. ¿Qué sucedería si ordenaba registrar el lugar en su busca? Jamás se perdonaría a sí misma si sus acciones pusieran en peligro las vidas de sus camaradas griegos.

Cuando concluyó el turno de Yolanda, la joven caminó hasta su casa presa de un profundo cansancio. Había atendido a unos pobres niños que habían activado sin querer una bomba sin detonar: tres habían muerto en el acto y dos sufrieron la mutilación de casi todos sus miembros. Mostrar aquellos cuerpos marcados para siempre por el horror a sus propias madres fue algo insoportable. A Yolanda le pesaba en el alma la frustración de no poder hacer apenas nada cuando por todas partes menudeaban aquellas bombas indetectables, ocultas y letales, particularmente donde jugaban los niños.

Cuando cruzó la puerta había un grupo de mujeres reunidas alrededor de la mesa, y todas ellas la observaban con miradas feroces, de modo que Yolanda no pudo sino preguntarse a qué nuevas prohibiciones la someterían ahora.

—Siéntate —le ordenó la tía Miriam, señalando una silla.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Yolanda, dejándose caer en ella, acalorada y exhausta. Lo único que quería era cerrar la puerta de su dormitorio y dormir para olvidar los horrores de aquel día.

—Eso es lo que yo debería preguntarle a mi propia hija... ¿Qué ha ocurrido? Te

han visto —dijo su madre, sin mirarla.

—¿Me han visto dónde? ¿Qué significa todo esto?

—Te han visto a plena luz del día, sentada en un lugar público junto a dos hombres, uno un alemán y los dos gentiles.

Se hizo el silencio, y las mujeres insistieron en mirarla con mayor acritud, aguardando una respuesta.

—Oh, te refieres al doctor Androulakis. Ya os lo presenté; es mi jefe médico —dijo con una sonrisa, aliviada—. Estábamos descansando. La mañana ha sido de lo más espantosa. Supongo que os habréis enterado de esa bomba que ha estallado en el distrito Kastelli, lo de los tres niños que...

—No quiero excusas, lo que quiero es una explicación. Estabas sentada sola con un hombre, y luego un oficial alemán llegó y se sentó a tu lado.

—Lo siento, ha sido una mañana terrible y me encontré con Penny... Nos fuimos a tomar un café, o como se le llame a eso ahora. —Trató de bromear. Aquello no iba bien, y Yolanda se preguntaba si podría ganárselos así—. El doctor Androulakis se sentó en nuestra mesa y luego llegó uno de sus pacientes cuando Penny se marchó. No podía mostrarme descortés.

—Os vieron riendo juntos. No está nada bien, avergonzarte a ti misma en público de esa manera, pavoneándote cuando estás a punto de ser desposada. ¿Qué pensará Mordo? —dijo la tía Miriam.

Yolanda se levantó de un salto.

—¿Quién ha dicho nada de casarse? No tengo la menor intención de ser... *desposada*, y menos mientras tengamos que sufrir esta horrible ocupación y vivamos bajo una estrecha vigilancia.

—Pasas demasiado tiempo sola con ese doctor en la clínica. Eso tiene que acabarse.

—Andreas es un doctor excelente y un hombre muy valeroso —respondió Yolanda cruzándose de brazos, desafiante.

—Tú no eres la hija que hemos visto crecer. Y él no es uno de los nuestros.

—En tiempos como estos, ¿acaso importa tanto? ¿Y quién me está espiando? —exigió saber, airada.

—¿Así que te gusta? Lo que me temía —suspiró su madre—. ¿Cómo puedes hacerle esto a tu propia familia?

—No he hecho nada. Sí, el doctor y yo nos hemos vuelto muy... íntimos a causa de nuestro trabajo. Es un buen hombre. ¿Tengo acaso que dudar que queráis verme feliz al lado de un buen hombre?

—Solo nos sentiremos felices si te vemos al lado de un buen judío. Eso es lo que esperamos, si queremos sobrevivir. Llevas en tu seno la semilla de tu raza. No debe haber mezclas de raza o religión. Nunca funciona.

—En Atenas teníamos amigos que se casaban con griegos. Y vosotros siempre me dijisteis que el corazón debe sentirse libre para elegir a su compañero en el

camino de la vida. Penny es una gentil, pero salvó la vida de papá. ¿También se os ha olvidado ya eso?

—Eso era entonces. Esto es ahora —se limitó a responder su madre.

—Menudo argumento.

—No conteses así a tu madre bajo mi techo, desagradecida —respondió la tía Miriam—. Recuerda el mandamiento, honrarás a tu padre y a tu madre...

—¿Cómo puedo honrar algo injusto y prejuicioso? —gritó Yolanda.

—Yolanda, ya has dicho suficiente. No lo empeores más de lo que ya está. Debes abandonar la clínica de inmediato y venir a casa y aprender a obedecer nuestra ley. — La madre de Yolanda había cambiado muchísimo desde que la familia se instaló allí, y defendía hasta las reglas más estrictas de su religión, cuando tiempo atrás se contentaba con ignorarlas—. Si tu padre escuchase tanta desobediencia e ingratitud de tus labios le matarías del disgusto. Ahórrame el deber de tener que contarle todo esto.

—¿Por qué me obligáis a elegir? Por favor, no me pidáis que deje mi trabajo. Si hubierais podido ver las heridas de esos pobres niños, y las caras de sus madres al tener que verlos, os aseguro que se os partiría el corazón. Dios escucha las plegarias tanto de judíos como de gentiles cuando ponen el alma en ello. No hace distinciones. ¿Cómo voy a sentarme aquí a coser y cocinar cuando hay tanta gente que necesita ayuda? No podéis pedirme esto, no podéis —gritó, huyendo de aquella habitación repleta de mujeres airadas que se habían erigido en jueces de su moral. Aquel horrible día había acabado todavía peor. Si tenía que decidirse por algo, Yolanda sabía que con su decisión les rompería el corazón.



Siempre hay un momento, en mitad de las vacaciones, en que piensas que ya lo has visto todo, especialmente cuando tienes mi edad. Ya has dado todos los paseos por la playa que tenías que dar, ya has pasado suficientes mañanas observando a la gente desde el resguardo de tu sombrilla, ya has ido a todos los museos, a todas las iglesias y tabernas, y ya empiezas a cansarte del sol. Lo que yo necesitaba ahora era un buen libro y mi propia compañía. Y no tener que responder más preguntas sobre mis vivencias durante la guerra. Aquella visita había hecho que mis recuerdos aflorasen incluso en mis sueños, haciéndome sentir a un tiempo vieja y cansada, y terriblemente ansiosa por saber lo que me tocaría descubrir después.

Lois no paró de armar jaleo, pues se imaginaba que me caería a la piscina o que me moriría de una insolación si me dejaban en la villa y Alex y ella se iban a la montaña de excursión: acompañados, por supuesto, por Mack, que se había convertido en su habitual compañero de correrías.

Para mí era una bendición poder ocultarme entre los olivos y no hacer nada. Encontré un árbol añoso, de ramas retorcidas y con una protuberancia en el tronco a modo de vientre, que a sus más de... ¿cuántos?... ¿cien, doscientos años?... seguía en pie, orgulloso, desplegando hacia el cielo sus esculturales ramas, y todavía brindando al mundo su cosecha de aceitunas. Me recordaba a uno que conocí muchos años atrás, un árbol de rostro amistoso. ¿Raro? Lo cierto es que nunca he podido mirar un árbol centenario sin ver a la criatura viviente de su interior. Son tan majestuosos...

Todo había cambiado tanto que resultaba irreconocible. Ya no podía abrirme camino por las colinas que en otro tiempo ascendía con tanta facilidad, ni oler el aroma del tomillo entre mis dedos, ni escuchar el chirriar de las cigarras que ensordecen todo intento de conversación. Pero muchas cosas permanecían imperturbables: aquellos vibrantes colores de Creta; la púrpura buganvilla que se arqueaba sobre los muros como el lomo de un gato, los melocotones abiertos de tan maduros, el mar turquesa, los arenosos ocres de las torres del monasterio, el cerúleo cielo... La chica bajo el olivo es ahora una *yiayia* sentada a su sombra, tratando de recordar por qué motivo había decidido estar tan lejos de un lugar tan hermoso, y por tanto tiempo. Nunca piensas que vas a hacerte vieja, pero un día descubres que así es...

Sentí que el sueño se apoderaba entonces de mí: una buena manera de escapar de los recuerdos. Los recuerdos de lo que sucedió después.

En el lado opuesto de Chania, Rainer tomó un taxi para acudir a la playa de Georgioupoli, una pequeña ciudad a medio camino entre Chania y Rethymno, en la costa norte. Quería hacer una pausa en sus peregrinaciones, pasar un día a orillas del mar, en la extensión dorada de la costa que en otro tiempo conoció tan bien. Encontró un lugar desierto donde el río se unía a la línea costera, un espacio en el que sentarse a la sombra con un libro y sentirse como otro turista cualquiera. Hora de no hacer nada, de no pensar en nada. Había comprado una traducción alemana de *Los vientos de Creta*, de David McNeil Doren, y por un momento fantaseó con la idea de seguir los pasos de aquel autor que había vivido en Creta en los años 60 con su esposa danesa.

Lo que antaño no había sido sino un tranquilo pueblecito pesquero ahora era un agitado destino vacacional, popular entre los turistas alemanes y escandinavos, famoso por sus hileras de gigantescos eucaliptos y sus conexiones con la realeza y la aristocracia. Aquello endulzó su humor, y, además, sabía que en los alrededores había muy buenas tabernas donde comer el mejor pescado.

La carretera Nacional que conectaba con los pueblos costeros del norte había acelerado el progreso del lugar. Recordaba Rainer haber emprendido un viaje lentísimo en la parte trasera de un camión para llegar al enclave en el que ahora se encontraba; estaba con unos amigos con los que disfrutaba de un permiso: se tendieron en la arena, desnudos, y se zambulleron en el mar, borrachos como cubas a sabiendas de que en unas horas tenían que prepararse para zarpar al norte de África. Cómo los había envidiado por poder marcharse antes que él...

Despertó de su ensoñación, dejó a un lado su libro y enfiló sus pasos hacia el mar. No era buena idea pensar en el pasado, y menos para perder el sosiego. El tiempo había barrido todos aquellos pensamientos sensibleros de su organismo.

## NOVIEMBRE, 1942

Las tareas de la mañana habían tocado a su fin: los pollos corrían libres por la granja, los niños habían comido y bebido. Era un luminoso día de noviembre. El sonido de un silbido atravesó de pronto los oídos de Penny. Era el aviso, la alerta.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Tropas, cientos de ellas. Tú sigue a lo tuyo, como si no pasara nada. Los hombres saben ocultarse en las colinas —exclamó Katrina a través de la ventana.

De pronto los soldados estaban allí. Las apartaron a un lado y entraron con potentes zancadas en la villa, echando abajo las puertas. Llevaban los perros sueltos, y Penny sabía que se abalanzarían sobre quien se atreviese a hacer el menor movimiento.

El primer pensamiento de Penny se dirigió a los hombres que se ocultaban en la cámara mortuoria. Rezó a Dios por que hubieran oído aquel ruido y alguien se hubiese ocupado de cubrir el lugar con la losa. ¿Estaban lo bastante lejos como para no ser olfateados por los perros? Penny cogió su cesta llena de ropa e hizo ademán de marcharse.

—*Kalimera* —dijo, sonriendo a un soldado con los labios, pero no con los ojos.

—¿Adónde vas con eso?

La miró, suspicaz.

—Llevo estas prendas a la anciana señora.

Señaló a una casucha de piedra, donde vivía la viuda Calíope. El soldado cogió la cesta y tiró la ropa limpia al suelo.

—¡Métete en la casa!

Penny no podía hacer otra cosa que regresar sobre sus pasos en dirección a la villa, deseando que Ike hubiera escapado por la parte trasera, pero cuando entró vio que todos estaban allí, obligados a mantenerse inmóviles a punta de pistola.

—¿Qué significa esta intrusión?

Ike se mantenía firme.

—¡Documentos! —le ordenaron, e Ike sacó una cartera de cuero llena de papeles.

—¿Es usted Ilias Papadakis?

—Así es.

—Acompáñenos.

Ike dirigió una mirada inquieta a su esposa.

—¿Pero qué sucede? Nuestros documentos están en orden.

—No haga preguntas y síganos. ¿Es esta su esposa? —El soldado miró primero a una mujer y luego a la otra—. ¿O es que tiene dos?

—Yo soy Katrina Papadakis.

—¿Y esta quién es?

El soldado miró a Penny.

—Mi criada, Athina.

Aquello pareció satisfacer al alemán, y empujó con el hocico del arma a Ike hacia la puerta. Ike se volvió en dirección a su esposa, como señal de despedida.

—Asegúrate de que a las mulas no les falte agua, Katrina. No te preocupes. Esto es un error. Volveré pronto a casa.

Ike se unió a una fila compuesta por hombres del pueblo, que desfilaban colina abajo, embutidos entre dos hileras de soldados armados, y allí fueron subiendo uno a uno a la parte trasera de un camión. Aquello no era una redada ordinaria. Katrina dejó escapar un aullido de angustia cuando vio que la polvareda que levantó el vehículo desaparecía de su vista.

—¿Qué será de ellos? ¿Quién nos habrá traicionado?

Penny abandonó la villa a la carrera, y corrió a través de los olivares hasta el lugar en el que los fugitivos se escondían, bajo aquella enorme losa que solo les dejaba una estrecha rendija de aire para respirar. Habían escuchado el retumbante eco de los gritos y los ladridos de los perros, y decidieron ocultarse por lo que pudiera ocurrir. Penny les llevó agua fresca y comida, y les ordenó que no se movieran de allí hasta no recibir noticias de lo que había sucedido.

Era ya medianoche cuando un mensajero llegó desde las colinas con noticias de nuevos arrestos por todo el distrito. El líder del grupo de la resistencia, Andreas Polentas, había sido arrestado, y el encargado del telégrafo que operaba desde una casa en el pueblo de Vafes fue detenido cuando trataba de escapar:

—Cuarenta hombres buenos han sido arrestados y ahora están en manos de la Gestapo... pero no el telégrafo —dijo el mensajero, con las mejillas rojas de pura ira.

—¿Cómo es posible?

—Es posible gracias al rápido proceder de la hermana del operador, Elpida. Sabía que los papeles con los códigos estaban en los pantalones de su hermano y cuando este se marchó ella le hizo ponerse una chaqueta mejor: tomó entonces los papeles y los escondió. Sabía dónde ocultaban la radio, de modo que decidió echársela a la espalda y ahora la protege en una cueva a punta de pistola. Ahora nadie sabe dónde está, con lo cual nadie podrá revelarle su ubicación al enemigo... Que Dios los proteja de esos malditos asesinos. ¡Nos han traicionado! Todos los contactos de Polenta han sido detenidos.

Se persignó, antes de dirigirse de nuevo a las colinas.

Nadie logró conciliar el sueño aquella noche. Los niños no cesaban de llorar pidiendo que volviese su papá, y Penny y Katrina tuvieron que turnarse para confortarlos.

Supieron después que el alcalde y su ayudante habían marchado a Chania para protestar y defender a los lugareños, pero no regresaron: también ellos habían sido detenidos.

—¿Qué quiso decir Ike con lo de las mulas? Si no tenemos ninguna, ¿verdad? —dijo Penny.

—Es una clave que ambos compartimos. Debo ir a hablar con mis padres y hermanos. Este acto debe recibir su justa venganza, y el hombre que dicen que ha traicionado a sus amigos ha de morir... —Katrina lloraba desconsoladamente, angustiada por lo que pudiera pasarle a su marido—. Ike no ha hecho nada más que asistir a las reuniones...

Penny no respondió. No servía de nada recordarle a Katrina que en sus tierras ocultaban a fugitivos ingleses. Había armas ocultas, enterradas, y un alijo de comida, que también estaba prohibido tener. Tenían que dar gracias a Dios por que los australianos no hubieran estado en aquel momento en la casa, tomando el desayuno. Debían marcharse de allí de inmediato, por si tenía lugar un registro más expeditivo. El enemigo era muy meticuloso en esa clase de asuntos.

—Voy a llevarme a los muchachos de aquí —anunció Penny.

Katrina levantó la vista, alarmada:

—No puedes ir tú sola, hay controles.

—Quienes me acompañan son soldados, y lo haremos cuando caiga la noche. Cuando nos visitó por última vez Panayotis me habló de la ruta sur. Es muy peligroso que nos quedemos aquí, habida cuenta de las circunstancias.

—Pero esta es tu casa. Panayotis insistió en que te mantuviéramos a salvo. La gente se dará cuenta si de pronto desapareces. Y el invierno se acerca.

—Volveré. No te dejaré sola. Cuando Ike regrese, lo pensaremos mejor. Has sido tan amable con nosotros... Si algo te ocurriese, ¿cómo podría yo vivir?

—¿De veras crees que regresarán de esa prisión de muros blancos, donde la muerte ha hecho su residencia? —Katrina se quedó mirando fijamente su nuevo icono de la *Panagia*—. Ella nos ayudará ahora que tanto la necesitamos.

Penny suspiró, temiéndose lo peor para quienes estaban en la prisión Agia. Se dirigió a la cámara mortuoria para decirles a los chicos que debían prepararse y ponerse en marcha. Entonces se sentó bajo su olivo favorito hasta que oscureció. Su cara le recordaba a la del tío Clarence, con aquellos bigotes y su correosa pero amable expresión.

Era curioso el cariño que había desarrollado hacia aquel árbol, cuyas ramas formaban un espeso escondrijo donde podía pensar sin que nada la perturbase, y rezar para que Bruce estuviera a salvo. Allí podía reflexionar sobre sus más recientes encuentros con él, uno por uno. Estaba segura de que Bruce la amaba, pero no podía comprometer su futuro mientras viviesen bajo aquel peligro diario. Ahora se daba cuenta de la sensatez que mostraba al mantener la alerta, sacrificando sus propios deseos por el bien ajeno, cuando tantos peligros se cernían en torno a ellos.

¿De veras Penny tenía lo que se necesitaba para conducir a los hombres por aquel pedregoso sendero que apenas conocía? Recordó entonces sus expediciones por la montaña, en su vida pasada. Si alguien podía hacer aquel trabajo, era ella. A lo mejor,

después de todo, sí era una cabra montesa: ágil de miembros, rápida de pies. Pero los soldados aliados estaban lejos de serlo. Bluey se estaba recuperando a duras penas, pero no tenía todavía el cuerpo como para caminar un par de kilómetros, así que quince aún menos. Si todo lo demás fallaba, Frank y Reg podrían cargarlo a la espalda: ese era su coraje, esa era la lealtad que se mostraban los unos a los otros.

La senda era traicionera, y había que tener en cuenta que los zapatos de los soldados estaban hechos improvisadamente con restos de neumáticos, atados por medio de correas de cuero. Tenían frío e iban mal vestidos, pero al menos mantenían el buen humor. La noche era clara y la luna brillaba lo suficiente como para seguir el camino sin demasiadas complicaciones. Fue la ascensión a la colina lo que hizo que Bluey se encontrara enseguida en problemas. Lo llevaron en turnos, formando una especie de silla con los brazos, para poder llevarlo por los más agrestes senderos. Las sombras se extendían sobre ellos y los sonidos de la noche resonaban entre las rocas.

—Debéis seguir mi paso —ordenó Penny.

—¡Negrera! —La maldijo Frank entre dientes, en inglés, pero mantenía el ritmo. Penny sonrió, consciente de que la cabaña del pastor estaba justo encima de la línea marcada por la nieve, y rezó por que el viejo y su hijo estuvieran envueltos en sus mantos, con un brasero a sus pies.

Ya empezaba a amanecer cuando comprendieron que habían estado dando vueltas en círculos, y que solo unos metros los habían separado de dar con la cabaña. Bluey estaba exhausto y ya no podía seguir adelante.

No obstante, Manolis y Giorgos habían recibido el aviso de que hacia allí se dirigían los fugitivos, y les abrieron las puertas al humeante calor de su alquería, y les ofrecieron una tibia leche de oveja que enseguida revivió su decaído ánimo. Penny dejó a los soldados al cuidado de ambos hombres, y se despidió del grupo con profunda emoción; los muchachos le prometieron que llamarían Athina a sus primogénitas, si volvían a casa sanos y salvos.

Penny decidió llevarse unas cuantas ovejas montaña abajo como si de una pastorcilla se tratase, una joven campesina que hubiera sacado a su rebaño a tan temprana hora por miedo al mal tiempo. Nadie interrumpiría sus pasos a plena luz del día. Las ovejas eran tan intratables como ella misma, y no les sentó bien verse separadas del resto del rebaño, pero con ayuda del cayado Penny logró organizar su avance hasta que supuso que ya no habría peligro en dejarlas sueltas.

Regresó a una casa en la que pesaba la tristeza: habían llegado noticias de que los hombres habían sido trasladados a la prisión Agia, como Katrina se temió. Los soldados habían regresado en gran número para buscar el telégrafo de Vafes, y en sus intentos por localizarlo habían destrozado la casa, empezando por el mobiliario y terminando por la vajilla, en una orgía de destrucción. Elpida, sin embargo, había permanecido sigilosamente en la cueva.

Entonces, dos semanas después, justo cuando habían perdido toda esperanza, Ike regresó, delgado, lleno de moratones y presa de un turbador silencio. No habían

encontrado pruebas contra él, pero había pasado muchos días sin llevarse nada a la boca. Habían torturado a tres hombres, rompiéndoles los huesos mediante los métodos más crueles hasta que, incapaces de caminar, los ataron juntos y los ejecutaron en el patio. Las mujeres supieron aquello más tarde, por otras personas. Ike apenas dijo nada al respecto. Apretaba los puños y escupía con rabia, mostrando sus dientes rotos. El nombre del traidor estaba en boca de todos, pero nadie murmuró siquiera su nombre.

—Serán vengados —dijo Ike—. Y el traidor conocerá el frío de nuestros cuchillos una de estas noches. Dejémosle que viva un poco con la incertidumbre de no saber ni cuándo ni dónde derramaremos su sangre. Dejémosle que gaste sus monedas de plata en vino y putas, eso solo lo acercará un poco más a su destino.

Se hundió en el lecho, sacudiendo la cabeza de pura angustia.

Katrina tomó una palangana y se arrodilló para limpiarle los pies con una esponja.

—Ven, duerme, descansa. Ya estás en casa.

Miró Katrina a la esquina que hasta entonces había estado ocupada por el icono. La cerosa imagen del crucifijo seguía allí, como un recuerdo constante. Esa noche recaería una nueva maldición sobre el traidor.

Penny se alejó sin hacer ruido y se dirigió a su cama para dejar a la pareja un poco de intimidad.

Fue una Navidad muy triste, y un terrible Año Nuevo. La pérdida de tantos hombres buenos significaba que no habría ni bailes ni celebraciones. La comida era escasa y nadie tenía siquiera fuerzas para volver a levantarse, pero no por ello dejaron de entonar sus tradicionales canciones de libertad, conscientes de que la vida sería todavía más dura en 1943.

Rainer Brecht fue ascendido a mayor. Sus expediciones lograron decenas de arrestos, pero ninguna radio. Le informaron de que las sucesivas torturas habían dejado moribundos a los principales líderes de la resistencia, pero no habían conseguido localizar ningún telégrafo. El invierno obligaba a que la guarnición se mantuviese cerca de la base, y en los barracones creció el temor tras las noticias de la derrota en El Alamein.

Muchos de sus camaradas habían muerto en el desierto. Otros habían sido trasladados nuevamente a Maleme, cegados por el sol, con heridas infectadas, gargantas paralizadas y sus esperanzas de granjearse nuevas victorias tan deshechas como sus uniformes.

Su celebración de Navidad se limitó a coger una buena borrachera, entonar unos cuantos villancicos y regalar a sus hombres un buen banquete; el aburrimiento los estaba convirtiendo poco a poco en un hatajo de alcohólicos. Ya nadie hablaba de un posible traslado. Rainer aún podía ofrecerse voluntario para servir en el frente ruso, pero solo un demente cambiaría el calor por aquel erial helado y una muerte segura.

Trató de divertirse jugando a las cartas y bebiendo con Kurt Anhalt, que no era uno de sus mejores amigos pero por lo menos estaba tan aburrido como él. Entre los hombres de la guarnición las bazas se jugaban apostando cualquier cosa que tuvieran a mano. Fue así como Rainer supo hasta dónde llegaba el pillaje de sus soldados.

—Los campesinos no tienen nada que merezca la pena tomar salvo la virginidad de sus hijas. Eso se lo dejo a mis hombres, pero de vez en cuando también saquean alguna baratija en los mejores hogares y en las iglesias: alguna antigua ánfora, crucifijos... Tú eres nuestro experto. ¿Qué piensas de esta cosilla?

Kurt sacó un toro de arcilla exquisitamente labrado, una pieza perfecta de artesanía minoica.

—¿Dónde lo has conseguido? —preguntó Rainer, pues sabía que aquella obra tenía miles de años.

—Ni me acuerdo. En alguna repisa, si es que no salió de la tierra —replicó su compañero con un guiño—. ¿Es viejo?

—¿Cuánto quieres por él? —Rainer lo recorrió cuidadosamente con la yema del dedo.

—Nada que puedas pagar, pero tengo algo más que puede interesarte.

Kurt le mostró una pieza de madera bien envuelta, y al abrirla dejó ver que se trataba de un precioso icono de santa Katerina. Debía de pertenecer a la escuela cretense de iconografía: era una de sus más bellas muestras. La acarició reverentemente, consciente de que era una obra sagrada.

—¿No te gusta?

Kurt se encogió de hombros:

—Sus ojos me siguen por todas partes. Me da escalofríos. No, no me tiran las cosas religiosas. Si ganamos la próxima mano, es tuya. Hay muchas más donde la encontramos. Cuelgan de cada pared de cada casa... al menos de las decentes. Es increíble lo supersticiosa que es esta gente. ¿No es esta la que terminó en el potro? Vaya, no parece que me haya olvidado de lo que me contaron los curas. —Kurt rio a carcajadas—. Bah, quédatelo. No vale nada. Y veo que te gusta.

—Tengo una hermana que se llama Katerina. Creo que le gustará. Lo envolveré bien y se lo mandaré para su cumpleaños.

Rainer no pensó más en el icono hasta que lo envió a Alemania, pero una semana después de la partida de cartas, Kurt murió en una emboscada, apuñalado en un callejón. Veinticinco rehenes fueron ejecutados por aquella muerte. El correo procedente de Alemania era cada vez menos seguro, pero finalmente Rainer recibió una carta de su madre, agradeciéndole los manteles de encaje y los cigarrillos para el padre de Rainer que había enviado como regalo de Navidad. Pero aquella carta también contaba que la pobre Katerina se había caído de su bicicleta en el apagón que siguió a un bombardeo aéreo. Estaba en el hospital, con una herida en la cabeza que le estaba causando terribles ataques, pero quería decirle que le había encantado aquel cuadro sacro que representaba a su tocaya.



Lo que más le preocupaba a Rainer era lo que no se decía en la carta. Por lo que podía entender entre líneas, las cosas no iban bien en Alemania. La noticia de que estaban sufriendo bombardeos le sorprendió enormemente. Los soldados que operaban en Creta tenían entendido —pues así se les había informado— que las fuerzas aéreas inglesas no contaban apenas con efectivos y que los americanos habían sufrido graves pérdidas en su ejército; y, con todo, ahora su hermana estaba herida. Había pasado Rainer tanto tiempo allí que empezaba a olvidarse de su país. Se preguntaba si alguna vez volvería a ver a su familia. Habían pasado dos años desde que se marchó y de pronto empezó a sentirse impaciente, como enjaulado.

¿En quién podías confiar allí, salvo en tus propios hombres? Desde luego, no en las gentes del lugar, ansiosos por mostrarse serviciales... Hasta Rainer habían llegado algunos rumores que afirmaban que el doctor de Chania que había curado su cojera no era lo que afirmaba ser: que formaba parte de una red de la resistencia cuya misión consistía en pasar información a través de una línea invisible que ni los alemanes podían penetrar. Los comerciantes y mercaderes les sonreían, les hacían entrega de sus suministros con prontitud, dejaban escapar los ruidos adecuados... ¿pero quién sabía qué había detrás de aquellos rostros brunos?

La muerte de los últimos represaliados no había servido sino para inflamar los ánimos de la población y provocar nuevos actos de violencia. Hasta el más idiota podía comprender que aquella raza no había nacido para dejarse intimidar por nadie. Que Dios ayudase a la guarnición si los cretenses la tomaban y era pasto de sus deseos de venganza. Rainer había visto lo suficiente como para imaginar cuál sería entonces su destino.

Yolanda se andaba con el mayor cuidado en casa, dividida ente su deseo de intentar mostrarse como una hija obediente y hacendosa y el de persuadir a su familia para que la dejaran seguir con Andreas. Nadie pronunciaba su nombre, pero su presencia flotaba en el ambiente como el incienso. La madre de Yolanda suspiraba y dedicaba a las cosas una mirada inerte cuando se ocupaba de sus tareas.

El compromiso con Mordo parecía haber quedado olvidado y pronto se vio reemplazado por las noticias de su próximo casamiento con Rivka Katz. Se trataba de una joven costurera, y sin duda, a juzgar por los comentarios, iba a ser una esposa mucho mejor de lo que Yolanda pudiera serlo jamás. ¿Acaso la madre y el padre de Yolanda no se daban cuenta de lo que esto significaba?

El nicho de posibles novios iba haciéndose cada vez más escaso. Menudeaban ahora las jóvenes atractivas que buscaban marido. Los chicos que habían podido sobornar a las autoridades para abandonar la ciudad ya hacía tiempo que habían desaparecido, y otros muchos habían sido trasladados a los campos de trabajo nazis. Pensaba Yolanda que este hecho podía actuar en su favor, y que acabaría por minar la oposición de su familia de la forma en que el agua socava la piedra.

Al menos le habían permitido seguir trabajando como enfermera en la clínica. El rabino había mediado en la familia, y declaró en favor de Yolanda al decir que era bueno para los judíos que desde fuera se les pudiera ver ejerciendo un trabajo esencial para la sociedad.

Yolanda comenzó a viajar a las afueras de la ciudad con otros voluntarios, provista de comida y ropa para las familias enfermas y hambrientas que se habían visto afligidas por el duro invierno y la pobreza. La clínica solo tenía un pequeño almacén para preservar vitaminas, de modo que desde el hospital se solicitó a los sacerdotes locales que interviniesen y trataran de conseguir suministros en el hospital de la guarnición, que donaban lo que podían de sus propias reservas. A los que trabajaban allí ya no les importaba lo que pudiera suceder con aquellos preciados medicamentos. Salvar a los niños del hambre era lo único que les movía ahora.

La cosecha de aceitunas y aceite había sido muy pobre, y la mayor parte de lo obtenido se lo habían arrebatado las tropas de ocupación. Sin aceite, pocos podrían sobrevivir a los rigores del invierno. La madera era escasa, los árboles eran talados uno a uno e incluso los muebles eran utilizados como combustible. Las mujeres se extenuaban en su inacabable búsqueda de madera a la orilla del mar, o caracoles, o hierbas de montaña. Mataban a las cabras y a las ovejas. Yolanda lloraba al ver a niños de corta edad alargando las manos hacia los soldados alemanes, pidiéndoles algo de comer. Por lo menos, muchos de ellos les daban trozos de chocolate y un poco de pan para compartirlo con el resto. ¿Quién podía mirar al rostro de un niño hambriento y no sentir piedad?

Pero por cada alemán bueno había otros de diferente calaña, el apestoso borracho, el tipo de boca hedionda cuya palabra era una ofensa, el codicioso glotón y el arrogante que se abría paso apartando de su lado a los cretenses y prácticamente arrojándolos bajo las ruedas del tráfico, en su prisa por encontrar algo de diversión en la ciudad.

Las enfermeras solían tratar a las chicas que trabajaban en los burdeles a causa de las heridas recibidas, heridas de las que Yolanda no podía ni hablar a sus padres.

Su familia pensaba que protegían su honor, pero ella, a su vez, le protegía de saber cuál era el verdadero precio de la ocupación. El mundo estaba cambiando tanto que apenas era posible reconocerlo, y la gente, confundida, se aferraba a sus costumbres de siempre. En su fuero interno, Yolanda sabía que en ese sentido su familia no era distinta del resto, pero saberlo no hacía su vida más fácil.

La clínica privada de Andreas al menos sabía abastecer sus magras reservas de medicamentos, y también de información: los oficiales a los que atendía le dejaban caer pequeños retazos de información, enormemente útiles para saber qué fuerzas habían sido desplegadas y dónde. Sonsacarles aquellos datos, sin embargo, no carecía de riesgos.

Andreas nada sabía del terrible ataque aéreo sufrido en las proximidades de Vrisses, pero muchas valientes jóvenes arriesgaban su vida en los cuarteles generales

alemanes al pasar detalles cruciales acerca de los arrestos que habían tenido lugar y de la identidad de quienes habían sido ejecutados, y no dejaban de asumir aquel riesgo ni siquiera cuando los alemanes sabían que se ocultaba un traidor en sus filas, un agente encubierto entre los encargados de trabajar como intérpretes. El agente K había sido trasladado, por su propia seguridad, a una villa cercana a la calle Venizelou, pero en cuanto la resistencia tuvo conocimiento de la dirección, los días del agente estaban contados.

Una noche, Andreas se reunió con Yolanda en el lugar donde solían encontrarse en secreto, y apareció con las mejillas rojas y apenas capaz de tomar aliento:

—Me están siguiendo. He tenido que dar esquinazo a un tipo. Me temo que cierto rehén ha hablado en la prisión, bajo tortura. Ahora, su madre está loca de dolor, vagando por las calles como una endemoniada y gritando a quienquiera oírle que su hijo es inocente y que es a otros a quienes deberían ejecutar, hombres que saben más que él. Y ha acusado a nuestra clínica. No me atrevo a arriesgar la vida de mi gente. Así que me marcharé. Otros tomarán mi lugar. Yo seguiré haciendo mi labor allá arriba, *sta vouna* —dijo, señalando hacia la sombría cordillera montañosa—. Y tú vendrás conmigo. Aquí no tenemos ningún futuro. Si me capturan, te cogerán a ti y a tus padres, no necesitan muchas excusas para hostigar a los judíos. Han hecho llegar un nuevo contingente de oficiales de inteligencia para endurecer todavía más las cosas. Ayer mismo escuché a uno de mis pacientes quejarse precisamente de esto. Aquí tu comunidad ha tenido suerte, pero en la península la historia es muy distinta.

—No puedo marcharme si mi familia está en peligro —dijo Yolanda, entre sollozos.

—Si te quedas los pondrás en peligro. Todo el mundo en la clínica sabe de nosotros, a la gente no le cuesta soltar la lengua, y también hay gente que espía por dinero, delincuentes habituales sin una pizca de lealtad que no tienen reparos en delatar si eso les permite conseguir un poco más de alcohol, cigarrillos o putas. No hay tiempo que perder. Ruego a Dios que todo esto acabe pronto, pero hasta entonces tendremos que sobrevivir como podamos. Pero no me iré si tú no...

—Por favor, vete. Te seguiré cuando pueda, ¿pero cómo lo haré?

—No, nos iremos juntos. Actúa de manera normal, como yo, pero cuando te dé la señal, una de estas tardes, nos marcharemos, sin más. Hay rutas secretas en las afueras de la ciudad que permiten evitar los controles. Haremos como si fuéramos una pareja de amantes que simplemente quiere disfrutar de un paseo, así que no llevaremos botas ni equipaje —dijo, sonriendo mientras miraba los pies de ambos—. Como si tuviéramos unos zapatos medio decentes, ni entre los dos hacemos una miserable bota. Lleva tu uniforme. Escribe una nota y trae solo tu bolso y tus documentos de identidad.

Yolanda se sentó: aquel plan la había dejado sin aliento.

—¿Cómo voy a abandonar a mis padres? Tú tienes familia allí —suspiró, haciendo un vago gesto hacia las colinas—. ¿Qué va a ser de mí... una judía entre

cristianos?

—Serás *kyria* Androulakis, y nadie tiene por qué saber nada más. Eso es lo de menos, mientras estés a salvo.

Andreas la besó y ambos se abrazaron como si el mundo entero se encaminara a marchas forzadas hacia su final. De hecho, eso era lo que estaba ocurriendo:

—Sé valiente, leona mía... Tenemos que marcharnos de aquí. Muy pronto.

Yolanda no pudo pegar ojo en toda la noche, pues en su cabeza resonaban las advertencias de Andreas. Si se quedaba en la ciudad y algún traidor a la resistencia la denunciaba, la arrestarían junto con toda su familia. Si se marchaba con Andreas, y los soldados venían por ella, lo único que sus padres sabrían era que se había fugado con un cristiano y que había deshonrado a la familia. Para la comunidad habría muerto, y nadie volvería a pronunciar su nombre. Sería un escándalo y la comidilla de los vecinos, pero nadie podría culpar a sus padres, sino compadecerlos. ¿Funcionaría esa treta?

La clínica continuaría su labor. Habría otros doctores, probablemente de más edad, para hacerse cargo de ella. Andreas y Yolanda podrían proseguir su trabajo como marido y mujer. Le amaba tanto que la mera idea de vivir sin él, pasar el resto de su vida sentada con las demás mujeres en la parte alta de la sinagoga tratando de rezar, se le antojaba insoportable. Si Andreas se quedaba allí por estar con ella, y los alemanes le arrestaban, Yolanda no podría vivir con la culpa.

Además, sabía que en algún lugar, allá en las Montañas Blancas, Penny seguía desempeñando su labor a espaldas del enemigo. Cabía la posibilidad de que volvieran a encontrarse y trabajaran codo con codo en favor de la resistencia. Nunca se sentiría sola si podía estar al lado de sus más queridos amigos.

Sintió entonces Yolanda que había tomado su decisión, y, cuando la aurora iluminó el horizonte, el gallo lanzó su canto y los primeros perros despertaron a la mañana entre ladridos, ya estaba completamente decidida. Se hizo con un viejo cuaderno, le arrancó una página y comenzó a escribir.

«Cuando acabará este horrible invierno», suspiró Penny. Nada iba a crecer hasta que la nieve se retirase. Habían estado aislados durante una semana, y tanto la comida como el combustible prácticamente se habían agotado, e incluso se hablaba de talar los preciosos olivos.

¿Por qué ese sentimentalismo que se apoderaba de ella por lo que no era más que un árbol? Pero la necesidad de talar se hacía más y más inmediata. Podar era una cosa, pero tirar de hacha por las buenas resultaba impensable. Los olivos eran la savia de la isla, pero la gente tenía que comer y vivir. La decisión no pasaba por Penny, pero Clarence había sido el escenario de una maravillosa e inesperada reunión cuando Panayotis y sus hombres decidieron dar un rodeo para celebrar la Pascua antes de hacer el último acopio de fugitivos que se ocultaban en las montañas con algunas

familias cretenses.

Siempre era una sorpresa y un alivio cuando los hombres aparecían, como surgidos de la niebla, avanzando por la cornisa de la montaña, con las armas apoyadas cual yugos en el hombro, al estilo cretense, y dispersándose por las casas del pueblo, a derecha e izquierda, para pasar la noche.

Penny no sabía cómo preguntar los detalles de su ruta de escape o quién los sacaba de la isla y para llevarlos dónde. Imaginaba que un día todos ellos se sentarían ante una mesa, bien pertrechados de vino, y todas las preguntas quedarían por fin respondidas. Era suficiente ver a Bruce con aquel aire esbelto y curtido, con la tradicional bandana de lazos negros atada como un turbante en la cabeza. ¿De veras creía Penny que alguna vez se cansaría de ver aquellas hermosas facciones?

Se reunieron como siempre bajo el ojo atento de Clarence, muy cerca de la cámara mortuoria que había servido para ocultar a los soldados en fuga. Ahora su uso se limitaba a guardar los últimos restos de grano que tenían y esconderlo de las miradas de los posibles saqueadores.

A Bruce le preocupaban las luchas internas entre las diferentes facciones de los grupos *andartes*.

—La política está haciendo asomar su desagradable cabeza —protestó—. Los comunistas no quieren sentarse con los monárquicos. Uno pensaría que ya es suficiente con tratar de impedir que el enemigo se haga con todo el territorio, pero no, cada una de nuestras reuniones es como un choque de titanes. Nos están volviendo locos a todos, y mis jefes en El Cairo se muestran cada vez más impacientes.

Era la primera vez que Penny escuchaba tales disensiones. Ella solo veía a los miembros de la resistencia en sus dolores, dramas y heridas: los veía dóciles como corderos en manos de una extraña. Había dado por sentado que todos ellos se levantaban en armas por el mismo motivo: liberar su tierra del enemigo. ¿Por qué le sorprendía que los seres humanos luchasen, en primer lugar, por sus propios ideales?

—Eso está haciendo que nuestro trabajo sea más y más complicado. Necesitas la visión de un Salomón y la paciencia de un Job para tratar con esa gente. Puedes jurar que estaré muy contento cuando me vea libre de todo esto.

Nunca antes había visto Penny a un Bruce tan amargo, tan abatido. Parecía cansado y se le veía demasiado delgado, necesitado de un descanso, de modo que los dos pasearon por las laderas y se internaron en los vastos campos al otro lado de las montañas, donde, para dicha de Penny, pudieron ver los primeros brotes de la floresta. No tardarían los campos en mostrar su proverbial acumulación de amapolas, camomila, margaritas, algarrobas... un arcoíris de colores en una pradera rebosante de abejas que prometían jarras y jarras de preciada miel.

Las semanas de la Pascua avanzaban como lo habían hecho a lo largo de los siglos: la limpieza ritual de la casa y los enseres domésticos, los días de ayuno, las prendas enlutadas que todo el mundo debía vestir, la procesión del cuerpo de Cristo, transportado sobre unas andas rodeadas de flores por las calles del pueblo, o la

absoluta oscuridad de la iglesia en la víspera de Pascua, antes de encender la vela de la Resurrección y los pequeños pabilos, al grito de *Christos Anesti...* Cristo había resucitado: había —ciertamente— resucitado...

Hasta aquel torrente de luces parpadeantes llegó el resplandor de la hoguera de Judas, y el momento de compartir los huevos de sangre, hervidos en tinta: no eran sino unos pocos, para consuelo de los niños, puesto que muchas de las gallinas habían tenido que pasar inevitablemente por la cazuela. Aunque el banquete no fue lo que se dice abundante nadie pasó hambre, pues también se mató una oveja y se repartió toda una cesta repleta de galletitas de Pascua.

Penny estaba encantada de que Panayotis, como se veía obligada a llamar a Bruce, estuviese allí para compartir aquel tiempo con ella.

A Katrina, sin embargo, no se le pasó nada por alto:

—Me doy perfecta cuenta de que es tu hombre, y tú su mujer. Deberíais casaros —rio—. La vida es breve, y el cura puede tomar cartas en el asunto, ahora que las festividades y la Cuaresma han quedado atrás.

Penny sonrió y sacudió la cabeza.

—Cada cosa a su hora.

—No, aprovecha tu oportunidad cuando esta se te presenta o desaparecerá. Ve por ello. Porque *ello* no irá por ti.

Cuánto le hubiera gustado a Penny que Bruce estuviera por allí para escuchar el consejo de Katrina, pero había tenido que irse el día anterior a la Pascua, y la separación entre ambos, para colmo, había sido sellada con un simple beso en la mejilla:

—Volveré. Sé dónde estás, y Clarence te mantendrá a salvo.

Penny sonrió, tratando de no llorar. De manera que hasta los más encallecidos líderes de la resistencia podían mostrar sus sentimientos... De pronto, su ánimo cayó en picado. Cuando aquellos hombres hubieran marchado al sur, su trabajo como enfermera y guía habría tocado a su fin. Penny sería un contingente innecesario, una boca más que alimentar. Lo único que podía hacer era trabajar en el campo, ayudar en la casa. No tenía dinero, dependía de la caridad de aquella amable gente, y, en una palabra, se encontraba condenadamente sola.

Con un peso en el alma regresó a su escondrijo tras despedirse de Bruce, y lo primero que escuchó fueron las noticias de Katrina:

—Vamos a una boda. Habrá un banquete, y baile...

—¿Quién se casa? —preguntó Penny, pues no había visto ninguna señal en el pueblo de que se avecinase un evento tal. De hecho, nadie tenía dinero para tal dispendio.

—Una familia que vive cerca de Vrisses, en las colinas. Ike ha hecho algunos negocios con ellos. Estamos todos invitados. Venga, no me pongas esa carita tan larga. Ya te tocará también a ti.

—Pero no tengo qué ponerme —suspiró Penny, mirando su pobre falda y su

camisa.

—No te preocupes, tengo un baúl lleno de vestidos que compré en América. Puedes ponerte el que más te guste. Estoy harta de verte con esa ropa de viuda.

—Pero se supone que estoy de luto por mi tía de Atenas. —Esa era ahora su tapadera, y por la cual había pedido a sus parientes lejanos de Creta que la permitiesen vivir con ellos.

—Incluso los más castigados por el llanto y el duelo se ponen un poco de color para asistir a una boda: y si te pones un bonito pañuelo en la cabeza, nadie verá el estado de tus cabellos.

Desde que había tenido que ocultarse allí, Penny no había podido retocar su tinte, y ya se le veían las raíces rubias, tan grandes, al menos, como un palmo:

—Es un desastre —suspiró.

—Yo tengo unos polvos con los que puedes teñírtelas. Lo volverá todo rojo, pero si por algo es famosa Creta es por sus bellezas de cabellos de fuego.

Qué podía hacer Penny sino participar en los preparativos: una ducha gélida bajo la cascada de un manantial, un cambio en su vestuario, de las oscuras galas de la sobrina luctuosa al atrevido color de un vestidito que le llegaba a las rodillas... Se cepilló su cabello rojizo y lo recogió en una trenza, y luego se lo cubrió con un precioso pañuelo de lacitos.

La primavera estalló por fin en todo su esplendor, y, entre capullos y brotes, aparecieron también los verdes de la montaña y de las diferentes hierbas, las especias y los caracoles. El olivar no tuvo que ser talado, pero guardaron las ramas podadas para futuros fuegos, antes de que alguien las robase.

La familia entera fue a la boda en el carro. Animaba un poco el corazón de Penny saber que al menos vería algo de júbilo, en lugar de asistir a procesiones funerales, como había sucedido en los últimos meses, pues los más ancianos del lugar, así como los más pequeños, habían sucumbido uno por uno a los rigores de aquel crudo invierno. Había tantos rituales que seguir cuando aquello ocurría... los días de ayuno, los servicios especiales en memoria de los difuntos: todo aquello era muy diferente de la sencilla manera inglesa de hacer las cosas. Qué frías y carentes de emoción resultaban las ceremonias inglesas, en comparación con las procesiones, los cánticos, el empleo de las velas y la adoración a los iconos que había podido observar Penny. Se preguntó qué pensaría el párroco de San Marcos de todo aquello. Y eso, necesariamente, la hizo pensar en Stokencourt: ¿volvería a ver a su familia de nuevo?

Pero, pensase en lo que pensase, en su mente siempre resonaba una nota de peligro. Penny no debía atraer la atención de los extraños en aquella boda. Era una extraña oculta tras un disfraz; su mera presencia hacía recaer un serio peligro sobre Ike y Katrina. Debía permanecer invisible a la multitud, deseando en silencio la felicidad de la afortunada pareja, fuera la que fuese, y toda la suerte del mundo. Envidiaba la valentía que estaban mostrando al mirar cara a cara al futuro en una época tan terrible como la que les había tocado en suerte vivir.

«Ojalá y fuera ese mi caso», suspiró Penny, contemplando la inmensidad del valle. Si al menos supiera a las claras qué pensaba Bruce acerca de un futuro en común con ella... pero no había nada «común» en el horizonte. ¿Y cómo iba a haberlo, cuando el peligro rondaba en cada esquina? Era suficiente con saber que seguía vivo en el mundo. De momento, con eso tenía que bastarle.

El aroma de los panes ázimos recién hechos flotaba por las calles, procedente de los hornos vecinos, y Yolanda aspiró aquel olor con indisimulable tristeza. Lo que pensaba, al preparar distraídamente la mesa, era que ya nunca más volvería a hacer esto: encargarse de adecentar el servicio mientras su madre sacaba lustre a las ollas para el *Pesach* y a las sartenes para la cena del *Seder*.

Todo estaba dispuesto para la cena, momento en el que recordarían cómo sus antepasados habían huido de la esclavitud en Egipto rumbo a la libertad que les aguardaba en la tierra prometida, tras un terrible éxodo de oscuridad y muerte. Los platos del ritual eran tomados en memoria de aquel evento: huevos asados, la pata de un cordero y un platillo de hierbas amargas convenientemente salteadas; después se recitaba la *Haggadah*, un relato familiar a cualquier familia judía. A aquello seguía un verdadero festín de asados y tartas de queso, pasteles a la miel, pequeños recordatorios de que quedaban ocho días para el festival, pero encontrar aquellas delicias en un año tan difícil y poder ponerlas a la mesa había resultado un auténtico esfuerzo. Las especias, tan preciadas, y los pastelitos guardados para la ocasión no eran tantos, pero eso no menguó en nada la excitación que reinaba en las casas de todo el barrio judío.

Yolanda había tomado una decisión y ahora intentaba guardar la compostura y no llorar por lo culpable que se sentía al haber trazado aquel taimado plan, consciente de que nadie en su casa la entendería. Pero, con todo, se sentía extrañamente en calma. De su vida allí no había nada que conservar, solo su preciado cepillo de dientes, sus documentos y su cadena de oro con la estrella de David. Solo por la cadena podía sacar un buen dinero.

Ahora, mientras tanto, solo podía mirar a sus padres al otro lado de la mesa con creciente nostalgia y amor. Si al menos hubieran conseguido llegar a Palestina, en lugar de verse varados en Creta... Qué alegría poder saber que estaban a salvo. Pero el destino, a fin de cuentas, los había reunido durante los dos últimos años, y solo por eso Yolanda se sentía eternamente agradecida.

Quizá algún día, si les llevaba un nieto que pudieran estrechar en sus brazos... Pero se limitó a cabecear y lanzar un suspiro, consciente de que aquello no era más que un sueño. Debía aprovechar hasta el último segundo que pasara con ellos. Sentía una andanada de lágrimas a punto de brotarle de los ojos, al pensar que iba a abandonarlos. Quizá consideraran sus lágrimas como un signo de su devoción hacia ellos. Tan solo quedaban siete días para que la vida de Yolanda cambiase para



siempre.

La mañana en que tendría lugar su marcha, tomó Yolanda la carta que había mantenido oculta, donde explicaba las razones de su fuga:

*Sé que estaréis enfadados y que me retiraréis vuestra bendición, algo que para mí representa una vergüenza eterna, pero no hago esto a la ligera. Mi propósito es seguir trabajando junto al hombre que amo. Me marchó por mi propia voluntad. Nunca pretendí haceros daño ni avergonzaros con mi comportamiento, mas sé que con esto el daño y la vergüenza que os causo son infinitos, pero no me siento en el derecho de pedir que me perdonéis. Lo que hago, lo hago por amor. Esta es la única manera en que ambos podemos estar juntos.*

Dejó la carta en la almohada, y se marchó, como siempre, para su turno de mañana, enfilando sus pasos a través de los callejones menos transitados mientras todo volvía a la vida con la luz del alba: amas de casa afanadas en quitarle el polvo a las esteras, niños que sollozaban junto a las ventanas, el ruido del horno que el panadero volvía a poner en marcha... Se detuvo para mirar por última vez el escenario aquel, que conocía tan bien. Bajo el manto de su uniforme llevaba toda su ropa interior, y en un pequeño *sakouli* cargaba con sus mejores zapatos y un hábito arrugado, además del único retrato que tenía de sus padres de los días pasados en Atenas. Su bolso estaba casi vacío; les había dejado su sueldo en la mesilla, junto a la carta. Podía imaginar muy bien la escena que tendría lugar cuando encontrasen la nota: el rostro de su padre se arrugaría de puro dolor, los labios de su madre se apretarían a causa de la furia y la desesperación. Estarían mucho mejor sin esa hija desobediente y desagradecida, como la tía Miriam se encargaría de decirles.

Andreas la aguardaba en la clínica:

—Todo debe parecer normal. Harás tus rondas de siempre con las aprendices. — Podía ver la agonía que se dibujaba en su rostro—. Sé valiente, florecilla mía, en cuestión de horas serás libre. Lo he dispuesto todo y mañana a estas horas estaremos casados. Te lo prometo. No tengo la menor intención de causar tu vergüenza. Este paquete contiene los suministros que hay que entregar. Te reunirás en el carro con Giorgos y llevarás el paquete contigo, como si tal cosa, y allí me esperarás. Yo te seguiré en breve.

Yolanda trabajaba como un autómatas, y solo se detuvo a respirar cuando se preguntó si su madre no tendría la ocurrencia de arreglar su cuarto y encontrar la carta antes de tiempo. En ese mismo instante bien podían estar de camino al hospital, corriendo en su busca... Sus pensamientos marchaban a la misma velocidad que los latidos de su corazón. No, claro que no irían por ella. Eran gente orgullosa, y los había avergonzado ante toda su comunidad. Mostrarían la dignidad que Yolanda no podría nunca arrebatarse, y seguirían los consejos del rabino y su esposa. Todo el

mundo los compadecería... y el padre de Yolanda la odiaría por ello.

Fue aquel pensamiento lo que estuvo a punto de hacerle dar media vuelta y regresar sobre sus pasos, y romper en pedazos la carta: pero sus pies no respondían a aquel deseo. Su imperturbable corazón había tomado una decisión, y regresar no formaba parte de sus planes.

Fiel a su promesa, Andreas abandonó la clínica, cerró las persianas y la puerta como hacía habitualmente, y aguardó a que Yolanda estuviera preparada. Caminaron varios kilómetros a las afueras de la ciudad y después tomaron un carro tirado por una mula, a lomos del cual se adentraron en la penumbra del atardecer, atravesando un desfiladero y un camino de cabras hasta un pueblecito que parecía labrado en la propia piedra de las montañas. Allí, un grupo de individuos de tosca apariencia, prolijamente armados, los aguardaban. Recibieron a Andreas con unas palmaditas en la espalda, como si se tratase de un verdadero héroe. Después golpearon las puertas de la iglesia con la culata de los rifles. El anciano sacerdote apareció en el umbral todavía en camisa, confuso y medio dormido. Reconoció a Andreas.

—Queremos casarnos —dijo el doctor.

—Esta no es hora de despertar a un respetable sacerdote. Pero si apenas ha amanecido... Marchaos a vuestra casa y venid a buscarme a la iglesia, como todo el mundo hace.

El sacerdote hizo ademán de cerrar la puerta, pero los hombres interpusieron sus botas en el quicio.

—Los casará ahora —le ordenaron.

Yolanda se retiró a las sombras, horrorizada.

—No, no lo haré, doctor.

—¿Y eso quién lo dice? —replicó su amigo, fornido como un árbol, haciendo oscilar el hocico de su pistola ante el rostro del sacerdote. El viejo captó el mensaje, y se puso la sotana. En cuestión de minutos Yolanda y Andreas eran marido y mujer, pues el sacerdote condujo el sacramento a la misma velocidad con la que escuchó los votos de los contrayentes.

—Ahora ya estáis casados. Que nunca vuelva a veros la cara.

Yolanda no se sentía ni mínimamente casada, pero Andreas se persignó, satisfecho:

—Bien, vayamos ahora a la casa del alcalde, para hacer que el matrimonio sea legal.

Al alcalde le despertaron bruscamente, siguiendo el mismo método que con el cura: le dijeron que la ceremonia acababa de celebrarse y le persuadieron a punta de pistola para que les entregase el certificado de matrimonio, que el grupo firmó al punto con las primeras luces del amanecer. Todos gritaron: «*Chronia Polla*», «por muchos años». Hasta el alcalde se vio arrastrado por el romanticismo implícito de aquel acto y los invitó a una ronda de vino.

—Bienvenida, *kyria* Androulakis. —Andreas la besó tiernamente, y sus amigos se

dispersaron cuando besó el anillo de plata que adornaba su dedo. Luego le dio a beber vino—: No es el mejor desayuno de bodas que podamos tener, pero ya vendrá eso después.

La luz apenas iluminaba el día, pero al menos el aire era tibio. Los testigos de la boda habían desaparecido, dejándolos solos en la estrecha garganta donde se empinaba el sendero que conducía a las colinas. Andreas se detuvo a atar la mula y acto seguido sacó de las alforjas un manto de lana roja tejido a mano, con rayas negras y doradas, y lo tendió en la hierba, bajo el olivo más próximo. Se sentaron allí y se besaron de nuevo, y permanecieron tendidos hasta que la luna se fundió por completo en el azul del cielo y el sol brilló en lo alto. La noche de bodas tenía la sacralidad que cualquiera hubiera esperado, o al menos así pensaba Yolanda, tendida en el manto de lana, tratando de imaginar qué vendría después.

Ahora se sentía verdaderamente sola, sin vigilantes que aplacasen el punzante deseo que ardía en su interior desde hacía tantos meses; todas esas noches sin dormir, agitándose bajo las sábanas, soñando con aquel momento, habían tocado a su fin. Se hallaba entre los brazos de su amado, sumergida en aquel abrazo que iba a cambiarla para siempre. Andreas era cariñoso y tierno, pero no había el menor atisbo de pudor o vergüenza en la pasión que ambos expresaban con sus cuerpos, o en los besos que intercambiaban mientras sus miembros se fundían ardientemente. Se apretó con fuerza contra su pecho, incapaz de creer que hubieran ocurrido tantas cosas en el transcurso de un solo día. Yolanda Androulakis: qué hermoso sonaba su nuevo nombre. Ya era, realmente, una mujer casada.

Al día siguiente se dirigieron a la granja que tenía la familia Androulakis en lo alto de las colinas, atravesando prados de amarillas margaritas y rojas amapolas, y tan alto ascendieron que de una simple mirada podían abarcar toda la costa, en lo que resultaba una visión simplemente maravillosa. A medida que se aproximaban a su lugar de destino, Yolanda comenzó a temer cómo reaccionarían los padres de Andreas ante la noticia. Había quebrantado todas las tradiciones al casarse al margen de su fe, con una joven de ciudad para la que no había solicitado la bendición de la familia. Yolanda no tenía ningún bello ajuar que ofrecer, ni olivares, ni ganado. Nada salvo las ropas que llevaba puestas, en realidad. Hasta ella sabía que no era esa la forma en que la mayoría de los cretenses se casaban. ¿Y si la repudiaban, disgustados por su aparente pobreza?

Pero Yolanda no tenía nada que temer. Enseguida fue recibida con la mayor amabilidad, aunque no sin sorpresa. Cuando Adonis, el padre de Andreas, se enteró de aquel súbito matrimonio nocturno, estalló en carcajadas:

—Por todos los cielos, ¡y esta pobre chica ni siquiera es cristiana!

Fue el único momento en que aludieron a su religión. Andreas les hizo jurar que guardarían el secreto. De ahora en adelante, dijo, mi esposa será tratada como cualquier otra novia. A partir de ese instante, de lo único que se habló fue del banquete, de los cánticos y de la fiesta que celebrarían con el resto del pueblo, cosa

que no pudo sino estremecer a Yolanda. Sus padres estarían terriblemente afectados por la fuga de su hija. Pero, por amor a su marido, Yolanda aprendería las tradiciones cristianas.

Lo hecho, hecho estaba, y tampoco sentía mayores remordimientos por ello.

Ahora que aumentaba el calor del verano, de lo único que se hablaba era del banquete de bodas, de las ovejas que tendrían que matar y de los pasteles que cocinarían, para lo cual tendrían que buscar harina. Todo el mundo en Chania pasaba hambre, pero vivían en un país donde todo el mundo encontraba la manera de adquirir provisiones en los lugares más recónditos.

Los granjeros, además, sabían una o dos cosas sobre cómo estirar lo poco que tenían. Nadie iría a la fiesta con las manos vacías, y, como pensaban invitar a todo el mundo, al final nadie se iría con hambre.

*Kyria* Dimitra, la madre de Andreas, sonrió:

—Es como la historia de los panes y los peces; de lo poco se consigue mucho. Es un milagro que siempre acabemos teniendo suficiente para todos.

Yolanda le devolvió la sonrisa y siguió amasando el pan. No tenía nada que ofrecer salvo su cadena de oro, pero los padres de Andreas rechazaron de plano la sugerencia.

La noche que siguió al banquete de bodas, la madre de Andreas sacó un sencillo vestido blanco con un lazo en las mangas y un dobladillo. Olía a bolas de alcanfor:

—Quiero que lleves mi vestido de bodas. Le quedará muy bien a tu esbelta figura. Las chicas de ciudad sois como gorriones.

Solo entonces presentaron a Yolanda a la multitud de curiosos que se habían dado cita en el lugar: llevaba el cabello cogido en una trenza entreverada de flores, y el vestido recién perfumado en agua de lavanda, y, aunque era el epítome de la esposa rural, no dejaba de ser una extraña entre extraños; pero en tiempos de guerra a nadie le sorprendía que las costumbres fueran pasadas por alto. La familia de Andreas la rodeaba a su manera cordial y protectora, y para Yolanda aquello era como vivir en un sueño donde sonaba la música, y todo el mundo esperaba que la novia bailase con los jóvenes más guapos del lugar y recibiese pequeños óbolos que ella guardaría en un bolsito especial. Se sentía como un fantasma flotando entre la gente, esperando todavía despertar en aquella caja de cerillas que tenía por habitación, escuchando a lo lejos, como en un aparte de la realidad, a su tía Miriam y a su madre discutiendo en las escaleras.

No dejó Yolanda de girar y girar, en los brazos de este joven, luego de este otro, mareada por aquel incansable cambio de pareja y por el vino que había bebido a lo largo del día... pero entonces sus ojos repararon en el rostro de una mujer que parecía retirada de la multitud, y súbitamente se detuvo. ¿Podía ser que...? No, por supuesto que no, ¿allí...? ¿Y aquella melena roja...? Pero qué maravillosa sorpresa. ¿Debía llamarla entre toda esa gente? Nadie allí conocería la relación que las unía, ¿por qué no iban pues a encontrarse? Y, con todo... Oh, ¿por qué no?

—¡Penny! —gritó—. ¡Mi amiga Penny está aquí!

La chica del vestido de algodón y el pañuelo en la cabeza corrió hacia ella con los brazos abiertos, inquieta. Abrazando a Yolanda, le susurró en el oído:

—Por favor, Athina, no Penny...

—¿Por qué siempre me confundo con los nombres? —gritó Yolanda, para encubrir su error—. Por supuesto, es Athina, una de mis enfermeras.

El alcalde, que había estado fotografiando la fiesta con una pequeña cámara de latón, se acercó a ellas.

—Sonreíd —les ordenó, pero las jóvenes estaban demasiado ocupadas sonriendo de placer ante aquel inesperado reencuentro como para reparar en el chasquido del diafragma.

Y así, por unos preciosos segundos, un breve embrujo de luminosidad pareció resplandecer en mi túnel de tinieblas. Bailamos y cantamos como si el mundo no se estuviera derrumbando sobre nuestras cabezas, como si no hubiera enemigos acechando desde las sombras; incluso en celebraciones como aquella, donde algunas lenguas dejaban caer a quien quisiera escuchar que el doctor había traído desde Chania hasta la granja a una novia judía. Yolanda estaba tan bella aquella noche que no pude por menos de envidiarla. Oh, cómo envidiaba que tuviera un amante capaz de echar abajo cualquier puerta por casarse con ella.

Pero, con guerra o sin ella, debía esperar que Bruce regresara e hiciera las cosas a la manera inglesa. Me sentía furiosa hasta de que no me hubiera hecho el amor cuando se le presentó el momento. ¿Acaso no era tan hombre como para dejar pasar la oportunidad que se le ofrecía? Todavía me irritaba que su misión estuviera por encima de los deseos personales, aunque me despreciaba por albergar pensamientos tan egoístas como aquellos.

Todas esas frustraciones las volcaba en mi silencioso oyente, Clarence. Si de veras un árbol es un ser vivo, aquello era lo más cercano a un confesor que jamás haya podido tener. Me preguntaba si seguiría allí, creciendo y creciendo, y con las marcas que cabía esperar en él después de sesenta años. Cuánto quisiera volver a verlo. Quizá, con ayuda de un detallado mapa, podría localizar el pueblo de Katrina... si al menos recordase su nombre. Creo que comenzaba por K...

Les escribí después de la guerra, pero me devolvieron todas mis cartas. No sabía por entonces que, tras la guerra, cosas peores habían tenido lugar entre los vecinos en nombre de la política: peores, incluso, que las que sucedieron durante el conflicto.

Los recuerdos del tiempo que pasé con Yolanda me resultan ahora tan preciosos... Nuestros caminos se cruzaron muchas otras veces después de aquello. El solo hecho de estar en su compañía era como un oasis en el desierto de mi existencia, antes de que volviesen los peores tiempos...

Ahora puedo sentir el calor del sol en mis huesos, su esplendor en mi alma, y mis sentidos rozados por los ruidos familiares y los aromas que tan bien conozco. Pasada la siesta, me siento renovada, preparada para continuar con mi peregrinaje. Como si aquellas felices memorias me hubieran dado los arrestos necesarios para enfrentarme a la oscuridad que aún espera.

## PARTE 4

### TRAICIÓN

«¿Cuándo se despejarán los cielos?  
¿Cuándo volverá la primavera?  
Para que pueda volver a tomar mi pistola,  
Mi hermosa dueña,  
Y enfile el camino hacia Omalos,  
Y el sendero que lleva a Mousouri...».

Extracto de «Cuando se despejarán los cielos», Canción tradicional cretense.

## CNOSOS,

2001

El palacio minoico de Cnosos, situado a las afueras de la ciudad de Heraklion, había cambiado hasta el punto de resultar irreconocible. Los autobuses vomitaban cientos de turistas al calor de la mañana de mayo. Había puertas de acceso, que solo permitían la entrada previa compra del inevitable billete, así como tiendas de recuerdos y las ya consabidas trampas localizables en cualquier enclave mundialmente famoso. Rainer se encontró de bruces con un guía que le pidió que respetase la cola, lo cual, desde luego, distaba mucho de ser su intención. Prefería pasear por las excavaciones a su propio ritmo. Quería saber hasta qué punto le gustaba la reconstrucción realizada tras el último terremoto, y visitar los diseños de *sir* Arthur Evans con una mirada nueva.

Había ahora zonas rodeadas de cuerdas, pasos de rejilla, guías armadas de sombrillas que hacían señas a su manada para acudir a una sección u otra... Rainer había elegido el peor día para visitar el lugar, uno de los más frecuentados por los turistas y de más intenso calor que cabía soportar, y para colmo el grupo con el que hacía la visita parecía más interesado en sentarse a la sombra o en hacer fotos que en disfrutar de la belleza de los edificios colindantes. No se daban cuenta de que los enormes bloques de piedra cristalizada que relumbraban al sol, aquella mampostería sostenida por vigas de madera, el sofisticado sistema de alcantarillado y todas esas zonas de almacenamiento repletas de vasijas de barro, ocultaban una civilización mucho más antigua. Aquel había sido un lugar sacro desde el nacimiento del hombre. Nadie sabía a ciencia cierta quién había vivido allí —un rey, un sacerdote, una familia dinástica—, pero todo el mundo parecía tener una opinión al respecto.

Rainer se alejó del grupo para mirar más atentamente los frescos del muro. Nunca se cansaba de mirar aquellas figuras antiguas, aquellos hombres de faldas tableadas, sus enjorjados tobillos y muñecas, representados entre detallados símbolos que el hombre moderno había perdido con el avance de los siglos: monos y aves azules, animales varios, simples figuras. Aquel lugar había sido el centro del universo arqueológico cuando Rainer no era más que un estudiante, pero todas sus certezas acababan de volar por los aires con el auge de las nuevas teorías. Había un enorme número de capas: la neolítica, la minoica, la micénica, la grecorromana, y un sinfín de terremotos que habían mezclado y superpuesto aquellas capas de manera que el



puzle inicial se había convertido en otro, aún más complejo de resolver. Su propio interés en la historia minoica se vio incrementado por las visitas a aquel enclave justo antes de la guerra. El calor era demasiado acuciante para un anciano, de modo que se sentó a observar a los demás turistas, mientras pensaba en cómo surgían los imperios, cómo alcanzaban su cenit, y cómo desaparecían. Aquel había sido en el pasado un auténtico centro de poder, pero ahora no quedaba nada más que polvo y sombras, piedras y teorías. Bueno, ya era suficiente; necesitaba un buen trago de cerveza. Aquella multitud era demasiado para él.

No tardó Rainer en dar con una taberna, emplazada en el camino principal, y allí enfrió sus manos en la jarra bien fría y dedicó unos instantes a reflexionar. Si no se equivocaba, debía de estar cerca de la Villa Ariadne, el que fuera cuartel general de la mayoría de oficiales alemanes desplazados a Creta: el más célebre de todos había sido el comandante general Kreipe, secuestrado cuando la guerra tocaba ya a su fin. El suceso sería posteriormente llevado a la gran pantalla. Qué terrible fiasco, y las consecuencias... Pero a Rainer esa historia no le pertenecía.

Si sus recuerdos eran ciertos, si caminaba por el sendero lateral encontraría la entrada trasera en algún lugar de los terrenos ocupados por la villa, ahora propiedad del gobierno griego, no de la Escuela Británica de Arqueología ateniense. Tenía ganas de volver a verla...

Era un sendero terriblemente empinado, de modo que tuvo que detenerse y aprovechó para dar media vuelta y contemplar la inmensidad de aquel valle todavía en pleno verdor, donde hectáreas de ruinas inexploradas aguardaban a que las nuevas generaciones las desenterrasen para relatar ciertos confines del pasado a la historia futura. Se preguntaba si la puerta estaría cerrada, si la pista de tenis seguiría allí, al socaire de uno de los edificios principales, construido al estilo de las viejas casas rurales por *sir* Arthur Evans cuando comenzó sus excavaciones.

Abrió la puerta de par en par y siguió un escarpado sendero en dirección a los principales edificios. Lo que estaba haciendo era ilegal, pero no había nadie allí para detener sus pasos. Vio una vieja taberna, todavía utilizada por los estudiantes como centro neurálgico de sus estudios, emplazada en las proximidades de la entrada principal. Rainer había pasado un tiempo en aquel lugar, así que su interés en visitar el lugar tenía más bien una motivación nostálgica, el viejo y humano deseo de recordar los viejos tiempos.

Era tal y como él la recordaba, rodeada de palmeras y plumbagináceas, con esa profusión de campanillas descolgándose por los muros, sus columnas derruidas y los diversos zócalos y pedestales repartidos por el lugar, además de ese Adriano sin cabeza al pie de las escaleras. La galería seguía en el lateral, y allí había visto Rainer a los generales nazis cenando al aire libre, tantos años atrás.

Aquel lugar había estado bajo el gobierno de muy distintos ocupantes: fue un comedor de oficiales, un hospital, un refugio, un enclave para la enseñanza y el aprendizaje. Fue también el lugar donde los alemanes firmaron su rendición en el año

1945. La casa se aseguraba así su supervivencia y Cnosos permanecía intacta, al menos, tan intacta como cabía esperar de un lugar donde se habían librado batallas y habían quedado desperdigadas las bombas de los contendientes, o donde aún se sucedían terremotos y luchas civiles. Hubiera sido una terrible pérdida que aquel lugar desapareciese de la faz de la tierra. Rainer se sintió confortado al comprobar que la vida seguía su curso también allí, que el trabajo se sucedía entre sus muros y que los estudiantes seguían catalogando allí sus hallazgos y persiguiendo sus sueños.

¿Por qué le parecía tan importante ver aquel lugar de nuevo?, se preguntó. Ni siquiera había estado destinado allí, solo había sido un visitante de paso. Detuvo entonces sus pasos en la hierba crecida de la pista de tenis y sacudió la cabeza. Oh, cuántos planes había tenido en su juventud... para no haber conseguido llevar ninguno de ellos a cabo. Eso era lo que la guerra le había hecho. Aquel era un lugar de sombras. Bueno, mejor sería tomar otra cerveza y abandonar aquel vacío recinto. Ya no significaba nada para él.

## JULIO, 1943

Aquella primera incursión en Heraklion no careció de incidentes. Tuvieron que defenderse de una emboscada sufrida en las proximidades de Rethymno a manos de una banda de partisanos, tipos salvajes, de espesas barbas y gatillo fácil, que dispararon sobre el convoy, aunque por suerte viajaban con un contingente de soldados armados que devolvieron los disparos con mayor pericia que el enemigo. Aquellos grupos rebeldes aparecían como de la nada, aprovechando su prodigioso conocimiento no ya del terreno sino de la ruta que seguían los convoyes alemanes, lo que no dejaba de resultar preocupante, pues apuntaba a que tenían espías confundidos en las filas del mismísimo cuartel general. Había ahora una presión coordinada en los territorios de las Montañas Blancas para localizar los envíos de armas y provisiones que eran lanzados desde el aire, y allí los alemanes emboscaban a los bandidos en el momento en que estos trataban de recuperarlas. Sus esfuerzos no habían carecido de éxito, pero aquellos grupos eran entrenados por agentes británicos para combatir como fuerzas profesionales de ataque, distinguidas por su astucia a la hora de emplear bien las armas y poner a salvo cada envío. En ese sentido, el apoyo que tales grupos recibían del pueblo podía considerarse más bien escaso.

En fechas recientes, había habido una campaña de desprestigio contra los alemanes consistente en escribir por todas las paredes de la ciudad mensajes propagandísticos, particularmente los referidos a las rendiciones en Italia y avisos de que lo que los alemanes más temían procedería de sus propios hombres. El descontento reinaba en la isla, y se dieron casos de suicidios y deserciones que hubieron de ser resueltos y velozmente atajados, pero las difíciles relaciones con los lugareños hicieron que creciese el número de informantes.

El plan, pues, consistía en capturar a los agentes enemigos en el mismo acto de sabotaje, y conseguir, por medio de la tortura, nombres y contactos. Rainer esperaba que le fuera enviado cierto joven con las condiciones específicas para ayudarle en aquella tarea. Antes tenía que valorarlo y comprobar que no se trataba de un agente doble.

Se reunió con él en el campamento de Cnosos, y juntos exploraron las ruinas con genuino interés. Para quien por casualidad observase la escena, no eran más que un par de arqueólogos paseando entre los objetos de su interés, conversando sobre cuánto veían. Pero había algo más.

Al principio, Rainer no sabía qué pensar del agente Stavros. Tenía una extraña mezcla de atractivo inglés y fiero temperamento griego: su cabello era rubio, sus ojos azules, y rebosaba amor hacia el Führer y su credo, una ardiente pasión nacionalsocialista. Presumía de su amistad con Oswald Mosley, anticomunista hasta

el extremo de conducirse como un verdadero fanático al respecto, y para colmo sabía jugar envidiablemente al tenis. Aplastó a Rainer por seis juegos a uno. Para entonces, la pierna de Rainer ya estaba completamente curada, de modo que no había excusas. Aquel muchacho era demasiado bueno, sencillamente, y parecía jactarse de colocar la pelota allí donde él nunca podría alcanzarla: en aquel momento sus rasgos adoptaban una determinación de navaja. Cuando Rainer reconoció su derrota, Stavros replicó en un perfecto inglés:

—Agradezco al colegio al que fui mi demolidor revés. Lo perfeccioné disparando contra las colillas de los cigarrillos que me fumaba.

Stavros estudiaba en Atenas y celebraba cada posibilidad que se le ofrecía de unirse a las excavaciones que tenían lugar en el oeste, pero le habían dicho que tenía que ganarse el sustento. Lo reclutaron tras la caída de Atenas y nunca hubo la menor duda acerca de su lealtad. Los conversos solían ser luego los más fervorosos soldados. Puesto a prueba en las colinas del sector italiano, localizó a unos cuantos muchachos ingleses que se hallaban a la fuga y se aseguró de que fueran ejecutados antes de que pudieran descubrir sus labores de espía.

Era lo que buscaban. No cometerían errores eligiendo a ese tipo, el perfecto caballero inglés cuyo acento era ya el de todo un oficial. Se encargaron entonces de conseguirle una nueva ocupación, pues el primer intento había resultado un fracaso. Se había dirigido hacia la costa y huido a las colinas como otro fugitivo más, y consiguió refugio en el pueblo durante una noche, pero allí recibió una buena tunda tras la cual fue llevado hasta la gendarmería local como prisionero de guerra.

O aquel era un extraño caso de lealtad cretense a las fuerzas de ocupación que trataban de dar caza a los evadidos, o una treta bastante astuta para obligarlos a que siguiesen su juego. Fuera como fuese, iban a tener que inventar para Stavros una tapadera mejor que esa. No iba a resultar sencillo explicar su presencia en la isla cuando la mayoría de los fugitivos se habían marchado de allí hacía ya mucho tiempo. Tendría que contar que había sufrido alguna herida de gravedad y que a lo largo de su recuperación había decidido ayudar a los lugareños en su lucha contra los invasores, pero que su única motivación ahora era tratar de llegar al sur y huir de allí en barco. En cualquier caso, debía mostrarse contento por poder unirse otra vez a la resistencia y dejar caer su creciente interés por conocer a sus efectivos. Por su parte, Stavros había añadido algún detalle de su propia cosecha, como por ejemplo interpretar el papel de un profesor de aire distraído, enamorado del mundo minoico. Eso explicaría sus paseos en busca de algún hallazgo, y que su aspecto y su acento fueran los del típico excéntrico inglés. Stavros era la persona idónea para informar de cualquier movimiento que hubiera en las Montañas Blancas, particularmente en las proximidades de Chania. Allí contaría con mejores opciones para que algún lugareño que simpatizase con su ordalía le ayudase a cruzar las líneas enemigas. Si iba a El Cairo, se infiltraría en el ejército inglés. Era una idea bastante audaz, pero aquel chico parecía imparable.

—Eres muy valiente —comentó Rainer.

—Así es como hay que hacer las cosas. Por lo que he oído, esos tipos no son más que un hatajo de ladrones y bandidos que incluso se pelean entre ellos mismos. Divide y vencerás... y que dure, es lo que yo digo.

—Si te cogen, no habrá nada que podamos hacer por ti —le avisó Rainer—. Me temo que allí estarás solo. Negaríamos todo conocimiento de tus actividades.

Stavros hizo chocar los talones y saludó brazo en alto:

—*Heil Hitler!* Es un honor por el que no merezco morir.

Qué confiado, qué involucrado y qué inocente era aquel chico para pensar que al Führer le importaba un ardite su mera existencia, que estuviese vivo o muerto: pero Rainer no podía sino admirar aquella lealtad. Hacía que su propia incertidumbre y su perezoso conformismo resultaran una afrenta a los deberes que tenía con el Reich. Había visto demasiado como para estar seguro de nada salvo su deseo de vivir lo suficiente como para poder ver de nuevo a su familia. Su hermana, Katerina, ya tendría dieciséis años: toda una señorita. ¿Cómo sería su vida, qué significaría crecer en mitad de aquel tumulto?

—Tienes documentos que demuestran tu nueva identidad. ¿Hay alguien a quien quieres que llamemos si...? —No se atrevió a proseguir.

—No hay nadie en mi familia con quien quiera tener contacto.

Ambos pasaron una agradable tarde en Heraklion, recorriendo el puerto y cenando en la plaza. Contar con un agente así para operar en la zona de Chania era el estímulo que necesitaban. Pero no iban a apresurarse; un movimiento en falso y su tapadera saltaría por los aires. *Siga, siga*; «despacio, despacio», como decían los griegos. Quizá Stavros no era demasiado elocuente, pero era valiente, y necesitaba el mejor apoyo que ellos le pudieran ofrecer. Rainer se preguntaba si la red que les traería a no mucho tardar estaría llena de ballenas o de pececillos.

A Yolanda la vida en el campo le resultaba ciertamente desalentadora: los punzantes olores, las rutinarias tareas, aquel trabajo físico que se esperaba de una mujer... En su fuero interno no dejaba de ser una muchacha de ciudad, pero tenía que admitir de una vez que esa parte de su existencia había quedado atrás. Aprendía muy rápido a desenvolverse con aquel difícil acento, los gestos y las reglas que estaba obligada a obedecer si pretendía ser aceptada. Aquella comunidad tan estrechamente cerrada la observaba con interés pero seguía manteniendo las distancias.

No había libros que leer, ni gramófonos donde poner música (que tampoco había); ni un sencillo piano, ni nada que en realidad significase algo para ella, pero debía mantener la cabeza gacha y tratar de no preocuparse por sus padres. Cuánto deseaba escribirles y recibir su bendición. Rogó que le dejaran algo de papel y en él vació su corazón, asegurándoles que estaba a salvo y que Andreas era un hombre muy amable al que aún seguía ayudando en su trabajo.

Les contó todo lo que había aprendido de las supersticiones de aquel pueblo y los remedios que conocían, algunos buenos, otros más bien dañinos... Envió la carta a Chania en autobús, aguardando esperanzada una réplica, pero esta nunca llegó. Más tarde hubo una escaramuza y un tiroteo, y le pidieron que ocultase a un hombre herido en las cuevas cercanas por si el enemigo rastreaba la zona, y se ocupase de atenderlo al menos hasta que fuera capaz de valerse por sí mismo.

Adonis y Dimitra la trataban muy bien, pero Yolanda no dejaba de recordar el viejo dicho: «Ni el novio puede convertirse en hijo, ni la novia en hija».

Las pocas ocasiones en que se encontraba con Penny eran un verdadero soplo de aire fresco, un engarce con su antigua existencia. A veces se encontraban en mitad de las colinas, cuando ambas acudían allí para recoger ramitas con las que hacer fuego. Penny trabajaba en otro distrito, y su aspecto, lamentablemente, dejaba mucho que desear: estaba más delgada y parecía terriblemente fatigada. ¿Quién reconocería ahora en ellas a las vivaces y enérgicas enfermeras de Atenas? Su amiga solo vivía para recibir noticias del tal «Panayotis», pero desde hacía varias semanas no se sabía nada de él.

Yolanda no conocía ni a aquel individuo ni a su grupo. Era peligroso saber algo, por poco que fuese, de las otras bandas: incluso los nombres —evidentemente falsos— que adoptaban. Tanto los agentes británicos como los mensajeros utilizaban apodos, versiones griegas de sus nombres auténticos: Michaelis, Ianni, Manolis, Vasilios, Arvidas, Sabonis. Nadie sabía quiénes eran en realidad.

Andreas apenas hablaba acerca de sus misteriosas desapariciones nocturnas. Se limitaba a descolgar su saca de la puerta cuando reinaba la oscuridad, agarraba su cuchillo y guardaba la poca comida con la que contaban. Nadie decía una palabra, pues sabían que era más conveniente no hacer preguntas. Yolanda le seguía hasta el patio, temerosa de los peligros que le aguardaban. Quería abrazarle con todas sus fuerzas y pedirle que se quedase, pero no podía hacer otra cosa que apretar los puños y ver cómo se alejaba de ella, hasta que ya no era más que una sombra en la oscuridad.

Sentía un alivio tan grande al verle regresar... Ensangrentado, sí, y exhausto, y hambriento. Pero por fin de vuelta. Asumía incluso el riesgo de internarse en Chania, cubriéndose el ojo ciego con algunas vendas y unas gafas que apenas le servían, y vestido con sucias ropas de campesino. En los pisos francos que encontraba por el camino le dejaban generalmente un pequeño alijo de medicamentos, o bien nuevas remesas de información procedentes de las chicas que trabajaban en el cuartel general: noticias que con frecuencia abundaban en la barbarie de los hombres de las SS o menudeaban sobre los agentes que habían conseguido burlar las líneas del enemigo, cuando no se trataba de listas con los nombres de los miembros más buscados de la resistencia donde, no sin hilaridad, Andreas solía encontrar el suyo.

Yolanda apenas podía respirar hasta que Andreas regresaba a sus brazos. Él le refería entonces las noticias que acababa de conocer: que Mussolini, por ejemplo,

había sido derrocado, o que la propia Italia estaba muy cerca de cambiar su rumbo político, o que había pintadas contra los alemanes en los muros de casi cada calle, de manera que todo el mundo podía verlas.

—Y también se dice que pronto habrá una invasión. Debemos estar preparados. Solo entonces volveremos a ser libres. Claro que... oigo lo que dicen. Pero el enemigo sigue pareciéndome demasiado sólido —avisó.

Una noche llegó a casa acompañado de un desconocido cubierto de sangre. Se había caído en las rocas y sufría una herida en la pierna. Se llamaba Stavros, y era alto, de tez bronceada, con ese cabello rubio que parece mucho más claro por los baños de sol. Stavros no cesaba de disculparse, y se mostraba un tanto vacilante, pero Yolanda no tardó en reconocer su acento. Dijo que llevaba meses oculto en las montañas, tratando de escapar y unirse al ejército británico. Explicó también que su madre era inglesa, pero para Yolanda ese era el aspecto de un desertor alemán. Era reconfortante poder hablar griego sin tener que esforzarse por entender el dialecto, escuchar todas esas vocales tan familiares... y más de labios de un hombre tan encantador y atractivo. Sintió una súbita familiaridad con el desconocido.

Curó sus heridas, y le preguntó cómo había conseguido zafarse de los alemanes durante tanto tiempo.

Stavros sonrió:

—Tuve la suerte de que me ocultase un granjero del distrito de Lassithi, no muy lejos de donde el famoso soldado y erudito John Pendlebury había realizado excavaciones antes de la guerra. Al granjero le bastó con echarme un buen vistazo a los brazos para decidir que también yo podría ocuparme de trabajar en su hacienda. Me trataron como a un hijo, y cuando el granjero se marchó de casa, su esposa pensó en... tratarme de otro modo, e hizo lo posible por seducirme. La cosa, como puede fácilmente comprenderse, se puso bastante difícil. Esa mujer era el demonio, y no paraba de hacerme ojitos incluso cuando los tres estábamos cenando. Así que me marché, antes de que al granjero le diese por matarme. Los abandoné sin decir nada, una noche. Y durante semanas he ido de acá para allá, siempre en dirección oeste, pero en todas partes me dijeron que nuestros soldados se habían marchado.

—Entonces debes de estar muy cansado —replicó Yolanda, no sin reparar en lo firmes y morenas que eran sus piernas. Como si en todo ese tiempo no hubiera llevado otra cosa que pantalones cortos.

—¿Y qué lleva a una ateniense a vivir tan lejos, en las colinas? —dijo entonces Stavros, dando un placentero trago a su té.

—Era deseo de mi marido regresar con su familia. Y por supuesto, vine con él.

—¿Eres su enfermera?

—Sí, en la clínica de la Cruz Roja. —Yolanda se detuvo entonces, temerosa de haber dicho demasiado, y cambió de tema—. La herida es superficial, la verdad es que parece peor de lo que es, pero no reviste ninguna gravedad. Mantenla limpia y que le dé el aire fresco, la naturaleza hará el resto.

—Yolanda... Qué nombre más encantador. Significa «flor violeta» —dijo Stavros —. Es muy inusual...

Yolanda asintió.

—Lo eligió mi padre. Creo que porque le encanta ese color.

—Un hombre muy inteligente. ¿Sigue en Atenas?

—No, murió —mintió Yolanda. «¿Qué estoy diciendo?». Tembló de pies a cabeza. Aquel muchacho hacía demasiadas preguntas.

Más tarde, cuando Stavros ya se había retirado a dormir a la alquería, Yolanda se acostó junto a Andreas, pero no era capaz de conciliar el sueño:

—¿Dónde encontraste a Stavros? —preguntó.

—Oh, estaba herido en una roca, deshidratado, y parecía sentirse bastante confuso. Mucho me temo que se trata de otro de esos pobres soldados que no llegaron al barco. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me dijo que estaba escapando de la esposa de un granjero. Supongo que eso explica lo moreno y lo bien alimentado que está. Lleva dos semanas huyendo, lo que no es poco... —añadió—. No tiene marcas en la piel, ni piojos. Desde luego, no ha llevado tan mala vida. Tendría que estar mucho más sucio y abrasado por los insectos.

—Por lo visto estudia arqueología en Atenas, igual le ha dado un poco el sol — bromeó Andreas, riendo.

—Quizá Penny lo conozca, entonces. Ella estudió allí, antes de hacerse enfermera —susurró Yolanda.

—Por supuesto... pero debemos tener cuidado. Nada de nombres, nada de riesgos. Este Stavros parece que sabe usar un arma. No nos vendrá mal otro tirador.

No pensaron más en Stavros, y se limitaron a abrazarse. El placer de hacer el amor no había disminuido un ápice durante los últimos meses, pese a las privaciones y las dificultades.

Yolanda se ocupaba de que Stavros no se alejase demasiado de la granja, con el fin de tenerle cerca y comprobar si sabía ordeñar una vaca y hacer queso. Lo cierto es que era todo un experto, y no parecía menos hábil con el hacha. Sus fuertes brazos resultaron muy útiles en la granja durante las ausencias de Andreas, y Dimitra lo consideraba nada menos que un dios griego del Olimpo.

Como no había otros fugitivos con los que entretenerse, Stavros comenzó a acompañar a Andreas en sus reuniones, o hacía lo propio con sus mensajeros para traer noticias, pero todavía se sentía débil y no podía emprender muchas caminatas ni enfilar las cuestas más empinadas. Pese al imponente aspecto físico que tenía, lo cierto era que perdía fácilmente el resuello.

—Diría que tiene los pulmones afectados —dijo uno de los mensajeros de Andreas—. Siempre se queda el último y apenas consigue adaptarse al ritmo. Me da la sensación de que ha vivido muy bien, y que ha comido demasiados pasteles de queso y *krassi*. Tenemos que conseguir que se adapte a las montañas si queremos que



sirva de alguna ayuda en los ataques que hagamos. No es más que un muchacho de ciudad, y medio inglés, para colmo. Los tipos así no están hechos para las montañas. Pero dale tiempo. Llévale a Chania. Su griego es perfecto, nadie percibirá nada raro en él.

Stavros agradecía poder estirar las piernas, particularmente allá abajo:

—He estado en Heraklion, pero nunca en Chania. ¿Queda allí algún palacio veneciano en pie, o algún museo? ¿Pasaremos delante de algún fresco en nuestro viaje? He leído que Creta está repleta de tesoros.

—No vamos de turismo —espetó Andreas—. Ya no queda nada digno de ver, y si había algo de valor, puedes contar con que se lo hayan llevado al otro lado del mar. Hay alemanes por todas partes, así que ten cuidado, no atraigas demasiado la atención.

Yolanda los vio alejarse, feliz de que al menos ahora Andreas tuviera compañía, pero había algo en Stavros que la confundía. Con suerte, quizá todavía estaba a tiempo de encontrarse con Penny en las colinas, recogiendo moras para hacer conservas. Había mucho que hablar sobre aquel nuevo recluta, y Penny era la persona adecuada para ello.

Nadie reparó en aquel pastor alto y rubio que corría por los callejones en dirección a la antigua puerta oeste del ruinoso distrito de Kastelli como alma que lleva el diablo. Era día de mercado, y muchos campesinos acarreaban sus enormes cestos rebosantes de vegetales para cambiarlos por parafina y sal. Se detuvo junto a un pozo para echarse un poco de agua en la cara. Nadie le había visto retirar una piedra suelta que había en el muro e introducir una carta: nadie, en realidad, salvo un muchachito enjuto, de miembros extremadamente delgados, que aguardó a que el hombre se diese la vuelta. Más tarde se encargaría de hacer la entrega, oculto por la oscuridad nocturna.

El cuartel general aplaudió la primera misiva de Stavros. Había conseguido refugio en una granja mantenida por el osteópata y cirujano Andreas Androulakis y su novia del barrio judío. Escribía en su carta que la mayoría de los fugitivos habían huido de la isla excepto los enfermos y heridos que a buen seguro permanecían escondidos en sus cuevas, pero también afirmaba que la red de espionaje de la resistencia seguía activa, y que recibía nuevos contingentes de armas y suministros por vía aérea, tal y como sospechaban. Stavros se mantendría muy cerca del centro de operaciones para asegurarse de que ninguna unidad recogería a los espías hasta que no estuviese completamente seguro de sus planes.

¿Era cierto, preguntaba, que Italia se había rendido en septiembre y ahora era una aliada de Grecia? Había escuchado, a través de las noticias internacionales, que los americanos estaban en Sicilia. Confiaba en que todo aquello no fueran más que rumores extendidos por la propaganda, mentiras que propalaban para reducir la moral

alemana. Creta debía ser suya; así lo quería el Führer.

Rainer sonrió al leer la nota. El pobre Stavros se iba a llevar una enorme decepción si pensaba que iban a poder aguantar mucho más hasta el inevitable colapso, ahora que habían perdido la batalla de África. Los rumores de que en breve llegaría un nuevo contingente de armas para aplastar a los enemigos al otro lado del mar de Libia eran solo eso. Rumores.

En cuanto a los agentes enemigos todavía activos, conocían algunos de sus nombres clave: Leigh Fermor, Dunbabin, Fielding, Woodhouse, Reade; hombres astutos y valientes, endurecidos por muchos años de vivaque. No iba a ser tarea sencilla conseguir que revelasen su posición, por más que aquel jovencito tarambana pensara lo contrario.

Penny pasó otro largo invierno aislada de la civilización. Una imponente nevada había cortado los caminos, de modo que incluso visitar a Yolanda resultaba imposible. Se quedaba mirando aquella inmensa blancura, rodeada por una espesa niebla, con insoportable desamparo. Las rutas que empleaban no eran caminos que el hombre hubiera trazado sino simples marcas dejadas en las colinas por los pastores, un puñado de piedras colgado de las ramas de los árboles. Un paso en falso más allá de la ruta podía suponer una caída al vacío y una muerte segura. Era preciso emprender cada viaje cayado en mano, a fin de tantear con él bajo la nieve en busca de suelo firme. A Penny le preocupaban las bandas que merodeaban por las colinas, viviendo a merced de los elementos, así como «los hombres del viento», un hatajo de ladrones de ganado que a menudo robaban para su propio clan, pero que no dudaban en empuñar las armas si veían que su territorio era usurpado por el enemigo.

Esa era la época en que el trabajo duro daba sus frutos, y podía cocinarse y hervir agua con las ramitas y maleza que se habían recogido durante los meses más secos. Era la época de buscar el calor de otros cuerpos, sobre todo para las mujeres que se quedaban en casa con sus agujas y ovillos, tejiendo mantos, edredones y alfombras, lo único que salvaba a las familias de morir congeladas. Y era también la época de escuchar y contar historias de tiempos pasados, cuando los turcos regían la isla con mano de hierro y los hombres se hacían a las armas y cruzaban las colinas en busca de su libertad. Entonaban entonces sus canciones de guerra, con una voz amarga en la que sin embargo palpitaba todavía el instinto de sobrevivir.

Muchos lloraban a sus parientes, que habían sido quemados, fusilados o llevados al corazón del monte en las redadas nocturnas. Las más jóvenes y los niños huían a las cuevas que había al socaire de las montañas, pero los ancianos estaban demasiado débiles como para moverse y se quedaban allí, como pasto para las llamas. Eran tiempos horribles. La Navidad llegó y pasó sin que nadie la celebrase. Lo único que esperaban era que los hombres de la resistencia regresasen a por comida y suministros. Era muy peligroso aparecer en los pueblos que habían sido tomados por

los alemanes, pero, aun así, tenían que hacerlo.

En las montañas corrió la noticia de que los italianos eran ahora sus aliados en el este, aunque muchos habían sido tomados prisioneros o habían desertado. Se hablaba también de refriegas entre lugareños, los nacionalistas que luchaban por el rey y aquellos que, simpatizando con las ideas comunistas, solo querían luchar del lado de sus camaradas. Las reuniones secretas que mantenían con los agentes británicos solían terminar en recelos y desacuerdos.

Ike no se pronunciaba ni a favor de un bando ni del otro. Desde su arresto, pocos esfuerzos hacía por posicionarse ideológicamente. Bebía mucho y hablaba de mala manera a Katrina. La atmósfera había cambiado terriblemente en la villa. Todo el mundo estaba cansado, tenía miedo del futuro y no soportaba el invierno. A Penny le preocupaban sus amigos, y Cíclope, cuya reputación no hacía más que aumentar. Nadie podía impedir que un cretense alabase a sus héroes y soltara la lengua acerca de sus acciones. El doctor tuerto era más que conocido en el lugar, y Penny rezaba para que los silbatos que lanzaban la alerta ante cualquier peligro le mantuviesen a salvo.

A veces cerraba los ojos y trataba de recordar cómo era la vida en su antigua casa: Nanny y Zander y Effy jugando a las cartas bañados por el resplandor de la chimenea, calentando sus magdalenas con una pinza cuyo mango era una cabeza de caballo, el halo que dejaba el perfume de su madre cuando se acercaba a darles las buenas noches, o el destello de las lentejuelas de su camisón que recogían la luz de las velas. Qué tranquilas y seguras habían sido aquellas noches de invierno de su infancia. ¿Dónde estarían todos ellos? ¿Pensarían alguna vez en ella?

Penny intentó compensar haberse convertido en otra boca más que alimentar entreteniéndolo a los niños, haciendo pequeños trucos de magia o contándoles las historias que de niña tanto la embriagaban, como *La Cenicienta*, *Hansel y Gretel* o *Blancanieves y los siete enanitos*. Aprendió a ovillar lana con una rueca ayudándose del hombro. Al principio resultaba un verdadero embrollo, pero con un poco de práctica consiguió que sus ovillos salieran muy compactos. La lanolina del aceite suavizaba sus ásperas manos, y poco a poco su cabello fue adoptando su color natural. Cuando se lo recogía en una coleta, casi podía ver a aquella inteligente jovencita que tan bien había sabido ocupar su tiempo allá en Atenas. Entonces dejaba escapar un suspiro, y daba la espalda al espejo roto.

Era como si su vida estuviera en suspenso, como si estuviera a la espera de algo. No había noticias de Bruce. Nadie podía moverse siquiera durante las tormentas de nieve. Así que sus esperanzas de volver a verle no hicieron más que menguar. Por primera vez en muchos meses, Penny comenzó a preguntarse si no sería el momento de regresar a Chania, de rendirse, incluso. Cuánto echaba de menos las rutinas del hospital, sus guardias, y la calma que se respiraba en el convento de San José. Recordó entonces lo ansiosa que se había sentido por escapar de sus restricciones.

¿Pero cómo podía pensar en rendirse, en comprometer a sus amigos? Conocía

demasiados rostros, demasiados paraderos. Quienes hablaban por ella eran el hambre, las preocupaciones y el aburrimiento. Pronto sería 1944, y vivirían un nuevo comienzo. Por amor de Dios, aquella ocupación no podría durar mucho más...

Estaba cansada de oír siempre los mismos cotilleos: quién había puesto los ojos en quién, quién no iba a ver el próximo año, qué cosas guardaba en su casa la viuda tal... «Me voy a volver loca con todo esto», suspiraba Penny. Lo único bueno era que la nieve mantenía a los nazis lejos de la casa, pues las patrullas preferían permanecer en sus barracones y emborracharse con vino robado y *raki*, ganarse a los críos con sus pequeños donativos y los restos de sus comidas, y mantener la cabeza gacha.

Aquellas tropas distribuían panfletos donde ofrecían una nueva amnistía a la población civil a condición de que los lugareños no tomaran parte en los actos criminales de los bandidos; les pedían, asimismo, que informasen de todos sus movimientos, a cambio de lo cual les permitirían vivir en paz: pero cualquier resistencia por su parte sería contrarrestada con creciente violencia. Era la misma treta de siempre. Sed buenos, pequeñuelos, y no os castigaremos. Pero los panfletos venían muy bien para alimentar las hogueras.

Cierta mañana, a finales de enero, Penny despertó sintiendo sobre su rostro el calor que se colaba entre las persianas, y escuchó el goteo de la nieve fundida, y el canto de los pájaros. La primavera había ganado su batalla anual. Pronto podría recoger flores de almendro y legumbres frescas. La esperanza animó su espíritu.

Unos días después, un mensajero llegó a la casa para pedir comida y provisiones para algunos miembros de la resistencia que se hallaban no muy lejos del lugar. Se llevó cuanto pudo, y Penny se ofreció a llevar el resto.

—Éramos veinte hasta que llegó otro inglés: una boca más que alimentar. No tardes, por favor —exclamó el joven.

Penny marchó con un zurrón a la espalda, acompañada de la hija de Ike, Olivia, que ya tenía doce años. La niña estaba muy emocionada, y visiblemente orgullosa de servir de correo. Sería una tapadera perfecta para Penny.

—Recuerda, vamos a recoger comida, e iremos en zigzag por las colinas por si nos están observando con prismáticos desde el camino. No llates demasiado la atención. Las montañas tienen ojos —advirtió Penny a la niña, que la contemplaba con la boca abierta—. Eres mi ayudante, pero no debes decirle a nadie tu nombre ni dónde vives. Una lengua demasiado viva puede costarle la vida a muchos hombres y destruir muchas casas. Es mejor callar que presumir...

Tenía que asustar a la niña, avisarla de lo que pasaría si se le ocurría hablar. Penny era consciente de que algunos grupos aislados, atrapados durante semanas en cuevas y agujeros, desesperaban por obtener la más pequeña brizna de información. No era de extrañar, y la pobre niña podía contar demasiado en su deseo de agradecer.

Subieron al socaire de la garganta, a través de bosques de cipreses y pinos que dejaban caer gota a gota la nieve del invierno. Penny se sentía muy contenta de poder estirar las piernas después de tanto tiempo encerrada en casa. Era como un potro al

que hubieran saltado en el prado, y solo pensaba en saltar aquellas rocas que le salían al paso, pero era consciente de que su pequeña ayudante pugnaba por seguir su ritmo cargada con el peso que transportaba, y decidió que quizá algunas almendras y pasas que llevaba en el bolsillo la ayudarían a subir con mayor entusiasmo.

Escucharon entonces un sonido familiar: un silbido. Su avance había sido seguido desde los puestos de observación que se ocultaban en lo alto de los árboles. Empezaron a surgir rostros de entre la maleza, uno a uno, rostros que sonreían y hacían señas para que se acercasen, y de las cuevas horadadas en las montañas los hombres comenzaron a emerger como auténticos animales, sin afeitar, con cabellos largos y enmarañados, con las facciones ennegrecidas por el humo, con aquellas prendas que tan bien se confundían con la tierra y las rocas. Un hombre avanzó de pronto hacia la luz solar; se quitó la gorra y se sacudió sus rubios cabellos. Su barba estaba salpicada por relumbres de oro.

Penny abrió la boca, sorprendida de encontrarse allí con aquel rostro que tantos años atrás había visto en los bares de Atenas: se trataba del joven que nunca dejó de importunarla hasta que Penny decidió cortar con él por lo sano. Era él, Steven Leonidis. ¿Pero qué hacía allí? Recordó entonces la dudosa posición que Leonidis había adoptado en los prolegómenos de la guerra y sintió una leve inquietud. Por suerte, Leonidis no había alcanzado a verla. Propinando un ligero empujoncito a Olivia, Penny susurró:

—Ve tú a entregar la cesta. Se me ha metido algo en el zapato.

Se inclinó y se ajustó el pañuelo en la barbilla y sobre la frente, tal y como lo llevaría una viuda. El corazón le latía con fuerza. ¿Por qué estaba allí Steven? ¿Debía acercarse a saludarle?

Uno de los *andartes* se apresuró a coger el zurrón y llevar su contenido a la cueva.

—Ven a conocer a nuestro nuevo compañero. Se llama Stavros, y procede de Atenas. Ven, Athina. Ven a hablar con él.

—No, no, debemos volver para recoger un poco de leña.

Se deshizo en excusas, lamentándose interiormente de que Olivia tuviera que marcharse tan rápido en su primera misión de relevancia. Los hombres parecían sumamente contentos de ver a una niña, y no dejaban de darle palmaditas en las mejillas. ¿Y si Olivia les contaba que Athina trabajaba como enfermera en Atenas? Debía evitar que hablase, llevársela enseguida de allí.

Se escuchó entonces un grito:

—¡Athina! Ven, por favor, tienes que verme las heridas —se lamentaba un joven—. ¡No consigo que curen!

Steven la estaba observando, pero, para alivio de Penny, enseguida desvió la mirada. Se arrastró e inclinó la espalda para asemejarse en lo posible a una mujer de avanzada edad, y examinó al muchacho:

—Forúnculos y más forúnculos —graznó, en su más burdo acento. Con la falta de

alimentos, el exceso de humedad y toda aquella mugre, no podía sorprenderse de que todos esos muchachos tuvieran el cuello y los brazos llenos de llagas purulentas. Se volvió hacia el cuenco donde guardaban los emplastos, aplicó el unguento en un trapo limpio y vendó con él el brazo del joven, tratando de no mirar en el proceso dónde se encontraba Steven. Bajo ningún concepto debía reconocerla.

Nunca había corrido tan rápido, pero lo que la impulsaba colina abajo era un miedo repentino, irracional, producido por el inesperado encuentro con aquel antiguo compañero de estudios. Algo no iba bien.

¿Qué era lo que le había llevado hasta allí? ¿Por qué había aparecido entre los soldados como de la nada? Penny sentía todos sus nervios en alerta, mientras ella y Olivia recogían algunas ramitas con las que llenar sus vacíos zurroneos. Olivia estaba inquieta. Pensaba que había hecho algo mal.

Penny recordó las discusiones sobre política que habían mantenido en sus ratos libres, bebiendo copiosamente en el bar; el rechazo que Steven sentía hacia el legado griego, y su satisfacción por tener los ojos azules y el cabello rubio. Era lo que se dice un verdadero simpatizante del movimiento fascista. Y ahora, en cambio, se contaba entre los fugitivos británicos que trataban de escapar de los nazis, cuando la mayoría de los hombres hacía tiempo que se habían marchado de la isla. Hablaba un griego fluido, también él podía haber escapado de haber querido, de no ser... de no ser... Oh, Dios, ¿y si era un topo? ¿Se estaría haciendo pasar por inglés para ayudar al enemigo?

Pero quizá las atrocidades cometidas en la isla le habían hecho cambiar de opinión. La gente cambia. Seguro que era eso, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevaba en la isla, y cómo había hecho para estar tan cerca del pueblo de Ike y Katrina? ¿Cómo podía asegurarse de que Steven era de fiar? Las semillas de la duda hicieron mella en Penny toda la noche. Bastaría una palabra a Ike y sus hombres para que Steven Leonidis fuera hombre muerto. ¿Pero cómo podía vivir ella con la posibilidad de haber hecho asesinar a un inocente, y especialmente a uno al que podría defender por otros motivos? Pero si ella lo señalaba, él también la señalaría a ella como inglesa. Debía alertar a Andreas, y encontrar a Bruce, hacer cundir el aviso de que aquel sedicente ateniense podía ser un espía. Esa era la única respuesta que resonaba en su corazón.

«Hay veces que uno debe tomar una decisión, la decisión que puede cambiarlo todo», pensó Penny, despertando de una pesadilla, reviviendo los momentos en que sintió que sus amigos podían correr peligro. No podía apoyarse en demasiados hechos, pero sí en su instinto. Si estaba equivocada, Steven sería ejecutado; si estaba en lo cierto, otros a los que apreciaba mucho más podrían correr la misma suerte.

A la mañana siguiente, Penny acudió a Ike para pedir disculpas por lo que se disponía a hacer:

—Tu amabilidad es muy grande. Y yo soy una carga para tu familia. Regreso a Chania y a la vida en el convento. Por favor, dales a todos mis mejores deseos; en el

fondo, no dejo de ser una chica de ciudad. Si sobreviene algún peligro, mi presencia solo contribuirá a empeorar las cosas para todos.

No pudo por menos de ver la expresión de decepción que se dibujaba en las facciones de aquel tosco individuo:

—Por favor, cuídate mucho de a quién dejas traspasar el umbral de tu casa —le advirtió—. No permitas que los *andartes* se acerquen al pueblo. Si alguien pregunta por Athina, dile que se vaya. A menos que se trate de Panayotis, por supuesto. Si le ves, dile que he vuelto a la ciudad.

—¿Qué intentas decirme, amiga mía? —preguntó Ike—. Sabes que no tenemos secretos.

—Oh, sí, sí que los tenemos, y más que la mayoría. Ojalá supiera por qué, pero siento que se avecina un gran peligro. Debo comprobar algunas cosas.

—Te echaremos de menos —dijo Ike.

—Cuando todo esto acabe, regresaré —dijo Penny, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ven a vernos con tus hijos y nos harás muy felices. Has sido como una hija para nosotros, Athina. Que los santos guíen tus pasos con su benevolencia. *Kalo taxidi...* Ve en paz.

Resultaba muy duro tener que marcharse así, como un ladrón en la noche. Katrina llegó corriendo hasta ella para abrazarla. Penny dejó entre sus manos una carta, escrita entre las líneas de un viejo folleto. Era el único papel que había podido encontrar. La había escrito en griego para Yolanda, y en ella avisaba a su mejor amiga de que podía haber un espía entre ellos. La envolvió en el preciado pañuelito que había guardado con tanto amor durante todos esos años, para que a Yolanda no le cupiera ninguna duda de la procedencia del mensaje.

—Dale esto a Yolanda, o a su familia. Explica algunas cosas. Y dile a todo el mundo que tengan cuidado con los extraños... sobre todo con los que sonrían demasiado.

Penny se despidió de todos con un beso el rostro completamente bañado por las lágrimas. Se volvió hacia el sendero que llevaba hasta el pueblo a través del camino principal. Rogó por que ese día hubiera algún autobús con destino a Chania.

Andreas condujo a su grupo, que ahora contaba con más efectivos, hacia la remota granja en la que vivía, para ofrecerles la leche y el pan que hacían allí. Durante varias semanas no habían sufrido el acoso de las tropas alemanas, y los *andartes* comenzaban a pensar que lo peor de su ordalía ya había pasado.

Su nuevo compañero, Stavros, era de gran ayuda en la granja, y Adonis lo tenía en gran estima. Cierta noche, sentados al raso, Dimitra enseñó al grupo, henchida de orgullo, las fotografías del banquete de bodas de Andreas y Yolanda, tomadas por el alcalde.

—No siempre hemos vivido como mendigos. Mirad, incluso tuvimos un fotógrafo. Aquella noche tan especial servimos comida para cien personas —dijo, no sin presunción.

Las fue pasando para que los hombres las contemplasen: el novio y la novia con los niños del pueblo, la familia al completo, el baile... y una en la que Penny y Yolanda reían juntas.

—¡Por el amor de Dios, yo conozco esa cara! —exclamó Stavros, observando atentamente a las dos jóvenes.

Antes de que Yolanda pudiera impedirlo, Dimitra sonrió y dijo:

—Sí, la enfermera es también de Atenas... Athina... Es una chica de ciudad, al igual que Yolanda.

—Oh, tampoco estamos tan seguros —se apresuró Yolanda a replicar.

—Pero dijiste que trabajaba como enfermera en Chania, ¿no?

—¿Eso dije? No me acuerdo.

Yolanda miraba a la anciana de hito en hito, deseando que cerrase la boca.

—Y esta Athina... ¿dónde está?

Stavros tenía los ojos clavados en el retrato de Penny.

—No lo sabemos con certeza.

—Pero si vino con el hombre ese, el que es medio griego y medio americano, y con su esposa, a tu banquete de bodas. Y la has visto unas cuantas veces...

«Oh, por favor, cállate», rogó Yolanda.

Andreas reparó en la ansiedad de su esposa.

—Bien, Stavros, volvamos al trabajo.

Yolanda ya no pudo sentirse tranquila tras aquella conversación. Stavros había reconocido a su amiga, y eso significaba que sabía su verdadero nombre. Y si así era, debía avisar a Penny. Había algo en aquel desconocido que Yolanda no era capaz de precisar... Era muy diligente, educado pero distante, y ponía de su parte para sacar el trabajo adelante. Era un tirador de primera, pero no había estado aún en la primera línea de fuego.

Andreas solía decir que no podías juzgar a un hombre hasta que no le habías visto en el frente. Si lo capturaban y lo torturaban, no tardaría en delatar la posición de cada granja y de cada cueva, revelaría cada apodo y daría los nombres de las familias que socorrían a los fugitivos. Yolanda sabía que aquel Stavros hablaba perfectamente inglés y griego, pero era diferente... no como los demás fugitivos. Y eso la hacía sentir intranquila.

—Voy a visitar a Athina —anunció—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Pero está a un día de aquí, y en tu condición... —dijo Dimitra, mirando su vientre.

Yolanda sonrió al ver la preocupación de su suegra. Hacía dos meses que no tenía la regla, pero todavía no tenía la certeza de estar realmente embarazada. El hambre también provocaba que una chica perdiese la regla; Yolanda bien lo sabía, y por eso



sospechaba que se trataba de una falsa alarma. Las mujeres de las montañas trabajaban muy duro, incluso a pocos días de romper aguas. Ella no tendría más remedio que hacer lo propio si era su suerte vivir aquel feliz suceso.

—Si no me necesitas aquí, créeme, estaré bien. Debo hablar con mi amiga. Hay cosas que es preciso que sepa.

Embridaron la mula para que pudiese cubrir con menos esfuerzo el camino que la separaba del pueblo de Ike. La primavera comenzaba a hacer aflorar vestigios de verdor por todas partes, el aroma de las hojas y las flores resultaba abrumador, sobre su cabeza volaban en círculos los zopilotes, e incluso llegó a sorprender un atisbo de las célebres cabras *kri-kri*, dispersándose a toda velocidad mucho antes siquiera de que Yolanda se cruzase en su camino. Se mantenía a la sombra, y en su interior no dejaba de sentir el hormigueo de la emoción, al saber que pronto volvería a ver a Penny. Qué sorpresa se llevaría. Y qué buena noticia poder decirle que era verdad que esperaba un bebé...

Su llegada causó una gran conmoción. Katrina se hallaba afanada en sus tareas, y no había señal alguna de su amiga.

—Pensábamos que primero iría a verte, pero ¡puf!... se marchó a toda prisa. ¿Recibiste su carta...? —Katrina entonces se detuvo—. Santa Madre, me olvidé... en el calor del momento... Está por aquí, en esta repisa, si no me equivoco. Cuánto lo siento. —Apartó los platos y las jarras y los iconos religiosos que se desperdigaban por allí—. Creo que ha ido a buscar a ese joven, Panayotis. Debió de coger el autobús que va a Chania. No entiendo a las jóvenes de hoy día. En mis tiempos, un padre no hubiera permitido que su hija abandonase la casa familiar a la luz del día para evitar su deshonra, pero esta terrible guerra lo está cambiando todo. Ahora las chicas hacen lo que quieren —suspiró—. Ya no hay hombres que las vigilen. Pero bueno, ¿dónde está la carta que dejó...? Ah, aquí está.

Yolanda tomó entre sus manos el paquetito. Enseguida reconoció el pañuelo, y lo guardó en su delantal para tenerlo protegido. Se sentó después junto a ellos para beber el té de las montañas y tomar unas galletas, hecho lo cual descansó un rato, que aprovechó para leer la nota. Aquello no tenía mucho sentido y apenas era legible; además, estaba manchada de vino tinto y el papel se encontraba algo desvaído.

Con un suspiro de pesar rehízo el camino colina arriba, mucho más inquieta y preocupada que cuando partió hacia allí. ¿Por qué se había marchado Penny? Panayotis podía estar en cualquier lugar de la isla. Los oficiales británicos iban y venían, mantenían muy cerca a sus correos y solo confiaban en sus mensajeros y sus guías. Nunca lo encontraría. Aquel plan era una locura, y revestía un enorme peligro. ¿En qué estaría pensando, para marcharse así, sin decirle una palabra a su amiga? ¿Y qué había tratado de decirle con aquella notita? ¿Acaso también ella, su querida Penny, presentía el peligro?

Stavros dejó su siguiente carta en un cruce de caminos, oculta en la parte trasera de una pequeña hornacina. De allí pasó a las manos de un policía que simpatizaba con las fuerzas de ocupación y que, a su vez, la entregó en el cuartel general alemán. Stavros advertía que había llegado el momento de estrechar el cerco. Conocía el principal lugar de operaciones de la resistencia, las granjas que la abastecían y los puestos de avanzada. Era la información habitual, útil para enviar una patrulla con la primera luz del día y cogerlos a todos por sorpresa. Mientras tanto, Stavros escaparía para infiltrarse en el siguiente grupo. Era, sin embargo, el último párrafo de su carta lo que intrigaba a Rainer.

*La esposa del doctor es una judía procedente de Chania. Esta tiene una amiga a la que he reconocido en una foto: es una enfermera que vive en las colinas bajo el nombre de Athina, pero yo sé que se llama Penélope George, pues era compañera mía de estudios en la Escuela Británica de Atenas. Se hace pasar por griega y está ayudando a la resistencia. Seguro que tiene información relevante.*

De modo que Penélope había conseguido salir de la ciudad y era ella a la que había visto en compañía del doctor... Todos esos años, escondiéndose en las montañas. A menudo se había preguntado Rainer qué habría sido de ella. Los había engañado a todos con su acento griego.

¿Pero por qué no había dicho quién era, cuando así hubiera podido escapar con el resto de ingleses? ¿Qué tenía aquella isla para que decidiera arriesgar la vida?

Ahora solo sería cuestión de tiempo que la detuviesen para interrogarla. Rainer no quería ver cómo era sometida a los métodos de esos sádicos de las SS, que tenían su propia manera de hacer hablar a una mujer. Estúpida, testaruda mujer... ¿Por qué no se había marchado?

Rainer miró por la ventana en dirección a la bahía y recordó la imagen de Penny en la cueva: calmada, fuerte, imperturbable, resuelta a permanecer junto a sus pacientes. Si alguien merecía una medalla, sin duda era ella. A Rainer le horrorizaba la idea de que una mujer tan hermosa fuera destruida por un hatajo de matones y violadores, aquellos sujetos que solo sabían causar espanto y terror, pero no había nada que él pudiera hacer para salvarla.

—Despierta, tía Pen. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame al médico? —Lois me miraba con preocupación—. Has dormido un montón de horas. No tardaremos en ir a cenar. Mack conoce un lugar muy bonito en Chania, pero si estás cansada...

—Estoy bien, no te preocupes, pero mejor id vosotros. Alex puede quedarse conmigo —ofrecí, tratando de no ser una aguafiestas. Sabía lo que significaba que te rompiesen el corazón, y estaba decidida a que Lois tuviera al menos la oportunidad de reparar el suyo.

—No, yo invito. Te hemos tenido un poco olvidada, todo el día por ahí, y dejarte sola, con un libro por toda compañía...

—Los libros son la mejor compañía, y este en particular es una joya: *Los vientos de Creta*, tienes que leerlo. Además, eso me ha permitido poner mis recuerdos en orden.

—No olvides la ceremonia del sábado. Mack dice que debemos llegar lo más pronto posible. ¿No tienes ganas de ir?

Qué pregunta más tonta. Solo un joven pensaría algo semejante. Los recuerdos, a menudo, suelen ser muy dolorosos.

—Es para lo que hemos venido —repliqué, estirando mis rígidos miembros—. Bueno, iré a adecentarme un poco.

—No olvides que prometiste contarle a Alex cómo fue tu vida en las montañas —gritó, mientras ya me dirigía hacia la puerta.

—Quizá... pero esta noche no es la más indicada para mis viejas historias. Este Mack parece muy atento, de repente...

No pude resistir el impulso de provocar su sonrojo.

—Lo sé, y se porta genial con Alex. Pero estoy segura de que es así con todos sus clientes. Va a ir a la ceremonia. ¿Recuerdas que dijo que su padre estuvo destinado en el destacamento de submarinos aquí, durante la guerra?

Mientras sacaba mi vestido de seda azul y mi pashmina, me atusaba el pelo y me aplicaba un poco de color, no dejaba de sonreír: era hora de dejar atrás por un rato la época de guerra y los recuerdos de aquellos terribles días en que trataba de encontrar noticias de Bruce entre las ruinas de Chania, allí donde las personas habían dejado de ser personas para asemejarse a animales, pues habían regresado a una condición similar: habitaban los lugares más precarios desposeídos de todo, y hambrientos de esperanza tanto como de comida. Había sido un error regresar allí, pero por entonces solo me animaba una cosa: la desesperación.

Mack nos condujo por aquellas atestadas calles hasta un restaurante ubicado en un edificio sin tejado, abierto al cielo nocturno. Estaba lleno de gente. Unos músicos

tocaban algunas canciones típicas de la región en una esquina, mientras los camareros hacían lo que podían por abrirse paso entre la multitud con las bandejas sobre sus cabezas. Era, posiblemente, la taberna más ruidosa que podía encontrarse en el corazón de la parte vieja de la ciudad. Por un momento, me chocó reparar en aquella coincidencia: era en ese mismo barrio donde vivían los padres de Yolanda. Las ruinas habían sido tiempo atrás una fábrica de jabón, muy próxima a la sinagoga que atendían, y que posteriormente sería bombardeada. Qué extraño escuchar todas esas risas y todos esos cantos a la luz de las velas en el mismo lugar que visité —con no poco dolor— en la lejana primavera de 1944.

## MARZO, 1944

Penny dio con el único *kafenion* que pudo reconocer por la antigüedad de sus muros y donde sabía que encontraría simpatizantes de la resistencia. Aguardó afuera, esperando que le diesen trabajo, pero su aspecto era tan torvo y desastrado que más bien temió que la confundiesen con una maleante y la alejasen de allí a patadas. No había comido apenas durante varios días y se sentía débil, vencida por las náuseas. Se aferró a una silla para evitar caer. Una mujer salió del local y Penny le pidió un poco de agua.

La mujer guardó silencio unos instantes.

—Siéntate, *kyria*, pareces enferma. ¿Vienes de muy lejos?

—De Apokoronas —dijo Penny, asintiendo—. «¿Cuándo se despejarán los cielos?» —susurró, consciente de que el primer verso de aquel cántico por la libertad ayudaría a su propia causa.

—¿Conoces entonces al doctor de los huesos?

Obviamente, la mujer la estaba tanteando.

—Cíclope, el héroe de las manos curativas. Su esposa es amiga mía —replicó Penny.

La mujer sonrió:

—Ya sabía yo que te conocía de algo. En cierta ocasión viniste aquí con ellos. Nunca olvido una cara.

Penny sintió que sus miembros se relajaban.

—Me llamo Athina. Estoy buscando trabajo, y además debo encontrar a alguien. Es muy importante.

—No vas a encontrar trabajo en ninguna parte. Ven, pasa... Athina, quiero que conozcas a Nikos. Ayúdame en la cocina y con las mesas y podrás comer y dormir aquí.

Stella y Nikos le sacaron una sopa y algunas galletas, un cuenco de agua para que se refrescase un poco, y le dieron un vestido limpio. Solo entonces Penny volvió a sentirse humana otra vez.

—Todavía tenemos algunos clientes fijos entre los oficiales, los sacerdotes y los profesores; y los soldados, claro. Los mejores de ellos. —Se detuvo un instante—. No hay dinero. Incluso los soldados tienen que contar hasta el último dracma que gastan. Vienen a jugar al *backgammon*, a hablar de sus cosas... a hacer cualquier cosa, en pocas palabras, que les haga olvidar esta maldita guerra. A veces escuchamos algo, y lo que escuchamos se lo contamos a aquellos en quienes podemos confiar. ¿Tienes alguna noticia?

Penny explicó su dilema, y el temor que sentía a que hubiera un agente infiltrado

en su grupo capaz de traicionar a todo el mundo.

—Tengo que encontrar a Panayotis, o a Michaelis.

Stella estalló en carcajadas.

—Se mueven como si realmente fueran de aquí, y de hecho parecen más cretenses que nosotros mismos. Michaelis da verdadero miedo. Bebe con los soldados alemanes. No tienen ni idea de con quién están hablando. Bien, antes de nada tendrás que renovar tus documentos. De vez en cuando hacen algún control. Debes ir al ayuntamiento y registrarte de nuevo. Es lo más seguro. Siempre están en guardia ante la posibilidad de que aparezcan «visitantes sospechosos». En todo momento, consúltanos antes de hablar con nadie. Uno de sus agentes traicionó a su propio pueblo y convirtió en mártires a demasiadas personas el año pasado. En represalia, unos cuantos hombres acudieron en septiembre a su casa y lo apuñalaron allí mismo. La familia Polentas ha sido vengada. No confíes en nadie, Athina, especialmente en los que hacen demasiadas preguntas. Tu acento es muy bueno, pero no lo suficiente para quienes son de aquí.

Así advertida, y sintiéndose respaldada de nuevo, Penny se preparó para ir a buscar noticias de Bruce, pero sus esperanzas se vieron truncadas cuando se enteró de que había regresado a las colinas para cumplir una misión y que existían planes para llevar a cabo una ofensiva.

Cierta tarde, durante la hora de la siesta, Penny se dirigió al *limani*, el viejo puerto, más allá de las tiendas que, cerradas a cal y canto, flanqueaban la avenida. Subió por la calle Kondilaki y dejó atrás las casas en ruinas que se erguían en los alrededores de Portou, la calle cuya puerta daba a la vieja muralla veneciana. Era una visita que había pospuesto demasiado tiempo. La hacía en nombre de Yolanda.

Nadie la reconoció al principio. Los padres de Yolanda la miraron con suspicacia, temerosos de que fuera alguna oficial.

—Soy Penélope... ¿no me recuerdan? Penélope, de Atenas. He venido a ver qué tal están.

Los labios de Solomon se entreabrieron en una media sonrisa.

—Ah, sí, claro que nos acordamos... ¿Verdad, Sara?

El rostro de Sara Markos se mantuvo inexpresivo. Había envejecido mucho en un año, pensó Penny con una punzada de dolor.

—Sara ha estado enferma. No recuerda las cosas tan bien... Se repetirá un poco cuando empiece a hablar. ¿Pero cómo estás? Pasa, pasa. —Solomon se apartó para dejarla pasar, y ayudó a Sara, que utilizaba dos bastones, a poner un pie delante del otro—. ¿Sigues en la escuela de Halepa?

Penny negó con la cabeza.

—Eso fue hace mucho tiempo, señor. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. He estado trabajando como enfermera en las montañas. Acabo de regresar a la ciudad. Quería hacerles saber que he pasado algún tiempo con Yolanda en fechas recientes y que se encuentra bien...

—Por favor, no sigas. Vas a hacer que Sara se inquiete.

—No tenemos ninguna hija. Nuestra hija murió —murmuró Sara, volviendo su rostro hacia Penny.

—Pero ella no sabe que estoy aquí. Solo quería comprobar que se encuentran sanos y salvos, para poder decírselo a Yolanda cuando la vea. Oh, se preocupa tanto por ustedes...

—Esa chica debería de haberlo tenido en cuenta antes de huir y partirnos el corazón. Pero veo en tus ojos que no entiendes nada. —Solomon sacudió la cabeza y lanzó un prolongado suspiro—. Nuestra existencia carece de alegría desde que ella tomó su decisión. Si perteneces a una comunidad creyente, debes someterte a sus leyes. Uno no coge de aquí y de allí y decide qué creer y qué no.

Sara comenzó a agitarse visiblemente al escuchar las palabras de su marido:

—¿Pero por qué insiste en hablarnos de esa chica? Murió. ¿Entiendes? Murió. Nunca hablamos de ella, ¿verdad, Solomon?

Sara tiraba de la manga de su marido con suma impaciencia.

—Ya ves cómo está su madre... Su mente vaga sin rumbo, oprimida por la preocupación y la pena. No es fácil vivir la vida que tenemos aquí.

—Lo siento —dijo Penny, sintiendo sobre ella todo el peso de la tristeza del anciano—. ¿Qué debo decirle a Yolanda cuando la vuelva a ver?

—Dile lo que quieras. No hay nada que nosotros podamos decir. Nos escribieron algunas cartas. Las quemamos. Uno no recibe cartas de un muerto, por más que desees leerlas con toda tu alma. No es así como hacemos las cosas. —Solomon vio la decepción en el rostro de Penny—. O dile que estamos bien y que seguimos haciendo nuestras vidas sin ella, si lo prefieres. Está en manos de Dios lo que nos quede por ver en esta tierra. Y nuestro pueblo es siempre el primero en sufrir las consecuencias de todos los problemas.

Penny se marchó de la casa no sin reluctancia, deseosa de mediar en favor de Yolanda. Había sucedido lo que más temía, pero no comprendía cómo una fe podía servir para renegar de una hija que decidía amar al hombre equivocado. No le cabía la menor duda de que, en tiempos como los que les había tocado vivir, que alguien encontrase la felicidad debía ser motivo de dicha para otros, al margen de las diferencias que mantuvieran... ¿Qué le diría ahora a Yolanda?, pensó Penny con un profundo suspiro de pesar. Era mejor no decirle nada.

El *glendi* iba a prolongarse durante toda la noche, pero Yolanda estaba demasiado cansada como para unirse al resto.

Los hombres estaban celebrando la consecución de una entrega que les brindaba nuevos uniformes, armas y botas, y eran como niños en un baile, presumiendo de sus nuevos pantalones de montar, sus boinas caladas y sus birretes. Habían matado a una oveja; habían sacado el mejor vino de su barrica de roble, que pegaba como una

mula. Todo el mundo disfrutaba, por una vez, de un poco de tranquilidad.

La única sombra que pesaba sobre ellos era la muerte de uno de los australianos, Vasilis, asesinado en febrero durante una emboscada. Había sido un gran líder, valiente hasta el punto de la imprudencia. Las leyendas sobre sus heroicidades comenzaban a relatarse en el tono en que se transmiten las leyendas. Sus espléndidos funerales habían unido a varios de los grupos rivales en un solo llanto, al menos durante unas horas.

Dos días atrás, unos desconocidos llegaron junto con otro agente británico para reunirse en un apartado colmenar y discutir una y otra vez sus futuros planes. Fue así como Yolanda se encontró cara a cara con el escurridizo Panayotis.

Ahora entendía por qué Penny estaba tan locamente enamorada de él. Se sintió también ella ganada por su encanto, su entusiasmo, su despreocupada valentía, su pasión por la vida y por estar siempre al borde mismo del peligro. Allí estaba, sí, bailando en el círculo de fuego. Todo el mundo aplaudía, esperando a que saltase o se quemase los pantalones. Andreas no hacía más que incitarle, gritándole y después uniéndose a él. Panayotis exhibía en su rostro el cansancio que le provocaban sus intentos por mantener la paz entre las diferentes facciones, pero aquella noche estaba borracho y se comportaba como el joven que era. Cuánto deseaba Yolanda que su amiga Penny estuviera allí para disfrutar de la fiesta.

Stavros se hallaba sentado junto al fuego, bebiendo con los demás. La preocupación que su presencia había suscitado en Yolanda resultó del todo infundada, pues Stavros había luchado con toda bravura contra una patrulla alemana, demostrando así de qué lado combatía.

Su intención, ahora, era apartar a Panayotis del grupo sin que nadie la viese. Pero las embarazadas no podían dirigirse a un soltero, de modo que se mantuvo en las sombras, observando a los hombres bailar y agitar las chaquetas sobre sus cabezas, y fue precisamente esto lo que le inspiró la idea de hacer saber a Panayotis que Penny había abandonado el distrito.

Sacó las fotos de la boda del cajón donde las guardaban y entre ellas encontró la única en la que aparecía junto a Penny. Le entristecía separarse de aquel preciado recuerdo, pero, aun así, la guardó subrepticamente en uno de los bolsillos de la chaqueta del soldado inglés tras haber escrito en su parte posterior: «Tu amiga está en Chania».

A la mañana siguiente, con la primera luz del alba, el grupo al completo se había marchado. Era mejor no saber dónde.

Penny llevaba más de un mes trabajando en la cocina de la taberna, y sentía que sus fuerzas iban en aumento gracias a las comidas que le preparaba Stella. Había acudido a las oficinas para recoger sus nuevos documentos, pero temía que su estatura la hiciera demasiado llamativa, además de que la espera resultaba demasiado



larga y todavía no se encontraba en condiciones de soportarla. Atrás quedaba su confianza en dejarse ver en lugares públicos. Se sentía constantemente inquieta.

Una noche, mientras la oscuridad se iba adueñando de la ciudad y las calles resonaban con el lento taconeo de las patrullas alemanas, Penny sintió que alguien la observaba desde detrás de las puertas, e incluso vio el ascua de un cigarrillo. Se apresuró a entrar en la taberna por la puerta de atrás, y avisó a Nikos de que estaban siendo vigilados.

El hombre lanzó una estentórea carcajada:

—Espero que no. Hoy tendremos visita.

Pero, mientras Penny limpiaba las mesas de madera que ocupaban la calzada, sus sentidos no dejaban de apercibirla de que no estaban solos. Interrumpió de pronto sus tareas y giró en redondo. No había nadie a la vista, pero no dudaba de que la estaban vigilando. Sintió que las manos le temblaban al coger la última jarra de vino. Respiró hondo:

—Ya puedes salir, seas quien seas —gritó, tratando de ocultar su agitación.

La silueta de un hombre vestido con ropas cretenses, una camisa negra y una bandana emergió de entre las sombras y avanzó tambaleándose por el suelo adoquinado.

—¿Athina? ¿Entonces... eres tú?

Penny hubiera reconocido a Bruce en cualquier parte.

—¡Gracias a Dios que estás aquí...! —exclamó en inglés, mientras corría hacia él.

Bruce se llevó un dedo a los labios.

—No estoy solo.

Una a una, varias figuras salieron de todas partes, sonriendo bovinamente.

—Así que esta es la hermosa damisela por la que late el corazón de nuestro Panayotis... —canturrearon.

De pronto, seis de ellos se escabulleron por la puerta trasera de la taberna, y Penny sintió una punzada de decepción al comprender que aquello no iba a ser la reunión secreta que esperaba, sino otra muy distinta de la que ella estaría excluida.

—¿Cómo me has encontrado? —susurró, mientras distribuía platos de *meze* y vasos de *tsoukoudia*.

—Pues verás, es de lo más extraño, pero encontré una foto en mi bolsillo en la que aparecías tú junto a mi adorable anfitriona, Yolanda. Ahí me decía dónde te debía buscar.

Bruce sonrió, y eso hizo que parte de la frustración de Penny desapareciera.

—Chania no es tan pequeña.

—No, la verdad es que no, pero puede serlo cuando sabes dónde buscar. No hay tantas griegas rubias que puedan jurar como un marinero y aplacar de un bofetón al que alarga la mano hacia su trasero. —Desde luego, Bruce podía hacer un chiste de cualquier cosa—. Tan desobediente como siempre. Te dije que te quedases en las

colinas. Ni siquiera le explicaste a tus amigos que te marchabas.

—Tenía razones para no hacerlo. Hay un tipo procedente de Atenas, un tal Stavros, o así por lo menos lo llaman... Me conoce de cuando estuvimos en Atenas. Estudiábamos juntos...

—Sí, está en el grupo de Andreas. Un buen tipo. Lo conocí la semana pasada.

—No confío en él. Simpatizaba con el movimiento fascista en su época de estudiante... Durante un tiempo fuimos íntimos. Creo que es un espía.

—Te equivocas, niña. Está en la lucha, es medio griego. La gente cree que es un desertor alemán, así que lo usamos para engañar a los prisioneros alemanes haciéndoles ver que también él es uno de ellos.

—Pero cuando estábamos en Atenas... —prosiguió, hablando con la boca medio cerrada.

Bruce empezó a impacientarse:

—¿Qué te dijo cuando te vio?

—No me vio. Yo le reconocí primero. Creo que harías bien en comprobar si es lo que dice ser.

—Ya lo hemos hecho. ¿Crees que duraría cinco minutos entre nosotros si pensásemos que se trata de un espía? Los traidores suelen ser gentes del lugar con cuentas pendientes, criminales a los que han sacado de la trena y tienen una familia que cuidar. Sí, en la península había algunos topos, pero todos ellos han salido ya de sus madrigueras. Aparte, es todo un experto en arte minoico. Quiere regresar a la isla tras la guerra y hacer excavaciones en algunos enclaves que ha hallado por su cuenta, así que no te preocupes, ¿eh? Estabas bien en las colinas. Vuelve con tus amigos. Creo que Yolanda está embarazada, a juzgar por cómo se pavonea Andreas ante sus hombres. Parece un gallo en el gallinero.

—¿Van a venir aquí? —quiso saber Penny, al ver tantos *andartes* bajo un mismo techo.

—Están a sus cosas, y nosotros también deberíamos estar a las nuestras, así que aire. No quiero que nadie sepa nada de nuestros asuntos. Va a pasar algo muy gordo, lo hemos sabido a través del cable. Debemos estar preparados.

Suavemente, la apartó de su lado.

Penny tenía ganas de llorar. Bruce seguía siendo el mismo Bruce de siempre, tratándola como a una niña...

—Athina, pis —dijo Viki, la hija pequeña de Stella—. Acompáñame...

Stella y Nikos estaban ocupados, y los niños, que todavía se encontraban despiertos, la necesitaban. Estar tan cerca y a la vez tan lejos de Bruce era agónico, pero había asuntos más importantes que atender, y Penny no era uno de ellos. Tal vez, pensó, cuando la reunión terminase tendrían ocasión de estar solos...

Los hombres hablaron y discutieron toda la noche, bebieron y cantaron, e ignoraron a las mujeres hasta la primera luz del día, cuando, haciéndose con algo de pan y fruta, se dirigieron hacia la puerta. Bruce se detuvo para dar las gracias a sus

anfitriones y aprovechó para aferrar a Penny del brazo, como había hecho tantos años atrás en las cuevas.

—Prométeme que regresarás con Yolanda. Contactaré contigo allí.

Le dio un inocente beso en la mejilla y Penny se quedó donde estaba, viendo cómo desaparecía entre las sombras. Era como revivir Atenas otra vez.

Rainer leyó las instrucciones de Stavros que un soldado de patrulla le había entregado tras detener a su agente, registrarlo y dejarlo marchar. Había un mapa que mostraba el lugar donde se encontraba el telégrafo: la parte más profunda de una cueva. La nota decía también que el agente británico Panayotis operaba en la zona de la Apokoronas y que su novia, la enfermera Athina había abandonado el área para dirigirse a Chania. «¿No es hora ya de que la traigamos al cuartel para interrogarla?».

A Rainer no le gustaba que le dijese lo que tenía que hacer. Estaba muy lejos de sentir el menor respeto por las tácticas empleadas por la Gestapo. Sus responsabilidades pasaban por coordinar sin error alguno los ataques en las montañas y asegurarse de que la policía local no se tomaba ninguna libertad en sus obligaciones. Demasiados fugitivos escapaban tan pronto eran detenidos, cuando no se detenía accidentalmente a las personas equivocadas. O bien faltaba disciplina, o bien aquellos actos eran deliberados. Uno no podía confiar en los sonrientes cretenses, que prometían mucho y daban poco. Algunos de sus principales jefes habían conseguido escapar a las colinas para evitar ser arrestados.

Así que Penélope estaba otra vez en Chania... Pero no bajo los servicios de la Iglesia católica. Allí era donde Rainer se había acostumbrado a buscarla. Oh, qué astuta era al regresar a la costa. ¿Dónde encontrar un mejor escondite que entre la abigarrada multitud?

Yolanda percibía la tensión. Todo el mundo estaba vestido con su correspondiente uniforme, cruzado en el pecho por dos bandoleras a las que no faltaba ni una sola bala. El padre Pavlo acudió a rociar a los hombres con agua bendita. Andreas había preparado diligentemente su botiquín médico. «Oh, Dios, por favor, que no tenga que usarlo demasiado...». Yolanda se despidió de ellos, sin saber a las claras si volvería a verlos alguna vez. En su fuero interno anhelaba acompañarlos, así como otras jóvenes tomaban las armas y seguían a sus hombres, pero la familia de Andreas no tenía la menor intención de que arriesgase la vida de su bebé.

Se dirigían al camino que conducía a Sphakia, antes de alcanzar Askifou, con el fin de unirse a otro grupo. Yolanda levantó la vista y miró el cielo de aquella mañana de abril. No había un lugar tan hermoso como las Montañas Blancas en la primavera, y los colores eran tan luminosos... aquellas hojas de jade, aquellos resplandecientes tojos, aquellas amapolas escarlatas, aquellas margaritas amarillas, y la blancura de las

piedras en las que afloraba un musgo de color esmeralda. Habría hierbas frescas que recoger, y los corderos podrían pastar en el fragante tomillo.

La Pascua llegó y pasó, y Yolanda pensó en el *Seder* que su familia celebraría sin ella. Aquel pensamiento le pesaba en el alma. Cuánto hubiera querido poder contar a sus padres la buena nueva... A lo mejor les daba un nieta. ¿Iban a darle la espalda, sabiendo eso?

Aquel día, bien entrada la mañana, la esposa de un pastor llegó corriendo a la casa desde la villa:

—¿Te has enterado? El general ha sido capturado. Está en las montañas...

—¿Qué general? —preguntó Yolanda—. No sé nada.

—El que es tan grande, el de Heraklion... El general Kreipe. Lo están buscando por todas partes. Los británicos y nuestros hombres se llevaron al jefe de la isla en sus mismas narices.

Dicho aquello, escupió en el suelo.

Yolanda no sentía la menor alegría, solo un profundo temor. ¿Tendría eso algo que ver con el grupo de Andreas? Y de ser así, ¿en qué medida? Si se habían marchado antes del amanecer... Y Heraklion estaba a ciento cincuenta kilómetros de allí. No tenía nada que ver con ellos. Pero, aun así... Ahora se sucederían los registros, y las represalias. Yolanda se sintió repentinamente indispuesta. Capturar al comandante de la fortaleza de Creta era un golpe devastador a la moral alemana, ¿pero a qué precio?

¿Cómo iba a seguir tejiendo después de enterarse de aquello? Aunque era mejor no preocupar a los padres de Andreas con eso. Todo el mundo trataba de aprovechar el buen tiempo, ya fuera cavando la tierra, sembrándola, preparando los árboles frutales y los olivos... Pero la noticia dejaba un profundo poso de pesar en el ánimo de Yolanda. ¿Y si la compañía liderada por Andreas no sabía nada de lo ocurrido y se encontraban con alguna patrulla sedienta de venganza, colérica, resuelta a liberar al general cautivo por cualquier medio que estuviera a su alcance? Bloquearían las montañas con un cerco de acero, y no habría modo alguno de regresar al sur. Al menos, eso es lo que ella haría. ¿Era posible que los hombres de Andreas se dirigieran de cabeza a un muro de armas?

Había una posibilidad de que todavía pudiera avisarles antes de que se alejasen demasiado. Yolanda se cubrió la cabeza con un pañuelo, cogió su *sakouli* con una cantimplora y queso, y enfiló el camino hacia el norte en la dirección en la que los hombres debían de haber marchado. No había tiempo que perder, pensó, primero caminando a paso vivo y luego corriendo como si su vida dependiera de ello. Conocía un atajo que llevaba hasta Omalos: se trataba de un sendero bastante agreste, pero ahorraría mucho tiempo, si conseguía sobreponerse al calor del día.

El cuartel general alemán se hallaba en el más absoluto desconcierto ante la

noticia de que Kreipe había sido secuestrado por agentes ingleses. Nadie creía que pudieran salir de la isla, de modo que todas las guarniciones habían sido movilizadas para rodear las colinas desde el monte Psiloritis hasta las Montañas Blancas, al tiempo que era vigilada estrechamente la línea costera para evitar la evacuación del general. Aviones de reconocimiento rastreaban las cordilleras para buscar su localización, pero no había pruebas visibles de su presencia en los distritos conocidos. Abundaban los rumores de que los secuestradores ya habían abandonado la isla en barco desde el norte. El coche del general fue localizado en el camino que conducía a la costa. En su interior había una gorra del ejército inglés y un mensaje en perfecto alemán donde se afirmaba que ningún cretense estaba involucrado en la desaparición de Kreipe y que no debía haber represalias contra el pueblo. Rainer sonrió para sí, consciente de que aquello era un ardid para distraerlos y apartarlos de la pista correcta.

Él también podía pensar como un espía. El vehículo había sido abandonado en el norte, de modo que podían haber escapado hacia el sur, aprovechando la oscuridad nocturna. Había perros que podían seguir el rastro de Kreipe. Debían localizarlo con vida, lo que significaba que tendrían que rastrear profusa y sistemáticamente los precipicios, gargantas y cuevas de las que ya tenían noticia. La recompensa por rescatar al general alcanzaría una suma desorbitada que congregaría la atención de muchos interesados, pero, incapaz de confiar en su éxito o en su lealtad, Rainer comprendió que él también tenía que formar parte de la búsqueda.

Yolanda estaba sumamente cansada. Apenas había parado un momento, y el exceso de sol la hacía sentir mareada: pero se contentó con empapar sus cabellos en la corriente de un pequeño arroyo y llenar su cantimplora otra vez. Al menos era un alivio saber que estaba avanzando en la dirección correcta. Un pastor le indicó el camino. Se ofreció a acompañarla, pero Yolanda prefería ir sola. Los *andartes* estarían ocultos a esa hora, ajenos a que iban de cabeza al peligro, a menos que algún mensajero ya los hubiera puesto sobre aviso. Pero, dado que estaban en marcha y no tendrían a su disposición los beneficios del cable, pasarían días hasta que aquella tremenda noticia llegase a ellos.

Las piernas le temblaban del cansancio, y justo cuando ya creía que no podría dar un paso más, vio, por pura casualidad, un atisbo de movimiento detrás de unas rocas. Estaban siguiendo sus pasos por la montaña con unos prismáticos. Sacó un trapo rojo —el rojo significaba peligro— y lo hizo ondear en el aire hasta que el brazo se le agarrotó de dolor. No tardó en ver que los hombres de Andreas abandonaban su escondite en las rocas para llegar hasta ella.

Andreas fue el primero en llegar.

—¿En qué diablos estabas pensando? Siéntate ahora mismo. ¿Qué ocurrencia es esta, mujer?

Yolanda le contó lo que sabía, que la isla estaba infestada de patrullas que prácticamente levantaban cada piedra buscando a los miembros de la resistencia. Por algún motivo, Andreas no pareció sorprendido.

—Pero por eso estamos aquí. Nuestro propósito es obstaculizar su avance.

—¿Entonces lo *sabíais*?

—Nos dijeron que nos preparásemos porque algo iba a ocurrir. Menuda victoria, si realmente lo han conseguido. Ven, refréscate en la sombra. Debes descansar. Qué estupidez, haber venido por esto...

Yolanda se sintió terriblemente decepcionada. Aquellas noticias no parecían importar, y encima ella se encontraba sumamente exhausta tras el esfuerzo realizado. Y Andreas no parecía nada contento de tenerla allí.

—No deberías haberte separado de mis padres, y menos en tu estado. ¿No crees que tenemos suficientes recursos y que podemos tomar nuestras precauciones? —la acusó.

—¿Este es el agradecimiento que obtengo por ir en tu busca? —espetó ella, cansada y frustrada—. Deberías habérmelo dicho.

—Ya conoces las reglas: nunca hablamos, pero está bien que te hayas tomado la molestia —replicó Andreas, dándole la espalda.

Yolanda sintió que la cólera inflamaba sus venas:

—¿Tomado... la *molestia*? Eres mi marido, el padre de mi hijo. ¿Quién cuidará de nosotros si no vuelves?

—No me hables así delante de mis hombres.

Yolanda se abalanzó contra él como un toro, gritando en ladino, el antiguo dialecto de los judíos españoles, de la misma manera que hacían sus padres cuando discutían. De su boca salieron a borbotones todas las frustraciones de los últimos meses:

—¿Pero tú sabes todo lo que he tenido que sacrificar por seguirte? ¿Sabes que estoy *muerta* para mis padres por culpa tuya? ¿Y tienes el valor de llamarme *estúpida* por venir a avisarte?

Andreas se defendió como pudo:

—No he dicho eso, pero este es trabajo de hombres. —Sus hombres se apartaron, tratando de hacerse invisibles—. Y cállate ya, mujer. Esto es lo que ocurre cuando las mujeres metéis las narices donde no os llaman.

Aquella era una cara de su marido que Yolanda no había visto nunca. Se insultaron el uno al otro hasta que Yolanda acabó llorando y gritando. Andreas, entonces, levantó los brazos al aire y se apartó de ella:

—¡No seas tan histérica, maldita sea! Al bebé no le gustará.

—¡Vete a la mierda!

Yolanda se alejó de allí, presa de la furia. Jamás habían discutido en público, y cuando lo habían hecho en privado, nunca había sido con aquel encono. Ahora se sentía deshecha, con el corazón roto. ¿Por qué Andreas se esforzaba tanto en mostrar

su autoridad ante aquellos hombres?

Con las primeras luces del día, Yolanda se levantó y recogió sus cosas, pasó de puntillas entre los hombres y se escabulló garganta abajo, hacia el camino que la devolvería a casa, mientras el sol se alzaba como un orbe dorado. No se había alejado demasiado cuando, para su horror, vio una fila de soldados, cientos de ellos, dispersándose entre los árboles con perros de presa, ascendiendo el mismo camino que pensaba enfilear ella. Se disponían a lanzar el asalto. Estaba demasiado lejos de la cueva como para mandar ninguna señal de alerta, y lo único que podía hacer era esconderse tras un peñasco y aguardar a ver lo que sucedía. Mientras la fila de soldados avanzaba por el bosque, a Yolanda solo le quedaba rezar.

Lo cierto es que en ocasiones no había nada comparable a respirar el aire puro de la aurora y estirar las piernas con un buen paseo por las montañas. Eso era lo que Rainer pensaba, mientras dirigía a su patrulla bosque adentro. La isla entera se hallaba en aquel momento en máxima alerta. Su instinto le decía que los agentes británicos debían de ocultarse allá arriba, entre los riscos. La patrulla sabía que la banda de Androulakis estaría también allí, durmiendo la borrachera de la noche anterior. El plan era que Stavros saliese a orinar y, desde su ubicación, enviara una señal en morse para darles la ubicación exacta. Nadie podría alertarlos, y esta vez los atraparían a todos. Durante la refriega, o después de que fuera «capturado», el agente Stavros lograría escapar. Y nadie sabría nada. Todo dependía del silencio y la sorpresa. Con un poco de suerte recuperarían el telégrafo y los códigos del operador. Estaban en guerra, y el honor de la guarnición de la isla había sido puesto en entredicho.

Rainer apenas se había dado cuenta de lo mucho que tuvieron que internarse en el sur los camiones que los habían trasladado hasta allí antes de que iniciasen el recorrido a pie. Habían marchado durante toda la noche; los hombres tenían sed, mostraban claros síntomas de fatiga y necesitaban reagruparse. Cada uno de los líderes de sección tenían órdenes de no hacer ruido y de llevar a los perros con el bozal puesto. Rainer sentía la vieja adrenalina de la batalla inundando sus venas, aquella andanada de emoción que le mantenía alerta. Más que cualquier otra cosa, la acción era lo que le hacía sentir vivo; la capacidad de percepción de sus sentidos parecía aumentada, y los nervios tan tensos como las cuerdas de un piano.

Habían planeado demasiado bien todo aquello como para que ahora saliese algo mal. Además, la justicia estaba de su lado. Resistirse era inútil. Levantó la vista hacia las rocas. Para muchos de los que se congregaban allí, aquel sería su último sueño.

Yolanda se agachó un poco más, con la espalda agarrotada, y miró hacia arriba y hacia abajo, sintiéndose indefensa. Si por lo menos hubiera tenido un arma con la que

disparar para dar la señal de alarma... Lo único con lo que podía contar era con las piedrecitas que la rodeaban. Era mejor observar y esperar. Rezó los salmos de misericordia que recordaba pensando en su marido. Cerró los ojos y luego los volvió a abrir, y percibió entonces el destello de una luz, una especie de relámpago que aparecía y desaparecía. Había visto aquello en el frente albano. El espejo estaba colocado de manera que, al recibir la luz del sol, podía utilizarla para enviar un código desde mucha distancia. Alguien estaba mandando señales desde la cueva de Andreas, y lo hacía para que fueran vistas por los soldados que llegaban desde abajo. Estaba atrayendo al enemigo a la cueva. ¿Quién los estaba traicionando?

En décimas de segundo, Yolanda vio claramente que solo podía tratarse de una persona. Y esa persona (desconocida, en el fondo, para el grupo) era Stavros, el tipo aquel que había estado haciendo todas esas preguntas acerca de Penny.

«Tu instinto nunca te falla», oyó decir a su padre. «Desde el principio hubo algo en él que no te gustó...». Su corazón latía con fuerza, temerosa de que Andreas cayera en aquella trampa mortal. Intentó gritar, pero el viento apagó su voz. Sentía un odio profundo, amargo como el ácido, en su estómago.

—Lamentarás haber visto alguna vez mi rostro —maldijo al viento—. Y te encontraré, aunque sea lo último que haga.

Los soldados alemanes ya se hallaban a unos trescientos metros del barranco cuando los hombres de Andreas, por fin, los vieron. Rainer vio cómo se dispersaban rápidamente en todas direcciones, abriendo fuego a discreción. Aquello no iba a ser tarea fácil, como había previsto, pues ahora los fugitivos se internarían en otras cuevas mucho más profundas donde, presumiblemente, mantendrían oculto el telégrafo. Pero las granadas no tardaron en sacar de su escondrijo a los *andartes* que aún permanecían guarecidos en el agujero donde habían esperado encontrarlos. A aquellos que sobrevivieron los sacaron a rastras y los ataron juntos, mientras que a los muertos y a los moribundos los abandonaron a su suerte: sin embargo, no había el menor rastro del doctor, o de Stavros.

Las órdenes expresaban claramente que su agente debía ser capturado, mas sus ataduras tendrían que quedar lo bastante holgadas como para permitirle fingir su fuga. Sería el héroe del momento para los habitantes del pueblo. Para asombro de Rainer, no había tantos fugitivos como imaginaba. Stavros había indicado que se encontrarían con dos grupos, y entre los muertos no había ningún agente inglés. Era evidente que algo no iba bien. El instinto de Rainer así lo advertía. ¿Y si aquello era una trampa?

Había sido demasiado fácil, demasiado rápido, demasiado predecible. Y en el mismo instante en que Rainer pensaba en ello, escuchó una brusca lluvia de disparos desde el otro lado del risco opuesto, obligándole a él y a sus hombres a lanzarse cuerpo a tierra. Los rebeldes contaban con la ventaja de la altura, y ahora eran ellos los que tenían que esquivar las balas.



Muy bien. De modo que Stavros era un agente doble y los había conducido a una emboscada.

—Le mataré con mis propias manos —murmuró Rainer.

Enviaron a un mensajero para que volviese con refuerzos. ¿Pero cómo encontrar a un montañés en su propia montaña?

Rainer puso en liza todos los conocimientos adquiridos durante su instrucción militar: se arrastró de una zona cubierta a otra, animando mientras tanto a sus soldados a que no desperdiciasen una sola bala. Vio que caían tres francotiradores, de modo que ahora estaban igualados en número, pero había reparado en las armas y los uniformes de los rebeldes. Aquello no era una desmañada banda de luchadores por la libertad, sino un ejército bien preparado, con sus boinas y sus bandoleras, seguro de conocer el suelo que pisaba. El resultado no era ni de lejos el que Rainer había esperado, así que ordenó a sus hombres que iniciasen la retirada, poco a poco, roca a roca, arrastrando a los heridos y los muertos en el descenso.

Los prisioneros que habían logrado capturar serían suficientes. Aquel enclave árido como un paisaje lunar era un segundo enemigo, un adversario más al que derrotar. No tenía sentido tratar de ganar alguna ventaja. Aquello había terminado antes de empezar.

Rainer espolé la retirada de sus hombres con la vergüenza que suponía tal humillación, preguntándose también cuántos bandidos armados aguardaban todavía a su espalda para emboscarlos. La derrota pesa en las piernas, pero también en el alma. Ahora tendría que explicar a sus superiores cuántos soldados habían perdido o sufrido heridas, y cómo había conseguido Stavros burlarse de todos ellos.

Yolanda escuchó el intercambio de disparos que resonaba en todo el valle: fuego rápido, seguido del silencio, seguido a su vez de una nueva ráfaga. Pero las explosiones y los gritos, los disparos esporádicos y arbitrarios, y el brillo de las armas a lo lejos, terminaron por confundirla. ¿Quién combatía en el otro lado? Se quedó inmóvil, salvo por los temblores que recorrían su cuerpo, abrazándose a las rodillas para proteger a su bebé. Andreas debía de haber muerto, si es que no lo habían capturado. Con todo, veía a las patrullas alemanas reuniendo a sus heridos y retirándose con tan solo un puñado de prisioneros. No contó más de diez, y desde tan lejos tampoco podía saber quiénes eran. En el silencio que siguió a la refriega, supo que tenía que hacer acopio de valor y deshacer el camino para ver quién faltaba: sentía el corazón en un puño, pues temía la terrible imagen que iba a encontrar allí.

En el interior de la cueva, las granadas y el fuego habían hecho el mayor daño. En Arta ya había visto cuerpos calcinados, pero la diferencia era que aquí los conocía por su nombre: el hijo del pastor, Manolis, el chico del panadero, Lefteris, y el nieto de la viuda, Giorgos; pero no había el menor rastro de Andreas. Debía de ser uno de los prisioneros. Escuchó unos pasos que se acercaban a la cueva, y, aterrada, corrió a

escondirse:

—*Kyria, kyria...* Venga aprisa, por favor, hay muchos hombres heridos...

Siguió al muchacho, subiendo a duras penas por el otro lado de la montaña, y allí vio un grupo de hombres uniformados, desconocidos la mayor parte de ellos, que habían estado aguardando instrucciones para unirse a la banda de Andreas cuando vieron, al igual que Yolanda, la señal que advertía a las patrullas del enemigo que podían iniciar la aproximación al objetivo. De modo que prefirieron no intervenir y permanecer donde estaban para acorralar a los alemanes.

Andreas no se encontraba entre ellos, y, viendo el estado de los heridos, a Yolanda se le pasó por la cabeza la idea de que quizá, en su huida, había olvidado su cargamento de suministros médicos en el interior de la cueva. Llamó a un chico para que acudiese allí a mirar, describiéndole detalladamente el bolsón de cuero, y lanzó un suspiro de alivio al ver que regresaba con él.

—Soy la esposa del doctor. Puedo ayudaros. Trabajaba como enfermera en el frente albano... No tengáis miedo, he visto cosas peores —dijo, al reparar en la preocupación que asomaba en cada rostro. Avanzó de un herido a otro, prodigándose en órdenes para que uno la ayudase con los torniquetes y otro aplicase toallas y vendas en las heridas abiertas...

Un hombre le tiró entonces de la manga:

—Debe acompañarme, señora. Uno de nuestros líderes necesita su ayuda.

Varios soldados rodeaban una figura que, tendida en el suelo, pugnaba por respirar. Tenía el pecho abierto y la camisa ennegrecida de sangre. Levantó la vista y sus ojos resplandecieron por un segundo:

—*Kyria* Yolanda —susurró, tratando de sonreír—. Detuve una bala con el pecho... ¿Los demás se han salvado? —dijo, entre jadeos.

Yolanda asintió, reconociendo al instante al agente británico.

Inclinándose para examinar sus heridas, sosteniéndole la muñeca para tomarle el pulso, Yolanda trató de no llorar.

## PUERTO DE CHANIA,

2001

Los platos no dejaban de aparecer: una crema de queso fundida llamada *staka*, una ternera *stifada* bañada en salsa, un crujiente pan, vino, pollo en salsa de limón, todo ello seguido de un *tsoukoudia* que acompañaba a un pastel de sémola y sirope. Pero yo comía a mi ritmo, de poco en poco. Ya no tengo el apetito de mi juventud, y mi estómago estaba hecho un nudo a causa de la tensión que me producía el lugar donde me encontraba. ¿Cómo podía estar sentada bajo las estrellas y no recordar todo lo que había ocurrido en aquellas mismas calles? Para los demás, sin embargo, aquella era una noche para escuchar música y bailar a la luz de las lámparas. Debía limitarme a disfrutar de las vistas, aquellos rostros lustrosos que me rodeaban, bien alimentados, relajados, todas aquellas naciones que mezclaban la diversidad de sus lenguajes bajo un mismo techo, sin toques de queda a los que responder ni uniformes que coartaran nuestra diversión. Mack y Lois reían como un par de enamorados. Alex comía con el ansia del lazarillo de un ciego, mientras escuchaba el laúd y el acordeón deshaciéndose en lentas baladas y canciones populares, algunas de las cuales mi oído todavía podía entender. Me alegraba al menos haber regresado allí y ver que la ciudad había logrado reponerse a la guerra y alcanzar una rica prosperidad. Serviría para alejar los amargos recuerdos que se aposentaban en mi mente.

Los viejos negocios judíos de aquella calle habían sido sustituidos por tiendas y *boutiques* que vendían los habituales recuerdos turísticos, muestras de artesanía popular —joyas y piedras preciosas en su mayoría—, jalonadas por tabernas abiertas día y noche. Quise comprarle a Lois un regalo en agradecimiento por aquel viaje, algo puramente cretense, como un recuerdo de nuestra visita. Me excusé y les dije que quería salir a echar un vistazo por la zona, y que me reuniría con ellos en el coche, aparcado en el puerto.

—No te pierdas —me advirtió Lois, como si no confiase en que supiera poner un pie delante del otro.

—Voy contigo —dijo Alex—. Así te cuido.

Quise responder que todavía no estaba tan chocha, pero me mordí la lengua y dediqué al joven una sonrisa agradecida.

Ya en el exterior del local, le expliqué a Alex mis intenciones y juntos caminamos por la atestada calle examinando collares, pendientes, brazaletes, pañuelos y

recipientes para conservar el aceite de oliva. Fue entonces cuando reparé en el cartel que señalaba el camino hacia la sinagoga: «Etz Hayyim».

—Echemos un vistazo por allí. —Sugerí, descendiendo la callejuela hasta el patio cercado en el que los muros de la sinagoga todavía se mantenían en pie, aunque las puertas de madera estaban cerradas. No se permitía el paso a aquella hora. Me acerqué a leer el tablón de anuncios. En él se detallaban los horarios de apertura y las celebraciones de cada servicio.

Decidí que acudiría en recuerdo de Yolanda, antes de irme. ¿Cómo no iba a pensar en mi querida amiga?

—¿Por qué miras esa pared, tía Pen?

—Tuve una amiga que vivía muy cerca de aquí. Una amiga muy especial —repliqué, despertando de mi ensueño.

—¿Y dónde está ahora?

—Murió durante la guerra, como la mayoría de mis amigos. —Respondí, sin querer explicarle al muchacho lo que conocía de su terrible destino—. Esta es una de las iglesias a las que pertenecía por su religión, pero ellos la llaman sinagoga.

Habían conseguido alzarla nuevamente de sus escombros, pero aquella a la que acudía la familia Markos había desaparecido.

—¿Y tiene hornacinas de esas donde pueden ponerse velas? —Alex seguía fascinado por los pequeños monumentos que habíamos visto a lo largo de los caminos, e insistía en fotografiar las que más llamaban su atención.

—No lo creo —dije, sonriendo—. Ven, vamos a buscarle algo bonito a tu madre.

—Le encantan las cuentas así de gordas —respondió Alex—. Te llevaré a un sitio donde la vi mirar cosas.

Me separé del muro, consciente de que debíamos regresar. Era un consuelo poder centrarme en la tarea que me había asignado, aferrarme al presente en compañía de Alex, en lugar de sumergirme en un pasado que ya nada podría cambiar. Aun así, no podía evitar pensar que todo cuanto me rodeaba, por más que hubiera cambiado, seguía transportándome a aquella época convulsa, despertando en mí recuerdos que creía dormidos. Fue allí, en esa misma calle, donde mi estancia en Creta comenzó a desentrañar sus propios secretos. Cuanto más veía, más profundamente me enterraba en mi memoria, obligándome a mirar cara a cara algunas cosas que jamás había osado contar a nadie. ¿Cómo era posible que una calle con tanta animación hubiera sido tiempo atrás un lugar de desolación y muerte?

## MAYO, 1944

Tras el secuestro del general Kreipe y su posterior evacuación a Egipto, algo que la población civil no debía conocer, la atmósfera que reinaba en la ciudad sufrió un cambio. Los agitadores se sintieron imbuidos por un nuevo orgullo, un atisbo de esperanza. Quizá las fuerzas de ocupación no eran tan sólidas, después de todo, quizá era posible atacar y derrotarlas.

Los soldados que patrullaban las calles mostraban poca cautela: a las primeras de cambio, la emprendían contra la ciudadanía o solicitaban documentos a quienes considerasen sospechoso. Penny no se atrevía apenas a abandonar el *kafenion*. Stella había sufrido un fuerte ataque de fiebre, y necesitaba que Penny se encargase día y noche de las tareas domésticas y el cuidado de los niños. Solo salía a comprar las provisiones necesarias, aquellas que más rápidamente se consumían: sabía a qué puerta llamar, quién tenía un almacén secreto bajo el mostrador y quién aceptaba vender a clientes de confianza. Los bebés que ella había ayudado a traer al mundo ya estaban lo bastante crecidos como para gatear o correr por las calles, y las madres la saludaban e insistían en regalarle cosas de las que apenas se podían desprender. Penny era consciente de que negarse a aceptarlas era un insulto. Fue en las calles donde escuchó hablar de los combates que estaban teniendo lugar en las colinas y de los hombres que habían sido capturados y llevados hasta la ciudad. El ataque al grupo de Andreas, por suerte, fue repelido por sus soldados, pero nada más se sabía al respecto.

Penny sintió una andanada de culpa por no poder estar allí ayudando a los rebeldes. Habían pasado meses desde la última vez que vio a Yolanda, y tampoco le había escrito para contarle su visita al barrio judío. No era algo que pudiera expresarse por escrito. Debía ser hablado cara a cara.

El *kafenion* estaba tranquilo: ya no había reuniones a puerta cerrada para los grupos de *andartes* que acudían allí a medianoche a discutir su situación. Eso le permitió dirigirse a toda prisa a la calle Kondilaki, donde sabía que encontraría a cierto zapatero que hacía arreglos frente a su casa. Sus costuras eran las mejores y las que más confianza daban, pero los materiales eran escasos. Si quería Penny regresar al interior, debía tener unas suelas mínimamente decentes en los pies. Pero a su llegada se topó con una multitud que se afanaba por ver lo que estaba ocurriendo. Un soldado empujaba a un anciano a lo largo de la calle, golpeándole con fiereza.

—¿Qué ha hecho? —quiso saber Penny.

—Es un judío —gritó el soldado—. ¡Mentiroso de mierda!

El hombre se cubría la cabeza, deshaciéndose en protestas:

—¡Pero si no te he hecho nada!

Otros soldados llegaron al lugar y empezaron a patear también al anciano. Por fin, un hombre les gritó:

—¡Cerdos! ¡Os lleváis a ese pobre hombre porque no sois capaces de encontrar a Kreipe!

Los soldados detuvieron sus golpes y el objeto de su ira aprovechó para alejarse de allí; enseguida fue engullido por la multitud.

—¿Quién ha dicho eso? —Nadie respondió. El soldado apuntó con su arma al gentío—. Pónganse en fila... Papeles.

Penny se unió a la cola, buscando sus documentos de identidad, que tenía en el fondo del bolsillo de su delantal junto con su emblema, cogido con un imperdible en el interior.

—Vamos, aprisa... —La voz del soldado era fría, y rezumaba peligro.

—Hago lo que puedo —replicó Penny, sacando en su desesperación todo lo que contenía el bolsillo. El soldado cogió los documentos y les echó un rápido vistazo, y luego la miró a ella—. Estos papeles están caducados... ¡Nombre!

De un empujón la apartó a un lado.

Con el alma en vilo, Penny se dio cuenta de que había olvidado por completo regresar a las largas colas que se formaban en las oficinas de documentación durante los meses que llevaba allí. No solo sus documentos eran falsos: además, habían caducado. Que Dios la ayudase.

—Lo siento, estaba ocupada...

—Venga conmigo.

—Pero tengo que regresar a mi tienda. Mi señora está enferma —rogó—. Los renovaré, se lo prometo.

El soldado la apuntó con su arma:

—Acompáñeme. Ahora.

Penny no podía hacer otra cosa que caminar frente a él, entre toda aquella gente que la miraba con lástima. Había sido culpa suya, ella sola se había metido en aquel problema, y lo peor era que no podía avisar a Nikos de su arresto. Quería llorar de frustración y miedo.

Yolanda siguió con amargura la procesión de hombres que llevaban a los heridos y los muertos sobre el lomo de las mulas, cruzando el barranco a la luz de la luna, en un viaje lento y tortuoso rumbo a la villa más próxima. Allí, el sacerdote celebró, no sin inquietud, los pertinentes ritos funerarios.

—Mis pobres muchachos —suspiró, mirando el rostro de cada uno de los caídos—. No os olvidaremos.

Yolanda había hecho lo posible por salvarlos, allá en las colinas, pero sus heridas eran demasiado graves y la recuperación, ya entonces, se antojaba imposible. Si Andreas hubiera estado a su lado... Estaba segura de que con su ayuda podía

haberlos salvado. El dolor que sentía se volvió mucho más profundo cuando llegaron al pueblo los padres de aquellos muchachos, dispuestos a llevarse sus cuerpos. Los enterraron juntos, en una hilera, y el lugar fue señalado con varias cruces. En el distrito las cruces seguirían proliferando: cruces negras, pintadas en puertas y ventanas hasta el anochecer, que indicaban el sacrificio de cada familia...

Yolanda se sentía terriblemente cansada, y enferma de preocupación por lo que pudiera haberle sucedido a Andreas. Nadie había recibido noticias del grupo en muchos días, y Yolanda terminó por comprender que seguramente habían sido hechos prisioneros. Observó a las mujeres del pueblo, llorando sobre las tumbas de sus hijos. Cuando volvió a casa sin noticias del paradero de Andreas, Dimitra y Adonis mostraron su preocupación.

—Debéis ir a lo alto de las colinas, donde nadie os vea, para llorar; llevaos el rebaño con vosotros para evitar que los ladrones lo roben —les aconsejó Yolanda. Los ayudó a recoger sus cosas y a cargar la mula para el largo viaje. Aún le dolía el cuerpo tras la dura escalada y los horrores de los últimos días, y sentía la espalda rígida, tensa. No podía acompañarlos, y menos con Andreas desaparecido.

¿Dónde estaba? ¿En prisión, bajo tortura? Yolanda no quería ni pensar lo que estaría sufriendo. ¿Quién mediaría por aquellos héroes, quién los defendería? Les esperaba, sin duda, el pelotón de fusilamiento, pero no hasta que la Gestapo hubiera extraído hasta la última gota de información del amasijo de huesos al que quedarían reducidos.

Al final, Yolanda comprendió que su deber era obtener más información, localizar a los prisioneros y buscar a alguien en Chania que apoyase su causa. No iba a ser tarea fácil, pues el peligro acompañaría cada uno de sus pasos, pero no era su intención quedarse mano sobre mano sin hacer nada. Abandonar las colinas no era sencillo. Quizá debía esperar a Andreas. Estaba tan inquieta por su necesidad de saber qué estaba ocurriendo allá abajo... Pero también era preciso encontrar algún documento de identidad para el viaje. Había estado demasiado tiempo fuera, hasta el punto de haber olvidado cuándo pasaba el autobús que iba hacia el norte. Sabía que el alcalde le proporcionaría un pase si pretextaba que lo necesitaba para acudir al mercado. Tal vez allí encontraría a Penny, y era consciente de que si estaban juntas tendrían más fuerzas para superar el dolor de tan aciagos días. El alcalde hizo la promesa de que, si Andreas aparecía, enviarían un mensajero en busca de Yolanda para que pudiera reunirse con él.

Penny aguardaba a que el funcionario de gafas redondas empezase con el turno de preguntas. Había permanecido horas en aquella misma posición, tratando de no temblar.

—¿Papadopouli?

La empujaron hacia delante. Sintió que las manos le sudaban profusamente.

—¿Por qué tiene la documentación caducada? —espetó—. ¿Acaso no conoce las órdenes... y el castigo?

—Mi señora está enferma. Eso hace que siempre esté ocupada. Vine a hacer la cola, pero iba a llegar tarde...

—Vaya, entonces tiene que llevar mucho tiempo enferma. Estos documentos están caducados desde hace años.

—Vivía en el campo.

—Pero ahora no —dijo, levantando la barbilla—. Señorita Papadopouli.

—Vine a ayudar a mi tía y a mi tío Nikos.

—¿Qué Nikos?

—*Kyrie Mandolakis*, en su *kafenion*... Su esposa está enferma. —Hubo una pausa, que el hombre aprovechó para volver a examinar los documentos. ¿Habría hecho recaer aquel peligro también sobre Nikos y Stella?—. Ellos ya me avisaron de que debía renovar mis papeles. Pero se me olvidó.

—Pero estos papeles afirman que trabajó en el convento, ¿qué hacía allí?

—Quise hacerme enfermera, pero no pudo ser. Me necesitaban en el café.

Penny sintió que los recelos del hombre iban en aumento.

—Es usted todo un misterio, señorita Papadopouli, pero no parece que su nombre esté señalado. —Selló los documentos—. Ahora bien, tendré que comprobarlo. Esto es muy irregular. Espere aquí. —Señaló hacia una silla—. Vigile que no se vaya a ninguna parte.

Un empleado la observaba con suspicacia. Era difícil mantener la calma, y la pierna izquierda de Penny desesperaba por dar impacientes golpecitos contra las baldosas. Tragó saliva, tratando de reprimir el miedo, y decidió entablar conversación con aquel individuo.

—La verdad es que debe de trabajar mucho en esta oficina —dejó caer, pero el hombre pasó por alto sus palabras. Y qué hombre no ignoraría a una burda campesina como ella, con aquellas prendas sucias y el rostro oscurecido por los baños de sol y la vida a la intemperie. Su propia hermana podía pasar por su lado y no la reconocería.

¿Acaso su viaje terminaría allí, en aquella pequeña oficina? En su mente no había espacio para otra cosa que no fueran las dudas y el miedo.

El pequeño funcionario volvió entonces a aquel habitáculo e hizo un ademán con la mano en dirección a Penny.

—Puede hacer cola con los demás para sellar sus papeles. Márchese.

El empleado fue el primero en salir, y después hizo lo propio Penny. Tras ella, el funcionario abandonó también la habitación.

—*Miss Athina*, tenga cuidado. Por esta vez ha tenido suerte —le dijo en voz baja, y luego la condujo hasta la puerta de salida—. Y no vuelva por el barrio judío. No es lo más aconsejable, en tiempos tan turbulentos como estos...

Más tarde, Penny aguardaba en los peldaños de la corte, tomando aire como un naufrago que acabara de ser rescatado de las aguas. De todos los oficiales que



trabajaban allí, se había topado precisamente con uno que simpatizaba con su causa. ¿Había sido casualidad o destino? Aquel hombre conocía el *kafenion* de Nikos; tal vez había comido allí y sabía que se trataba de una tapadera. Pero lo cierto era que había logrado escapar por los pelos, aunque no dejaba de preguntarse qué había querido decir aquel hombre al mencionar el barrio judío con tanto secretismo. Para Penny aquello era una especie de aviso...

Yolanda llegó a la ciudad tras un fatigoso y accidentado viaje, sin saber dónde empezar a buscar ayuda. Tras aquel bucólico ínterin que había supuesto su vida en las montañas, se sentía abrumada por el ruido, el bullicio, la miseria de cuanto la rodeaba. En primer lugar, tenía que conseguir un puesto en el mercado para vender los quesos, los huevos y las verduras que justificaban su viaje.

Era una hermosa mañana de mayo, y Yolanda sintió una débil animación hasta que volvió a pensar en Andreas, quien, posiblemente, a esas horas ya estaría encadenado en alguna fría mazmorra, o mutilado, o muerto. Algún vecino del lugar debía saber qué había sido de él. No tener ninguna noticia ya era de por sí una buena noticia, o eso quería creer. Vestida de negro, con sus ropas de viuda, Yolanda no se diferenciaba en nada de cientos de mujeres que vivían sin hacerse notar, como sombras en las paredes. En algún lugar, muy cerca de allí, Penny se ocultaba a las miradas de sus enemigos. Debía encontrarla, pero primero quería visitar a sus padres, aunque ellos respondieran cerrándole la puerta en las narices. Quería decirles que estaba embarazada, que podían seguir siendo una familia, al margen de lo que parecía separarlos.

Cuando el mercado comenzó a cerrar, y empezaba a hacer tanto calor que ya era imposible permanecer en la calle, Yolanda trató de encontrar algún sitio en el que dar descanso a sus hinchados pies.

Había un lugar, no muy lejos de allí, donde no dudaba que sería bienvenida. ¿Por qué no lo había pensado antes? Yolanda enfiló el camino que conducía a la clínica de la Cruz Roja, aquel lugar donde su vida había tenido un propósito, y en el que había conocido el amor. Quería saber quién seguía trabajando allí, e incluso pensaba que los médicos la ayudarían a encontrar a Andreas. Solo deseaba estar rodeada de amigos, sobre todo si tenía que enfrentarse a las peores noticias.

Nikos levantó con impotencia las manos, horrorizado, cuando Penny confesó su error:

—¿Pero estás loca, jovencita? ¿Quieres que nos arresten a todos? Has tenido suerte de que te interrogase uno de los nuestros, de los que suelen venir a ponernos al día de todo cuanto debemos saber.

—Lo siento, pero fue horrible ver a esos matones actuando en plena calle...

—Y todo esto irá a peor, no a mejor —replicó Nikos, pasando nerviosamente las cuentas de su rosario y agitando la cabeza con impaciencia—. Tienen que hacer que alguien cargue con las culpas ahora que Kreipe ha desaparecido. Y los judíos son siempre los primeros en sufrir las consecuencias. Hay rumores de que los están sacando por miles de las ciudades de la península, para trasladarlos a campos de trabajo. Es solo cuestión de tiempo...

—Tenemos que avisarlos —dijo Penny, pensando en los padres de Yolanda.

—¿Qué te dijo nuestro amigo? Que no metas la nariz en nada que no puedas controlar. Si te cogen, no podremos evitar que te torturen. Cuando Stella esté mejor deberás regresar a las montañas, aunque para ello necesitarás un permiso de viaje y no son tan fáciles de falsificar. Mantén la cabeza gacha y cuídate mucho de con quién hablas. Las cosas de momento parecen tranquilas... demasiado tranquilas. Pero es mejor seguir como si nada y esperar que todo se asiente un poco.

Penny se sentía inquieta por lo que había visto. Nikos tenía razón en que toda cautela era poca. Ya ni siquiera ella misma sabía quién era: estudiante, enfermera, granjera o camarera... como un camaleón que cambiase de color, había sido inglesa con nombre griego y ahora se hacía pasar por cretense. Todo resultaba tan incierto... vivir en aquel mundo de pesadilla podía suponer dar un paso en falso que pondría fin a la vida de demasiada gente.

Aquella noche se vio turbada por los malos sueños: intentaba saltar al agua para eludir a unas extrañas figuras que la perseguían, compeliéndola a ir a donde menos deseaba. Se despertó envuelta en sudor. Chania ya no era el escondite seguro que había sido hasta entonces; era hora de huir del peligro. Sintió en su interior una extraña amenaza, la certidumbre de que algo, fuera lo que fuese, no iba bien.

Rainer regresó de la fallida misión de localizar y rescatar a Kreipe con solo un puñado de prisioneros. Androulakis había conseguido escapar. Stavros se contaba entre los detenidos porque Rainer ya no podía estar seguro de su lealtad, por más que el griego, durante sus interrogatorios, gritase a los cuatro vientos que era inocente.

—¿Cómo iba a imaginar que os habían visto y que el segundo grupo decidió no salir para hacernos una emboscada? El agente británico es astuto como el mismísimo diablo, y sus hombres tienen la ventaja de conocer cada recodo y cada grieta de esas montañas olvidadas de la mano de Dios.

Estaba visiblemente nervioso cuando lo sacaron a rastras de la celda para ser interrogado. Lo golpearon con saña, para que cuando regresase al campamento enemigo con todos aquellos moratones su rol como *andarte* fuera todavía más creíble.

El oficial en jefe de Rainer no estaba demasiado contento con el resultado obtenido por la misión de este:

—No hay excusas. Esta vez le pondré al frente de un operativo que bajo ningún

concepto permitirá que salga mal, y que debe ser ejecutado en secreto y con el mayor celo. Tenemos órdenes de deportar a Atenas a todos los judíos que haya en la isla.

—No hemos tenido problemas en ese barrio —replicó Rainer—. ¿Qué prisa hay?

—Órdenes, mayor Brecht. La solución final a los problemas que han causado en todo el mundo debe ser completada. Ya está muy cerca. El propio rabino ha confeccionado una lista y todos los que aparezcan en ella serán deportados... bebés y niños incluidos.

Rainer desvió la mirada hacia la ventana, sacudiendo la cabeza.

—Todo recién nacido de su raza es nuestro enemigo. Los males de Europa proceden de ellos. Mayor Brecht, usted se encargará de comprobar que cada salida y cada entrada sea diligentemente acordonada. Tendrá a la espera los medios de transporte necesarios, de manera que pueda llevar a cabo esta acción con rapidez y eficiencia antes del amanecer.

—¿Adónde los llevan?

—A Agia, por supuesto. Todos ellos serán encarcelados hasta que se dispongan los arreglos necesarios y podamos trasladar también a los judíos de la periferia.

Rainer respiró hondo. Pasar de comandar a aquellos bravos paracaidistas, a *esto*: meter a la fuerza a mujeres y niños en camiones de ganado, arrojarlos a aquel pútrido agujero. ¿En esto se había convertido su carrera militar? ¿A esto se había reducido todo: a obedecer tales órdenes? En su corazón, sentía que aquello era demasiado. Hasta la última fibra de su ser le impelía a negarse a obedecer esa orden. ¿Qué demonios debía hacer?

Para Yolanda, era como revivir los viejos tiempos: dormía en el sótano de la clínica como había hecho en los bombardeos aéreos de 1941, tendida en un colchón, entre aquellas repisas del hospital que tan bien conocía, con su olor a alcohol y éter. La habían recibido con los brazos abiertos, le habían servido un estofado caliente, habían comprobado su estado. Ahora descansaba de todas sus fatigas, con los pies en alto. Nadie tenía noticias de Andreas, pero alguien que conocía a alguien en la policía aseguraba que no había sido tomado prisionero. El doctor era una persona muy conocida, admirada y respetada, y cualquier oficial de policía que simpatizara con el movimiento no habría tardado en ayudarlo a salir de la cárcel. Yolanda sentía que aquel intenso dolor de espalda que la había acompañado a lo largo de las últimas horas comenzaba a remitir, y se abrazó a su vientre con alivio. Quizá Andreas viviría para ver nacer a su hijo. Cuando se sintiera mejor, acudiría al barrio judío para hacer las paces con sus padres. Era ella quien debía dar el primer paso... Pero a la mañana siguiente se sentía tan exhausta y rendida que nadie le permitió que se apartase del colchón, de modo que se tendió nuevamente y decidió dormir, ahora que las circunstancias todavía le permitían hacerlo.

Penny despertó con el rugido de los camiones que avanzaban por la avenida. Se escuchó un intenso traqueteo, como si las tropas hubieran tomado tierra en el puerto, y acto seguido, los barridos de luz que se filtraron por la ventana abierta provocaron que todo el mundo se pusiera en pie. Estaban todavía en plena noche.

—¿Qué está ocurriendo? —murmuró Penny, temiendo que el *kafenion* sufriera un ataque. Se puso su vestido a toda prisa y se asomó por la ventana: vio que la hilera de camiones enfilaba la calle principal.

—¡No salgas! —le gritó Nikos—. Y no te muevas.

Penny asintió, pero al otro lado de la plaza, otros rostros se asomaron también al escuchar los ruidos procedentes del exterior, aunque enseguida se apresuraron a cerrar las persianas. Subió sin hacer ruido por las escaleras hasta el balcón del *kafenion*, a fin de ver mejor lo que sucedía, y, tras abrir la puerta, se asomó a la calle. Vio que un batallón de soldados corría calle arriba, lanzando consignas desde un altavoz.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todos los judíos fuera! —Penny oyó los gritos alarmados de la población civil, puertas que eran echadas abajo, el ladrido de los perros...—. Tienen diez minutos. Saquen la comida que tengan y una bolsa, solo una bolsa... ¡Vamos, vamos!

—Han ido al barrio judío, y están sacando a esos pobres hombres de sus casas... —gritó Penny.

—Cierra las persianas y métete dentro. Esto no es asunto nuestro —espetó Nikos. Penny vio un desorden de hombres y mujeres que cargaban con niños dormidos, medio vestidos, familias enteras que formaban colas en plena calle mientras los soldados les ladraban alguna orden como si fueran criminales. Penny guardó silencio mientras observaba cómo los metían a la fuerza en camiones de ganado. A nadie le había dado tiempo de coger nada salvo unas pocas pertenencias que acarreaban en bolsas, a la espalda. Los niños se aferraban a sus juguetes o a algún trozo de pan en tanto sus vecinos, que habían despertado inevitablemente con aquel ruido, observaron la escena en silencio, para luego despedir y gritar a sus amigos como si en realidad se fueran de viaje.

—Tendríamos que hacer algo —murmuró Penny, pero Stella negó con la cabeza.

—Hay demasiados de esos perros y todos están armados. Es mejor que nos reservemos las balas para cuando podamos hacer el mayor daño posible.

—Pero a algunos los conozco, son... mis amigos... oh, Dios mío, ¡Solomon y Sara! Tengo que salir...

—¡Athina! ¡No seas estúpida!

Pero Penny ya había cerrado la puerta a su espalda y corría calle abajo, abriéndose paso entre la multitud.

—¿Adónde los llevan? —le preguntó a una mujer que se limitaba a mirar lo que sucedía.

Esta se encogió de hombros:

—A la cárcel, que es adonde van todos los detenidos. Y luego adiós muy buenas.

Penny siguió corriendo, intentando ver a algún miembro de la familia de Yolanda en la multitud, pero era difícil saber quién era quién con aquella luz tan tenue. Fue entonces cuando vio al capitán Brecht, irguiéndose sobre sus hombres con los brazos en jarras, observando a aquellos animales que se comportaban como matones con el aire de quien está disfrutando de un desfile triunfal del que sentirse orgulloso.

Algunos niños no cesaban de llorar al verse separados de sus padres. Unas niñas gritaban entre lágrimas a sus amigas: «Quédate con mis libros... Dile a María que le escribiré cuando lleguemos...». Las voces se perdían en aquel turbio caudal de rostros.

Los más rezagados avanzaban como podían en la retaguardia. Uno de ellos era una mujer que caminaba sobre dos bastones con toda la dignidad que era capaz de mostrar. Los soldados se impacientaron y la cogieron en volandas:

—Perdonen, pero tendrán que esperar —dijo la mujer.

Una pareja de ancianos tenía dificultades para caminar, y Penny vio que un soldado les lanzaba una patada como si fueran mulas. Penny no pudo contenerse: la rabia le hizo avanzar hacia ellos.

—Yo les ayudaré —susurró a los ancianos—. Cójame del brazo.

No eran Sara ni Solomon —hubiera sido mucho esperar que lo fuesen—, pero no se soltaron de su brazo.

—Vamos, lo haremos juntos —sonrió—. Pertenezco a la Cruz Roja. Yo me encargaré de que les traten bien —añadió, dedicando al soldado aquel una mirada de profundo desprecio—. Quizá usted no, pero los griegos sabemos cómo tratar a nuestra gente. ¡Avergüéncese y muestre un poco de respeto!

Por un instante, el soldado se sintió desconcertado ante aquella respuesta, pero, para no quedar como un imbécil ante sus compañeros, empujó a Penny con la culata de su rifle:

—Pues si tanto te gustan los judíos, lárgate con ellos.

Todo ocurrió muy rápido. En un instante, Penny pasó de acompañar a la pareja de ancianos al camión a ser ella misma lanzada a su interior, sin que nadie le diese tiempo a protestar. Curiosamente, lo único en lo que podía pensar era en cómo iba a subir la anciana allí, si apenas era capaz de andar, pero pronto se percató de que eso no era algo que fuese a preocupar a los alemanes: al igual que ella, los dos ancianos fueron arrojados al interior del camión como si fueran basura. Penny no pudo contener su sorpresa, pero mantuvo la cabeza bien alta y miró a los ojos al oficial. Recorrió con un dedo el emblema de la Cruz Roja que llevaba prendido en el interior del bolsillo. «Así que, capitán, esto es obra suya», pensó. «Alguien tiene que saber lo que está ocurriendo. Parece que ese alguien soy yo...».

Rainer supervisaba los arrestos de civiles como un autómatas. La patética visión de

mujeres y niños arrastrados por aquella estrecha callejuela que más parecía un embudo, con el único fin de ganar puntos ante los oficiales de mayor rango, resultaba nauseabundo. Actuaban con la característica opresión, ruda y diligente, que habían mostrado en otros pueblos, allí donde quedara alguien a quien sacar de la cama, poner en una fila con otros hombres perplejos y adormilados y ejecutar de un tiro en la nuca como a un perro rabioso, para luego quemar su hogar hasta los cimientos. ¿Por qué esto, esto precisamente, tendría que resultarle diferente a Rainer? Lo cierto es que con ello destruían las últimas esperanzas que pudieran tener de un futuro acercamiento hacia la población cretense. Pero, por lo demás...

Y sin embargo no pudo evitar sentir una profunda vergüenza hacia sí mismo. Todos sus anteriores esfuerzos por mostrar compasión quedaban en entredicho mientras no moviese un dedo por aquella gente y se limitase a observar cómo eran conducidos a una muerte segura.

Nadie protestaba porque los nazis habían perfeccionado al máximo su régimen de miedo y obediencia. Aquella gente estaba demasiado hambrienta y desmoralizada como para armar jaleo, aunque parecía que una chica no opinaba como el resto.

Rainer observó con curiosidad cómo la joven ayudaba a una pareja de ancianos a avanzar hacia los camiones y, en agradecimiento, los soldados la arrojaban al interior de uno de ellos. Estaba demasiado lejos como para intervenir en favor de la chica. Fue solo cuando esta se incorporó en el camión, altanera y desafiante, que la reconoció.

La enfermera que le había atendido en la cueva le miró fijamente. Lo reconoció al instante, y no tardó en ver lo que Rainer era ahora: un ser corrupto, capaz de llevar a cabo aquel acto de crueldad y odio. Rainer se sintió repentinamente enfermo. Aquella mirada de desprecio le acompañaría el resto de su vida, esa mirada que le despojaba de las últimas briznas de esperanza y dignidad que todavía pudieran quedarle.

Yolanda despertó tras aquel largo sueño sintiéndose totalmente despejada, pero la atmósfera que reinaba en el lugar había cambiado de la noche a la mañana. Las enfermeras iban y venían de puntillas, sin atreverse a mirarla. Todas sonreían con los labios, pero no con los ojos, y solo insistían en pedirle que se quedase allí. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Habrían recibido malas noticias de Andreas...?

—¿Por qué nadie me mira? Es por Andreas, ¿verdad...?

—No, Yolanda, cálmate, no es eso. —El doctor hizo una pausa—. Es que... hemos oído que ha habido una redada esta noche, bueno, algo más que una redada.

—¿Y? —Yolanda se incorporó, consciente de que había llegado la hora de abandonar aquel improvisado refugio.

—Ha sido en el barrio judío. Se han llevado a todos los judíos que han podido encontrar.

—No entiendo —gritó, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Tus padres siguen viviendo allí? —preguntó el doctor, mientras se limpiaba las gafas.

—Sí, sí, y el tío Joseph y la tía Miriam.

—Me temo que en el barrio no queda nadie.

Yolanda apenas podía asimilar lo que el hombre le estaba diciendo. Parecía describir un acto terrible, de una maldad incalculable, incluso para aquella clase de seres que tenían por enemigos.

—No, no, eso no puede ser cierto. No habrán podido llevárselos a todos... Debo ir allí y verlo con mis propios ojos.

—Sinceramente, no creo que eso sea lo más sensato. Los alemanes tienen una lista, y tú estás en ella. Corres muchos riesgos si haces lo que estás pensando.

—¿Pero adónde se los han llevado? —dijo entre lágrimas.

—Todavía no lo sé, no podemos preguntar esta clase de cosas. Sabes lo mucho que dependemos de los suministros que nos dan desde la guarnición.

—Pero somos la Cruz Roja. No pueden permitir que estas cosas ocurran. Debo averiguar si mi familia está a salvo —dijo, ignorando el aviso del doctor.

—Yolanda, cálmate. Tienes que descansar tus tobillos. Estoy seguro de que los oficiales de la Cruz Roja estarán controlando la deportación.

—¿Y cómo vamos a saber si es así? Debo ir allí y verlo por mí misma. Esto no puede estar pasando. ¿Cómo es posible que los vecinos no hayan hecho nada por evitarlo?

Se apresuró a ponerse su manto.

El doctor era consciente de que nada podría detenerla.

—Oh, por favor, ten cuidado. Si piensas que tu obligación es ir allí, ponte este uniforme y nadie se atreverá a hacerte nada. No debí decírtelo tan pronto. No hay nada que puedas hacer...

—Estoy en mi derecho de saber qué ha pasado.

—Por favor, Yolanda, si protestas por lo ocurrido y averiguan quién eres, también te deportarán a ti.

En cuanto se hubo vestido con el uniforme de enfermera, Yolanda se dirigió al puerto tan rápido como se lo permitían sus hinchadas piernas, deseando con todas sus fuerzas que hubiese un milagro y aquello fuera simplemente un rumor.

Vio a un grupo de gente que enfilaba el camino en sentido contrario con las espaldas cargadas de alfombras, ollas e incluso muebles, y con el corazón encogido comprendió que habían empezado los saqueos. Cuando llegó al barrio, lo que vio la hizo llorar. Las casas estaban literalmente desnudas: los ladrones lanzaban todo lo que consideraban útil por las ventanas, y abajo las mujeres reñían por un edredón o una almohada. La gente rapiñaba como auténticos buitres los hogares ajenos. Las calles se hallaban literalmente alfombradas por fotografías rotas, *pretzels* y galletas pisoteadas y reducidas a migas, e incluso marcos fotográficos que habían sido triturados para arrancarles sus embellecedores de plata. Aquella profanación dejó a

Yolanda tan aturdida que apenas podía moverse. No podía hacer nada para evitar aquello, y a lo lejos los soldados se limitaban a observar el espectáculo entre risas y bromas.

¿Era posible que unos seres humanos hiciesen aquello contra sus propios hermanos? ¿Cómo entender que los vecinos se hubieran mantenido al margen de lo que había ocurrido? ¿Acaso no les quedaba la menor decencia?

Yolanda se quedó tan helada como el grito de protesta que iba a brotar de su garganta. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Toda la comunidad había desaparecido! Los piadosos amigos, los vecinos entrometidos, el rabino y su familia, y sus amados padres, todos, todos habían desaparecido, y lo peor era que Yolanda ya no tenía esperanzas de poder volver a verlos en este mundo. Cayó desmadejada al suelo, deshaciéndose en un agónico llanto.

Una joven corrió a ayudarla. La levantó con cuidado del suelo y la condujo hasta la puerta de su casa.

—Te conozco, eres una Markos, la enfermera.

Yolanda tembló de pies a cabeza al ver que alguien la había reconocido, pero la chica le dedicó una sonrisa:

—No te preocupes, no diré nada. Estoy tan avergonzada de mí, de todos... Esas personas eran nuestros amigos, nuestros vecinos. Mi hija no deja de llorar por lo que pueda sucederle a sus amiguitos del colegio. Tu familia es buena gente. Ven, pasa, no deberías ver estas cosas. Los soldados entraron en cada casa tan pronto se llevaron a sus legítimos propietarios, y no han dejado ladrillo sin mover buscando... qué sé yo: cualquier cosa de valor. Han arrasado con todo, ni siquiera han dejado las bisagras de las puertas —explicó, mientras ayudaba a Yolanda a sentarse en una silla. Llenó un vaso de agua y se lo ofreció—: Bebe, estás muy pálida. Cuando estuvieron con los bolsillos bien llenos dejaron que la chusma de Chania se llevase lo que quedaba, y ahí siguen, echando abajo hasta las paredes por si hay algo de oro o joyas tras ellas. Dime, ¿quién que tuviera un poco de oro viviría en esta pocilga? Te ruego me perdones, no quería ofenderte, pero este es el día más vergonzoso en la historia de Chania. Quedará como una marca indeleble en nuestra memoria, y nadie lo olvidará jamás. Ahora, querida, debes marcharte. Si yo te he reconocido, no dudo que otros también lo harán, y no pondría la mano en el fuego por su lealtad. La vergüenza no saca precisamente lo mejor de nosotros. Te aconsejo que no vuelvas mientras el enemigo siga aquí.

Pero Yolanda no estaba escuchando. Se dobló en dos, sintiendo una oleada de agónico dolor que atravesaba su cuerpo de la espalda al vientre.

—¿Qué está ocurriendo? No puede ser, es demasiado pronto. Por favor, ayúdame... —rogó a la joven.

Y ya no vio nada más.



## JUNIO, 1944

Rainer Brecht se hallaba en posición de firmes ante el comandante:

—Quisiera pedirle, señor, que me transfiriesen al interior de Europa —dijo, mirando al frente. Su superior le miró sorprendido desde la mesa de su despacho.

—Piénselo bien, mayor Brecht. ¿A qué viene eso ahora? ¿No le hemos tratado lo bastante bien? Sus ascensos... ¿O es que está cansado del sol y del mar?

—Creo que es mi deber servir a mi país donde más me necesite —explicó, todavía con la vista puesta a lo lejos. No podía racionalizar su decisión: lo único que pensaba era que debía redimir su honor, desafiarse a sí mismo en el verdadero escenario donde se libraba la guerra.

—En serio, ¿a qué viene esto? No será por la deportación de los judíos... He escuchado que le pareció... de mal gusto. Mayor, su hoja de servicios es tan variada como óptima, y se ha ganado el respeto de sus hombres. Es un ejemplo para todos. Le necesitamos aquí.

—Señor, sé que en el continente hay numerosas pérdidas que lamentar, y si algo puede hacerse es cubrir esos huecos de la mejor manera posible. Me gustaría combatir allí donde resulte útil de un modo más activo. Creo que mi trabajo aquí ha terminado. Solo quiero *servir*.

—¿Cubrir huecos, dice? ¿De verdad está pensando en ir al frente oriental, o a Francia? En fin, tengo la impresión de que su decisión está tomada, y no crea que no admiro su coraje. Resultará terriblemente difícil defender todo lo que habíamos ganado. ¿Quién sabe cómo terminará todo esto? Bueno, tómese unos días en Atenas. Podremos conseguirle un vuelo...

—¿No podría ser un barco, señor? Llegué en avión a la isla, me gustaría regresar por mar. La diferencia de tiempo pueden tomarla de mis días libres, por supuesto.

—El mar de Creta ya no es tan seguro como solía ser. Los submarinos italianos y británicos están al acecho, pero como prefiera. Lamentaré mucho no tenerle a mi lado, mayor Brecht.

—Gracias, señor.

Rainer saludó a su superior, y repentinamente sintió como si le hubieran quitado un peso de los hombros. Estaba marchando a una muerte segura, probablemente, pero no iba a quedarse en aquella maldita isla ni un segundo más.

## MAYO, 2001

—¿Estás diciendo que el sitio en el que cenamos anoche es donde ocurrió todo? —Lois me aferró la mano—. No tenía ni idea. La abuela no nos dijo ni una palabra.

—Mi hermana Effy no sabía nada. Es la primera vez que le cuento esto a alguien. Es una historia terrible y nadie solía hablar de esta clase de cosas cuando la guerra terminó. Lo que todos queríamos era olvidar y seguir adelante con nuestras vidas. Evadne y Walter fueron trasladados al extranjero cuando nació tu madre. Zander regresó a casa, y prácticamente de una pieza. Todas las cosas desagradables que habíamos vivido hasta entonces las ocultamos bajo la alfombra, como quien dice. La única persona con la que hubiera compartido todo esto era mi padre, y ya había muerto. Mi madre no me hablaba. Así estaban las cosas, pero no estoy segura de que ignorar los sucesos más terribles sea la mejor manera de seguir con tu vida. Echando la vista atrás, no sé ni cómo logré sobrevivir.

—¿Y tu amiga? ¿Sobrevivió a las redadas?

—No. Desapareció, como tantos otros judíos. Todo fue un verdadero caos durante unos cuantos años. Grecia estaba dividida, de modo que un buen número de soldados que habían formado parte de la resistencia decidieron tomar partido en la guerra civil y fueron ejecutados por su propia gente. Escribí a algunas personas que, supuse, tuvieron que saber lo que le sucedió a Yolanda, pero no obtuve ninguna respuesta. Ahora que estoy aquí, preguntaré de nuevo. Me gustaría ofrecerle mis respetos.

—Podemos ayudarte a hacer el trabajo físico —se ofreció Mack—. Tampoco mi padre habla de sus hazañas bélicas. Le bastó con regresar a casa y seguir adelante con su vida, pero su matrimonio fracasó y se casó de nuevo mucho después. Yo nací cuando era casi un anciano...

—¿Y qué te pasó a ti? ¿Terminaste en el campo de concentración con aquella pareja a la que ayudaste? —preguntó Lois.

—Lo que creo es que ya es suficiente por esta noche —dije, impaciente por evitar que los malos recuerdos se inmiscuyesen en aquella adorable velada—. Si no recuerdo mal, mañana es el homenaje a los caídos, así que hagamos algo distinto para variar, ¿queréis? Relajémonos, disfrutemos un poco de las cosas. Seamos turistas por un día. ¿Qué nos sugieres, Mack?

—Conozco un sitio que os encantará —dijo con una amplia sonrisa, y sacó un mapa—. ¿Qué os parece ir de excursión a Rethymnon? Hay muchísimas tiendas y restaurantes allí. ¿Qué os parece?

Asentí, pues no quería arruinar su entusiasmo. Yo tenía unos recuerdos muy distintos de aquella preciosa ciudad, recuerdos que empecé a atesorar en la parte de atrás de un camión de ganado; pero mejor no seguir hablando de ello. Las vacaciones

eran también una peregrinación, aunque no me era fácil olvidar aquellas calurosas noches de junio, ni el terror que supusieron mis últimos días en la isla. Ninguno de los que sobrevivimos a aquello olvidaremos jamás los horrores que tuvimos que presenciar. ¿Es justo que los jóvenes tengan que cargar con el peso de tan terribles sucesos? Sabía que aquella noche no iba a poder conciliar el sueño, y que este se vería reemplazado por esa insistente pesadilla que ni una vida entera había conseguido borrar de mis recuerdos.

# PRISIÓN DE AGIA,

JUNIO, 1944

El hecho de que el nombre de Penny no apareciera en la lista causó alguna confusión, así como su tozudez en afirmar que trabajaba como enfermera para la Cruz Roja. El vigilante de la prisión la observaba con recelo:

—¿Y qué está haciendo entonces en este camión?

—Trataba de ayudar a unos ancianos. Un soldado me obligó entonces a subir al vehículo —dijo, mientras miraba cuanto la rodeaba con indisimulable consternación. Todos los rumores que había escuchado sobre aquel campo de prisioneros eran ciertos: las paredes eran indeciblemente altas, y tan infranqueables como oscuras eran las sombras que arrojaban sobre los prisioneros.

—O sea que fue arrestada.

—¿Por ayudar a unos ancianos? No, claro que no. Pertenezco a la Cruz Roja. Debemos socorrer a los débiles y los enfermos.

Mirar fijamente a la cara a aquel vigilante no surtió ningún efecto.

—¿Es entonces judía?

—No, me llamo Athina Papadopouli. Como ve, mis papeles están en regla. Pertenezco a la Cruz Roja.

—No lleva su uniforme.

—Mire, aquí está mi emblema. Cuando tienes prisa, no hay tiempo ni para ponerte el uniforme —protestó Penny, viendo que el guardia se mostraba todavía más confuso. Finalmente, la apartó a un lado.

Penny solo pudo limitarse a observar cómo descargaban a los civiles de los camiones y los conducían como a ganado a través de un patio que llevaba al interior de la prisión, donde fueron acumulándose en un lugar demasiado pequeño para albergarlos a todos. Allí eran vigilados por soldados armados y perros de mirada fija. Los documentos de Penny fueron remitidos a un superior, y los soldados no dejaban de observarla entre tanto, una vez y otra. Penny percibía claramente el peligro. La llevaron fuera para separarla del resto y la arrojaron a una hedionda celda donde aguardaban otras veinte mujeres, apretujadas unas contra otras. Cerraron de un portazo a su espalda.

Las mujeres la observaban con interés:

—Otro cordero para el matadero —dijo una chica que llevaba el vestido roto,

cosido con trozos de cuerda—. Bienvenida al infierno —añadió.

Bombardearon a Penny con todo tipo de preguntas:

—¿De dónde eres? ¿Sabes qué le ocurrió a...? ¿Cuándo nos sacarán de aquí?

No pudo ayudarlas gran cosa. Sus compañeras eran, al igual que ella, *andartissas*, partisanas que combatían del lado de la resistencia, capturadas por llevar comida a los soldados y traicionadas por los vecinos: habían sido sentenciadas a la deportación, lo que significaba que acabarían en campos de trabajo. Por su aspecto era evidente que habían sido golpeadas, que les habían quitado la ropa a tirones y que habían abusado de ellas... o algo peor. Estaban tendidas sobre un montón de sucia paja, con las fuerzas justas para hablar y poco más.

Les contó lo que había visto en Chania y también que los judíos habían sido aislados de la población común, y el temor que sentía por los bebés y los niños que sufrirían el calor, el polvo y las privaciones de aquellos barracones. Les explicó que su intención era ser testigo del trato que recibían allí los civiles: pero ahora no tenía tan claro que pudiera hacer algo al respecto.

—Haz lo posible por salir de aquí, así podrás alertar a la Cruz Roja de lo que está ocurriendo —le recomendó una mujer—. Por la noche se escuchan unos gritos terribles. No es el lugar más indicado para unos niños...

Penny perdió la cuenta de los días que permaneció en aquella atestada celda. Nadie había acudido a liberarla, nadie sabía siquiera que estaba allí, sumida en el calor y rodeada de aquella paja cubierta de pulgas, de la que solo se separaba los escasos minutos que la sacaban al patio para sus ejercicios diarios. Aquello era una auténtica letrina. Pero peor que la suciedad y las privaciones eran los gritos que se escuchaban a medianoche, las pisadas que resonaban entre los muros de piedra, el estrépito de los disparos. A Penny el miedo llegaba a provocarle náuseas. ¿Cómo había podido acabar en aquel lugar? ¿Qué habría ocurrido con Solomon y Sara? ¿Habrían detenido también a Yolanda en las redadas que habían tenido lugar en los distritos colindantes?

Los días se sucedían sin que las prisioneras comieran debidamente, y solo bebían agua estancada, lo que provocaba en ellas un estado de delirio enfermizo. ¿Cómo haría la pareja de ancianos para sobrevivir a tal miseria?

No había suficiente espacio en la celda para permitir el descanso de todas las prisioneras, a menos que lo hicieran por turnos. María, Rosa, Angelika... cualquiera de ellas podía contar el relato de sus hazañas o las de sus paisanos, y eso era lo que hacían para imbuirse de coraje unas a otras. Penny, por su parte, contó sus experiencias como enfermera en el frente albanio y en los trenes habilitados como hospitales, y habló también de la valentía mostrada por la Quinta División Cretense. El sufrimiento hizo que creciese entre ellas una rápida camaradería, forzada, también, por la intimidad que suponía compartir un cubo como retrete. Las pulgas mordían cada centímetro de piel, y las llagas les producían picores por todo el cuerpo. María comenzó a sangrar y no tenían otra cosa para contener la hemorragia que un montón

de paja. Pronto se encontrarían las demás en la misma situación, pero, aun así, estaban mucho mejor que esa pobre gente de allá afuera. Nada había preparado a Penny para arrostrar un cautiverio semejante, para soportar el profundo aburrimiento que suponía verse encerrada día y noche, en el calor y el frío. ¿De verdad creía alguien que podrían trabajar, tan débiles como estaban?

Llegó entonces el día en que alguien las despertó con la primera luz del día, y les dio un cubo para que se lavasen y se prepararan para marchar, alineadas en fila india como niñas pequeñas.

Penny exigió ver al oficial al mando:

—Vine por propia voluntad para ayudar a unos ancianos. Exijo que me permitan regresar a Chania.

—¿Exiges? —rio el guardia—. Aquí nadie exige nada. ¡Vuelve a la fila!

—Pero esto es escandaloso, nadie me ha juzgado. No tienen nada contra mí. ¿Por qué se me retiene?

El vigilante la golpeó con la culata del rifle:

—¡Cállate, maldita puta, amiga de los judíos...! —Penny reculó unos pasos, cegada por el impacto de la culata en su mejilla—. ¡Vamos, vamos, fuera, moveos! —gritó el guardia, y María ayudó a Penny a ponerse en pie.

Penny sabía que iba a ser deportada junto con las demás mujeres. No podría escapar a su destino. No se diferenciaba de ellas en lo que había hecho por la resistencia, de modo que, después de todo, en aquello había una especie de justicia.

Una hilera de camiones aguardaba el avance de las mujeres, y Penny trató de ver, a través de sus amoratados ojos, lo que estaba ocurriendo un poco más lejos: escuchaba más gritos, procedentes de otras hileras de individuos tratados, al igual que ellas, como ganado, pero a diferencia de su propio grupo aquella masa de asustados civiles se hallaba inmóvil. Enseguida separaron ambos grupos mediante una cortina, de manera que nadie pudo ver nada mientras el convoy avanzaba a duras penas a través de Chania en dirección este, rumbo a Heraklion, en un lento y tortuoso viaje sometido a la estricta vigilancia de los soldados, tipos hoscos que observaban fijamente el camino que tenían por delante, incapaces de mirar a nadie a los ojos.

A veces, durante las pausas y por encima del sonido del motor, se oía una especie de canturreo, que cuando se afinaba el oído demostraba ser un cántico por la libertad, que insuflaba a los pasajeros de un nuevo coraje, e irritaba a los guardias hasta el punto de hacerles disparar varios tiros al aire. Pasaron la primera noche en una fortaleza turca próxima a Rethymnon, cuyas frías piedras les provocaron al principio de tenderse en ella un frío helador por todo el cuerpo. Los despertaron temprano a la mañana siguiente y enseguida los metieron otra vez en el camión. Era un viaje terriblemente doloroso, que fatigaba el cuerpo en extremo, y eso que todavía eran jóvenes. Que Dios se apiadase de las pobres almas que no tuvieran suficiente fuerza. ¿Cuántos serían arrojados a las cunetas desde los camiones, cuando ya estuvieran muertos, o lo pareciese?

Penny se devanó el cerebro tratando de concebir una manera que explicase razonablemente aquel viaje. Quizá debería intentar contarles otra vez los motivos de su misión, pero sin un uniforme ni una prueba fehaciente de que estaba diciendo la verdad, nada podría ayudarla: ni siquiera su nombre inglés. Llevaba tanto tiempo fingiendo, viviendo una vida de prestado, que ya nadie recordaría a Penélope George, ni le importaría su existencia. No tenía pasaporte —lo había perdido mucho tiempo atrás—, ni nada que demostrase siquiera su estatus británico.

Observó los rostros de sus compañeros, que miraban por última vez, compungidos, a su amada isla. Allí, solo Bruce y Yolanda llorarían su desaparición. E incluso Bruce se le antojaba ahora un fantasma, una presencia desvanecida. Habían pasado meses desde su último encuentro, pero confiaba en que estuviera machacando al enemigo. Esa era la única esperanza a la que ahora podía aferrarse. «Traspasaste la línea y has acabado aquí», dijo para sí, con una extraña sensación de orgullo.

«Intenté hacer lo que había aprendido a hacer y lo seguiré haciendo, pase lo que pase. Eso me dará el coraje para aguantar, dará un sentido a mis días... me dará algo de dignidad en una época tan terrible como esta. Pertenezco a la Cruz Roja, y si salgo bien parada de todo esto, dedicaré el resto de mi vida a asegurarme de que nadie sufra algo semejante nunca más».

Rainer se despidió de los oficiales y de los soldados con una prisa desmedida, ahora que empezaba a gestarse en Francia un segundo frente. Ellos mismos eran conscientes de que aquello resultaba inevitable: había sido cuestión de tiempo. Teniendo los aliados el respaldo de la todopoderosa maquinaria bélica de los Estados Unidos, Francia ya no podría caer. Nadie comentaba las noticias, pero los rostros no engañaban, y en todos ellos había una dolorosa resignación. Habían ordenado a Rainer que trasladase los documentos del cuartel general a la Villa Ariadna, y tomase el primer barco que saliese de Heraklion rumbo al Pireo.

Ahora que estaba a punto de marcharse intentaba encontrar algún motivo de duda en su decisión, algo que le permitiese retractarse, pero, si lo había, lo cierto es que no era capaz de dar con ello. Y lo hubiera necesitado más que nunca, a decir verdad. Su dimisión no era la salida del culpable. A sus ojos, era más cobarde permanecer allí, rodeado de todas las comodidades, y esperar sentado el final.

Y, en medio de todo aquello, no podía dejar de pensar en la enfermera de la cueva. Sabía que los convoyes habían salido ya de los calabozos. No quería tener nada más que ver con aquel maldito asunto, pero, con todo, no podía dejar de pensar en aquella frase que afirmaba que, para que el mal suceda, solo es preciso que los hombres de bien se aparten y no hagan nada. Era triste comprender que todo lo que había vivido allí le había endurecido hasta el punto de convertirlo en aquello que ahora era, un individuo al que nada le importaba un ardite. Los civiles no contaban, solo la seguridad de sus propios hombres. Y ahora se disponía a abandonarlos.

Había quien dejaba caer la posibilidad de crear un muro de acero alrededor de Chania, para gobernar desde el interior de sus confines, por si sucedía lo peor... No, a Rainer le bastaba con marcharse de allí, y lo que fuese de él, la verdad, era lo de menos.

El coche en el que viajaba llevaba una escolta de varios hombres armados. Ya no era seguro conducir sin compañía. Hubiera sido mejor zarpar desde la bahía de Souda, pero en las proximidades de la costa habían tenido lugar varios hundimientos recientes, a causa de los numerosos submarinos enemigos que se apostaban en las profundidades. El viaje al este sucedió sin incidentes. Le dieron cama y comida en una taberna muy próxima al pueblo y pasó la noche bebiendo junto a los oficiales, que le hablaron de los juicios sumarios y las degradaciones de rango que habían tenido lugar tras la captura de Kreipe. La política del cuartel general ya no era del interés de Rainer: lo único que quería era solazarse en aquella hermandad tan especial de soldados de combate que se limitaban a cumplir con sus obligaciones. El barco que aguardaba no había conseguido superar el estrecho debido a los ataques aliados, de modo que tuvieron que buscarle acomodo en una nave llamada *Tanais*: efectuarían el cruce por la noche para reducir el riesgo de que los divisasen en alta mar y lo harían escoltados, además, por un buque armado.

—Hay un cargamento especial a bordo. Secreto de sumario —dijo su compañero de parranda.

Rainer levantó la vista, y preguntó qué expolios escondía su barco:

—Judíos, miles de judíos, que viajan rumbo a Auschwitz —replicó el oficial con un deje de burla.

—Apenas hay un puñado de ellos en la isla —replicó Rainer, que sintió que el corazón se le encogía en el pecho.

—Uno solo ya es mucho —rio el hombre, dando un buen trago a su cerveza.

Rainer no respondió. No tenía el menor sentido. El destino le había dado caza. No podría marcharse de aquella isla a la ligera. ¿Por qué tenía la sensación de que la suerte de aquellos judíos estaba ligada, de alguna manera, a la suya?



## MAYO, 2001

Rainer se sentó en un banquito de la plaza cercana a la catedral que daba al museo. Había visitado sus salas y examinado sus piezas arqueológicas, fascinado al ver tan maravillosa colección de estatuas y vasijas de barro, e intentando olvidar por todos los medios sus recuerdos de los últimos días que pasó en Creta. Ahora, el futuro era esto, un espacio en el que todas las naciones podían mirar con asombro el legado de las civilizaciones más antiguas, y aprender de sus diseños y sus técnicas. Observó a un grupo de escolares que, impacientes, deseaban poder dibujar y tocar todas aquellas piezas por sí mismos. Estaban tan bien vestidos, y su aspecto era tan sano y tan entusiasta —entusiasta por haberse visto libres un día de la vida escolar—; eran, en definitiva, tan diferentes de aquellos pobres niñitos que rondaban alrededor de los militares con las manos tendidas, mostrándoles sus rostros ancianos, azotados por la hambruna... Aquellos niños no llegaron a pisar una escuela, siquiera.

Las banderas ondeaban en lo alto del puerto, celebrando la semana de la batalla de Creta y anunciando la ceremonia que tendría lugar el sábado por la tarde en el cementerio de guerra de la bahía de Souda. Rainer tenía ganas de presenciar aquello: ver a todos esos viejos sería como verse a sí mismo. La vejez no es para los cobardes, pero, por más que uno no quiera, a todo el mundo le llega. Rainer sonrió para sí, sin poder negar su curiosidad. Seguro que alguien podía decirle qué fue de su enfermera, la enfermera de la cueva.

# HERAKLION,

JUNIO, 1944

Otra noche más, otra vez durmiendo en el suelo de una prisión, apretujados unos con otros y en unas condiciones que ni una rata soportaría. El hedor de la carne sin lavar, el sudor del miedo: Penny sentía que su resolución se debilitaba cada día que pasaba allí, confinada, hambrienta, y con aquellos perros de mandíbula amenazadora que ansiaban arrojarse sobre quien abandonase la fila. La antigua fortaleza turca recibía cada vez más prisioneros que aguardaban a ser deportados: prisioneros de guerra, partisanos... Iba a ser preciso un barco gigantesco para poder trasladarlos a todos.

Los guardias trabajaban con eficacia, separando a los presos del grueso de judíos. Penny solo acertó a ver a algunos de ellos, incapaz de hacer nada, de momento. Su exhibición de coraje no había servido para nada, salvo para tener un ojo morado. Se escuchó entonces, procedente de la hilera de prisioneros, el susurro de un murmullo, un goteo de voces que poco a poco se convirtió en un auténtico caudal. Los aliados habían desembarcado en Francia, había dado comienzo la liberación de Europa, y en el modo en que los prisioneros relataban los informes secretos procedentes de telégrafos y cables había algo que sonaba a cierto. ¿Era posible que estuviesen a las puertas del final de la guerra?

De nuevo llegaron los camiones, y por la tarde los prisioneros avanzaban en un lento convoy camino del puerto, donde fueron recibidos por la vasta extensión de un mar anegado de barcos. El olor del agua salada inundó de esperanza las fosas nasales de Penny... hasta que localizó con la mirada el barco que los esperaba. Era muy pequeño, demasiado para toda aquella gente: más que un barco, era una bañera oxidada, desde el ancla hasta la chimenea que barbotaba trabajosamente una espesa humareda negra. Por todo el puerto se veían las señales de un bombardeo reciente: las chamuscadas ruinas de los edificios colindantes, las naves naufragadas, el combustible en llamas.

No había tiempo para evaluar la importancia de aquello. Enseguida los soldados volvieron a colocar a los prisioneros en fila, los contaron de nuevo y arriaron el puente. Hileras de hombres, mujeres y niños fueron trasladados a empellones a la bodega del barco, mientras los vigilantes apuntaban los nombres y volvían a contar el número de prisioneros. Aquello no se parecía en nada a ninguna embarcación que

Penny hubiera tomado antes, y lo cierto era que no auguraba nada bueno. Levantó la vista y recorrió con la mirada a los soldados que los observaban desde la cubierta superior:

—*Courage, mon brave* —musitó Penny entre dientes. Solo tenía que aguantar aquello una noche más y por la mañana volvería a estar en Atenas.

¿Pero qué sucedería después?

Rainer permanecía en la cubierta del *Tanais*. No se sintió impresionado ni por el tamaño ni por el estado de aquella vieja barcaza. Su eslora no se sumergía a mucha profundidad, y solo tenía una chimenea, que humeaba en mitad del barco. Era un buque para el transporte de tropas que ya había vivido lo suyo, con solo un par de motores de vapor y una tripulación de unos diez hombres, y solo contaban con un par de veleros por toda escolta. Era un milagro que aquella cosa todavía se mantuviese a flote, después de los bombardeos que habían tenido que sufrir durante la noche, pero había sobrevivido, por más que apestase a aceite y humo. Únicamente se veían un par de botes salvavidas, lo cual no inspiraba demasiada confianza si ocurría lo peor, pero al menos a Rainer le permitiría arribar en Atenas por la mañana.

Mientras aguardaba desde la cubierta aquella procesión de hombres, mujeres y niños que ingresaban en el barco, reparó en que habían agregado al grupo un buen número de civiles y prisioneros de guerra italianos, todos ellos con el aspecto de haber sufrido las peores miserias antes de ser trasladados a la sentina del barco. Aquello sería un verdadero infierno para los trescientos o cuatrocientos presos que había allí: viajar aplastados así, en el pequeño espacio de carga. No era lugar para niños. Unas cuantas mujeres cruzaban juntas la plancha que servía de puente. Una de ellas levantó la vista, y, para su espanto, Rainer reconoció en ella a la enfermera de la cueva: era inconfundible, más alta que el resto, y con sus cabellos rubios recogidos en una trenza que le colgaba por la espalda. Rainer no pudo volverse.

Para él, aquellos pasajeros no eran más que números, individuos anónimos, hasta que la vio. Allí estaba esa orgullosa enfermera inglesa que había conseguido burlarlo: Penélope Georgiou. Había visto su gesto de amabilidad en la plaza, y su condena. ¿Por qué demonios la embarcaban con aquellos prisioneros?

«Mantén la calma», rogó Penny, «será cuestión de unas cuantas horas». Estaban aplastados entre sí, apenas capaces de moverse, y Penny se lamentaba por quienes estaban todavía peor que ellos. En su corazón había un lugar especial para la familia Markos, estuvieran donde estuviesen, y para esos niñitos que se aferraban a sus padres, sin poder entender por qué los estrujaban en un lugar oscuro sin aire que respirar, sin comodidades. Era imperdonable tratar a otros seres humanos así, rugía Penny para sus adentros. Tal vez los soldados podían soportar aquel confinamiento,

pero no unos bebés, ni las pobres madres que intentaban protegerlos.

Para María, era difícil no dejarse llevar por el pánico. Angelika la sostenía entre sus brazos, tratando de apoyarse contra la puerta. El calor era insoportable. La noche se les iba a hacer demasiado larga, allí de pie, sin ningún sitio en el que sostenerse, mientras el barco chapaleaba a duras penas en dirección al puerto.

¿Cómo se atrevían a tratarlos así? Igual que si fueran ganado, o animales salvajes... Penny trató de controlar su incipiente temor imaginándose que estaba de nuevo en el pueblo de Ike, bajo su olivo favorito, contemplando las majestuosas alturas de las montañas nevadas, escuchando el zumbido de las abejas en el prado. Pensó en Blair Atholl y en sus primeros disparos sobre una diana, el olor del brezo y la aulaga, la libertad de trotar de un lado a otro como un venado. Si lograba aferrarse a aquellas imágenes, podría escapar de ese infierno.

De repente, alguien empezó a gritar, invadido por el pánico:

—Necesito aire, dejadme un poco de aire.

Penny golpeó la puerta con todas sus fuerzas:

—Por lo que más quieran, déjennos respirar aquí. Soy enfermera de la Cruz Roja, informaré de esto en Atenas. Es una vergüenza. No pueden tratar a seres humanos como si fueran animales.

Sus puños golpeaban la puerta con furia, en un gesto por otro lado fútil, pero, entonces, para su sorpresa, la puerta se abrió, y con ella entró un rayo de luz y una corriente de aire fresco.

—Penélope Georgiou... ¿Enfermera de la Cruz Roja? —gritó un soldado—. Acérquese a la puerta.

Un murmullo recorrió el grupo de prisioneros, que se afanaban por respirar aire, empujando al hacerlo a Penny hacia la puerta.

—Yo soy la enfermera Georgiou —dijo Penny, abriéndose paso para alcanzar la puerta. Volviéndose hacia sus amigas, exclamó—: Volveré enseguida. Haré que se den cuenta de...

—¡Venga aquí! —le ordenaron, y escuchó el chirrido de la puerta al ser cerrada a su espalda. Subió las escaleras, espoleada por el hocico de la metralleta que un soldado le clavaba en los riñones. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué conocían su verdadero nombre? Aferró los documentos falsificados que llevaba en el bolsillo delantero de sus prendas y asió fuertemente su emblema, temiéndose lo peor.

Se encontró entonces Penny entre varios guardias, que se apartaron para hacer un poco de espacio en aquel lugar atestado. Un hombre gruñía en el suelo, sangrando, con un brazo doblado en un complicado ángulo. Penny reparó entonces en que se le salía un hueso por la camisa.

—¿Le han dado morfina? —preguntó, pero el griego de aquellos soldados dejaba mucho que desear. Hizo un gesto para hacerse entender y entonces asintieron.

En un barco tan pequeño como aquel era imposible que hubiera un médico, pero al menos tendría que haber un botiquín de primeros auxilios. Ordenó a uno de los

miembros de la tripulación que fuera a buscarlo. Aquel hombre necesitaba que le entablillasen la herida, y una venda. Penny se encargó de curarlo, pues sabía con toda exactitud lo que debía hacer. El hombre estaba borracho y no dejaba de agitar los brazos, lo que no ayudaba gran cosa.

—¡Sujétenlo! —exclamó Penny.

El hombre, por lo visto, había perdido el conocimiento, se había golpeado con una de las vigas y se había roto el brazo. Penny, sin embargo, no lo compadecía. Se limitaba a hacer su trabajo, y a aprovechar aquella oportunidad para respirar. No dejaba de preguntarse cómo habían sabido que estaba a bordo. Cosió como pudo la herida de aquel individuo, la desinfectó cuidadosamente y la vendó con el mayor cuidado. Por desgracia, el borracho aquel viviría para combatir un día más.

—Gracias —dijo una voz en inglés, a su espalda—. Sabía que haría correctamente su trabajo.

Penny se giró en redondo y vio a Rainer Brecht, que fumaba un cigarrillo apoyado en la puerta.

—¿Por qué está usted en este barco? —quiso saber—. No debería estar aquí.

—Ninguno de los que se encuentran allá abajo debería estar aquí —replicó Penny, intentando no temblar al sentirse tan íntimamente observada por Rainer. Le dio la sensación de que estaba más delgado, y que sus facciones parecían mucho más sombrías: su cabello se había aclarado con el sol, y tenía algunas canas alrededor de las sienes. ¿Por qué él estaba en aquel barco? Estaba Penny a punto de preguntárselo cuando, de pronto, se escuchó una brutal explosión en la cubierta inferior. Acto seguido, las campanas y alarmas rompieron a sonar, pero el barco quedó de inmediato sin energía, los motores comenzaron a fallar y las luces se apagaron. Una vaharada de humo negro desató el pánico y la confusión entre los miembros de la tripulación que aún se mantenían en pie. Penny salió despedida hacia atrás, en aquella completa oscuridad, y se golpeó contra una pared. El fuego aliado había alcanzado el barco de lleno.

—¡A la cubierta! —gritó Brecht—. ¡Los chalecos salvavidas!

No había tiempo para búsquedas. Penny puso en pie de un tirón al vigilante borracho, medio a rastras: había quedado aturdido por aquella sacudida.

Siguió a aquello una confusión de hombres que buscaban desesperadamente los salvavidas, afanándose por respirar, pugnando por soltar los botes antes de que se hundiese el barco.

—¡Déjenlos salir, por el amor de Dios, dejen salir a los que están abajo! —Se escuchó Penny a sí misma gritar, resistiéndose a los intentos de los soldados para alejarla del peligro, pero el barco ya se estaba escorando. Se oyó entonces un terrible zumbido, y el barco explotó con un segundo impacto—. ¡Debo ir a ayudar!

Una mano la agarró del brazo:

—No, señorita George, usted se quedará en cubierta. De otro modo solo conseguirá que la maten.

—Suélteme. No podemos permitir que toda esa gente se ahogue —espetó a Rainer.

—No podemos hacer nada... venga aquí.

Su mano apretó con más fuerza.

Se escuchó entonces un nuevo estruendo, justo debajo de ellos, lanzando a Penny a las frías y oscuras aguas del mar, mientras el barco se partía en dos: cayeron también al agua la chimenea y varias piezas de metal, envueltas en una densa nube de humo. El combustible afloraba como un surtidor, la gente gritaba, y los hombres abandonaban el barco mientras este se desmenuzaba a la vista de todos y se deslizaba rápidamente hacia el abismo submarino.

Penny despertó de su aturdimiento, azotada por aquella agua helada que envolvía su cuerpo, y entonces se vio dominada por el instinto de supervivencia; sus pulmones ardían en sus intentos por mantenerse a flote. Brecht nadaba junto a ella, mientras la urgía para que siguiese adelante. Nadaban entre nubes de humo, nadaban en la agitada oscuridad del mar de Creta.

Penny no sentía nada. Al contrario, estaba extrañamente calmada, como si aquello fuera un sueño que conocía demasiado bien. No había tiempo para pensar en nada salvo en agua y olas, y en el miedo a ser absorbida por el oleaje. Una balsa salvavidas bogó lejos de su alcance, animándola a alargar un brazo y cogerla, alejándola más y más del barco, de María, de Angelika, de Sara y Solomon Markos... Se alejó nadando del combustible ardiendo y de los restos de cuerpos destrozados que bloqueaban su camino hacia el barco escolta, *Hera*, que ya marchaba rápidamente a su rescate.

Se sentía cada vez más débil, y su pánico aumentaba al pensar que no lo iba a conseguir: pero, cuando ya empezaba a hundirse, una mano la tomó firmemente del brazo, guiándola hasta que finalmente otras manos la sacaron de aquellas revueltas aguas donde el *Tanais* se había hundido en el lecho marino, y, tras subirla por la escalerilla de estribor, la tendieron en cubierta, junto con una masa hirviente de heridos, de muertos, de moribundos, de individuos quemados y temblorosos supervivientes, de rostros ennegrecidos, consternados y abatidos más allá de toda recuperación. Una terrible mezcla de hombres y mujeres que necesitaban revivir, o ser revividos.

La mayoría de ellos eran vigilantes alemanes, miembros de la tripulación, cuyas ropas habían volado como ceniza en el instante de la explosión; otros se hallaban sentados y cubiertos por mantas, la mirada perdida, sollozando como niños. Penny recorrió con la vista todos aquellos rostros en busca de alguno que le resultase familiar, pero sabía en lo más profundo de su corazón que ninguno de los prisioneros de la sentina habrían conseguido escapar de aquella tumba marina. Hizo lo que pudo por salvar a la tripulación rescatada, pero muchos de ellos estaban al borde de la muerte, y no tardaron en sucumbir.

En el lado opuesto se sentaba Brecht, fumando un cigarrillo, esforzándose por no

temblar. Por un segundo, Penny sintió una chispa de piedad por el hombre que la había mantenido a flote, pero se apresuró a atajarlo al recordar lo que había visto hacer a su gente.

Penny no podía llorar, ni sentir siquiera. Era como si todo su cuerpo hubiera decidido cerrarse en torno a sus propios tejidos, para reducirse a sus más básicos instintos: dormir, beber, mantenerse con vida, hacer su trabajo. Le dieron una manta y unos pantalones y una camisa militar. Nadie cuestionó su presencia cuando el barco ancló brevemente en la isla de Santorini para informar del incidente. El *Hera* siguió su curso hasta el puerto del Pireo con los moribundos, los heridos, los silenciosos pasajeros que habían descendido al infierno... y regresaron de él.

## PARTE 5

### LA REUNIÓN

«Una dama de negro se sentaba  
En Maleme y lloraba  
Sujetando entre sus brazos  
Un cuerpo sin vida  
Y lo ungía en sus lágrimas  
Y lo revestía de pétalos de rosa  
Hablando y lamentándose  
Y murmurando mil maldiciones.  
Hitler, Que no renazca nunca».

«El lamento de Olimpia», OLIMPIA KOKOTSAKI-MANTONANAKI



## MAYO, 2001

Me desperté, y vi el sol ardiendo a través de las rendijas de las persianas. Aquella pesadilla, la que nunca me abandonaba, había sido demasiado real la noche anterior. Saboreé el sabor salino del agua, vi los rostros de los muertos mirándome fijamente, acusándome desde las profundidades. ¿Por qué me habían rescatado? ¿Por qué a mí y no a los otros? Durante muchos años, no se dijo ni una sola palabra de aquel hundimiento, o de lo que había ocurrido a los judíos de Creta; una antiquísima comunidad había sido barrida en un instante.

Habrà quien diga que una rápida muerte por ahogamiento era mejor que lo que aguardaba a aquella pobre gente: camiones de ganado a pleno sol, en el verano ateniense, hasta los campos de exterminio situados al norte de la península griega. No lo sé. Morir ahogado, en la cárcel que suponía aquella bodega, no es algo que se pueda imaginar sin espanto, pero ocurrió, y debemos recordarlo. ¿Quién hundió el barco? ¿Quién sabe? Muy probablemente, un submarino inglés, en una de sus patrullas de rutina. ¿Pero deliberadamente? Existen teorías para todos los gustos, pero no sé qué puede haber de cierto en ellas. Nadie había dado un paso al frente para explicar lo ocurrido. Fue solo un acto de guerra, otro más entre muchos.

¿Qué más debía contarles a Lois, a Mack, a Alex? ¿Cómo podía explicarles los motivos por los que me había visto favorecida, sin contar el resto? No lo sabía, pero lo había intentado con todas mis fuerzas. Guardar secretos se había convertido en una costumbre que ya no sabía si era capaz de cambiar, ni siquiera ahora.

«Oh, no pienses en eso en tu día libre. Vive el presente, disfruta de tus vacaciones, olvida todas esas pesadillas. Estas son también tus vacaciones. Ya tendrás ocasiones de sobra para llorar más tarde, en el homenaje a los caídos...».

Me alegro que fuera Mack quien tuviera que aparcar siguiendo el estrecho camino que conducía al cementerio de guerra de la Commonwealth; él quien tuviera que hacer pasar el coche entre autobuses y policías motorizados y encontrar un sitio donde dejarlo. Era una tarde maravillosa, y el sol brillaba en lo alto de la bahía de Souda, que todavía era considerado el puerto peninsular más grande de Europa.

Nos habíamos vestido para la ocasión. Incluso Alex parecía haberse arreglado, pese a que vestía su camisa y sus pantalones de estibador habituales. Mack llevaba una chaqueta *blazer* y unos mocasines, mientras que Lois vestía toda de blanco, lo que resaltaba de manera muy atractiva su piel morena y su cabello oscuro. Yo decidí ponerme una chaqueta de lino oscuro y un pañuelo de seda, y agradecí no haber olvidado las gafas de sol. Escuchamos una banda militar tocando allá en el jardín,

entonando aquel sonido tan especial que solo los soldados ingleses de oro y escarlata eran capaces de invocar.

Algunos veteranos de guerra habían decidido ponerse una inconfundible boina como tocado, pero no hubiera resultado difícil reparar en ellos, pues llevaban la pechera de sus *blazers* colmada de relucientes medallas. Cada cual blandía su corona de amapolas y saludaba animosamente al resto. Tampoco pude dejar de ver en toda su gloria a los veteranos cretenses, con sus camisas negras, sus pantalones de combate y sus botas blancas, que les llegaban hasta la rodilla, situados estratégicamente en la entrada del recinto junto a otros oficiales de diversas nacionalidades, vestidos con los uniformes propios de su país: resaltaban los colores blancos, el azul marino de los miembros del ejército del aire, los caquis y grises del ejército de tierra... El nudo que ya sentía en la garganta pareció hincharse un poco más, al ver a tanta gente allí reunida. Supongo que no sabía qué esperar.

No cesaba de imaginar aquel pacífico puerto comercial lleno de buques de guerra y naves naufragadas, envueltas en fuego y humo. También ahora abundaban los barcos militares, pero engalanados con banderolas y preparados para lanzar al aire una salva de cañonazos. ¿Dónde estaban los cráteres abiertos por los Stuka que caían al puerto en un estrépito de explosiones? Ahora, las colinas estaban cubiertas por villas elegantes y edificios de apartamentos.

Nos dirigimos lentamente hacia el cruce central para obtener una mejor vista del lugar, y recogimos de paso un folleto. Lois y Alex marchaban detrás, entre el tumulto de turistas y vecinos de la isla, y luego, finalmente, dio comienzo la ceremonia. Sonreí, consciente de que aquello era un evento organizado por Inglaterra y que tendríamos un visitante de la casa real, de modo que todo marcharía con la precisión de un reloj.

Un solitario flautista tocaba una turbadora endecha mientras lideraba el desfile de ancianos veteranos de guerra, que depositaron sus coronas lentamente ante la cruz blanca que presidía el lugar, donde varios sacerdotes aguardaban para saludarlos. Sentí que tras mis gafas los ojos se me llenaban de lágrimas.

La ceremonia de ofrenda se prolongó durante un buen rato. Me alegró que alguien me acercara una silla. Se escucharon himnos y bendiciones. Con nuestras chillonas voces, cantamos como una sola voz el himno nacional. Las salvas lanzadas desde el buque de guerra resultaron impresionantes. ¿Quién no iba a sentirse conmovido con todo aquello?

Al menos, yo tenía la suerte de ser una desconocida para todos: podía pasear por entre las hileras de encaladas lápidas, maravillándome ante la precisión y la pulcritud con que el césped había sido segado, el festón de rosas rojas, y todos esos nombres de hombres y mujeres cuyas vidas habían terminado incluso antes de que hubieran llegado a empezar.

Los cementerios de guerra tienen una quietud extraña: hace que incluso el joven más efervescente se aquiete y contemple esas antiguas piedras entre el recogimiento y

el respeto, agradecido de que el tiempo y las circunstancias no le hayan hecho a él pasar por tan terrible prueba. Es un lugar de lamentación y tristeza, de culpa y recuerdos que sobrevienen de improviso, de emociones imposibles de contener. ¿Por qué había tardado tanto en regresar?

Me detuve ante la tumba del capitán John Pendlebury, con quien mantuve un trato efímero antes de la guerra. Había sido el suyo un martirio mítico: era otro héroe de un solo ojo, atlético, erudito, responsable de la Escuela Británica de Cnosos, vicedónsul en la embajada y soldado extraordinario. Su final había sido trágico: fue ejecutado tras sufrir diversas heridas durante los primeros días de la ocupación. Su valentía y su amor por la isla lo habían convertido en una leyenda.

Me aparté rápidamente de los demás, pues quería ver todo aquello en privado: era el momento de hacer las paces con aquellos recuerdos olvidados, muchos de ellos pertenecientes a tantos nombres cuyos rostros ya era incapaz de recordar...

Avancé lentamente por entre las hileras, leyendo cada uno de los nombres, hasta que una de las lápidas provocó que me tambalease por un instante. El nombre que allí estaba escrito era el que más había significado para mí en aquellos años: Bruce Jardine.

No había esperado encontrarlo allí, pues pensaba que estaría enterrado en alguna colina de Nueva Zelanda. Fue al regresar a Inglaterra cuando descubrí que había muerto. Evadne me contó la noticia una mañana, en el jardín de Stokencourt, tan pronto como mi familia pensó que tendría la suficiente presencia de ánimo como para soportarla. Desde entonces no he dejado de aborrecer aquel paseo de rosas por recordarme la profunda sensación de angustia y futilidad que me anegó cuando Evadne me contó lo ocurrido. Fue como un puñetazo en el estómago, cuya intensidad me dejó literalmente sin aliento. Me aparté de ella y me encaminé hacia el lago, sacudiendo la cabeza con desesperación. Creo que por un momento mi hermana pensó que iba a arrojarme al agua, y corrió detrás de mí. Qué poco me conocían para pensar que abandonaría tan fácilmente la vida. Era mejor vivir tanto como lo permitiese el destino, para así honrar a aquellos que no pudieron hacerlo.

Había esperado tanto tiempo unas noticias que nunca llegaban... pero para entonces ya me había convertido en otra persona. Habían sucedido muchas cosas entre medias, y era consciente de que los sentimientos que albergaba hacia él habían cambiado irrevocablemente, pero no saber que Bruce ya nunca estaría conmigo, y que era así desde mucho antes de que abandonase la isla... Como todo en esta vida, guardé también aquello en una imaginaria maleta, en el ático de mi mente, y decidí no abrirla nunca más.

Ahora, al tocar la lápida con la cabeza inclinada, reparé en que, medio oculto sobre la afelpada tierra oscura que cubría la tumba, había un ramillete de flores y hierbas de la montaña envuelto en una cinta negra, roja y dorada: los colores de la bandera de Creta. La inscripción estaba en cirílico, y pertenecía a un poema: «Tu sangre fue derramada en nuestro suelo, pero no fue en vano. Gracias». Eso era todo.

Di un paso atrás, sorprendida al ver que Bruce había recibido aquellas honras, y miré a un lado y otro por si había alguien en los alrededores, pero no vi que hubiera nadie más en aquella hilera de lápidas. Sentí el deseo de tener algo mío que depositar allí, sobre la tumba de Bruce, y me avergoncé profundamente de aquel absurdo descuido. Ni siquiera habíamos llevado una rosa o una amapola en señal de homenaje y recuerdo. Todavía temblaba por la sorpresa de haber visto su nombre allí.

¿Quién más, de los que se encontraban allí, había conocido a Bruce Jardine? Una andanada de confusión y frustración anegó mi cuerpo: todos los miembros de mi generación habíamos envejecido tanto, habíamos sido tan terriblemente moldeados por el tiempo, resultábamos tan irreconocibles los unos para los otros, si no llevábamos una etiqueta con nuestro nombre escrito en ella... Los veteranos que desfilaban con aquella parsimonia, los que marchaban en silla de ruedas, no eran más que sombras de los aguerridos soldados que tuve el privilegio de atender y de cuidar. ¿Quién me reconocería ahora?

El ramito estaba seco. Fuera quien fuese la persona que había ido a mostrar sus respetos a la tumba de Bruce, lo cierto es que prefirió hacerlo un día distinto de aquel... Me resultaba cada vez más curioso. El ramillete dejaba ver la mano de una mujer: era algo delicado, al contrario que las llamativas coronas extranjeras, cubiertas por los colores nacionales y las hojas de palma, que ahora cubrían los escalones y la cruz a cuyos pies los veteranos posaban para tener una fotografía como recuerdo de aquel día.

Sí, reconfortaba saber que no había sido olvidado, pero también resultaba inquietante. Alguien que aún vivía podía haber formado parte de mi vida, al igual que había formado parte de la suya, la de Bruce: pero yo sabía que las personas que más importancia habían tenido para mí ya llevaban muertas mucho tiempo.

¿Cómo era posible que un simple puñado de flores hubiera podido lanzar por los aires todo lo que habíamos vivido las últimas semanas? ¿Por qué la persona que las había dejado allí no puso en ellas su nombre? Tenía que averiguar de quién se trataba.

Permanecí un buen rato mirando el mar, sintiéndome como una idiota. Era terrible que durante todo ese tiempo Bruce hubiera estado allí y ni siquiera me hubiese molestado en buscarlo. Lancé un suspiro. ¿Acaso Bruce ya no me importaba? ¿Todos esos amigos y parientes habían recorrido medio mundo para estar allí aquel día, y yo no había sido capaz de acercarme hasta él en todo este tiempo para recordarlo?

Todo parece aumentado en Creta: la luz y la sombra, los contrastes, el negro y el blanco, las pasiones humanas... Es cosa del calor. En un lugar así, donde las cosas más grandes y abrumadoras pueden suceder, nuestras emociones se mantienen en guardia, como dormidas pero nunca olvidadas, esperando la mano de nieve que las despierte a la vida. No había forma de seguir escapando del pasado, y supe entonces por qué no había regresado.

En la belleza de aquella tarde bañada por el sol, volvía a recobrar la memoria de aquella época tormentosa. Conocía las razones por las que no podía mirar a esta isla a

la cara, por las que no había llorado a Bruce como él merecía. Desde luego, no era digna de que mi nombre estuviera ligado al suyo. Al menos, Bruce nunca tuvo que saber de mi vergüenza... Las lágrimas recorrían mis mejillas lentamente. Tragué saliva para recuperar el control. No podía seguir allí, entre aquellas valiosas personas. «Si supieran la verdad sobre mí...».

—Ah, aquí estás, tía Pen. Empezábamos a pensar que te habíamos perdido. —Lois se aferró a mi brazo—. Este lugar debe de resultarte muy triste. ¿Nos vamos?

Tragué mis lágrimas mientras nos alejábamos de la tumba que, tristemente, no era capaz de compartir con ellos, agradecida de que aquel sencillo gesto de amor me hubiera llevado hasta ese lugar sagrado. Mi peregrinaje había tomado un nuevo rumbo, y no estaba dispuesta a marcharme hasta que supiera exactamente adónde me llevaría.

Rainer aguardaba allí donde la multitud comenzaba a desflecarse, apoyado en su bastón, observando aquel acto con sumo interés, los ojos bien ocultos tras las gafas oscuras. No estaba seguro de que su presencia fuera bien recibida. La ausencia de la bandera de su país no era ninguna sorpresa. ¿Quién querría acordarse de la ocupación?

Fue suficiente con reconocer a algunos de sus viejos enemigos, aquellos apuestos oficiales que se la habían jugado a él y a sus hombres en las montañas y se habían llevado por la fuerza al general Kreipe. Había leído sus memorias con profunda devoción: las de Nicholas Hammond, las de Monty Woodhouse, el héroe de Gálatas, las de Sandy Thomas, las de Patrick Leigh Fermor, el más audaz y desenvuelto de todos. Le hubiera gustado poder estrechar sus manos. Todos los soldados son iguales por dentro: lo único que los diferencia es el uniforme. O, por lo menos, eso era lo que Rainer pensaba.

Qué satisfacción hubiera sentido de poder encontrarse con ellos de igual a igual, y ver qué había sido de sus vidas. Algunos de ellos eran hombres de Estado, otros, políticos, escritores e incluso aventureros, pese a su avanzada edad. En cuanto a los demás... Rainer sabía que yacían allí, como sucedía con muchos de sus camaradas de Maleme.

El contraste de aquellos dos lugares de descanso era muy notorio: uno se hallaba en una tierra donada por el pueblo de Creta como señal de gratitud, situada en aquel arrecife sobre la bahía; el otro era un lugar sombrío, deprimente, oscuro, y tan patético como su mismo enclave. Ese era el lugar al que Rainer pertenecía, pero no tenía prisa por unirse aún a sus viejos compañeros de armas.

Retrocedió unos pasos, pues no quería presentarse aún al resto. Aquel era para ellos el momento de la victoria. En todas las historias siempre había dos caras, y lo cierto es que él podría haber sido uno de cuantos se hallaban enterrados bajo el sol de Creta. No tenía tan claro quién había sido el vencedor en mayo de 1941. Oh, tantas

cosas habían cambiado desde la derrota alemana... ¿Y no se decía acaso que la historia la escriben los vencedores?

Se sentía orgulloso de que tras la guerra sus compatriotas hubieran llevado a cabo tantos actos para reparar el daño causado a sus antiguos enemigos: habían reconstruido las casas del pueblo, los puentes, los suministros de agua, y también habían concedido becas a los estudiantes.

Permaneció a la sombra de los olivos, observando cómo la multitud se dispersaba lentamente. Reparó entonces en una anciana que iba vestida con una chaqueta negra y unos pantalones de color blanco, y que en aquel momento se hallaba inclinada sobre una de las tumbas, como sumida en un momento íntimo de recuerdo y dolor. Pero algo en ella hizo que despertase una vaga imagen en su memoria. La mujer tenía esa postura típicamente inglesa, digna y estirada, que es patrimonio de cierta clase de damas, un aire marcial, y esa visión despertó un súbito recuerdo en la mente de Rainer.

Su curiosidad aumentó cuando la nieta, el marido de la nieta y el hijo de ambos se acercaron a ella para acompañarla a la salida. Le hubiera gustado a Rainer ver qué tumba era aquella ante la que la mujer se había inclinado tan reverenciosamente, pero le pareció un gesto vulgar, descortés, y tan impertinente como la idea de seguir al grupo. Los vio alejarse y pensó que había algo ciertamente familiar en su porte y su compostura.

«Ya sé dónde te he visto», sonrió Rainer, aliviado, pues acababa de darse cuenta de que se trataba de la misma mujer a la que había visto en el *ferry* que hacía la ruta desde el Pireo. La había visto allí, sola en la cubierta, mientras el barco atracaba en el puerto de Souda al amanecer: ¿se trataba de otra peregrina, acaso?

Le divertía pensar que quizá ella también tenía su propio peso que cargar, su propio alijo de recuerdos, pero había algo intemporal en su presencia que a Rainer le hacía pensar en otro tiempo y en otra playa.

## JUNIO, 1944

A medida que el perfil del puerto del Pireo se dibujaba lentamente en el horizonte, Rainer contemplaba la atestada cubierta del *Hera*, y el lamentable estado en el que se encontraban los supervivientes. Había unos treinta soldados quemados y con las ropas reducidas a harapos, encogidos, traumatizados, rodeados por algunos miembros de la tripulación que se limitaban a mirarse los pies, tan traumatizados como sus compañeros de armas, o como el propio Rainer, por haber sobrevivido al ataque de su barco.

Observaba también a Penélope, que discurría por las hileras de los heridos afanándose por recuperarlos, llevando a unos cigarrillos y bebidas a otros, sin detenerse nunca, como si toda su concentración estuviera puesta en la labor que llevaba a cabo. Ni una sola vez levantó la vista o habló con él. Rainer le había salvado la vida, pero era evidente que aquella joven no iba a proporcionarle la satisfacción de un «gracias». Su rostro era tan gris como el granito, sus rasgos aquilinos, como los de un halcón, sus labios duros, y sus abultados pantalones, demasiado anchos para contener el frágil esqueleto que revestían.

Lo justo sería entregarla como prisionero de guerra, una colaboracionista de la resistencia inglesa a la que debían enviar a alguno de los campos emplazados al norte, quizá a trabajar como enfermera en la línea de fuego.

Si Penélope no se encontraba en la lista de expatriados, o si lo estaba pero bajo la identidad falsa de Athina, entonces sería dada por desaparecida junto con los demás. En cuanto tocasen tierra, tendrían que entregarle nuevos documentos, le tomarían declaración, y debería demostrar su identidad, y Rainer sabía que él tenía esa autoridad sobre ella. Lo cual, a decir verdad, le hacía sentir inquieto. ¿Acaso la joven era demasiado orgullosa, o se sentía irritada y todavía bajo los efectos de la terrible experiencia que habían vivido como para que pudiera importarle algo lo que fuese de ella?

Por otra parte, Rainer no podía por menos de respirar tranquilo ahora que abandonaba la isla, y tenía libertad para ir al norte, lejos del calor y del polvo, para ser otra vez un soldado en activo, pero Penélope no gozaría de la misma libertad para regresar a Inglaterra y ver a su familia de nuevo. ¿Cuál *era* su familia? ¿Quién era esa gente que había forjado como una lanza la férrea voluntad de aquella guerrera? Tenía curiosidad por conocer más de ella antes de liberarla.

Penélope no tenía otra cosa que el lamentable atuendo que Rainer le había conseguido rebuscando aquí y allá entre las pertenencias de la tripulación. Tenía un aspecto estupendo en pantalón, aunque quizá era por el primer recuerdo que Rainer tenía de ella: paseando entre las hileras de heridos en la playa de Gálatas, con aquella

expresión de lúgubre entereza dibujada en el rostro. Tenía que remendar su uniforme. Su cabello empapado de aceite estaba recogido en una trenza, y su tez se había ajado de tanto guiñar los párpados al sol y al viento. Y, con todo, su aspecto no había sido nunca tan imponente, a ojos de Rainer, como ahora. Cuánto deseaba poder vestirla con ropas de seda, colocarle un prendido de orquídeas en el hombro, y llevarla a un restaurante elegante donde aquellas enjutas mejillas pudieran adquirir volumen y color. Se sonrojó al pensar en tan ridícula fantasía.

El barco se estremeció de pronto y lanzó a Rainer contra la balaustrada, y a punto estuvo de arrojarlo por la borda a las turbias aguas que ondulaban contra el casco. Rainer se puso en pie apresuradamente, tratando de recuperar cierta dignidad, y vio que Penélope lo había visto todo, y por un segundo sus ojos se encontraron, y las comisuras de los labios de la joven se combaron en un gesto de contenida hilaridad. Fue en aquel breve relajamiento, similar a lo que uno siente al ver el sol cuando irrumpe entre las nubes, cuando se dio cuenta Rainer de que se había perdido para siempre.

Los supervivientes del *Tanais* abandonaron el barco con proverbial esfuerzo, alineándose en primer lugar para dar su nombre a las autoridades, su número y su correspondiente destino. Evidentemente, no había prisioneros.

Cuando llegó el turno de Penélope, Rainer dio un paso para adelantarse a ella:

—No encontrarán su nombre en la lista. Fue una incorporación de última hora, reclutada bajo las órdenes de la Cruz Roja, de modo que no se trata oficialmente de un pasajero. Y por cierto, quisiera elogiar a la enfermera Georgiou por su valentía. Sin su rápida intervención, algunos de estos supervivientes no habrían podido llegar aquí. Los ha atendido y cuidado por más que al hacerlo pusiera en riesgo su propia vida. Dada su pertenencia a la Cruz Roja, debe ser enviada de regreso a un hospital lo antes posible.

—¿Y usted es? —El oficial levantó la mirada.

—Soy el mayor Brecht. Primera División Paracaidista, pero fui destinado a trabajar para los servicios de información e inteligencia en Chania. Me dirijo al frente, tras dos semanas de permiso. —Saludó, haciendo chocar los talones, aunque se hallaba descalzo.

—*Kyria*, ¿es correcta esa información?

—Por lo visto, el mayor conoce mi vida mejor que yo —dijo Penny, mirando a Brecht de hito en hito, visiblemente sorprendida—. Pero puedo contar mi propia historia, muchas gracias. Quiero informar de que cientos de prisioneros fueron encerrados en la bodega del barco, y que no pudieron salir de allí cuando fuimos alcanzados por los torpedos. Los altos mandos deben ser informados de que...

—Sí, sí, dejemos eso para ulteriores investigaciones. Doy por sentado que no lleva ninguna identificación encima, ¿me equivoco? Debe registrarse de inmediato. ¡Siguiente!

Penélope se hizo a un lado, sin saber adónde debía ir, pero se detuvo unos



instantes:

—No crea que no le agradezco que me ayudase a mantenerme a flote y que no me doy cuenta de que subirme a cubierta cuando lo hizo fue lo que me salvó la vida, mayor. Pero a partir de ahora puedo valerme por mí misma.

—¿De veras lo cree? No tiene documentos que acrediten su identidad, no tiene dinero, ni ropa, ni siquiera un par de zapatos. Por favor, déjeme ayudarla. Después de todo, usted ya lo hizo por mí una vez —dijo, en un vacilante inglés.

—Hice lo que debía, ni más ni menos —replicó ella.

—Entonces permita que le compre algo de comer. Sospecho que no ha comido nada en varios días.

—¿Y de quién es la culpa?

—No soy yo el responsable de las decisiones de mis superiores, y que estas la llevasen a aquel camión o a su posterior arresto. No todos somos unos animales.

—Usted estaba allí y no hizo nada. Permitted que ocurriese. Yo le vi.

—Pero ahora no voy a cruzarme de brazos y permitir que pase hambre o trabaje hasta la extenuación en algún campo de concentración. Eso, al menos, puedo evitarlo. No sea tan orgullosa de negar mi ayuda. Se la ofrezco con toda humildad.

—Sé lo que esperan los oficiales de las chicas que no tienen ni para comer. Me he encontrado con muchos de ellos —dijo Penny, pero el mayor no estaba dispuesto a dar un paso atrás. Era una lucha de voluntades contrapuestas.

—¿Por qué me lanza todo eso a la cara?

—Por todo lo que lleva puesto y por lo que he visto que los hombres han hecho en su nombre —espetó Penny, mirando aquel andrajosos uniforme con desprecio.

—De modo que si llevara puesto mi atuendo civil, me trataría mejor...

—No lo sé —respondió Penny tras un breve silencio, sin mirarle. Rainer advertía la vacilación de Penny, que casi estaba desfallecida a causa de la fatiga y el hambre. Intentó sacar provecho de aquello.

—Bien, entonces iremos a la ciudad y compraré un vestido para usted y una camisa para mí. A caballo con regalo no le mires el dentado...

El sol iluminó el rostro de Penny, y sonrió:

—Se dice: «A caballo regalado no le mires el dentado». ¿De veras soy libre para irme? —preguntó, y sus ojos oscuros ardieron en los de Rainer.

—A todos los efectos, usted es una enfermera griega de la Cruz Roja procedente de Atenas. Es lo único que necesitamos saber, pero debe conseguir sus papeles.

Penny sacudió las manos en el aire:

—Papeles, papeles, ¿por qué no podemos vivir sin todos esos malditos papeles y números?

—Me temo que es la burocracia: una palabra griega, por cierto.

—Prefiero «democracia». —Contraatacó Penny, y ambos se alejaron esforzadamente por entre los escombros de la avenida, intentando no dejarse llevar por el dolor. Rainer sintió como un resorte en su pierna por primera vez en años.

## SOUDA,

2001

Una vez concluido el homenaje a los caídos, Rainer encontró el restaurante especializado en pescados en las inmediaciones del puerto de Souda que le había recomendado el recepcionista del hotel. Los veteranos de guerra y sus familiares ya casi lo habían llenado por completo, pero consiguieron encontrarle una mesa a la vera del camino. La selección que ofrecía el ventanal de la cocina abría el apetito de cualquiera. Aguardó un rato, bebiendo su Mythos, contento por haber conseguido aquel sitio. Su vieja herida empezaba a dolerle otra vez.

La viuda inglesa le había hecho recordar a Penélope. ¿Por qué todos sus recuerdos de la isla se veían siempre teñidos por la presencia de aquella enfermera? ¿Todavía estaba enamorado de ella, después de tantos años, y quería imaginar aún que él había significado algo en su vida? ¿Le había utilizado, le había seguido la corriente, le había traicionado? Y, con todo...

Rainer era ahora un anciano, y hacía mucho tiempo que no se sentía arrastrado por el sentimentalismo romántico. Solo la música de Bach, de Mozart, de Chopin o de Schubert, lograba algo semejante a acariciarle el alma. Vivía una vida interior sumamente tranquila, alimentada casi de manera exclusiva por la lectura y la pesca. Los días de perseguir mujeres hacía mucho que habían tocado a su fin. Fue al morir su esposa, Marianne, cuando Rainer aprendió a vivir solo, a cocinar por sí mismo y no ser una carga para sus hijos.

Sus dos nietos se habían encargado de que volviese a surgir de su interior aquel espíritu juvenil que creía perdido, y no era sin un prurito de orgullo que los veía jugar al tenis o al fútbol. Le alegraba verlos crecer rodeados de tantas libertades, libertades de las que él había carecido por completo.

Al menos, no cargaban sobre sus hombros el complejo de culpa que había advertido en sus hijos por todo cuanto había hecho su generación. Jamás compartió con ellos sus experiencias bélicas porque ellos, a su vez, nunca le preguntaron al respecto. Tenía muchas ganas de ver de nuevo a Joachim e Irmelie. Debía llevarles algún regalo, recordó de repente, ahora que sus pensamientos habían regresado a su hogar por un momento: quizá aquello era una buena señal. No tardaría en llegar la hora de volver a Atenas, pero antes tenía que rendir su propio homenaje. Llevaba algo en su maleta que debía devolver a sus respectivos dueños, aunque no estaba del

todo seguro de cuál iba a ser su lugar de descanso. Lo había conservado durante demasiado tiempo. Era hora de dejar atrás el pasado y encontrar también él el descanso que buscaba.

Pasé toda la noche sin dormir, escuchando al búho ulular entre los olivos, a los perros que ladraban en el pueblo, y ya no me costó nada aguardar el canto del gallo. Mi mente no dejaba de pensar que había alguien, alguien todavía vivo, que recordaba a Bruce.

Traté de recordar los nombres de todos los amigos cretenses que nos habían dado refugio. Ike y Nikos, Tassi y Stella; el marido de Yolanda, Andreas... mas por mi vida que no era capaz de recordar su apellido. ¿Se habría vuelto a casar, tal vez tendría hijos? ¿Por dónde debía empezar, cuando me faltaba tan poco tiempo para volver a casa?

Aquel ramillete era obra de una mujer. ¿Habría encontrado Bruce en las montañas alguna mujer que lo confortase? No hubiera sido el primero en adoptar las costumbres autóctonas. Había tantas cosas que ignoraba, pero no me iba a marchar de Chania hasta que averiguase quién había dejado las flores sobre aquella tumba. Estaba segura de que aún quedaría alguien vivo que conociera la verdad.

En cuanto rompió el alba, me dediqué a hacer varias listas en mi cabeza con las cosas que debía llevar a cabo. La isla estaba repleta de veteranos, de evadidos, de fugitivos. ¿Por qué no hablar con ellos antes de que se marchasen? Necesitaba saber primeramente dónde se alojaban, pero, para eso, sin duda, estaba Mack. En la isla tendría que haber más de una asociación de veteranos donde encontrar la ayuda que precisaba para avanzar en mi búsqueda. Esperaba que Lois me ayudase en la tarea, aunque fuera simplemente conduciendo al día siguiente para mí.

Más que todo eso, sentía la vergüenza de haber descuidado el recuerdo de Bruce. Quería agradecerle a quienquiera que fuese que mantuviese viva su memoria; mucho más, al menos, de lo que yo lo había hecho. Quizá era hora de dejar allí el legado de su nombre: una beca escolar, por ejemplo. No cesaba de preguntarme por qué había dejado aquello para tan tarde. Era tarde, sí, pero esperaba que aún no lo fuera demasiado.

Lois me llevó hasta el pueblo vacacional de Platanias, próximo a la playa en la que se había erigido el hospital de campaña y había tenido lugar la batalla por la playa de Gálatas. Los olivares habían cedido terreno al mar; villas y hoteles parecían multiplicarse por todas partes, aprovechando las maravillosas vistas que ofrecía la bahía. Muchos de los veteranos ya debían de haberse marchado, de modo que la posibilidad de entablar contacto con alguien que hubiera conocido a Bruce era cada vez más remota.

Durante el desayuno, traté de explicarle a Lois lo que había ocurrido, y lo mucho que necesitaba averiguar algo más acerca de la persona que había dejado allí esas

flores. Tal y como imaginaba, el grupo de veteranos ya había abandonado el hotel, aunque no para ir al aeropuerto, sino para hacer una excursión de un día al lago Kournas, y no regresarían hasta bien entrada la tarde.

A Victoria, la recepcionista, le preocupaba que mi visita resultara infructuosa. Le había hablado un poco acerca de mis propósitos y de la urgencia que sentía por llevarlos a cabo. La joven sonrió, aportándome su granito de arena:

—Si su amigo estaba en la resistencia, podría contactar con la Asociación de la Resistencia de Creta. Seguro que allí le contarán muchas cosas. Mi abuelo fue un partisano: si lo desea, puedo contactar con él.

Me preguntó el nombre de la persona sobre la que quería hablar.

—Bruce Jardine —repliqué—. Pero me figuro que lo conocerán únicamente por el nombre de Panayotis, que era su apodo.

—No me será difícil acordarme, ese es el nombre de mi novio —dijo con una amplia sonrisa, apuntando los detalles de contacto y prometiéndome que me llamaría en caso de conseguir alguna información de utilidad.

Lois condujo el coche de vuelta a la villa. Mi aspecto probablemente no desmerecía de la terrible fatiga que empezaba a sentir.

—A dormir —ordenó Lois—. Necesitas descansar.

No me quedaban fuerzas para protestar cuando por fin llegamos a la villa.

Alex estaba emocionado con aquella última misión:

—¿Vamos a buscar al novio de la tía Pen?

Lois hizo un gesto para que saliese de la piscina.

—Bruce fue siempre el hombre de tu vida —dijo Lois—. Yo pensaba que Adam lo era de la mía, pero las cosas cambian.

—Vaya que sí —suspiré—. Al menos tú pudiste vivir con él, averiguar cómo era en realidad. Yo nunca tuve esa suerte. Nuestra aventura ni siquiera llegó a abordar el predio de la carne. Su razón de ser parecía radicar en el peligro y nuestras continuas separaciones, pero en realidad nosotros nunca... —Me detuve, sonrojada de pronto—. Lo cierto es que nunca supe qué pensaba de mí.

—¿Pero nunca pudiste volver a mirar a otro hombre? A menudo nos hemos preguntado...

Fue ahora Lois quien vacilaba.

—Oh, no llegaría a tanto. Las cosas eran muy difíciles, pero tuve mis momentos.

—Cuéntame más —rogó Lois.

—¡Ni por asomo! Bruce fue mi primer amor y ya conoces el dicho, el primer amor es el que deja la huella más profunda. No tenía ni idea de que estaba enterrado aquí. ¿No es terrible? En cuanto supe de su muerte, traté de sacar todo ese dolor de mi vida. Ahora me siento avergonzada. Ver a todas esas viudas y a esos huérfanos, leer lo que ayer escribieron en las cruces... En cambio, yo me mantuve terriblemente fría y distante. Como mi madre hizo cuando murió mi padre.

—Pero seguiste haciendo tu trabajo, y fue una labor encomiable consagrar tu vida

al cuidado de otros. Tus años de enseñanza en África, por ejemplo... Deberías sentirte orgullosa.

Me recliné en mi silla, incómoda ante tantos cumplidos que sin duda no merecía.

—No creas que no hubiera cambiado todo eso por tener una familia, unos hijos, una casa propia...

—Pero tienes una familia, e hijos y nietos: nosotros somos tu familia. Eres lo más parecido que tenemos a una abuela, pero nunca pensamos que nuestros padres y abuelos hayan tenido amantes y sueños y decepciones como los que tenemos nosotros.

Alargué el brazo para acariciar la mano de Lois:

—Has pasado dos años muy difíciles. ¿Empiezas a salir ya de ese oscuro túnel?

Lois se sonrojó:

—De hecho, Mack me ha preguntado si me gustaría volver más tarde, antes de que termine la temporada, para disfrutar de un pequeño receso. Su idea es regresar después a Inglaterra. Planea escribir un libro de viajes: *Creta en coche, bici o a pie* —sonrió—. Tengo que reconocer que estas vacaciones han salido mucho mejor de lo que esperaba.

—Me gusta Mack. Me parece auténtico. Haces bien en aprovechar todos los momentos que aparecen así, como de la nada. Me encantaría volver a verte bien... con alguien a tu lado.

—Oh, todavía no es el momento. No quiero involucrar a Alex.

—Vamos, Lois, él tiene su propia vida. Su colegio. En un suspiro estará en la universidad. Haz lo que te dicte el corazón, Lois. No te encierres en ti misma, como yo hice.

—Lo intentaré. Me ayuda mucho hablar de todo esto, pero en parte es como si todo empezase otra vez de nuevo... —Guardó silencio para tomar aliento—. Sé que no me lo estás contando todo, pero confío en que el regreso te haya servido de algo.

—Me habrá servido de mucho, cuando encuentre lo que estoy buscando. Es como si estuviese ahí, al alcance de mi mano, a la vuelta de la esquina, muy cerca, muy cerca, esperándome a *mí*. ¡Oh, pero qué romántica me estoy poniendo! Todo cuanto hemos hecho aquí me ha preparado para este momento. Mi emoción crece por minutos, y a mi edad es bueno tener planes para el futuro.

Y no mentía. Podía sentir en mi interior el burbujeo de la esperanza. Podía ser que lo tuviera todo en contra para dar con alguien que probablemente deseaba todo lo contrario, pero la isla no era muy grande, y la gente hablaba, y recordaba. Pensaba emprender un nuevo peregrinaje al día siguiente: era algo que había estado temiendo desde el principio pero que debía llevarlo a cabo, aunque en este caso se trataría de una visita privada. Ahora que había encontrado el lugar de descanso de Bruce, debía encontrar el de Yolanda.

A media mañana, la puerta de la sinagoga de Etz Hayyim estaba abierta de par en par. El estrépito diario de la calle Kondilaki no había dado comienzo todavía, pero ya arreciaba el calor, y suspiré aliviada al llegar al patio cercado, con sus palmeras y su pérgola, que entretejían una piadosa sombra bajo la que podía sentarme un rato a descansar.

A decir verdad, nunca antes había estado en una sinagoga. Ya no frecuento las iglesias, pero desde el momento en que me adentré en aquel oasis de verdor y calma sentí una quietud y una paz como solo podía sentirse allí, entre aquellas paredes de adoración rescatadas de los escombros y la ruina, regresadas a la vida que fluía en la comunidad de Chania.

Sentí repentinamente un vínculo con aquellos días del pasado lejano en que las casas de los alrededores tremolaban con el ruido y el bullicio, con los preparativos para el sabbat, mientras por todas partes flotaba el olor del pan en el horno. Recordaba mi cena con la familia Markos y sus parientes cercanos, sintiendo a mi lado la tensión que embargaba a la pobre Yolanda, cuando todos aguardaban que se casase en la fe de sus ancestros y ella estaba loca de amor por Andreas, y recordé también su boda en las montañas, y la última visita que hice a su familia. Todo lo que parecía enterrado comenzó a fluir con fuerza en mi mente.

Demasiado bien conocía su destino. Yo estuve allí, los vi ahogarse, encerrados en la bodega de un barco. No olvidaré lo que vi por mucho que viva. Me ofrecí como testigo de los hechos a un oficial de la Cruz Roja pero jamás oí mencionar ni algo remotamente parecido a una investigación. Si la hubo, nunca me llamaron. Mi nombre no estaba en ninguna lista: en lo que al mundo le concernía, yo nunca estuve allí.

Me asaltó una terrible sensación de amargura.

Un joven salió de su oficina para recibirme:

—*Shalom*, siéntase libre para visitar nuestra casa.

Sentía una curiosa reluctancia a entrar en el lugar, así que me limité a pasear por el vestíbulo para constatar que aquello no era más que una sencilla casa de oración. Aquel joven, americano para más señas, me sirvió de guía a través de la historia, y no cesó de hablarme de la iglesia veneciana que los turcos habían entregado a los judíos durante la ocupación. Decidí sentarme.

—Lo único que quiero es recordar a los amigos que antes vivían aquí...

—¿Quiere decir que conocía a alguien de antes de la guerra? Por favor, pase cuando lo considere adecuado, le prepararé un café. Nos gustaría saber todo lo posible de esa época. Queda tan poca gente ya, y por supuesto nadie se decidió a regresar. ¿Quién era su amigo?

—Amiga. Trabajamos juntas en Atenas como enfermeras, y también aquí durante un tiempo. Era mi amiga más querida. —Era difícil hablar de ella sin llorar, y por lo

general no suelo venirme abajo delante de un desconocido—. He venido a ofrecer mis respetos a su familia.

—Tenemos una lista de aquellos que fueron tomados como prisioneros esa terrible noche, y también de algunos más —dijo, pero no estaba segura de que pudiera enfrentarme a la enormidad de una lista tan larga. Sin embargo, sabía que esa era mi obligación hacia aquella comunidad ya perdida: enfrentarme a la realidad de quiénes fueron, y dónde terminaron.

—El rabino se vio obligado a registrar los nombres de todos los judíos que residían aquí: sus lugares de nacimiento, edad, ocupación, parientes cercanos...

Mi guía sacó un libro en cuyo interior solo había páginas y más páginas de nombres escritos.

Los miré uno por uno, maravillándome de aquella minucia, poniendo incluso rostros a algunos de ellos: Alegria, Sultana, Iosif, Miriam... Mis manos temblaban, y mi dedo se estremeció todavía más al llegar a los nombres que más temía. Fue entonces cuando reparé en que el nombre de Yolanda estaba separado de los otros.

—¿Por qué no la han apuntado con su familia? —pregunté.

—Porque no estaba allí la noche que tuvo lugar la redada —replicó—. Se casó con un cristiano y su familia la ocultó. Los nazis nunca la encontraron.

No escuché el resto, pues un maravilloso pensamiento había anegado mi mente. Yolanda no acabó en aquel barco... Yolanda *vivía*.

—Sí, pero aguarde —exclamó cuando yo ya hacía ademán de marcharme—. Su nombre, señora, nos sería de gran ayuda.

Corrí cuanto pude por el pequeño callejón y desemboqué en la ajetreada avenida principal. Yolanda había sobrevivido. ¿Estaría, pues, en aquella isla, después de tanto tiempo?



## JUNIO, 1944

Yolanda despertó una vez más, pero en esta ocasión lo hacía de nuevo en el colchón que había en el sótano del hospital. Aquel sueño había sido tan real... Todas esas siluetas que saqueaban las casas, llevándose consigo ollas vacías, y sillas, en sus baqueteados carritos, gritando y riéndose y revolviendo todo cuanto ya había sido revuelto. El dolor que atormentaba su espalda se había vuelto verdaderamente agónico. Oyó el traqueteo de las ruedas de un carro y sintió la caricia de un extraño que le sostenía la mano. Era una pesadilla que no quería recordar, pero en ese momento sintió las enaguas de algodón de un camisón de hospital, el colchón sostenido sobre varios libros para que pudiera mantener los pies en alto, y sintió en su interior una dolorosa sensación de vacío. Tenía la lengua áspera y su almohada olía a éter. Solo entonces, al recuperar por completo la consciencia, se dio cuenta de que la pesadilla era real.

Lentamente, Yolanda se llevó las manos al estómago, y lo palpó en busca de alguna señal de vida. No había nada salvo un terrible entumecimiento, una suerte de oquedad que parecía extenderse también entre sus piernas.

—Tumbate, Yolanda, descansa —le dijo una voz, y vio al viejo doctor Frankakis, que la contemplaba piadosamente—. Salió por sí solo. Teníamos que detener la infección. Lo siento.

—Mi bebé, ¿dónde está mi bebé? —murmuró, sin esperanzas.

—Era demasiado pequeño, no podía sobrevivir. Nació demasiado pronto. La horrible impresión que sufriste fue lo que provocó el aborto.

Yolanda volvió el rostro para no mirarle:

—Pensaba que se trataba de un sueño... ¿Cómo he llegado hasta aquí? Estaba buscando a mi...

—Lo sabemos, y tienes suerte de que no hayas sido denunciada. Gracias a Dios, todavía queda gente decente que no duda en proteger a sus vecinos. Te ocultaron hasta la noche y te trajeron aquí en un carro. Te salvaron la vida.

Yolanda trató de incorporarse:

—Debo encontrar a mis padres.

—Han desaparecido, junto con los partisanos a los que capturaron. Hemos oído que han sido trasladados a Heraklion, en barco. Has perdido mucha sangre y no nos queda de tu tipo, de modo que es mejor que descanses y recuperes fuerzas.

—¿Hay noticias de Andreas?

Frankakis sacudió la cabeza:

—Por desgracia, no, pero, como dicen, la falta de noticias son buenas noticias. Las malas viajan más rápido que el viento. Ahora descansa. Ese es el mejor remedio.

¿Cómo iba a descansar cuando había perdido todo cuanto amaba? Andreas, el bebé, sus padres, su herencia... ¿Qué sentido tenía seguir viviendo cuando ya no quedaba ningún futuro?

Sintió el hormigueo de la leche materna goteando por la venda que cubría su pecho. Le estaban quitando la comida del bebé, evitaban su flujo para calmar su dolor, pero nada le arrancarían el que sentía muy dentro del corazón. ¿Cómo reponerse tras aquel horrible mazazo?

Incluso mientras lloraba, sentía que el ardor de su rabia la devolvía a la vida: «Pagaréis por esto, todos, todos pagaréis por lo que he perdido. Me vengaré, aunque la sed de venganza me consuma lo que me quede de vida. Obtendré justicia y os desafiaré a todos simplemente así: viviendo. Pongo por testigo hasta lo más sagrado. Alguien tendrá que pagar».

Era el deseo de vengarse lo que la hacía comer, aunque no podía saborear nada, ni sentía el menor apetito; fue eso lo que hizo que recuperase la fuerza en las piernas y los brazos; lo que le hacía retorcerse y gruñir mientras llevaba a cabo las sencillas tareas que empezaban a encomendarle en el hospital, hasta que por fin se sintió con fuerzas para regresar a la granja en el viejo autobús. Le había costado casi dos meses recuperarse, y ahora, en la canícula de agosto, vio como por primera vez aquel paisaje de colores ocres, agostado y reseco.

Entonces, mientras se aproximaba al camino, vio un ejército de partisanos acampado alrededor de la granja, entre los olivares: hombres vestidos de uniforme, sentados alrededor de una hoguera circundada de piedras. Se preguntó qué estarían haciendo allí. ¿Sería posible que...? Reparó de pronto en que ante la puerta de la granja se hallaba su *kapetan*, Andreas. ¡Andreas! Hablaba con una mujer, pero al ver que Yolanda corría hacia él, dio un paso atrás y se persignó como si acabara de tropezar con un fantasma.

—¡Andreas! —gritó—. ¡Soy yo! ¡Oh, estás vivo!

—Me dijeron que te habían arrestado, que te detuvieron en la redada. ¿Por qué te fuiste a Chania? Nadie nos dijo que siguieras con vida... —Parecía realmente consternado por su llegada—. Mira lo que hicieron con el lugar cuando vinieron a buscarte... lo han saqueado.

—Pero ya estoy aquí. —Se lanzó a sus brazos, llorando con auténtica furia—. ¿Por qué no has venido a buscarme?

Andreas la hizo entrar en casa, avergonzado de que pudiera hacerle una escena.

—Ven, aléjate del sol. Me dijeron que habías ido a ver a tus padres y que te cogieron con ellos. Estabas en la lista y vinieron aquí primero a buscarte, e hicieron esto... —Señaló hacia el cobertizo quemado, los muebles rotos, los cuadros destruidos y apilados en el exterior de la granja. Le hizo ver que el aire olía a animales quemados. Para Yolanda, eran demasiadas cosas.

—¿Qué lista? ¿Quién te dijo eso?

—Stavros. Escapó de prisión. Vio a los judíos de la prisión de Agia y había allí

una enfermera de la Cruz Roja. Pensé que solo podías ser tú. Cogieron a Manolis y a Taki. Y si no fui es porque pensaba que estabas muerta.

—Yo fui a buscarte a las cuevas para alertarte sobre Stavros. Le vi hacer señales al enemigo en el sendero la mañana en que casi os atraparon. Les vi tomar prisioneros y al principio pensé que tú eras uno de ellos.

—Tonterías, Stavros estaba haciendo señales al otro grupo para que esperasen en la retaguardia, los que estaban al otro lado. Nos dio la impresión de que venían a por nosotros —replicó—. ¿Por qué siempre le echas la culpa?

—No confío en él. No es uno de los vuestros —espetó Yolanda.

—Eres tú la que no eres de los nuestros. —Rebatió Andreas, mirándola como si fuera una extraña—. También tú eres de la península.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puedes siquiera decir algo así cuando sabes que mis padres y toda mi familia han desaparecido? ¿Es que no te alegras de verme?

Sintió que la embargaba el pánico. Aquel no era Andreas, su marido.

—Lo siento, pero hemos recibido órdenes muy importantes. Las fuerzas aliadas están liberando Europa de norte a sur. Estamos esperando que tenga lugar una invasión desde Egipto. Nos hemos reagrupado para hacer que el enemigo delate su posición en cada distrito, gracias principalmente a que estamos recibiendo provisiones de manera continuada.

—Panayotis murió. Yo estaba allí —dijo Yolanda, esperando que Andreas la confortase.

—Sí, y otros valientes *palliakaris* como él. No debemos seguir apoyándonos en los ingleses. Tenemos nuestro propio ejército, otros aliados... Venga, dejemos ya la charla. Anna te preparará algo de comer.

Una chica de cabello negro, vestida con el uniforme del ejército, salió de entre las sombras. Lo había escuchado todo.

—Esta es Anna, nos acompaña en todas las misiones. Es capaz de descodificar los mensajes del enemigo más rápido que nadie que conozca.

Sonrió de oreja a oreja a la joven y Yolanda se sintió enferma.

—Debo decirte algo más —susurró.

El marido de Yolanda se mostraba más y más impaciente:

—¿Y bien?

—En privado, por favor —rogó.

Anna tuvo la decencia de salir de la casa.

—He perdido el bebé que esperábamos. Dicen que fue por el trauma de ver a todos esos saqueadores, y encima pensando que estabas muerto...

—Sí, me daba la impresión de que había algo diferente en ti. Estás tan delgada, tan pálida... Lo siento, claro, pero creo que es lo mejor que podía suceder. No es el momento de traer un hijo al mundo... mejor dicho, a un campo de batalla. Y menos cuando hay tantas cosas todavía en el aire.

Yolanda se sentía demasiado sorprendida con aquellas palabras como para

responder. ¿Qué les estaba pasando a todos? ¿Quién era aquel hombre que la veía a ella y al bebé como distracciones? ¿Qué había sucedido con el tierno y cálido doctor, dónde había ido? En aquel lugar era un extraño, un guerrero endurecido por la batalla, armado hasta los dientes, lleno de planes que, sin embargo, no la incluían a ella. Estaba demasiado ocupado ejerciendo de héroe como para pararse a pensar qué suerte había corrido su esposa.

¿Por qué había sido Stavros quien dio la noticia? ¿Qué sabía él sobre las listas de los judíos? ¿Por qué había dicho que la había visto si ni siquiera estaba allí? ¿Por qué él, precisamente él, había conseguido escapar de la prisión? De improviso, a Yolanda la inundó una abrumadora sensación de pánico. Su hogar se había convertido en un campamento militar, la granja estaba casi en ruinas, no había nadie que cuidase las tierras, y los padres de Andreas ya no estaban allí para encargarse de la tarea. Y para colmo había una atractiva joven rondando al líder. ¿Acaso Anna había ocupado su lugar, tan pronto?

En los últimos meses, el mundo en el que vivía Yolanda se había convertido en polvo, y ella misma había quedado suspendida en un extraño espacio vacío, una presencia que fluctuaba entre los vivos y los muertos, sin un lugar que pudiera considerar propio. Miró la ruina que le rodeaba.

No, aquello no era estrictamente cierto. Aquella era su casa. Si ahora era un sobrante en la vida de Andreas, al menos sabía que la necesitaban en la granja. En cuanto su marido se marchase con el grupo que lideraba se quedaría sola, y la tierra que en el pasado les había dado su sustento volvería a crecer y multiplicarse. Eso no iba a suceder.

El ganado campaba en libertad: debía recogerlo, contar las cabezas y llevarlo de vuelta a la granja. La leche de las vacas permitiría hacer quesos, que a su vez se venderían bien en el mercado. La tierra necesitaba de Yolanda, cuya dureza había sido más que puesta a prueba. Era lo único que le quedaba, y no iba a arredrarle la extenuante labor que tenía por delante: volver a ver el lugar tan próspero como antes.

Había algo honroso en aquella tarea: las fatigas que sin duda conllevaría le impedirían solazarse en el dolor, y evitaría que los recuerdos de una época mucho más feliz acudieran a atormentarla.

## JUNIO, 2001

—**E**stá viva, Lois. Yolanda sobrevivió. ¿Puedes creerlo? Tenemos que encontrarla.

—Apenas podía contenerme. No me daba cuenta de que Alex y Lois disfrutaban tranquilamente del sol en el Limani Ouzeria que había junto al puerto cuando llegué a toda prisa hasta ellos, y que esperaban beber sin pensar en nada más que en su zumo de naranja recién exprimido.

—Cálmate, tía Pen, te va a dar un ataque, siéntate. Tómate algo frío y dinos qué ha pasado.

Lois se volvió hacia el camarero y pidió otro zumo.

Les conté apresuradamente mi visita a Etz Hayyim, lo del libro de los nombres y mi descubrimiento de que Yolanda no estaba allí, o mejor dicho, sí estaba, pero entre los supervivientes.

—Pensaba que estaba muerta y resulta que sobrevivió... No me lo puedo creer. Tenemos que encontrarla.

—A ver, ¿qué fue exactamente lo que te dijo el guía? —Lois se inclinó hacia mí. Debía reconocer que mi mente se había quedado en blanco.

—La verdad es que me fui. Oh, qué grosera. Ni siquiera le pregunté su nombre.

—Mírame, Pen. ¿Te dijo que Yolanda seguía aquí o si...? —Lois guardó silencio un momento—. ¿... O si seguía con vida?

—Oh, no, nada de eso, ni siquiera pregunté.

Me levanté para marcharme, pero con un suave tirón la mano de Lois me volvió a sentar.

—Espera, cálmate un poco. No hay ninguna prisa. Hagamos esto de una manera más sistemática. ¿Cuál era su nombre de casada?

—Empezaba por A, creo. No, su marido era Andreas, Andreas algo... Pero tenía un apodo durante la guerra, Cíclope. Todos esos apellidos siempre terminaban en «akis».

—¿Cuántos partisanos con un solo ojo que además eran médicos de la Cruz Roja puede haber en Creta? —Lois rio—. La recepcionista del hotel, Victoria, nos dijo que podría ponernos en contacto con los veteranos de la resistencia que conoce. Iremos juntas a la sinagoga. Es muy probable que allí conozcan la respuesta, pero no nos precipitemos. Ha pasado mucho tiempo y entre medias ha habido una guerra civil, terremotos y una dictadura. Por favor, no vayas a hacerte demasiadas ilusiones...

Lois tenía razón, pero yo no estaba preparada para aceptar esa realidad:

—Ya, ¿y esas flores que había en la tumba? Seguro que son cosa suya. Ahora tiene sentido...

Mi cabeza iba tan rápido que apenas podía respirar.

Rainer Brecht estaba sentado frente al puerto, disfrutando de sus últimos días de vacaciones. Los homenajes por la batalla de Creta habían tocado a su fin. Se había celebrado una reunión de veteranos alemanes, a la que acudió por mera educación: muchas palmaditas en la espalda, la inevitable conversación sobre antiguos camaradas, una ceremonia en Maleme, bastante pobre, todo fuera dicho de paso, pero pese a todo no menos conmovedora. Le sorprendió ver lo viejos que estaban todos, y pronto Rainer se cansó de los interminables brindis y las canciones de guerra. Ninguno podía cantar *Rojo brilla el sol* sin que las lágrimas asomasen a los ojos, por todos aquellos para los que ya no había «un camino de vuelta».

No tardaría Rainer en tomar su avión de regreso a Atenas: allí pasaría la noche en el hotel Grande Bretagne, en honor a los viejos tiempos. Paseó por el estrecho callejón del Cuero y compró unos cinturones de tachuelas para los chicos, una cartera para reemplazar la que tenía, bastante desgastada, y un buen par de guantes de piel para su nieta Irmelie.

En su bolsa de viaje llevaba el paquete que con tanto cuidado había guardado en la maleta. La primera parada la hizo en el museo de Arte Bizantino, en la antigua calle donde nació El Greco, pero estaba cerrado, de modo que se desvió hacia la vieja iglesia del monasterio de la calle Halidon, que ahora albergaba el museo Arqueológico.

La visión de aquel edificio le hizo recordar la terrible noche en que los oficiales y los soldados saquearon los objetos y los textos sagrados de la sinagoga, y formaron una gran hoguera con libros y manuscritos antiguos, en una auténtica orgía de destrucción.

Rainer no había participado en la quema de toda aquella erudición, aquel inmenso conocimiento del pasado, asqueado por la ignorancia de unos individuos que nada sabían de lo que suponía una vida entera entregada al estudio de la verdad. Había visto a la enfermera de la cueva mirándole con aquel absoluto desprecio, como si sus ojos le escarbasen en el alma, despojándole del más mínimo atisbo de honra que hubiera querido sentir en lo sucedido aquella noche. Rainer había alcanzado así las más abyectas profundidades de su propia vergüenza, había visto cara a cara lo peor de las aberraciones cometidas por su ejército, y supo entonces que debía abandonar la isla.

La sensación de frescura que albergaba el viejo edificio suponía un verdadero alivio, frente al calor que se respiraba en plena calle. Se sentó en un banco y acarició con un dedo el icono de santa Katerina, que tiempo atrás fue también víctima de los saqueos, y que no parecía haber traído otra cosa que el infortunio a su familia, en primer lugar a su hermana, que había vivido una existencia penosa y contrita por culpa de los dolores y minusvalías sufridas tras aquel accidente. Recordó entonces la forma en que su madre moribunda le había reprendido por aquello:

—Le enviaste ese regalo a tu pobre hermana, pero a mí nunca me gustó. La santa... nos mira con esos ojos acusadores... Estoy segura de que tiene mucho valor, pero llévatelo, por favor... Somos buenos cristianos, tenemos nuestros propios santos. Y tengo miedo de que haya algo turbio en la historia de esta santa. Devuelve el icono a Grecia. No te lo guardes o arruinará tu vida, y no me digas cómo lo conseguiste, hijo...

Rainer siempre había sido demasiado racional como para caer en la superstición, pero no podía evitar recordar el destino sufrido por el oficial que le dio aquel icono. Y Rainer lo envió a casa de buena fe, sin saber lo preciadas que eran aquellas obras de arte votivo para las personas que las poseían, las veneraban y las pasaban a los restantes miembros de su familia de generación en generación.

Había leído numerosos libros sobre la escuela de iconos de Creta, y fue así como supo que pintar aquellas obras era un acto de devoción y adoración. El icono de santa Katerina pertenecía al hogar del que lo habían sustraído, una casa donde esa obra debía significar muchísimo. Había mirado en aquellas cisternas oscuras, aquellos ojos almendrados, y supo que debía devolver a santa Katerina a su hogar en Creta. Era ese pequeño objeto lo que le había determinado a emprender aquella peregrinación de penitencia por todos los actos de vandalismo cometidos durante su vida. Solo entonces, quizá, se vería por fin redimido de los malos recuerdos que atormentaban sus sueños.

Ahora que estaba allí, se sentía nervioso, inseguro. ¿Cómo podía explicar su turbio legado?

No había nadie en la mesa de recepción, ninguna campanilla tampoco para avisar a los responsables del lugar. Se le pasó por la cabeza dejar allí el paquete, sin más, guardado en su envoltorio, pero era demasiado fácil, demasiado anónimo. Su gesto exigía una explicación. Dio entonces con un jardín rodeado de estatuas y viejas reliquias, al otro lado del mismo patio donde él y sus soldados hicieron aquella hoguera. Allí había un pequeño retazo donde se congregaban las sombras, y pensó en sentarse allí para escribir una notita. ¿Pero qué podía decir?

*Por favor, acepten la devolución de este icono. Lo robó un soldado de las fuerzas de ocupación en 1942, pero no sé a quién. Por favor, entréguenlo a alguna iglesia para que sea nuevamente consagrado a la alabanza de la gloria de Dios y perdone a aquellos que lo separaron de su legítimo propietario.*

*Fdo: alguien que les desea lo mejor.*

Volvió sobre sus pasos hacia las vitrinas donde se conservaban las reliquias del pasado cretense y vio con alivio a una joven sentada tras la mesa, afanada en su trabajo. Se detuvo ante ella.

—¿Podría darle esto? —dijo, deslizando el paquete hacia la joven. Esta sonrió y abrió el envoltorio, pero Rainer ya había enfilado hacia la salida.

—¡Espere! —gritó la joven—. ¿De dónde ha sacado esto?

Rainer se precipitó hacia la atestada calle turística antes de que la mujer pudiera salir tras él. Aquella era la última de sus misiones. Ojalá, pensó, fuera tan sencillo borrar los recuerdos del pasado lejano...

Poco después, mientras tomaba aliento en el café del puerto, se sentía lo bastante seguro como para sonreír. Se preguntaba qué pensarían en el museo del misterioso paquete que les había dejado. Al menos, esperaba que no creyesen que se trataba de un paquete bomba. ¿Llegaría el icono a manos de su dueño, o acabaría en una iglesia consagrada a santa Katerina? Deseaba que fuera lo primero.

Era curioso lo impaciente que se sentía ahora por regresar a casa. Ya no había nada que lo atase a aquel lugar, pues acababa de dar por concluida su última tarea.

Se quedó mirando a los barcos de acristalado fondo, que recorrían el antiguo puerto cuyo muro de piedra se extendía como un brazo sobre el mar. Algunos potrillos avanzaban por la calzada, y los ociosos paseantes que disfrutaban de sus vacaciones tomaban helado bajo los toldillos que flanqueaban la avenida. «Al menos no lo destruimos todo», fue el pensamiento que cruzó la mente de Rainer. «Solo», se dijo después, «a nosotros mismos». Aquella gente era demasiado dura, y a lo largo de los siglos había combatido contra todo tipo de invasores: minoicos, romanos, turcos, venecianos...

La guarnición de Chania luchó a brazo partido hasta el amargo final, acordonando su territorio mediante un anillo de fuego y tierra chamuscada, perdido ya todo lo ganado y retirado su ejército a aquella fortaleza hasta la debacle de mayo de 1945, cuando los ingleses los trasladaron finalmente a los campos de prisioneros de guerra pero no sin que antes también ellos sufrieran el saqueo de los vencedores.

Rainer, al igual que sus hombres, temía la venganza que se tomarían los cretenses por todo cuanto les habían hecho sufrir durante la ocupación. Al final, los alemanes terminarían abandonando los campos de prisioneros para regresar un día a su devastado país, un país dividido en sectores, con familias hambrientas, hogares rotos, tribunales sumarios y ejecuciones. Habían sembrado el viento y empezaban a recoger las tempestades. Rainer percibió la amargura que había en las voces de los exsoldados que asistieron a la reunión, las excusas que daban para intentar hacer ver que en realidad habían sido mal dirigidos por sus líderes. Pero no había excusas, pues al final todo el mundo combatía por el soldado que tenía a su lado, igual que él combatía por ti.

Quizá el mundo había aprendido algo de aquello, un poco de cordura, pero siempre habría fanáticos que creerían ser los únicos poseedores de la verdad, que querrían grabar a fuego sus ideas políticas o religiosas en el alma de sus seguidores y de quienes ni siquiera creerían en ellos. A Rainer le aliviaba saber que no estaría vivo para ver el mundo arrasado y devastado bajo una nueva catástrofe.



Siguió con la mirada a la familia que había frente a su mesa, la misma familia que había visto en el *ferry* y en las celebraciones. La anciana parecía tan animosa, tan viva, que su hija tuvo que levantarse para calmarla, mientras que el chaval trataba de espantar el profundo aburrimiento que sentía jugando con su Nintendo.

Rainer no pudo por menos de preguntarse qué los había llevado allí. ¿También ellos estaban llegando al final de sus vacaciones, y regresarían a casa bronceados y relajados, con las maletas llenas de recuerdos?

«A los europeos del norte nos gusta el sol», pensó, sonriendo para sí, «pues de esa manera nos pertrechamos mejor contra los ominosos inviernos que ineludiblemente nos aguardan». Sentía curiosidad por aquella familia inglesa, y trató de escuchar lo que decían. La abuela se sentaba muy tiesa en la silla, alerta. Desvió la mirada por un instante y sus ojos se cruzaron con los de Rainer, y Rainer sonrió y ella sonrió, y luego siguió hablando con su familia.

Rainer siempre había tenido buen ojo para las mujeres hermosas, e incluso a tan avanzada edad, aquella poseía esa clase de estructura ósea que jamás parecía envejecer. Le hubiera gustado conocer la historia que se grababa en su semblante. Era uno de esos rostros que han visto y vivido demasiadas cosas. Le hubiera gustado capturar sus rasgos. Ese era uno de los pocos beneficios de haber pasado buena parte de la posguerra en un campo de prisioneros canadiense: allí había aprendido a dibujar con la destreza suficiente como para recoger la esencia de un rostro en un puñado de líneas, a la manera en que los artistas que se aposentaban en la calzada del puerto copiaban fotos o esbozaban rostros de niños por unas cuantas monedas.

«Oh, deja de fantasear», pensó. El único rostro que hubiera querido dibujar escapaba a su mano, como si no fuera digno de él, por más veces que lo había intentado desde entonces aferrándose al recuerdo de su inolvidable Penélope.

Sonrió, pensando en aquellos gloriosos días en Atenas, cuando las barreras que había entre ambos comenzaron a tambalearse lo suficiente como para que Rainer pudiera ver un atisbo de la mujer escondida tras la máscara que ella prefería ofrecer al mundo. Sería en Atenas donde más sentiría su presencia.

## JUNIO, 1944

Rainer se sintió consternado al ver la devastación que había sufrido el casco antiguo de la ciudad. Aquello era una jungla de tribus enfrentadas, facciones leales a los comunistas y nacionalistas que lo arrasaban todo a su paso como forajidos del salvaje oeste. El centro de la ciudad había quedado irreconocible, pero el resto era un amasijo de ruinas y chabolas donde los intercambios de disparos entre la policía y los partisanos habían convertido cada esquina en un lugar peligroso. Le confortaba saber que al menos para él aquel era un lugar de paso.

Fiel a su promesa, había acompañado a Penélope al barrio donde estaban todas las tiendas. La calle Hermes seguía abierta al público, y sus negocios también. Penélope compró unas sandalias, un vestido de algodón y ropa interior. Rainer se decidió por una camisa y unos pantalones. Se le antojaba extraño prescindir del uniforme, e incluso era ilegal, tratándose de un oficial: pero estaba de permiso y allí nadie le conocía, de modo que podía asumir el riesgo.

Eran cualquier cosa excepto unos compradores normales. Rainer no quería perder a Penélope de vista. Penélope no quería ser vista con él, para que a nadie se le ocurriese pensar que era su puta. Guardaba silencio, aferrada a sus viejas prendas y avergonzada por su presencia; pero, tácitamente, ambos mantenían su pacto.

Rainer se estaba jugando muchas cosas al no denunciar a Penélope. Nada se dijo acerca de la explosión ni de lo que albergaba el barco en el que viajaban. Era como si nadie quisiera conocer los detalles. A la enfermera no la registraron ni una sola vez. Seguía haciéndose pasar por griega, engañándolos a todos como le había engañado a él durante tanto tiempo, pero Rainer se daba perfecta cuenta de que todavía se encontraba bajo los efectos del trauma. ¿Estaba en condiciones de volver a su trabajo como enfermera? ¿Aceptaría la Cruz Roja su regreso? Ni siquiera parecía darse cuenta del severo cambio que había sufrido la ciudad. Era como caminar al lado de una sonámbula.

Se dirigieron al vasto espacio abierto del jardín botánico, pero los disparos que todavía surgían esporádicamente de todos los puntos de la ciudad los obligaron a regresar a la seguridad de las calles más lejanas, y allí encontraron una taberna. Rainer observaba a Penélope comer sin saborear las cosas, lanzándole miradas por encima del plato, como si no estuviera del todo segura de quién era él o por qué estaban allí.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Rainer, rompiendo así el silencio que había entre ambos.

Penélope se encogió de hombros.

—Lo que me enseñaron a hacer.

No había el menor entusiasmo en su voz.

—¿Pero qué te gustaría hacer? En cierta ocasión me comentaste que estudiaste arqueología aquí.

—¿Ah, sí? Pues se me había olvidado... pero sí que me gustaría ver otra vez la Escuela de Arqueología, si es que sigue en pie.

—Yo te llevo.

—Sé dónde está —espetó Penélope.

Tratar de llegar hasta ella era como intentar derribar una pared con una pluma. ¿Por qué se tomaba tantas molestias? Podía estar disfrutando de su permiso en clubes nocturnos, entre chicas deseosas de complacerle.

—Pero yo no lo conozco. Dicen que es uno de los monumentos más famosos de la ciudad. Hay tantas cosas que ver en Atenas...

—Ya no. Desde que tu gente vino aquí a conquistarla...

—Ahora no estamos de uniforme.

—Si tú lo dices —suspiró Penélope. Su rostro no expresó ninguna reacción.

No servía de nada, pero Rainer había resuelto no rendirse. Y no iba a dejar que vagase por las calles en el estado en que se encontraba. No duraría ni una noche.

¿Por qué sentía aquel abrumador instinto de protección hacia ella? Penélope había perdido aquel quebradizo caparazón de seguridad y ahora Rainer temía por su cordura. Aquella joven había visto muchas cosas, y sufrido demasiado. Y él había podido ver esa misma expresión en los aturdidos rostros de sus paracaidistas, en aquel lejano descenso sobre la isla. Era el rostro de la guerra.

## JUNIO, 2001

Me senté en la parte trasera del coche, esforzándome por respirar. Mi corazón latía con fuerza al pensar en lo que me esperaba. ¿Estaría Yolanda allí? ¿Acaso se acordaría de mí? ¿Y si habían salido? Traté de racionalizar todos los escenarios y todos los obstáculos.

Encontrar a Yolanda fue muy sencillo, una vez que regresé a Etz Hayyim y me disculpé por mi brusquedad. Yolanda nunca regresó a Chania, después de las redadas. Vivía en un pueblecito situado en el distrito de Apokoronas, en la granja de su hijo. Sí, seguía viva. Eso era todo lo que el guía podía contar.

—Creo que la entrevistaron hace muchos años, pero nunca llegué a ver el resultado. Podría preguntarle a nuestro director, Nilos Stavroulakis, pero lamentablemente está de vacaciones.

Entonces llamó Victoria, la recepcionista de nuestro hotel, fiel a su promesa: tenía información sobre Cíclope y su mujer. El tío de Victoria conocía el pueblo. Nadie podía desaparecer en el noroeste de Creta, todo el mundo sabía de alguien que a su vez sabía de alguien... Y las ciudades, a fin de cuentas, están compuestas de pequeños pueblecitos.

Me vestí con esmero, consciente de que las familias tradicionales de Creta adoran las formalidades en las grandes ocasiones, y me vi muy elegante con mi mejor vestido de seda y mi sombrero panamá. Partimos a media mañana y, mientras avanzábamos por aquellas sinuosas carreteras recién construidas, me maravillé al pensar que un día corrí por esas mismas colinas: esbelta, de miembros fuertes, sin miedo a las pendientes. Era cierto: siempre fui una cabra montesa.

Ahora era incapaz de reconocer aquellas montañas, y me pregunté si no estaría pasando por delante de donde Bruce luchó y murió. Para mí no había diferencias entre unas y otras: todas tenían el mismo tono cobrizo bajo aquel sol abrasador, e incluso las que tenían la cima nevada no se distinguían gran cosa de las otras. Aquel había sido mi hogar durante muchos años: ¿cómo podía haber olvidado la majestuosidad de esos picos?

Lois y Alex se encargaban del mapa. Alex tenía su cámara presta y dispuesta por si aparecían por el camino más de esas cruces y hornacinas que yo traducía para él. Lo único que esperaba era que Yolanda fuera capaz de entender mi, ahora, más que titubeante griego.

Pero ¿y si estaba perdiendo la memoria, o peor aún, la cabeza? «No estará peor que tú», me reprendí, ante tan ingrato pensamiento, pero lo cierto es que estaba nerviosa, muy nerviosa. ¿Era acertado meterme en su vida después de tanto tiempo? ¿Y si ella no quería saber nada del pasado?

Me hubiera contentado con dejar todo eso a un lado y olvidarme de ello. Pero fue la insistencia de Lois lo que me había llevado allí, y ahora no quería abandonar. Quería empaparme de toda la belleza y majestuosidad de cuanto me rodeaba como si fuera la primera vez en mi vida que me encontraba con aquello. Habíamos pasado tanto tiempo con la cabeza metida entre los hombros, mirando al suelo por temor a llamar la atención, o simplemente por puro pesar, que no había tiempo de mirar siquiera las estrellas durante la ocupación.

—Este es el pueblo. —Alex indicó con el dedo un cartel—. Tenemos que buscar un camino que va a la izquierda. ¡Espera! Por allí...

Podía ver a lo lejos el conocido perfil de una casa cúbica, de paredes encaladas y techo plano, pero de lado era más bien una moderna villa de tres plantas, pintada en un oscuro tono dorado, casi ocre. El sendero que llevaba hasta ella era bastante escarpado, y no paramos de dar botes en el coche mientras por todas partes nos rodeaba una cacofonía de ladridos que acompañó durante un rato nuestra llegada. Apenas podía moverme de la emoción y los nervios:

—Oh, alabado sea Dios, está en casa.

Yolanda se inclinaba para mirar una de las últimas alcachofas que crecían en el surco que había excavado en un lateral de la granja. Un muro de piedra y una verja metálica lo protegían de las ovejas y las cabras que pastaban por allí. Había rosas plantadas en derredor que aportaban su nota de color y perfume a la escena. Les ponía siempre mucho estiércol y ellas respondían con capullos que tenían el tamaño de platillos de té.

El joven Andreas, su nieto, había instalado un sistema de regadío mediante mangueras que permitiría que las rosas sobreviviesen a la peor de las sequías. Allí Yolanda podía perderse en sus labores: podar, quitar los rastrojos, comprobar los tomates, los pepinos, los calabacines y las patatas. Siempre había algo que hacer en el jardín, aun cuando los movimientos de Yolanda se fueran haciendo más y más lentos a medida que avanzaba en sus tareas.

Se incorporó al oír el ladrido de los perros. Aquel no era el día de reparto de pescado. Quizá era alguien que venía a visitar a su yerno, o uno de los albañiles, para adelantar el pavimento que estaban instalando alrededor de la nueva villa. Su vista ya no era lo que fue en el pasado, y no acertaba a ver por qué los perros estaban organizando aquel alboroto.

Yolanda se frotó sus nudosas manos en su viejo delantal, se secó la frente y embutió algunos mechones de cabello blanco bajo el pañuelo que llevaba atado a la cabeza. No se encontraba en el mejor momento para recibir visitas, aunque tampoco es que tuviera muchas, dado que la mayor parte de los antiguos compañeros de correrías que había tenido en el pueblo la aguardaban desde hacía algún tiempo en el cementerio.

Aseguró la puerta que daba a su jardín y se encaminó hacia el coche aparcado: no era un camión, sino un vehículo urbano. Había una mujer junto a él, alta, delgada, con un vestido del color de las berenjenas maduras y un sombrero que le cubría el rostro: y la estaba mirando fijamente. Aferraba la mano de un jovencito, como si no confiara demasiado en sus piernas.

—¿Es esta la casa de *kyria* Androulakis... *kyria* Yolanda? —preguntó la anciana en un griego vacilante. Dio un paso adelante y se quitó las gafas de sol y el sombrero —. *Yassou*, Yolanda.

—*Yassas* —replicó esta, educada. Había algo en la forma en que aquella mujer pronunció su nombre... no era a la manera griega, sino la forma en que debió de escucharlo mucho tiempo atrás. El corazón de Yolanda comenzó a palpar con fuerza. Miró atentamente aquellos ojos oscuros. No, no era posible que... Sin duda no...—. ¿Penélope? ¿Eres tú?

Se miraron la una a la otra, sonriendo: sus cuerpos podían haber encogido con la edad, pero la sonrisa, la voz, los ojos... eso nunca cambia.

—¡Has vuelto... Pensé que habías muerto!

Yolanda gritó, lanzando los brazos al aire.

—¡Yo también pensaba que habías muerto...!

De pronto, ambas se fundieron en un abrazo, llorando, cogiéndose de las manos, intentando hablar las dos al mismo tiempo. Qué inesperado, qué oportuno reencuentro, después de tantos años...

¿Cuánto tiempo estuvimos así, simplemente cogidas de las manos y sonriendo? No lo sé. Había tanto de qué hablar, y tanto, sin embargo, quedó sin decir. Nos llevaron hasta la sombra de una pérgola de la que colgaban ramas de viña y gruesas uvas, y allí Yolanda nos invitó a sentarnos, nos trajo una jarra de la más refrescante limonada y un platillo de galletas de almendra de las que Alex dio enseguida buena cuenta.

Le presenté a mi familia, y la hija de Yolanda llegó con su pequeña a saludarnos.

—Estas son Sarika y su hija Dimitra. Tengo otra hija en América. Vive en Chicago, y es médico. Casada con un médico. Se llama Penélope.

Me dejó sin palabras que hubiera puesto mi nombre a su hija. Me sentí honrada y avergonzada a partes iguales.

—¿Tienes alguna fotografía suya?

Sonrió:

—Claro, y de mis nietos, Toni y Andreas. Mi marido murió en 1948, en los levantamientos... He sido viuda muchos años, pero la tierra me ha tratado bien. Y mis hijos también. —Se volvió para sonreírles, y luego a mí—: ¿Y tú? ¿Estás casada?

Lois se apresuró a rescatarme:

—Mi tía estuvo en África cuidando a los necesitados hasta los setenta años.

¿Verdad?

Su griego era muy elemental, pero se hacía entender a la perfección.

—Ya hablaremos con más calma. Creo que tenemos mucho que contarnos, y lo que quiero es que os quedéis aquí y cenéis esta noche con nosotros...

Lois negó con la cabeza:

—Alex y yo tenemos cosas que hacer por la tarde, pero puedo recoger más tarde a Pen.

—Cenaréis mañana entonces con nosotros.

Aquello era una orden.

—Por supuesto, será maravilloso.

—Mi hijo la llevará esta noche a casa, entonces —declaró Yolanda.

Yo estaba como suspendida en mi estupor, asimilando las vistas que ofrecía la granja y recordándolo todo, ahora sí, como si fuera ayer: mi presencia allí, como reluciente invitada a una fiesta en aquella época tan oscura; bailando en la boda a la que finalmente acudí, las mesas desperdigadas por aquí y por allá con sus coloridos manteles, la banda que tocaba en una esquina, la gente vestida con las ropas tradicionales, y ese momento maravilloso en que descubrí que Yolanda era la novia. Oh, qué extraño reunirnos otra vez en aquel mismo lugar.

Sarika se llevó a Lois y Alex a que vieses su nueva villa, dejándonos a Yolanda y a mí solas, por fin. Nos miramos la una a la otra:

—¿Por dónde empezamos? Tengo tantas cosas que contarte —dije—. Pero no son sencillas de contar, después de tantos años...

—También yo tengo cosas que contarte —replicó Yolanda—. Cosas muy tristes, y en el fondo no sé si querrás oírlas.

—Pero antes dime una cosa, Yolanda —me precipité a decir. Mi curiosidad ya no podía esperar ni un segundo más—. ¿Fuiste tú quien dejó esas flores en la tumba de Bruce?

Yolanda sonrió:

—De manera que las has visto... Sarika las lleva cada año en su aniversario, pero en esta ocasión le llevamos unas muy especiales por la celebración. ¿Fue eso lo que...?

Asentí.

—Sabía que tenían que ser de alguien que le conocía. Pero en ningún momento imaginé que fueras tú. Pensé que te habían cogido con los demás, en las redadas. Debo contarte algo...

Alargó un brazo y puso su mano sobre la mía:

—No, ahora no. Todavía no. Disfrutemos un rato de estar juntas, antes de que nos sumerjamos en tan oscuras aguas. Desapareciste, y también yo pensé que te habían deportado. Esperé día tras día una carta que nunca llegó, y al final tuve que suponer que nos habías olvidado.

—Eso nunca. Estuve muy enferma cuando terminó la guerra: fue una crisis

nerviosa. Lo único que quería era olvidarme de todo, pero si hubiera imaginado por un minuto que habías sobrevivido...

—Durante mucho tiempo ni siquiera supe qué fue de mis padres. Tuve que dejar todo aquello atrás, como si no formara parte de mi vida, y cuando me enteré de lo ocurrido. Aquel barco que se hundió...

—Yo estaba en ese barco... Y escapé. Es terrible sobrevivir cuando ninguno de tus amigos no lo han hecho. —No tenía sentido revelarle ahora aquello, pero me sentía insegura, pues sabía lo doloroso que le resultaría todo cuando por fin se lo contase. Pero Yolanda era una mujer muy dura, y podía mantener el control.

—Ven a ver mi jardín, quiero saber qué piensas de mi pequeño paraíso. Si me encuentro triste o cansada de ser viuda, me siento aquí y miro hacia esas colinas que nunca cambian. Ellas alimentan mi alma. Debes probar mi miel de tomillo, es la mejor de todo el Apokoronas.

Paseamos por la granja, cogidas del brazo como las amigas que nunca habíamos dejado de ser, bebiendo para celebrar nuestro reencuentro, aquella recompensa que recibía por haberme arriesgado a emprender el viaje a Creta.

¿Cómo podía traducir al griego aquel viejo refrán que decía que las mujeres de cierta edad se abrazan a Dios, o a sus jardines, o —sospecho— a ambas cosas a la vez?

Nos mantuvimos en terreno seguro, hablando de jardinería, de las pequeñas victorias y los desastres que destruían nuestros esfuerzos, la cosecha de aceitunas, las buenas y las malas, los ataques de la langosta, las sequías o esas épocas en que llovía demasiado, pero era el momento equivocado... Me sorprendió ver lo mucho que Yolanda tenía cultivado al aire libre cuando la mayoría eran cosas que en Inglaterra yo solo podía hacer crecer en un invernadero. Ambas éramos conscientes de que en realidad caminábamos de puntillas en torno a los bordes de un fangoso pozo de recuerdos, sin saber cuánto podíamos o debíamos contar, ansiosas por no romper el hechizo que suponía estar juntas otra vez. ¿Qué era lo que quedaba de nuestra amistad, a tan avanzada edad? Ardía en deseos de saber cómo había logrado sobrevivir, al igual que ella sentía curiosidad por lo que había sido de mi vida.

Hablamos de sus constantes visitas a los Estados Unidos para ver a su hija. Regresó a Salónica, lugar donde nació, en una ocasión, pero ahora tenía tanto arraigo a su granja como yo a Stokencourt. Era curioso ver que no había ningún hombre en nuestras vidas, aparte de los de nuestros lazos familiares. Le hablé de mi hermano y de mi hermana, y de sus hijos: le hablé de la temprana muerte de Athina a causa de la leucemia, y de cómo su hija, Lois, se había convertido en ese pilar básico que sustentaba mi vida. Le hablé de mi regreso a Inglaterra, terriblemente enferma, después de la guerra, y de cómo conseguí rehacerme y forjar mi carrera en el extranjero.

Más tarde, tras una deliciosa comida preparada con las cosas que Yolanda cultivaba en su jardín, nos sentamos a la sombra, exhaustas de tanta charla.



Lois y Alex regresaron a Kalyves y me sentí enormemente feliz de poder compartir aquel precioso tiempo con Yolanda bajo la sombra del olivo. Me preguntaba cuándo sería el momento adecuado para confesarle lo que sabía, a sabiendas de que solo había una manera de hacerlo y esta pasaba por ir directamente al grano y soltarlo todo de una vez.

—Me encontré con tus padres. Decidí visitarlos. Solo quería hacerles saber que estabas bien. Espero pensar que hice lo correcto.

Yolanda no me miró, sino que mantuvo la mirada perdida en la distancia:

—¿Qué tal fue? ¿Preguntaron por mí?

—Te echaban mucho de menos. Les había resultado muy duro aceptar tu decisión, pero les aliviaba saber que estabas a salvo y feliz en tu matrimonio.

¿Qué podía decirle para confortarla? No mentí. Lo único que hice fue estirar la verdad un poquito.

—Yo también vine a Chania, pero ya era demasiado tarde —dijo ella—. Ya habían empezado los saqueos en el barrio judío. Perdí a mi bebé de cinco meses, era un niño. Me tuvieron escondida en la clínica de la Cruz Roja. Había una lista con los nombres de los judíos que vivían lejos de Chania, incluso aquellos que se habían convertido al cristianismo, y creo que los cogieron a todos. Luego vinieron aquí y arrasaron con todo: habían robado el ganado, quemado las cosechas... —Yolanda hizo una pausa—. Qué tiempos más horribles... ¿pero por qué estabas tú en aquel barco?

—Me metí en un lío. Y llevaba documentos falsos. Me deportaron, pero un soldado fue herido y me llamaron para que lo atendiese, así que estaba en cubierta cuando los torpedos alcanzaron al *Tanais*. Salimos despedidos del barco y caímos al agua, y nos recogió la tripulación de un buque escolta. Pensaba que tú estabas en la bodega.

Empecé a llorar: no quería hablar más acerca de aquella noche, ni contar el motivo por el que salvé la vida.

Yolanda acarició su anillo de bodas con un suspiro:

—Bueno, fue mejor destino que los hornos de Auschwitz. Ese es mi único consuelo... que al menos se libraron de aquel horror. Solo tengo una foto de ellos, pero ninguna en la que salgamos juntos. He intentado hablarles de ellos a mis hijos, pero los jóvenes no sienten el menor interés. Solo Penny, la que está en Chicago. ¿Puedes creer que ha retomado la fe por su matrimonio con Lionel? El círculo de la vida sigue y sigue. Allá donde están espero que mis padres se sientan dichosos por ello.

—¿No has ido a visitar Etz Hayyim, entonces? —pregunté—. La han restaurado y ahora es preciosa.

—No, nunca volveré allí. Prefiero recordarlo todo como una vez fue. Ya no tengo fe... al menos, no esa clase de fe.

Sentí que habíamos cerrado una puerta. El dolor de aquellos recuerdos era

demasiado intenso como para hablar siquiera de ello.

—Ven, vayamos a contarles la noticia a las abejas del campo —dijo Yolanda—. Es hora de que conozcan nuestra historia. Te buscaré un velo y algo para que te cubras. Tenemos todo el tiempo del mundo para compartir nuestra historia.

Yolanda no podía apartar su mirada de Penny. Era tan elegante, y tenía la espalda muy recta, y seguía siendo esbelta. Cuatro hijos habían acabado con el porte y la buena silueta de Yolanda; su piel estaba cuarteada por el sol. Cuando Andreas murió en la guerra civil, se sumió en el dolor y nunca abandonó el gris y el negro, como era la costumbre. Los colores los dejaba para las flores o la decoración, para las alfombras de lana y los restantes ornamentos de su dormitorio.

Penny parecía resplandecer, y mucho más joven que ella, pero también era cierto que habían vivido diferentes épocas y climas. Había tantas cosas que Yolanda quería conocer acerca de la vida de Penny en Inglaterra, donde llovía a menudo y todo estaba cubierto por el verdor... pero primero debía hablarle de Panayotis. Su deber era escarbar en el pasado más lejano y reunir esos pedacitos de historia que podrían confortarla de la misma manera en que, sospechaba, Penny la había protegido a ella de conocer el verdadero horror que supuso la muerte de sus padres.

Tantos pesares y decepciones solo podían suavizarlos los niños y los lazos familiares. Esperaba que al menos a Penny no le faltaran. No dejaba de tocarle la mano para comprobar que era real, y no un fantasma que estaba jugándole una mala pasada a su cerebro. Había conocido a muchos ancianos que, cuando se encontraban cerca de su final, departían amigablemente con sus parientes muertos como si todavía se contaran entre los vivos.

Estaban sentadas bajo el olivo, iluminadas por una lamparita portátil, viendo a las polillas que rondaban en torno a la luz, y escuchando el rumor de las últimas cigarras mientras la temperatura se iba haciendo más y más suave. El nieto de Yolanda, Toni, y el marido de Sarika acudieron a saludar a Penny, y después se marcharon a ver un partido de fútbol en la televisión.

Quizá era el momento de hablar del pasado, y de su visita al campamento de Andreas, justo antes de la emboscada:

—Andreas estaba tan enfadado conmigo por haber ido sola allí que al final discutimos. Me fui con la primera luz del día, pero el «rebaño negro», como llamábamos al enemigo, subía ladera arriba, y me escondí. No sabía que había dos grupos. El grupo de Andreas recibió la peor parte del ataque y huyó en desbandada, pero el segundo grupo cogió desprevenido al enemigo. Hubo un tiroteo y muchos heridos producidos por el intercambio de disparos. Uno de ellos era su líder, Panayotis.

Yolanda guardó silencio unos instantes, y luego prosiguió:

—Yo sabía quién era, y lo mucho que significaba para ti. Estuve todo el tiempo

con él e hice todo para que no sufriese dolor. No podíamos moverle, así que me senté junto a él y traté de hablarle un poquito en inglés, pero su griego era muy bueno. Él sabía que era amiga tuya: «¿Cómo está?», me preguntó. «¿Penny?» contesté. Le dije que estabas bien, con unos amigos. «Ah, sí, Ike y Katrina. He estado allí, en el agujero ese que hay cerca de Clarence...», dijo. Estaba delirando, perdía la consciencia y la recuperaba, y luego volvía a perderla... Pero de pronto se despertó y aferró mi mano: «Dile a Penny, la caja de Bruce, con Clarence...». Eso fue lo que dijo, pero no tenía sentido. Hacía un gran esfuerzo por respirar, y traté de confortarlo. Murió pronunciando tu nombre. Rezo por que Andreas muriese sabiendo que estaba para siempre en mi corazón.

Penny se aferró a su silla y luego se llevó las manos a la cabeza.

—Gracias. No sabía dónde murió y ni siquiera si estaba muerto hasta que llegué a Inglaterra. Aunque tenía el presentimiento de que jamás nos esperaba un futuro juntos.

—Le dejaba flores en su tumba porque sabía que tú hubieras querido que lo hiciese. Era lo menos que podía hacer. Panayotis era un buen hombre, lleno de vida, un verdadero líder. Aquí nunca olvidamos a los de su raza.

—Pero yo sí lo olvidé. Estaba tan enfadada, tan revuelta por dentro. No quería pensar en él. Ni siquiera sabía que estaba enterrado aquí. Me siento tan avergonzada, ¿pero qué quería decir con lo de Clarence? ¿Estás segura de que eso fue lo que dijo?

Yolanda asintió.

—Lo escribí para no olvidarlo nunca, por si algún día regresabas. No es un nombre que yo conozca, ni de ninguno de nuestros santos.

—Era el nombre de mi tío, el hermano mayor de mi madre. Era un hombre robusto y alegre, y se pasó la vida a lomos de un caballo. Tenía la piel como el cuero. ¡Por amor de Dios! ¡Se refería al olivo! Clarence, el viejo olivo. Justamente el otro día me acordé de él...

Penny parecía fuera de sí, y se incorporó bruscamente:

—Cuando vivía con Ike y Katrina, tenían un enorme árbol cuyo tronco me recordaba a una cara. Lo llamé Clarence. Bruce y yo... ¿Dejó una caja? —Se volvió hacia Yolanda—. ¿Es posible que siga allí después de sesenta años? Ya no sé ni dónde está la casa.

—Yo sí. La casa de Ike fue arrasada por las llamas, como las restantes casas del distrito, cuando el enemigo inició la retirada hacia Chania, poco antes del final. Quemaron todos los pueblos de los alrededores para que los partisanos no pudieran refugiarse en ellas, pero puedo llevarte allí mañana. Esta noche te quedarás aquí, no tiene sentido que vuelvas. Tenemos un teléfono: puedes llamar a tu sobrina. Dile que vengan cuanto antes, para que podamos ir a ver si hay algo allí.

Penny estaba demasiado cansada como para protestar. No dejaba de pensar en su amante.

—Nunca pude decirle adiós, y ahora me cuentas esto... Es difícil de asimilar.

Somos como una sola, tú y yo. Nuestras vidas están entrelazadas por todas esas terribles desgracias...

—Pero no solo hay desgracias en nuestra vida. También nos lo pasamos muy bien. Ven, es tarde y mañana tendremos que madrugar. Sarika nos llevará a donde creo que debes ir y llevaremos una pala, por si acaso. Habló de una caja... Estoy segura de que, si realmente hubo algo allí, allí seguirá.

A Yolanda le costó conciliar el sueño, con aquellos recuerdos, que abarcaban toda una vida, girando y girando en su cabeza. Penny había recibido sin lágrimas el relato de la muerte de Bruce. Siempre había podido resistir con aquella gallardía al dolor. Tener a Penny otra vez con ella era un regalo inesperado que la vida le brindaba. Tenía razón, ambas eran como una sola: habían pasado por muchas cosas, tanto juntas como separadas.

Pero no había contado el verdadero motivo por el que acudió en busca de Andreas y Penny en Chania, ni todo cuanto siguió a aquello. Para hacerlo debía enfrentarse a uno de los más oscuros secretos que guardaba en su alma, una de las peores cosas que había tenido que hacer en su lucha por la supervivencia, algo que solo Andreas había llegado a conocer. No mencionó a Stavros ni habló de aquellos meses terribles, los últimos de la ocupación.

## SEPTIEMBRE, 1944

Por más esfuerzos que ponía Yolanda en salvar lo que quedaba de la granja y las cosechas todo parecía en vano, y el cansancio y la rabia que sentía hacia quienes habían provocado tamaña destrucción le iban llenando el corazón de amargura. Sin ayuda, retirar los escombros era un trabajo descomunal. Los partisanos la ayudaron a reparar la casa de piedra lo mejor que pudieron, y ella llenó el dormitorio de flores para erradicar el olor que habían dejado allí los ladrones y los saqueadores.

Andreas iba y venía, y la frialdad entre marido y mujer fue en aumento. Yolanda quería tenerlo cerca, pero, rodeado como estaba por sus camaradas, Andreas parecía siempre demasiado ocupado como para reparar en las señales de su esposa. Los *andartes* también iban y venían, generalmente en busca de provisiones o ropa limpia, suministros o comida, pero para todos ellos era muy peligroso que los vieran en los espacios abiertos.

Se recompensaba con sacos de arroz cualquier información que condujese a la captura del *kapetan* Cíclope y sus bandidos. La hambruna provocaba que hasta la gente del pueblo se sintiera tentada de revelar su paradero.

El final del verano trajo consigo una nueva ola de calor, los cultivos se secaron antes de tiempo, y Yolanda tuvo que hacer acopio de todas sus reservas de coraje y determinación para mantener a los soldados bien abastecidos, a menudo llevando cubos de agua cargados a la espalda si acaso se encontraban ocultos en algún escondite en las montañas.

Le daba la impresión de que estaba recibiendo un castigo por dudar de la lealtad de uno de los hombres de Andreas, y por llevar a sus puertas a los enemigos que andaban buscándola.

Para evitar más problemas, prefirió reservarse su opinión cuando Stavros regresó de Chania. Este pareció sorprendido de verla allí, y la miraba como si fuera una errata en el paisaje, un objeto fuera de lugar. Yolanda, por su parte, le miraba con los brazos cruzados, sin aceptar que aquello era el heroico regreso que todos se obstinaban en celebrar. Solo se acercó a él para preguntarle por el destino de los judíos y los prisioneros de Agia.

Stavros se encogió de hombros:

—Se los llevaron en varios camiones. Yo tuve suerte de escapar. Sobornaron a un guardia, y, cuando nos estaban cargando en los vehículos, me apartó del resto.

Aquello no bastó para persuadir a Yolanda. ¿Por qué había regresado realmente Stavros? ¿Estaría tomándose su tiempo para volver a traicionarlos? Ya había ocurrido antes, pero demostrarlo era harina de otro costal. Stavros conocía a Yolanda muy bien. ¿La había traicionado también? ¿Volverían los soldados alemanes por ella? Era

como si todo su mundo se estuviera viniendo abajo, y no dejaba de preguntarse en quién podía confiar, quién estaría vigilando desde las sombras aquellas frecuentes idas y venidas.

Cierta mañana aparecieron en la puerta dos hombres de aspecto menesteroso, pidiendo comida; extranjeros cuyo porte no podía ser más desaliñado y repulsivo. Habían alertado a Yolanda de la presencia de desertores en los alrededores, y le alegró que Adonis y Dimitra estuvieran en casa, pues de otro modo se hubiera visto sola con ellos.

—Somos soldados... Alemania está acabada, no le espera nada bueno... Nos gustaría luchar a vuestro lado —mascullaron.

Yolanda tuvo buen cuidado de no decir nada que pudiera comprometerlos. Se limitó a darles de comer, pues esa era la costumbre cuando un extraño llamaba a tu puerta, y les sirvió el poco vino que les quedaba. Uno de aquellos muchachos era de Yugoslavia; el otro rumano, o eso le dijeron. Querían regresar a casa:

—Ya no vamos a librar más guerras con amigos.

Los *andartes* habían integrado a sus filas a unos cuantos desertores durante los pasados meses, cuya autenticidad había sido bien probada por el grupo. Resultaban muy útiles, pues les abastecían de información y, además, hablaban alemán. Los policías que se mostraban leales a los *andartes* los conocían muy bien, y se servían de ellos para comprobar si los demás desertores eran tan genuinos como ellos. De este modo pudieron descubrir espías entre los que se hacían pasar por desertores y todos ellos fueron convenientemente fusilados.

Adonis no estaba en condiciones de llevarlos hasta el grupo para que los hombres comprobasen su testimonio, de modo que Yolanda se ofreció a acudir ella misma al campamento de Andreas para avisarle de que debía aguardar la llegada de posibles reclutas. No les permitirían acercarse siquiera a su campamento base.

Fue un paseo realmente duro, otro más, que además la obligaba a tomar frecuentes desvíos y rodeos por si acaso alguien seguía sus pasos. Ya era mediodía cuando por fin encontró a Andreas: estaba sentado junto al fuego, cocinando carne de jabalí.

—No sé qué hacer con ellos —explicó—. Dicen que quieren luchar. Saben muy poco griego.

—Ven, siéntate y come. Has hecho bien en avisarnos. Llévalos a la antigua cueva que está en lo alto de la montaña y nosotros nos encargaremos allí de comprobar lo que dicen. ¿Puedes hacerlo? ¿Te sientes con fuerzas?

Era la primera vez que su marido se preocupaba por su salud, la primera vez que mostraba algo de aprecio por sus esfuerzos. Corrió colina abajo como si tuviera alas en los pies, y más tarde, protegida por el manto de la oscuridad, con el pastor Taki apuntando a la espalda de los desertores, llevó a estos hasta el pico que Andreas le había indicado. Los dos extranjeros, animados por el queso y el vino, no cesaron de silbar y conversar a lo largo del camino, como si no les preocupase lo más mínimo

que los estuvieran apuntando con un arma.

Andreas, Stavros y otros dos hombres los aguardaban para recibirlos con palmadas en la espalda:

—Habéis hecho bien, venid a acompañarnos.

Habían hecho aquella misma pantomima miles de veces.

Yolanda se sentía indeciblemente feliz por poder pasar la noche junto a su marido, solos por primera vez en muchas semanas. Esa zorra de Anna, que le había hecho ojitos a su marido en la cocina, había hecho recaer la ruina sobre su propia cabeza al huir con uno de los hombres de Andreas, algo que iba contra las reglas y las costumbres del grupo. Los persiguieron y acabaron con ellos en un claro del bosque. Yolanda durmió junto a Andreas bajo la manta de este, quien alargó el brazo hacia ella con verdadera codicia; tanta que la hizo llorar del alivio que sentía al verse nuevamente deseada.

Stavros se ofreció a vigilar a los dos desertores mientras los demás dormían en la cueva. Otro vigía se encargó de controlar los alrededores durante toda la noche por si advertía algún movimiento que delatase traición, pero nada ocurrió.

Por la mañana sucedió algo extraño. Los dos hombres salieron silenciosos, hoscos, de la cueva, y se negaron a hablar excepto entre ellos: musitaban palabras en alemán, pensando que nadie les entendería: «Debemos volver, es mejor no quedarnos aquí. Es peligroso...». Parecían incluso asustados.

Andreas, que fue el primero en percibir aquel cambio, decidió atarlos.

—Habéis visto nuestros rostros, habéis visto este lugar. No podemos dejar que os vayáis ahora. Stavros, ¿qué les has contado?

Este se encogió de hombros:

—Son espías. Debemos fusilarlos.

—¿Por qué? —intervino Yolanda—. ¿Por qué dices eso?

Para Yolanda, aquellos muchachos decían la verdad: solo buscaban alguien que los pusiese en el camino correcto.

—No hay que confiar en nadie que deserta de su unidad. Si lo hacen una vez, pueden volver a hacerlo.

Miraba a los extranjeros con un profundo desprecio.

Entonces, uno de los hombres empezó a gritar:

—No maten, no maten... ¡mátenle a él! ¡Es un espía, es un hombre malo! ¡Le he visto! Todos sois espías, espías que nos tendéis una trampa para matarnos... —El joven temblaba de puro terror—. Vino y nos dijo volved o yo os mato. Sois traidores al Reich, eso dijo.

Stavros sacó su arma para disparar al muchacho, pero Andreas le contuvo:

—¿A qué viene eso? No te conoce de nada, ¿no? ¿O sí?

—Habla buen alemán —gritó el otro muchacho—. Es alemán, espía. Todos sois sus amigos. ¡Todos sois espías!

Stavros sacudió el brazo para zafarse de Andreas y disparó al muchacho, y

entonces apuntó al propio Andreas por un instante:

—Están mintiendo, esos campesinos de mierda solo saben mentir para salvar su pellejo. No dicen más que basura. Soy uno de los vuestros. ¿Acaso no os he ayudado en todo?

Yolanda se dirigió con presteza hacia el joven herido para tratar de detener el flujo de sangre que manaba de su pecho:

—¿Qué te dije, Andreas? Este chico ha dicho la verdad. ¿Acaso no te das cuenta de que los ha amenazado? Están aterrorizados.

—No escuches a una judía de mierda, tienen la boca llena de mentiras. Debería estar con el resto de su raza. No sabe nada.

—No hables de mi esposa en ese tono. Fuiste tú quien me dijo que había muerto. ¿Cómo pudiste escapar de aquel infierno, tú y nadie más...? A menos que...

Stavros volvió a apuntar a Andreas con su arma. Los otros hombres miraban la escena sin saber cómo reaccionar, echando mano lentamente a sus cuchillos.

—Estás cometiendo un grave error. Soy yo quien te ha mantenido a salvo a lo largo de todos estos meses. De no haberles pasado información falsa, te aseguro que llevarías muerto mucho tiempo. Admiro tu compromiso con la libertad. —Stavros dio un paso atrás, preparado para soltar una ráfaga de tiros sobre los hombres—. No soy ningún traidor. Siempre he trabajado por la libertad de los nacidos en suelo heleno. ¿Es que no veis la amenaza que se cierne sobre nosotros? Los comunistas están ganando, los aliados de Rusia nos rodean por todas partes. Nosotros, los nacionalistas... debemos mantenernos unidos.

—Así que fuiste tú a quien vi haciendo señales a la patrulla el día que murió Panayotis —gritó Yolanda.

—Les doy un poco y cojo un montón. Debes entenderlo, es para un bien mayor.

Andreas se echó hacia delante:

—¿Cómo he podido ser tan idiota? No, fuiste tú quien me hizo dudar de la intuición de mi esposa, tú quien insultaste a su pueblo. Fuiste tú quien envió a esas bestias a nuestra puerta para saquear nuestro hogar y profanar nuestras tierras. ¿Por qué?

Stavros retrocedió de nuevo y gruñó como una rata acorralada:

—¿Cómo que por qué, hatajo de imbéciles? Jamás podréis derrotar a la raza superior. Vosotros, que no sois más que un puñado de patéticos nativos de una isla, creéis que podréis resistir sin castigo, ocultar soldados ingleses sin castigo, matar hombres buenos incluso antes de que toquen tierra sin castigo, y para colmo ocultáis a esa escoria humana, a esos desertores... les dais comida y armas para que luchen contra sus propios camaradas. Lo que hago es por el bien de la nación griega. No permitiré que a nuestro país lo pisotee el gran oso ruso. ¡Os estaba manteniendo a salvo, maldita sea! ¿Es que no lo entendéis?

Agitaba el arma ante el rostro de Andreas.

Este se mantuvo firme, pero tenía las mejillas ardiendo de pura rabia:



—Lo que yo veo es a un montón de buena gente muerta por tu culpa, veo hombres torturados, deportados, ejecutados, por tu maldita culpa. Acabarás ante un tribunal. Nosotros nos encargaremos de eso. No disparamos un solo tiro hasta que no estamos seguros de que hacemos lo que es justo. —Andreas no cedió ni un ápice—. Dame tu pistola.

Stavros escupió en el suelo, y luego dejó caer el arma:

—Haced lo que queráis, sois hombres muertos. Es cuestión de tiempo que vengan por vosotros. Saben exactamente dónde estáis (las huellas que conducen al campamento base son fáciles de rastrear), y cuando os encuentren la cogerán a ella y la enviarán a un campo de concentración, donde morirá como todos los demás.

Yolanda escuchó aquellas palabras mientras terminaba de colocar el torniquete alrededor del brazo del joven. El disparo no le había alcanzado por muy poco el corazón y los pulmones. Viviría, de eso no había duda, pero la rabia que Yolanda sentía estalló de manera incontrolable al oír la confesión de aquel fascista bocazas. Vio su pistola en el suelo. Incorporándose de la posición en que se encontraba, se hizo con el arma, y, como si fuera a matar a un perro rabioso, disparó a Stavros un tiro en cada pierna: una bala por cada uno de sus padres.

Stavros reculó, aturdido por la sorpresa:

—¡Detened a esa bruja!

Retrocedía lentamente por el borde de las rocas, mientras sus piernas colapsaban bajo su peso, y acabó arrodillado como si se dispusiera a orar. Nadie pronunció palabra, nadie le ayudó, y tuvo que seguir reculando ante el arma que enarbolaba Yolanda: sus pasos le condujeron sin darse cuenta al borde del precipicio. Miró hacia abajo, y luego levantó la vista, lleno de espanto. Yolanda le devolvió la mirada, el rostro pétreo. Inmóvil.

—¿A qué estáis esperando? —gritó Stavros. Su rostro se contraía de horror, viéndose entre el abismo que había a sus pies y la expresión de venganza que mostraba el rostro de Yolanda. Esta le empujó ligeramente con el cañón. Stavros, indefenso y mermado por el dolor, solo pudo exclamar—: ¡Detened esta locura!

Los hombres se aproximaron a él, obligándole a dar un nuevo paso atrás que le hizo trastabillar y perder pie: sus gritos resonaron precipicio abajo, entre las rocas. Después se hizo nuevamente el silencio.

Yolanda se permitió esbozar una tenue sonrisa, mientras dejaba caer el arma por el borde del precipicio:

—¿Qué? ¿De verdad creáis que iba a esperar que su palabrería le salvase del fin que merecía? Su estirpe no ha dado cuartel a mi familia. Llévame a casa, Andreas.

—¿Cómo pude hacerle eso a un hombre, a sangre fría? A veces pienso que sus huesos siguen allí, a la intemperie, sin nadie que los llore. Olvidé mis votos, Penny. Hice lo que hice y durante toda mi vida me he preguntado si fue lo correcto. Mi trabajo era salvar vidas, no arrebatarlas.

Paseaban lentamente por el campo, mientras examinaban el ganado. Fue ese el momento en que Yolanda decidió contar su secreto, que había mantenido oculto durante tanto tiempo.

—Era el uniforme y el lavado de cerebro lo que creaba tales monstruos —replicó Penny—. Ojalá y yo también hubiera tenido el valor de hacer lo mismo.

—Pero ¿y si no era un traidor, sino, simplemente, un nacionalista? ¿Te dije que te reconoció por la foto que nos hicieron en la boda? No dejaba de hacer preguntas sobre ti.

Penny asintió:

—Ya era un fascista cuando lo conocí, uno de esos fervorosos conversos. Salimos durante un tiempo en Atenas, pero no podía soportar sus opiniones. Creo que era una amenaza. En una ocasión le vi, pero creo que ese día no me reconoció. Corrí para avisar a Bruce, pero tampoco a mí me creyeron. Me alegra que me hayas contado esto. Nunca dejé de preguntarme qué había sido de él. ¿Cómo reaccionó tu marido a la traición?

—Se quedó consternado, y desde entonces me miró con otros ojos. Con un renovado respeto. Todos, en realidad, empezaron a mirarme con respeto —rio Yolanda—. En especial cuando me veían con un cuchillo en la mano. —Sus oscuros ojos brillaban mientras relataba aquel drama—. Nos dimos una nueva oportunidad, y lo cierto es que todo funcionó realmente bien entre nosotros.

—¿Vinieron a buscarle?

—No, por supuesto que no, desde entonces nunca nos volvieron a molestar. El enemigo estaba demasiado ocupado salvando su propio pellejo. Pero tras la guerra se sucedieron los reproches y las recriminaciones, y muchos partisanos fueron ejecutados por lo decidido en juicios ilegítimos, improvisados. Lo cierto es que la paz duró poco.

»Andreas regresó a la Cruz Roja y colaboró en los programas de ayuda. Nunca volví a trabajar de enfermera. ¿Cómo hubiera podido hacerlo, si asesiné a un hombre? Pero trabajé con él, distribuyendo la ayuda alimenticia que llegaba de los países aliados. Los barcos de la Cruz Roja arribaron en el puerto a finales de 1944. salvaron muchas vidas gracias a sus recursos médicos y los centros que instalaron para repartir comida.

»Ahora, cuando pienso en esa época, me hace sentir bien que tomase partido y decidiera luchar contra la opresión. No retrocedí, no dejé que fueran otros los que se encargasen del trabajo sucio —suspiró—. Es lo que ahora creo, pero no es lo que pensaba entonces. El tiempo lo cambia todo.

Era extraño despertar en Villa Sarika, con sus frías baldosas de mármol, sus cortinones delicadamente recogidos por alzapaños de algodón, su consistente mobiliario de color oscuro y aquel icono de la Virgen y el Niño en una esquina. Desde que empezó a aclararse el cielo con la alborada, había escuchado el rumor de una charla al otro lado de mis ventanas. Todo el mundo hace lo posible por aprovechar el frío de las mañanas veraniegas en la isla de Creta.

Volví a tumbarme, y pensé en lo fácil que ahora sería regresar a casa sabiendo que Yolanda seguía con vida. Era como un sueño, y el hecho de que Yolanda hubiera permanecido con Bruce hasta el final lo hacía todo incluso más sencillo, más reconfortante para mí. Si no se me hubiera ocurrido acudir al cementerio, si no hubiera visto la tumba, o no hubiera visitado la sinagoga... Prefería no pensar en ello, y menos ahora que nos disponíamos a encontrar al viejo Clarence. Había recordado aquel árbol solo un puñado de días atrás, cuando me pregunté ociosamente si no lo habrían convertido ya en leña para el invierno.

Durante mi insomnio había decidido cambiar el billete de vuelta y retrasarlo una semana más. A Lois no le importaría. Solo el perro aguardaba mi llegada, y sabía que en la residencia canina estaría en buenas manos.

¿Cómo iba a marcharme ahora, cuando acababa de retomar mi vida con Yolanda? La vida, sí, que había sido terriblemente injusta con mi amiga, haciéndola enviudar tan joven... Pero existía un lazo invisible entre ella y su familia en el que prevalecía el respeto que sentían los unos por los otros. Las mujeres siempre estaban en el centro de aquellas familias griegas tan estrechamente unidas, aunque en un segundo plano, pero tenían verdadero poder, y Sarika estaba enseñando aquella lección a sus propias hijas.

Todo era poco en los intentos de la familia por proporcionarme las mayores comodidades: jamás había tenido un recibimiento como aquel. Podía oír las voces de todos ellos resonando entre los muros de la casa de Sarika cuando salí a sentarme al balcón de mi habitación, y desde allí contemplé la grandeza de las colinas que rodeaban la granja y el hermoso jardín que Yolanda cultivaba. Escuché las campanillas de las ovejas en aras del viento, y aspiré los perfumes que se agolpaban en la brisa de la mañana.

Mientras me vestía, me pregunté qué nos traería el día. Debía pedirle a Lois cuando llamase que cogiera mi maleta.

Desayunamos higos blancos y yogur recién hecho con café, y cuando Lois y Alex llegaron, les dije que había cambiado mis planes. Aquello suscitó un revuelo de

llamadas telefónicas, y Mack prometió encargarse de todos los pormenores. Nos pusimos entonces en marcha, un coche tras otro como si de un convoy se tratase, y enfilamos una sinuosa carretera comarcal que cortaba las colinas hasta que definitivamente dejé de reconocer el lugar en el que nos encontrábamos. Entonces, tras un viaje de unos quince minutos, llegamos a una antigua villa completamente revestida de andamios.

—Dicen que un futbolista griego ha comprado la villa a su familia —dijo Sarika.

—No, es un político. —Le rebatió Yolanda—. Solo ellos tienen dinero.

—Todo ha cambiado desde que entramos en la Unión Europea. Becas, nuevas carreteras, turismos, y todos esos camiones hormigonera que te cruzas cada día por el camino... ¿Dónde acabará todo? —gritó Sarika, en un perfecto inglés.

—¿Qué ocurrió con Ike y Katrina? —pregunté.

—Regresaron a América. Después de la guerra, a la gente le costaba tomar partido por una facción u otra. Ike se llevó a su familia y alquiló sus tierras. Al cabo del tiempo, las plantas se apoderaron de la casa y la asfixiaron.

Aparcamos en la parte de atrás. No había nadie trabajando, y, aparte de los andamios, nada resultaba muy distinto de lo que recordaba. Podía sentir cómo se envaraban mis nervios. ¿Seguiría en pie el viejo olivo? Había alambradas de espino por todas partes. La tierra había sido dividida en secciones, algunas de las cuales se apreciaba que habían sufrido la rapiña de las ovejas; otras, en cambio, habían crecido profusamente y las hierbas silvestres se esparcían por todas partes, pero el olivar tenía el aspecto que yo recordaba: orgulloso, altivo, y las flores seguían brotando en sus ramas.

—¿Podemos entrar sin permiso? —pregunté.

—¡Bah! No hay nadie por ninguna parte —dijo Yolanda, haciendo un desdenoso gesto con la mano—. ¿Y bien? ¿Dónde está ese árbol al que pusiste nombre? Oh, los ingleses sois tan sentimentales...

Aquello hizo reír a Lois:

—Todavía conduce un coche llamado Mabel, no lo cambiaría ni por un modelo nuevo.

—Cuando Mabel se retire, yo también lo haré. Ha sido una buena amiga.

Me di cuenta de que yo misma aceleraba el paso, intentando recordar a qué distancia de la casa se encontraba el lugar donde solía sentarme con los niños para buscar un poco de paz en aquel ruidoso entorno. Recordé entonces que escondimos a Bluey y a sus compañeros no muy lejos del árbol.

—Hay una antigua cámara funeraria, un agujero en el suelo en alguna parte cerca del árbol. Estoy segura.

Alex corría por el lugar:

—¿Es esto? —Señalaba hacia un tronco amplio y grueso, del tamaño de un barril de cerveza, con su corteza en espiral—. Es el más gordo, tía Pen.

Me detuve a observarlo:

—Ese es. No creí que fuera a durar tanto.

—Los olivos son los árboles más antiguos del mundo. Pueden durar miles de años. Generalmente tienen una sola raíz hundida en la tierra, pero para dar buenos frutos deben ser bien podados, y este lo está, pero no veo que tenga ninguna cara —rio Yolanda.

—Solía sentarme aquí muchas veces y pensar en mi casa, en mi hogar, y fue aquí donde Bruce y yo charlábamos, y, bueno... Ya sabéis. ¿Pero una caja? ¿Dónde esconderías una caja? El suelo es sólido como una roca, tras años de estiércol y hojas. No creo que vayamos a encontrar nada aquí —suspiré—. Cuéntale a Lois lo que te dijo Bruce.

Yolanda repitió la historia de la caja y Clarence, y algo más acerca de un agujero.

—Estaba muy confuso, pero pronunció tu nombre. ¿Por qué sonríes al escuchar una historia tan triste? —dijo.

—Pensaba en Bluey y en esos chicos que se escondían en la cámara. ¿Y si se refería al agujero que hay cerca de Clarence, el que les sirvió para ocultarse? Cuando llegaron los soldados alemanes, los fugitivos huyeron por el agujero que había en el olivar. Era allí donde Ike guardaba su aceite y su grano; nadie sabía de su existencia. Solía decirse que era un lugar embrujado, poseído por los espíritus de la antigüedad. Era el escondite perfecto. No está muy lejos de aquí.

—¿Estamos en un antiguo cementerio? —preguntó Lois, pero nadie respondió—. Si hay una cámara funeraria, también tiene que haber otras. Qué emocionante.

—Oh, no digas eso —replicó Sarika—. A nadie le gusta encontrarse esas cosas en sus propiedades. El gobierno querrá comprar la tierra y hacer excavaciones.

—Tened cuidado —grité—. Si la entrada no está bien protegida, un paso en falso y caeremos dentro.

—Mirad —dijo Alex, adelantándose de una carrera—. Aquí falta un trozo de verja. ¿Puedo tomar fotos?

Había un rectángulo de alambre de espinos protegiendo la entrada, seguramente con la intención de que los rebaños no sufrieran daños o quedaran atrapados en el agujero.

Lois me agarró del brazo:

—Ten mucho cuidado. No quiero caderas rotas.

—Es un tesoro enterrado, mamá, como en las películas de Indiana Jones —dijo Alex, emocionado.

Sarika retiró el alambre e inspeccionó la espesa hierba que crecía en el lugar.

—Eso parece, pero puede ser peligroso si tus huesos ya no son lo que eran. Espero que no despertemos a ningún espíritu —añadió, persignándose.

—No había espíritus hace sesenta años, a menos que los muchachos terminasen por verlos de tanto *raki* como trasegaban. Los ocultábamos aquí, y también, en una ocasión, a Bruce.

—Espero que estés en lo cierto. —Lois sonrió, mientras ella y Sarika procedían a

retirar la maleza. Descendieron con sumo cuidado y al rato llegó hasta nosotros el eco de sus voces—. Es sorprendente, la construcción consiste en un montón de lajas de piedra puestas unas encima de otras. No hay nada aquí excepto basura y unos bichos bastante asquerosos, y huele fatal. Si nos dais la mano podemos ayudaros a bajar, pero nada de florituras, ¿eh? Nos vendría muy bien una linterna.

—Hay un mechero en el coche —gritó Sarika.

—Iré a por él.

Alex corrió como alma que lleva el diablo hasta la furgoneta. Le observé con envidia. Tiempo atrás, yo también corría así por aquel mismo lugar, de un lado a otro, y cargaba sacos, y ahora solo a duras penas era capaz de poner un pie delante del otro, rogando para mis adentros no caerme de cabeza a las primeras de cambio. En la cámara funeraria reinaba la oscuridad, pero había un hueco entre varias lajas de piedra que dejaba pasar un poco de luz sobre nuestras cabezas. Hacía tanto frío como en una nevera. Los constructores del minoico sabían bien lo que hacían.

—No veo que haya ninguna caja —dijo Lois, mientras Sarika desplazaba el mechero de lado a lado, en cada uno de los recodos de la cueva—. Alguien debió de limpiar esto hace años.

La decepción se apoderó de mi alma. ¿Qué esperaba encontrar allí? ¿Un cartel que dijera: «La X señala el lugar»? Lo más probable era que alguien hubiera dado con la caja años atrás, y entonces ya nunca sabría lo que Bruce había querido que encontrase.

—Revisad con cuidado los muros —nos dijo Yolanda—. Acabo de recordar que hace tiempo leí en un periódico que un pastor encontró un paquete oculto en las paredes de piedra que había cerca de su cabaña. Eran unos documentos depositados allí por un soldado. Creo que encontraron a la persona a la que pertenecían y los enviaron a Nueva Zelanda. El soldado regresó con su familia a darle las gracias al pastor por su gesto.

Sarika insistió en su búsqueda, pero las lajas de piedra estaban muy bien colocadas y no parecía haber ninguna suelta. Era imposible introducir algo en ellas. «¿Dónde la dejaste, Bruce?», dije para mis adentros.

—Mirad en los peldaños —sugirió Lois. Se inclinaron y pasaron la luz del mechero sobre las hojas y la basura que se acumulaba en ellos.

De pronto alguien dijo:

—¡Mirad! ¡Hay algo allí, bajo esa esquina!

Todos contuvimos la respiración, aguardando a que Sarika y Lois se acercasen a examinar lo que había en la esquina de uno de los peldaños:

—No es más que una antigua cajita metálica, no una caja propiamente dicha. En realidad es como una cigarrera —explicó Lois.

—Salgamos a verla —gemí, sin apenas atreverme a esperar que se tratase de la misma caja de la que Bruce había hablado a Yolanda.

Sarika fue la primera en subir; me ayudó a hacer lo propio, y luego Lois salió con

nuestro tesoro. Lo sostuvo entre las manos para que el resto lo abriésemos y examinásemos. Estaba oxidado, y tenía el tamaño de las latas en las que se vendían preparados de carne de caballo, y estaba tan baqueteada que perfectamente podía tratarse de lo que buscábamos. Alex fotografió la caja, mientras el resto la contemplábamos asombrados y complacidos.

—Quien la dejó, se aseguró bien de colocarla allí donde pudiera ser considerada mera basura. A mí me lo parece. El caso es que va a costar un poco abrirla —dijo Lois, tomando la iniciativa, como había hecho tantas veces a lo largo de su vida. Me sentí enormemente orgullosa de ella.

—Gracias, gracias. Es justamente lo que un hombre llevaría consigo. Ligera y fácil de ocultar, ¿pero quién sabe qué guardará su interior? —Intentaba que no se me notaran los nervios—. No creo que sea nada especial.

—Penny... —Yolanda me apretó el brazo—. Con su último aliento, Bruce me pidió que encontrásemos la caja. Es para ti. La abriremos, ya lo verás. Los chicos nos echarán una mano con ello.

Resultaba muy difícil reprimir mis emociones. Me sentía impaciente, curiosa y nerviosa. No me merecía tanta suerte. No me merecía tanto respeto. Yo no era digna de Bruce. Durante toda mi vida había cerrado la puerta a aquella parte de mi pasado porque sabía que de no hacerlo tendría que mirar a la verdad cara a cara, en lugar de elegir aquí y allá los pedacitos que más me conviniesen.

Yolanda había compartido conmigo su terrible secreto: cómo había encontrado la fuerza necesaria para destruir aquello que amenazaba su futuro. Al ejecutar a Stavros había aprendido a respetarse a sí misma, había descubierto una parte de sí que jamás creyó que existiera, y nunca lo hubiera sabido de no haberse tomado aquel día la justicia por su mano.

Yo también tenía un secreto, pero no podía compartirlo con nadie salvo con mi propia consciencia: un secreto que me había atormentado a lo largo de toda mi vida adulta. ¿Debía abrir esa cajita oxidada que llevaba oculta en los recodos más profundos de mi corazón, antes de sentirme digna de abrir la verdadera?

## JUNIO, 1944

Penny deambuló por las calles con Brecht, comprando lo mínimo indispensable, pues no quería que se gastase ni un céntimo más de su paga en ella: una comida, algunas pocas prendas esenciales; aquello era a cuanto alcanzaba la deuda que Penny había contraído con él. Pero arreciaron entonces algunos tiroteos esporádicos, y Penny ya no tenía dónde estar. Se sentía tan débil que apenas era capaz de poner un pie delante del otro sin ayuda. Sus miembros desobedecían cada una de sus órdenes, y no dejaba de verse a sí misma sacada bruscamente del agua, entre los gritos de los muertos que rugían en sus oídos.

En muchas ocasiones, el trabajo de Penny había consistido en reconocer el estado de confusión y trauma en otros: ahora tenía que reconocerlo en ella. Necesitaba refugio y descanso, de modo que cuando Brecht reservó una habitación doble en un hotel, ya no tenía ni voluntad ni fuerzas para negarse a ocuparla con él.

Era como si el día hubiera conducido a aquel momento en el que lo inevitable debía ocurrir, en el que Penny debía pagar su deuda. Carecía de energías para protestar, para mostrarse digna e inglesa al respecto. Lo único que sentía era la necesidad de pasar dormida el resto de su vida, en un estado de puro olvido.

A la mañana siguiente despertó sola en la cama. Nadie la había compartido con ella. Las ropas de Brecht se encontraban en la silla, y era evidente que el alemán había pasado la noche en el suelo. Penny le oyó trastear en el baño y hundió la cara en la almohada. No quería ver su cuerpo. Estaría bronceado, y mostraría a las claras su esbelta musculatura. Aquello estaba en consonancia con el resto: Brecht era guapo y fuerte, cosas ambas en las que Penny había reparado desde la primera vez que lo vio. Se preguntaba si se habría recuperado por completo de sus heridas.

Brecht no le exigió nada, y Penny se sentía agradecida de que la respetase lo suficiente como para no reclamar lo que consideraba suyo, pero ya llegaría el momento. Penny estaba tan segura de ello como de que el día precede a la noche, y tendría que permitirle acceder a su cuerpo y tomar lo que deseara.

Brecht se vistió y abandonó la habitación para visitar el restaurante donde se servía el desayuno, dejando a Penny sola para que se duchase y vistiese con toda tranquilidad. Aún no se había cepillado el pelo. Oía a mar, a grasa, y estaba rígido de tanta sal acumulada, y además había dormido con él enrollado sobre la cabeza. Aquello le hacía recordar el lugar en el que había estado, a todos los que habían sido abandonados bajo el mar: le hacía endurecer su voluntad, le hacía sacar fuerzas de flaqueza para protegerse cuando fuera necesario.

Si podía.

Brecht regresó con fruta y bizcochos:



—¿Adónde quieres que vayamos hoy, a las colinas o a la costa?

—No estamos de vacaciones —replicó Penny.

—Bueno, yo sí. Pronto me iré de Atenas. Tú encontrarás trabajo, pero antes debes descansar. Aún no estás en condiciones. ¿Pudiste dormir anoche?

Penny asintió, y dio un mordisco a una pieza de fruta.

Pasaron el día fuera de la ciudad, paseando sin rumbo, y luego visitaron el museo Arqueológico para escapar al calor del día. Mientras examinaban las piezas expuestas, Brecht hablaba de Cnosos y de las excavaciones realizadas allí.

—Nada ha sufrido daños, todo está como siempre.

Penny no soportaba escucharle. Era educado, respetuoso, y, oh, tan astuto... Le daba todo cuanto ella necesitaba: ropa, comida, conversación inteligente, como si en realidad no se libraba una guerra entre ellos. Estaba marcando los tiempos, eso hacía: aguardando el momento adecuado. Había un recital de órgano en una iglesia que todavía se mantenía en pie: un organista alemán interpretaba la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Se sentaron entre los oficiales para escuchar la intensidad de aquella música vertiginosa. Si cerraba los ojos, Penny podía creer que estaba en la mismísima catedral de Gloucester.

Durmió sola aquella noche, y la noche siguiente. Brecht consiguió billetes para un tren que se dirigía a la costa y allí descubrió una playa despejada de minas, donde nadó mientras ella se limitaba a observar sus juegos entre las olas. Su cuerpo era muy hermoso, salvo por aquella desagradable cicatriz que recorría su muslo. Era ella quien le había cuidado la herida, palpado la pierna, tomado el pulso, limpiado los miembros. Sintió algo en su interior que no había sentido nunca antes, no, al menos, desde que se encontró aquella vez a solas con Bruce, como si algo regresara a la vida en su interior, un instinto que no deseaba perturbar. Aquella noche Penny apenas pudo conciliar el sueño por el dolor íntimo que sentía y el miedo a ser observada en aquel incansable agitarse y removerse: veía en su mente el cuerpo de Brecht zambulléndose en el mar, mientras el calor se apoderaba del cuarto y en sus oídos vibraba el zumbido del ventilador que colgaba del techo. Sintió que esa resolución que tanto le había costado amasar empezaba a girar sin control.

Brecht la observaba constantemente, con la cabeza inclinada hacia un lado cuando era Penny quien hablaba: la brillante calidez de aquellos ojos, de un azul irisado, la seducían tanto como el olor que se desprendía de su cuerpo, un olor a juventud y vigor, un aroma peligroso, pues Penny había estado anhelando durante mucho tiempo el calor protector de un hombre.

¿Cómo podía mirar con lujuria al enemigo? ¿Por qué miraba con deseo sus anchos hombros y sus esbeltas caderas, la sólida musculatura de sus muslos? ¿Qué se sentiría al ser embestida por ellos?

A Brecht le excitaba la presencia de Penny: podía olerlo como el humo en la brisa, y a Penny le aterraba que estuvieran creciendo entre ellos las llamas de aquel fuego impronunciado.

—Tal vez preferirías pasar el día sola... —dejó caer Brecht, mientras ambos disfrutaban de un auténtico café en la plaza—. Si es así, ten cuidado, hay lugares en esta ciudad que ya no son seguros ni para las chicas ni para los extranjeros.

—Ni soy una chica ni una extranjera. He vivido aquí varios años. Trabajaba aquí. Esta es mi ciudad —espetó Penny.

—Ya no. Ahora es una jungla. ¿Quieres visitar la Escuela de Arqueología?

Penny negó con la cabeza:

—No. Demasiados recuerdos. ¿Qué planes tienes tú?

De pronto, Penny se dio cuenta de que no quería que se separase de ella.

—No muchos. Tengo que escribir varias cartas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a mi familia, y estoy preocupado.

Le contó lo de Katerina y su accidente. Ella, a su vez, le habló de Evadne y de Zander, y la visita de su padre. Le contó que había huido a Atenas para escapar de los planes de su madre, que pretendía presentarla como debutante en la temporada siguiente, y que su desafío había llegado hasta el punto de quedarse a vivir en Atenas y pasar por una serie de experiencias que jamás hubiera tenido que pasar en casa.

Brecht rio:

—Yo también escapé, pero al ejército, y por librarme de las exigencias de mi padre, que quería que dirigiese la finca y me convirtiese en granjero —suspiró y la miró a los ojos, diciendo—: Quizá convertirme en granjero hubiera sido una mejor opción...

Penny no contestó, y se limitó a mirar los edificios que permanecían intactos entre el bullicio creciente de la ciudad.

Pasearon, y conversaron todo el día acerca de mil cosas, salvo de Creta y la guerra. Cada día que pasaba se iba acercando más y más el final del permiso que Brecht disfrutaba. Brecht le habló a Penny de su intención de regresar al servicio activo y de lo incierto de su futuro, y de pronto Penny temió por él. No sabía cómo, pero ahora Brecht le importaba lo suficiente como para temer por lo que pudiera ocurrirle. Y aquel sentimiento la aterraba.

Por la noche cenaron en el Zonar, como Penny había hecho tantas veces antes de la guerra, y regresaron caminando al hotel, casi pegados el uno al otro, hablando de las excavaciones y de dibujo técnico, de museos y, en definitiva, de sus intereses comunes, y cuanto más se acercaban al hotel más cuenta se daba Penny de que Brecht no tenía la menor intención de cobrarse su deuda en carne. Brecht no iba a exigirle nada que no fuera su compañía, pues en lo más profundo de su ser también él tenía miedo de los sentimientos que estaban floreciendo entre ambos. Aquel era un territorio que ninguno de los dos había pisado antes, y en el que había minas ocultas.

Aquella noche, Penny ya no pudo soportar más tiempo el picor de su cuero cabelludo.

—Tengo que lavarme el pelo...

Pero, por más que intentaba quitarse de encima aquel encostrado sudor a fuerza

de frotar con jabón, su tarea parecía una labor imposible.

—Necesitas algo más fuerte. Preguntaré en recepción.

Brecht regresó con una botella de detergente.

—Eso parece aguarrás —se lamentó Penny—. Voy a tener que cortarme el pelo al cero.

—Por encima de mi cadáver —respondió Brecht—. Venga, deja que te ayude. Mete la cabeza en el lavamanos y yo te lo enjuagaré. Solía hacerlo para lavarle la cabeza a mi hermana pequeña.

Penny inclinó la cabeza y dejó que los dedos de Brecht la enjabonaran de nuevo, frotando su cuero cabelludo con extrema suavidad.

—¿Crees que ya está? —preguntó.

—Me parece que sí —respondió Penny, buscando a tientas una toalla, con los ojos llenos de jabón. Acto seguido, se envolvió la cabellera en la toalla.

—Tendrías que cepillártelo... ¿Por qué no habremos comprado un cepillo?

—Da igual, dejaré que se seque.

—Mi madre solía dividir el cabello en dos densas crenchas y luego cepillaba cada parte por separado. Katerina solía gritar. Tiene el pelo como tú, dorado y sedoso.

Lentamente, Brecht deshizo los nudos hasta que el cabello de Penny quedó suelto.

—Veo que te lo teñiste.

—Tenía mis razones.

—Lo sé. Las cretenses rubias las pasan bastante negras.

Penny se volvió y se quitó la toalla, mostrando así su cuerpo desnudo:

—¿Es esto lo que querías de mí?

Tenía que saberlo.

—No, no lo es —gimió Brecht, volviendo el rostro—. Jamás tomaré nada que no se me haya entregado libremente. Ya he tenido bastante de eso. No quiero que me pagues nada. ¿Por quién me tomas? —saltó, irritado y consternado por la pregunta de Penny.

—Eres un hombre, y tienes necesidades. Estoy segura de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hiciste con una mujer limpia. Me has comprado todo lo que necesitaba, me has dado de comer, me has brindado un refugio. ¿De qué otro modo te podría pagar? —replicó Penny.

—Me voy a otra habitación —dijo Brecht, recogiendo sus ropas apresuradamente.

—No me dejes. No te puedo dar ninguna otra cosa. Lo siento —respondió Penny, y estalló en lágrimas, sorprendida y consternada por lo mucho que deseaba de pronto a Brecht.

Este se detuvo ante la puerta, y una vez allí se volvió:

—No te tocaré ni un pelo por más que te encuentre tan hermosa y valiente, y seas la mujer más maravillosa que jamás haya deseado. Nunca te deshonoraría así. Me educaron para respetar a las mujeres. —Brecht lanzó un suspiro—. Es tarde y estarás cansada. Duerme, yo ocuparé la silla, como siempre.

—Tengo frío, y mi cabello está mojado... ¿cómo voy a dormir? —Penny le buscó el rostro en la penumbra, y vio que realmente le había herido; Brecht, mientras tanto, trataba de apartar los ojos de su cuerpo. Sin pensar lo que hacía, Penny se dirigió hacia él y le pasó por el rostro las yemas de los dedos: acarició sus mejillas, la curva de su mentón, y sintió que su corazón marchaba tan rápido como su propia respiración—: Brecht... ni siquiera sé cuál es tu nombre de pila...

—Rainer —respondió—. Pensaba que nunca me lo preguntarías... En cambio, te he llamado Penélope en mi mente durante muchos años. —Brecht estaba ahora frente a ella—. Gracias por el ofrecimiento, pero no puedo hacer esto si... Tu presencia llena mis pensamientos, pero...

La miraba con tanto deseo como mira el hombre a la mujer de la que está enamorado. Penny sintió una andanada de deseo que surgía de su vientre, de sus brazos, de su corazón, que latía en su pecho como nada lo había hecho latir antes. Ya no podía negarse a sí misma lo que sentía por Brecht.

Le tomó de la mano y se sentó en la cama.

—No tengo ninguna experiencia en esto.

—Razón de más para que me vaya ahora mismo —dijo Brecht, apartándose de su lado.

—No, por favor, quédate. Te necesito. Quiero darte las gracias. Me salvaste la vida, me salvaste en varias ocasiones, aunque no sé por qué. ¿Por qué a mí?

Las lágrimas comenzaron a brotar entonces de sus ojos, y con ellas el deseo de ser abrazada y confortada, de ser besada, y cuando sintió en sus labios los de él, ya nada importaba salvo el sabor a vino que había en ellos.

Brecht la abrazó y con los labios recorrió su garganta, sus orejas, aumentando el deseo de Penny. Su aliento se volvió más cálido y la llenó de una grata sensación al susurrarle con apasionada ternura en el oído. Sus manos buscaron los pequeños pechos de Penny, y los tomaron entre los dedos como si fuesen piezas de porcelana. Penny percibió el aroma a jabón que desprendía aquella piel curtida al hundir el rostro entre sus pectorales. Cayeron entonces sobre la cama, y Penny dejó que las manos de Brecht explorasen lentamente su cuerpo, acariciándola, despojándola de tanta soledad. Brecht le introdujo entonces un dedo y lo movió suavemente hasta que sintió la respuesta de Penny; el dolor que palpitaba en su vientre creció y creció, hasta convertirse en una oleada de deseo y excitación. Muy despacio, Brecht aproximó su miembro al de ella, y ya nada impidió que se fundiesen en un solo cuerpo.

En aquel inolvidable momento en que la ternura de él se entremezcló con la pasión de ella, Penny supo del enorme poder que significaba ser mujer. Su cuerpo se sentía satisfecho, por más que su mente se hubiera vaciado por completo de lo que suponían las consecuencias de aquella seducción.

Fue entonces cuando Penny olvidó a Bruce, fue entonces cuando se atenuó su dolor. En lo más profundo de su corazón había sabido que aquello tenía que suceder, desde el mismo instante en que pisó la habitación del hotel, pero las cosas no habían

ido como esperó en un principio: tendida en la cama, ofrecida a los envites de un monstruo, sumida en una suerte de apática resignación. Sin las muestras de deseo que Penny había dejado ver, sin sus intentos por persuadirle, Rainer no se hubiera acostado con ella. Aquello había sido obra de Penny. Obra suya, y de nadie más.

Al día siguiente, los amantes no abandonaron la habitación: yacieron en un capullo de sábanas de seda, entregados a la lenta exploración de sus cuerpos, a la búsqueda de rincones de placer que ni siquiera sabían que existían, dando en idéntica medida a como recibían. Allí no había guerras, ni uniformes, ni pasado ni futuro, solo los sensuales placeres del intercambio amoroso. Penny estaba borracha de sensaciones, de desnudez, y su mente flotaba muy lejos de ella, en un lugar remoto donde nada realmente importaba salvo el ahora.

Pasé muchas noches de mi vida sumergida en aquellos recuerdos. La lógica me acusaba de acostarme con el enemigo, de dejarme llevar por los más bajos instintos, de traicionar el recuerdo de Bruce. Cuando concluyó su permiso, Rainer me dejó con la promesa de que volveríamos a reunirnos cuando la guerra tocase a su fin, y yo le creí. Aguardé mucho tiempo una carta que nunca llegó.

Fue así como desperté a la fría realidad de lo que suponía aquel breve interludio amoroso en tiempos de guerra. Me corté el pelo como solían hacerles a las colaboracionistas de la ocupación, bajo el pretexto de que estaba infectado. Envié mil solicitudes para volver a trabajar como enfermera, pero todo el mundo me rechazaba. Me quedé en la miseria y pedí ayuda a la embajada suiza, allí me dieron un breve acomodo y finalmente me enviaron de vuelta a casa, donde terminó por derrumbarse mi cordura. Mi padre había muerto, y Bruce había muerto.

Evadne me comunicó las noticias mientras paseábamos por ese reducto del jardín donde se cultivaban las rosas. Para entonces, mi vida era la de un fantasma: no sentía nada, no tenía lágrimas, y, simplemente, me dejaba llevar por un terrible estado de vacuidad y entumecimiento como un barco a merced de las olas. Tampoco recuerdo gran cosa de aquel oscuro lugar en el que mi alma se encontraba.

Ahora, sentada bajo el olivo, sentí una extraña sensación de calma, como si despertase con un suspiro de algún largo sueño. No estaba loca. Mis labios permanecerían sellados. Hay cosas tan íntimas que no pueden compartirse con nadie. Las llevas en el interior de tu ser, a lo largo de tu existencia. De pronto comprendí que el dolor es un viaje solitario, pero a veces necesitas darle una salida física, una válvula de escape más material que espiritual. El nuestro había sido un encuentro de los cuerpos, producido por algo tan sencillo como la pasión. No fui coaccionada ni obligada a tomar parte en ello. Busqué un poco de consuelo y también traté de proporcionarlo en la medida de lo posible. En aquella pasión había ternura, no degradación.

También él había sufrido terriblemente por todo lo ocurrido en la isla. Rainer era mi crimen y mi castigo, pues nunca, a lo largo de mi vida, he dejado de pensar en él, nunca he dejado de preguntarme si habría sobrevivido y si encontró alguna vez su propia manera de perdonarse. Es difícil estar enamorada cuando te encuentras en el bando opuesto. Éramos muy similares, y quizá en otro tiempo, de habernos topado el uno con el otro, ¿quién sabe...? El amor tiene un escenario propio, y había sido en Atenas donde el nuestro floreció y se agostó. Eso era todo.

Llega un momento en la vida en que por fin te puedes perdonar por todas tus flaquezas. El mío llegó cuando me di cuenta de que en mi vida había algo más que

aquellas dos semanas en Atenas al lado de Rainer Brecht. Sí, podía perdonarme por no haber sido la enfermera perfecta. Me dejé llevar en volandas del placer, cansada, frágil, necesitada de protección. La coraza que había creado a mi alrededor se había volatilizado de improviso, por culpa de la guerra. Podía haber muerto, pero no fue así gracias a él. Estaba viva, mientras que para muchos otros no era ese el caso. En aquello debía de haber algún propósito...

Huí de todos esos recuerdos trabajando duro: era una compensación, una retribución, incluso un castigo, por todo lo malo que había hecho en el pasado. Mi impresión era que no merecía disfrutar de una vida familiar normal. Me dejé llevar por los más bajos instintos. Y yo misma me marqué mis propias reglas. Con todo, no dejaba de ser humana: ni mejor ni peor de lo que otros eran. Lo que había sucedido entre Rainer y yo no era algo escabroso. Era hermoso, adorable, y breve, sí: pero no volvería a verlo como algo de lo que debía esconderme.

De pronto, me sentí limpia, como renovada por dentro. Me había dado la oportunidad de reconciliarme conmigo misma al regresar a Creta, de retomar, incluso, los lazos perdidos. Me habían otorgado el regalo de regresar y ver mi yo más joven tal y como otros lo veían.

No siempre fui tan descreída, ni impaciente, ni infantil, o «excéntrica», tal y como Lois dice a menudo de la mayor parte de la gente. La vida que viví en África me resultó muy útil y me brindó el sentido de lo que era justo, pues ¿quién puede ver tanta pobreza y necesidad y no despreciar nuestra vacua forma de vida? Bien, así que basta de sufrir: hay que disfrutar de los días que todavía quedan.

Era la última noche de Lois y Alex en la isla. Yo había decidido quedarme. Sarika insistió en que todo el mundo estuviera presente para celebrar con una barbacoa nuestro reencuentro y el hallazgo de la cajita de Bruce. Todavía no habíamos podido abrirla, por más que la habíamos untado en aceite de oliva para quitarle los restos de óxido; pero la tapa estaba firmemente cerrada.

La noche era muy cálida, y el aroma del tomillo, del romero y de las hierbas de la montaña perfumaba el aire. Habíamos colocado una mesa debajo de la pérgola, iluminada con algunas velitas. Lois llegó con Mack, y todos teníamos mangas largas y nos habíamos rociado de repelente antimosquitos. Al otro lado del valle las parpadeantes luces de los pueblos cercanos nos otorgaban un maravilloso escenario. Allá a lo lejos, en alguna parte, descansaba el mar de Creta con su color vino oscuro.

Las mujeres habían cocinado un verdadero festín: filetes de cerdo a la parrilla, salchichas caseras, algunas piezas de cordero, cestos de pan, jarras de vino conservado en barricas de roble, ensaladas, un pollo acompañado de arroz y una gran variedad de helados y fruta: suficiente comida para alimentar a un ejército. Hice lo que pude por comer de todo, pero como Alex trasegaba todo lo que yo dejaba, no había posibilidad de que nuestros anfitriones se sintiesen ofendidos.

De la casa emanaba una suave música, la música de Creta, y los más jóvenes se levantaron de la mesa para bailar unos pasitos de *pentolazi*, seguidos de otros pasos

mucho más rápidos. Yolanda y yo nos envalentonamos y tratamos de seguir al resto, pero acabamos mareadas y casi por los suelos, entre las risas de todo el mundo.

Aunque fuera por una noche, nuestras familias estaban unidas, riendo, bromeando y brindando: «*Yamas!*». La generosidad de Yolanda y los suyos no conocía límites, ¿pero de qué me sorprendía? ¿No había recibido una bienvenida similar en medio del peligro y la hambruna?

Fue el marido de Sarika quien me trajo la cajita de hojalata:

—Me temo que tendremos que cortarla con un abrelatas. Diría que después de tanto tiempo ha hecho vacío y por eso nos resulta imposible abrirla de otra manera. Pero si prefieres dejarla como está, solo tienes que decirlo.

No vacilé ni un segundo:

—Bruce la dejó a buen recaudo por un buen motivo. Creo que debemos abrirla, y además, siento mucha curiosidad. Hagámoslo, cuanto antes mejor —dije, sintiéndome en paz, por fin, conmigo misma. Fuera lo que fuese lo que contenía, era un vínculo entre el pasado y yo, un regalo sumamente preciado—. Solo una cosa. —Añadí, mientras se alejaba—. Me gustaría abrirla en privado, si es posible...

—Claro que sí —respondió rápidamente, y su oscura tez, tan típica de los hombres de las montañas cretenses, desplegó una ancha sonrisa—. Mi tío todavía se acuerda de Panayotis. Dice que era un valiente *palliakari*.

Aquello era un verdadero halago, pues ligaba a Bruce a aquella brava estirpe de hombres y mujeres que lucharon para que nosotros pudiéramos disfrutar de la libertad que, por ejemplo, respirábamos aquella noche; la libertad, también, de protestar, de hacer manifestaciones o plantarnos en huelga, de vivir sin opresión en nuestras respectivas culturas. «Y que dure», recé para mis adentros.

El joven me hizo una seña para que entrase en su taller y me sentase en el banco que ocupaba una de las paredes del fondo:

—Ya está, toma.

Había retirado la superficie de la carcasa como si de una lata de sardinas se tratase.

Aferrando la lata, me retiré a una esquina algo más tranquila para poder abrirla, sintiendo que mi corazón estaba a punto de explotar por la emoción. Tocar su contenido sería como tocar un pedacito de Bruce. Embutido en el interior de la lata, y doblado en dos, había un pequeño cuaderno. Al sacarlo, vi que se trataba de un diario, cuyas frágiles páginas estaban pegadas entre sí. Debía de ser el cuaderno en el que Bruce anotó sus aventuras en la isla.

Mis manos temblaban, temía romper algo por mi impaciencia por desplegar aquellas hojas. Estas se hallaban cubiertas de notas y pequeños esbozos. Bruce había llevado un diario, algo que —por supuesto— iba contra las normas. Pude leer algunas fechas en la parte superior de cada página, pero necesitaría una lupa para poder leer el resto de las frases allí escritas. Qué frustrante resultaba no poder escuchar su voz después de tantos años; solo su acento resonaba en mi cabeza. Descubrí entonces que



en las últimas páginas del cuaderno había una entrada escrita a lápiz, algo más oscura que el resto, y por suerte mucho más legible. Con aquello, de momento, me tendría que conformar:

*15 de marzo de 1944. Sentado una vez más en esta maldita cámara funeraria, preguntándome si es seguro asomar la cabeza por el parapeto y regresar otra vez al sur. Cuánto me ha alegrado volver a ver a mi chica, en Chania. Asume demasiados riesgos, tanto que me preocupa que puedan traicionarla. Estoy aguardando noticias por cable. Me alegra que P. se encuentre a salvo, al menos mientras esté con N. Jamás he querido atarme a nadie salvo a mi labor aquí, pero ella es una parte sustancial de mi vida, y saber que también ella aporta su granito de arena me da fuerzas para seguir. Pensaba que era demasiado arriesgado sentir algo por alguien, pero veo que me equivocaba. Cuando todo esto termine, le compraré un anillo.*

*Luchamos por el derecho de tener una familia y un hogar, por no tener que vernos nunca ante unos matones que empuñan libremente sus armas, robándonos lo que nunca fue suyo. Yo lucho por regresar a casa y comenzar de nuevo junto a la única chica que sé que me hará feliz hasta que me haga viejo. Diablos, está llena de sorpresas. Nunca me imaginé como uno de esos tipos de pantuflas y pipa que se pasan la tarde en el sillón, pero la verdad es que resulta muy sencillo cansarse de comer hierba y caracoles y de oler como una maldita alcantarilla. Me gustaría disfrutar de las comodidades domésticas algún día...*

*Y ahora, el riesgo que supone llevar esto siempre conmigo: demasiados nombres y demasiados lugares, así que mejor que lo deje aquí, dentro de esta caja de metal, por si acaso llueve. Dios, vaya si puede llover aquí...*

Tras aquella entrada, las restantes páginas estaban en blanco, pero había una foto embutida entre ellas. Era la foto en la que Yolanda y yo aparecíamos juntas el día de su boda. Qué jóvenes y felices se nos veía en ella... Aunque apenas era capaz de ver nada, pues las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Oh, Bruce, ¿qué hubiera habido entre nosotros si no hubieses muerto? Ahora ya nunca lo sabremos, pero aquel regalo, al menos, servía para confortarme. Lo aferré con fuerza, mientras aquel llanto salvador, gozoso, fluía por mis mejillas.

«De modo que te amé de la misma forma en que tú me amaste a mí. Al leer estas páginas se cierra ese capítulo de la vida no vivida que nunca tuvimos juntos. Me alegra saber que jamás pudiste conocer la forma en que te traicioné, pero creo que ya he purgado suficientemente mis culpas...».

Aquella era una noche de celebración, de baile, de amistad: brindando por los años que Yolanda y yo teníamos por delante para compensar el tiempo perdido.

No debía avergonzarme de guardarme aquello para mí. Mis secretos era algo con

lo que debía vivir, no un peso con el que otros debían cargar. Había hecho buen uso del tiempo que pasé allí, había cumplido con mi peregrinación, ofrecido mis respetos a los muertos, y ahora debía reunirme con los vivos, saborear el profuso aroma de la amistad renovada.

Observé a Lois, Alex y Mack intentando bailar a los sonos de la banda sonora de *Zorba el Griego*. Todos habíamos recibido una inyección de vida con aquella visita, y eso fue lo que pensé, mientras volvía a mi asiento abrazada al diario, sonriendo, consciente de que las cadenas de la vergüenza, que me habían encorsetado en el pasado, empezaban a aflojarse. Ahora me sentía libre, libre, por fin, de regresar a mi hogar... El hogar que era para mí aquella isla tan especial.

Podía haber perdido a mi amante, pero había encontrado de nuevo un lugar que siempre formaría parte de mi corazón. En la seguridad de Stokencourt me encargaría de leer el diario de Bruce y de solazarme en su recuerdo. Quizá merecía la pena donarlo a algún archivo militar, cuando yo ya no me contara entre los vivos. Pero ahora era el momento de mirar al presente y al futuro. Siempre hay una o dos batallas que luchar, cuando te haces viejo y el reloj sigue su imperturbable marcha hacia el último destino que te aguarda.

Podía ver aquella mesa atestada de pastelitos cretenses, podía escuchar la música que emergía desde la casa y podía ver los sombríos colores de Creta. Iba a ser una noche larga y ruidosa, pero me sentía maravillosamente bien de estar viva para disfrutarla. Y sonreí mientras enfilaba mis pasos de regreso al baile.

## AEROPUERTO DE CHANIA,

2001

Rainer se unió a la cola para aguardar el pequeño autobús que llevaba a la pista de aterrizaje de donde partiría su vuelo de primera hora de la mañana rumbo a Atenas. Una vez ante el avión subió los peldaños, deteniéndose un instante para admirar las colinas, sintiendo el calor y los aromas que ya empezaban a bullir en el aire. Era hora de regresar al norte, a un hogar desierto, como correspondía a la vida gris que llevaba. Echaría de menos el sol y el vibrante ajeteo de sus vacaciones.

El asiento que había a su lado estaba vacío, pero, para su sorpresa, sentados al otro lado se encontraban la mujer y el jovencito a los que parecía haber estado siguiendo durante sus devaneos por la isla. Se levantó rápidamente para ayudarlos a colocar sus maletas en cabina, y la mujer se dio la vuelta para darle las gracias. El jovencito se zambulló rápidamente en su consola de juegos.

—Todas las cosas buenas terminan alguna vez. ¿También regresa usted? —preguntó educadamente—. Si no me equivoco, creo que les vi en el *ferry*...

La mujer asintió:

—Sí, la verdad es que las vacaciones pasan muy rápido. ¿Viene usted a Creta todos los años? Muchos lo hacen.

—No, solo estuve aquí una vez. Es una isla muy hermosa. Perdone que le pregunte, pero ¿su madre no regresa con ustedes?

Ella sonrió:

—Oh, se refiere a mi tía, bueno, mi tía abuela, en realidad. No, al final decidió quedarse, cambió su billete en el último minuto. Se encontró con una vieja amiga...

—Eso está muy bien. ¿Pero vive con usted?

—Oh, no —rio—. Nada de eso, tía Pen vive en los Cotswolds. Nosotros en Londres —contestó, mirando hacia su hijo.

Rainer sentía una creciente curiosidad y quiso saber más:

—Mi esposa y yo visitamos Stratford-upon-Avon y realizamos muchas visitas agradables a las cercanías de Cheltenham. Perdona, suelo olvidarme de los nombres. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, tía Penélope tiene mucha suerte. Stokencourt es un pueblecito muy bonito. Nosotros vamos allí a menudo.

El corazón de Rainer dio un vuelco. ¿De veras había dicho «Penélope»? No, claro

que no... ¿Acaso estaría sentado junto a ella, de no haber decidido quedarse en Creta? ¿Era posible que la mujer que le había sonreído en el café, la mujer a la que había visto en los muelles, bajo la luz del alba, la mujer a la que vio junto a aquella tumba, fuera Penélope?

No quería entrometerse, pero estar tan cerca, y a la vez tan lejos... Su corazón le pedía saber más, y más:

—Perdóneme, pero no puedo evitar preguntárselo... Su tía Penélope... ¿no sería por un casual enfermera?

La sobrina le dedicó una sonrisa de oreja a oreja:

—Pues sí, fue enfermera toda su vida. Estuvo en Malawi, y allí trabajó enseñando su labor a otras enfermeras como ella. ¿La conoce?

—No estoy seguro, pero me recuerda a alguien... El mundo es un pañuelo, como quien dice, y al final los turistas terminamos frecuentando los mismos sitios. Qué extraño. —Se detuvo entonces, y tomó una bocanada de aire—. Dele recuerdos de mi parte, ¿quiere?

—Muy bien, ¿cuál es su nombre?

—Soy el doctor Brecht, Rainer Brecht, pero es posible que ya se haya olvidado de uno de sus pacientes. Fue hace mucho tiempo.

Rainer miró por la ventanilla, con el corazón latiéndole fuertemente ante tamaña coincidencia. ¿De verdad se trataría de ella? Mientras el avión avanzaba a toda velocidad por la pista y remontaba el vuelo, sonrió, pensando que tal vez su peregrinación no había tocado a su fin. Visitar Inglaterra durante el otoño era uno de esos placeres que ningún hombre debía dejar pasar. ¿Acaso quedaba una última pieza por colocar en el rompecabezas de su vida, antes de que pudiera, al fin, descansar en paz?

## NOTAS Y RECONOCIMIENTOS DE LA AUTORA

La batalla de Creta se libró durante once días, en mayo de 1941. La isla cayó, pero nunca se rindió. La resistencia continuó hasta mayo de 1945. He intentado respetar las fechas correctas en que tuvieron lugar los sucesos más importantes así como los lugares donde acontecieron las principales batallas. Una enfermera de la Cruz Roja, inglesa, permaneció en su puesto hasta que fue capturada: Johanna Stavridi fue condecorada por la Cruz Roja Helena en honor a su coraje. Su historia puede leerse en el libro de Eric Taylor *Heroínas de la Segunda Guerra Mundial* (Hale, 1991), y en el clásico de Dilys Powell *La Villa Ariadna* (Efstathiadis Group, S. A., 2003). El personaje de Penélope, así como su trasfondo vital, se inspira en las hazañas de la difunta señorita Stavridi, pero este libro es una obra de ficción.

Lo que les ocurrió a los judíos de Chania en junio de 1944 se recoge en varios artículos y ensayos como los publicados en *Los Judíos de Creta*, volumen 11 (Sinagoga de Etz Hayyim, 2002). Solo se conoce el caso de una mujer que logró escapar a las redadas: la difunta Victoria Fermon. Yolanda Markos y su familia son invención mía, y no están basados en ninguna persona viva o muerta.

A bordo del *Tanais* había prisioneros de guerra italianos, luchadores de la resistencia local y varios miembros de la comunidad judía de Creta. Nadie sabe el número exacto de víctimas que perecieron ahogadas, pero algunos sobrevivieron y contaron lo ocurrido muchos años después. He intentado imaginar el terror que ha de suponer vivir con el recuerdo de tan horrible desastre.

Algunas de las hazañas bélicas de Rainer Brecht se inspiran libremente en las de Baron von der Heydte, cuya obra *Dédalo regresado* me proporcionó una información realmente útil. Rainer, sin embargo, es un producto de mi imaginación. Me he tomado algunas libertades tanto en lo tocante a las fechas como a los escenarios y los sucesos acontecidos en la realidad por motivos puramente narrativos, pero mi intención al hacerlo era transmitir mejor el espíritu de honor y valentía que animaba al movimiento por la resistencia en toda Creta. Cualquier error es responsabilidad enteramente mía.

Nunca podría haber escrito esto sin la ayuda y el aliento de Reg y Daphne Fairfoot de la Villa Artemisa, Stavros. También recuerdo con imborrable cariño el tiempo que pasé junto a Nikos Hannan-Stavroulakis, Alex Phoundoulakis y Anja Zuckmantel, de la sinagoga de Etz Hayyim, así como las horas en que me vi rodeada por los guías turísticos de tan insigne lugar. Fue durante el homenaje anual a las víctimas del 10 de junio de 1944 cuando supe por vez primera de su trágica historia, y comprendí que aquello era algo que algún día tendría que homenajear también yo a mi manera. Estoy en deuda con Trisha y Mike Scott, de Kania, con la familia Kokotsakis de Aptera, en especial con Androniki por sus recuerdos del tiempo de la

ocupación, y con Sue Harris-Kokotsaki, por la traducción del premiado poema de Olympia Kokotsaki-Mantonanaki. Quisiera darle las gracias al doctor Don Everly, antiguo comisario de la Escuela Británica de Cnosos, por el maravilloso recorrido turístico donde Manolis me sirvió de guía en ese enclave mundialmente conocido; a Sofía y Marialena Tsompanakis, a Jeff y Brenda Thompson una vez más por su hospitalidad, y a Ann y Graham Bacon por mostrarnos aquella antigua cámara mortuoria en las proximidades de Silos, que tan perfectamente podía haber hecho las veces de escondrijo. No es difícil encontrar parientes del «tío Clarence» en los viejos olivares que se extienden por el noroeste de Creta.

Fue el difunto Tony Fennymore quien nos acompañó por Chania en una de esas soleadas mañanas de sábado colmadas de turistas, tantos años atrás, y quien, sin saberlo, sembró las primeras semillas de esta historia. Su entusiasmo por todo lo cretense resultó ciertamente contagioso. Una vez más, debo darle las gracias a mi editora, Maxine Hitchcock, y a Yvonne Holland, que revisó el manuscrito, por su atención a los detalles y útiles sugerencias. Y también a las confidentes de mi Club de los Quinientos, Trisha Ashley y Elizabeth Gill, por todo su apoyo. Por último, todo el amor y gratitud a mi marido David, que me sirvió como chófer y cocinero, y cuyo útil aliento y entusiasmo nunca declinan.

## ALGUNAS LECTURAS DE INTERÉS

*La batalla y la resistencia*, Antony Beevor. Penguin, 1991.

*En la Grecia de Hitler*, Mark Mazower. Yale University Press, 1995.

*La resistencia cretense: 1941-1945*, N. A. Kokonas, 2004.

*En la huida*, Ian Frazer y Sean Damer. Penguin, 2006.

*Los judíos de Ioannina*, Rae Dalven. Cadmus Press, 1990.

*El mensajero cretense*, George Psychoundakis. Penguin, 1998.

*La Hania de Fenny*, Fenny's Crete Publications, 1999.

LEAH FLEMING. Creta, 2012



LEAH FLEMING nació en Bolton, Inglaterra, de padres escoceses.

Tras desempeñar diversos trabajos —desde la enseñanza a servicios de *catering*, pasando por llevar un pequeño puesto de ventas en un mercado a realizar cursos de gestión de estrés en la NHS— y ser madre de cuatro hijos, Leah Fleming encontró su verdadera vocación como narradora. Vive en el hermoso condado de Yorkshire Dales, pero vive una parte del año cocinando sus siguientes novelas bajo un olivo en su isla favorita: Creta.

Fue nominada para el premio a la mejor novela romántica del año 1998, y para el premio *Pure Passion* de *The People Choice* en el año 2010. Sus novelas épicas recorren siglos y generaciones, con un poderoso sentido del espacio y el tiempo. *La hija del capitán*, un drama sobre el Titanic, ganó el premio Roma a la mejor obra de ficción traducida en el año 2012. *La chica bajo el olivo* ha sido traducida al menos a cuatro idiomas.